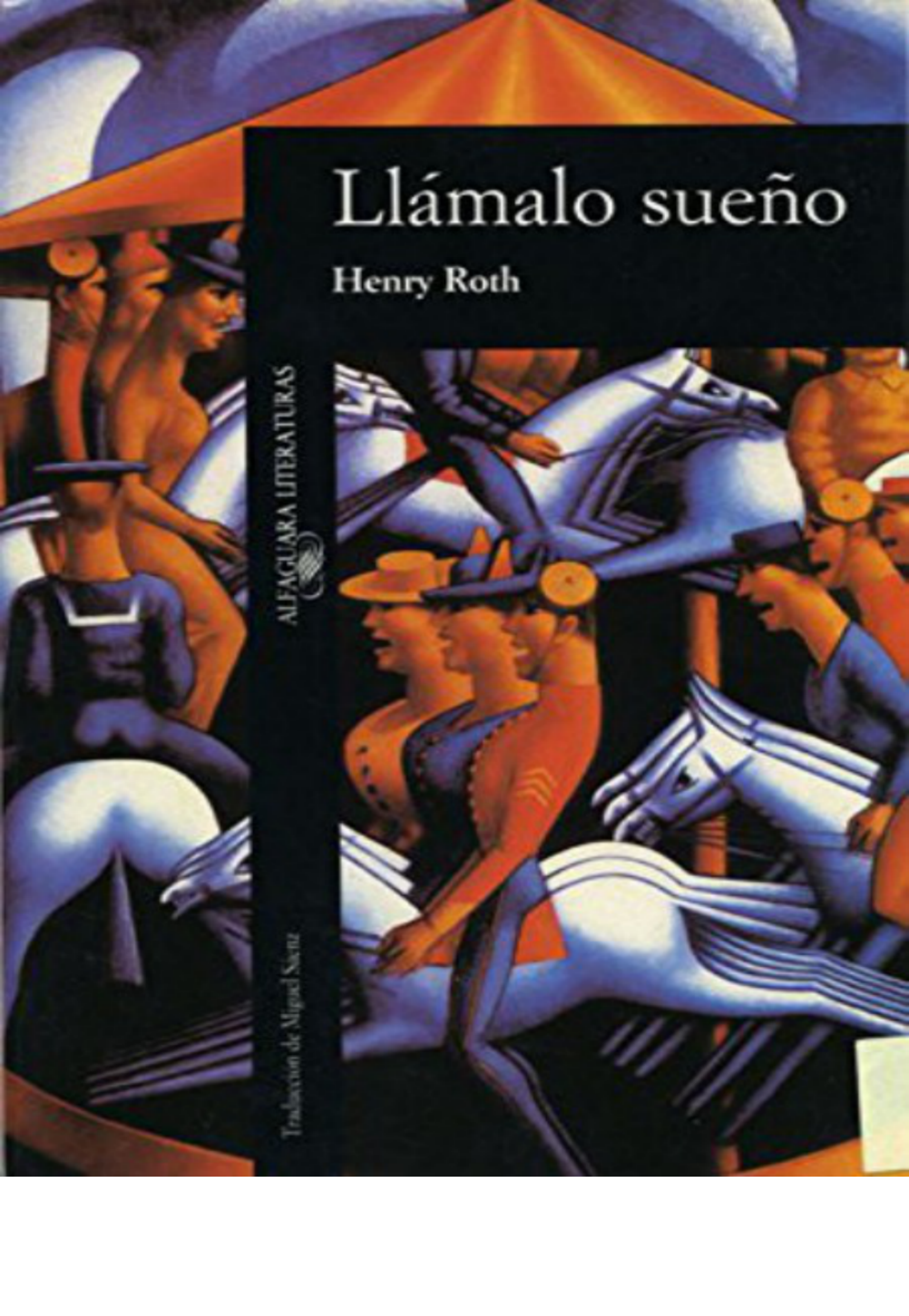

Llámalo sueño
Henry Roth
ALFAGUARA LITERATURAS
Traducción de Miguel Sáenz

Llámalo sueño

Henry Roth

Traducción de Miguel Sáenz

Título original: *Call it Sleep*

1990, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Juan Bravo, 38. 28006 Madrid
Teléfono (91) 578 31 59

ISBN: 84-204-2594-X
Depósito legal: M. 36874-1990
Diseño:
Proyecto de Enríe Satué
Ilustración de la cubierta:
Merry-Go-Round, de Mark Gertler.
The Tate Gallery. Londres

PRIMERA EDICIÓN: ABRIL 1990
PRIMERA REIMPRESIÓN: OCTUBRE 1990

A
Eda Lou Waltón

Índice

Prólogo

(Te ruego que no hagas preguntas ésta es la Tierra Dorada)

EL vaporcito blanco «Peter Stuyvesant», que descargaba los inmigrantes del hedor y la agitación del entrepuente al hedor y la agitación de las casas de vecindad de Nueva York, se balanceaba ligeramente en el agua junto al muelle de piedra, a sotavento de los deteriorados barracones y de los nuevos edificios de ladrillo de Ellis Island. Su capitán esperaba a que los últimos funcionarios, trabajadores y vigilantes se embarcaran, para soltar amarras y dirigirse a Manhattan. Como era sábado por la tarde y aquél era el último viaje que haría el vaporcito ese fin de semana, los que se quedaran podrían tener que permanecer allí hasta el lunes. La sirena del vaporcito mugió su ronca advertencia. Algunas figuras con monos de faena salieron despacio por las altas puertas de las oficinas de inmigración y recorrieron el pavimento gris que llevaba hasta el muelle.

Era mayo de 1907, el año destinado a llevar el mayor contingente de inmigrantes a las costas de los Estados Unidos. Todo aquel día, como todos los días desde que la primavera empezó, las cubiertas del vaporcito habían estado atestadas de centenares y centenares de extranjeros, nacidos en casi todos los países del mundo: teutones de mandíbula potente y pelo corto, rusos de barba cerrada, judíos de ralas patillas y, entre ellos, campesinos eslovacos de rostro sumiso, armenios de mejillas lisas y atezadas, griegos granujientos y daneses de arrugados párpados. Todo el día, las cubiertas del vaporcito habían estado llenas de color, una matriz de trajes vivos de otras tierras, los delantales salpicados de verde y amarillo, el pañuelo floreado, tejidos caseros bordados, el chaleco de piel de oveja ribeteado de plata, bufandas chillonas, botas amarillas, gorros de piel, caftanes, gabardinas de colores apagados. Todo el día, las voces guturales, las agudas, los gritos de asombro, los jadeos de sorpresa y reiteraciones de alegría habían brotado de sus puentes en una ola abigarrada de sonido. Pero ahora esos puentes estaban vacíos, silenciosos, extendiéndose al sol casi como si las calientes tablas descansaran del esfuerzo y la presión de aquellas miríadas de pies. Todos los pasajeros

de entrepuente de los barcos que habían atracado aquel día a los que se había permitido entrar habían entrado ya... salvo dos, una mujer y un niño pequeño que ella llevaba en brazos. Acababan de subir a bordo acompañados de un hombre.

En la apariencia de aquellos rezagados no había mucho de insólito. El hombre, evidentemente, había estado algún tiempo en América y ahora se traía a su mujer y a su hijo del otro lado. Se hubiera podido pensar que había pasado la mayor parte de su tiempo en la parte baja de Nueva York, porque sólo prestaba escasísima atención a la Estatua de la Libertad, o a la ciudad que surgía del agua, o a los puentes tendidos sobre el East River... o quizá estaba simplemente demasiado nervioso para perder mucho tiempo en esas maravillas. Sus ropas eran las ordinarias que el neoyorquino ordinario llevaba en aquella época: sobrias y apagadas. Un sombrero hongo negro acentuaba lo afilado y la palidez sedentaria de su cara; una chaqueta, floja sobre su cuerpo alto y descarnado, y abotonada hasta arriba en una V próxima a la garganta; y, por encima de la V, una corbata negra de nudo apretado, montada en el surco de un alto cuello almidonado. En cuanto a su mujer, se adivinaba que era europea más por la mirada tímida y maravillada de sus ojos, cuando miraba de su marido al puerto, que por sus ropas. Porque sus ropas eran americanas: una falda negra, una blusa blanca y una chaqueta negra. Evidentemente, su marido había tenido la precaución de enviárselas mientras ella estaba aún en Europa, o las había traído a Ellis Island, donde ella se las había puesto antes de salir.

Sólo el niño pequeño que tenía en sus brazos llevaba una ropa claramente extranjera, impresión que daba principalmente el extraño, extravagante y azul sombrero de paja de su cabeza, con sus cintas de lunares del mismo color colgando sobre ambos hombros.

A no ser por ese sombrero, si los tres recién llegados hubieran estado en una multitud, probablemente nadie hubiera podido señalar a la mujer y el niño como inmigrantes recién llegados. No llevaban sábanas atadas en enormes fardos, ni voluminosos cestos de mimbre, ni apreciados lechos de plumas, ni cajas de golosinas, embutidos, aceite puro de oliva, quesos raros; la gran bolsa que tenían al lado era su único equipaje. Pero a pesar de ello, a pesar de su apariencia más que corriente, los dos hombres con monos de faena, tendidos a popa fumándose un cigarrillo, los miraron con curiosidad. Y la vieja vendedora ambulante, sentada con su cesto de naranjas en las rodillas, no hacía más que mirar de soslayo en su dirección con sus débiles ojos.

La realidad era que había algo muy atípico en su conducta. La vieja vendedora ambulante del banco y los hombres con monos de faena de la ropa habían visto a suficientes maridos reunirse con sus

mujeres e hijos tras una larga ausencia para saber cómo tenía que comportarse esa gente. Las razas más volátiles, como los italianos, bailaban a menudo de alegría, daban vueltas en corro y pirueteaban extasiados; los suecos se limitaban a veces a mirarse mutuamente, respirando con la boca abierta como perros jadeantes; los judíos lloraban, farfullaban, casi se sacaban mutuamente los ojos con la imprudencia de sus gestos precipitados; los polacos rugían y se agarraban mutuamente a la distancia del brazo como si quisieran arrancarse puñados de carne; y se podía ver a los ingleses, después de un beso picoteado, gravitar hacia el abrazo sin lograrlo nunca. Pero aquellos dos estaban mudos, apartados; el hombre mirando sombríamente al agua con ojos distantes y ofendidos... y si volvía el rostro hacia su mujer era sólo para mirar airadamente, con áspero desprecio, el sombrero de paja azul que llevaba el niño que ella tenía en brazos; luego sus ojos hostiles barrían el puente para ver si alguien más los observaba.

Y su mujer, a su lado, lo miraba inquieta, suplicante. Y el niño, contra el pecho de ella, miraba del uno al otro con ojos vigilantes y asustados. En conjunto era un encuentro muy curioso.

Llevaban varios minutos de aquella forma extraña y silenciosa cuando la mujer, como movida a actuar por la tensión, trató de sonreír y, tocando el brazo de su marido, dijo tímidamente: «Así que ésta es la Tierra Dorada.» Hablaba en yídish.

El hombre gruñó, pero sin responder.

Ella tomó aliento como para darse ánimos y, trémula: «Lo siento, Albert, ha sido una tontería.» Hizo una pausa, esperando algún parpadeo de alivio, alguna palabra que nunca llegó. «Pero estás tan flaco, Albert, tan ojeroso.

Y el bigote... te lo has afeitado.»

La brusca mirada de su marido la apuñaló, él dio un paso atrás: «Aun así.»

«Debes de haber sufrido en esta tierra.» Continuó ella amablemente a pesar del reproche. «Nunca me has escrito. Estás delgado. *Ach!* Así que también en la nueva tierra hay la misma pobreza de siempre. No has tenido qué comer. Lo veo. Has cambiado.»

«Bueno, no importa», dijo él bruscamente, haciendo caso omiso de su compasión. «Eso no es excusa para no reconocerme. ¿Qué otro hubiera podido venir a buscarte? ¿Conoces a alguien más en este país?»

«No», conciliadora. «Pero estaba tan asustada, Albert. Escúchame. Estaba tan desconcertada, y esa espera tan larga en aquella sala enorme desde la mañana. ¡Qué espera más horrible! Los veía irse a todos, uno tras otro. El zapatero y su mujer. El calderero de Strij y sus niños. Todos los del 'Kaiserin Viktoria'. Y yo... allí. Mañana es

domingo. Me dijeron que nadie podría venir a recogerme. ¿Y si me hacían volver? ¡Estaba desesperada! »

«¿Me estás echando a mí la culpa?» Su voz sonaba peligrosa.

«¡No! ¡No! ¡Claro que no, Albert! Sólo te lo estaba explicando.»

«Bueno pues deja que te lo explique yo», dijo él secamente. «He hecho lo que he podido. He pedido un día libre en el taller. He llamado cuatro veces a la maldita Hamburg-American Line'. Y todas las veces me han dicho que tú no estabas a bordo.»

«No tenían ya pasajes de tercera, y tuve que coger de entrepuente...»

«Sí, ahora lo sé. Todo eso está muy bien. No se podía hacer nada. De todas formas vine. El último barco. ¿Y qué haces tú? Negarte a reconocerme. No me conoces.» Apoyó los codos en la barandilla y desvió su rostro colérico. «Así es como me recibes.»

«Lo siento, Albert», le acarició el brazo humildemente. «Lo siento.»

«Y por si esos mestizos de chaqueta azul de ahí no me estuvieran ya tomando suficientemente el pelo, vas y les dices los años que tiene de verdad el mocoso. ¿No te escribí que dijeras que diecisiete meses, porque nos ahorraríamos la mitad del billete? ¿No me oíste dentro cuando se lo dije yo?»

«¿Cómo iba a oírte, Albert?», protestó ella. «¿Cómo iba a oírte? Estabas al otro lado de aquella... de aquella jaula.»

«Bueno, ¿y por qué no dijiste de todas formas que diecisiete meses? ¡Mira! », señaló a varios funcionarios de chaqueta azul que salían con prisas por una puerta del edificio de inmigración. «Ahí están.» Un orgullo siniestro lastraba su voz. «Si está entre ésos el que me hizo tantas preguntas, le podré decir un par de cosas cuando venga hacia aquí.»

«Déjalo, Albert», exclamó ella inquieta. « ¡Por favor, Albert! ¿Qué tienes contra él? No podía hacer otra cosa. Es su trabajo.»

«¿Ah sí?» Sus ojos siguieron con inmutable deliberación a los chaquetas azules que se acercaban al barco. «Bueno, pues no tenía por qué hacerlo tan bien.»

«Y después de todo le he mentido, Albert», dijo ella apresuradamente, tratando de distraerlo.

«La realidad es que no lo has hecho», dijo bruscamente él, volviendo su rabia contra ella. «Has dejado en evidencia tu primera mentira al decir la verdad luego. ¡Y me has puesto a mí en ridículo!»

«No sabía qué hacer.» Hurgaba desesperadamente en la reja de alambre que había bajo la barandilla. «En Hamburgo el médico se rió de mí cuando le dije que diecisiete meses. Es tan grande. Era ya tan grande cuando nació.» Sonrió, y el aspecto preocupado de su rostro se desvaneció momentáneamente mientras acariciaba la mejilla de su hijo. «¿No vas a decirle algo a tu padre, David, amor?»

El niño se limitó a esconder la cabeza detrás de su madre.

Su padre lo miró con fijeza, desplazó la vista y bajó sus ojos airados hacia los funcionarios, y luego, como si una perplejidad le pasara por la mente, frunció el ceño distraído. «¿Cuántos años dijo él que tenía?»

«¿El médico? Más de dos años... y, como te digo, se reía.»

«Bueno ¿y qué escribió?»

«Diecisiete meses... ya te lo he dicho.»

«Entonces, ¿por qué no les dijiste que diecisiete...?» Se interrumpió y se encogió de hombros violentamente. «¡Baah! En este país hay que tener más temple.» Hizo una pausa, la miró con atención y luego frunció el entrecejo de pronto. «¿Has traído su partida de nacimiento?»

«Bueno...» Parecía confusa. «Tal vez esté en el baúl... ahí en el barco. No lo sé. Quizá me la haya dejado.» Se llevó una mano incierta a los labios. «No lo sé. ¿Es importante? No pensé en ello. Pero seguro que padre podría mandárnosla. Sólo hay que escribirle.»

«¡Hummm! Bueno, déjalo en el suelo.» Su cabeza se movió bruscamente hacia el niño. «No hace falta que lo lleves en brazos todo el tiempo. Es suficientemente grande para estar de pie.»

Ella dudó y luego, de mala gana, dejó al niño en el puente del barco. Asustado, inseguro, el pequeño se desplazó hasta el lado opuesto a su padre y, escondido por su madre, se agarró a su falda.

«Bueno, ya ha acabado todo.» Ella trataba de mostrarse alegre. «Ya lo hemos pasado, ¿no, Albert? Cualquier equivocación que haya cometido no importa ya. ¿Verdad?»

«¡Un buen anticipo de lo que me espera!» Le volvió la espalda y se apoyó malhumorado en la barandilla.

Guardaron silencio. Abajo, en el muelle, habían deslizado las pardas estachas sobre los norays, y los hombres de la cubierta inferior las estaban sacando ahora chorreantes del agua. Sonaron campanas. El barco vibró. Espantadas por el ronco mugido de su sirena, las gaviotas que daban vueltas ante su proa se elevaron con gritos ligeramente chirriantes del agua verde y, mientras el barco se revolvía, alejándose del muelle de piedra, atravesaron rozando su camino con sus alas indolentes de cimitarra. Detrás del barco, la blanca estela que se extendía hasta Ellis Island se alargaba, deshilachándose indolentemente en un verde melón. A un lado se curvaba la costa baja y monótona de Jersey, con los palos y mástiles del puerto ribeteando el cielo; al otro estaba Brooklyn, plano, con las torres de sus depósitos de agua. Y delante de ellos, alzándose en su alto pedestal de aquel esplendor hormigueante y escamoso del agua, iluminada por el sol hacia el oeste, la Libertad. El disco giratorio del sol de la última hora de la tarde descendía oblicuamente tras el barco y, para los que a

bordo miraban la estatua, sus líneas quedaban carbonizadas de oscuridad, sus profundidades vacías, sus masas reducidas a un solo plano. Contra el cielo luminoso, los rayos de su aureola eran pinchos de oscuridad que aguijoneaban el aire; la sombra aplastaba la antorcha que llevaba, convirtiéndola en una cruz negra contra la luz sin mácula: la empuñadura ennegrecida de una espada rota. La Libertad. El niño y su madre miraron otra vez maravillados aquella figura imponente.

El barco trazó un amplio arco en torno a la estatua hacia Manhattan, con la proa barriendo y dejando a un lado Brooklyn y sus puentes, cuyos cables y pilares, superpuestos por la distancia, atravesaban el East River en ondas diáfanas y rígidas. El poniente que rastrilleaba el puerto formando brillantes terrones soplaba fresco y claro, con un sabor salado en las calmas de sus viradas. Azotaba las cintas moteadas del sombrero del niño, exactamente a sus espaldas. Llamaron la atención de su padre.

«¿De dónde has sacado esa cosa?»

Asustada por la repentina pregunta, su mujer bajó la vista. «¿Eso? Fue el regalo de despedida de María. La vieja ama. Lo compró y luego le cosió las cintas. ¿No te parece bonito?»

«¿Bonito? ¿Y todavía me lo preguntas?» Sus mandíbulas enjutas apenas se movían cuando hablaba. «¿No ves cómo esos idiotas tumbados ahí nos están mirando ya? ¡Se burlan de nosotros! ¿Qué harán los demás en el tren? Parece un payaso con ese sombrero. ¡De todas formas, él tiene la culpa de todo este lío!»

Su voz dura, su mirada furiosa, su mano agitada hacia el niño, asustaron a éste. Sin saber la razón, supo que la cólera de aquel extraño se dirigía contra él. Se puso a llorar y se apretó más contra su madre.

«¡Silencio!», dijo bruscamente la voz por encima de él.

Encogiéndose, el niño lloró mucho más fuerte.

«¡Cállate, cariño!» Las manos protectoras de su madre se apoyaron en sus hombros.

«¡Precisamente cuando estamos a punto de desembarcar! », dijo furioso su marido. «¡Y ahora empieza así! ¡Con semejante rabieta! ¡Y tendremos que aguantarlo hasta casa! ¡Cállate! ¿Me oyes?»

«¡Eres tú quien lo asusta, Albert!», protestó ella.

«¿Yo? Bueno, pues que se calle. Y quítale esa cosa de paja de la cabeza.»

«Pero Albert, hace frío.»

«Se lo vas a quitar porque yo...» Un gruñido ahogó cualquier otra cosa que hubiera podido decir. Mientras su mujer lo miraba horrorizada, los largos dedos de él arrancaron el sombrero de la cabeza del niño. Un instante después, el sombrero volaba sobre el

costado del barco hacia las verdes aguas de abajo. Los hombres con monos de faena, a popa, se sonrieron unos a otros torcidamente. La vieja vendedora de naranjas sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

«¡Albert!», su mujer tomó aliento. «¿Cómo has podido?»

«¡Pudiendo!», le soltó él. «¡Hubieras debido dejarlo allí!» Rechinó los dientes, mirando torvamente el puente del barco.

Ella levantó hasta su pecho al niño, que sollozaba, y lo apretó contra sí. Con expresión ausente y aturdida, su mirada vagó desde el rostro sombrío y lleno de indignación latente de su marido hasta la popa del barco. En la estela de un verde plateado, que se curvaba como una trompeta sobre el agua, el sombrero azul seguía balanceándose y columpiándose, con las cintas extendidas sobre las olas. A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas. Se las secó rápidamente, movió la cabeza como alejando un recuerdo y miró hacia proa. Delante de ella se alzaban las sucias cúpulas y los imponentes muros rectangulares de la ciudad. Sobre los dentellados techos, el humo blanco, blanqueado y diluido por el sol que declinaba, se desvanecía en las hendiduras y cuñas del cielo. Ella apretó su frente contra la de su hijo, y lo acalló con susurros. Aquélla era la tierra vasta e increíble, la tierra de la libertad, de las oportunidades inmensas, la Tierra Dorada. Una vez más intentó sonreír.

«Albert», dijo tímidamente, «Albert.»

«¿Hum?»

«Gehen vir voinen du? In Nev York?»

«Nein. Bronzeville. Ich hud dir schoin geschriben»[1]

Ella asintió con incertidumbre, suspiró...

Revolviendo sus hélices y echando hacia atrás las aguas, el «Peter Stuyvesant» se acercó a su muelle... dejándose llevar despacio y con su impulso contrarrestado, como si lo hiciera a regañadientes.

1

En yídish en el original: «¿Vamos a vivir aquí? ¿En Nueva York?» / «No. En Brownsville. Ya te lo escribí.» [N. del T.]

Libro I

El sótano

I

DE pie ante el fregadero de la cocina y mirando los relucientes grifos de latón que brillaban muy lejos, cada uno de ellos con una gota de agua en la nariz, que lentamente se hinchaba y caía, David se dio cuenta una vez más de que este mundo había sido creado sin pensar en él. Tenía sed, pero las caderas de hierro del fregadero descansaban sobre patas casi tan altas como su propio cuerpo, y ni estirando el brazo, ni saltando, podría alcanzar nunca aquel grifo distante. ¿De dónde venía el agua que acechaba con tanto secreto en la curva de latón? ¿Adonde iba, gorgoteando por el desagüe? ¡Qué mundo más extraño debía de esconderse tras las paredes de una casa! Pero tenía sed.

«¡Mamá!», llamó, y su voz se elevó sobre el siseo del barrido en el cuarto de estar. «Mamá, quiero beber.»

La invisible escoba se detuvo para escuchar. «Voy dentro de un momento», respondió su madre. Una silla chilló sobre sus ruedecillas; una ventana bajó riéndose; los pasos de su madre que se acercaban.

De pie en el vano de la puerta, en el escalón más alto (al cuarto de estar se subía por dos escalones), su madre, sonriendo, lo contempló. Parecía tan alta como una torre. El viejo vestido gris que llevaba se levantaba recto desde sus fuertes tobillos desnudos hasta la cintura, se curvaba en torno al seno profundo y sobre los anchos hombros, y situaba su garganta redonda en un marco de encaje deshilachado. Su rostro liso y diagonal estaba arrebolado por el trabajo, pero tenía ligeramente, difuso, el color de un mano bajo cera. Ella tenía unos labios suaves, llenos, el cabello castaño. Una oscuridad vaga, huidiza, borraba la cavidad que había sobre sus pómulos, dando a su rostro y a sus grandes ojos pardos, situados sobre blancos óvalos, un aire reservado y casi dolorido.

«Quiero beber, mamá», repitió él.

«Lo sé», respondió ella, bajando las escaleras. «Ya te he oído.» Y, echándole una rápida mirada de soslayo, fue al fregadero y abrió el grifo. El agua salió a borbotones ruidosamente. Ella se quedó allí un momento, sonriendo oscuramente, dividiendo con un dedo el chorro turbulento y esperando a que el agua se enfriara. Luego, llenando un vaso, se lo alargó desde arriba.

«¿Cuándo seré suficientemente grande?», preguntó él resentido mientras cogía el vaso con ambas manos.

«Ya llegará el día», respondió ella sonriendo. Rara vez sonreía abiertamente; en lugar de ello, el delgado surco que recorría su labio

superior se hacía más profundo. «No te preocupes.»

Con los ojos fijos aún en su madre, David se bebió el agua a tragos sin respirar, desiguales, y luego le devolvió el vaso, sorprendido de ver que su contenido apenas había mermado.

«¿Por qué no puedo hablar con la boca metida en el agua?»

«Porque nadie te oiría. ¿Has bebido bastante?»

Él asintió, murmurando satisfecho.

«¿Eso es todo?», preguntó ella. En su voz había un suave desafío.

«Sí», dijo él vacilando, mientras escrutaba el rostro de ella en busca de algún indicio.

«Me lo imaginaba», echó la cabeza atrás con burlona decepción.

«¿El qué?»

«Es verano», señaló la ventana, «el tiempo se hace caluroso. ¿A quién vas a refrescar con esos labios helados que te ha dado el agua?»

«¡Oh! » David levantó la cara sonriente.

«Nunca te acuerdas de nada», le reprochó ella y, con una risita ronca, lo acogió en sus brazos.

Hundiendo los dedos en el cabello de su madre, David le besó la frente. La tibieza y el olor, suaves y familiares,-de su piel y sus cabellos.

«¡Vaya!», se rió ella, haciéndole cosquillas con la nariz en la cara, «pero has tardado demasiado; el fresque-cito se ha ido. Los labios para mí», le recordó, «deben ser siempre tan frescos como el agua que los moja». Lo dejó en el suelo.

«Algún día comeré hielo», dijo él advirtiéndola, «y entonces te gustará».

Ella se rió. Y luego, seria. «¿No vas a bajar a la calle? Se está pasando la mañana.»

«¡Aaa! »

«Es mejor que salgas. Sólo un ratito. Voy a barrer aquí, sabes.»

«Antes quiero mi calendario», dijo él haciendo un puchero e invocando sus derechos en aquella hora infausta.

«Cógelo entonces. Pero luego bajas.»

Él arrastró una silla hasta debajo del calendario que había en la pared, trepó a ella, arrancó la hoja anterior y pasó las restantes para ver cuánto faltaba para el próximo día rojo. Los días rojos eran domingos, días en que su padre estaba en casa. A David le daba siempre un poquito de aprensión verlos aproximarse.

«Ya tienes tu hoja», le recordó su madre. «Ven.» Le tendió los brazos.

Él retrocedió. «Enséñame dónde está mi cumpleaños.»

« ¡Pobre de mí! » Exclamó ella con una risita impaciente. «Llevo semanas enseñándotelo todos los días.»

«Enséñamelo otra vez.»

Ella revolvió el taco, levantando una delgada capa de hojas. «Julio...», murmuró, «12 de julio... ¡Aquí está! » Lo encontró. «12 de julio de 1911. Entonces tendrás seis años.»

David contempló gravemente aquellas extrañas cifras. «Un montón de páginas aún», le informó.

«Sí.»

«Y es también un día negro.»

«En el calendario», se rió ella, «sólo en el calendario. ¡Y ahora baja de una vez! ».

Agarrándose a su brazo, él saltó de la silla. «Ahora tengo que esconderlo.» Explicó.

«Tienes que esconderlo. Ya veo que hoy no voy a terminar el trabajo nunca.»

Demasiado absorto en sus propios asuntos para hacer mucho caso de los de ella, se dirigió a la despensa que había debajo de la alacena, abrió la puerta y sacó una caja de zapatos, su cofre del tesoro.

«¿Ves cuántas tengo ya?», señaló orgullosamente el grueso fajo de hojas arrugadas que había en la caja.

«Maravilloso!» Ella miró la caja con mecánica admiración. «Vas pelando el año como quien pela una berza. ¿Estás listo para la expedición?»

«Sí.» Dejó la caja sin la menor prisa.

«Dónde está tu blusa de marinero?», murmuró ella mirando a su alrededor. «La de las cintas blancas. ¿Qué he hecho...?» La encontró. «Todavía hace un poco de viento.»

David levantó los brazos para que ella le pusiera la blusa por la cabeza.

«Bueno, hijito», dijo ella besándole en la cara cuando volvió a emerger. «Vete abajo a jugar.» Lo acompañó hasta la puerta y la abrió. «No demasiado lejos. Y recuerda que, si no te llamo, tienes que esperar a que suene la sirena.»

Él salió al pasillo. A sus espaldas, como un párpado al bajarse, la puerta, cerrándose suavemente, apagó la luz. Tanteó las escaleras, que se deslizaban a sus pies hacia la oscuridad y, agarrando uno a uno los esbeltos montantes de la barandilla, descendió. David nunca se encontraba solo en aquellas escaleras, pero le hubiera gustado que no hubiese una alfombra que las cubriera. ¿Cómo oír el sonido de tus propios pies en las tinieblas si una alfombra amortiguaba cada paso que dabas? Y si no podías oír el sonido de tus propios pies ni podías ver nada tampoco, ¿cómo podías estar seguro de que estabas realmente allí y no soñando? A unos cuantos escalones del rellano de abajo, se detuvo y miró rígido la puerta del sótano. Estaba henchida de oscuridad. ¿Aguantaría?... ¡Aguantó! Se saltó los últimos escalones y corrió por el estrecho zaguán hacia la luz de la calle. Lanzarse por el

hueco de la puerta fue como arrojarse contra una ola. Una deslumbrante oleada de sol rompió sobre su cabeza, lo sumergió en una remolineante mancha de esplendor y se retiró luego… Una hilera de casas de tablas medio hundidas en sombra suave, una cuneta llena de agujeros, un bostezante cubo de basura, restos de un naufragio en la costa, su calle.

Parpadeando y casi estremecido, aguardó un momento en el porche de abajo, hasta que su visión vertiginosa se estabilizó. Entonces, por primera vez, se dio cuenta de que, sentado en el bordillo, había un chico, al que reconoció un instante después. Era Yussie, que acababa de mudarse a la casa de David y vivía en el piso de arriba. Yussie tenía la cara gorda y muy colorada. Su hermana mayor cojeaba y llevaba unos extraños hierros en una de las piernas. ¿Qué estaba haciendo Yussie, se preguntó David, qué tenía en las manos? Bajando del porche, se le acercó y, sin que Yussie le hiciera ningún caso, se situó a su lado.

Yussie había quitado a un reloj despertador la caja. Al descubierto, aquellos órganos vitales bronceados y geométricos hacían tictac si se los estimulaba con el dedo, zumbaban y tintineaban con vacilaciones.

«Aún funziona», le ilustró Yussie gravemente. David se sentó. Fascinado, miró con asombro las brillantes ruedecillas dentadas que se movían sin mover sus corazones de luz. «¿Y kómo funziona?» En la calle, David hablaba inglés.

«¿No lo veh? Eh bork'es una mákina.»

« ¡Ah!»

«Dehbiert'a mi badre bor la manyana.»

«También desbiert'a mi madre.»

«Te dize kuándo tieneh ke komér y kuándo tieneh ke dormir. T'ensenya dónde, bor eso l'e kitao.»

«Yo teng'un kalendario'n kasa.» Le informó David.

«¡Buah! ¿Kién no tien'un kalendario?»

«Yo guard'el mío. Teng'un libro gord'echo kon él, kon números enzima.»

«¿Kién no bued'azer eso?»

«Bues l'izo mi badre.» David se apuntó el único tanto en todo aquello.

«¿Ké's tu badre?

«Mi badre's tibógrafo.»

«Mi badre trabaha'n una hoyería. En Brooklyn. ¿Hah vivío'n Brooklyn?»

«No.» David negó con la cabeza.

«Nosotros antes sí… al lado mihmo de la boyería de mi padre en Rainey Aveniú. ¿Dónde trabaha tu badre?»

David trató de pensar. «No sé.» Confesó finalmente, confiando en

que Yussie no seguiría con el tema.

No siguió. En lugar de ello, dijo: «No me guhta Brownsville. Me guhta máh Brooklyn.»

David se sintió aliviado.

«Solíamos enkontrar zigarros en la kuneta», continuó Yussie. «Y solíamoh tirárselos a las senyorah, y solíamoh korrer. ¿Ké te guhtan máh, las senyoras o loh kabayeroh?»

«Las senyorah.»

«A mí me guhta máh mi badre», dijo Yussie. «Mi madre siembre me chiya.» Metió un clavo entre dos ruedecitas. Un brillante engranaje amarillo saltó de pronto, cayendo en el arroyo a sus pies. Lo recogió, le sopló el polvo y se levantó. «¿Lo kiereh?»

«Sí.» David alargó la mano.

Yussie estuvo a punto de dejar caer el engranaje en aquella palma extendida, pero, pensándolo mejor, lo retiró. «No. Eh bekenyo kom'un zentavo. Kizá bueda meterlo'n un tragaberrah y sakar chikle. Toma, buedeh kedarte kom éhte.» Se sacó un engranaje grande del bolsillo y se lo dio a David. «Ehto son veintizinko. ¿Vieneh?»

David dudó. «Tengo k'ehberar hahta ke suene la sirena.»

«¿Ké sirena?»

«La de la fábrika. Todah huntah.»

«¿Y entonzeh?»

«Entonzeh bued'ir a kasa.»

«¿Y bor ké?»

«Borke suena'lah doze y luego suena'lah zinko. Entonzeh buedo subir.»

Yussie lo miró con curiosidad. «Voy a sakar chikle», dijo, encogiéndose de hombros para sacudir su perplejidad. «En la mákina tragaberrah.» Y se dirigió tranquilamente hacia la confitería de la esquina.

Con la ruedecita en la mano, David se preguntó una vez más por qué todos los chicos de la calle sabían dónde trabajaba su padre, salvo él. Su padre tenía tantos empleos. Apenas te aprendías dónde estaba trabajando cuando ya trabajaba en otro lado. Y por qué decía siempre: «¡Me miran de través, burlándose con los ojos! ¿Cuánto puede aguantar un hombre? ¡Ojalá se los tragara el fuego del cielo!» En la mente de David apareció una imagen aterradora: el recuerdo de cómo una vez, a la hora de la cena, su madre se había atrevido a decir que quizá los hombres no lo miraban realmente mal, que quizá se lo imaginaba sólo. Su padre había gruñido entonces. Y, con un brusco movimiento del brazo, había lanzado comida y platos al suelo. Y luego vinieron otras imágenes, imágenes de la puerta abierta de una patada y su padre entrando, con aspecto pálido y desencajado, y sentándose como se sientan los viejos, echando una mano temblorosa atrás para

buscar a tientas la silla. No hablaba. Sus mandíbulas, y hasta sus articulaciones, parecían soldadas por un furia agotadora. David soñaba a menudo con los pasos de su padre resonando en la escalera, el pomo reluciente de la puerta que giraba, y él mismo, asiendo cuchillos que no podía levantar de la mesa.

Cavilando, absorto en sus pensamientos, absorto en los dientecitos rítmicos y exactos de la amarilla ruedecilla que tenía en la mano, en los delgados círculos brillantes que giraban incansablemente sin moverse, David no se dio cuenta de que se había formado en el arroyo, a cierta distancia, un grupito de niñas. Pero cuando empezaron a cantar se sobresaltó y levantó la vista. Tenían las caras serias y las manos entrelazadas; dando vueltas lentamente en corro, cantaban un refrán lastimero y gangoso:

«Waltar, Waltar, Flor Salvahe,
Que hah krezido tanto y tanto,
Todah somoh senyoritah,
Y la muerte noh da ehbanto.»

Una y otra vez repetían su estribillo. Sus palabras, oscuras al principio, surgieron por fin, cobrando sentido. La canción turbó a David de una forma extraña. Walter Flor Salvaje era un chico pequeño. David lo conocía. Vivía en Europa, muy lejos, donde la madre de David decía que había nacido él. Lo había visto de pie en una colina, muy lejos. Lleno de una melancolía cálida y nostálgica, cerró los ojos. Fragmentos de ríos olvidados flotaban bajo sus párpados, carreteras polvorientas, insondables curvas de árboles, una rama en una ventana bajo una luz sin mancha. Un mundo en alguna parte, en alguna otra parte.

«Waltar, Waltar, Flor Salvahe,
Que hah krezido tanto y tanto.»

Su cuerpo se relajó, cediendo al ritmo de la canción y a la dorada luz del sol de junio. Parecía levantarse y caer sobre las olas en alguna parte, sin él. En su interior, una voz hablaba sin palabras pero con las fluctuaciones de una llama lenta...

«Todah somoh senyoritah,
Y la muerte noh da ehbanto.»

Desde unos dedos flojos que se abrieron, la ruedeci-11a rodó por tierra, resonó como una moneda y cayó de costado. Aquel sonido repentino lo ancló de nuevo, fijándolo a la silenciosa calle suburbana,

al bordillo. La llama inarticulada que había latido en su interior vaciló y se extinguió. Suspiró, inclinándose y recogiendo la rueda.

Cuándo sonará la sirena, se preguntó. Hoy tardaba tanto...

II

HASTA donde podía recordar, aquélla era la primera vez que iba a alguna parte solo con su padre, y se sentía ya desconsolado, agitado por tristes presagios, echando de menos desesperadamente a su madre. Su padre era tan silencioso y tan distante que, incluso a su lado, se sentía como si estuviera solo. ¿Y si su padre lo abandonaba, dejándolo en alguna calle solitaria? El pensamiento le dio escalofríos de terror por todo el cuerpo. ¡No! ¡No! ¡No podía hacer eso!

Por fin llegaron a las líneas del tranvía. El ver gente lo animó otra vez, disipando sus temores por un rato. Subieron a un tranvía, viajaron lo que le pareció mucho tiempo y bajaron luego en una calle llena de gente, bajo un tren elevado. Agarrando nerviosamente a David por el brazo, su padre lo condujo al otro lado de la calle. Se detuvieron ante la tensa rejilla de hierro de un teatro cerrado. Carteles de colores a los dos lados, el olor de perfume rancio detrás. Gente que se apresuraba, trenes que rugían. David miraba a su alrededor espantado. A la derecha del teatro, en el escaparate de una heladería, palomitas de maíz de colores danzaban y flotaban, sopladas por un ventilador. Levantó la vista con aprensión hacia su padre, que estaba pálido, torvo. Las finas venas de la nariz se le marcaban como una telaraña rosa.

«¿Ves esa puerta?» Lo sacudió para que atendiera. «La de la casa gris. ¿La ves? Ese hombre acaba de salir por ella.»

«Sí, papá.»

«Pues entra y sube la escalera y verás otra puerta. Entras por ella. Y al primer hombre que veas dentro, le dices: soy hijo de Albert Schearl. Quiero que me dé la ropa que tiene en su taquilla y el dinero que se le debe. ¿Entiendes? Cuando te lo den, me lo traes aquí. Te espero. Bueno, ¿qué?», preguntó bruscamente.

David comenzó a repetir sus instrucciones en yídish.

«¡Dilo en inglés, imbécil!»

David las tradujo al inglés. Y cuando su padre se convenció de que las sabía, fue enviado.

«Y no les digas que estoy aquí fuera», le advirtió al irse. «¡Recuerda que has venido solo!»

Lleno de temor, acobardado ante la prueba de enfrentarse solo con extraños, unos extraños de los que su propio padre parecía recelar, entró en el zaguán y subió las escaleras. Un piso más arriba, empujó la puerta y entró en una habitación pequeña, una oficina. En algún lado, en la parte de atrás de aquella oficina, había máquinas que resonaban y traqueteaban. Un hombre calvo que estaba fumándose un puro levantó los ojos al entrar él.

«Bueno, chico», le preguntó sonriendo, «¿qué se te ofrece?».

Por un momento, todas las instrucciones se le fueron de la cabeza. «Mi... mi badre m'a'nviad'akí», balbuceó.

«¿Tu padre? ¿Quién es?»

«Soy... soy'iho d'Albert Schearl», dijo a borbotones. «M'a'nviado a ke koha su roba de la takiya y el dinero ke le deb'uhté.»

«Ah, con que eres hijo de Albert Schearl», dijo el hombre, cambiando de expresión. «Y quiere su dinero, ¿eh?» Asintió con un movimiento corto y vibrante de una campanilla. «Pues vaya padre que tienes, chico. Se lo puedes decir de mi parte. Yo no he podido. Está loco. Alguien que... ¿Qué hace en tu casa?»

David sacudió la cabeza culpablemente. «Nada.»

«¿No?», soltó una risita. «¿Nada, eh? Bueno...», se interrumpió, y fue hacia la ventanita en arco que había en la parte de atrás. «¡Joe!», llamó. «¡Eh, Joe! Ven un momento, ¿quieres?»

Al cabo de unos segundos entró un hombre de pelo gris con mono de faena.

«¿Me yamaba, Sr. Lobe?»

«Sí, haz el favor de coger las cosas de Schearl de su taquilla y envuélvemelas. Su rapaz está aquí.»

El rostro del otro hombre se partió en una sonrisa ancha de dientes pardos. «¿Es eht'el rabaz?» Como para no reírse, fatigó con la lengua la mascada de tabaco que tenía en la mejilla.

«Sí.»

«No bareze loko.» Soltó una carcajada.

«No.» El Sr. Lobe lo contuvo con un gesto de la mano. «Es un buen rapaz.»

«Tu vieho kasi me rombió la kabeza kon un mar-tiyo», dijo el hombre dirigiéndose a David. «No sé ké basó, nadi'abía dicho ná.» Hizo una mueca. «Nunk'e viht'un tibo así, Sr. Lobe. Kristo bendito, barezía k'ehtab'irviendo. ¿Vio la barra d'ierro ke dobló kon lah manoh? ¿Se la doy komo rekuerdo?»

El Sr. Lobe sonrió forzadamente. «Deja al crío en paz», dijo con sosiego. «Busca sus cosas.»

«Siéntate, chico», dijo el Sr. Lobe, señalándole una silla. «Tendremos aquí las cosas de tu padre en un par de minutos.»

David se sentó. Al cabo de unos minutos, una chica, llevando un papel en la mano, entró en la oficina.

«Mira, Marge», dijo el Sr. Lobe, «a ver qué se le debe a Schearl, ¿quieres?».

«Sí, Sr. Lobe.» Miró a David: «¿Quién es éste, su hijo?»

«Mmmm.»

«¿Se le parece, no?»

«Quizá.»

«Yo haría que lo detuvieran», dijo la chica abriendo un gran libro.

«¿Y de qué serviría eso?»

«No sé, podría meterle en la cabeza un poco de sentido común.»

El Sr. Lobe se encogió de hombros. «Me doy por satisfecho con que no haya matado a nadie.»

«Debería estar en una celda acolchada», dijo la chica garrapateando algo en un papel.

El Sr. Lobe no respondió.

«Se le deben seis sesenta y dos.» Dejó el lápiz. «¿Los saco?»

«Mmmm.»

La chica se dirigió a una gran caja de caudales negra que había en un rincón, sacó una cajita y, después de contar el dinero, lo metió en un sobre pequeño y se lo dio al Sr. Lobe.

«Ven aquí», dijo el Sr. Lobe a David. «¿Cómo te llamas?»

«David.»

«David y Goliat», sonrió. «Bueno, David, ¿tienes un bolsillo bien hondo? Vamos a ver.» Le levantó los faldones de la chaqueta. «Eso es, eso es lo que quería.» Y hurgando en la pequeña faltriquera que David tenía en la cintura. «Te lo pondremos ahí.» Dobló el sobre y se lo metió empujando. «Y ahora no lo saques. No le digas a nadie que lo tienes hasta que llegues a casa, ¿me entiendes? Qué idea, mandar a un crío de esta edad a un recado como éste.»

David, mirando fijamente al frente, por debajo del brazo del Sr. Lobe, se dio cuenta de que había dos caras que atisbaban desde la ventanita de atrás. Los ojos de ambas estaban fijos en él, con la mirada curiosa y divertida de hombres que contemplan por primera vez algún monstruo asombroso. Ambos hicieron una mueca cuando la chica, que se volvió casualmente hacia ellos, los vio; uno guiñó un ojo y se barrenó con el dedo la sien. Cuando el Sr. Lobe se volvió, ambos desaparecieron. Un momento más tarde, el hombre de pelo gris volvió con un bulto envuelto en papel.

«Akí'htá to lo k'e bodío'nkontrar, Sr. Lobe. Su toaya, y su kamisa y una chaketa.»

«Está bien, Joe.» El Sr. Lobe le cogió el paquete y se volvió hacia David. «Aquí tienes, chico. Póntelo bajo el brazo y no lo pierdas.» Se lo puso a David bajo el brazo. «¿No pesa, eh? Eso es bueno.» Abrió la puerta para que David pasara. «Adiós.» Una sonrisa seca atravesó rápidamente su cara. «Debe de ser duro para ti.»

Agarrando el bulto firmemente bajo el brazo, David bajó despacio las escaleras. ¡De modo que era así como su padre dejaba un trabajo! Había tenido un martillo en la mano, hubiera podido matar a alguien. David casi podía verlo, con el martillo levantado sobre la cabeza y el rostro deformado por una cólera horrible, y a los otros apartándose encogidos. Se estremeció ante aquella imagen de su mente y se quedó

inmóvil en la escalera, aterrorizado al tener que enfrentarse con la realidad. Pero tenía que bajar; tenía que encontrarse con su padre; sería peor para él si se quedaba más tiempo en la escalera. No quería ir, pero tenía que hacerlo. Si por lo menos aquellas escaleras hubieran sido dos veces más altas.

Se apresuró a bajar y salió a la calle. Su padre, con la espalda muy apretada contra la rejilla de hierro, lo esperaba y, cuando lo vio salir, le hizo señas de que se apresurara y se puso a andar, alejándose. David corrió tras él y lo alcanzó por fin, y su padre, sin aflojar el paso, lo liberó del bulto.

«Han tardado lo suyo», dijo echando una ojeada malévola por encima del hombro. Por su cara resultaba evidente que se había ido cargando de rabia durante el intervalo en que David lo había dejado solo. «¿Te han dado el dinero?»

«Sí, papá.»

«¿Cuánto?»

«Seis... seis dólares, la chica...»

«¿Te han dicho algo?» Sus dientes se apretaron ferozmente. «¿Algo de mí?»

«No, papá», respondió él apresurado. «Nada, papá. Sólo me han dado el... el dinero y he bajado.»

«¿Dónde está?»

«Aquí.» Se señaló el bolsillo.

«Bueno, ¡dámelo!»

Con dificultad, David extrajo el sobre de su bolsillo. Su padre se lo arrebató y contó el dinero.

«¿De modo que no han dicho nada, eh?» Parecía exigir una confirmación final. «Ninguno de los hombres te ha hablado, ¿no es eso? ¿Sólo ese cerdo calvo de gafas?» Lo miró atentamente.

«No, papá. Sólo ese hombre. No ha hecho más que darme el dinero.» Sabía que mientras los ojos de su padre estuvieran sobre él tenía que parecer franco, tenía que parecer inocente, simple.

«¡Muy bien!» Sus labios se alargaron por un breve instante, con satisfacción fugaz. «¡Bien!»

Se detuvieron en la esquina, esperando el tranvía...

David nunca dijo nada a nadie de lo que había descubierto, ni siquiera a su madre... Era demasiado aterrador, demasiado irreal para compartirlo con nadie. Meditó en ello hasta que penetró en el sueño, hasta que no pudo decir ya cuándo era su padre en carne y hueso y cuándo un sueño. Quién le iba a creer si dijera: he visto a mi padre levantando un martillo; estaba de pie en un alto tejado de oscuridad, y debajo de él había rostros levantados, muchos, que se extendían como guijarros blancos hasta el fin del mundo; ¿quién iba a creerlo? No se atrevía.

III

HABÍAN puesto en la mesa su mejor vajilla. Había pollo asándose en el horno. Su madre estaba echando el resto del lustroso vino tinto de la *Pesah*[1] , de la botella forrada de mimbre al grueso frasco. Había estado silenciosa hasta entonces, pero, mientras dejaba la botella en el centro de la mesa, se volvió hacia David, que la observaba. «Siento algo que no sé qué es», dijo. «Estoy inquieta.» Miró al suelo un momento, fijando la vista tristemente en el vacío; luego volvió hacia arriba las palmas de las manos como si se preguntara «por qué» y, suspirando, dejó caer otra vez las manos, como si no tuviera respuesta. «Quizá sea porque pienso que mi trabajo está condenado a perderse.»

David se preguntó un momento por qué decía su madre aquello, y entonces recordó. Iba a venir aquel hombre, el hombre cuyo nombre no se había caído de los labios de su padre en la última semana... desde que consiguió el nuevo empleo. Aquel hombre era capataz. Su padre dijo que los dos procedían de la misma región de la lejana Austria. Qué extraño era que viniesen de tan lejos y se encontrasen en el mismo taller, y se encontrasen viviendo en el mismo barrio de Brownsville. Su padre había dicho que ahora había encontrado un verdadero amigo, pero su madre había suspirado. Y ahora suspiraba otra vez y decía que su trabajo estaba condenado a perderse. David esperaba que estuviera equivocada. Quería ser como los demás chicos de la calle. Quería poder decir dónde trabajaba su padre.

Pronto oyó la voz de su padre en la escalera. Su madre se levantó, miró a su alrededor precipitadamente para ver si todo estaba listo y luego fue a la puerta y la abrió. Los dos hombres entraron, primero su padre y el otro detrás.

«Bueno, aquí estamos», dijo su padre con nerviosa cordialidad. «Ésta es mi mujer. Éste es Joe Luter, mi paisano. Y ése de ahí —señaló a David— es quien rezará por mí cuando me muera. Estás en tu casa.»

«Tenéis una bonita casa», dijo el otro sonriendo a la madre de David. «Muy, muy bonita», dijo entusiasmado.

«Se puede vivir en ella», respondió la madre de David.

«Y un guapo chico también.» Miró a David con aprobación.

«¡Bueno!», dijo su padre bruscamente. «A ver si cenamos pronto, ¿eh?»

Mientras su padre insistía en que Luter tomara vino, David examinó al recién llegado. No era tan alto como su padre, pero era mucho más ancho, con más carnes y, a diferencia de su padre, con una

discreta panza. Por alguna razón, era un tanto difícil acostumbrarse a su cara. No era porque fuera especialmente fea ni porque tuviera cicatrices, sino porque uno notaba cómo sus propios rasgos trataban de imitarla al mirarla. Su boca era tan corta y el arco de sus labios tan grueso que David se dio cuenta de que estaba esperando realmente que se relajasen. Y la forma en que sus narices se hinchaban y deshinchaban casi fatigaba, y se deseaba que los profundos hoyuelos de sus mejillas se llenasen pronto. Su forma de hablar era muy lenta e igual, toda su actitud, tolerante y atenta, y por ello y por la permanente alteración de sus rasgos, daba la impresión de una gran afabilidad y de buen carácter. De hecho, como pronto se vio, no sólo era afable, sino muy agradecido y muy educado, y elogió con mucho calor el vino y el bizcocho que sirvieron con él, y el orden de la casa en comparación con el de su patrona, y finalmente felicitó al padre de David por tener una mujer tan estupenda.

Cuando se sirvió la cena, se negó a empezar a comer hasta que se hubiera sentado la madre de David —lo que la turbó, porque siempre servía antes a los demás— y luego, durante la cena, fue muy considerado con todos, pasándoles carne y pan y sal antes de que se lo pidieran. Cuando hablaba, incluía a todos en la conversación, a veces haciéndoles preguntas y a veces fijando la vista en alguno. Todo lo cual desconcertaba no poco a David. Acostumbrado como estaba a comidas casi silenciosas, a ser pasado por alto o dado por descontado, le molestaba aquel verse obligado a cobrar conciencia de sí mismo, aquella intrusión de preguntas, como una trama equivocada en el tejido y diseño de sus pensamientos. Pero se dio cuenta de que le molestaban sobre todo los ojos del Sr. Luter. Parecían ser independientes de sus palabras, dejándolas, de hecho, muy atrás; porque, en lugar de echarle una ojeada a uno, lo miraban fijamente y seguían haciéndolo hasta que la voz se les unía. Para David se convirtió en una especie de juego incómodo, una especie de pillapilla secreto, derrotar a la mirada de Luter antes de que lo atrapara a él, mirar al mantel o a su madre en el momento mismo en que notaba que aquellos ojos se desplazaban hacia él.

La conversación tocó muchos temas, derivando desde los problemas del oficio de tipógrafo y las posibilidades de un sindicato de tipógrafos a los problemas y posibilidades (y bendiciones, dijo Luter con una sonrisa) del matrimonio.

Y luego de aquella tierra a la vieja tierra, y otra vez a ésta.

Y sobre si la madre de David mantenía un hogar *kosher*[2] —lo que la hizo sonreír— y el padre de David tenía tiempo aún para ponerse filacterias[3] por la mañana y a qué sinagoga iba..., lo que hizo resoplar a su padre, divertido. La mayor parte de lo que decían interesaba a David sólo vagamente. Lo que le fascinaba, sin embargo, era el curioso

efecto que Luter producía en su padre. Por una vez, aquellos modales suyos, bruscos y fríos, se habían deshelado un poco. Una deferencia vaga pero mesurada mitigaba un tanto el carácter irrevocable con que su voz juntaba siempre las palabras. Al terminar una afirmación que acababa de hacer preguntaba: «¿No?» Y a veces empezaba diciendo: «A mí me parece que.» Era raro. Perturbaba a David. No sabía si estar agradecido a Luter por suavizar el filo duro e inflexible del temperamento de su padre o si sentirse inquieto. De algún modo, era un poco irreal ver a su padre abrirse de aquella forma, distenderse con cautela, como un muelle tenso que se aflojara lentamente. E, incitado sólo por una mirada de comprensión de Luter, oírle hablar de su juventud, a él, que era tan taciturno y de labios tan cerrados, de quien David no podía imaginarse que hubiera tenido una juventud, hablando de su juventud, de los toros blancos y negros que cuidaba para su padre (y tratar de esconder un fruncimiento de cejas ante la palabra padre, él, que nunca escondía su disgusto), de cómo los alimentaban con malta remojada de la fábrica de levadura de su padre, y de cómo había recibido un premio por ellos de manos de Francisco José, el Rey. ¿Por qué tenía que mirar Luter de aquel modo para que su padre hablara? ¿Por qué bastaba con que Luter dijera «No me gusta la tierra. Es para los aldeanos», para que su padre se riera, para que su padre respondiera: «A mí *creo* que sí me gusta. *Creo* que cuando sales de una casa y pisas la tierra desnuda en medio de los campos eres el mismo hombre que eras cuando estabas dentro. Pero cuando sales y pisas aceras eres alguien distinto. Sientes que se te cambia la cara. *¿No te ha ocurrido eso a ti?»* Y bastaba con que Luter dijera: «Sí. Tienes razón, Albert», para que su padre diera un hondo suspiro de satisfacción. Era raro. ¿Por qué no había conseguido nadie nunca aquello? ¿Por qué no su madre? ¿Por qué no él mismo? Nadie excepto Luter.

Sus preguntas quedaron sin respuesta. Sólo sabía que, cuando terminó la cena, deseaba muchísimo que Luter le gustara. Deseaba que le gustara un hombre que elogiaba a su madre y guiaba a su padre por intransitados senderos de amabilidad. Deseaba que le gustara, pero no podía. Se me pasará, se tranquilizaba. En cuanto Luter volviera, le gustaría. Sí, la primerísima vez. Estaba seguro de ello. Lo deseaba. En cuanto se acostumbrara a aquellos ojos. Sí.

Un rato después de cenar, Luter se levantó para irse. El padre de David protestó diciendo que acababa de llegar, que se quedase otra hora al menos.

«Yo también tengo que trabajar por la mañana», le recordó Luter. «Si no, me quedaría. Esto es el paraíso comparado con lo de mi patrona.» Y luego se volvió hacia la madre de David y, a su estilo lento, sonriendo, le tendió la mano. «Quiero agradecérselo mil veces, Sra. Schearl, no había cenado tan bien ni tanto desde que se casó mi

último tío.»

Ella se ruborizó al darle la mano, riéndose. «Lo ha elogiado usted todo menos el agua que ha tomado.»

«Sí.» Se rió también. «Y la sal. Pero tenía miedo de que no me creyera si decía que sabían mejor que cualquier otra.»

Y tras intercambiar «buenas noches» y dar unas palmaditas a David en la cabeza (lo que a David no le agradó mucho), se fue.

«¡Ja!», exclamó su padre exultante cuando se hubo ido. «Ya te dije que ese maldito ir de un trabajo a otro se iba a acabar. Trabajo para la Dolman's Press y me voy a quedar. Aunque el tiempo puede traer algo distinto..., quién sabe. Allí hay otros dos capataces. Soy tan buen tipógrafo como cualquiera de ellos. Y sé más de ese malabarista de hierro de lo que ellos saben. ¿Quién sabe? ¿Quién sabe? Un poco de dinero. En su momento, hasta podría sugerirle que intentáramos... ¡Bueno! ¡En su momento! ¡En su momento!»

«Parece un hombre muy amable», dijo su madre.

«¡Ya verás cuando lo conozcas de verdad!»

Y, desde la marcha de Luter hasta su hora de acostarse, David no recordaba haber pasado una hora tan apacible en presencia de su padre...

1

Pascua judía que conmemora la liberación de la esclavitud en Egipto. [N. del T.]

2

Limpio o preparado de acuerdo con la religión judía. ÍN. del T.]

3

Cajitas de cuero que contienen pergaminos con textos del Pentateuco y se sujetan los judíos ortodoxos con correas en el brazo izquierdo y la frente para decir sus plegarias. [N. del T.]

IV

«¿NI uno solo?», preguntó Luter con sorpresa. «¿Ni tampoco en la vieja tierra?»

La vieja tierra. El pensamiento de David se orientó hacia fuera. Siempre valía la pena escuchar cualquier cosa relativa a la vieja tierra.

«Ni uno», respondió su madre. «Nada llegaba nunca a mi aldea, salvo la nieve y la lluvia. No es que me importase. Salvo una vez... Sí. Un hombre con un gramófono... de ésos que se oyen con auriculares. Costaba un centavo escucharlo, y ni siquiera eso valía. Nunca había oído yo nada que graznase con tanto esfuerzo. Pero los aldeanos estaban atemorizados. Juraban que había un diablo en la caja.»

Luter se rió. «¿Y eso es todo lo que había visto usted antes de venir a esta confusión?»

«¡Tampoco de *ésta* he visto mucho! Sé, eso sí, que vivo en el ciento veintiséis de Boddeh Stritt...»

«¡Bahday Street!», la corrigió su marido. «Te lo he dicho cientos de veces.»

«Boddeh Stritt», volvió a decir ella disculpándose. Él se encogió de hombros. «Es un nombre tan extraño..., calle del baño, en alemán. Pero aquí estoy. Sé que hay una iglesia en una calle a mi izquierda, que el mercado de verduras está a mi derecha, detrás de mí las vías del ferrocarril y los peñascos, y que delante, a unas manzanas, hay un escaparate con una especie de lechada... y con caras en la cal, como las que dibujan los niños. Dentro de esos límites está mi América, y si me aventurase más lejos, me perdería. De hecho», se rió, «sólo con que lavaran ese escaparate, quizá no volviera a encontrar el camino de casa.»

Su padre hizo un gesto de impaciencia. «Hablando de obras de teatro en yídish», dijo, «una vez vi una. Fue cuando estaba con mi padre en Lemberg en los días de la gran feria. La llamaban 'La venganza de Sansón'. Todavía puedo verlo, ciego pero otra vez peludo, esperando el momento de luchar contra los paganos. Me impresionó mucho».

«Yo, por mi parte», dijo Luter, «voy al teatro para reírme. ¿Para qué ir a atormentarse, si la vida es ya una peste? No, prefiero algún cómico disparatado o las contorsiones de alguna moza alegre».

«A mí eso no me dice nada.» Su padre fue escueto.

«Bueno, a mí tampoco me vuelve loco, sabes, pero lo que quiero decir es que cuando estás deprimido eso te alegra el corazón. ¿No cree usted que unas buenas carcajadas curan todas las penas, Sra. Schearl?»

«Supongo que sí.»

«¡Ahí lo tienes! Pero oye, tengo una idea. Tú sabes que el People's Theatre encarga siempre a Dolman la impresión de sus carteles. Bueno, tiene un escenario en el que no faltan las lágrimas… todas las noches se escucha por lo menos algún buen estertor. Y si te gusta esa clase de obras, bueno, puedo hablar con el agente o como se llame y sacarle un pase para todo el mes. Ya sabes que cambian todas las semanas.»

«No sé si me gustaría.» Su padre frunció el ceño dubitativo.

«¡Vamos, claro que sí! No sería ninguna molestia.

Y no te costaría un centavo. Conseguiré un pase para dos, ya verás. Si lo hubiera sabido antes.»

«Por mí no se moleste», dijo su madre. «Muchas gracias, pero no podría salir dejando a David solo.»

«¡Eso puede arreglarse!», le aseguró él. «Es lo que menos debe preocuparla. Pero antes déjeme que consiga el pase.» Luter se marchó pronto aquella noche, antes de que acostaran a David. Y, cuando se hubo ido, su padre se volvió a su madre y le dijo: «Qué, ¿me equivocaba al decirte que era un amigo? ¿Eh? Ése sabe demostrar su amistad, lo mismo aquí que en el taller. Di, ¿no sé distinguir a un hombre como es debido cuando lo veo?»

«Sí que sabes», fue la suave respuesta.

«¡Y tú con tu miedo a recibir extraños en casa!», siguió él despectivamente. «¿Podrías encontrar un huésped mejor?»

«No es eso. Me alegro de que venga a cenar regularmente. Pero sé que muchas veces es mejor que los amigos se mantengan un poco alejados en lugar de estar siempre juntos.»

«¡Tonterías!», replicó él. «Es tu necio orgullo.»

V

BARATIJAS introducidas en el mortero del deseo, la fantasía de un palustre, el capricho de un constructor. Una pared, una torre, sólida, segura, increíble, que aprisiona el espíritu de una bandada de flechas, la mente, experiencia, partiendo la corriente del tiempo como parte una roca el agua. Los minutos pasaban dando un rodeo, desconocidos.

Su madre y su padre habían ido al teatro, y estaba solo con Luter. No volvería a ver a su madre hasta mañana, y ese mañana, habiéndose ido su madre, se había vuelto remoto e incierto. Las lágrimas habían empezado a acudir a sus ojos cuando ella se fue, y Luter le había dicho: «Vamos, niño, ¿vas a regatear a tu madre lo poco que pueda divertirse esta noche?» David había mirado malhumorado al suelo, consciente del gran resentimiento contra Luter que se estaba acumulando en su interior. ¿No había sido Luter la causa de que su madre se fuera? Y ahora, ¡cómo se atrevía a reñirle por llorar cuando ella se había ido! ¿Cómo sabía lo que era ser dejado solo? No era *su* madre.

«Ahora te pareces muchísimo a tu padre.» Se había reído Luter. «Tiene exactamente esa boca cuando frunce el entrecejo.»

Había habido algo en su voz que tenía un aguijón especial. Herido, David se había dado la vuelta y había sacado su caja de la alacena, la caja en donde guardaba tanto las hojas de calendario que coleccionaba como cualquier cachivache llamativo que encontrase en la calle. Su madre los llamaba sus piedras preciosas, y a menudo le preguntaba por qué le gustaban las cosas viejas y gastadas. Hubiera sido difícil decírselo. Pero había algo en la forma en que estaba desgastado el eslabón de una cadena o la rosca de un perno o una rueda orientable que le daba una vaga sensación de dolor cuando pasaba los dedos por encima. Eran como suelas de zapato usadas o monedas de diez centavos muy finas. Nunca se las veía desgastarse, se sabía sólo que estaban desgastadas, y dolía oscuramente.

Jugó con una de sus últimas adquisiciones. Era uno de esos tapones de metal perforados que utilizaban los barberos para rociar de agua perfumada las cabezas. Se podía soplar a través de él, mirar a través de él, se podía ensartarlo en un hilo. Lo volvió a dejar caer en la caja y sacó en cambio la espiral estirada de un muellecito de persiana. Si se tuviera esos muelles en los pies en lugar de zapatos se podría saltar en lugar de andar. Tan alto como el tejado; enseguida muy lejos. Como el Gato con Botas. Pero si el ratón se cambiaba otra vez en ogro dentro del gato... inmediatamente antes de morir... soy un ratón... ¡un ogro!... Entonces el pobre Gato se hincharía cada vez más y...

Luter suspiró. Sobresaltado, David levantó la vista. Soy un ratón… ¡Soy un ogro! La idea persistía. Miró a Luter furtivamente. Sin darse cuenta de que lo estaban observando, Luter había bajado el periódico y miraba fijamente ante sí. A su expresión le había ocurrido algo curioso. Los rasgos, normalmente ascendentes, afables, de su rostro se curvaban ahora en sentido opuesto, hacia abajo o, si no se curvaban, eran afilados, como cuñas en sus ojos y su boca. Y los ojos mismos, que eran siempre tan redondos y suaves, se habían estrechado ahora, estrechado tanto, y las pupilas parecían carbonizadas, remotas. Los dientes superiores roían la piel de sus labios, estirando su rostro en un ceño meditabundo. A David le preocupaba. Un ligero estremecimiento de inquietud lo recorrió. De repente sintió un deseo intenso de que hubiera alguien en casa. No hacía falta que fuera su madre. Cualquiera serviría…, el Yussie del piso de arriba. Hasta su padre.

Luter se puso en pie. David bajó apresuradamente la vista. Unas piernas pausadas, vestidas de marrón, se acercaron (¿qué?), pasaron por su lado (se tranquilizó), se detuvieron ante la pared (escudriñó por encima del hombro), el calendario. Luter pasó con el pulgar las hojas (negro, negro, negro, rojo, negro, negro), mantuvo en alto un delgado fajo y, con los labios fruncidos, miró fijamente la fecha como si representara algo mucho más intrincado y absorbente que un simple número. Luego bajó las hojas levantadas lenta, cautelosamente (¿por qué? ¿Por qué con tanto cuidado? Sólo tenían un sitio donde caer), y se frotó las manos.

Al volver a su asiento, miró la caja de zapatos vacía que David tenía entre las rodillas, vacía de todo salvo sus hojas de calendario.

«¡Bueno!» Su voz sonaba divertida, pero, sin embargo, no por completo, como si la atravesara un ligero arranque de sorpresa. «¿Qué son esas hojas? ¿Las sacas de ahí?»

«Sí.» David levantó los ojos desasosegado. «Las guardo.»

«¿Los días del ayer? ¿Para qué los quieres? ¿Para garrapatear encima?»

«No. Sólo las guardo.»

«¡Chm!» Su resoplido de risa le sonó a David desagradable. «Si yo tuviera tan pocos días como tú no me preocuparía por ellos. Y cuando seas tan viejo como yo…», se detuvo y se permitió una risita ahogada que repicaba como un martillito… «sabrás que lo único que importa son los días que tienes por delante».

David trató de no parecer resentido, por miedo a que Luter lo acusara otra vez de tener el mismo aspecto que su padre. Deseó que se fuera. Pero, en lugar de ello, Luter asintió y, sonriendo para sí, echó una ojeada al reloj.

«Es hora de que te vayas a la cama. Son las ocho muy pasadas.»

Él volvió a meter los diversos cachivaches en la caja, se dirigió a la

despensa y la puso en un rincón.

«¿Sabes desnudarte solo?»

«Sí.»

«Será mejor que vayas a 'hacer pis' antes», le advirtió sonriendo. «¿Cómo lo llama tu madre?»

«Ella dice un 'númer'uno'.»

Luter rió entre dientes. «Entonces ha aprendido algo de inglés.»

Después de haber ido al baño, David se fue a su alcoba, se desnudó y se puso el camisón.

Luter miró desde la puerta. «¿Sin novedad?»

«Sí», contestó él subiéndose a la cama.

Luter cerró la puerta.

La oscuridad era diferente cuando su madre no estaba cerca. Las personas eran diferentes también.

VI

EN la alcoba, adonde había ido su madre para guardar el mantel, David oyó el cajón del armario cerrarse suavemente con una risita sofocada. Y entonces:

«¡Ay!», dijo la voz de su madre. «Se le ha olvidado.» Volvió a aparecer, llevando un paquete en la mano extendida. «El regalo que iba a llevarles. Se ha ido con las manos vacías.» Lo dejó en una silla. «Tengo que acordarme de dárselo mañana, aunque quizá se acuerde y vuelva.»

Que Luter pudiera volver inquietó a David, que ahuyentó el pensamiento. Había esperado tanto aquella velada, en que tendría a su madre para él solo hasta la hora de irse a la cama. Era la segunda noche de teatro. Su padre había ido solo.

Ella levantó de la cocina el puchero de agua, lo llevó hasta el fregadero y vertió el agua humeante en la pila. Se volvió para mirarlo. «Me miras de una forma», dijo con una risa, «que me hace sentirme como si estuviera haciendo magia negra. Sólo estoy lavando platos». Y, tras una pausa: «¿Te gustaría tener un hermanito?», le preguntó maliciosamente, «¿o una hermanita?».

«No», respondió él serio.

«Sería mejor para ti tenerlo», lo provocó ella. «Tendrías a alguien más a quien mirar además de a tu madre.»

«No quiero mirar a nadie más.»

«Tu madre tenía ocho hermanos y hermanas», le recordó ella. «Es posible que alguno venga algún día, una de mis hermanas, tu tía Bertha... ¿Te gustaría?»

«No sé.»

«Ella te gustaría», le aseguró su madre. «Es muy divertida. Tiene el pelo rojo y la lengua afilada. Y no hay nadie a quien no sea capaz de imitar. No está tan gorda, pero en verano el sudor le chorrea. No sé por qué. He visto a hombres sudar así, pero nunca a una mujer.»

«Yo me mojo todo por aquí en verano.» Se señaló las axilas.

«Sí», dijo su madre con énfasis especial. «También ella. Le dijeron una vez que..., ¿pero nunca has visto un oso?»

«En un libro. Había tres osos.»

«Sí, me lo contaste. Bueno, en Europa, los gitanos... los gitanos son hombres y mujeres, gente morena. Vagabundean por todo el mundo.»

«¿Por qué?»

«Les gusta.»

«Me preguntabas algo de un oso.»

«Sí. A veces, esos gitanos llevan un oso con ellos a todas partes

adonde van.»

«¿Comen *porridge* los osos?» La última palabra la dijo en inglés.

«¿Qué es *porridge*?»

«La maestra dijo que era copos y harina de avena, lo que tú me das por las mañanas.»

«Sí, sí. Me lo contaste. Pero no estoy segura. Sé que les gustan las manzanas. Pero si tu maestra...»

«¿Y qué hacía el oso?»

«El oso bailaba. Los gitanos cantaban y tocaban el pandero, y el oso bailaba.»

David se abrazó a sí mismo encantado. «¿Quién lo hacía bailar?»

«Los gitanos. Se ganaban la vida así. Cuando el oso se cansaba, la gente les echaba centavos dentro del pandero... ¡Bueno! Te estaba hablando de tu tía. Alguien le dijo que si se acercaba al oso por detrás y se frotaba las manos en su piel, las palmas le dejarían de sudar. De forma que un día, mientras el oso bailaba...»

Dejó de hablar. David lo había oído también: unos pasos al otro lado de la puerta. Un momento más tarde alguien llamó. Una voz.

«Soy yo... Luter.»

Con una exclamación de sorpresa, ella abrió la puerta. Entró Luter.

«No sé dónde tengo la cabeza», dijo excusándose. «Se me ha olvidado el regalo.»

«Es una pena que haya tenido que molestarse otra vez», dijo ella compasivamente. «Se lo dejó en la alcoba.» Cogió el paquete de la silla.

«Sí, lo sé», respondió él, dejándolo en la mesa. Miró el reloj. «Me temo que es demasiado tarde para ir ahora. No llegaría antes de las nueve, y cuánto tiempo podría quedarme, una hora.»

David se sintió secretamente molesto al verlo sentarse.

Luter se abrió el abrigo y, con expresión de ansiosa indecisión en la cara, miró a la madre de David. Sus ojos tenían un brillo y una inquietud mayores que de costumbre. David se percató otra vez de las difíciles curvas del rostro de aquel hombre.

«Quítese el abrigo», sugirió ella. «Hace calor aquí.»

«Si no le importa.» Se lo quitó de los hombros. «Ahora no sé a dónde ir.»

«¿No les decepcionará que no vaya usted?»

«No, saben que no me ha llegado aún mi hora fatal.» Se rió. «Por favor, siga con su trabajo, no quiero molestarla.»

«Sólo estaba lavando platos», dijo ella. «Ya he acabado, salvo estos cacharros.» Cogió la lata blanca y roja del jabón en polvo de la pequeña repisa que había sobre el fregadero, echó un poco en una olla y frotó su interior vigorosamente con un estropajo, encorvándose por el esfuerzo.

David, inclinado hacia un lado en su silla, podía ver a Luter y a su madre al mismo tiempo. Absorto en la contemplación de su madre, hubiera prestado poca atención a Luter, pero el súbito desplazamiento lateral hacia él de los ojos de Luter hizo que su propia mirada se dirigiera hacia ellos. Luter, con los ojos entrecerrados por un bostezo fijo, miraba fijamente a su madre, sus caderas. Por primera vez, David se dio cuenta de que la carne de ella, contenida por la falda, modelaba unas formas separadas. Se sintió de pronto desconcertado, luchando con algo que había en su cabeza pero no quería convertirse en pensamiento.

«Las mujeres», dijo Luter con comprensión, «especialmente cuando se casan, tienen que trabajar como esclavas».

«No es tan malo como parece. A pesar del viejo proverbio.»

«No», dijo Luter reflexivamente. «Todo se puede aguantar. Pero trabajar sin que nadie se lo agradezca a uno es duro.»

«Eso es verdad. Y trabajar, aunque se lo agradezcan a una, ¿de qué sirve?»

«Bueno», él descruzó las piernas, «con nada no se hace nada, ni siquiera millonarios, pero el aprecio da aliento al trompetero..., el aprecio y los regalos, naturalmente».

«Entonces yo tengo mi aprecio», se rió ella, enderezándose y volviéndose, mientras Luter disponía su propia boca de un modo más firme. «Tengo un aprecio que crece.» Miró a David con sonrisa divertida.

«Sí», dijo Luter con un suspiro, «pero todo el mundo puede tener esa clase de aprecio. Con todo, es bueno tener hijos». Y luego, seriamente: «¿Sabe que nunca he visto a un niño tan apegado a su madre?»

David se sintió ofendido por la observación de Luter.

«Sí, estoy segura de que tiene razón», convino ella.

«Creo que sí», dijo él con vehemencia. «Bueno, los hijos de mi prima —la pariente que iba a ver esta noche— sólo están en casa a las horas de comer y dormir. Por la noche, después de cenar, se van a casa de algún vecino», levantó la mano para subrayar lo que decía, «a jugar con otros niños hasta que se acuestan.»

«Hay otros niños en esta casa», respondió su madre. «Pero él no parece haber hecho buenas migas con nadie. Sólo una o dos veces», se volvió hacia David, «has estado en casa de Yussie o él aquí, ¿no?»

David asintió a disgusto.

«¡Es un chico raro!», dijo Luter con convicción.

Su madre se rió con indulgencia.

«Aunque muy inteligente», aseguró él.

Hubo una pausa mientras ella vaciaba el barreño en el fregadero; el agua gris se fue murmurando por el caño.

«Se parece mucho a usted», dijo Luter con la vacilación de una apreciación cuidadosa. «Tiene los mismos ojos castaños que usted, unos ojos preciosos, y la misma piel blanca. ¿De dónde has sacado esa piel blanca de alemán?», le preguntó a David bromeando.

«No sé.» La familiaridad de aquel hombre lo desconcertaba. Deseaba que Luter se fuera.

«Y los dos tienen manos muy pequeñas. ¿No tiene las manos pequeñas para un chico de su altura? Manos de príncipe. Quizá sea médico un día.»

«Si tiene algo más que manos.»

«Sí», convino Luter, «pero no creo que tenga que esforzarse tanto para ganarse el pan como su padre, ni como yo».

«Espero que no, pero sólo Dios lo sabe.»

«¿No es extraño», dijo él de pronto, «cómo se ha aficionado Albert al teatro? Como un borracho a sus tragos. ¿Quién lo hubiera creído?»

«Le importa mucho. Le he oído rechinar los dientes a mi lado contra un personaje.»

Luter se rió. «Albert es un buen hombre aunque los otros trabajadores lo consideren raro. Soy yo quien mantiene la paz, sabe.» Volvió a reírse.

«Sí, lo sé, y se lo agradezco.»

«No hay de qué. Una palabrita aquí o allá lo facilita todo. La verdad es que quizá no hubiera estado tan dispuesto a protegerlo si no la hubiera conocido a usted, quiero decir, si no hubiera venido aquí y me hubiera convertido en uno de ustedes. Pero ahora lo defiendo como si fuera mi propio hermano. No siempre resulta fácil con un hombre tan extraño.»

«Es usted muy amable.»

«En absoluto», dijo Luter. «Me lo han pagado en la misma moneda. Los dos.»

Cogiendo varios utensilios secos, ella atravesó la cocina hacia la despensa. Luego abrió la puerta, se inclinó y los colgó de clavos en el interior. La cabeza de Luter se ladeó y su mirada voló hacia el pecho de ella. Se aclaró la garganta con un sonido de picoteo.

«Pero, diga usted lo que quiera, Albert es... cómo diría yo, un hombre nervioso... hasta que uno lo conoce, claro. Pero puedo comprender por qué nunca va usted con él a ninguna parte», terminó comprensivamente. «Es usted una mujer orgullosa y de mucha sensibilidad, ¿no?»

«No más que cualquier otra. ¿Qué tiene que ver eso?»

«Se lo diré. Mire, Albert, bueno...», sonrió y se rascó el cuello, desconcertado. «Hasta en la calle se comporta de una forma tan rara. Usted lo sabe mejor que yo. Parece que va buscando algún gesto de burla en la cara de los que pasan. Y, cuando se va con él —yo voy con

él todas las noches—, es como si encontrara cierto placer en andar detrás de un inválido o de un borracho o de alguna persona anormal... ¡No sé! Se podría pensar que se siente más seguro. Quiere que la gente de la calle mire a otro. A cualquier otro, salvo a él. Hasta un carro aljibe o unos jugadores de la calle le producen esa extraña satisfacción. Pero no sé por qué hablo así cuando lo aprecio tanto.» Hizo una pausa y se rió silenciosamente.

La madre de David miró el trapo de secar los platos, pero no respondió.

«Sí», se rió él apresuradamente. «Me gusta sobre todo la forma en que nunca habla de Tysmenicz sin mencionar el ganado que antes cuidaba.»

«Bueno, no había muchas cosas que quisiera más en la vieja tierra.»

«Pero querer así al ganado», sonrió Luter. «Todo lo que yo pensaba cuando veía una vaca era que daba leche. Ahora, cuando pienso en Europa, y en mi aldea, el primer pensamiento que me viene, lo mismo que su primer pensamiento es para una vaca o un toro de campeonato, mi primer pensamiento es para las campesinas. ¿Comprende?»

«Naturalmente, cada uno tiene sus recuerdos.» Después de colocar los últimos platos en el armario, acercó una silla a la de David y se sentó. A un lado de la mesa estaba Luter, al otro estaban David y su madre.

«Exacto», dijo Luter. «Cada uno recuerda lo que lo atraía, y yo recuerdo las mozas campesinas. ¿No formaban un conjunto impresionante, con sus estrechos corpiños a cuadros y su docena de faldas?» Movió la cabeza con pesar. «Aquí no se ve nada parecido. Esta tierra produce poco, a juzgar por lo que se ve en Brooklyn, y sus mujeres son flacas. Pero en Sorvik crecían como robles. Tenían el pelo rubio y sus ojos echaban fuego. Y cuando sonreían con aquellos dientes blancos y aquellos ojos azules, ¿quién podía resistirse? Bastaba para que a uno le ardiese la sangre en las venas. ¿Nunca la deslumbraron los hombres de ese modo?», preguntó tras una pausa.

«No, nunca les presté mucha atención.»

«Bueno, no debía..., era una buena chica judía. Además, los hombres eran una partida de inútiles, bobos desocupados con unas espaldas muy anchas y una nariz como un guisante partido en dos. Era una lástima desperdiciar con ellos aquellas mujeres. Sabe», su voz se volvió muy seria, «la única mujer que conozco que me recuerda a aquellas chicas es usted.»

Ella se ruborizó, echó la cabeza atrás y se rió: «¿Yo? Yo soy sólo una buena chica judía.»

«No la acuso de otra cosa, pero nunca, desde que estoy en América, he visto a una mujer que me las recordara tanto. Tenían unos labios

tan llenos, tan maduros, como hechos para ser besados.»

Ella sonrió curiosamente con una sola mejilla. «Dios sabe que debe de haber suficientes campesinas austríacas hasta en esta tierra. Si han dejado entrar a los judíos, seguro que nadie se lo ha impedido a los eslovacos.»

Luter bajó la vista al anillo al que daba vueltas en su propio dedo. «Sí, supongo que sí. He visto algunas, pero ninguna que me gustara mucho.»

«Entonces tendrá que mirar un poco más por ahí.»

El rostro de Luter se volvió extrañamente serio, y las líneas que había en torno a su nariz se hicieron más profundas. Sin levantar la cabeza, sus ojos miraron a la madre de David. «A lo mejor no tengo que mirar más.»

Ella se rió francamente. «¡No sea absurdo, Sr. Luter!»

«¡Sr. Luter!» Pareció molesto por un momento, y luego se encogió de hombros, sonriendo. «Ahora que me conoce tan bien, ¿por qué ser tan formales?»

«Por lo visto, no lo conozco tan bien.»

«Hace falta algo de tiempo», admitió él. Su mirada erró por el cuarto y fue a descansar en David. «¿Les gustaría tomar un refresco?»

«No, pero si quiere, puedo hacer té.»

«No, gracias», dijo él atentamente, «no se moleste. Pero ya sé lo que les gustaría..., un heladito».

«Por favor, no se moleste.»

«Pero si no es molestia. Este mozo bajará a buscarlo.» Sacó una moneda. «Toma, ya sabes dónde está la confitería. Vete y trae de *tutti frutti* y chocolate. ¿Te gusta, no?»

Con ojos preocupados, David miró primero a Luter y luego la moneda. Por debajo de la mesa, una mano le apretó suavemente el muslo. ¡Su madre! ¿Qué quería?

«No me gusta», balbuceó. «No me gusta el helado.»

Los dedos de la misma mano le dieron un golpecito en las rodillas de forma igualmente suave. Había dicho lo que debía.

«¿No? ¿Helado de *tutti frutti*? Caramelos entonces, ¿te gustan?»

«No.»

«Creo que es un poco tarde para que coma nada de eso», dijo su madre.

«Bueno, entonces no compraremos, puesto que se va a ir a la cama pronto.» Luter miró su reloj. «Es la hora a la que te acosté la vez pasada, ¿no, David?»

«Sí», vaciló él, con miedo a equivocarse.

«Supongo que tiene sueño ya», sugirió Luter alentadoramente.

«No parece tener mucho sueño», dijo su madre, apartándole el pelo de la frente. «Todavía tiene los ojos muy abiertos y brillantes.»

«No tengo sueño.» Eso, por lo menos, era verdad. Nunca había estado tan extrañamente agitado, nunca se había sentido tan cerca de un abismo.

«Entonces te dejaremos estar levantado un rato.»

Hubo un breve intervalo de silencio. Luter frunció el ceño y emitió un débil chasquido con un lado de la boca.

«No parece tener usted ninguno de los instintos normales de una mujer.»

«¿No? A mí no me parece apartarme mucho del camino más trillado.»

«La curiosidad, por ejemplo.»

«La perdí ya incluso antes de casarme.»

«Sólo se lo imagina. Pero no me entienda mal, me refiero únicamente a curiosidad por el paquete que me dejé. Tiene que haber comprendido que lo que hay dentro no lo compré para mis parientes.»

«Bueno, haría mejor en dárselo ahora.»

«No tan pronto.» Y, al no responder ella, se encogió de hombros, se levantó de la silla y se puso el abrigo. «Me va a aborrecer por decírselo de nuevo, pero es usted una mujer atractiva. Esta vez, sin embargo, no me olvidaré el paquete.» Alargó la mano hacia el pomo de la puerta y se volvió. «¿Puedo venir aún a cenar mañana?»

Ella se rió. «Si todavía no se ha cansado de mi cocina.»

«Todavía no.» Y riéndose entre dientes: «Buenas noches. Buenas noches, pequeño. Debe de ser una alegría tener un hijo así.» Salió.

Con una sonrisa torcida en los labios, ella escuchó el sonido de sus pasos al alejarse. Luego su frente se arrugó con desdén. «¡Y se creen hombres!» Se quedó sentada por un momento, mirando fijamente ante sí con ojos preocupados. Pronto su frente se despejó; ladeó la cabeza y miró atentamente a David a los ojos. «¿Te preocupa algo? Pareces tan serio.»

«No me gusta», confesó él.

«Bueno, ya se ha ido», dijo ella tranquilizadoramen-te. Vamos a olvidarnos de él. Ni siquiera le diremos a padre que ha venido, ¿verdad?»

«No.»

«Entonces vamos a la cama, que se hace tarde.»

VII

HABIA pasado otra semana. Los dos hombres acababan de salir juntos. Con una especie de risa de fastidio, su madre fue a la puerta y se quedó jugueteando con el fiador de la cerradura. Por último, lo levantó. La escondida lengua de metal saltó a su ranura.

«¡Qué tontería!» Quitó el fiador de nuevo, y levantó los ojos hacia la luz y luego hacia las ventanas.

David se sentía cada vez más inquieto. ¿Por qué tenían que pasar los jueves tan pronto? Empezaba a odiarlos tanto como odiaba los domingos.

«¿Por qué tienen que probarlo todo para quedarse contentos?» Los labios de su madre se fruncieron y desfruncieron. «Bueno, no hay más remedio que ir. Lavaré los platos más tarde.» Abrió la puerta y apagó la luz.

Perplejo, David la siguió al frío descansillo, iluminado por el gas.

«Vamos al piso de arriba, a ver a la Sra. Mink.» Echó una mirada apresurada por encima de la barandilla. «Podrás jugar con tu amigo Yussie.»

David se preguntó por qué tenía que sacar aquello a colación. Él no había dicho nada de que quisiera jugar con Yussie. De hecho, ni siquiera tenía ganas de hacerlo. Por qué no decía ella sencillamente que huía, en lugar de hacerlo sentirse culpable. Sabía a quién buscaba ella al mirar por encima de la barandilla.

Su madre llamó a la puerta. Le abrieron. La Sra. Mink apareció en el umbral. Al ver a su madre, sonrió rebosante de satisfacción.

«¡Hol-lá, Sra. Schearl! ¡Hol-lá! ¡Hol-lá! ¡En-tré!» Se rascó con excitación el pelo negro y sin brillo.

«Espero que no le resulte inoportuna mi visita», sonrió su madre excusándose.

«¡No, en la vida!» La Sra. Mink se pasó al yídish. «¡Sea usted muy bienvenida! ¡Una visita..., mi visita más preciosa!» Empujó una silla hacia adelante. «Pero siéntese.»

La Sra. Mink era una mujer de pechos planos, con una piel cetrina y rasgos diminutos. Tenía los hombros estrechos y los brazos flacos, y David se preguntaba siempre que la veía cómo se las arreglaba la delgada piel de su garganta para contener aquellas venas gruesas y abultadas.

«Pensaba que nunca tendría el gusto de verla en mi casa», continuó ella. «El otro día mismo le decía a nuestra patrona: Mire, la Sra. Schearl y yo somos vecinas, pero no sabemos nada una de la otra. No me atrevo a invitarla a mi casa. Me da miedo. Parece tan orgullosa.»

«¿Yo orgullosa?»

«Sí, no orgullosa, ¡imponente! Va usted siempre con la cabeza tan alta..., ¡así! Y hasta cuando va al mercado se viste como una señora. La he observado a menudo desde mi ventana y le he dicho a mi marido: ¡Ven! ¡Mira, ésa es! ¡Ves qué alta! No está en casa ahora, el bueno de mi esposo, trabaja hasta tarde en la joyería. Sentirá no haberla conocido.»

David se dio cuenta de que se estaba cansando rápidamente del rápido torrente de palabras de la Sra. Mink y, mirando a su alrededor, vio que Annie lo observaba. No se veía a Yussie por ninguna parte. Tiró de la mano de su madre y, cuando ella se inclinó, le preguntó por él.

«¿Yussie?» La Sra. Mink se interrumpió el tiempo suficiente para decir: «Está durmiendo.»

«No lo despierte», dijo su madre.

«No importa. Tengo que mandarlo pronto a la tienda de comestibles a buscar pan. ¡Yussie!», llamó.

Su única respuesta fue un bostezo resentido.

«Vendrá pronto», dijo ella tranquilizadoramente.

Al cabo de unos minutos, Yussie salió. Llevaba caída una de las medias y se la pisó, arrastrando los pies soñoliento. Parpadeó, miró con sospecha a la madre de David un momento y luego se acercó furtivamente a David: «¿Bor ké'htá tu madr'akí?»

«Ha venido.»

«¿Bor k'a venido?»

«No sé.»

En ese momento, Annie se entrometió: «¡Súbet'esa media, kalamidá!»

Obedientemente, Yussie se tiró de la media. David no pudo menos de notar lo rígida y desnuda que colgaba la media blanca por detrás del aparato de la pierna de Annie.

«¿Entonzeh te vas a kedar kon'osotroh?», preguntó Yussie con impaciencia.

«Sí.»

«¡Viva! Vamos al salón.» Agarró a David del brazo. «Te voy a...»

Pero David se había parado. «Voy al salón, mamá.»

Volviéndose de la parloteante Sra. Mink, la madre de David le sonrió un tanto desolada y asintió.

«Ehbera y veráh lo ke tenemoh.» Yussie lo arrastró al salón.

Mientras Yusie barbullaba de de excitación, David miró a su alrededor. Nunca había estado antes en el salón de Yussie; Annie le había cerrado el paso como si fuera un territorio inviolable. Ahora veía una habitación iluminada por una lámpara de gas en lo alto y atestada de muebles oscuros y voluminosos. En el centro había una

mesa redonda con un cristal, y en torno sillas del mismo tinte oscuro. Un armario lleno de porcelana se arrimaba a una pared, un escritorio a otra, una mesita auxiliar a una tercera, y las cómodas obstruían los rincones. Todos eran macizos, todos descansaban sobre la misma clase de patas rebuscadas y con volutas. En el espacio que había en la pared sobre los muebles colgaban dos pares de retratos amarillentos: dos bustos de mujeres arrugadas con masas poco naturales de cabello negro y dos bustos de ancianos que llevaban bucles en las orejas bajo sus casquetes y perillas. Con expresión de sombría hostilidad en sus rostros planos, miraban desde lo alto a David. Prohibiendo el paso hacia la ventana se acurrucaba una hinchada silla de felpa púrpura, bordada de loros nerviosos, de diversos colores. Una gran muñeca insulsa de tirabuzones dorados y vestido violeta se sentaba en el tablero de cristal de una cómoda. Después de su propia sala de estar espaciosa, con sus escasos muebles, David no sólo se sentía perplejo, sino también extrañamente abrigado.

«Ehtá'n un armario en l'alkoba de mi madre», continuó Yussie. «Tú'hbera, t'ensenyaré.»

Desapareció en la oscuridad de la alcoba contigua. David lo oyó abrir una puerta, revolver un minuto. Cuando volvió, llevaba en la mano una curiosa jaula de acero.

«¿Sabeh bara ké's ehto?» La sostuvo a la altura de los ojos de David.

David la examinó con más atención: «No. ¿Ké s'aze kon eya?»

«Cazar ratah, eso's lo ke s'aze. ¿Ves ehta buertezita?

La rata'ntr'así.» Abrió una delgada puerta de metal que había en la parte delantera de la jaula. «Brimero bones algo akí, en ehte ganchito, y entonzes entra la rata. Había una rata tan grand'en la kasa, se la bodía oír de noche, de modo ke mi badre kombró ehto, y mi madre buso grasa de la karne, y la rat'entra, y bor la manyana miro baho la tina de lavar y aah... ahí'staba, korriendo así d'ehte modo.» Yussie agitó la jaula excitado: «Y yo yam'a mi badre y él se levanta de la kama y yena la tina y ¡iih! la rata d'un lao a otro, en el agua d'un lao a otro. Y luego se bara. Y'en-tonzeh mi badre la saka y la bone'n una bolsa de babel y la tira bor la ventana. ¡Buf!, cayó'n l'alkantariya. Ké rata k'era. Mi madre korría d'un lao a otro, d'un lao a otro, y dehbuéh mi badre no baraba d'ehkubir en el sumiero. ¡Cha!»

David retrocedió disgustado.

«Ya veh, te dihe ke tenía k'ensenyart'algo. Mira, se zierr'así.» Cerró de golpe la pequeña puerta de metal. «No l'oímoh borke tod'el mundo'staba durmiendo. Lah ratah sólo salen en l'ohkuridá, kuándo no se lah buede ver, y sabeh de dónde vienen, vienen del sótano. Ahí'h donde viven, en el sótano... todah lah ratah.»

¡El sótano! Eso lo explicaba. Aquel instante de miedo cuando daba

la vuelta al descansillo de abajo antes de salir a la calle. Ahora se sentiría dos veces más aterrorizado.

«¿K'ehtáis'aziendo?» Se sobresaltaron ante la voz intrusa. Era Annie, que entraba. Con el rostro contraído de asco.

«¡Iih! ¡Ganso'htúbido! Déhala. ¡Se lo dir'a mamá!»

«Aaa, déhame'n baz.»

«¿La vas a guardar o no?», chilló ella.

«Aaa, vet'a la mierda», murmuró Yussie de mal humor. «No bued'azer na.» No obstante, devolvió la jaula a la alcoba.

«¿Bor ké dehah ke te la'nsenye?», preguntó ella furiosa a David. «¡Semehant'idiota!»

«No sabía k'era», tartamudeó él.

«¿No sabíah k'era? ¡Ereh también un bobo!»

«Ahora vete.» Yussie volvió de la alcoba. «Déhanos en baz.»

«No m'iré», dijo ella bruscamente. «Eht'eh mi salón.»

«Él no kiere hugar contigo. ¡Eh mi amigo!»

«¿Y kién kiere hugar kon él?»

«Entonzeh no te metah.»

«¡Buuh!» Se dejó caer pesadamente en una silla. El aparato de metal golpeó desagradablemente contra la madera.

David deseó que ella pudiera llevar pantalones como un hombre.

«Ven a la ventana.» Yussie lo guió a través de un desfiladero entre los muebles. «Vamos'azer de bomberoh. Bodemos abagar el fuego'n la kasa.» Señaló el escritorio. «¿Kiereh?»

«Muibién.»

«Y bodemoh dehlizarnoh bor la barra y bodemoh tener un koche de bomberoh, y entonzeh yo seré'l konduk-tor, ¿kiereh?»

«Sí.»

«Entonzeh vamoh'a'zernoh kahkoh. Ehbera, tengo babel en la kozina.» Salió corriendo.

Annie se escurrió de su silla y se aproximó. «¿En ké klase'htáh?»

«1 A.»

«Yo'htoy en 4 A», dijo ella altivamente. «Y'e saltao una. Y ahora soy la máh lihta de la klase.»

David se quedó impresionado.

«Mi maehtra se yama Senyorita McCardy. Eh la mehor maehtra del kolegio. M'a dao A. A. A.»

Para entonces Yussie había vuelto, trayendo varias hojas de periódico.

«¿Ké vais'azer?», preguntó ella.

«¡Lo ke no t'imborta!», la desafió él. «Vamos a ser bomberoh.»

«¡No bodéih!»

«¿No?», preguntó Yussie furioso. «¿Bor ké no?»

«¡Borke no bodéih, bor eso! Borke rayaréih todoh loh muebleh.»

«¡No rayaremoh nada!», estalló Yussie, haciendo remolinear el periódico desalentado. «Vamos a hugar.»

«¡No bodéih!»

«¡Sí bodemoh!»

«Te voy a dar una», dijo ella amenazadora.

«¡Aa! ¿A ké kiereh ke huguemoh?»

«Bodéih hugar a la lotería.»

«No kiero hugar a la lotería», gimoteó él.

«Entonzeh hugar al kolehio.»

«No kiero hugar al kolehio.»

«¡Bueh no huguéis a nada», dijo ella terminante.

Una gran burbuja de saliva se hinchó en los labios de Yussie, mientras contraía la cara para empezar a llorar. «¡Se lo dir'a mamá!»

«¡Díselo! ¡Te dar'una torta!» Se volvió amenazadora a David. «¿A ké kiereh hugar /«?»

«No sé.» Retrocedió.

«¿No sabeh huegoh?», bufó ella.

«Sé... sé hugar a biyabiya y sé, sé hugar al ehkondite.»

Yussie se reanimó. «Vamoh a hugar al ehkondite.»

«¡No!»

«¡Tú también!», la halagó desesperado. «Venga, tú también.»

Annie se lo pensó.

«¡Venga, yo me kedo!» E inmediatamente Yussie apoyó la cara contra el borde del escritorio y empezó a contar. «¡Ehkondeoh!», se interrumpió.

«¡Ehbera!», chilló Annie alejándose a saltos. «¡Kuen-t'ahta veinte!»

David se escabulló detrás del sillón.

Fue el último en ser encontrado y, por consiguiente, el siguiente en «quedarse». Al poco tiempo, el juego se hizo muy excitante. Como David desconocía un tanto la disposición de la casa, ocurrió que varias veces se escondió con Yussie cuando se quedaba Annie y con Annie cuando se quedaba Yussie. Se agazapaban juntos en los rincones parapetados y detrás de la puerta del dormitorio.

Sin embargo, precisamente cuando el juego estaba llegando a su apogeo, la voz de la Sra. Mink llamó súbitamente desde la cocina.

«¡Yussele! ¡Yussele, tesoro, ven aquí!»

«¡Aa!» De alguna parte llegó el gemido exasperado de Yussie.

David, que se «quedaba» en aquel momento, dejó de contar y se volvió.

«¡Yussie!», gritó de nuevo la Sra. Mink, pero esta vez más estridentemente.

«No bued'azer na», se quejó Yussie saliendo a gatas de debajo del escritorio. «¿Ké kiereh?», vociferó.

«Ven aquí. Quiero que bajes a la calle un minuto.»

Annie, sabiendo evidentemente que el juego había terminado de momento, salió del dormitorio contiguo. «¿Tieneh ke bahar?»

«Sí», dijo tímidamente. «A bor ban.»

«Entonzeh no bodemoh hugar.»

«No. Voy a volver kon mi madre.»

«Kédate», ordenó ella. «Vamos a hugar. Ehber'ahta ke vuelva Yussie.»

Las voces que venían de la cocina indicaron que Yussie había sido convencido. Volvió a aparecer, con abrigo y gorro. «Me baho», anunció, y salió otra vez. Siguió una pausa incómoda.

«No bodemoh hugar'ahta ke vuelva», le recordó David.

«Sí bodemoh.»

«¿A ké?»

«A lo ke kierah.»

«No s'a ké.»

«Sí sabes a ké.»

«¿A ké?»

«Ya sabeh», dijo ella misteriosamente.

Aquél era el juego, entonces. David se felicitó de haber descubierto las reglas tan rápidamente.

«Sí ke lo sé», respondió en el mismo tono misterioso.

«¿Sí?», ella lo miró ansiosa.

«¡Sí!», mirándola de la misma forma.

«¿Kiereh?»

«¡Sí!»

«¿Kieres entonzeh?»

«Sí ke kiero.» Era el juego más fácil a que había jugado nunca. Annie no era tan terrible después de todo.

«¿Dónde?»

«¿Dónde?», repitió él.

«En l'alkoba», susurró ella.

¡Se iba de verdad!

«Vamoh», le indicó ella, riéndose con disimulo.

Él la siguió. Aquello era desconcertante.

Ella cerró la puerta: él se quedó aturdido en la penumbra.

«Vamoh», le cogió la mano. «T'ensenyaré.»

La oyó tantear en la oscuridad. El sonido de una puerta invisible que se abría. La puerta del armario.

«Akí dentro», susurró ella.

¿Qué iba a hacer? El corazón empezó a galoparle.

Ella lo metió dentro, cerró la puerta. Oscuridad, inmensa y rancia, el tufo de bolas de naftalina abriéndose paso a través de ella.

La respiración de Annie en aquel espacio angosto era fuerte como una ráfaga de viento, amainando y volviendo a amainar. A él, el

corazón le palpitaba en los oídos. Ella se acercó y le tocó suavemente con el hierro de su aparato ortopédico. Él se asustó. Ante la presión del cuerpo de ella, retrocedió ligeramente. Algo rodó a sus pies. ¿Qué? Lo supo al instante y se echó hacia atrás con repugnancia: ¡la trampa para ratas!

«¡Sh!», le advirtió ella. «Kóheme bor la zintura.» Buscó a tientas las manos de él.

Él la rodeó con sus brazos.

«Y ahora vamos a besarnoh.»

Los labios de él tocaron los de ella, un lugar fangoso en la vasta oscuridad.

«¿Kóm'ereh *tú* malo?», le preguntó ella.

«¿Malo? No sé», se estremeció.

«¿Kiereh ke t'ensenye kómo lago yo?»

Él guardó silencio, aterrorizado.

«Tieneh ke breguntarme», dijo ella. «Vamoh, bre-gúntame.»

«¿Ké?»

«Tieneh ke dezir: ¿kiereh ser mala? ¡Dilo!»

Él tembló. «¿Kiereh ser mala?»

«Bueno, *tú* l'ah dicho», susurró ella. «No t'olvideh, l'ah dicho tú.»

Por la intensidad de sus palabras, David supo que había traspasado algún umbral terrible.

«¿Lo kontaráh?»

«No», respondió él débilmente. La culpa era suya.

«¿Lo hurah?»

«Lo huro.»

«¿Sabeh de dónde vienen loh ninyoh?»

«N-no.»

«Del *knish*».[1]

... *Knish?*

«Entre lah bienah. Lo bon'ahí'l babá. El baba tien'el *betzel*[2]. Teres el babá.» Se rió tontamente y le cogió la mano. Él sintió cómo la guiaba bajo su vestido, y luego a través de un pliegue como una especie de bolsillo. La piel de ella bajo su mano. Repelido, se echó atrás.

«¡Tieneh k'azerlo!», insistió ella, tirándole de la mano. «¡Tú me lo bedihte!»

«¡No!»

«Bon la man'en mi *knish*», lo engatusó. «Sól'una vez.»

«¡No!»

«Yo t'agarraré'l *betzel.*» Alargó la mano.

«¡No!» La carne le hormigueaba.

«Entonzeh kóhem'otra vez de la zintura.»

«¡No! ¡No! ¡Déhame salir!» La apartó de un empujón.

«Ehbera. Yussie bensará ke noh ehkondemoh.»

«¡No! ¡No kiero!» Había alzado la voz hasta gritar.

«¡Bues entonzeh vete!» Le dio un empujón rabioso.

Pero David había abierto ya la puerta y estaba fuera.

Ella lo atrapó cuando cruzaba el dormitorio. «¡Si dizes algo!», susurró malignamente. «¿Adonde vah?»

«¡Voy kon mi mamá!»

«¡Kédat'akí! ¡Te mataré s'entrah!» Lo sacudió.

Él tenía ganas de llorar.

«Y no yoreh», le advirtió furiosamente, esforzándose luego desesperada por interesarlo. «Kédat'akí y te kontar'un kuento. Te deharé hugar a loh bomberoh. Buedeh bonert'un kahko. Buedeh subirt'a loh muebleh. ¡Kédat'akí!»

Se quedó quieto, mirándola rígido, medio hipnotizado por sus ojos furiosos y asustados. Se abrió la puerta exterior. La voz de Yussie en la cocina.

Un momento más tarde entró, quitándose el abrigo sofocado.

«Teng'un zentavo», gritó con entusiasmo.

«Bodéih hugar a loh bomberoh si keréih», dijo ella seria.

«¿Eh verdá? ¿Sí? ¡Viva! ¡Vamoh, Davy!»

Pero David se retrajo. «No kiero hugar.»

«Vamoh.» Yussie agarró una hoja de periódico y se la puso en las manos. «Tenemoh k'azer un kahko.»

«Vamoh, haz un kahko», ordenó Annie.

Acobardado y casi lloriqueando, David comenzó a plegar su papel para hacer un casco.

Jugaba sin ganas, con un ojo siempre en Annie, que vigilaba todos sus movimientos. Yussie se disgustó con él.

«¡David!», la voz de su madre que lo llamaba.

¡Libre por fin! Con un grito de alivio, se arrancó el casco de bombero y bajó corriendo los escalones del salón hasta la cocina. Su madre estaba de pie; parecía a punto de irse. Se apretó contra ella.

«Tenemos que irnos», dijo ella sonriéndole. «Diles buenas noches a tus amigos.»

«Buenas noches», masculló.

«No tengan prisa, por favor», dijo la Sra. Mink. «Ha sido un placer tan grande tenerlos aquí.»

«De verdad que me tengo que ir. Ha pasado la hora de que David se vaya a la cama.»

David iba delante, tirando furtivamente de su madre hacia la puerta.

«Esta hora he estado en la gloria», dijo la Sra. Mink. «¡Tienen que venir a menudo! Yo siempre tengo tiempo.»

«Muchas gracias.»

Bajaron apresuradamente aquellas escaleras llenas de corrientes de aire.

«Os oí jugar en el salón», dijo ella. «Debes de haber disfrutado de la visita.»

Abrió la puerta y encendió la lámpara de gas.

«¡Dios santo! El cuarto se ha quedado frío.» Y, cogiendo el atizador, se acuclilló ante la cocina e hizo caer las cenizas apagadas tras la reja. «Me alegro de que lo hayas pasado bien. ¡Por lo menos uno de los dos se ha divertido algo esta noche! ¡Qué locura! Y esa Sra. Mink. Si hubiera sabido que hablaba tanto, ¡ni a tres tirones me hubieran arrastrado allí!» Levantó el cubo del carbón y echó con vehemencia un poco de carbón en la cocina. «La lengua le daba vueltas como la bobina de una máquina de coser… pero sin coser. ¡Es increíble! Empezaba a ver manchitas delante de los ojos.» Sacudió la cabeza con impaciencia y dejó en el suelo el cubo de carbón. «Hijo mío, ¿sabes que tu madre es una tonta? Pero estás cansado, ¿no? Vamos a acostarte.»

Arrodillándose ante él, comenzó a desabrocharle los zapatos. Cuando le quitó las medias, le levantó las piernas, las examinó un momento y le dio un beso en cada una. «¡Da las gracias a Dios de estar sano! ¡Qué pena me da esa pobre niña de arriba!»

Pero no sabía, como sabía él, que el mundo entero podía romperse en miles de pequeños fragmentos, todos zumbando, todos gimiendo, sin que nadie los oyera ni nadie los viera, salvo él.

1

En yídish en el original. [N. del T.]

2

Petzel, «pajarito». [N. del T.]

VIII

CUANDO David se despertó a la mañana siguiente, le pareció haber estado en la cama mucho rato con los ojos abiertos pero sin saber quién era ni dónde estaba. Sus recuerdos nunca habían tardado tanto en volver. Casi podía sentir su cerebro llenándose como una botella bajo un grifo lento. Unas antenas reacias tanteaban débilmente en el pasado. ¿Dónde? ¿Qué? Una a una, las lanzaderas se movieron, se despertaron, tejieron la mañana con la noche y la noche con la tarde. ¡Annie! ¡Ah! Desesperadamente, sacudió la cabeza, pero no pudo sacudirse el recuerdo.

La ventana... Nieve que caía aún a través de la luz apagada de la calleja se amontonaba blanca contra el antepecho, invadiendo el vidrio. David miró fijamente durante un rato los dibujos de los copos que se hundían. Caían con lenta sencillez si se los miraba, rápida y sinuosamente si se miraba más lejos. Su descenso monótono le daba la extraña sensación de ser levantado cada vez más alto; se puso a flotar hasta que sintió vértigo. Cerró los ojos.

De la calle, en alguna parte, venía el helado sonido metálico de una pala que rascaba la acera de piedra, un sonido remoto y soñoliento.

Toda aquella agitación cuando el mundo parecía estar tratando de dormir lo entristeció. ¿Por qué tenía nadie que quitar la nieve?; ¿por qué molestaba nadie? Hubiera preferido que la nieve se quedara en el suelo el año entero. El débil sonido de la pala le dio una sensación de perezoso resentimiento. Recogió las piernas e inclinó la cabeza hacia sus rodillas. Sábanas tibias, el olor del sueño.

Se hubiera adormecido otra vez, pero la puerta se abrió. Entró su madre y se sentó al borde de la cama.

«¿Dormido?», le preguntó, y luego, inclinándose, lo besó. «Es hora de levantarse para ir al colegio.» Y, suspirando, retiró las sábanas y lo hizo bascular hasta que quedó sentado en la cama. Él gimió soñoliento y luego se levantó, estremeciéndose cuando sus pies tocaron el frío suelo, y la siguió. La cocina estaba caliente. Ella le quitó el camisón por la cabeza y lo ayudó a vestirse. Cuando se hubo lavado y peinado, David se sentó a desayunar. Comía desganadamente y sin gusto.

«¿No parece que tengas mucha hambre?», le preguntó ella. «No has tocado apenas las gachas de avena. ¿Quieres más leche?»

«No. No tengo hambre.»

«¿Un huevo?»

Negó con la cabeza.

«No hubiera debido tenerte levantado hasta tan tarde. Pareces

cansado. ¿Te acuerdas del sueño tan raro que has tenido esta noche?»

«Sí.»

«¿Cómo has podido tener un sueño tan raro?», reflexionó ella. «Una mujer con un niño que se volvía repulsivo, una muchedumbre que seguía a un mirlo. No lo entiendo. Pero, ¡Dios santo, cómo gritabas!»

Por qué tenía que recordárselo otra vez. El desvelo luego, esperando el sueño. ¡Annie!

«¿Por qué has dado esa patada a la mesa?»

«No sé.»

«¿Dolores de crecimiento?», se rió ella. «Pero dicen que sólo se sienten dormido. ¿Estás despierto?» Miró el reloj. «¿Un poquito más de leche?»

«No.»

«Entonces tendrás que tomar más con el almuerzo», le advirtió. «Pero ya es hora de que te vayas.» Cogió sus polainas y, arrodillándose, se las abotonó. «¿Quieres que vaya contigo?»

«Puedo ir solo.»

«Quizá deberías esperar a Yussie o su hermana.»

El simple pensamiento lo hizo estremecerse interiormente. Sabía que escaparía corriendo si se los encontraba. Negó con la cabeza.

«¿Irás derecho al colegio sin quedarte demasiado tiempo en la nieve?»

«Sí.» Se bajó las orejeras de piel de la gorra cuando se la puso. Sus libros estaban sobre la tina de lavar.

«Adiós entonces.» Se agachó para besarlo. «¡Qué beso más frío! Creo que esta mañana no me quieres.»

Pero David no le ofreció otro. Dio un paso a través de la puerta y se sobresaltó de miedo, al recordar. Se volvió. «Mamá, ¿dejarás la puerta abierta hasta... hasta que haya salido... hasta que me oigas abajo?»

«¡Niño! ¿Qué te pasa? Muy bien, lo haré. ¿Sigue rondándote por la cabeza ese sueño?»

«Sí.» Se sintió aliviado de que ella le hubiera dado una excusa.

«Será mejor que te vayas. Esperaré en la puerta.»

Sintiéndose avergonzado de sí mismo y, sin embargo, no poco apoyado por la presencia de ella en la puerta, David salió apresuradamente. En la parte baja de las escaleras, la puerta del sótano seguía cerrada. La miró con horror y el corazón se le aceleró en el pecho.

«¿Mamá?», llamó.

«Sí.»

Saltó desde los escalones, tres de una vez, más de lo que había intentado nunca, tropezó y cayó de rodillas, dejando caer su correa

con los libros, pero un momento después estaba otra vez de pie y corría como un perseguido hacia la pálida luz de la puerta.

La calle blanca y silenciosa lo esperaba, con montones de nieve donde estaba el bordillo. Pisadas silenciosas. Delante de las casas, las zonas recientemente barridas de las aceras, negras, se estaban volviendo grises otra vez. Copos fríos en la mejilla que se espesaban. Con los ojos entrecerrados, miró hacia arriba. Negros eran arriba los copos, negros hasta que descendían por debajo de los tejados. Entonces súbitamente blancos. ¿Por qué? Un copo se le posó en una pestaña; parpadeó, lagrimeando con aquel frío húmedo, bajó la cabeza. Nieve pisoteada por los pies que pasaban, hasta convertirse en toscas escamas escurridizas. Las balaustradas que había delante de los edificios se iban quedando atrás, pasando por su lado, con sus blancas tuberías de nieve encima. Quitó la nieve de una mientras andaba. Helada, haciéndole hormiguear la sangre, se amontonaba ante el arado de su palma. La apretó para hacer una bola y se la pasó de una mano a otra hasta que la dejó caer.

Dobló la primera esquina al final de la calle, dobló la segunda. ¿Estaría allí otra vez? Aceleró el paso. Todavía estaba allí colgada, al lado de la puerta. Era el tercer día que la había visto, y cada vez se le había olvidado preguntar qué significaba. ¿Qué podía significar? Las verdes hojas estaban medio escondidas por la nieve; hasta la cinta púrpura quedaba cubierta. Aquellas pobres flores blancas parecían congeladas. Las miró pensativamente y siguió adelante.

Dobló la última esquina. Voces de niños. El colegio un poco más lejos, al otro lado de la calle.

Si veía a Annie allí, ¿qué haría? Mirar a otro lado. Pasar de largo...

Tenía que cruzar. Delante de él, en la esquina, unos niños atravesaban por un sendero batido en la nieve. A su lado, él tenía el blanco sin hollar de la cuneta. Se detuvo. Aquél era un sitio para atravesar. Ni una sola pisada, sólo el surco de un carro. Mejor que no. La cresta de la nieve cerca del bordillo era casi tan alta como él. Pero nadie había cruzado antes. Sería su sendero, su sendero sólo suyo. Sí. Tomó carrerilla para saltar, salvó sólo en parte la primera cresta y cayó en una nieve que casi le llegaba a las rodillas. Detrás de él lo llamaron varias voces, burlándose, pero él se lanzó hacia adelante, se lanzó hacia adelante hasta llegar al nivel más bajo. ¡No hubiera debido hacerlo! Ahora estaría todo lleno de nieve, mojado. Pero qué milagrosamente limpio era todo lo que lo rodeaba, más blanco que nada que él conociera, más blanco que nada, más blanco. La segunda cresta estaba apisonada más firmemente que la primera; trepó por ella, se hundió casi, saltó para salvarse al otro lado y se sacudió apresuradamente la nieve. Nieve de acera, acribillada de sal, pisoteada por los pies de los niños, enrojecida de cenizas, cada vez más sucia a

medida que se aproximaba al colegio.

Al oír una risa, levantó los ojos. Delante de él había dos chicos con las piernas abiertas, compitiendo entre sí, cada uno de ellos tratando de orinar tan lejos como podía. El líquido se hundía en un canal irregular, humeando en la nieve y volviéndose amarillo en las márgenes.

La nieve de las aceras nunca se quedaba blanca. La puerta del colegio. Entró.

Seguir adelante si la veía, pasar deprisa…

IX

LA campana de las tres sonó por fin. Liberado, se apresuró a través de la muchedumbre arremolinada de chicos bulliciosos. No había visto a Yussie ni a Annie, y ahora, como a la hora del almuerzo, se adelantó corriendo a los otros chicos, por miedo de que lo alcanzara cualquiera de los dos.

Había dejado de nevar y, aunque aún había nubes que atenuaban la luz, el aire era más cálido de lo que había sido por la mañana. Junto al bordillo se agazapaban fuertes de nieve, semiconstruidos durante la pausa del almuerzo, esperando ser terminados. Un largo charco de patinaje se extendía como una cinta negra por el arroyo. Allí donde la nieve había sido barrida de las aceras quedaban tenazmente adheridas traidoras manchas grises.

Andaba tan rápidamente como podía, eligiendo su camino. De cuando en cuando, echaba una ojeada apresurada por encima del hombro. No, no estaban. Los había dejado atrás. Dobló una esquina y se detuvo en seco, mirando el extraño espectáculo que tenía delante; cautelosamente, se acercó.

Una fila de coches negros se alineaba a partir del bordillo cubierto de nieve. Había visto aquellos coches antes. Pero ¿qué era aquello que había delante de la casa, aquel coche tan extraño, rectangular y negro y con ventanas en los costados? Plumeros negros en los caballos. ¿Por qué había aquellos grupitos de personas al lado de la puerta, susurrando tan calladamente y estirando el cuello para mirar al zaguán? Por encima de la calle, en todas las casas vecinas, las ventanas estaban abiertas, y hombres y mujeres se asomaban. En una de ellas, una mujer hacía gestos a alguien que había detrás. Se adelantó un hombre, sonriendo furtivamente, le dio una palmada en las salientes caderas y se encajó en el espacio que quedaba a su lado. ¿Qué era lo que miraban todos? ¿Qué era lo que estaba saliendo de aquella casa? De repente recordó. ¡Allí habían estado las flores! Sí, conocía la puerta. Columnas blancas, aplastadas. ¡Flores! ¿Qué? Miró a su alrededor buscando alguien a quien preguntar, pero no pudo ver a nadie de su edad. Cerca de uno de los coches había un grupito de hombres, todos vestidos igual, con largas chaquetas negras y sombreros altos. Los conductores. Eran los únicos que parecían imperturbados, pero hasta ellos hablaban bajo. Quizá pudiera oír lo que decían. Se acercó furtivamente, aguzando el oído.

«¿Y sabeh lo ke tuvo la dehfachatez de dezirme?» Hablaba un hombre de rostro tosco y marcado por la intemperie, que fumaba un cigarrillo, destrenzando sus palabras, «'lho, ¿bor ké te barah? ¿No eh

bara kagarse?»

Miró a los otros buscando confirmación. Ellos asintieron con los ojos.

Justificado, el hombre continuó, pero más lentamente y con mayor énfasis. «Me da kon'el trole'n el tasi, y grazna ¿bor ké te barah? ¡L'ubiera'scubío'n el morro, al muy burro!»

«La segunda vez, ¿no?», preguntó otro.

«La segunda, un kuerno», replicó el primero con furioso desprecio. «Eh la terzera vez. ¿No fue Jeff el bri-mero k'embistió, y no fue Toiner el segundo? ¡Y ayer yo!»

«¡Eh!» Otro hombre dio un codazo bruscamente a su vecino. «¡Ahí va la lancha!»

Tirando precipitadamente sus cigarrillos, se dispersaron, y cada uno de ellos se izó a su pescante en el coche.

Más confuso ahora que antes, David se acercó a la puerta. Un hombre de alto sombrero negro acababa de salir y estaba allí en el escalón, mirando atentamente al zaguán. Un silencio cayó sobre la multitud; se arracimaron como buscando protección. Del vestíbulo parecía brotar el terror. A una señal del hombre del sombrero alto, las puertas de la parte de atrás del extraño coche fueron abiertas de par en par. Dentro del interior sombrío, el metal centelleaba, y cortinas con borlas excluían la luz. De repente, del vestíbulo un sonido rasposo y un lento arrastrar de pies. Un suave lamento vino de la multitud.

«¡Ya viene!», susurró alguien, estirando el cuello.

Una sensación de desolación. Un miedo.

Salieron dos hombres, esforzándose bajo el extremo anterior de una enorme caja negra, y luego dos más al otro extremo. Con la cara roja, descendieron cuidadosamente los escalones, avanzaron hacia el coche y apoyaron un extremo de la caja en el suelo del coche.

¡Aquello era...! ¡Sí! ¡Aquello era! De pronto comprendió. Mamá había dicho... ¡Dentro! ¡Sí! ¡Un hombre! ¡Dentro! La carne se le heló de terror.

«Despacio», advirtió el hombre del sombrero negro.

Empujaron dentro la caja, metiéndose ellos detrás. La caja chilló suavemente, deslizándose por el interior sin esfuerzo, como sobre carriles o ruedas. El hombre que había abierto las puertas metió un gran pasador plateado en un agujero que había detrás de la caja, y luego, con un solo movimiento hábil, cerró las puertas. A una señal del hombre del sombrero negro, el coche se movió cierta distancia y luego se detuvo. Otro coche se acercó a la casa.

Sostenida por un hombre a cada lado, una mujer de negro, toda inclinada y velada, salió sollozando de la casa. La muchedumbre murmuró, una mujer gimoteó. David no había visto nunca un pañuelo ribeteado de negro. El de ella parecía blanco como la nieve.

Voces de niños. Miró a su alrededor.

Annie y Yussie estaban allí, mirando fijamente a la mujer mientras entraba en el coche. David se estremeció, encogiéndose, se metió furtivamente detrás de la multitud y empezó a correr.

En la puerta de su casa se detuvo, miró adentro, retrocedió. ¿Qué iba a hacer ahora? A la hora del almuerzo, cuando se acercaba a la casa, había visto a la Sra. Nerrick, la patrona, subir el porche. Corriendo frenéticamente, la había alcanzado y había pasado corriendo por delante del sótano antes de que ella cerrara la puerta. Pero ahora no había nadie a la vista. En cualquier momento, Annie y Yussie aparecerían en la esquina. Tenía que... antes de que lo vieran... pero la oscuridad, la puerta, la oscuridad. El hombre dentro de la caja del coche. Solo. Tenía que...

Hacer ruido. Ruido... Avanzó. ¿Qué? Ruido. Cualquiera.

«¡Aaaaah! ¡Ooooh!», dijo con voz trémula. «¡Mi patria, es a ti!»[1] . Empezó a correr. La puerta del sótano. Más fuerte. «Dulce tierra de libertad», chilló, lanzándose hacia las escaleras. «A ti a quien canto.» Su voz se convirtió en alarido. Sus pies resonaron en la escalera. A sus espaldas, la horda monstruosa del miedo. «¡Tierra donde nuestros padres murieron!» El descansillo; se lanzó hacia la puerta, arrojándose contra ella... La abrió de golpe, la cerró de un portazo y se quedó allí, jadeando de terror.

Su madre estaba de pie, mirándolo fijamente con los ojos abiertos de asombro. «¿Has sido tú?»

A punto de llorar, él bajó la cabeza.

«¿Qué te pasa?»

«No sé», gimoteó.

Ella se rió resignada y se sentó. «Ven aquí, niño raro. Ven aquí. ¡Estás blanco!»

David se acercó y se hundió contra su pecho.

«Estás temblando.» Le acarició el pelo.

«Tengo miedo», murmuró él contra el cuello de ella.

«¿Miedo aún?», dijo ella calmándolo. «¿Te persigue todavía ese sueño?»

«Sí.» Un sollozo seco lo sacudió. «Y algo más.»

«¿Qué más?» Lo apretó contra ella con un brazo envolvente. Con la otra mano, le cogió las dos suyas. «¿Qué?», murmuró. La suave presión de los labios de ella contra sus sienes parecía hundirse hacia adentro, hacia abajo, irradiando una calma y una dulzura que sólo su cuerpo podía comprender. «¿Qué más?»

«He visto un..., un hombre en una caja. Una vez me hablaste.»

«¿Qué? ¡Oh!» Su rostro perplejo se aclaró. «Un funeral. Que Dios nos dé mucha vida. ¿Dónde era?»

«A la vuelta de la esquina.»

«¿Y eso te asustó?»

«Sí. Y el vestíbulo estaba oscuro.»

«Entiendo.»

«¿Me esperarás en el vestíbulo si te llamo la próxima vez?»

«Sí. Te esperaré todas las veces que quieras.»

David exhaló un tembloroso suspiro de alivio y le besó en la mejilla agradecido.

«Si no lo hiciera», se rió ella, «la Sra. Nerrick, la patrona, nos echaría. ¡Jamás he oído tal estrépito de pies!». Cuando le hubo desabotonado las polainas, se levantó y lo sentó en una silla. «Siéntate aquí, cariño. Es viernes y tengo mucho que hacer.»

Durante un rato, David se quedó sentado mirándola, sintiendo que su corazón se tranquilizaba de nuevo, luego se volvió y miró por la ventana. Una lluvia fina había empezado a caer, cubriendo las ventanas de regueros sin sentido. En el patio, la nieve, bajo la lluvia, estaba empezando a pasar de blanca a gris. Un humo azul caía a plomo, se esforzaba por subir, desaparecía. De cuando en cuando, la vieja casa crujía cuando el viento entraba y salía empujando por la callejuela. Traída a través de la niebla y de la lluvia desde algún río remoto, la sirena de un barco mugía, produciendo extrañas reverberaciones en el corazón...

Viernes. Lluvia. El fin del colegio. Ahora podía quedarse en casa, quedarse en casa y no hacer nada, quedarse junto a su madre toda la tarde. Apartó los ojos de la ventana y la miró. Estaba sentada ante la mesa pelando remolachas. El primer corte en una remolacha era como levantar la tapa de un hornillo diminuto. Púrpura súbita bajo la peladura; ella tenía las manos manchadas. Sobre su delantal a cuadros azules y blancos, su rostro se inclinaba, atento a su trabajo, con los labios apretados severamente. Él la quería. Otra vez era feliz.

Sus ojos vagaron por la cocina: la confusión de las tardes de los viernes. Pucheros en la cocina, peladuras en el sumidero, harina extendida por el rodillo, la tabla. El aire era cálido, entretejido de muchos olores. Su madre se levantó, lavó las remolachas, las escurrió, las dejó a un lado.

«¡Bueno!», dijo. «Ya puedo empezar a limpiar otra

Despejó la mesa, lavó los platos sucios, vació las peladuras que obstruían el sumidero en el cubo de la basura. Luego se puso a gatas y empezó a fregar el suelo. Con las rodillas en alto, David la miró limpiar el linóleo debajo de su silla. La sombra que había entre sus pechos, ¡qué profunda! Hasta dónde... ¡No! ¡No! ¡Luter! ¡Cuando la miraba! ¡Aquella noche! ¡No debía! ¡No debía! ¡Mira a otro lado! ¡Deprisa! Mira a..., mira ese linóleo, cómo relucía bajo la delgada capa de agua.

«Ahora tendrás que quedarte ahí sentado hasta que se seque», le

advirtió ella, enderezándose y echándose hacia atrás unos mechones de pelo que le habían caído sobre la mejilla. «Serán sólo unos minutos.» Se inclinó, caminó hacia atrás hasta los escalones, arrastrando la fregona sobre sus pisadas, y entró luego en la sala de estar.

Al quedarse solo, David se sintió otra vez abatido. Sus pensamientos volvieron a Luter. Aquella noche volvería otra vez. ¿Por qué? ¿Por qué no se iba? ¿Tendrían que huir todos los jueves? ¿Ir a casa de Yussie? ¿Tendría que jugar con Annie otra vez? No quería. No quería verla nunca más. Y tendría que ir. Como aquella tarde junto a los coches. Asustado. La caja larga. Asustado. El sótano. ¡No! ¡No!

«¡Mamá!», llamó.

«¿Qué pasa, hijo?»

«¿Vas a... dormir ahí dentro?»

«Oh, no. ¡Claro que no! Sólo me estoy arreglando un poco el pelo.»

«¿Vas a volver pronto aquí?»

«Claro que sí. ¿Quieres algo?»

«Sí.»

«Un momento.»

Esperó impaciente a que ella apareciera. Al poco rato, su madre salió. Se había cambiado de vestido y peinado el pelo. Extendió en los escalones de la sala una toalla limpia deshilachada y se sentó.

«No puedo ir ahí a menos que sea necesario», sonrió ella. «Estás en una isla. ¿Qué quieres?»

«Se me ha olvidado», dijo él débilmente.

«¡Eres un ganso!»

«Tiene que secarse», explicó él. «Y yo tengo que vigilarlo.»

«Y yo también, ¿no es eso? ¡Dios santo, qué tirano vas a ser cuando te cases!»

A David no le importaba realmente lo que pensara de él siempre que ella se sentara allí. Además, tenía que preguntarle algo, pero no podía decidirse a hacerlo. Podría resultar demasiado desagradable. Sin embargo, cualquiera que fuera la respuesta, descubriera él lo que descubriera, siempre estaría seguro junto a ella.

«Mamá, ¿has visto alguna vez a alguien muerto?»

«¡Hoy estás muy alegre!»

«Entonces cuéntame.» Ahora que se había lanzado a aquel mar proceloso, estaba resuelto a atravesarlo. «Cuéntame», insistió.

«Bueno», dijo ella pensativamente, «a los gemelos que murieron cuando yo era niña no los recuerdo. Pero a mi abuela sí, fue la primera que vi realmente y que recuerdo. Yo tenía entonces dieciséis años».

«¿De qué se murió?»

«No lo sé. Nadie parecía saberlo.»

«Entonces, ¿por qué se murió?»

«¡Qué preguntón eres! Estoy segura de que tuvo sus razones. Pero ¿quieres saber lo que creo?»

«Sí», con ansiedad.

Su madre respiró profundamente y levantó un dedo para despertar una atención ya ferviente. «Era muy pequeña, mi abuela, muy frágil y delicada. La luz pasaba a través de sus manos como pasa la luz a través de un abanico. ¿Qué tiene eso que ver? Nada. Pero mientras que mi abuelo era muy piadoso, ella sólo pretendía serlo..., lo mismo que yo, que Dios nos perdone a las dos. Ahora bien, hace mucho tiempo, tenía un jardincito delante de su casa. Estaba lleno de hermosas flores en verano, y ella lo cuidaba completamente sola. Mi abuelo, impresionantemente judío, no podía comprender que ella se pasara toda una mañana de primavera regando las flores y arrancando las hojas muertas, y dando un tijeretazo aquí y un golpecito allá, cuando tenía tantos criados que podían hacerlo por ella. No te puedes imaginar lo baratos que eran los criados en aquellos tiempos... Mi abuelo tenía cinco. Sí, se irritaba cuando la veía trabajando en el jardín y decía que era casi impío que una judía de su rango..., era rica entonces, recuerda..., no habían talado aún los bosques...»

«¿Qué bosques?»

«Te he hablado ya de ellos..., los grandes bosques y los campamentos de leñadores. Fuimos ricos mientras los bosques estuvieron allí. Pero cuando los talaron y los campamentos de leñadores se fueron nos volvimos pobres. ¿Entiendes? Y por eso mi abuelo se irritaba cuando la veía ensuciándose las manos con tierra como cualquier mujer de aldeano. Pero mi abuela se limitaba a sonreír —todavía puedo verla inclinada hacia adelante y levantando la vista con una sonrisa— y decía que, como no tenía una hermosa barba como él que acariciarse, no podía haber nada de malo en mancharse un poco las manos. Mi abuelo tenía una barba que se volvió blanca pronto; estaba muy orgulloso de ella.

Y una vez mi abuela le dijo que estaba segura de que Dios misericordioso no se enfadaría con ella si robaba un poco de la herencia de Esaú —la tierra y los campos son la herencia de Esaú—, ya que el propio Esaú, dijo ella, robaba a Isaac a manos llenas... Se refería a todas las tiendas nuevas que estaban abriendo los gentiles en nuestra ciudad. ¿Qué podía hacer mi abuelo? Reírse y llamarla víbora. ¡Pero espera! ¡Espera! Ahora llego a eso.» Sonrió ante su *i* impaciencia.

«Cuando se hizo más vieja se volvió muy rara. ¿Quieres que te diga lo que solía hacer? Cuando llegaba el otoño y todo había muerto...»

«¿Muerto? ¿Todo?», la interrumpió David.

«No todo, bobalicón. Las flores. Cuando se morían ella no quería

salir de casa. ¿No era extraño? Se quedaba días y más días en su gran sala de estar... Tenía arañas de cristal. No te puedes imaginar lo quieta que podía quedarse... sin ver a los criados, oyendo apenas lo que se decía... y con las manos cruzadas en el regazo... Así. Ni tampoco podía mi abuelo, por mucho que le rogase que saliera, hacerla salir. Hasta fue a consultar a un gran rabino..., pero no sirvió de nada. Hasta que no caía la primera nieve, ella no volvía a salir de casa voluntariamente.»

«¿Por qué?»

«La respuesta es ésta. A ver si puedes encontrarla. Cuando fui a visitarla una vez, un día de finales de otoño, la encontré sentada muy quieta, como de costumbre, en su gran sillón. Pero cuando estaba a punto de quitarme el abrigo me dijo: no te lo quites, Genya, cariño, el mío está en la silla del rincón. ¿Me lo das, niña?

Bueno, me quedé inmóvil mirándola fijamente con sorpresa. ¿Su abrigo?, pensé. ¿Iría a salir realmente por su propia voluntad y en otoño? Y entonces, por primera vez, me di cuenta de que estaba vestida con sus mejores ropas del *sabbath*[2]..., un raso oscuro y tornasolado... muy caro. La veo aún. Y en la cabeza —nunca dejó que le cortaran el pelo— se había puesto una ancha peineta redonda de hileras de perlas: el primer regalo que le hizo mi abuelo. Era como una corona pálida. De modo que cogí su abrigo y la ayudé a ponérselo. ¿Adonde vas, abuela?, le pregunté. Estaba perpleja. Al jardín, dijo ella, al jardín. Bueno, una anciana debe salirse con la suya, y fuimos al jardín. El día era muy gris y lleno de vientos, vientos fuertes y arremolinados capaces de doblar los árboles como una mano. Casi se nos llevaban a nosotros, y eran fríos. Y yo le dije: abuela, ¿no hace demasiado frío aquí? ¿No es el viento demasiado fuerte? No, su abrigo era grueso, así me dijo. Y luego dijo una cosa muy extraña: ¿Te acuerdas de Petrush Kolonov? Yo no estaba segura. Un *goy*[3], dijo ella, un zoquete. Trabajó para tu abuelo muchos años. En otro tiempo tenía un cuello como un árbol, pero al final se volvió viejo y encorvado. Y cuando se hizo tan viejo que no podía ni levantar una gavilla se sentaba en una piedra y miraba las montañas. Eso dijo mi abuela, ¿comprendes?»

David no podía seguir muy bien aquellos hilos dentro de otros hilos, pero asintió. «¿Por qué se quedaba sentada?», preguntó, con miedo de que ella dejara de hablar.

Ella se rió alegremente. «Esa misma pregunta se la han hecho tres generaciones. Tú. Yo. Mi abuela. Había sido un buen esclavo aquel Petrush, fuerte como un buey. Y cuando mi abuela le preguntó por qué te sientas ahí como un barril, mirando las montañas, su única respuesta fue: se me han caído todos los dientes. Y ésa es la historia que mi abuela me contó mientras paseábamos. Pareces

desconcertado.» Se rió de nuevo.

Lo estaba, en efecto, pero ella no le dio explicaciones.

«Y así paseábamos y volaban las hojas. ¡Shu-u-u! Cómo subían, y una fue a parar contra su abrigo y, mientras el viento la tenía allí, sabes, como un dedo, ella la cogió y la desmenuzó. Y entonces dijo de pronto: ven, vamos a volver. Y precisamente cuando estábamos a punto de entrar suspiró de tal forma que se estremeció —profundamente—, de la forma en que se suspira inmediatamente antes de dormir..., y dejó caer los pedacitos de hoja que tenía en la mano y dijo: Es un error ser como soy. ¡Hasta las hojas palidecen y envejecen al mismo tiempo! ¡Al mismo tiempo! ¿Comprendes? ¡Era muy sensata! Y entramos.»

Su madre se interrumpió y tocó el suelo para ver si estaba seco. Luego se levantó y fue a la cocina para apartar la hirviente sopa de remolacha de donde había estado, sobre el calor de los tizones, hacia el ángulo más frío de la cocina.

«Y ahora el suelo está seco», sonrió. «Soy libre.»

Pero David se sintió engañado, incluso ofendido. «¡No..., no me has contado nada!», protestó. «Ni siquiera me has contado qué ocurrió.»

«¿No?» Se rió. «Apenas queda nada que contar. Murió el invierno de ese mismo año, antes de que cayera la nieve.» Miró fijamente la lluvia que golpeaba contra la ventana. Su rostro se puso serio. El último parpadeo de sus ojos antes de hablar fue el más lento. «Parecía tan frágil muerta, en su sudario... ¿Cómo puedo contártelo, hijo? Como la nieve de principios de invierno. Y pensé para mí, incluso entonces, voy a mirar profundamente su rostro porque estoy segura de que se derretirá ante mis ojos.» Sonrió otra vez. «¿Te he contado ya lo suficiente?»

Él asintió. Sin saber por qué, sus últimas palabras lo habían agitado. Lo que no había comprendido como idea lo había transmitido el último gesto de ella, el último enronquecimiento flexible de su voz. ¿Era en su corazón donde habitaba aquella irreal tristeza fugitiva, o bien impregnaba el aire ligero de la cocina? No sabía decirlo. Pero si el aire fuera siempre así y él estuviera siempre solo con su madre... Ahora estaba cerca de ella. Era parte de ella. La lluvia, por fuera de la ventana, sellaba continuamente su aislamiento, su intimidad, su identidad. Cuando ella levantó la tapa de la cocina, el resplandor rosado que manchó su amplia frente caldeó también el cuerpo de David. Estaba cerca de ella. Era parte de ella. Qué bien se estaba allí. Observaba ávidamente todos los movimientos de su madre.

Ella puso un nuevo mantel en la mesa. El mantel flotó como una nube en el aire y se posó lentamente. Luego su madre bajó de la repisa tres candelabros de bronce y los colocó en el centro de aquella blancura, plantando velas en cada uno de los cálices de bronce.

«Mamá.»

«¿Sí?»

«¿Qué hacen cuando se mueren?»

«¿Qué?»; repitió ella. «Están fríos; se quedan quietos; cierran los ojos y duermen años eternos.»

Años eternos. Las palabras resonaron en su mente. Extasiado, les dio vueltas y más vueltas, como si tuvieran brillo y forma propios. *Años eternos.*

Su madre puso la mesa. Cuchillos que tintineaban débilmente, tenedores, cucharas, unos al lado de otros. El salero, vasito secreto de plata mate, el pimentero, un ojo gris-pardo en cristal poco profundo, el azucarero esmaltado, con los hombros sin cabeza de las pinzas de plata en el borde.

«Mamá, ¿qué son años eternos?»

Su madre suspiró un tanto desesperada, levantó la vista por un momento y luego la bajó a la mesa, y su mirada vagó pensativamente por los platos y los cubiertos de plata. Luego sus ojos se iluminaron. Alargando la mano hacia el azucarero, levantó las pinzas, cogió cuidadosamente un terrón de azúcar y lo sostuvo ante los ojos de David.

«Hasta aquí llega mi cerebro», dijo en broma. «¿Lo ves? Más no. ¿Me pedirías que cogiera un mar congelado con estas cositas? Ni el repartidor de hielo podría hacerlo.»

Volvió a dejar las pinzas en el azucarero. «El mar, comparado con...»

«Pero...», la interrumpió David, horrorizado y perplejo. «¿Pero cuándo se despiertan, mamá?»

Ella abrió las manos con gesto de vaciedad. «No queda nada que se pueda despertar.»

«Pero alguna vez, mamá», insistió él.

Ella negó con la cabeza.

«Pero alguna vez.»

«No aquí, si es que lo hacen en alguna parte. Dicen que hay un cielo y que en el cielo despiertan. Pero yo no lo creo. Que Dios me perdone por decirte esto. Pero es todo lo que sé. Sólo sé que los entierran en la tierra oscura y que sus nombres duran algunas vidas más en sus lápidas.»

La oscuridad. En la tierra oscura. Años eternos. Era una revelación terrible. La miró fijamente. Cogiendo un trapo que había sobre la tina de lavar, ella fue al horno, abrió la puerta de golpe y sacó una cazuela. El calor y el olor del pan tierno entraron en el ser de él como a través de la neblina rígida de una visión. Ella extendió una servilleta cerca de los candelabros, sacó el pan de la cazuela y lo puso sobre el rectángulo de lino.

«Aún tengo que encender las velas», murmuró sentándose, «y habré terminado mi trabajo. No sé por qué hicieron los viernes tan difíciles para las mujeres».

—Oscuridad. En la tumba. Años eternos...

La lluvia, en ráfagas breves, hirviendo en la ventana... El reloj hacía tictac con demasiada viveza. No, nunca. No era alguna vez. En la oscuridad.

Lentamente, la última luz rezagada se deshizo en crepúsculo. A través del corto espacio de la cocina, el rostro de su madre temblaba como si estuviera bajo el mar, haciéndose borroso. Manchas, intrincadas como espuma, se arremolinaban en aquella oscuridad agitada...

—Como las palomitas de maíz que volaban en el escaparate de aquella enorme confitería. Volaban y se posaban. Aquel día. Hacía mucho tiempo.

Su mirada seguía el flujo de luz sin objeto que se arremolinaba y revoloteaba por la habitación, perturbando el perfil de la puerta y de la mesa.

—Era nieve, nieve gris. Diminutos pedacitos de papel que bajaban flotando desde la ventana, aquel día. Confeti, dijo un chico. Confeti, dijo. Se lo arrojaban a los dos que iban a casarse. El hombre del sombrero alto, negro brillante, apresurándose. La señora de blanco que reía, apoyada contra él, esquivando el confeti, pestañeando para apartarlo de sus ojos. Coches que esperaban. Confeti en el escalón, en los caballos. Divertido. Luego entraron dentro, riéndose los dos. Confeti. Coches.

—¡Coches!

—¡Los mismos!

—¡Esta tarde! ¡Cuando salió la caja! Coches.

—¡Los mismos!

«¡Dios santo!», exclamó su madre. «¡Me has asustado! ¿Qué es lo que te hace saltar de esa forma en la silla? ¡Es la segunda vez hoy!»

«Eran los mismos», dijo él con voz de espanto. Ahora estaba resuelto. Lo veía claramente. Todo pertenecía a la misma oscuridad. Confeti y féretros.

«¿Quiénes eran los mismos?»

«¡Los coches!»

«¡Ay, niño!», exclamó ella con divertida desesperación. «¡Sólo Dios sabe qué estás soñando ahora!» Se levantó de la silla y fue a la pared de la que colgaba la caja de cerillas: «Será mejor que encienda estas velas antes de que veas algún ángel.»

La cerilla raspó en el papel de lija y se encendió, haciendo que David se diera cuenta de lo oscuro que se había hecho.

Una a una, ella encendió las velas. La llama trepó borracha por el

pábilo, se estabilizó, suavizó el inmutable bronce de abajo y resplandeció en cada nudo de la crujiente trenza dorada del pan sobre la servilleta. El crepúsculo se desvaneció y la cocina refulgió. El día, que había empezado con fatigas e inquietudes, florecía ahora en luz de velas y *sabbath.*

Con una breve risa de disculpa, su madre se puso delante de las velas e, inclinando la cabeza ante ellas, murmuró a través de las manos abiertas ante su cara la antigua plegaria del *sabbath*...

La hora silenciosa, la hora de la beatitud leonada...

1

Letra del himno «My Country ’Tis of Thee». [N. del T.]

2

Día de descanso y adoración del judaismo: desde la puesta de sol del viernes hasta la puesta de sol del sábado. [N. del T.]

3

Goy (plural, goyim): todo el que no es judío. [N. del T.]

X

SU madre se levantó y encendió la lámpara de gas. Repentina, una luz azul condensó las llamas de las velas en pepitas de un amarillo improcedente. Él las contempló con tristeza, deseando que no hubiera encendido la lámpara.

«Pronto vendrán», dijo ella.

¡Vendrán! Se sobresaltó, desalentado. ¡Iban a venir! Luter. Su padre. ¡Ellos! ¡Ay! El intervalo de paz había acabado. Podía sentir el espanto que ascendía en él como una nube..., como si las palabras de su madre hubieran sido una piedra lanzada sobre un terreno polvoriento. ¡La calma y la alegría lo estaban abandonando! ¿Por qué tenía que venir Luter? David se avergonzaría de mirarlo, no podría mirarlo. Hasta pensar en Luter lo hacía sentirse como se sintió cuando el chico del asiento de al lado se metió el dedo en la nariz e hizo una bolita de moco entre los dedos, miró a su alrededor luego con mueca ausente y dejó la bolita bajo el asiento. Aquello hizo que a David se le contrajeran los dedos de los pies de asco. No hubiera debido verlo, no hubiera debido saberlo.

«¿Vendrá también el Sr. Luter?»

«Claro.» Ella se volvió hacia él. «¿Por qué me lo preguntas?»

«No sé. Sólo pensaba... pensaba que... que quizá no le gustaba tu forma de cocinar.»

«¿Mi forma de...? ¡Ah! ¡Ya entiendo!» Enrojeció débilmente. «No sabía que tuvieras tan buena memoria.» Miró a su alrededor, como si se hubiera olvidado de algo, y luego subió los escalones de la sala de estar.

Él miró por la ventana afuera, a la oscuridad. La lluvia seguía cayendo a plomo. Debían de estar apresurándose ahora hacia él bajo la lluvia, apresurándose porque llovía. Si pudiera escaparse antes de que llegaran, esconderse hasta que Luter se hubiera ido, no volver hasta que Luter se hubiera marchado para siempre. ¿Cómo podía irse? Contuvo la respiración. Si se fuera ahora, antes de que su madre volviera..., salir a escondidas por la puerta silenciosamente. ¡Así! Abriría la puerta, bajaría cautelosamente las escaleras. ¡El sótano! Correr por delante y correr afuera, dejando arriba una cocina vacía. Ella miraría a su alrededor, bajo la mesa, en el vestíbulo; llamaría: ¡David! ¡David! ¿Dónde estás? Y él se habría ido...

En la sala de estar, el ruido de una ventana al abrirse, al cerrarse de nuevo. Entró su madre, llevando un cacharro gris tapado en las manos. Gotas de lluvia en los costados del cacharro, agua en la cavidad de su tapa.

«Una noche horrible.» Vació la tapa rebosante en el sumidero. «El pescado es congelado.»

Demasiado tarde.

Tenía que quedarse aquí ahora, hasta el final, hasta que Luter hubiera venido y se hubiera ido. Pero quizá su madre se equivocaba y quizá no viniera Luter; si no viniera nunca más... ¿Por qué tenía que venir otra vez? Estuvo aquí ayer y no había nadie en casa. No venga, se susurraba su mente a sí misma una y otra vez. ¡Por favor, Sr. Luter, no venga! No venga nunca más.

Pasaron los minutos y, precisamente cuando a David le parecía haberse olvidado de Luter, unas pisadas familiares atravesaron el vestíbulo de abajo. ¡Voces en la escalera! Luter había venido. Echando una ojeada al rostro contraído, atento, de su madre, se desplazó furtivamente hacia la sala de estar, subió a hurtadillas los escalones y entró en la oscuridad. Se quedó junto a la ventana, escuchando los sonidos que venían de detrás de él. Se abrió la puerta. Oyó sus saludos, la voz y el habla pausada de Luter. Debían de estar quitándose los abrigos. Si se olvidaran de él. Si fuera posible. Pero...

«¿Dónde está el orante?», oyó preguntar a su padre.

Una pausa y la voz de su madre. «Está en la sala, creo. ¡David!»

«Sí, mamá.» Una oleada de rabia y frustración lo sacudió.

«Está ahí.»

Habiendo comprobado que estaba allí, parecieron olvidarse de él por un rato, pero de nuevo su padre, y esta vez con su peligroso tono de irritación:

«Bueno, ¿por qué no viene? ¡David!»

No podía haber más demora. Tenía que entrar. Con los ojos fijos ante sus pies, salió de la sala, se dirigió a su sitio arrastrando los pies y se sentó, teniendo conciencia todo el tiempo de que lo otros lo miraban con curiosidad.

«¿Qué le pasa?», preguntó su padre bruscamente.

«No lo sé muy bien. Quizá sea el estómago. Hoy ha comido muy poco.»

«Bueno, ahora comerá», dijo su padre a modo de advertencia. «Le das de comer demasiadas fruslerías.»

«Un estómago delicado es mala cosa», dijo Luter tolerante, y David lo odió por su comprensión.

«Ach», exclamó su padre, «no es su estómago, Joe, es su paladar: estragado por las golosinas».

Su madre le puso la sopa delante. «Esto te gustará», lo animó.

Él no se atrevió a rehusar, aunque hasta la idea de comer le daba náuseas. Acorazándose contra la primera cucharada, metió la cuchara en aquel líquido de un rojo brillante que hervía y se la llevó a los labios. En lugar de alcanzar su boca, la cuchara llegó sólo a su

barbilla, tropezó con la oquedad que tenía bajo el labio inferior, la abrasó, y cayó de sus dedos impotentes al plato. Una fuente roja salpicó en todas direcciones, manchándole la blusa, manchando el blanco mantel. Con una sensación de terror, David miró aquellos manchones carmesí del mantel ensancharse hasta que se unieron.

Su padre dejó la cuchara coléricamente en el plato. «¡Torpe como un turco!», le espetó, golpeando la mesa con los nudillos. «¿Quieres subir la cabeza, o vas a meterla en el plato también?»

Él levantó unos ojos asustados. Luter lo miró de soslayo, chupándose los dientes con cauta desaprobación.

«¡No ha pasado nada!», exclamó su madre consoladoramente. «Para eso sirven los manteles.»

«Para salpicar sopa en ellos, ¿eh?», replicó su marido sarcásticamente. «¡Y para eso sirven también las camisas! Muy bonito. Por qué no tirar el plato entero, ya puestos a ello.»

Luter se rió ahogadamente.

Sin responder, su madre alargó la mano y acarició a David la frente con la mano. «Sigue comiendo, niño.»

«¿Qué haces ahora», preguntó su padre, «tocarle la frente para ver si tiene fiebre? ¡Niño! ¡A ese mocoso no le pasa absolutamente nada, salvo que tú lo mimas!». Agitó siniestramente un dedo hacia David. «Y ahora te vas a tragar esa sopa como un hombre, o te haré tragar otra cosa.»

David lloriqueó, mirando su plato con atemorizada rebelión.

«¡Te lo advierto!»

«Quizá sea mejor que no coma», medió su madre.

«No te metas.» Y a David: «¿Vas a comértela?»

Temblando y casi al borde de la náusea, David cogió la cuchara y, forzándose, comió. Su espasmo de repugnancia se disipó.

Impaciente, su padre se volvió hacia Luter. «¿Qué decías, Joe?»

«Decía», dijo Luter con voz lenta, «que debes cerrar con llave al salir..., sólo la puerta, ¿entiendes? El resto lo cerraré yo antes de marcharme». Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y, sacando un manojo de llaves, separó una. «Ésta es la que cierra. Y te diré algo más.» Le dio la llave al padre de David. «Lo voy a anotar como cuatro horas. Todo el trabajo no te llevará más de dos..., tres como mucho.»

«Entiendo.»

«Pero no cobrarás las extraordinarias esta semana. El contable...»

«La semana que viene, entonces.»

Luter se aclaró la garganta. «Mañana por la noche tendrá uno menos a comer», dijo a la madre de David.

«¿Sí?», preguntó ella con sorpresa forzada, y volviéndose al padre de David: «¿Tan tarde volverás, Albert?»

«Yo no.»

«No, no Albert», se rió ahogadamente Luter. «Yo.»

El corazón de David saltó con secreta alegría.

«No, mañana por la noche tengo cosas que hacer», dijo él vagamente. «Tal vez el domingo. No, le voy a decir una cosa: si no estoy aquí el domingo a las siete, no me esperen a cenar.»

«Muy bien.»

«De todas formas pagaré la semana entera.»

«Si no viene...», objetó ella.

«Eso no importa», dijo Luter, «quedamos así». Asintió con la cabeza y cogió su cuchara.

Durante el resto de la comida, David comió con precaución, mirando de cuando en cuando para ver si alguna cosa había disgustado a su padre. Hacia Luter no arriesgó ni una mirada por temor a que la simple vista de aquel hombre lo desconcertase, haciéndole cometer nuevos errores. Para cuando su madre le puso delante el postre, David estaba ya tratando de encontrar algún lugar donde pudiera esconderse y, sin embargo, ser considerado presente o, por lo menos, tenido como tal. Hubiera podido fingir somnolencia y su madre lo hubiera acostado, pero no podía hacerlo ahora. Era demasiado pronto. ¿Qué podía hacer hasta entonces? ¿Adonde escapar un rato? Le pasaron por la cabeza las habitaciones de la casa. ¿La sala de estar? Su padre diría: «¿Qué hace ahí en la oscuridad?» ¿El dormitorio? No. Su padre diría lo mismo. ¿Dónde? El cuarto de baño. ¡Sí! Se sentaría en el retrete. Se quedaría allí hasta que alguien lo llamara, y entonces saldría.

Se había comido la última ciruela y estaba a punto de bajarse de la silla cuando, con el rabillo del ojo, vio la mano de Luter moverse hacia el bolsillo del chaleco y sacar el reloj.

«¡Tengo que irme!» Chasqueó los labios.

¡Se iba! David hubiera podido ponerse a bailar de alegría. ¡Demasiado hermoso para ser verdad!

«¿Tan pronto?», preguntó su madre.

Para sorpresa de David, su padre se rió, y un momento más tarde Luter se unió a él, como si compartieran algún chiste privado.

«Voy ya un poco retrasado.» Luter hizo retroceder su silla y se levantó. «Pero antes tengo que pagarle.»

David miraba fijamente su plato, escuchando. Sólo podía pensar en una cosa: Luter se iba, se habría ido dentro de un minuto. Levantó la vista. Su padre acababa de entrar en el dormitorio y, en ese momento de ausencia, Luter echó rápidas ojeadas a su madre. David se estremeció de repugnancia y bajó apresuradamente la vista. Cogiendo el abrigo que el padre de David acababa de traer, Luter se lo puso, y David, con todas las fuerzas de su mente, trató de acelerar aquellos pies que se movían hacia la puerta.

«Bueno», dijo Luter por fin, «os deseo una buena semana. Y que el orante», señaló con el sombrero a David, «se recupere pronto».

«Gracias», dijo su madre. «Que tenga una buena semana.»

«Levanta la cabeza», dijo con brusquedad su padre. David, apresuradamente, levantó la vista. «Buenas noches, Joe, hasta mañana. Suerte.» Los dos hombres se rieron.

«Buenas noches.» Luter salió.

Con un silencioso suspiro de alivio, David se desenroscó de la tensa y acurrucada posición interior que su cuerpo parecía haber adoptado y, mirando a su alrededor, vio a su padre que miraba fijamente la puerta. Su rostro se había distendido, convirtiéndose en una sonrisa escueta.

«Se va a meter en un lío», dijo secamente.

«¿Qué quieres decir?»

Su padre dio un bufido de diversión. «¿No te has dado cuenta de su extraña forma de comportarse esta noche?»

«Sí...», dudó ella, mirándole a la cara inquisitivamente... «Por lo menos... ¿Por qué?»

Él se volvió hacia ella; los ojos de la madre de David se desviaron otra vez hacia los platos.

«¿No te has dado cuenta de lo desconcertado que estaba?»

«No. Bueno. Quizá.»

«Entonces es que no te das cuenta de muchas cosas», se rió brevemente. «Ha ido a un casamentero.»

«¡Oh!» Se le despejó la frente.

«Sí. Es un secreto. ¿Entiendes? Tú no sabes nada.

«Entiendo», sonrió ella débilmente.

«Es libre como el aire, y quiere atarse una piedra al cuello.»

«Quizá necesite una mujer», le recordó ella. «Quiero decir que le he oído decir con frecuencia que quería tener un hogar y niños.»

«Ach, niños! ¡Más quebraderos de cabeza! No son niños lo que busca, sino un poco de dinero. Quiere abrir un taller propio. Por lo menos, eso es lo que dice.»

«¿Pero no dijiste que se iba a meter en un lío?», rió ella.

«¡Desde luego! Quiere hacer las cosas demasiado deprisa. Si esperase unos años más, tendría dinero suyo suficiente para abrir el taller... sin necesidad de esposa. ¡Espera! Le he dicho. ¡Esperar! No, me ha dicho. Necesito mil dólares. Quiero un taller grande, con cuatro o cinco prensas. Pero ya se dará cuenta de lo que valen mil dólares yídish. Si se le convierten sólo en quinientos a la mañana siguiente de haber pasado bajo el dosel, nadie podrá decir que no ha tenido suerte.» Eructó silenciosamente y la nuez se le movió por el cuello, y luego miró a su alrededor con las cejas fruncidas, como si buscara algo.

«Le oí pedirte que cerraras el taller», quiso saber ella.

«Sí, me va a dar unas horas extraordinarias. No volveré a casa hasta las cuatro o las cinco..., quizá más tarde. ¡Bah!», exclamó impacientemente. «Ese hombre gana dieciocho dólares a la semana —seis más que yo— y está deseando ponerse en manos de una mujer.» Hizo una pausa y miró de nuevo a su alrededor. «¿Dónde está el *Tageblatt?»*

Su mujer levantó los ojos con sobresalto. «El *Tageblatt»,* repitió consternada. «¡Ay, dónde tengo la cabeza, me he olvidado de comprarlo. ¡La lluvia! Lo dejé para luego.»

Él torció el gesto.

Poniendo ruidosamente los platos en el fregadero, ella se secó las manos con una toalla. «Tardaré sólo un minuto.»

«¿Adonde vas?»

«Mi pañolón.»

«¿Qué le pasa a éste, es que no tiene piernas?»

«Pero si yo lo puedo hacer mucho más deprisa.»

«Ésa es la causa de todos tus males», dijo él fríamente. «Lo haces todo en lugar de él. Que baje.»

«Pero si fuera está todo empapado, Albert.»

El rostro de él se ensombreció. «Que baje», repitió. «No es extraño que no coma. ¡Se pudre en casa el día entero! Ponte el abrigo.» Sacudió bruscamente la cabeza. «Tiembla cuando yo te hablo.»

David saltó de su silla y miró con aprensión a su madre.

«Ay», protestó ella, «pero por qué quieres...».

«¡Cállate! ¿Bueno?»

«Muy bien», dijo ella, molesta pero resignada, «voy a buscar su abrigo».

Le trajo de la alcoba el abrigo y le ayudó a ponérselo, mientras su padre, alzado ante ellos, rezongaba, como hacía siempre, que David era suficientemente grande para buscar su propia ropa y ponérsela. Inquieto, David trató de quitarle a su madre los chanclos de la mano, pero ella insistió en ayudarlo.

«Cuesta dos centavos.» Le dio una moneda. «Toma diez. Pide el *Tageblatt* y espera a que te den la vuelta.»

«Ocho centavos de vuelta», le advirtió su padre. «Y no te olvides, el *Tageblatt.»*

Cuando David salió, su madre lo siguió al vestíbulo.

«¿Vas a bajar también con él?», preguntó su padre.

Pero, sin responder, ella se inclinó hacia David y susurró: «¡Date prisa! ¡Esperaré!» Y fuerte, como si le diera las últimas instrucciones: «La confitería está en la esquina.»

David bajó tan deprisa como pudo. La puerta del sótano era parda a la luz de gas. El aire destemplado de la noche lo recibió al final de la

puerta. Salió. La lluvia, que sólo se veía cuando hacía borrosas las lámparas distantes, seguía cayendo, y le buscó a él el rostro y la nuca con sus dedos helados. El escaparate de la confitería brillaba tenuemente cerca de la esquina. Con el aliento convertido en un penacho evanescente, se apresuró hacia él, chapoteando en charcos ocultos y con los dedos de los pies contraídos por el frío creciente. Las calles eran aterradoras, vistas de aquella forma en soledad, barridas por la lluvia, oscuras y desiertas.

No le gustaba su padre. Nunca le gustaría. Lo odiaba.

La confitería por fin. Abrió la puerta, oyendo arriba el familiar cascabeleo metálico de la campanilla. Royendo un hueso de pollo desgastado, el hijo semiadulto del tendero salió de la trasera.

«¿Ké kiereh?»

«El *Tageblatt.*» El muchacho levantó un periódico de un pequeño montón que había sobre el mostrador y se lo dio a David, que, al cogerlo, se volvió para irse.

«¿Y el dinero?», preguntó el muchacho con impaciencia.

«Ah, toma.» David alargó el brazo y le dio la moneda de diez centavos que había tenido agarrada en la mano todo el tiempo.

Sujetando el hueso con los dientes, el muchacho contó el cambio y se lo dio, engrasando con sus dedos grasicntos las monedas.

David se fue, apresurándose hacia la casa. Andar era demasiado lento; su madre lo estaría esperando. Empezó a correr. Sólo había dado unas zancadas cuando su pie se posó súbitamente en algo que no era la acera. El sonido de hierro hueco le advirtió demasiado tarde... La tapa de una trampilla para el carbón. Resbaló. Jadeando, se tambaleó en el vacío, debatiéndose, se aferró por un momento al aire, y luego cayó hacia adelante, quedando extendido en el fango helado. Dinero y periódico volaron de sus manos y quedaron dispersos en la oscuridad. Asustado, con las rodillas y las medias empapadas, se puso de pie y comenzó a buscar alocadamente lo que había dejado caer.

Encontró el periódico... empapado. Luego un centavo. Más, había más. Escudriñó frenéticamente en la oscuridad. Otro centavo. Dos centavos ahora. Pero antes tenía ocho. Hundió la mano aquí y allá en aquella nieve que entumecía, palpó a lo largo de la áspera acera, volvió sobre sus pasos, tanteó.¡Más lejos! ¡Detrás! Nada. ¡Junto al bordillo quizá! Nada. Nunca los encontraría. ¡Nunca! Rompió a llorar, corrió hacia su casa, sin que le importase ya caerse o no. Sería mejor caerse ahora, hacerse daño. Sollozando, entró en el zaguán. Oyó abrirse una puerta arriba, y la voz de su madre en lo alto de la escalera.

«Hijo, estoy aquí.»

Él subió.

«¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué te ha ocurrido? ¡Pero si estás calado!»

Lo hizo entrar.

«He perdido el dinero», se quejó. «Sólo tengo dos... dos centavos.»

Su padre lo miró coléricamente. «¿Los has perdido, eh? Me lo estaba imaginando. ¿Te has cobrado el recado, eh?»

«Me he caído en la nieve», sollozó.

«Está bien», dijo su madre cariñosamente, cogiéndole periódico y dinero. «Está bien.»

«¿Bien? ¿Tiene que estar siempre bien todo lo que hace? ¿Hasta cuándo se lo vas a estar diciendo?» Su padre le quitó a su madre el periódico. «Pero si está totalmente empapado. ¡Eres un chico muy listo, hijo!»

Su madre le quitó el abrigo. «Ven, siéntate junto al fuego.»

«¡Consiéntele! ¡Consiéntele!», refunfuñó su marido airadamente, dejándose caer en una silla. «¡Mira este periódico!» Golpeó con él abierto en la mesa. «Yo le daría unas cuantas bofetadas.»

«No ha sido culpa suya», intervino ella apaciguadora. «Está todo muy resbaladizo y se ha caído.»

«¡Bah! ¡No ha sido culpa suya! ¡Eso es lo que dices siempre! Tiene verdadero talento para tropezar en todos los momentos fatídicos del año. De noche te despierta chillando por no sé qué sueños. Hace un rato dejó caer su cuchara en la sopa. Ahora... seis centavos tirados.» Golpeó con la mano en el periódico. «Dos centavos para nada. ¡Quién se lo va a leer! ¡Ten cuidado!», agitó un dedo amenazador ante David, que se agazapó contra el costado de su madre. «¡Te espera una buena paliza! ¡Te lo advierto! Lleva años acumulándose.»

«Albert», dijo su mujer enrojeciendo, «no tienes corazón».

«¿Yo?» Su padre retrocedió, con las aletas de la nariz hinchadas de ira. «Que os parta un rayo a los dos... ¿Que no tengo corazón? ¿Y tú entiendes algo, sabes algo de cómo educar a un niño?» Sacó la mandíbula.

Siguió un momento de silencio y luego: «Lo siento», dijo ella, «no quería decir eso. Sólo quería decir... que esas cosas pasan a veces... ¡Lo siento!».

«Ah, lo sientes», dijo él ásperamente. «¡Que no tengo corazón! Pobre de mí, que trabajo como trabajo, para daros de comer a los dos y para que tengáis un techo sobre la cabeza. ¡Trabajo y hago horas extraordinarias! ¡Para nada! ¡Que no tengo corazón! Como si me hartase de comerme lo que gano, como si me lo bebiera y me revolcara por las calles. ¿Te ha faltado alguna vez algo? ¡Di!»

«¡No! ¡No!»

«¿Entonces?»

«Sólo quería decir que no ves al niño todo el día como yo... y naturalmente no sabes cuándo le pasa algo.»

«Lo veo suficiente cuando lo veo. Y sé mejor que tú la medicina

que necesita.»

Su madre guardó silencio.

«Ahora dirás que necesita un médico.»

«Tal vez él...»

Pero alguien llamaba a la puerta. Ella se interrumpió, fue a la puerta y la abrió: entró Yussie; llevaba una percha de madera en la mano.

«Mi madre quiere que subas», dijo en yídish.

La madre de David sacudió la cabeza con impaciencia.

«¿Ahora te dedicas a ir por ahi?», le preguntó su marido desagradablemente. «Hace sólo unos días no tenías ni un vecino.»

«Sólo he estado una vez», dijo ella excusándose.

Y a Yussie: «Dile a tu madre que ahora no puedo subir.»

«La está esperando», respondió él sin moverse. «Tiene un vestido nuevo que enseñarle.»

«Ahora no.»

«No voy a ir arriba.» Yussie se pasó al inglés como para evitar más discusiones. «Me voy a kedar akí.» Y, aparentemente satisfecho de haber cumplido su misión, se acercó al inquieto David, que seguía sentado junto al fuego. «Mira lo ke tengo: un arko y una flecha.» Blandió la percha.

«Tendré que ir sólo un minuto», dijo ella vacilante. «Este niño... Ella se preguntará...»

«¡Vete! ¡Vete!», dijo su marido malhumorado. «No seré yo quien te detenga.» Cogió el periódico, sacó una cerilla de la caja y se dirigió luego a grandes pasos al salón, cerrando la puerta a sus espaldas de un portazo. David lo oyó echarse en el sofá.

«Volveré dentro de un minuto», dijo su madre cansadamente, y, echando una ojeada desesperada tras su marido, salió.

«¿No vas a hugar?», preguntó Yussie tras una pausa.

«No tengo ganah», respondió él de mal talante. «¿Bor ké no tieneh ganah?»

«Borke no tengo ganah.» Miró la percha con repugnancia. Había estado arriba, en el armario; estaba contaminada.

«¡Aaaa, venga!» Y cuando David se negó a dejarse persuadir:, «¡Entonzeh te dihbararé!», amenazó. «¿Kiereh verlo?» Levantó la percha y tensó una cuerda imaginaria. «¡Bing! Soy un inyo. Si no tieneh arko y flecha, buedo matarte. ¡Bang!» Voló otra flecha. «En el oho mihmo. ¿Bor ké no kiereh hugar?»

«No tengo ganah.»

«¿Bor ké no te konsigueh arko y flecha?» «¡Déham'en baz!»

«Entonzeh te disbararé otra vez», dejándose caer al suelo. «¡Bing! Ésa t'a'ntrao dentro. ¡Ehtáh muerto!» «¡Lárgate!»

«No kier'irme.» Se había enfadado. «Te dihbararé todo lo ke kiera.

Eres un kobarde.»

David guardaba silencio. Estaba empezando a temblar. «Hahta buedo darte kon m'acha», continuó Yussie. «Eres un kobarde.» Se acercó arrastrándose desafiante. «¿Kiereh ke te dé kon m'acha?» Había agarrado la percha por un extremo. «¿Me desafíah?»

«¡Fuera d'akí!», siseó David frenético. «¡Vet'a tu kasa!»

«No kiero», dijo Yussie belicosamente. «Buedo belear kontigo. ¿Kiereh verlo?» Echó hacia atrás el brazo.

«¡Bing! La punta de la percha golpeó a David en la rodilla, enviándole un relámpago de dolor por toda la pierna. Dio un grito. Un momento después, le había dado a Yussie una patada en la cara con todas sus fuerzas.

Yussie cayó hacia adelante sobre las manos. Abrió la boca, pero sin emitir sonido alguno. En lugar de ello, se le salieron los ojos de las órbitas como si se estuviera ahogando y, ante el horror de David, la sangre empezó a gotearle de las ventanillas de la nariz, estrechas y blancas. Por unos momentos que parecieron años de agonía, la sangre se bifurcó lentamente sobre su labio. Él se quedó así, rígido y en trance. De repente tomó aliento, y el sonido fue apagado, repentino, como el de una piedra que cae en el agua. Con aterrorizada cautela, levantó la mano para tocar la perla escarlata que le colgaba del labio y, cuando vio la mancha roja en las puntas de sus dedos, su rostro se arrugó de espanto y, echando la cabeza atrás, lanzó el grito más penetrante que David había oído jamás. Tan penetrante fue que David pudo sentir cómo se contraía su propia garganta, como si aquel grito surgiera de su propio cuerpo y él estuviera tratando de sofocarlo. Dándose cuenta con horror de que su padre estaba en la habitación de al lado, David se puso en pie de un salto.

«Toma, Yussie», gritó frenéticamente, tratando de ponerle la percha en las manos. «Toma, dame tú, Yussie. ¡Vamoh, dame, Yussie!» Y dándose a sí mismo un fuerte golpe en la frente: «Mira, Yussie, m'as'echo danyo. ¡Ay!»

Pero no sirvió de nada. Una vez más, Yussie gritó.

Y David supo entonces que estaba perdido.

«¡Mamá!», gimió con terror. «¡Mamá!» Y se volvió hacia la puerta del salón como si se enfrentara con su destino.

Se abrió. Su padre los miró con sorpresa encolerizada. Luego sus rasgos se tensaron cuando sus ojos se fijaron en Yussie. Las aletas de la nariz se le ensancharon y palidecieron.

«¿Qué has hecho?» Su voz era pausada e incrédula.

«Yo... yo...», tartamudeó David, encogido de miedo.

«¡M'a dad'una batad'en lah narizeh!», aulló Yussie.

Sin apartar sus ojos llameantes de David, su padre bajó las escaleras del cuarto de estar. «¿Qué?», chirrió, alzándose ante él.

«¡Habla!» Lentamente, su brazo se movió hacia el sollozante Yussie; era como un cuadrante que midiera la acumulación de su cólera. «Di: ¿eres tú el que lo ha hecho?» Con cada palabra que pronunciaba, sus labios se volvían más delgados y más rígidos. A David le parecía que su rostro retrocedía lentamente, pero que retrocedía sin disminuir, volviéndose más pálido con la distancia, una llama blanca sin cuerpo. En aquellos rasgos fundidos, sólo la vena que tenía sobre el ceño resultaba clara, latiendo como un relumbrón oscuro.

¿Quién podía soportar el rojo vivo de aquellos rasgos? El terror le petrificaba la garganta. Sintió náuseas. Su cabeza esperaba que bajaran sus ojos, sus ojos que bajase la cabeza. Se estremeció y, al estremecerse, se libró forcejeando de aquella mirada espantosa.

«¡Respóndeme!»

Respóndeme, resonaron sus palabras. Respóndeme, pero querían decir: ¡pierde toda esperanza! ¿Quién podía responder a su padre? Con aquel requerimiento espantoso, la sentencia había sido ya dictada. Como una criatura acorralada, se encogió sobre sí mismo, embotando su mente porque no podía embotar su cuerpo, y esperó. Nada existía ya, salvo la mano derecha de su padre..., la mano que colgaba en el círculo eléctrico de su vista. Se le concedía una claridad aterradora. Un ocio aterrador. Paralizado, fuera del tiempo, estudiaba aquellos dedos encorvados que se crispaban espasmódicamente, estudiaba la tinta de imprenta que impregnaba las yemas de aquellos dedos, examinaba, como si fuera lo único que hubiera en el mundo, la uña del dedo meñique, mordisqueada por una prensa, que trepaba hacia la carne en dentellada escalera. Aterradora concentración.

¡El martillo en aquella mano cuando él se puso en piel ¡El martillo!

De repente se contrajo. Sus párpados borraron la luz como un postigo. Aquella mano abierta le golpeó de lleno en la mejilla y la sien, astillándole el cerebro en fragmentos de luz. Esferas, mercúricas, salpicaron, se condensaron y rugieron. Cayó al suelo. Un momento después, su padre había agarrado la percha y, en aquella pausa horrible antes de que descendiera sobre sus espaldas, vio, con aquella acelerada visión agónica, lo mudo y boquiabierto que estaba ahora Yussie y lo inútil que era su propio silencio.

«¡No quieres responder!» La voz que gruñía era la de la percha que mordía su carne como una llama. «¡Maldito sea tu malvado corazón! ¡Bestia salvaje! ¡Toma pues! ¡Toma! ¡Toma! ¡Yo te voy a domar! ¡Ahora tengo las manos libres! ¡Te lo había advertido! ¡Pero no me hiciste caso!»

Los golpes cortantes de la percha le despellejaban las muñecas, las manos, la espalda, el pecho. Siempre encontraba un sitio para golpear, por mucho que él se agachara, se retorciera o arrastrara. Gritaba, gritaba, y los golpes seguían cayendo.

«¡Por favor, papá! ¡Por favor! ¡Más no! ¡Más no! ¡Papaíto! ¡Papaíto!» Sabía que, dentro de un momento, agacharía la cabeza bajo aquella lluvia de golpes. ¡Angustia! ¡Angustia! ¡Tenía que escapar!

«¡Y ahora llora!», dijo furiosa la voz. «¡Ahora grita! ¡Pero yo te lo había suplicado! ¡Suplicado como suplicaría a la muerte! ¡Y tú te has obstinado, tú! ¡Te has callado, tú! Mudo...»

Se abrió la puerta de par en par. Con un grito salvaje, su madre se precipitó dentro y se interpuso entre los dos.

«¡Mamá!», gritó él, agarrándose a su vestido. «¡Mamá!»

«¡Ay Dios!», gritó ella aterrorizada, acogiéndolo en sus brazos. «¡Basta! ¡Basta! ¡Albert! ¡Mira lo que le has hecho!»

«¡Suéltalo!», gruñó él. «¡Suéltalo te digo!»

«¡Mamá!» David se aferró a ella frenético. «¡No le dejes! ¡No le dejes!»

«¡Con eso!», gritó ella roncamente, tratando de arrebatarle la percha. «Con eso pegas a un niño. ¡Maldito seas! ¡Corazón de piedra! ¡Cómo has podido!»

«¡Nunca le había pegado antes!» Su voz sonaba estrangulada. «¡Se lo merecía! ¡Demasiado tiempo lo has estado protegiendo de mí! ¡Se lo lleva mereciendo mucho tiempo!»

«¡Tu único hijo!», se lamentó ella, apretando a David convulsivamente. «¡Tu único hijo!»

«¡No me digas eso! ¡No quiero oírlo! ¡No es hijo mío! ¡Quisiera verlo muerto a mis pies!»

«¡Ay, David, David querido!» En su aflicción por su hijo, pareció olvidarse de todos, hasta de su marido. «¡Qué te ha hecho! ¡Calla! ¡Calla!» Le enjugó las lágrimas con mano frenética, se sentó y lo meció adelante y atrás. «¡Calla, amor! ¡Precioso! ¡Ay, mira esta mano!»

«¡He albergado a un demonio!», bramó la voz implacable. «¡Un carnicero! ¡Y tú lo proteges! ¡Esas manos suyas me golpearán un día! ¡Lo sé! ¡Mi sangre me advierte contra ese hijo! ¡Ese hijo! ¡Mira a ese hijo! ¡Mira lo que ha hecho! ¡Derramará sangre humana como si fuera agua!»

«¡Estás completamente loco, loco de atar!» Se volvió hacia él furiosa. «¡El carnicero eres tú! ¡Y te lo digo a la cara! Si él está en peligro yo no cederé, ¿me entiendes? ¡Con todo lo demás puedes hacer lo que quieras, pero con él no!»

«¡Hanh! ¡Tienes tus razones! Pues yo le daré mientras pueda.»

«¡No lo tocarás!»

«¿No? ¡Ya veremos!»

«No lo tocarás, ¿me oyes?» Su voz se había vuelto tan tranquila y amenazadora como un gatillo que, montado y en reposo, retuviera por un pelo una voluntad increíble, una increíble pasión. «¡Jamás!»

«¿Y tú me dices eso?» Su voz parecía asombrada. «¿Sabes con

quién estás hablando?»

«¡No me importa! ¡Y ahora déjanos!»

«¿Yo?» Otra vez aquella sorpresa inmensa. Como si alguien se hubiera atrevido a dudar de una fuerza volcánica e incalculable y, al dudar de ella, la hiciera dudar de sí misma. «¿A mí? ¿Me estás hablando a mí?»

«A ti. A ti mismo. Vete. O me iré yo.»

«¿Tú?»

«Sí, los dos.»

Con ojos aterrorizados, empañados por las lágrimas, David vio el cuerpo de su padre estremecerse como si en su interior se desarrollara una espantosa lucha, vio su cabeza echarse hacia adelante, con la boca abierta para hablar, una vez, otra, y luego ponerse pálida y crisparse, y finalmente su padre se volvió sin decir palabra y subió dando traspiés los escalones del cuarto de estar.

Su madre se quedó sentada un momento sin moverse, y luego, temblando, se deshizo en lágrimas, pero se lassecó.

Yussie seguía allí de pie, mudo y asustado, con la sangre manchándole la barbilla.

«Siéntate ahí un momento.» Ella se levantó y sentó a David en una silla. «Ven aquí, pobrecito», dijo a Yussie.

«¡Me dio una batada'n lah narizeh!»

«¡Calla!» Llevó a Yussie al fregadero y le limpió la cara con la punta de una toalla húmeda. «Ya está, ahora te sentirás mejor.» Y, humedeciendo otra vez la toalla, se acercó a David y lo sentó en su regazo.

«Él me pegó primero.»

«¡Callaos! No hablemos más de eso.» Dio golpecitos con la toalla fría en la muñeca desgarrada. «¡Ay, hijo mío!», gimió mordiéndose los labios.

«Kier'ir arriba», lloriqueó Yussie. «Se lo dir'a mi madre.» Cogió la percha del suelo. «¡Ya veréih kuando se lo dig'a mi madre, oh va pesar!» Abrió la puerta de golpe y salió berreando.

La madre de David, suspirando dolorosamente, cerró la puerta tras él y empezó a soltar la camisa a David, que tenía inflamadas marcas rojas en el pecho y la espalda. Ella las tocó. Él gimió de dolor.

«¡Calla!», murmuraba ella una y otra vez. «Ya sé. Ya sé, amor.»

Lo desnudó, cogió su camisón y se lo puso. El aire frío en las contusiones había dejado rígidos los hombros y las manos de David. Se movía rígidamente, gimoteando.

«¿Te duele, eh?», le preguntó ella.

«Sí.» Tenía ganas de sorberse los mocos.

«Pobrecito, deja que te lleve a la cama.» Lo hizo levantarse.

«Tengo que ir antes. Un 'númer'uno'.»

«Sí.»

Lo llevó al cuarto de baño, levantó la tabla del retrete. Orinar le resultó penoso, proporcionándole alivio sólo como un suspiro de tristeza proporciona. Todo su cuerpo temblaba mientras se relajaba su vejiga. Una sensación de timidez nueva lo invadió; se giró furtivamente para darle a ella la espalda y se contrajo cuando ella tiró de la cadena por encima de su cabeza. Salió otra vez a la cocina iluminada, a la oscura alcoba y se metió en la cama. Había una tristeza persistente, cansada, en el primer escalofrío de las sábanas.

«Y ahora duerme», lo exhortó ella, inclinándose y besándolo. «Mañana será otro día.»

«Quédate.»

«Sí. Claro.» Se sentó y le dio la mano.

Él rodeó con sus dedos el pulgar de ella y se quedó echado mirándola, extrayendo con los ojos sus rasgos de la profunda sombra. De vez en cuando, una boqueada súbita lo sacudía, como si las olas del pesar y del dolor hubieran recorrido toda la extensión de su ser y volvieran desde alguna playa remota.

XI

LUZ de sol de diciembre, porosa y vaga, fundida en los cristales altos de las ventanas. Aunque todavía eran las primeras horas de la tarde, la marea de sombra fría había subido ya mucho por las casas de madera y el ladrillo. Coágulos grises de nieve persistían a sotavento del bordillo desmoronado de la acera. El aire era frío pero sin viento. A la izquierda de la entrada humeaba una alcantarilla.

Ruidos a la derecha. Miró afuera. Delante de la sastrería, cerca de la esquina, se había congregado un grupo de muchachos. ¿Se atrevería a ir allí? ¿Y si estaba Yussie con ellos? Trató de localizarlo. No, no estaba. Entonces podía ir un ratito. Volvería antes de que llegara Yussie. Sí.

Se acercó cautelosamente. Eran Sidney, Yonk. Los conocía. ¿Los otros? Quizá vivieran a la vuelta de la esquina.

Sidney iba en cabeza; los otros lo seguían. David se quedó mirándolos.

«¿Kiereh hugar?», le preguntó Sidney.

«Sí.»

«Entonzeh bont'al final de la fila. Hazer lo k'aga. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!» Marcó el paso.

David cogió el paso detrás del último chico. Atravesaron la calle marchando en fila india y se detuvieron ante una gran boca de riego.

«¡Salta la boka k'es alta!», ordenó Sidney subiéndose de un salto a los dos brazos rechonchos de la boca de incendios. «¡Un doh treh! ¡Ya lo veh!» Se bajó de un salto.

Por turno, los demás se fueron subiendo de un salto, y corrieron luego tras él, gritando. Sidney zigzagueaba de un lado a otro de la calle, dando bandazos contra cubos de basura, subiendo y bajando porches de un salto, pisando sólo las rayas del pavimento y obedeciendo todos los caprichos absurdos que se le ocurrían. A David le gustaba el juego.

Cuando llegó al poste de la barbería, Sidney esperó a que sus cohortes sin aliento formaran.

«Seguir el azul», ordenó y, comenzando por la parte baja de la azul espiral, dio vueltas y más vueltas en torno al poste hasta quedar de puntillas, con la tira que había seguido fuera de su alcance. Cuando los otros realizaron la misma hazaña, se agachó, se arrastró por debajo del voladizo de la ventana de la barbería y, al llegar al final, metió la cabeza por la puerta y graznó: «Hay bolizía, detráh de la vía. ¡El mono ehtá dentro de la barbería!» Y escapó.

Los demás fueron chillando esas palabras como había hecho él,

pero cada vez más aprisa y con menos fuerza, y corriendo detrás. Para cuando llegó el turno de David, el barbero estaba ya en el umbral, hirviendo de irritación. David, en silencio, esquivó la entrada y se escabulló.

«¡No Pá dicho!», se burlaron.

«Gayina, ¿bor ké no l'ah dicho?», le increpó Sidney.

«No bodía», sonrió él disculpándose. «Ehtaba ya'yí.»

«La brósima vez, ¡haz lo k'aga!», le advirtió Sidney.

Mortificado, David resolvió hacerlo mejor, y en lo sucesivo siguió fielmente todas las extravagancias de su jefe, sin resistirse siquiera a subir y bajar por las escaleras de madera que llevaban al sótano del repartidor de hielo.

El juego había llegado a un alto grado de excitación. El chico que precedía inmediatamente a David acababa de voltear sobre la más baja de las dos barandillas que había delante de la sastrería y ahora le tocaba a David. Agarró la barra, se apoyó sobre ella como habían hecho los otros e inició una voltereta lenta y cautelosa a su alrededor. En aquel extraño momento de caos en que el techo de la casa y el cielo colgaban del revés y los otros parecían estar cabeza abajo en el aire, el rostro invertido de un hombre pasó, girando al mismo tiempo que giraba el espacio. Una visión fugaz de cavidades negras, las ventanillas de su nariz, unas mejillas gruesas bajo el ala de su bombín, todo ello moviéndose bajo unas piernas. «Divertido», pensó cuando las plantas de sus pies se posaron de nuevo en el pavimento. «Verlo así cabeza abajo. Divertido.»

Echó una ojeada distraída a la figura que se alejaba.

Ahora iba derecha como todo el mundo. Pero... Anchas espaldas, abrigo gris. Aquel bombín. Era... Luchó contra el reconocimiento ineludible. ¡No! ¡No! ¡Él no! Pero andaba como... Con las manos en los bolsillos. ¡Lo era! ¡Lo era!...

«¡Eh, vamoh!», le llamó Sidney con impaciencia.

Pero, sin moverse, David miraba fijamente hacia adelante. Ahora el hombre torció para cruzar la calle, con el rostro de perfil.

¡Era él! ¡Era Luter! Iba a su casa.

«¿K'ehtáh mirando?» Sidney estaba irritado. «¿No kiereh hugar?»

David se arrancó a sí mismo de su estupor. «¡Sí! ¡Sí! Klaro ke kiero hugar.»

Corrió a ocupar su puesto en la fila, pero un momento más tarde se olvidó de dónde estaba y miró aterrorizado hacia su casa. Luter había llegado ahora a la entrada, estaba entrando, había desaparecido.

Y ahora aquel juego. ¡Ah! ¡Y ahora aquel juego! ¡No! ¡No! ¡Haz lo que haga! ¡Juega!

«¡Date brisa!», dijo Sidney. «Te tok'a ti.»

David lo miró sin expresión. «¿K'as'echo?, no l'e vihto.»

«¡Aaaa!» Con disgusto. «Salt'esoh doh ehkaloneh.»

David los subió, bajó de un salto, aterrizó con un golpe sordo y los siguió.

¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Por eso había venido. ¡Aquel juego! Ahora la obligaría a jugar a ella. Como Annie. ¡En el armario!…

«Eh, tú no huegah máh, ¡ya'htá bien!»

David se sobresaltó culpablemente y vio que los otros lo estaban esperando otra vez.

«Ke no huegue, Sid.» Se volvieron contra él.

«Ni sikiera sigue.»

«Tú, idiota, no sabes'azer nada.»

«Ke venga otro.»

Un grito repentino y luego un correteo de pies los distrajeron. Miraron para ver quién era.

«¡Eh, vamos a hugar!»

Era Yussie, que se dirigía hacia ellos. Al verlo, David comenzó a escabullirse, pero Yussie lo había descubierto ya.

«¡Yii!», chilló encantado. «¡Ké paliza te yevahte!»

«¿Kién se la yevó?», preguntó Sidney.

«¡Él se la yevó!» Señaló a David. «¡Eh, Sidney, ten-dríah k'aberlo vihto! ¡Bing!, hazía su badre. ¡Bang! Y él en el suelo, haziendo ¡Yau!»

Los otros empezaron a reírse.

«¡Au!», brincó Yussie de un lado a otro en su honor. «¡Bor favor, baba, déhame! ¡Ay, déhame! ¡Bang! Y le dab'otra máh. ¡En el mihmísimo kulo!»

«¿Bor ké te begó?» Lo rodearon.

«Le begó borke me dio una batada'n lah narizeh», gritó Yussie entusiasmado. «Akí mihmo, y m'izo sangre.»

«¿Y tú le dehahte?»

«No le voy a dehar», gruñó Yussie, esperando más ánimos.

«¡Pelea kon él, Yussie!» Brotó un griterío impaciente.

«¡Vamoh, Yussie, sakúdel'una!»

«¡En los'ozikoh!»

Al ver que David retrocedía, Yussie apretó los puños y su rostro adoptó una expresión belicosa. «Vamoh, kiero belea.»

«¡Vamoh, kobardón!», se burlaron.

«No kiero belear», lloriqueó David, buscando una vía de escape. No la había. Lo habían rodeado por completo.

«¡No deheh ke s'ehkabe, Yussie! ¡Dale doh, kuatro, seih, nueve!»

Incitado, Yussie empezó a darle a David golpes en la espalda. «Doh, cuatro, seih, nueve. ¡Buedo darte kuando kiera!»

Sus puños golpeaban distintos puntos de las magulladuras de ayer. Los sitios donde se había abatido la percha irradiaban dolor. A David se le saltaron las lágrimas. Se encogió.

«¡Está yorando!», se burlaron.

«Mirar kómo yora.»

«¡Uaaa!»

«¡Yora, ninyito, yora, chuba la teta de tu mamá», comenzó uno de ellos. «Yora, ninyito, yora, chuba la teta de tu mamá.» El resto adoptó el refrán.

Con las lágrimas corriéndole por la cara, David se abrió paso a tientas entre ellos. Abrieron un hueco para dejarlo pasar y luego lo siguieron cantando aún.

«¡Yora, ninyito, yora, ninyito, chuba la teta de tu mamá!»

Empezó a correr. Con un gran griterío de júbilo, lo persiguieron. En un momento, alguien había agarrado el cinturón de su abrigo, obligándole a pararse de un tirón. La pandilla lo rodeó. «¡Eh, kabayo!», lo abuchearon, saltando a su alrededor. «¡Eh, so!»

Y de repente una furia ciega y destructora lo convulsionó. ¿Por qué lo acosaban? ¿Por qué? Cuando no podía refugiarse en ninguna parte..., ni siquiera arriba con su madre. ¡No se lo permitiría! ¡Los odiaba! Enseñó los dientes y chilló, se soltó del chico que le tiraba del cinturón y se lanzó contra él. Todas sus células temblorosas se movilizaron en aquel ataque. Ante el impacto salvaje, el otro se tambaleó retrocediendo, tropezó con sus propios pies y cayó al suelo, doblándose. Su cabeza golpeó primero, un ruido distante amortiguado, como una explosión subterránea a gran profundidad. Sus brazos cayeron a los costados, sus ojos se cerraron de golpe, y se quedó en el suelo inmóvil. Con un gruñido de terror, los otros lo miraron, con caras sin expresión y ojos muy abiertos. David dio una boqueada de horror y huyó hacia la casa.

En la entrada, echó una última mirada desesperada por encima del hombro. Atraído por los gritos de los chicos, el sastre había salido corriendo de su tienda y se inclinaba sobre el muchacho. El resto brincaba de un lado a otro aullando:

«¡Ahí'htá! ¡En esa kasa! ¡L'a hech'él!»

El sastre agitó el puño amenazadoramente. «¡Hijoteputa!», gritó. «¡Yo te taré! ¡Ya ferás! ¡Llamaré a un kuartia!»

David se metió huyendo en la entrada. ¡Un guardia! Se sintió desmayar de terror. ¡Qué había hecho! ¡Qué había hecho! Iba a venir un guardia. ¡Esconderse! ¡Esconderse! Arriba. ¡No! ¡No! Él estaba allí. Aquel juego. Lo diría. ¿Dónde? En cualquier sitio. Se metió detrás de la barandilla y bajo la escalera. ¡No! Lo buscarían allí. Se precipitó afuera. ¿Dónde? Arriba. ¡No! Atrapado, frenético, miró enloquecido a su alrededor... La puerta... ¡No! ¡No! ¡Allí no! ¡No!... Tenía que... ¡No! ¡No!... Un guardia... Escapa... No, te cogerán... Ideas, temor y fuga, rebelión y sumisión alternaban en su cabeza con pulsaciones violentas y febriles. ¡Tenía que! ¡Tenía que! ¡Tenía que! Su mente, gritando,

dominó la oposición, y David saltó hacia la puerta del sótano, abriéndola de un tirón... La oscuridad como una catarata, inextinguible, monstruosa.

«¡Mamá!», gimió, mirando hacia abajo. «¡Mamá!»

Sumergió los pies en la noche, buscando a tientas la escalera; la encontró y cerró la puerta tras sí. Otro paso. Se agarró a la pared. Un tercero. Los hilos invisibles de una telaraña cedieron contra sus labios. Retrocedió con aversión, escupió aquel gusto marchito. No seguiría. ¡No! ¡No seguiría! Temblaba tanto que apenas podía tenerse en pie. Otro paso más y se caería. Débilmente, se sentó.

Oscuridad por todas partes ahora, una noche absoluta e insondable. Ni un solo rayo la ensartaba, ni una chispa de luz vagaba por ella. Desde las impenetrables profundidades de abajo, el apagado hedor pantanoso de una podredumbre subrepticia se desenroscaba contra sus narices. No había silencio allí, sino que, si se atrevía a escuchar, podía oír golpecitos y crujidos, murmullos y susurros, todos furtivos, todos malignos. Era horrible la oscuridad. Las ratas vivían allí, las hordas de la pesadilla, los rostros temblorosos, las cosas reptantes e informes.

XII

RECHINÓ los dientes por el esfuerzo. Habían pasado minutos mientras deseaba, en un rígido trance martilleante..., deseaba que Luter bajase, deseaba que Luter dejase a su madre. Pero en las escaleras, fuera del sótano, todo estaba tan tranquilo como antes. Ni una voz, ni una pisada podía evocar en el silencio. Exhausto, se apoyó contra la arista de la escalera. Pero sus oídos se habían agudizado. Podía escuchar sonidos que no había oído antes. Pero no por encima de él..., por debajo. A su pesar, escudriñó la oscuridad inferior. Se movía..., se movía por todas partes sobre un millar de pies. Aquella horrible oscuridad sigilosa estaba subiendo por las escaleras del sótano, subiendo hacia él. Podía sentir sus horrorosas emanaciones enroscar a su alrededor sus ásperos tentáculos. Los espeluznantes rostros abotargados. Empezaron a temblarle las mandíbulas. Un horror helado le subía y bajaba por la espina dorsal como un dedo que rascara un peine. Su carne desbordaba terror.

—¡Corre! ¡Corre!

Trepó a zarpazos por las chirriantes escaleras y tanteó gritando en busca del pomo. Lo encontró, irrumpió afuera con un sollozo de liberación y se lanzó hacia la luz de la entrada.

—¡Fuera! ¡Fuera! Antes de que venga alguien.

Bajó del porche y corrió.

—¡No! ¡Por ahí, el colegio! ¡Esa casa! ¡Por el otro lado!

En la esquina se desvió hacia la derecha, hacia calles menos familiares.

—¡Luz! ¡Luz en las calles! Ahora podía ver. Podía mirar... Un hombre ahí... No era un guardia... Nadie lo perseguía... Ahora podía andar.

El aire penetrante y perfumado de frío lo revivió, y se le filtró a través del abrigo, acelerando su carne debajo. La luz ligera y quebradiza de las esquinas y de los pisos altos lo consolaba. Las cosas eran otra vez firmes y claras. Con cada rápido aliento que tomaba, un cerco de terror saltaba de su pecho con un chasquido. Dejó de correr, disminuyendo la marcha hasta convertirla en paso jadeante.

—Me podría quedar aquí... Nadie me persigue... Me podría quedar, podría seguir... ¿La próxima manzana, eh?

Dobló una esquina y entró en una calle muy parecida a la suya —casas de ladrillo y casas de madera—, pero sin tiendas.

—Quiero una distinta... Podría ir hasta la próxima...

En la esquina siguiente se detuvo con un grito de alegría y miró a su alrededor. ¡Postes de telégrafo! ¿Por qué no había venido aquí

antes? A cada lado de la calle se extendían hacia lo lejos, con los hilos de sus cruces columpiándose en el cielo. La calle era ancha, dividida por un arroyo de fango agrietado y helado. En un extremo, las casas se hacían más raras, titubeando hacia el campo abierto. Los postes, deteriorados por la intemperie, se amontonaban subiendo en la distancia hacia el resplandor de una nube deshilacliada. Se rió, llenándose los ojos de extensiones manchadas y los pulmones de embriagadora libertad.

—Van lejos, muy lejos... Lejos, lejos, lejos... Podría seguirlos.

Acarició la sólida columna de madera que tenía al alcance de la mano, examinó sus nudos, más oscuros que el gris, empujó contra su masa paciente y se rió otra vez.

—El siguiente... ¡Échale una carrera!... Hola, Sr. Madero Alto... Adiós, Sr. Madero Alto. Yo puedo correr más... Hola, Segundo Sr. Madero Alto... Adiós, Segundo Sr. Madero Alto... Te puedo ganar...

Se iban quedando atrás. Tres... Cuatro... Cinco... Seis... Se acercaban, pasaban flotando en silencio como altos mástiles. Siete... Ocho... Nueve... Diez... Dejó de contarlos. Y con ellos, disminuyendo hacia el pasado, todo lo que temía, todo lo que odiaba y de lo que huía: Luter, Annie, el sótano, el chico en el suelo. Los recordaba aún, sí, pero ahora eran diminutos, pequeñas imágenes en su cabeza que no se introducían en sus pensamientos y lo aguijoneaban, sino que permanecían distantes e inocuas... algo escuchado sobre otra persona. Pensó que se desvanecerían de su mente por completo si pudiera llegar a lo alto de aquella colina que todos los postes subían a grandes pasos. Se apresuró, saltándose alguno a veces de pura sensación de libertad, saludando otras a algún poste rezagado, gorjeando solo, riéndose tontamente solo, absurdamente cansado.

Y ahora las casas se dispersaban, dejando sitio a grandes extensiones de terreno vacío. A cada lado de la calle, manchas de nieve espumosa enyesaban aún los campos enmarañados. En salientes sobre los peñascos, las negras garras de árboles retorcidos se clavaban en el terreno resbaladizo. A la entrada de un gallinero, detrás de una casa deteriorada y desvencijada, un gallo cloqueó, mirándolo estúpidamente, y entró luego pavoneándose. Las aceras regulares habían terminado hacía tiempo; las losas grises que pisaba estaban cuarteadas y eran desiguales, y hasta ellas iban desapareciendo. Un viento cortante se elevaba por los terrenos abiertos, levantando capas de polvo, dorado en el sol declinante. Cada vez se hacía más frío y más desierto, la desolación invernal de la hora que precede al crepúsculo y la tierra que se contraía, esperando la noche...

—Hora de mirar atrás.

—No.

—Hora de mirar atrás.

—Sólo hasta el final de esa colina. Ahí donde caen las nubes.

—Hora de mirar atrás.

Echó una ojeada por encima del hombro y de pronto se detuvo sorprendido. Detrás de él, lo mismo que delante, aquellos altos palos trepaban hacia el cielo.

—Divertido. Por los dos lados.

Se dio la vuelta, mirando unas veces detrás y otras delante.

—Como un columpio. No lo sabía.

Su humor estaba doblegándose.

—Lo mismo. No lo sabía.

Las piernas se le estaban cansando.

—Es lejos por esta parte.

Entre el bolsillo del abrigo y la manga, una de sus muñecas se había quedado fría y la otra palpitaba.

—Y es lejos por esa otra parte.

Los tubérculos de dolor bajo la piel de sus hombros trataban de recuperar a ciegas el conocimiento.

—Y es exactamente lo mismo.

Lentamente, comenzó a volver sobre sus pasos.

—Puedo volver.

A pesar de su fatiga creciente, aceleró el paso.

Todos se habrían ido ahora, Luter se habría ido; habrían acabado aquel juego. Él y su madre. Ahora podía volver. Y el guardia se habría ido, no había podido encontrarlo. Podía volver. Y su madre estaría allí, sí, esperándole. Ahora no la odiaba. ¿Dónde has estado?, le preguntaría ella. En ninguna parte. Me has asustado; no podía encontrarte. No se lo diría. ¿Por qué no me dices dónde has estado? Porque no. ¿Por qué? Porque... Pero tenía que volver antes de que llegara su padre. Más le valía darse prisa.

Las casas se estaban espesando otra vez.

Y yo miraba por la ventana, y llamaba, David, David, y no podía encontrarte. No se lo diría a ella. Quizá bajara incluso a la calle. Pero si el guardia se lo había dicho... Ella no se lo diría a su padre. No. Cuando él llegara a la calle, la llamaría. Ella miraría por la ventana. ¿Qué? Espérame en el vestíbulo, voy a subir. Ella lo esperaría y él pasaría corriendo por delante del sótano. ¡Lo odiaba! Quisiera que hubiera casas sin sótanos.

El cielo se iba estrechando, las casas habían cerrado filas. Arriba, una pequeña bandada de gorriones, adornando como cuentas los hilos entre dos postes de telégrafo, pellizcaban la única cuerda seca de sus voces. En la baranda de un porche, un gato gris dejó de lamerse una zarpa y los estudió gravemente, y luego miró a David mientras pasaba.

Platos de leche para cenar, quizá, cuando subiera. Nata agria, ¡yam! Con pedacitos de pan. Nata agria con queso fresco. ¡Mmm! Nata

agria con huevos. Nata agria con ¿qué más? *Borsch*... Fresas... Rábanos... Plátanos... *Borsch,* fresas, rábanos, plátanos. *Borsch,* fresas, manzanas y *strudel.*

No. No se comían con nata agria. Agria. Nata. Agria. Nata. Me gusta, me gusta, me gusta. Me-gus-ta. Me gusta el pastel, pero no me gusta el arenque. Me gusta el pastel, pero no ¿qué? Me gusta el pastel, pero no me gusta, me gusta, me gusta, el arenque. No me, me... ¿Cuánto faltaba aún?

Las aceras eran otra vez regulares.

A Luter le gustaba el arenque, no me gusta Luter. A Luter le gusta el arenque, no me gusta Luter. A Luter le gusta... ¿Estaría esta noche? Dijo que quizá. Quizá no viniera. Quisiera que nunca viniera. Nunca viniera, nunca viniera. Quiero, quiero, no importunes, que hoy estamos en el lunes... ¿Cuánto faltaba aún?

Ansiosamente, escrutó las calles que tenía delante. Cuál era. ¿Cuál? Cuál era... Una calle larga. Una calle larga, con muchas casas de madera. En este lado. Sí. Atraviesa al otro lado. Luego otra esquina... Enseguida, enseguida. Estaré en casa enseguida... ¿Ésta? No parecía... Me apuesto que la siguiente... Chacachán, chacachán, chacachán... Una casita... Dos casitas... Tres casitas... Viene una esquina, viene una esquina, esquina: ¿aquí?

—¿Aquí? ¿Ésta? Sí. Parecía diferente. No. La misma. Casas de madera. Sí.

Dobló la esquina y se apresuró hacia el lado opuesto.

—La misma. Aunque parecía un poquirritito-tito diferente. Pero era la misma.

Sin embargo, al final de la manzana no se disipó su incertidumbre. Aunque estudió todas las casas a ambos lados del cruce, ni un solo punto de referencia removió su memoria. Todas eran iguales: casas de madera y estrechas aceras a derecha e izquierda. Un escalofrío de espanto lo recorrió.

—¿Creía que ésta...? No. Quizá haya pasado dos. Antes, cuando iba corriendo. No me fijé y pasé dos. La siguiente. Ésa sería. Encuéntrala ahora. Mamá me espera. La siguiente. Rápido. Y luego doblar. Ésa era. Ya vería. Tenía que ser.

Inició un trote cansado.

—Sí, la siguiente. Esa casa amarilla grande de la esquina. Ya vería. Ya vería. ¡Sí! Cómo gritaría cuando la viera. ¡Ahí está! ¡Ésa es mi calle! Pero si... si no estaba allí. ¡Tenía que estar! ¡Tenía que estar!

Corrió más deprisa, sintiendo a su lado el suave paso de un miedo a medio galope. La esquina siguiente sería puerto o bahía y, al acercarse, inició el salto angustiado de una presa acorralada que flaquea...

—¿Dónde? ¿Dónde estaba?

Sus ojos, moviéndose en todas direcciones, imploraban de aquella calle testaruda una respuesta que no quería dar. Y de repente el terror lo asaltó.

«¡Mamá!» El lamento desolado se desgajó de sus labios. «¡Mamá!» Las casas, indiferentes, rechazaron su pena. «¡Mamá!» Su voz se apagó en una renuncia angustiada. Y, como si hubieran estado esperando una señal, las calles, a través de sus ojos empañados por las lágrimas, comenzaron a girar furtivamente. Podía sentirlas dando vueltas bajo sus pies, aunque ninguna casa cambiaba de sitio... De atrás adelante, de un lado a otro... Un carrusel taimado e inexorable.

«¡Mamá! ¡Mamá!», gimoteó, corriendo ciegamente por una calle ahora desolada y vasta como una pesadilla.

Un hombre dobló la esquina delante de él y se alejó enérgicamente taconeando. Por un instante tenso, delirante, le pareció que no era otro que su propio padre; era igual de alto. Pero luego el velo se rompió de golpe. Su abrigo era más gris, balanceaba los brazos y andaba derecho. Su padre siempre iba encorvado hacia adelante, con los brazos pegados a los costados.

Pero, con sus últimas fuerzas menguantes, echó a andar tras él. Quizá él supiera. Quizá pudiera decirle.

«¡Señor!, jadeó sin aliento. «¡Señor!»

El hombre aflojó el paso y miró por encima del hombro. Al ver a David que lo perseguía, se detuvo y se dio la vuelta, con sorpresa burlona. Bajo una nariz larga y gruesa, tenía un bigote en punta, de un rubio encerado de cuerno.

«¿Qué te pasa, hijo?», le preguntó con ruidoso buen humor. «¿Qué estás tramando?»

«M'e berdío», sollozó David.

«¡Oh!» Se rió entre dientes con comprensión. «¿Perdido, eh? ¿Y dónde vives?»

«En el ziento veintiséih de Bodde Stritt», respondió tembloroso.

«¿Dónde?», acercó el oído, perplejo. «¿Qué calle?»

«En Bodder Stritt.»

«¿Bodder Street?» Se retorció una punta del bigote dándole una inclinación más ajustada y miró a David de través, con ojos críticos. «Bodder Street. No puedo decir que nunca... ¡Ah! ¡Heh! ¡Heh!» Explotó, otra vez de buen talante. «Quieres decir Potter Street. ¡Heh! ¡Heh! ¡Bodder Street!»

«Bodder Stritt», reiteró David débilmente.

«¡Sí!», dijo él con decisión. «Ahora escucha.» Cogió a David de los hombros. «¿Ves esa calle?» Señaló la dirección de la que había venido David. «Ésa. Y ahora ¿ves la calle que hay detrás..., un poco más lejos? Eso hace dos.

Y ahora pasas una calle, dos calles, pero...», y lo amenazó con el

índice: «No te pares allí. Pasas otra más. ¿Entiendes? Otra más.»

David asintió dubitativo.

«¡Sí!», dijo él tranquilizadoramente. «Y en cuanto estés allí, pregúntale a cualquiera dónde está el uno dos seis. Te lo dirán. ¿De acuerdo?», preguntó cordialmente, dándole a David un pequeño codazo en la dirección conveniente.

No muy tranquilo, pero fortalecido por algo más de esperanza, David se puso en marcha, obligando a sus piernas rebeldes a un trote cansino. Era un hombre mayor aquel hombre, debía de saberlo. Quizá fuera Podder Street, como había dicho. No sonaba lo mismo, pero quizá lo fuera. De todas formas, cada uno lo decía de un modo diferente. Su madre decía Bodder Stritt, tal cual. Pero ella no sabía inglés. Por eso su padre le decía Bodder Street. Poh. Poh. Podder. Boh. Boh. Bodder. Viene la esquina... Una esquina. Viene el arroyo... Un arroyo.

La siguiente y la siguiente, había dicho. ¡Aay, si al menos pudiera ver la casa amarilla de la esquina! ¡Aay, cómo correría! Había un perro en ella de pelo blanco y largo, que corría tras una pelota de goma. ¡Toma, Jack! ¡Toma, Jack! ¡Grrrrh! En la boca. Todo el mundo lo conocía. Todo el mundo conocía Bodder Stritt. Había una tienda de comestibles en ella y una confitería en ella y una barbería. El barbero tenía unos bigotes grandes como aquel hombre, sólo que negros. Y un gran toldo sobre su negocio. No era judío.

En el escaparate tenía otro barbero, sólo que no era de verdad y tenía una botella en la mano y los otros dedos así..., redondos. Y te miraba, con su botella en la mano, dondequiera que fueras. Ibas a un lado, al otro, y él te miraba... La esquina ya. El arroyo ya.

La siguiente y preguntar. La siguiente y preguntar. Aay, si la viera. ¡Aay!

«¡Aay, mamá!», rezó en voz alta. «Me da miedo mirar, aay, mamá, ¡haz que sea la próxima!»

Pero sí que miró. En el momento en que llegó a ella..., de arriba abajo, tan lejos como se podía ver: otra vez una calle tan extraña como cualquiera que hubiera recorrido e, igual que las otras, con flancos aplastados y monótonos que retrocedían hacia el vacío, relajados en la sombra creciente. No gritó; no sollozó. Por un momento más, miró con fijeza. Toda esperanza se derrumbó en su interior y cayó, sacudiéndole el corazón. Con el cuerpo rígido y en trance, tanteó ciegamente hacia el vago perfil de una barandilla que había ante un sótano y, apoyando la frente contra el hierro frío, lloró con una angustia demasiado grande para soportarla. Sólo el ímpetu agudo de su aliento cortaba el silencio.

Pasaron los minutos. Se dio cuenta de que pronto perdería su asidero en los montantes de hierro. Por fin, oyó detrás unos pasos

lentos que se acercaban y se arrastraban brevemente hasta detenerse. ¿De qué podía servir levantar los ojos? De qué serviría nada. Estaba preso en una pesadilla y nadie lo despertaría nunca más.

«¡Vamos! ¡Vamos!» Una voz de mujer clara, casi ofendida, resonó sobre su cabeza, seguida un momento después por un delicado golpecito en el hombro. «¡Joven!»

David no hizo caso.

«¿Me oyes?» La voz cobró severidad. «¿Qué te pasa?» Y ahora la mano comenzó a apartarlo de la barandilla.

Se volvió, meneando la cabeza desesperado.

«¡Válgame Dios!» Ella levantó una mano a la defensiva. «¿Qué diablos te ha pasado?»

Temblando, él la miró, incapaz de responder. Era vieja, casi enana, pero curiosamente sólida. Vestía de verde.

Un sombrero de un verde oscuro descollaba sobre una cresta de cabellos blancos. De su mano colgaba un pequeño bolso de la compra negro, sólo vagamente abultado.

«¡Válgame!», repitió, regañándolo asustada. «¿No qnieres responder?»

«M'e... M'e berdío», sollozó él, recuperando por fin el aliento. «¡Aaa! M'e berdío.»

«¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Pobrecito!» Y, dando un rápido tirón de pajarito a unas antiparras que le colgaban de un pequeño carrete que llevaba bajo el abrigo, lo miró fijamente con aumentados ojos grises. «¡Tt! ¡Tt! ¡Tt! ¿No sabes dónde vives?»

«Sí ke lo sé», lloró él.

«Bueno, dímelo.»

«Ziento veintiséih de Bodder Stritt.»

«¿Potter Street? Pero qué tontito, ésta es Potter Street. ¡Vamos, deja de llorar!» Un dedito gris se alzó.

«¡No eh!», gimió él.

«¿Cómo que no es?» Los ojos se contrajeron autoritariamente detrás de las gafas.

«¡No eh Bodder Stritt!» Lloró obstinadamente.

«¡Haz el favor de no frotarte los ojos así! ¿Quieres decir que no es ésta Potter Street?»

«¡No eh Bodder Stritt!»

«¡Bodder! ¡Bodder! ¿Estás seguro?»

«¡Sí!» Su voz se apagó.

«Bodder, Bother, Botter, ¡trata de pensar!»

«¡Eh Boddeh Stritt!»

«¿Y no es ésta?», preguntó ella esperanzada.

«¡Naaah!»

«¡Ay Dios! ¡Ay Dios! ¿Qué podemos hacer?»

«¡Uaa!», berreó él. «¿Dónd'ehtá mi mamá? ¡Kier'a mi mamá!»

«Ahora tienes que dejar de llorar», le regañó ella de nuevo. «¡Sencillamente dejar de llorar! ¿Dónde tienes el pañuelo?»

«¡Uaaa!»

«¡Ay Dios! ¡Qué pesado eres!», exclamó ella, y luego, como si se le ocurriera una idea nueva: «¡Espera!» Se le iluminó la cara y comenzó a revolver apresuradamente en su pequeño bolso negro. «¡Tengo algo para ti!» Sacó un gran plátano amarillo. «¡Toma!» Y cuando él lo rehusó: «¡Vamos, cógelo!» Se lo puso en los dedos. «Te gustan los plátanos, ¿no?»

«¡Aaa! ¡Kier'a mi mamá!»

«Tendré que llevarte a...» Se interrumpió. «Te voy a llevar a tu madre.»

«N'eh verdá», se lamentó él. «¡N'eh verdá!»

«Sí que lo es», dijo ella dando un cabezazo afirmativo. «En este mismo momento.»

Él la miró incrédulo.

«Vamos ahora. ¡Que no se te caiga ese plátano!»

XIII

«¿DE modo ke viveh bor akí y bor ayá y veníah derecho del kolehio?» Imitándolo, la mano del guardia planeaba de un lado a otro.

La vieja lo había engañado. Lo había llevado a la comisaría de policía y lo había dejado. Él había tratado de correr, pero lo habían cogido. Y ahora estaba allí, llorando delante de un guardia calvo con una insignia dorada. Había otro con casco a sus espaldas.

«¿Y se llama Boddeh Street, pero no sabes cómo se escribe?»

«¡N-no!»

«¡Mmm! ¿Boddeh? ¿Body Street, eh? Más valdrá mirar el plano.» Se echó hacia atrás, apartándose de la barandilla. «¿La conoces?», le preguntó al del casco. «Body Street... suena a depósito de cadáveres.»

«¿Cerca del colegio de Winston Place? ¿Boddeh? ¿Pother? ¡Oye, ya sé dónde vive! ¡Barhdee Street! ¡Seguro, Barhdee! ¡Está cerca de Parker y Oriol... La ronda de Alex. ¿No es ésa?»

«S-sí.» La esperanza se agitó débilmente. Los otros nombres le sonaban conocidos. «Boddeh Stritt.»

«¡Barhdee Street!», ladró el del casco, bonachón. «Bor Dioh, k'akabará bor azerm'ablar kom'un hudío. ¡Seguro!»

«¡Bueno!» El calvo suspiró. «Sólo nos estabas tomando el pelo, ¿eh? Pero ya ves, no estamos enfadados. Traeremos a tu mamá en un periquete.» Le hizo un gesto con la cabeza al del casco. «Mira a ver si quiere hacer un número uno o alguna otra cosa. La porquería que... organizó... el último.» Su voz se extinguió al dirigirse hacia el teléfono.

«¡Sipi!» El del casco le dio un golpecito a David en la espalda. «Nos vendría bien una matrona.» Y cordialmente: «Vamos, muchacho, eres todo un tipo.» Y lo llevó por un arco bajo, por delante de un tramo de escaleras, a una habitación desolada, desnuda y de techo alto. Sillas alineadas contra las paredes. Barrotes que reforzaban las altas ventanas. Se detuvieron ante una puerta blanca y entraron en un retrete de suelo de baldosa, que apestaba a una limpieza que abrasaba las narices. Junto a los nichos sin puerta se extendía una losa de color gris parduzco, estriada por un oscuro hilillo de agua que salpicaba en el canalón de debajo.

«Acércate y cumple tu deber, hijo mío.» Empujó al renuente David hacia el urinario. «Vamos. Es la hora del recreo. Yo también tengo un crío en la escuela.» Abrió el grifo del lavabo. «¡Y meas con guantes! ¡Vaya, eso está bien! ¡Así se hace! Echa una buena meada. ¿Qué diría tu mamá si te mojaras luego los calzoncillos? Que ésta es una comisaría del demonio, diría. ¿Qué clase de guardias sois?» Cerró el

grifo. «¡No más de tres sacudidas, recuerda!»

Y David fue conducido otra vez afuera, al cuarto desolado.

«Las butacas no están numeradas, muchacho... La ventana de ahí... Eso es. Eres un chico tranquilo. Y te llamaremos en cuanto venga tu madre. ¡Muyyy bien!» Se dio la vuelta y salió.

Melancólicamente, David miró a su alrededor. La soledad de aquella habitación enorme, diez veces más solitaria por las paredes desnudas y escarpadas, las largas filas de sillas vacías hundidas en la sombra y las ventanas con barrotes que ponían rejas al vacío, lo oprimía con una desesperación tan fuerte, tan definitiva, que lo entorpecía como una droga o una somnolencia. Sus ojos apáticos se volvieron hacia la ventana y miraron afuera. Patios traseros..., grandes costras de hielo... sobre la hierba muerta... terminaban en un muro de casas bajas de madera, todas hechas de tablas, todas pintadas de un pardo barroso, todas serrando el cielo con la inclinación dentada de sus techos de dos aguas. Las persianas estaban semibajadas. Desde todas las chimeneas, el humo se desenroscaba en el azul invernal.

El tiempo era desesperación, desesperación más allá de las lágrimas... Ahora lo comprendía, lo comprendía todo, iWevocable, indeleblemente. La desolación se había fundido en una piedra de toque, un reactor cristalino, amargo, erizado, que nunca se embotaría, nunca se disolvería. No te fíes de nada. No te fíes de nada. No te fíes de nada. Adondequiera que mires, no te lo creas. Cualquier cosa que hubiera o se hiciera o se dijera era simulada. No creérselo nunca. Si jugabas al escondite, no era el escondite, era algo distinto, algo siniestro. Si jugabas a hacer lo que haga, el mundo se volvía cabeza abajo y un rostro maligno pasaba. No juegues; no te creas nada. El hombre que lo había orientado; la vieja que lo había dejado aquí; el guardia; todos lo habían engañado. Nunca llamarían a su madre, nunca. Lo sabía. Lo tendrían allí. El sótano de las ratas de abajo. ¡Aquel sótano lleno de ratas! El chico al que había empujado estaba inmóvil. Con inmovilidad de féretro. Lo sabían. Y sabían lo de Annie. Fingían no saberlo, pero lo sabían. No creer nunca. No jugar nunca. No creer nunca. Ni nada. Todo se movía. Todo cambiaba. Hasta las palabras. Las palabras, decías. Quiero, decías. Yo quiero. Sí, yo quiero. ¿Qué? Ya sabes qué. ¡Eran otra cosa, algo horrible! No confíes en nada. Ni en las aceras, ni en las calles, las casas. Las mirabas. Sabías donde estabas y ellas daban vueltas. Las mirabas y daban vueltas. De aquella forma. Lentas, astutas. No confíes...

En las escaleras, fuera, unos pies pesados bajaron con ruido, acompañados de un castañeteo rítmico, como si algún metal hueco golpeara contra los montantes de debajo de la barandilla...

«¡Vamoh, Steve!» Una voz fuerte disminuyó hacia la habitación del otro lado. «¡Vente por aquí pá cambiar!»

Y una respuesta confusa que encontró réplicas y risas confusas. Luego el vigoroso golpear de unos tacones sólidos se aproximó. El del casco encendió las luces, revelando a otro a su lado, un hombre en traje de paisano, achaparrado, sin labios e impasible, que columpiaba en la mano una gran fiambrera. El recién llegado se volvió con curiosidad hacia el del casco.

«¿Fue él?»

«Él mismo.»

«¡Vaya!», dijo con aire siniestro.

«¡Un plátano así de grande! ¡Y si n'hubiera cerrao los ohos com'un relámpago, me l'hubiera metió dentro com'una cuchara'n un estofao!»

«¿No le gustan los polis, hanh?»

«¡Pero ná, te l'aseguro! ¡Toavía me yoran los ohos! ¡Y m'a dao tantas patás en las costillas que las tengo azules com'el capote!»

«¡Hmm! Entonces quizá sea mejor que no le demos d'ese pastel de chocolate.»

«¡Bueno, eso!» El del casco se levantó el casco para rascarse su pelo rojo ahumado. «¿Tú qué eres? Desd'en-tonces s'a portao bien.»

«¿De veras?»

«¡Mmm! ¡Tranquilo com'un ratoncito!»

«Bueno, eso's diferente. ¿Té gusta'l pastel de chocolate? ¿Cómo se llama?»

«David. David... Eh... David en persona.»

«¿Te gusta'l pastel de chocolate, t'e preguntao?»

«N-no», con miedo.

«¿Qu-e-é?», gruñó él, entrecerrando los ojos con incredulidad. «¿No-te-gusta'l-pastel-de-chocolate? ¡Ouuu! ¡Entonces tendrás que quedart'aquí! ¡N'ay ná qu'acer!» Emitió una serie de aterradores ruidos sibilantes, pellizcándose las hinchadas aletas de la nariz.

David se encogió.

«¿No le gusta'l pastel...?»

«¡Uisht!» El del casco dio una patada al otro en el talón. «¡Seguro que le gusta! No es más qu'un poco de timiez que no le deha...»

«¡Kier'a mi mamá!» David había empezado a gimotear. «¡Kier'a mi mamá! ¡Mamá!»

«¡Arrh!» El del casco explotó. «Mira lo qu'as hecho, demonio de pies planos! Torturarlo pá ná. ¡Asustarlo tanto que no v a conocer a su madre cuando la vea!»

«¿Quién, yo?» Una vaga diversión le hinchaba los labios. «Pero s'apenas l'e mirao de través. ¿Qué dices?»

«¡Es tu heta la culpable! ¡Quítate d'ahí! ¡Basta de farsa!» Empujó al otro fuera de la habitación. «¡No l'agas caso, chaval! No es más qu'un toro inofensivo que muhe para oírse muhir. ¡Que Dios Pilumine! ¡Te traeremos a tu madre y el pastel'e chocolate además! ¡No te

preocupes! ¡Y ahora'state tranquilo com'un buen chaval!» Sonrió abiertamente y siguió al otro hombre.

«¡Mamá!», gimió David. «¡Mamá! ¡Mamá!»

¡Era cierto! Todo lo que se temía era cierto. Lo tendrían allí… ¡Lo tendrían allí para siempre! ¡Nunca llamarían a su madre! Y ahora que lo sabía era demasiado tarde. Había aprendido demasiado tarde a no fiarse jamás. Agachó la cabeza y sollozó.

¡Ui-i-i-i-i-i!

En alguna parte empezó a sonar una sirena…, una ráfaga débil y remota que de repente se abrió en un chillido en picado y se desvaneció de una forma igualmente súbita.

¿Sirenas? Levantó la cabeza. ¡Sirenas de fábrica! ¿Las otras? ¡Nada! ¡Demasiado lejos! Así de lejos estaba ella. ¡Tan lejos!… Pero ella las oía…, oía las otras sirenas que él no podía oír. Las sirenas que él oía en verano. Ahora las estaba oyendo ella. Quizá estuviera mirando por la ventana… ahora…, ¡en aquel momento! Mirando a la calle, la calle arriba y abajo, buscando, llamando. Allí estaba él… fuera… en el bordillo. ¡Que haya dos Davides, que haya dos! Uno aquí y otro fuera, en el bordillo. ¡Ahora atento! ¡Espera a que ella mire! ¡Ahora atento! ¿Lo ves? Ahí está ella detrás de la cortina. Sí, esa espesa cortina de encaje… sólo estaba allí en invierno. Ahora la abre… con las dos manos así…, se inclina hacia adelante. ¿Lo ves? El rostro cerca del cristal. Frío. Y ¡urrr! ¡Arriba! Me apuesto a que lleva un pañolón. ¡David! ¡David! ¡Sube! ¿A qué esperas? ¡A nada! ¿A qué? Se había olvidado. Esa…, esa puerta, mamá. Oh, se reiría ella. ¡Tonto! ¡Sube! ¡Te espero! Y entonces él estaría en el porche. Uno-dos-tres. Hasta que ella atravesara la sala de estar. Uno. Dos. Tres y la cocina. Y entonces entraría. ¿Mamá? Sí, aquí estoy, gritaría ella desde arriba. ¡Sí, sube! Correr por delante de la puerta. ¡Bing! No. No correr si ella está ahí. Estarías demasiado pronto. Un escalón y otro escalón. Dos escalones y dos escalones. Tres escalones y…

«¡Hurhmm!»

Riéndose entre dientes, el del casco irrumpió a través de la niebla de su sueño. «¿Estás en la policía montada, con esa pierna'n alto?»

David lo miró boquiabierto, sin responder. A su alrededor, su visión se precipitó en el caos.

«¿O eres un guardia volante, en su bicicleta?» Continuó, manipulando manillares imaginarios. «¿A quién perseguías? ¿Con una d'esas Stutz[1] nuevas? Pues mira lo que tengo para ti.» Abrió sus manazas rojas y fornidas: un rectángulo de pastel de chocolate marrón en una y una manzana roja en la otra. «¿Qué te parece?»

David empezó a llorar de nuevo.

«¡Eh…! ¡Arrrh, eres muy raro! Voy y te compro pastel de chocolate —en una cervecería, 'dita sea— y te compro manzanas, ¡y tú te pones

a llorar por to'l distrito! ¿Qué te pasa?»

«S-s-sirenah!», gimoteó. «¡S-sirenah!»

«¿Sirenas?»

«Sía-a-ay!»

«¿Es un silbato lo que quieres?» Inició un movimiento hacia su bolsillo.

«¡N-n-o-o! ¡S-suena!»

«¿Yo?»

«¡No-o-o! ¡Mi-mi mamá! ¡Au!»

«¡Orrch! Olvídalo. Aquí tienes un buen peazo de pastel para ti. ¡Vamos! ¡Cóhelo! Y la manzana. ¡Así s'ace! ¡Primero te comes una cosa y luego la otra! ¡Anhann! Y te traer'un traguito d'agua y estarás com'un rey… ¡No!» Vociferó.

David había dejado caer el pastel y la manzana. ¡Una voz! Una voz que no había esperado oír más. ¡Una voz! Miró fijamente a la puerta, tenso de esperanza.

Marca de bicicleta de carreras popular a principios de siglo.

«Mira lo qu'as…» Se detuvo, volviéndose.

Unas pisadas ligeras se apresuraban hacia ellos. De la mancha lenta de una miríada de rostros sin sentido, uno se condensó con todo el sentido del mundo.

«¡David! ¡David!»

«¡Mamá!», gritó, saltando hacia ella. «¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá»

Ella lo cogió en sus brazos, gimiendo, y apretó la mejilla de él contra su mejilla fría. «¡David, amor! ¡David!»

«¡Mamá! ¡Mamá!» Gritar su nombre era en sí mismo un éxtasis puro, completo, pero toda aquella felicidad se veía superada al abrazarse a su cuello.

«Bueno, ahora estás a salvo, según parece», vino la voz desde sus espaldas.

Sin dejar de apretarlo contra ella, su madre se lo llevó a la habitación de fuera, donde el calvo se apoyó contra la barandilla, mirándolos.

«Hmmm. Ya veo que sabe quién es su mamá.»

«¡G-gracias *so-so viell!*[2] », tartamudeó ella.

«Oh, no hay de qué, señora. Nos gusta tener visita de vez en cuando. Esto es muy tranquilo.»

«Y, señora», se acercó el del casco, «creo que lo mehor sería que le pusier'un cartel, ¡porque nos ha vuelto locos con sus Pother y Body y Powther! S'escribe be-a…».

«¡Gracias, *so viell»,* repitió ella.

«¡Oh!» Sonrió torcidamente y asintió. «Lo sab'usté.»

El otro hombre apoyó el ángulo de una sonrisa en la uña de su dedo.

«Y ahora le dir'una cosa'xtraña, teniente», dijo el del casco. «M'estaba dando la lata con una sirena. Y ahor'una cosa'xtraña le diré… l'ace a uno pensar. Me dice, dice. Estoy oyendo la sirena de mi madre. ¿No's increíble? ¡Y ella'-staba toavía muy lehos!»

«¿De veras?» El calvo resopló divertido. «La única sirena que oí fue la de las cuatro y diez sobre el cruce de Chandler, y fue alrededor de…»

«Eh…», comenzó su madre tímidamente. «*Herr*… Señor. ¿Potemos… eh… potemos irnos?»

«¡Claro que sí, señora! Váyanse cuando quieran.» Abrió los brazos con un amplio gesto. «Es suyo para siempre.»

«G-gracias», dijo agradecida, y se volvió para irse.

«¡Eh, espere un minuto!» El hombre del casco los siguió. «T'ibas a ir sin tu pastel?» Se lo puso a David en la mano. «¿Y tu manzana? ¿No? ¿Demasiao? Bueno, te la guardaré hasta qu'aparezcas otra vez. ¡Adiós! ¡Y no corras tras los postes de telégrafos!»

1

Marca de bicicleta de carreras popular a principios de siglo. [N. del T.]

2

«Muchas», «tantas». [N. del T.]

XIV

¡LA puerta de fuera! ¡La libertad! El aire frío de la calle. El cielo cerrándose con el crepúsculo. ¡Y ella, llevándolo, con su rostro cerca del suyo! ¡Cosas que no había esperado volver a ver, felicidad que no había esperado ya sentir! ¡Una liberación demasiado enorme para entenderla siquiera!

«¿Cómo pudiste...?» Ella se detuvo. «¿Quieres que te lleve en brazos, cariño?»

«¡No, puedo andar, mamá! Puedo andar. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!» La magia de aquella palabra parecía inagotable, le daba nuevas fuerzas. Se rió de pura alegría por el sonido.

Ella lo dejó en el suelo. Y, de la mano, anduvieron tan rápidamente como lo permitía el paso de él.

«No estamos muy lejos», le informó ella, «aunque sí bastante lejos para un chico cansado. Y ahora dime, ¿cómo te perdiste en ese lugar? ¿Cómo llegaste allí?».

«Alguien me perseguía, mamá, y yo corrí y corrí y corrí.» Las garras de un miedo repentino lo rozaron. «¿Está quieto?»

«¿Quieto? ¿Quién? ¿Quién te perseguía?»

«Yussie. Y... y los otros chicos. Me llamaban llorón... llorón porque... papá... me... me pegó. Yussie... se lo dijo.»

«Eso no me lo dijo a mí.»

«¿Está... está quieto, mamá?»

«¿Qué quieres decir?»

«Yo sólo... sólo le empujé porque me perseguía. Mamá, no quería dejarlo quieto.»

«¡Ah! ¿Ese chico? No le pasa nada.»

«¿No?» Saltó delante de ella, electrificado de alivio. «¿No? ¿No lo hice? ¡Mama-a-á!»

«¿Creíste que le habías hecho daño, tonto?»

«¡No lo hice! ¡No lo hice! ¡No lo hice!», gritó alegre. «¡Oooh, no hice nada!»

«No. ¡Salvo darme un susto de muerte! Pero ¿por qué no corriste a casa si te perseguían? Hymie dijo que habías entrado. ¿Dónde estuviste?»

«¿Es aquí donde vivimos?» Habían doblado una esquina y escudriñó la calle, que se oscurecía. «¿No parece...?»

«No. Quedan varias manzanas aún. ¿Estás cansado?»

«¡No, mamá!»

«Tenemos que darnos prisa o Albert llegará antes que nosotros. No sabrá qué nos ha pasado si se encuentra una casa vacía.»

«¿Quién te lo dijo?»
«¿Qué?»
«Dónde estaba yo.»
«Un guardia.»
«¿Te asustaste?»
«¡Estaba desesperada!»
«¿Por el guardia?»
«¡No, por ti, tonto! Acababa de correr llorando a la calle cuando lo encontré.»
«¿Un guardia de verdad? ¿Por mí? ¿Te dijo cómo... cómo llegar?»
«Me lo escribió. Y la gente de la calle me orientó. Él lo tiene, el señor de allí.»
«Oh.»
«¡Sí! ¡Y ahora dime! En primer lugar, ¿adonde fuiste? ¿Te escondiste en algún lado y te escapaste otra vez? ¿Por qué no subiste?»
«Bajé..., bajé... Bajé al sótano.» Su exuberancia se vació. Su voz terminó sordamente.
«¿Al sótano?» Se detuvo de golpe para mirarlo. «¡No pudiste escoger un sitio más extraño! ¿Por qué fuiste allí?»
«No sé... No sé. Quería... esconderme del... del guardia. ¡Mamá!» De pronto lloriqueó de terror. «¡Mamá!»
«¿Qué? ¿Qué te pasa, sol?» Le agarró de la mano. «¿Te sientes mal?»
«N-no.» Luchaba débilmente consigo mismo. «N-no.»
«¿Asustado otra vez? ¿Ese sótano? No puedo entender por qué bajaste... ¡Pero vamos a dejarlo! ¿Luego, cariño? ¿Me lo dirás?» Anduvieron rápidamente un rato en silencio. «¿No tienes frío?»
«No.»
«¿Qué hiciste allí? En esa..., en esa... *¡Ach!* ¡No lo puedo decir! ¿Con la policía?»
«Me hicieron sentarme. Y antes..., antes me llevaron al retrete. Y luego el guardia grande me dio la manzana.
Y luego el pastel.»
«¡Es un pastel estupendo!» Ella le sonrió desde arriba. «Un pastel americano. Yo no sabría hacerlo. ¿Sabes dónde estás ahora?»
Él miró a su alrededor la calle en penumbra. «Hemos andado muchas manzanas», dijo tanteando.
«Sí. ¿Pero esa calle, la siguiente?»
Él sacudió la cabeza. En la oscuridad que se espesaba, la calle que tenía delante le parecía tan extraña como cualquiera de las que habían pasado.
«Ésa es Boddeh Street», le informó ella. «Tu colegio está por ahí, más lejos. Pero está demasiado oscuro para verlo. Y ahora dos..., tres

manzanas hacia allá...», señaló a la izquierda, «es donde vivimos.»

«¿Hacia allá, mamá?» Miró fijamente con incredulidad. «¡Hacia aquí!» Señaló a la derecha. «Por aquí está mi colegio.»

«¡Por eso te perdiste! Está por allá.»

«¡O-o-h!» Un nuevo asombro lo obligó a detenerse. «Está..., está dando la vuelta. ¡Mamá! Está dando la vuelta alrededor..., hacia atrás.»

«¿Qué?» Su tono era divertido. «¿La calle?»

«¡Sí! ¡Se han parado! ¡Ahora mismo! ¡El colegio... El colegio está allí ahora!»

«Ah, sí. Las calles dan vueltas, pero tú... ¡Tú no! ¡Santo cielo!» Sofocando una risita, se inclinó y lo besó. «¡Pero tenemos que darnos prisa! No dejé ninguna nota y ya es oscuro. Si llega antes que nosotros, se...» Se interrumpió nerviosa. «¡Vamos!»

Atravesaron la calle, volviendo la espalda al crepúsculo, y se apresuraron en la oscuridad. Estaban encendiendo ya luces, farolas, ventanas. Casi no habían encontrado a nadie durante todo su recorrido, y ahora, contra el vacío invernal y la oscuridad, David escuchaba con inmensa gratitud el taconeo de los pasos de su madre, que medía el más rápido arrastrar-tropezar de los suyos. ¿Y si hubiera estado solo? ¿Si hubiera oído sólo sus propias pisadas ligeras, arrancadas a la presa del silencio? ¿Si su padre...? ¡No! Se estremeció, y añadió el dedo medio de la mano de su madre a los dos que ya estrechaba.

Se acercaban al terreno abierto. Ahora sabía dónde estaba, seguro de cada paso. Había un viento que merodeaba por aquella zona de piedras y hierba seca, y que los asaltaría cuando pasaran. El viento lo hizo así. David lo miró de reojo. Más allá de la mancha de piedras y hierba seca, una brillante corteza de luna rebasaba apenas los techos. La miró hasta que la tapó la casa siguiente, y luego apartó la vista. Le entró una vaga aprensión. Una hora antes, si por algún milagro lo hubieran trasplantado a aquel lugar, habría corrido a casa gritando de alegría. Pero ahora cada casa conocida que pasaba —ésta era la de la estacada inclinada; ésta tenía largas tablas amarillas durante el día y un porche cercado por una barandilla; ésta era de ladrillo y tenía un extraño dintel veteado sobre la puerta—, cada una estaba más cerca de su casa. Y su casa... Sus miedos se encabritaron de nuevo. Y de repente deseó estar —pero con su madre al lado— dos veces más lejos que cuando salieron de la comisaría de policía.

«¿Después de la próxima manzana, mamá?» Sabía perfectamente la distancia que había hasta su cas?.

«Sí.» Ella miraba hacia adelante con impaciencia.

«¿Sabes dónde está la próxima calle, mamá?» Señaló hacia un lado. «¿Por esta parte?»

«Sí.»

«Vi el..., aquella caja y aquellos coches.»

«¿De veras?»

«Sí. ¿Se... mudarán ahora de casa..., tú crees?»

«No sé, cariño. Tal vez la casa sea suya. ¿Por qué me lo preguntas?»

Él guardó silencio un momento y luego: «¿Está papá en casa?»

«Espero que no.»

«Tú... tú... ¿Vas a decírselo..., a contárselo?»

«¿Qué? ¿Dónde has estado? ¡Claro que sí!»

«¡Aaaaa!» Bajó la cabeza dolido.

«¿Qué te pasa?» Le tiró suavemente del brazo. «¿No quieres que se lo diga?»

«Creí..., creí que no se lo dirías... si llegábamos a casa antes..., un poco antes.»

«Bueno, no, me preocupaba por Albert, eso es todo. ¿Tienes miedo de que lo sepa?»

«He... he estado en una... una comisaría de policía... por eso.»

«Bueno, ¿y qué? No has hecho nada. ¡Qué tonto! Perderse no es un crimen. ¡Aunque podría echarles la culpa a otros si quisiera!»

Había en su voz un sonido tenso de ira contenida, aunque David sabía que no se dirigía contra él.

«¿No dejarás que me p-pegue?»

«¡Tt! Cariño, no dejaré que te pegue nunca más..., ni él ni nadie, si es que puedo impedirlo. Bueno, ¿estás contento? ¡Y ahora deja de tener miedo!»

David anduvo en silencio un rato, con la mente tranquilizada pero el corazón no libre de dudas aún.

«El Sr. Luter... ¿No vendrá el Sr. Luter?»

«¿Esta noche? No.» Ella aflojó el paso un tanto. «¿Qué te hace pensarlo?»

«¿Vendrá, mamá? ¿Volverá a venir?»

«Por qué... Bueno... No...» Por desconcierto, su voz se condensó, haciéndose brusca. «¿Por qué me lo preguntas?»

«No... no me gusta. Por eso.»

«Ah, ¿es por eso?» Se quedó un momento silenciosa.

Y aunque habían llegado a su manzana, su paso, en lugar de acelerarse, se hizo más lento aún. Cuando habló otra vez, su voz era extrañamente cautelosa. «¿No te... te asustó nadie más, amor? ¿Nadie más que esos chicos malos?»

«N-no.» Sintió que su mente se aguzaba, atenta. No. Nadie más.»

«¿Estás seguro? ¿No... no viste a nadie? ¿Nada que te asustara?»

«Sólo... Sólo vi a los chicos. Y Yussie se lo dijo, y entonces todos empezaron a... a perseguirme.»

«Claro. Me alegro de que no hubiera nada más. ¡Dios sabe que ya fue bastante!»

Su paso se aceleró otra vez. Sin impaciencia, David distinguió su propia casa entre las casas oscuras. Le pareció raro que sólo ahora y de noche notara que su casa tenía el techo plano y no a dos aguas. Entonces, ellos vivían bajo el techo, Hymie y Annie. Y si Annie hubiera mirado por la ventana cuando él hizo mirar afuera a su madre en la comisaría de policía... ¡Y si estaba observándolo ahora! Se estremeció y apartó la vista.

«Es nuestra manzana, empiezan, mamá..., empiezan las primeras tiendas.»

«Sí... Y dime, ¿tendré que seguir quedándome en el rellano cuando bajes? ¿O has visto ya que no hay nada que temer en los sótanos?»

«¡No!» El miedo arremetió en su interior. «¡No, mamá! ¡Tendrás que esperar... siempre!»

«¡Lo dices muy desesperado!»

«¡Y no jugaré con... con nadie! ¡Nunca más!»

«¿No?»

«¡No! ¡Nunca!»

Él podía sentir que sus labios hacían un puchero a su pesar, estirándose como para romper en lágrimas. Un momento más y hubiera llorado, pero la puerta de entrada estaba ahora ante él, y su madre la abrió, empujándola. Un terror imperioso dispersó sus lágrimas. Entró... Golpe de calor del zaguán iluminado con gas, aire estancado lleno de olor polvoriento y aletargado de alfombras. La puerta del sótano era parda... y otra vez estaba cerrada. Por un instante, se preguntó si la habría cerrado él u otro, pero no pudo recordar. El miedo le imprimía en la espalda y el pecho los rectángulos fríos y metálicos de una red de alambre. Se encogió contra su madre, aferrándose a ella hasta que subieron las alfombradas escaleras. Ella no pareció notarlp.

«Si está en casa», murmuró ella en voz alta, «¡estará fuera de sí! ¡Después de lo que le dije anoche! ¡Date prisa! Pensará que me he... ¿Y por qué no?». Pareció recordar de pronto. «¿Por qué no quieres volver a jugar?»

«No...» Titubeó torpe, evasivamente. «No quiero.» Ya no tenía ninguna importancia.

Ella se apresuró a subir las escaleras, se quedó un momento en el descansillo hasta que él la alcanzó y entonces trató de abrir la puerta. Sin llave, la puerta cedió..., dando sobre la oscuridad. La alarma tensó los rasgos de ella. Entró.

«¡Albert!»

No hubo respuesta... Sólo el suave removerse de los tizones en la cocina. Por un instante sobrenatural, vertiginoso, David, rezagado en

el umbral, se imaginó a su padre desaparecido, milagrosamente, desaparecido para siempre.

«¡Albert!» Ella avanzó a tientas hacia la pared de la que colgaba la caja de cerillas. «¡Albert!»

«¡Anh!» Su gruñido sorprendido vino de la alcoba. «¿Eres tú? ¡Genya!» Por una vez, su voz estaba desprovista de aspereza, desprovista de orgullo, de poder, no era más que un grito como el que hubiera podido lanzar David. Solo en la oscuridad, desesperado. «¡Genya!»

«¡Oh! ¡Gracias a Dios, estás aquí!»

«Sí...» Y la aspereza volvió y el inflexible orgullo, y la voz fue otra vez la de su padre, despierta, hosca. «¡Hmf! ¿En qué otro sitio hubiera podido estar?»

Ella había rascado una cerilla y encendía ahora la camisa de la lámpara.

«¡Traté por todos los medios de volver antes de que tú llegaras! ¿Estabas preocupado?»

«¿Yo?» Deliberado, otra vez, sardónico. «No... ¿De modo que has decidido volver, no? Hasta las palabras vacilan, ¿eh? En frío. En las calles vacías por la noche...»

«¿Volver? ¡Albert, qué dices! ¡Nunca me he ido!» Subió corriendo los escalones de la sala de estar. «¡Cierra la puerta, David, cariño! ¡Quítate el abrigo! ¡Siéntate!» Entró dentro. «¡Tenía miedo de que pensaras que...!» Y su voz bajó súbitamente de tono.

David se deshizo del abrigo, encontró una silla y escuchó taciturno los sonidos de la alcoba. Por el sentido de las palabras ocasionales, fragmentos de frases y exclamaciones que se alzaban como crestas sobre los tonos bajos, sabía que su conversación no se refería sólo a él, sino también a la noche anterior. Su madre estaba explicando, supuso, dónde había estado, por qué había salido. De Luter no pudo oír nada. Adivinó que no se le mencionaría. Por último, su padre exclamó con voz impaciente:

«¡Bueno, ya has dicho bastante! ¡Te creo bajo palabra! ¡Hay que vigilar a ese hijo tuyo noche y día!»

«¡Pero si no fue culpa suya, Albert!»

«¿Mía entonces? Eso es lo que quieres decir. ¿Estás insinuando que la culpa es mía?»

«¡No! ¡No! ¡No! ¡No es culpa de nadie! ¡Tienes razón, no hay nada más que hablar! ¿Tienes hambre?»

«Claro.»

«He hecho la ternera como te gusta a ti. Y con zanahorias troceadas. ¿Te apetecen esta noche?»

«Hmm.»

David pudo oírla dirigirse hacia la sala de estar y abrir la ventana.

Unos segundos más tarde apareció, llevando dos cazuelas tapadas.

«Hoy nos acostaremos pronto.» Bajó las escaleras, sonriendo solícita. «Para olvidar pronto.»

Silenciosamente, con los pies metidos en sus medias, su padre apareció en el umbral. Llevaba el chaleco sin abotonar y la tirilla de la camisa abierta sobre la fosa de su cuello fuerte y encordelado. Agarrando la jamba de la puerta con dedos flacos, manchados de tinta, parpadeó a la luz, y luego miró a David sombríamente.

«¿De manera que ahora tienes tratos con la policía?»

David bajó la vista. No había visto a su padre desde la noche anterior, en que le pegó. Su rostro era aún el rostro de un enemigo.

«¡Sí!» Su madre se rió, volviéndose desde la cocina. «¡Pero sólo amistosamente! Ya verás cuando te enseñe el pastel que le dieron. Está en mi bolso.»

«¿Le dieron pastel, eh?»

Para David había algo especialmente significativo en la forma en que su padre había pronunciado aquellas palabras.

«Sí», siguió ella alegremente. «¡Y cómo debieron de reírse de mi inglés!»

«¿Cómo lo dejaste irse tan lejos? Siempre lo estás vigilando.»

«No lo sé. Se había ido antes de que pensara en mirar siquiera.»

«¡Hmm!» Él miró a David, alargó la mano hacia el periódico que había sobre la mesa y se enfrascó en la lectura.

Su madre cogió de una bolsa un manojo de zanahorias, las dejó caer en un barreño y, mientras las pelaba, miró a David cariñosamente.

Él estaba callado, encontró los ojos de ella por un momento y luego, con la mirada perdida, estiró el mantel sobre el borde de la mesa.

—*No creer. No creer. No creer. ¡Nunca!*

XV

EL domingo, David se quedó en cama toda la mañana y luego, vestido, se pasó el resto del día en casa. Había estornudado varias veces la noche anterior y otra vez por la mañana y, teniendo en cuenta que le dolía la espalda —que David estaba seguro de que le dolía por otras razones—, su madre sostuvo que podía haber cogido un resfriado a consecuencia de vagar por las calles. Su padre se burló de la idea, pero se abstuvo de inmiscuirse. Aunque ello significaba tener que estar cerca de su padre todo el día, David estaba contento de no tener que enfrentarse con Yussie o con Annie o con el chico al que había empujado o, en realidad, con nadie. Se pegó a su madre o se retiró a su dormitorio, evitó la habitación en que estaba su padre y, en general, procuró no llamar la atención. Hacia la noche, sin embargo, la oscuridad lo obligó a ir a la cocina con su padre. Después de lo cual cogió su caja de chucherías, buscó la esquina más apartada posible y, sentándose en el suelo de linóleo, comenzó a construir con los cachivaches que llenaban la caja una torre inestable y en zigzag, que el paso de su padre o de su madre derrumbaba invariablemente.

Durante las últimas horas de la tarde, e incluso hasta la hora de la cena, su padre había dicho convencido varias veces que Luter recuperaría el juicio, renunciaría a su locura de cazar una esposa y acabaría por aparecer en la casa a tiempo para cenar... Sin embargo, aunque esperaron casi una hora más de la hora habitual, no vino. Sólo cuando la madre de David empezó a quejarse de que la mitad de la comida estaba pasada y la otra mitad fría, su padre renunció a esperar más y, encogiéndose de hombres con brusca irritación, le permitió a ella servir la comida.

«En Tysmenicz», frunció el entrecejo agriamente mientras se sentaba en una silla, «el campesino que cuidaba el... (siempre aquella detención en su discurso, antes de pronunciar la palabra) ganado de mi padre solía decir que un hombre tenía que nacer idiota para serlo. Mi amigo Luter entrará en la segunda infancia con muy pocos años... Dios le ha dado un alma nueva.» Atrajo el plato hacia sí con brusca impaciencia. «¡Lo único que espero es que no le eche la culpa de su matrimonio a mi felicidad conyugal!» Las últimas palabras las dijo con especial acento de desafío.

David, que observaba a su madre mientras ella estaba de pie, más alta que su marido, sirviéndolo, vio que el pecho de ella se hinchaba lentamente, como respondiendo a diminutos incrementos de dolor, y que luego ella, sin responder, exhalaba tensamente su aliento mudo, mirando a otro lado, sin expresión y resignada. David, por su parte,

sólo sabía una cosa: que el alivio que le daba la ausencia de Luter era tan agudo y ferviente como una plegaria, y que cada uno de sus nervios, sin palabras, imploraba no volver a ver nunca a aquel hombre.

A la hora de irse a la cama, su mente parecía extrañamente tranquila, descansada sin estar decidida, inerte tras una larga disonancia. Bajo un velo de apatía, los acontecimientos de ayer agitaban la superficie sólo raras veces, como los tardíos e infrecuentes restos de un barco hundido hacía tiempo. Nunca tendrían respuesta las preguntas de por qué su madre había dejado a Luter hacer lo que Annie había intentado hacer; por qué no había huido la segunda vez como huyó la primera; por qué no se lo había dicho a su padre; o quizá lo había hecho; o quizá a su padre no le importaba. Ni habría tampoco nunca otra vez equilibrio entre el conocimiento por parte de él de lo que ella había hecho y la ignorancia por parte de ella de que él lo sabía, la ignorancia de ella de lo que él había hecho con Annie, o de por qué había huido, y la ignorancia de todo por su padre. Nunca se resolverían esas preguntas, nunca se responderían. Nadie diría nada, nadie se atrevería, nadie podía. Simplemente no creer, no creer, nunca. Pero ¿cuándo se desvanecería aquel extraño peso, aquella cosa extraña alojada en su pecho que era tan espinosa, tan ramificada e insistente? ¿Mañana, quizá? Quizá mañana.

Llegó mañana. Lunes. El enfriamiento del día anterior había sido imaginario o se había librado ya de él. David fue enviado al colegio. Una vez fuera de casa, caminó con cautela, tomando incluso otro camino para no encontrarse con Annie o con Yussie. Por la mañana lo consiguió, y otra vez al mediodía, pero cuando el colegio acabó por aquel día fueron ellos los que tropezaron con él cuando salía al espacio abierto del cruce. David, por su parte, se echó a un lado cuando lo llamaron, pero ellos, en cambio, parecían haber olvidado todas las hostilidades. En lugar de ello, sentían simplemente curiosidad.

«¿Ké t'izieron en la komisaría?» Yussie lo cogió del brazo para mantenerlo al paso renqueante, más lento, de Annie.

«¡Nada!» Se soltó, resentido. «¡Déhame!»

«¿Eh, ehtáh loko?» Yussie parecía sorprendido.

«¡Sí, ehtoy loko! ¡Y aún me bareze boko!»

«¡Ehtá loko, Annie!»

«Nishí gefiddled!»[1], dijo ella rencorosamente. «¡Buuh! ¿Ké m'imbortah tú?»

«¡Yorón!», dijo Yussie desdeñosamente.

Pero David se alejaba ya a toda prisa.

En casa, no pudo menos de notar en los movimientos de su madre un nerviosismo oculto, una indecisión que parecía debida a la tensión

de una espera. A diferencia de su modo fluido y metódico de moverse habitualmente por la cocina, su comportamiento era ahora incoherente, incierto. Cuando estaba haciendo algo o diciendo algo emitía de repente una exclamación extraña y reprimida, como un súbito gemido de consternación, o levantaba una mano con gesto oscuro y desesperado, o bien abría los ojos como si mirase algo desconcertante y se echaba el pelo hacia atrás. Todo lo que hacía parecía inseguro e inacabado. Fue del fregadero a la ventana, dejando el agua correr, y luego, recordando que aquélla era una extraña forma de hacer las cosas demasiado deprisa, se volvió, soltó el pañuelo que estaba sujetando a la cuerda de tender la ropa y lo dejó caer al patio. Unos minutos más tarde, separando las yemas de las claras para hacer las gruesas tortitas amarillas que debían acompañar la sopa, cortó la película de una yema con la cáscara y perdió esa yema entre las claras. Dio una patada en el suelo, gorjeó con fastidio y se echó hacia atrás el pelo.

«Soy como mi padre», exclamó de pronto. «¡La irritación hace que me pique el cuero cabelludo! Hoy puedes darte cuenta de con qué clase de mujer no debes casarte.»

Varias veces durante la tarde, David había estado a punto de preguntarle si Luter vendría a cenar. Pero algo lo había contenido siempre y no había formulado la pregunta.

Para evitar la extraña emoción que la conducta de su madre suscitaba en él, hubiera vuelto a bajar a la calle otra vez, aun a riesgo de encontrarse con Annie o Yussie, pero también en ese caso adivinaba lo impaciente que se pondría su madre si le pedía que esperase en el rellano. Había parecido enfadada cuando él la había llamado frenéticamente después de su encuentro con ellos, a las tres. Dado que su madre no ponía objeciones, se quedó en casa y se ocupó de una docena de formas: unas veces asustándose a sí mismo con muecas ante el espejo de cuerpo entero, otras mirando por la ventana, otras tocando la neblina de su aliento sobre ese cristal, otras metiéndose bajo las camas, otras garrapateando. Se pasó una hora atándose a un pilar de la cama con un pedazo de cuerda de tender y tratando de soltarse, y otra construyendo extraños mecanismos con sus cachivaches. Trató de jugar, con dos manos y la pata de una silla, al juego para cuatro manos de formar dibujos geométricos con una cuerda doble. Era difícil, los dibujos anteriores se deshacían antes de afianzarlos y terminaban hechos un revoltijo. Su mente estaba también enredada, aprensiva, reprimida.

Entretanto había observado que el nerviosismo de su madre aumentaba. Ella no parecía ser capaz de distraer su mente ni de terminar ninguna tarea que no fuese absolutamente necesaria. Había empezado a coser la nueva tela de hilo que había comprado para

hacer fundas de almohada y había terminado por romper el hilo y tirar la tela otra vez al cajón con un grito de enojo. «¡Sabe Dios por qué no puedo dar esas puntadas más pequeñas! ¡Casi seis por yarda! ¡Se soltarían hasta en un sudario!» Y luego, más adelante, renunció a su intento de ensartar las grandes cuentas rojas que llenaban una taza, y volvió a dejarlas caer en ella, cerrando los ojos. El periódico mereció sólo una ojeada de preocupación y fue doblado otra vez y abandonado en su regazo. Después de lo cual estuvo sentada tanto tiempo mirándole fijamente, que el malestar de David se hizo intolerable. Los ojos de David revolotearon apresuradamente por la habitación, buscando algo que pudiera distraer la fijeza de aquella mirada. Y rozando el saco de carbón que había junto a la cocina, las grietas del techo, la vajilla de la *Pesah* encima del armario de la porcelana, las patas del fregadero, el cubo de basura, los goznes de las puertas y la araña, se encendieron en la camisa que ardía con llama suave y azulada.

«¡Mamá!» No trató de esconder la ansiedad de su voz.

Los párpados de ella temblaron. Ella, que estaba siempre tan cerca de él en espíritu, apenas parecía darse cuenta ahora. «¡Qué!»

«¿Por qué esa luz..., esa luz de la camisa se queda dentro? ¿Dentro de la camisa?»

Ella levantó la vista y se peinó un momento el labio superior con los dientes. «Porque hay grandes cerebros en el mundo.»

«Pero se rompe toda.» David reclamó de ella más atención. «Toda, sólo..., sólo con soplarle.»

«Sí.»

«¿No se quema cuando la enciendes?»

«No.» Aquel tono distante y apagado no abandonaba su voz..., como si sus palabras fueran mecánicas, forzadas.

«¿Por qué?», preguntó él desesperadamente. «¿Por qué no?»

«¿Por qué no qué? No lo sé.» Se levantó, se estremeció de repente. «¡Es como si penetrase en los huesos! ¿Hace frío aquí? ¿O es donde estoy yo sentada? ¿Tendré escalofríos?» Y miró fijamente el fogón, y luego siguió a su propia mirada tras una larga pausa, como si su pensamiento mismo se retrasara, y cogió el atizador.

«Yo no tengo frío», le recordó David resentido.

Pero ella no le había oído. En lugar de ello, sus ojos se habían desviado del rostro de él hacia la pared y se había quedado como si hubiera oído algún sonido en el descansillo de fuera. Nadie. Sacudió la cabeza. Y, todavía con el atizador en una mano, levantó la otra para ajustar la boca de gas bajo la camisa luminosa...

«Ach!» Exasperada, bajó de golpe la mano a su costado. «¿Dónde tengo la cabeza? ¿Qué hago?» Se acurrucó delante de la cocina y enterró el atizador en las cenizas con una estocada de irritación. «¿Has

visto alguna vez a tu madre tan nerviosa? ¿Tan perdida? ¡Dios nos asista, estoy hecha un lío! *Ach!* ¡Ando por aquí y estoy allá! Y ando por allá y estoy aquí. Y de pronto no estoy en ninguna parte.» Levantó la tapa del fogón y echó una paletada de carbón en aquel pozo rojo. «David, cariño, ¿qué decías...?» Su voz se había vuelto solícita, contrita. Ella sonrió. «¿Decías qué? ¿La luz? ¿Por qué qué?»

Animado por el renovado interés de ella, él empezó de nuevo, impacientemente. «¿Qué es lo que la hace arder?»

«¿El gas? El gas, claro.»

«¿Por qué?»

«Se enciende... con una cerilla. Y luego... Eh. Y luego...» Tan bruscamente como había cambiado su humor un momento antes, ahora volvió. Aquella extraña expresión de esfuerzo alargó el rabillo de sus ojos y su rostro recuperó su expresión acosada, alerta. «Y luego se gira... la... la...» Se interrumpió. «¡Sólo un momento, cariño! Voy a la sala de estar.»

¡Aquello era el colmo! ¡David no le hablaría más! No le preguntaría nada. No, aunque ella le hablara, no le respondería. Malhumorado, se dejó caer en su silla, y malhumorado, miró cómo su madre subía apresuradamente los escalones hacia la oscuridad... Oyó la ventana correrse y abrirse, suave, cautelosamente... y luego cerrarse otra vez... Ella bajó los escalones.

«Ni el aire frío puede despertarme.» Sus dedos tamborilearon nerviosamente en la arista de una silla. «Nada sirve de nada. Tengo la cabeza... ¡Ay, lo siento, David, amor! No tenía la intención de escaparme a mitad de respuesta.» Se acercó, se inclinó y lo besó. «¿Me perdonas?»

Sin aplacarse, David la miró con un silencio obstinado.

«¿Ofendido? ¡No lo haré más! ¡Te lo prometo!» Donde las anchas superficies de cera de sus mejillas se curvaban hacia la barbilla aparecieron pequeñas muescas de contrición... Era lo más que podía hacer una sonrisa con aquellos aturdidos ojos pardos, con aquella frente fruncida. Ella se sacudió. «Eh... Se quema, decías. ¡Se quema! ¡Todo se quema! ¡Sí! O casi. Queroseno, carbón, leña, velas, papel, casi todo. Y también el gas... Por lo menos eso creo. Eh...

Y también el gas, ¿comprendes? Lo guardan en grandes cubas, sabes. Unas altas, como los cubos de basura de la calle, y otras pequeñas, como tambores, sólo que más grandes. No lo entiendo.»

«¡Pero mamá!» No iba a permitirle que hiciera una pausa; volvería a caer en su humor anterior si lo hiciera. «¡Mamá! El agua no arde si echas una cerilla a un charco.»

«¿Sarco?», repitió ella. «¿Qué es un sarco? Tu yídish es ahora más de la mitad inglés. No te sigo.»

«Charco. Es agua... en la calle... cuando llueve a veces.»

«¡Oh! Agua. No, lágrimas a veces... ¡No! Tienes razón. El agua no arde.»

«Hay siempre algo..., algo que se quema... cuando hay luz... ¡como ésa!»

«Sí, creo que sí. Cuando era niña, los *goyim* construyeron un *'altar'* cerca de una ciudad situada a cierta distancia de Veljish, porque dos campesinos vieron una luz entre los árboles... y no había nada que se quemara.»

«¿Qué es un..., qué has dicho? ¿Un altar?» Ahora le tocaba a él sorprenderse. «¿Eso quiere decir un viejo?» [2].

«¡No!» Se rió brevemente. Las palmas de sus manos hacia abajo nivelaron impacientemente el aire a la altura de sus pechos. «Por arriba son planos. Así. Y como el terreno era sagrado, lo cercaron.»

«¿Como era qué? Vieron una luz y... ¿nada que se quemara? ¿Y por eso era sagrado?»

«Sí. Eso solían decir. Supongo que era porque también Moisés vio un árbol ardiendo que no se quemaba.

Y también allí el suelo era sagrado.»

«Oh.»

«Sí. Y cuando empieces a ir al *heder*[3] sabrás más de esas cosas que lo que yo sé.» Dejó de ir de un lado a otro y se movió bruscamente hacia el armario de la porcelana. «Creo que voy a poner la mesa... para hacer algo.»

«¿Era sagrada?» Se acercó a ella.

«¿El qué? ¿La luz que vieron los campesinos? *Ach,* tonterías! Mi padre dijo que la realidad fue que una vieja judía caminaba por la carretera que atravesaba el bosque. De dónde venía ella no lo sé...»

Hizo una pausa otra vez. Tres platos habían sido sacados del armario de la porcelana y puestos sobre la mesa. El cuarto, todavía en su mano, no hacía más que revolotear adelante y atrás como si a ella le resultara imposible decidir si ponerlo en la mesa o volver a colocarlo en la pila de donde lo había sacado. Por último, con una exclamación gutural, lo puso en la mesa... delante de la silla en que normalmente se sentaba Luter.

«¡Sí! ¡Así! ¡Oh!» Su cabeza se inclinó hacia atrás como si aquel pensamiento que volvía fuera un impacto. «Sí, volviendo a casa, eso era lo que hacía ella. Sin duda alguna. Y en el camino la sorprendió el crepúsculo. Sí. Era viernes. Ahora bien, ocurrió que llevaba velas..., o eso fue lo que dijo mi padre, aunque nunca me dijo por qué. Quizá ella previo que se retrasaría. No se puede saber lo que hará una mujer devota.» Sus labios se apretaron y ella enrojeció muy débilmente al poner los tintineantes cubiertos junto al plato de Luter. «Lo previo. Digamos que lo previo. Y, como llegaba la noche, se detuvo junto al camino y encendió las velas y rezó ante ellas como me has visto rezar

a mí. Y, después de haber rezado, siguió su camino, dejándolas encendidas... Un judío no puede andar tocando las velas una vez que están encendidas y se ha dicho la plegaria. Entonces llegaron esos campesinos de noche. Y, tan devotos como ella o más quizá...» Con un sonido ligero y chapoteante de la comisura del labio, se le arremolinó una mejilla; ella colocó el platillo y la taza sobre el plato de Luter. «Y quizá borrachos, o seguramente bastante lerdos, vieron la luz en el bosque —decía mi padre— y volvieron corriendo a despertar al pueblo. La vieron, y la vieron desvanecerse, y cuando se acercaron no encontraron nada, no oyeron nada, sólo el sonido de los bosques. ¿Qué más querían? Vinieron sacerdotes y sumos sacerdotes y consagraron el lugar.» Sus ojos, momentáneamente meditabundos, se encendieron de nuevo, escurriéndose hacia la puerta. Otra vez escuchaba.

«¿No dejaron las velas otra vela?» David se esforzaba por recobrar su atención. «¿Como nuestras velas? Es agua y velas.»

Ella se encogió de hombros con impaciencia. «¿Quién se hubiera molestado en mirar? La tierra era sagrada; la gente recordó pronto haber visto ángeles; y todo tiene su fin. Y para qué buscar goterones de cera. El altar hizo al pueblo mucho bien.»

«¿Cómo?»

«La gente, sumida en la ignorancia, venía de toda Austria. Traían a sus enfermos, a sus lisiados. Pedían ayuda, rogaban por sus muertos y por mejorar de fortuna. Y lo siguen haciendo. Y...» Hizo una pausa, perdiendo casi el hilo, pero lo recuperó con una sacudida. «Mientras estaban allí, tenían que comer, tenían que comprar cosas, tenían que dormir en algún lado. No hay cuidado, aquellas velitas iluminaron los días de los tenderos de Lagronow. ¿Comprendes?»

«Sí, mamá.»

«Tanto beneficiaron a Lagronow que algunos judíos, comerciantes, dejaron también velas ardiendo aquí o allá. Nunca volvió a dar resultado.»

«Pero aquélla no era de verdad», le recordó él. «No era una luz de verdad. Y... y no se quemaba. En cambio, Moisés, él...»

«¡Sh!» Repentina y brusca, su advertencia.

David escuchó: el rápido crujir de la puerta exterior. El paso lento y pesado, amortiguado por la alfombra. Era el estilo de su padre, un impulso de impaciencia seguido por una deliberación.

Su madre, con aspecto muy pálido, había abierto la puerta una rendija y estaba allí con la oreja apretada contra ella. Ningún sonido de voces se alzaba, ningún entremezclarse de otros pasos. Ella retrocedió, mirando fijamente, cerró la puerta con cuidado y suspiró, aunque no se podía saber si de alivio o de aprensión, y luego se quedó atenta, esperando que él entrara.

Al cabo de unos segundos, lo hizo, y David supo, por la forma misma de abrirse la puerta, que su padre estaba irritado. Entró... solo. Sus músculos, bajo las oscuras mandíbulas, eran desiguales, marcados, como cuerdas retorcidas y abultadas. Sus ojos mostraban una furia ininterrumpida.

«Albert.» Sonrió ella.

Él no respondió, pero, respirando impetuosamente, se despojó de su abrigo —la chaqueta de debajo se le iba siempre al hacerlo— y se quitó el sombrero, y se los dio a ella.

«Espero que no hayas preparado demasiada cena», comenzó con brusquedad, mientras se quitaba rápidamente corbata y cuello. «No ha querido venir. ¿Me oyes?» Ella había ido al dormitorio de David a colgar el abrigo.

«Sí.» Su voz la precedió. «Puedo aprovechar lo que sobre. No se pierde nada —especialmente en invierno—, no se estropea nada.»

«¡Hm!» Le dio la espalda, se remangó y se inclinó sobre el fregadero. «Y no prepares nada especial para él mañana. Tampoco vendrá.» El jabón, estrujado, resbaló con ruido seco, cayendo en el fregadero. Los dientes de él rechinaron al cogerlo.

«¿No?» Los ojos de ella, descansando en la encorvada espalda del padre de David, se abrieron con un parpadeo preocupado; el rostro de ella se aflojó. Pero un momento después su voz estaba tan claramente sorprendida como podía estarlo una voz sin dejar su reserva. «¿Qué pasa?»

«¡Ojalá lo hubiera conocido tan poco como poco sé de sus motivos!» Se golpeó coléricamente con las palmas chorreantes de las manos el delgado cuello. «¡No me ha querido decir nada! Ni siquiera ha querido hacer el trayecto hasta casa conmigo... Tenía que ir a no sé dónde... ¡Una débil excusa! ¡Y del asunto del casamentero! ¡Ni una palabra! ¡Como si nunca hubiera existido! ¡Como si nunca me hubiera hablado de él! Me ha cogido las llaves por la mañana, ha controlado mis horas extraordinarias y eso ha sido todo.» Cerró el agua con una furiosa sacudida y se apoderó de la toalla. «¡Dios sabe lo que ha encontrado, o hecho, o conseguido! ¡No lo entiendo! Pero ¿por qué, me lo quieres decir?» La toalla dejó de remolinear. «¿Crees que si hubiera encontrado una mujer que lo considerase a él agradable y tuviera —ella, quiero decir— mucho dinero, crees que eso podría haberlo vuelto tan estirado?»

Un gemido débil e inquieto anunció la respuesta de ella. «No lo sé, Albert.»

«¡Sé sincera!» De repente, hizo con la toalla una pelota, miró airadamente y sacó el labio. «¡Respóndeme sin rodeos!»

«¿Qué pasa, Albert?» Ella levantó unas manos asombradas, defensivas. «¿Qué pasa?»

Viendo su alarma, David se retorció hacia atrás en su silla y los miró aprensivamente bajo el cerco de sus ojos bajos.

«Yo...», se interrumpió su padre, mordiéndose el labio. «¿Fue algo que dije... yo? ¿Parecía que me estuviera burlando de él...? ¿Cuándo fue?... ¿El viernes por la noche? ¿Cuando te dije que estaba yendo a un casamentero?»

«¡Claro que no, Albert!» El cuerpo de ella pareció relajarse. «¡No! ¡En absoluto! ¡No dijiste nada que pudiera ofender a nadie! ¡Yo pensé que le divertía!»

«¿Estás segura? ¿Estás segura de que no se marchó tan pronto por... por alguna broma mía?»

«Segura. No dijiste nada inoportuno.»

«¡Anh! ¡Eso creía yo! Bueno, ¿qué diablos le ha picado entonces? Era como si tuviera un rencor oculto. ¡No me hablaba! ¡No me miraba a los ojos! ¡Un hombre al que conozco hace meses! ¡Un hombre que ha estado aquí noche tras noche!» Atrajo una silla hacia sí y se dejó caer en ella.

«Hoy al mediodía se comió su almuerzo con ese Paul Zee-man. Sabe que aborrezco a ese hombre. Lo hizo para molestarme. ¡Lo sé!»

«Pero... no... no dejes que eso te trastorne, Albert. Quiero decir, ¡no te ofendas por eso! Parece..., bueno...» Se rió nerviosamente... «Parece demasiado una maniobra de chicas en el colegio... eso de... comer con otro.»

«¿Ah sí?», preguntó él sarcásticamente. «¡Y tú qué sabes! No lo has visto en todo el día. ¡No fue sólo eso! ¡Había más! ¡Te digo que hay algo que le hierve en esa cabezota suya! ¡Un odio por alguna razón demencial! ¡Una venganza que aguarda su momento! ¿Sabes?» De repente se echó hacia atrás y levantó la vista hacia ella, con ojos entrecerrados y suspicaces. «No pareces consternada... No pareces muy abatida.»

«¡Pero Albert!» Ella se encogió ante su severo escrutinio. *¡Estoy* consternada! *Estoy* abatida. Pero ¿qué puedo hacer? Mi única esperanza es que esa... esa hostilidad... o como quieras llamarla... sea... ¡sea sólo temporal! ¿Qué otra cosa puede ser? ¡Quizá por algún tiempo! ¡Algo que le preocupa y que no quiere revelar! ¡Bueno, puede habérsele pasado del todo mañana!»

«Sí. ¡Realmente puede! ¡Puede habérsele pasado lo que sea! Pero yo creo que nadie puede convertirse en un extraño para mí de la noche a la mañana, a menos que piense que le he hecho algún daño. ¿No es así? Y él... es peor que un extraño... ¡Es mi enemigo! ¡Me evita como si ver mi cara fuera una puñalada! ¡Mira a otra parte sombrío! ¡Ja! ¡Es algo más que una cosa pasajera! Es... ¿Qué te pasa?»

Ella estaba pálida. Con la jarra de cristal en una mano, se esforzaba vanamente con la otra por abrir la llave del grifo. «¡No puedo abrirlo,

Albert! Debes de haberlo cerrado demasiado fuerte al lavarte. Quiero un poco de agua para la mesa.»

«¿Te sientes débil de pronto?» Se levantó, se dirigió malhumorado al fregadero a grandes pasos e hizo girar la llave para abrirla... «En cuanto a él», miró siniestramente el agua que salía a borbotones, «si no cambia, más le valdrá tener cuidado! ¡Descubrirá que yo también puedo cambiar, y más aún!»

Hubo una pausa, una acumulación de tensión. En silencio, su madre puso la jarra sobre la mesa, se dirigió a la cocina y comenzó a servir con un cucharón la humeante sopa amarilla de guisantes. Las gotas perdidas que caían de las tortitas pardas al pasarlas de la cazuela a los platos siseaban sobre los aros de la cocina. El olor era sabroso. Pero David, mirando apresuradamente el rostro oscuro de su padre, resolvió comer con más cuidado que el que había puesto al comer en toda su vida. Hasta entonces aquellos ojos sombríos apenas se habían posado en él; ahora se dio cuenta de que estaba tratando de encogerse sobre sí mismo para desaparecer de su vista. Y, al fracasar, se concentró en la humedad helada de la jarra de cristal y en la forma en que cada gota esperaba a estar madura para resbalar.

Su padre alargó la mano hacia el pan... Aquello pareció disminuir la tensión. Aliviado, David levantó los ojos. Su madre se aproximó, con el rostro extrañamente preocupado y pensativo, de algún modo incongruente, completamente disociado de su tarea de llevar una sopera. La puso ante su padre y, enderezándose, le tocó tímidamente en el hombro.

«¡Albert!»

«¿Hm?» Dejó de mascar y dio vueltas a la cuchara que acababa de coger.

«Quizá tendría que preguntártelo después de cenar, cuando te sientas más a gusto, pero...»

«¿Qué?»

«¿No... no harás nada precipitado? ¡Por favor! ¡Te lo ruego!»

«Sabré qué hacer cuando llegue el momento», respondió él sombrío. «No te preocupes.»

A su pesar, David se sobresaltó. Contra una súbita pantalla de oscuridad había visto un techo oscuro, un martillo blandido sobre pálidos guijarros que miraban fijamente.

«¡Pouh!», resopló su padre, bajando la cuchara. «¿Sal? ¿Has dejado de usarla?»

«¿No tiene sal? ¡Lo siento, Albert! Todo lo que hago hoy me sale mal... ¡Hasta la sopa!» Se rió desesperada. «¡Menuda cocinera estoy hecha!»

«¿Qué era lo que te preocupaba *a ti* tanto?» Su mirada penetrante se posó en David. «¿Se ha perdido otra vez o ha hecho alguna otra

locura?»

«¡No! ¡No! ¡No ha sido él...! ¡Empieza a comer, hijo! ¡No ha sido él! ¡No lo sé! En nada de lo que he hecho hoy tenía los ojos ni la cabeza. Cada hora me encontraba en algún nuevo lío. Ha sido uno de esos días fatales que vuelven a la gente supersticiosa. En este mismo momento hay un pañuelo en el patio. ¡Dios sabe por qué se me ha caído!»

El padre de David se encogió de hombros. «Por lo menos tú estabas sola. ¡Nadie te observaba! Nadie que te taladrase con los ojos haciendo que te equivocaras.»

«¿Te refieres también... a él?»

«¡Sí! ¡A él! Por dos veces no metí la hoja en la prensa bien. ¡Se arrugaron, se rompieron! ¡El cojín se llenó de tinta! ¡Cada vez estuve diez minutos limpiándolo! ¡Te aseguro que él estaba encantado! ¡Lo vi!» Dejó de comer y martilleó con la cuchara en la mesa. «¡Hay algo perverso cociéndose en su interior! ¡Está esperando, esperando algo! ¡Podía sentir durante todo el día sus ojos en mi espalda, pero nunca cuando me volvía hacia él! ¡No me dejaba concentrarme en el trabajo! ¡Alimentaba la prensa como si fuera un inválido! ¡No hubiera podido hacerlo peor ni el día que empecé! ¡Unas veces demasiado pronto! ¡Otras demasiado tarde! ¡Otras veces simplemente mal! Y luego ese papel ensuciado cogido por el rodillo... en medio de aquella tinta viscosa. ¡Tuve que desmontarlo todo! Y a cada minuto la sensación de que él me observaba. ¡Ja!» Respiró ásperamente. Sus labios se contrajeron y sus palabras golpearon contra los dientes cerrados. «¡Es más de lo que puedo soportar! ¡Más de lo que voy a aguantar! ¡Si está buscando algo, lo encontrará!»

«¡Albert!» Ella había dejado de comer también y lo miraba presa del pánico. «¡No...!» Se cerró los labios con dedos inseguros.

«¡Te digo que tendrá noticias mías! ¡No soy un borrego!»

«Si... si es tan malo, Albert. Si no cambia, y él... él es así... ¿por qué no te v-vas? ¡Hay otros puestos!»

«¿Irme?», dijo con aire siniestro. «¡Irme! Bueno. Pero el primer hombre en quien he confiado en esta maldita tierra me trata como un enemigo. ¡El peor de todos! ¡Irme!» Miró a su plato amargamente y sacudió la cabeza. «Tú también eres rara. Temblabas cada vez que tenía un trabajo nuevo..., temblabas por que lo conservase. Lo podía ver en tu cara... Me recomendabas que tuviera paciencia.

Y ahora me animas a irme. ¡Bueno, ya veremos! ¡Ya veremos! ¡Pero cuando me vaya se enterará, no te preocupes!

Y hazme un favor. Quita esos platos de ahí.» Señaló hacia el sitio de Luter. «Es como si alguien se hubiera muerto.»

1

«¡Me importa un pito!» [N. del T.]

2
En yídish, como en alemán, alter significa 'viejo’. [N. del T.]
3
Escuela donde los niños judíos aprenden los textos sagrados. [N. del T.]

XVI

EL martes por la tarde, el rostro contraído, aturdido, de su madre lúe más de lo que podía soportar. Sin pedirle que esperase en el descansillo, había huido a la calle y, sin llamarla, había vuelto a subir, solo. Ni Annie, que nunca pasaba renqueando sin sacarle una lengua como una lezna, ni el reiterado «yorón» de Yussie, ni la puerta del sótano al fondo del zaguán vacío eran la mitad de difíciles de soportar que la rígida angustia de la cara de su madre o el silencio entumecido de las horas de espera de su padre. Una y otra vez, casi hubiera deseado que, por algún milagro, Luter volviera, que estuviera allí, al lado de su padre, al abrir la puerta. Pero su madre sólo ponía tres cubiertos en la mesa. Así que no habría milagro. Ella lo sabía. ¡Luter no volvería!

Y cuando su padre llegó a casa venía otra vez solo. Su aspecto aquella tarde era aterrador. Nunca, ni siquiera la noche en que pegó a David, había irradiado una furia tan cruel, tan eléctrica. Era como si su cuerpo entero ardiera a fuego lento, y de él fluía una emanación fuerte, palpitante, heladora, una niebla oscura y corrosiva que resultaba tanto más temible cuanto que David se daba cuenta de que era sólo un débil efluvio del pavoroso volcán que había enterrado dentro. Su padre se negó a hablar. Apenas tocó la comida. Sus párpados, normalmente finos, parecían haberse estirado más allá de la redondez humana, revelando todo el globo del ojo, en el que las pupilas negras casi sumergían el pardo iris. No miraba a nadie. Su mirada demente, bruñida, erraba sin cesar por encima de sus cabezas a lo largo de las paredes, como si siguiera y volviera a seguir la línea de la moldura que había debajo del techo. En la oquedad que quedaba entre boca y barbilla, sus labios, al crisparse, arrojaban un parpadeo continuo de sombra. Había un lugar, por encima de las rígidas aletas de su nariz en hoz, que parecía mellado..., tan apretadas y blancas eran. Sólo una vez rompió su silencio y sólo por breve tiempo, con una voz tan áspera y forzada como un graznido.

«¿Harina? ¿Por qué? ¿Dos sacos de harina? ¿Bajo el aparador? ¿Bajo los platos de la *Pesha*?»

Ella lo miró muda, demasiado aturdida, demasiado asustada para responder.

«¿Hanh? ¿Es que te van a emparedar aquí o qué? ¿O es para los largos años de escasez que se avecinan?»

Todo el cuerpo de ella, antes de responder, tembló hacia adelante, como si se estuviera sacudiendo capas y más capas de alguna tela amortiguadora, sofocante.

«¡Harina!» La voz de ella, por la tensión, era aguda e histérica. «Una rebaja en la tienda de comestibles. ¡Nev... Neven's Street! ¡Ahí, en ese mercado!» Tembló otra vez y tragó, esforzándose desesperadamente por tranquilizarse. «Pensé que, como utilizamos mucha, sería una buena idea... ¡Oh!» Se puso en pie de un salto con horror. «¡Quieres decir que por qué los dejé bajo los platos de la *Pesha!* ¡Los quitaré! ¡Ahora mismo!»

«¡No! ¡No! ¡Déjalos! ¡Déjalos!» (David pensó que el furioso *crescendo* de su voz no acabaría nunca.) «Siéntate. ¡Los ratones no llegarán hasta allí!»

Ella se sentó aturdida. «Lo haré luego», dijo con voz sin expresión. «No hubiera debido dejarlos ahí. Ya no soy capaz de pensar.» Y tomando aliento profundamente: «Estos días se tiene la tentación de comprar más de lo que se necesita, las cosas son tan baratas. ¿Hay algo que pueda ofrecerte? ¿Salmón ahumado? ¿Crema agria, casi tan espesa como mantequilla? ¡Dicen que le echan harina! ¿Aceitunas negras?»

«Se me parte la cabeza.» Los ojos de él vagaban otra vez por las paredes. «Procura hablar lo menos posible.»

«¿No puedo hacer algo por ti? ¿Una compresa fría?»

«No.»

Ella cerró los ojos, se balanceó ligeramente y no dijo más.

David hubiera gimoteado, pero no se atrevía. Los minutos, intolerables, se devanaban de una interminable bobina de pesadilla...

Para la tarde del miércoles se había producido en su madre otro cambio, y todavía más perturbador. La tarde de ayer y el día anterior se había mostrado impaciente con él, insensible a sus preguntas, distraída e inconexa en sus respuestas. Ahora lo escuchaba con una fijeza que lo inquietaba cada vez más. Adondequiera que fuera él por la cocina, dondequiera que estuviera, de pie o sentado, los ojos de ella lo seguían, y había algo tan ferviente, tan concentrado en su mirada, que él se dio cuenta de que sus propios ojos no se atrevían a encontrarse con los de ella. Ella no lo regañaba hoy por perder el tiempo con su pan con mantequilla de después del colegio, ni por posponer el momento de tener que bajar a la calle. Al contrario, todo era al revés. Aquella tarde fue él quien comió rápidamente para estar listo antes para bajar y su madre la que trató de retrasarlo. «¿Y qué más?», preguntaba, en el momento en que él había terminado de contar algo ocurrido en el colegio. «¿Y qué más pasó? ¿Qué viste entonces?» Y su tono tenía siempre la misma nota arrebatada e insistente, y ella pendía de cada una de sus palabras con una mirada tan febrilmente hambrienta, que varias veces lo recorrió un extraño estremecimiento, un escalofrío, como si el suelo, por un momento, se hubiera abierto a sus pies y él estuviera precipitándose en el vacío.

«Y al volver a casa», le insistió ella. «No me has contado. ¿No ha pasado nada?»

«No-o.» Vaciló, y sus ojos erraron por la cocina, evitando aquella mirada demasiado brillante, insistente. ¿Cuándo estaría satisfecha, se preguntó, cuándo lo dejaría marchar? Inquieto, rebuscó en sus recuerdos y encontró la única cosa que no le había contado aún a ella. «Había un hombre ayer», comenzó. «En la calle que hay al otro lado del colegio.» Se interrumpió, esperando contra toda esperanza que el interés de ella flaqueara.

«¡Sí! ¡Sí!» La voz de su madre era como un aguijón. «¡Sí!»

«Y ese hombre estaba haciendo una acera. Así.»

Palmeó la verde hoja de hule que había sobre la mesa. «Con un hierro con mango. Una acera nueva.»

«¡Están desarrollando Brownsville!» Le sonrió con una intensidad espantosa. «¿Y qué? ¡Mi amor callado, que no tiene ganas de hablar! ¿Y qué?»

«Y cuando el hombre no estaba mirando... y la acera era verde: es verde cuando es nueva.»

«Lo he visto también.»

«Vino un chico, y el hombre no estaba mirando... Estaba manejando el hierro por aquí. Y el muchacho puso el pie encima..., así.» Se deslizó de la silla y tocó con el dedo gordo del pie el linóleo. «E hizo un agujero con el zapato. Así...»

El rostro de ella se había aflojado extrañamente, y sus labios se abrieron para echar lentamente el aliento. Las superficies tirantes y pálidas de sus mejillas parecían haber resbalado por su mentón, sobreponiéndose a él. Bajo las alzadas cejas, sus ojos pardos y atentos enfocaban una distancia tan inmensa que volvía a ella. Consternado, David dejó de hablar y, parpadeando, la miró.

«¡Te he oído! ¡Te he oído!» Ella sacudió la cabeza sin aliento. «¡Sí! ¡Sí! ¡Te he oído!» Por largos pasillos de meditación, la mirada de su madre voló de nuevo hacia él. «¡Sí!»

«¿Por qué mirabas d-de ese modo?» Él oscilaba entre la alarma y la curiosidad.

«¡Por nada! ¡Por nada en absoluto! Yo también lo hice cuando era niña, poner el pie en una carretera recién hecha. ¡Pero la mía era negra! ¡Por nada! ¡Por nada en absoluto! ¿Y luego qué? ¿Qué hizo el hombre?»

«El hombre», continuó él desasosegado, «el hombre no lo vio. Y ayer la terminó... Cuando yo iba al colegio ayer después del almuerzo. Y ahora ya no hay tablas encima. Y es dura como las otras aceras. Casi blanca la han espolvoreado. Y... y se puede saltar sobre ella. Así. Y no se puede hacer nada. Pero él hizo ese agujero. Y ahora hay un agujero. Hasta se puede ver el hierrito rojo de su zapato... delante. ¡También

hizo un agujero! Y ya hay una colilla dentro.»

«¡Natural!»

«¿Por qué se pone de tal forma que no se puede hacer ya un agujero en ella...? Ni siquiera con un paraguas. Vi uno roto. Sólo chispas cuando la golpeas.» Bajó la cabeza ante aquellos ojos hambrientos, redondos. «Habla tú ahora.»

«¡No, tú!»

«¡Aaaaa!»

«¿No quieres?», lo halagó ella.

«Ya he terminado del todo... el pan», le recordó de mal talante.

«¿Quieres más? ¿Un poco de leche?» La ansiosa intensidad con que sus palabras se sucedían unas a otras parecía exprimir letras de las sílabas.

Él sacudió la cabeza y la miró de través.

«Puedes quedarte conmigo un rato, amor.» Abrió los brazos para que él viniera. «No tienes que bajar.»

Él se desanimó, hizo un puchero, pero finalmente se dirigió hacia ella pesadamente y se acomodó en sus rodillas. Durante todo el tiempo había tenido muchas ganas de bajar, de escaparse, pero otra vez había detectado un sonido de súplica en la voz de su madre, una expectación.

«Me... me quedaré aquí.»

«¡Oh, en realidad tienes ganas de bajar!» Abrió los brazos. «¡Sí que tienes! Te he estado reteniendo. ¡Vamos! ¡Te traeré el abrigo!»

«¡No! ¡No! ¡No tengo ganas! ¡No, mamá! Sólo... sólo quería mirar por la ventana. Eso es lo que quería.»

«¿Nada más? ¿Estás seguro?»

«Sí. Sólo que abierta. Tiene que estar abierta.» Hacía falta alguna condición para justificar sus vacilaciones. «¿La abrirás?»

«¡Claro!» De repente lo estrechó contra ella ardientemente, acunándolo contra su pecho. «¿Qué haría yo sin mi hijo en mis horas amargas? ¡Mi hijo! Pero, cariño, la ventana de la escalera de incendios. No la otra. ¿De acuerdo? ¡Cosita mía! Te buscaré un almohadón para que te apoyes. ¿Quieres ir ahora?»

«Sí.» Se retorció para soltarse.

«Antes ponte el jersey. Fuera hace frío.»

Ella se lo buscó. Y, cuando él se lo había puesto, los dos fueron a la sala de estar, en donde ella abrió la ventana que había delante de la escalerita de incendios, descorrió las pesadas cortinas blancas, limpió el alféizar de tiestos y botellas de leche y puso encima un almohadón.

«Y esto te vendrá bien para arrodillarte encima.» Acercó una silla. «No se estropea y podrás ver mucho mejor. ¿Tus mitones?»

«No. No tengo frío.»

Ella se inclinó sobre la espalda de él, olfateando el aire. «Taladra

las narices. ¿Ves qué azul se ha puesto allí, sobre esas casas marrones? ¡Qué pronto! En verano sería tarde y Albert enseguida...» Se detuvo. Los dedos de ella se crisparon en las espaldas de él. *«Ach!* ¡He tirado una piedra contra mi propio tejado!» Con mano negligente y de pronto sin objetivo, le acarició las orejas y la nuca. «No es posible esconderse mucho tiempo del miedo.» Gimió suavemente y empezó a tamborilear en el cristal de la ventana como había tamborileado en la mesa ayer y el día anterior. «¿Tejerás otro sueño para mí si llego tarde? No.» Le dio una palmadita en la cabeza y salió despacio de la sala de estar.

Incomodado, él se inclinó más para mirar a la calle.

A la derecha había niños cerca de las tiendas del final de la manzana, chicas que saltaban a la cuerda. Annie estaba dando comba. Podía ver su aparato ortopédico. Entrecerrando fuertemente los ojos, creyó divisar a Yussie, de pie al lado del chico del triciclo, pero no estaba totalmente seguro de que realmente lo fuera. Entonces, hubiera podido bajar y permanecer cerca de la casa si ser molestado. Habría sido mejor que estar a medias en la calle y a medias no. Se preguntó cómo era posible estar a medias en la calle y a medias no y, sin embargo, no poder ver al mismo tiempo la calle y el interior de la casa. Podía ver la calle y la pared amarilla de su casa, pero no el interior. Una vez había visto hombres derribando la pared de una vieja casa de madera. Se podía ver el interior desde la calle: el papel de la pared y la araña de cristal, el espesor negro entre los pisos, ventanas, puertas abiertas. Era raro. Todo parecía encogido. Todo parecía asustado.

Hubo un grito en la calle. El eh ice del triciclo había empezado a pedalear, seguido por el otro que, alternativamente, empujaba y saltaba al eje que unía las dos ruedas traseras. *Era* Yussie. Dieron un viraje, saltaron con un tumbo del bordillo al arroyo, trazaron un círculo inclinados, zigzaguearon como borrachos y volvieron a saltar al bordillo. Con un sentimiento de celos, David aguzó el oído para captar lo que Yussie estaba gritando entre chillidos de risa. Él no le daría una vuelta a Yussie si tuviera una bici. Nunca. Ni siquiera se quedaría en aquella manzana. No, se iría muy lejos. ¿Adonde de lejos? Se perdería otra vez. La idea le dio un estremecimiento. Pero esta vez no. Su madre le escribiría la dirección y él la llevaría siempre encima, en el bolsillo. No lo engañarían otra vez. Se iría en su triciclo. Quizá después de aquellos postes de telégrafo, si uno seguía y seguía, habría un lugar como un cuadro de la confitería. Aquella señora de pie sobre una gran caja de puros que llevaba un pañuelo bajo los ojos, y grandes pantalones cómicos, sin vestido, y una espada curva. Un lugar donde estaban las casas en que ella vivía, todas acabadas en afiladas puntas. Una vez había visto un hombre con un sombrero así, en punta afilada. Llevaba bigotes y estaba en el periódico judío que compraba su madre.

¡El *Tageblatñ* Cuando bajó aquella noche y… ¡No! Perdió el dinero… ¡No! ¡No! ¡Y… y! ¡No!… Casas, decía. Puntas. Tenían puntas, sí, no ángulos arriba como las del otro lado de la calle. Un ángulo amarillo y de madera vieja. Un ángulo marrón y verde.

Y la gris con la ventanita que parecía como si el tejado fuera a ser una estrella… descendía y luego no bajaba tanto. ¿Por qué?

No podía responder a la pregunta, y volvió a mirar a los dos del triciclo. Yussie se había bajado y el propietario, con los pies separados de los pedales que giraban rápidamente, dejaba que el otro lo empujara tan deprisa como podía. Tenían las viseras de las gorras vueltas hacia atrás. Tocando la bocina sin aliento, botaban velozmente por la calzada llena de baches hacia la casa de David. Estaban haciendo carreras. Lo podía ver por sus gorras. Y, al acercarse, el «¡Ganamoh! ¡Ganamoh! ¡Korre!» estridente y espoleante del conductor hizo que su propia sangre le hormigueara en las venas. Ahora estaban casi delante de la casa.

Un momento más y pasarían bajo su ventana… Cuando de repente, con un brusco chirrido de zapatos que resbalan, Yussie frenó las rápidas ruedas hasta que se detuvieron y miró boquiabierto por encima del hombro del otro. Asombrado, David volvió la cabeza hacia la izquierda, siguiendo su mirada.

A sólo unas yardas se acercaba un desconocido alto y delgado, ligeramente encorvado y llevando contra su abrigo oscuro un paquete blanco, en alto, como si quisiera ofrecérselo a los dos chicos que tenía delante. Por un instante, David se quedó mirándolo fijamente, y de repente, en el espacio de una zancada, no vio ya un desconocido ni un paquete, sino a su propio padre, cuya mano derecha, contra el abrigo, colgaba de un cabestrillo y estaba envuelta en vendajes. David gritó.

«¡Papá! ¡Papaá!»

La lenta cabeza se levantó, mandíbulas torvas, nariz aguileña y globos oculares que miraban feroz y fijamente. Los dos chicos sobre el triciclo y a su lado se desplazaron, apartándose de su camino. David se separó bruscamente de la ventana y huyó gritando a la cocina. Su madre estaba ya en la escalera, asustada…

«¡David! ¿Qué pasa?»

«¡Viene papá! ¡La mano! ¡La mano! ¡La tiene…!» Dio una vuelta alrededor de la suya. «¡Toda blanca! ¡Viene!»

«¡Dios santo! ¡Herido! ¿Está herido?» Lo sacudió. Sus pardos ojos sobresaltados parecían despertar la palidez de su piel, la mano asida a sus cabellos su bronce. «¡Albert!» Corrió a la puerta. «¡Albert!» Su voz en el descansillo era ronca. «¡Albert! ¡Albert!»

Para David, acurrucado contra los escalones de la sala de estar, las palabras ásperas y reprimidas de su padre chasquearon a través de la puerta abierta.

«¡Calla! ¡Calla, te digo! ¡Basta de lamentaciones! ¡Entra!»

«¡Sangre! ¡Sangre!»

Gimiendo, clavándose las uñas en la mejilla, su madre entró... empujada hacia atrás, a la distancia del brazo, por su padre. El rostro de él estaba gris, tan gris que su azulada barba incipiente en las mandíbulas duras y abultadas se destacaba en puntitos separados. Sobre el espeso vendaje blanco de su mano, una mancha roja miraba furiosamente donde hubiera debido estar el pulgar.

«¡Sí! ¡Sangre!», le espetó, cerrando de golpe la puerta. «¿Nunca la has visto? ¡Primero ese idiota se pone a ladrar desde la ventana al verme! ¡Y ahora tú! ¡Lamentaos! ¡Lamentaos! ¡Haz que vengan todos los vecinos para que se partan de risa!»

«¡Oh, Albert! ¡Albert!» Oscilaba adelante y atrás. «¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?» Las lágrimas se trenzaban en sus pómulos.

«¡Siempre has sido una estúpida!», gruñó. «¡Ya ves que estoy vivo! ¿Quieres callarte?»

«¡Cuéntame! ¡Cuéntame!» Su voz menguaba de angustia. «¡Cuéntame...! ¿Qué has... hecho? ¡Yo... ay! ¡Antes de que...!»

«¿Qué he hecho? ¿Yo?»

«¡Qué! ¡Cuéntame!» Respiraba fuertemente. «¡Deprisa !»

«¡No te equivocas mucho!», gruñó él. «¡Casi lo has adivinado! ¡Sí! ¡Lo hubiera hecho, pero aquella maldita máquina me trituró antes! ¡Anh! ¡Esa prensa le salvó! ¡Él no lo sabe! Yo hubiera... ¡Qué!»

Con un gemido susurrado, ella hundió la cabeza. Se dirigió dando traspiés hacia una silla, se dejó caer en ella y se abandonó, con los brazos inertes colgando a los costados. Al ver su terible palidez, David rompió a llorar.

«¡Bah!», se burló furiosamente su padre. «Por amor del cielo, creía que tenías más sentido común.» Se dirigió a grandes pasos al fregadero, llenó un vaso de agua y se lo metió a ella entre los labios. El agua le correteó por la barbilla, salpicándole el vestido. «¡Y eres tú la que se desmaya!», resopló amargamente.

«¡Estoy bien!», dijo ella débil, levantando la cabeza. «Estoy bien, Albert. Pero..., pero ¡no le habrás pegado!»

«¡No!», salvajemente. «¡Ya te he dicho que no! Se escapó. ¿Te preocupa más él que yo? ¿Es eso?»

«¡No! ¡No!»

«Entonces, ¿por qué te desmayas? Sólo es el pulgar.

¡Las mandíbulas de la prensa! ¡No fui lo suficientemente rápido! Se atascó, eso es todo. No te pusiste así cuando me cogí la uña de este dedo, ¿eh?»

Ella siseó, dando un respingo.

«Todavía lo tengo —el pulgar— si eso es lo que te preocupa. ¡Si no me hubieras dejado sordo con tus voces te lo hubiera podido decir

antes! Y ahora ayúdame a quitarme el abrigo… ¿O estás aún demasiado débil?»

Ella se levantó insegura y agarró el cuello del abrigo de él.

«¡Maldito sea!», murmuró él retorciéndose lentamente para soltarse. «¡Ese perro traidor! ¡Que el fuego de Dios lo consuma! ¡No tienes más derechos que los demás! Eso fue lo que me dijo antes de esto… ¡Anh!», gruñó entre dientes cuando la manga le rozó la mano herida. «No hubiera debido dejar… que la chaqueta… se fuera también.»

«¿Tanto te duele, Albert?» Extendió la mano. «No quería…»

«¡Deja de tratarme así, quieres! ¡No necesito ayuda!»

Miró fijamente el vendaje que, ahora que se había quitado el abrigo, le pareció a David, con sus ojos empañados por las lágrimas, que se había hinchado al doble de su tamaño.

«¡No hubiera tenido necesidad de taparme también los dedos, el muy idiota!» Se dejó caer en una silla y se cubrió los ojos con su mano huesuda. La tenía muy ennegrecida por la tinta, sin lavar. «¡Médicos! Prefieren usar la venda entera a molestarse en cortarla. ¿Y por qué no? No tienen que llevarla ellos.» Dejó caer la cabeza hacia atrás.

«¿Te puedo dar algo? ¿Café? Todavía queda un poco de vino.»

«No», cansadamente. «Pronto tendré sueño sin necesidad de vino. Voy a dormir bien.» Enganchó el tacón de su zapato de un negro mate en el barrote más bajo de la silla y gruñó mientras se inclinaba.

«¡Déjame!» Ella inició un movimiento hacia adelante.

Él la rechazó con un gesto. «¡Con una mano basta!»

Y soltándose los botones: «El ángel del Destino golpea siempre donde no te lo esperas. Yo creía que antes de perder de vista a ese perro lo haría retorcerse. ¡Y lo hubiera hecho!» Rechinó los dientes. «Tenía suficiente veneno dentro para acabar con una veintena de Luters. Pero me sacaron de allí como a un corderito.» Se quitó un zapato, sacudiéndoselo, y lo miró rodar sobre un lado, torpemente. «Pero no se puede pensar demasiado cuando se está alimentando una prensa. No puede uno ocuparse demasiado de quien se odia. Ésa es la ventaja de ser capataz. ¡Tiene las manos libres!» Se liberó el otro pie del zapato, con una sacudida. «¡Anh! Pero él estaba pálido cuando me llevaron a la oficina del jefe. Debe de haber visto lo que había en mis ojos. Debe de haber sabido de quién era la culpa. Y a mí me quedaba una mano sana. O quizá fuera la sangre lo que no podía soportar. Se la dejé en sus alfombras.»

Ella lo había estado mirando, rígida. Y cuando él dejó de hablar un temblor la recorrió. «¿Ha dicho…, ha dicho algo el médico? ¿Se te curará pronto?»

Él se encogió de hombros. «No podrá hacer otra cosa. No podré utilizarla durante semanas… Por lo menos eso es lo que él dijo. Está

bien machacada.»

Ella gimió.

«Han hablado de pagarme algo por el tiempo que esté fuera. Me lo han ofrecido ellos mismos. No sé por qué. Pero no creo que me den mucho. Mañana los veré otra vez y al méd… ¡Mañana!» Tomó aliento ruidosamente. «¡Mañana es jueves!»

Sus labios se hincharon de odio y sus ojos ardieron salvajemente. Tanto David como su madre lo miraron, fascinados de terror.

«¡Malditos sean él y sus regalos!», gruñó de repente. «¡Ojalá ardan juntos! ¡Que Dios lo haga pedazos!»

Su codo derecho se movió hacia abajo, pero el cabestrillo detuvo la mano. Retorciendo los labios, alargó la izquierda por detrás de su espalda, buscó en su bolsillo derecho trasero y sacó su libreta de cuero negro.

«¡Maldito sea!»

Sacó una tirita de papel blanco, el pase del teatro, la arrugó con dedos trituradores convirtiéndola en una bola crujiente y la arrojó sobre la mesa.

«¡Nada me sale bien! ¡Todo es un desastre! Pero ¿por qué me dio eso? *¿Y* qué es lo que le hizo cambiar? ¡Si lo supiera! ¡Si lo supiera!» Su mano izquierda tamborileó en la mesa.

Hubo un horrible silencio mientras miraban fijamente la bola de papel sobre la mesa. Luego, su padre sacó la mano vendada del cabestrillo y empezó a extenderla lentamente, adelante y atrás, para flexionar un codo agarrotado y chasqueante. Su rostro tenía una expresión de torvo dis-tanciamiento, como si no estuviera experimentando con su propia mano, sino con la de otro. En los rasgos de su madre se leían el horror y la piedad. David miraba de uno a otro y finalmente sus ojos, como los de ellos, fueron a descansar en la mano que acababa de posarse suavemente en la mesa, tenuemente brillante y peninsular sobre el hule verde. Los minutos parecían pasar en monótono vacío que se arrastraba, en el que no se pronunciaba palabra alguna. David levantó la vista. El rostro de su madre no había cambiado, como si aquella mirada angustiada estuviera fijada en piedra. Pero el rostro de su padre se había arrebolado, relajado; su aliento profundo silbaba levemente en sus narices. Sus párpados habían empezado a remolonear al cerrarse, abriéndose no en una etapa, sino en dos. Habló. Débiles ruedas de trinquete del esfuerzo, contra la somnolencia y la fatiga, tictaqueaban y obstaculizaban su voz, volviéndola espesa. Y, como para sí mismo…

«No volveré a trabajar ahí. Nunca volveré a trabajar en la tipografía en general. He terminado. El trabajo que haga en adelante será al aire libre…, solo si puedo. Pero siempre al aire libre. No me dejaré encerrar otra vez por la tinta y el metal. No quiero capataces

por amigos. No quiero a nadie. No..., no tengo suerte con los hombres.»

Suspiró ásperamente, se levantó y bostezó como si gimiera. La mano vendada se estiró hacia el techo y, cuando la bajó volviendo a meterla en el cabestrillo, con un ojo cerrado de dolor...

«Es como si estuviera hueca.» Se volvió hacia la sala de estar, miró a David por un momento y subió.

«Te traeré una colcha», le siguió ella.

Él no respondió y los dos subieron los escalones de la sala de estar.

Sentado en un silencio entumecido junto a la ventana, David los miró fijamente, los vio desaparecer, escuchó. La cama crujió. Al cabo de unos momentos oyó el rápido paso de su madre y luego el deslizarse de algo que era arrastrado desde el diván: la colcha. Y luego el dormitorio quedó cerrado y sólo oyó el tictac del reloj. El extraño sobresalto de terror que había sentido cuando los ojos de su padre se posaron en él seguía persistiendo en su interior. Lo había visto antes —aquella mirada, aquel parpadeo de sospecha velada, más aterrador que la ira—, lo había visto casi siempre el día en que su padre había dejado un trabajo. ¿Por qué? ¿Qué había hecho él? No lo sabía. Ni siquiera quería saberlo. Le asustaba demasiado. Todo lo que sabía le asustaba. ¿Por qué tenía que estar aquí cuando su padre venía a casa? ¿Por qué lo había retenido su madre? ¿Por qué tenía él que saber? Uno tenía que saberlo todo y, de repente, lo que uno sabía se convertía en algo distinto. Uno olvidaba por qué, pero era algo distinto de todas formas. Algo que te asustaba...

Hubo un ruido en el zaguán..., la puerta de abajo. Unos pies apresurados subieron las escaleras, ascendieron; pero, al pasar por su piso, se detuvieron, bajaron, se acercaron a su puerta con incertidumbre. David bajó de la silla, escuchó y abrió la puerta una rendija. Era Yussie. Su gorra, todavía vuelta hacia atrás, daba a su rostro colorado un aspecto aún más gordinflón.

«¡Hola, Davy!», susurró titubeante, espiando por la puerta parcialmente abierta.

«¿Ké kiereh?» Por alguna razón se sentía menos molesto por Yussie ahora, incluso aliviado al verlo. De repente se le ocurrió que no era Yussie, sino su hermana, quien le desagradaba tanto. Sin embargo, no quería mostrarse demasiado amistoso. «¿Bara k'as venío?», preguntó de mal humor.

«¿Toavía'htáh furioso konmigo, Davy?» Lo miró con resignación inocente.

«No lo sé», musitó él con indecisión. «Sí.»

«Entonzeh retiraré lo de yorón», ofreció él conciliadoramente. «Nunka te lo yamar'otra vez, ¡en mi vía! Fue todo kulba d'Ennie..., eya m'obligó.»

«¿No te kae bien?», con sospecha.

«¡No! ¡Ehtoy furioso kon'eya! ¡Es una'htúpida biohosa!»

«Entonzeh entra.»

Yussie se introdujo impaciente, mirando a su alrededor. «¡Oú!» Sus labios descendieron con decepción. «¡No'htá'kí! ¿S'a ío ya?»

«¿Es a mi badr'a kien buhkah?» De repente comprendió la astucia de Yussie. «¿Entonzes'ah venío bor eso? ¡N'agah ruío! Ehtá durmiendo.»

«¡Oh!» Y luego, con curiosidad: «Ké venda máh grande tenía. La vi. ¿Bor ké se la busieron?»

«Se lesionó kon una imbrenta. Bor eso. El dedo. Bor eso se la busieron.»

«¿Sí? Bensé ke kizá... Konozk'a uno ke s'izo da-nyo'n la mano el brimero de hulio... kon un koete. Lo tenía'n su kasa y l'inzendió. Luego kiso tirarlo bor la ventana. Y la ventana'htaba zerrada. Y no sabía dónde tirarlo.

Y ¡bang...!»

«¡Sh!»

Se volvieron. Ella había salido de puntillas tan silenciosamente de la alcoba de su padre que ninguno de los dos la había oído. Mientras la observaban en silencio, cerró la puerta de la sala de estar y bajó los escalones con lenta indecisión.

«No te ofendas conmigo, Yussele.» En la inmovilidad sin expresión de su rostro, una vacía sonrisa mecánica movió sus labios. «Sigue. Sigue hablando si quieres.»

«Sí.» Impacientemente, Yussie resumió su relato, sin molestarse en cambiar de idioma. «L'ehtaba kontando el be-tardo k'un chiko tenía'n la mano kuand'izo ¡bang! Y kuan-d'izo bang, l'izo danyo'n la mano y tuvo ke boners'una venda komo'l senyor Schoil.»

El nombre pareció despertarla momentáneamente. Sacudió la cabeza con cansancio.

«Y dehbuéh d'eso, su oreha'zía ¡kling! ¡Kling! ¡Kling! ¡Así mihmo! ¡Kling! ¡Kling! ¡Kling! ¡Bork'eh k'el koete l'izo bang en lah orehah! Entonzeh kería ke yo l'eskucha-ra, lah orehah, bero yo no bodía oír ná. ¡Ber'él dezía ke s'oía! Y entonzeh yo...» Se detuvo, la miró perplejo y luego, molesto, a David: «¿No kiere ya ke t'able'n ingléh?»

«No sé», respondió de mal humor. La mirada fija y sin ver de su madre, sus labios temblorosos, temblorosos como por un discurso interior, eran ya suficientemente angustiosos para él sin la humillación añadida de que lo notase Yussie. «¿Te vah?», le invitó.

«¡Sí, arriba! ¿Kiereh venir?»

«¡No!» Inflexible.

«Bero si sólo voy a coher mi nuevo ark'y flechah», insistió. «Luego baharé. Mi madr'a tirao'l korsé, y'abía hie-rroh grandeh, largoh y

blankoh en él. De modo ke fui y los saké. Y loh voy a'tar todoh huntoh. Y ¡uuu! ¡Será fuerte! ¡Fuertísimo! ¿Kieres ehberarm'ahta ke bahe? Te yamo.»

David vaciló, levantando la vista hacia su madre. El pecho de ella subía y bajaba lenta, profundamente, produciendo un suave crujido lastimero en su garganta. Sus ojos, sin parpadear, redondos y líquidos, nadaban en el lustre de unas lágrimas no derramadas. Por un instante devastador, una multitud de impulsos, diversos, violentos, enloquecedores, se precipitaron contra el centro mismo de su ser. David quiso encogerse, correr, esconderse en cualquier lado, bajo la mesa, en un rincón, en su alcoba, romper a llorar, gritarle. Tantos impulsos que lo paralizaron. Se quedó de pie temblando, mirándola boquiabierto, esperando que llorara. ¡Luego, de repente, recordó! ¡Yussie la estaba mirando! ¡Sabría! ¡Vería! ¡No! Se volvió rápidamente hacia él. «¡Vet'arriba, Yussie! ¡Vamoh! ¡Date brisa! ¡T'ehberaré'n mi kasa! ¡Luego bahah y m'iré! ¡Date brisa!»

«¿Kiereh ke te yame?» Yussie echó una mirada de confusión por encima del hombro a la madre de David.

«¡Sí! ¡Sí! ¡Vet'ahora!» La vergüenza de él porque el otro supiera era atormentadora. «¡Vete!» Abrió la puerta.

Su madre sorbió fuertemente por la nariz. «¿Lo estás echando, hijo?» El vibrante sonido plano de las lágrimas le espesaba la voz. «¡No puedes hacer eso!»

«¡No! ¡No!» David recurrió desesperadamente al yí-dish. «¡Se va porque quiere! ¡No lo estoy echando!»

«¡Sí! ¡Me voy!» Yussie lo apoyó apresuradamente. «Te yamaré.» Salió.

«¿Por qué os habéis separado tan bruscamente?» Vol-vio a sorber por la nariz, apretó los párpados, siguió sus oscuros márgenes con el pulgar y el índice y se miró las húmedas puntas de los dedos.

David bajó la cabeza, sin atreverse a mirar a su madre por miedo a echarse a llorar. «Ahora bajará y me llamará.

Y los dos nos iremos a la calle.»

«Ah, ¿otra vez sois amigos?» Levantó hacia la ventana unos ojos cansados, manchados de lágrimas. «Está oscureciendo. ¿No os quedaréis demasiado tiempo, verdad? ¿Ni iréis demasiado lejos?»

«No.» Le estaba resultando difícil hablar con aquel estrangulamiento en la garganta. «Voy a buscar mi abrigo.»

Se retiró de pronto a su alcoba. Durante la breve soledad de la búsqueda del abrigo, su cuerpo entero comenzó a temblar. Pero él lo tensó, y apretó los labios para mantenerlos quietos. El espasmo pasó. Agarró su gorro y su abrigo de la cama y volvió.

«Tengo que encender el gas», dijo ella sin moverse. «¿Quieres venir y sentarte a mi lado?»

«¡No! Tengo…, tengo que ponerme el abrigo.» Luchó para hacerlo. No debía, no debía acercarse a ella.

Ella se encogió de hombros, no por él, sino por ella misma. «Así pasan los años, hijo. Cada año nuevo te enseña las dos manos así…» Sostuvo ante sí las manos cerradas. «¡Toma, elige!» Y abriéndolas: «Y las dos están vacías. Hacemos lo que podemos. Pero lo más amargo es esforzarse… no salvar a nadie más que a ti mismo.» Se levantó, fue a la cocina, levantó la tapa y miró el resplandor que manchó su frente ancha, sus mejillas lisas. «Pero hay que comer.»

«Me voy, mamá.» Había oído el portazo arriba, en las escaleras.

«¿No vendrás tarde a cenar, amor?» Volvió a poner la tapa eclipsadora y se volvió a medias. «¿Verdad?»

«No, mamá.» Salió. Todo su ser se sentía aplastado, gastado, vencido.

Yussie bajó con paso ligero de las sombras superiores y, al verlo a él abajo, hizo sonar las pálidas y delgadas ballenas del corsé.

«Eh, ¿veh k'ark'y flecha tengo? Tengo kuerda'n el bolsiyo también, para'tarlo.» Se reunió con David en el descansillo y lo cogió del brazo. «¡Vamoh! Y t'ensenyaré kómo lato akí y akí'n la mitá. Y luego lato akí.»

Al bajar, se acercaron a la puerta del sótano, que cuando la miró provocó en David una oleada no tanto de miedo como de rabia…, como si la desafiara, como si hubiera cerrado aquella puerta de un portazo dentro de sí y tirado la llave.

«Y bodemos ir kizá'a la barbería, borke la barbería'htá iluminad'ahora. Siembre'nziende la luz el brimero.

Así veremoh lo k'azemoh. ¿Vieneh?»

«Sí.»

Salieron al azul helado de la primera hora del crepúsculo, doblaron hacia las tiendas, algunas de las cuales estaban iluminadas; había varios niños delante de la sastrería y de la barbería. Anduvieron lentamente hacia allí, Yussie flexionando el haz de ballenas.

«¿Le bediht'a tu madre zinko zentavoh bara la fiehta de Navidá del kolehio?»

«No. Se m'olvidó.»

«Mi maehtra la yama Navidá, bero loh chikoh la yaman Nochebuena. Es una fiehta de loh *goyim.* Una vez bus'una media'n Brooklyn. Bero mi badre me buso dentro káhkarah de huevo kon babel de retrete y un beazo de vela vieha. Y se rió kuándo me vio. N'ay Santa Klauh, ¿lo sabeh?»

«Sí.»

«¿Kóm'eh la brensa k'irió a tu badre?»

«Eh kom'una mákina grande.»

«¿N'aze buf?»

«No. Haze kosah kom’el kalendario ke yo guardaba.» «Ah...»

Se acercaron al grupo. Annie estaba todavía con ellos. A David no le importaba ya.

«¡Eh!» Yussie le cogió el brazo con impaciencia. «Ahí’htá Jujjy, el ke se kayó kuándo l’embuhahte. ¿Kiereh ke t'arregle kon él?»

«Sí.»

«Entonzeh kuéntale lo de la komisaría de bolizía. ¡Se bondrá kontento! ¡Kuéntamel’a mí también! ¿Kiereh?»

«Sí.»

«¡Eh, Jujjy!» Yussie los llamó. «¡Akí’htá Davy! Kier'arreglarse kontigo. ¡Te kontará lo de la komisaría de bolizía! ¿N’eh verdá, Davy?»

«Sí.»

Libro II

El cuadro

I

EN febrero, el padre de David encontró el trabajo que quería: sería lechero. Y, para estar más cerca de los establos, se mudaron unos días más tarde a la intersección de la calle Novena con la avenida D, en el bajo East Side. Para David era un mundo nuevo y violento, tan diferente de Brownsville como la tranquilidad del tumulto. Aquí, en la calle Novena, no era el sol lo que lo inundaba a uno cuando salía por la puerta, sino el sonido: un alud de sonidos. Había innumerables niños, había innumerables cochecitos de niño, había innumerables madres. Y a sus gritos, reproches y peleas, una hilera aparentemente interminable de vendedores ambulantes unía sus gritos vociferantes. En la avenida D, los coches de caballos traqueteaban y aporreaban. La avenida D estaba atestada de furgones de cerveza, carros de la basura y camiones de carbón. Había muchos automóviles, unos chatos y espaciosos, otros con altas traseras de paja, y tocaban la bocina. Más allá de la avenida D, al final de una manzana atrofiada y en ruinas, que comenzaba con chabolas y herrerías y plantas de embotellar gaseosa y terminaba en un montón de chatarra, estaba el East River, en el que resonaban las sirenas de muchos barcos. En la calle Décima, el tranvía Crosstown de la calle Octava chirriaba su camino hacia el punto de trasbordo.

También su casa era diferente. Ahora vivían en un cuarto piso, el más alto del edificio. No había puerta de sótano, aunque sí una puerta que daba al patio. Las escaleras eran de piedra y, al subir, uno podía escuchar sus propios pasos. Los retretes estaban en el zaguán. A veces, la gente que había en ellos hacía ruido con periódicos, a veces tarareaba, a veces gruñía. Resultaba animador.

Se aficionó mucho a su propio piso. Había una claraboya esmerilada sobre la caja de la escalera del tejado, que difundía un resplandor amarillo nublado por las mañanas y una neblina gris suave por las tardes. Después de subir del tumulto de la calle y de haber trepado por las escaleras más bajas y más oscuras, un poco tenso, escuchando los retretes, entrar en aquella luz era como arribar a puerto. Había allí una quietud suave y relajante, un silencio luminoso, estático y embalsamado. Le hubiera gustado explorarla, o al menos ver si la puerta del tejado estaba cerrada, pero la idea de aquella altura, de aquel misterioso vacío y aislamiento lo disuadía. Había otra cosa además. Las escaleras que llevaban arriba no eran como las que llevaban abajo, aunque ambas fueran de piedra. Las escaleras corrientes estaban biseladas en arista, vaciadas en una dolorosa depresión por el paso de muchos pies, ennegrecidas sin esperanza de

lavado por la suciedad empotrada de las calles. Pero las que llevaban al tejado tenían todavía un nacarado mezclado con el gris. Cada losa era aún rectangular y limpia. Las palmas de manos deslizantes no habían pulido la arrugada pintura de sus pasamanos. Esas palmas no los habían engrasado dejándolos lisos como colmillos y cetrinos como mangos de hacha. Eran inviolables aquellas escaleras, que guardaban la luz y el silencio.

Había cuatro habitaciones en el piso en que vivían. Había ocho ventanas. Unas daban a la calle Novena, otras daban a la avenida D y una miraba a la vorágine de un pozo de ventilación. No había bañera. El tabique que separaba dos tinas de lavar adyacentes había sido derribado, y allí se bañaban. El fondo tenía el tacto del papel de lija. Había que tener cuidado de no echar demasiada agua, para no flotar.

En casa, los hábitos de vida habían cambiado. Su padre no se marchaba ya al trabajo a primeras horas de la mañana para volver de noche. En lugar de ello, se marchaba de noche, en las increíbles profundidades de la noche, y volvía a primeras horas de la mañana. Durante las primeras noches, su padre, al levantarse de la cama, lo había despertado también, y David había permanecido totalmente inmóvil, escuchando aquel lento paso pesado en la cocina, pronto seguido por sonidos alternativos de pies descalzos y pies calzados, y luego de agua que corría y sillas arrastradas; se había quedado echado escuchando hasta que se había marchado su padre, y luego, con pensamiento soñoliento, lo había seguido por las escaleras de piedra, había imaginado en su comodidad el frío progresivo, el viento de la noche en la entrada, el silencio y se había hundido otra vez en el sueño, a través de una desolación borrosa.

Brownsville se fue borrando de su mente, convirtiéndose pronto en una tierra nebulosa y agitada, extraña y divergente. Estaba contento de que se hubieran mudado…

II

A principios de abril, David comenzó a escuchar rumores sobre una tía, Bertha, hermana menor de su madre, que iba a venir al país. Cuando, al principio, su madre sugirió que Bertha viniera a vivir con ellos una temporada, su padre se negó a oír hablar siquiera de ello. ¿No se había puesto él a los pies de su mujer, suplicándole que dejara a Luter vivir con ellos? Luter podía arder ahora en los infiernos, pero ¿no había sido así? Entonces ella no quiso; bueno, pues ahora le pagaba en la misma moneda. No dejaría que Bertha viviera en su casa.

Pero la madre de David insistió. «¿Adonde podría ir esa pobre criatura, sola y en tierra extraña?»

«¡Pobre criatura!», se había burlado su padre. Por lo que a él se refería, podía buscar asilo bajo tierra. No quería saber nada de ella. A lo mejor creía que la había olvidado; una moza zafia, desagradable, de pelo rojo y dientes verdes. Y, que el cielo lo guardase..., ¡qué lengua!

Pero si entonces era sólo una niña, impertinente y frívola. Habría cambiado.

«¡Cambiado para peor!», había respondido él. «Pero yo sé para qué la quieres aquí. La quieres para poder pasarte el día entero dándole a la lengua con esos él-me-dijo-y-yo-le-dije interminables.»

No, de eso habría poco. Bertha era muy mañosa con la aguja. Pronto estaría trabajando y no estaría en casa nunca. Y ¿no había venido también él a aquella tierra solo y como un extraño? ¿No le daba pena otra persona en la misma situación? ¡Y una mujer además! ¿Podía ser tan inhumano como para esperar que ella rechazase a alguien de su propia sangre en aquella jungla?

Finalmente, él se había dejado convencer y había rezongado su consentimiento. «Hablar no me va a servir de nada», dijo agriamente. «Pero no me eches la culpa si la cosa sale mal. ¡Recuérdalo!»

Fue en algún momento de mayo cuando llegó la tía Bertha, y lo primero que pensó David al verla fue que la sarcástica descripción de su padre no había sido exagerada. La tía Bertha era desoladoramente fea. Tenía una mata de cabellos rojos, ásperos y rebeldes, más oscuros que una zanahoria pero más claros que un violín. Y el color de sus dientes, si hubiera habido que pronunciarse, *era* verde. Usaba sal, decía..., cuando se acordaba. Lo primero que hizo la madre de David fue comprarle un cepillo de dientes.

No tenía formas ni ninguna pretensión sobre su propio aspecto. «¡Ay!», decía. «Parezco un barrilito de manteca sobre otro.»

Un solo pliegue dividía sus gruesos antebrazos de sus manos regordetas. Sus piernas acababan en los zapatos sin necesidad de

tobillos. Vistiera lo que vistiera, por nuevo o limpio que fuese, siempre conseguía parecer desaliñada. «Perlas y brocados parecerían harapos en mí», confesaba.

Su piel rubicunda parecía siempre a punto de pelarse, quemada por el sol. Sudaba más que cualquier mujer que David hubiera visto nunca. Comparada con su madre, cuya pálida piel tenía siempre un aspecto satinado que ningún calor parecía capaz de arrebolar, el rostro colorado de su tía era como un caldero humeante. Cuando el tiempo se hizo más caluroso comenzó a usar los mayores pañuelos masculinos, y en casa se ataba siempre una servilleta en torno a su corto cuello. «El sudor me pica en el buche», explicaba.

En las raras ocasiones en que su madre se compraba un vestido, a veces prefería francamente estar de pie a sentarse y arrugárselo. Su tía, por el contrario, hacía que sus vestidos parecieran un trapo informe tan rápidamente, que dormía la siesta del domingo con el vestido nuevo para no tener la sensación de tener que preocuparse de él.

Aparte de su absoluta diferencia de aspecto, David observó pronto que su madre y su tía tenían temperamentos enormemente distantes. Su madre era seria, atenta y de hablar suave; su tía, alegre, cáustica y de lengua suelta. Su madre era infinitamente paciente y cuidadosa en todo lo que hacía; su tía era rebelde y atolondrada.

«Hermana», le tomaba el pelo su tía, «¿recuerdas aquel Mar Salado del que solía hablar nuestro padre… junto a Judá o junto al Jordán, donde fuera…, en el que no había nunca tormentas y que lo aguantaba todo? Pues así eres tú. Gastas toda tu sal en lágrimas. Sin embargo, una mujer sensata tiene que usarla también para dar sabor». La tía Bertha usaba toda su sal así.

III

UNA tarde clara de un domingo de julio, David y su tía se encaminaron juntos al tren elevado de la Tercera Avenida. Iban al Metropolitan Museum. El sudor correteaba por las mejillas de su tía, se le quedaba colgando de la barbilla y caía a veces, manchándole la pechera de su vestido verde. Con el pañuelo, ella golpeaba las gotas furiosamente como si fueran moscas, maldiciendo del calor. Cuando llegaron al tren, David fue obligado a preguntar a innumerables personas cuál era su tren y, durante todo el trayecto, ella lo mandó delante para que diera la lata al conductor.

En la Calle 86 salieron y, después de nuevas averiguaciones, caminaron hacia el oeste, en dirección a la Quinta Avenida. Cuanto más se alejaban de la Tercera Avenida, más reservadas se hacían las casas y más silenciosas las calles. David comenzó a sentirse incómodo por la fuerte voz y el yídish de su tía, que parecían allí desplazados.

«¡Hmm!», se maravilló ella con acentos resonantes. «Ni un niño en la calle. Los niños, por lo que veo, no están de moda en esta parte de América.» Y, tras mirar boquiabierta a su alrededor: «¡Bah! Esto está silencioso como un bosque. ¿A quién puede gustarle vivir en esas casas? ¿Ves ésa?» Señaló un edificio de ladrillo rojo. «Una casa exactamente igual tenía el Barón Kobelien, con persianas exactamente iguales. Era un viejo monstruo, aquel Barón, ¡ojalá se pudra! Tenía los ojos legañosos, y sus labios masticaban como si rumiase. Y tenía unas espaldas tan torcidas como su alma.» Y, en el papel de Barón, llegó tambaleándose a la Quinta Avenida.

Ante ellos se alzaba un imponente edificio de piedra blanca, en medio de un parque verde.

«Ése debe de ser», dijo ella. «Así me lo describieron en la tienda.»

Pero, antes de que atravesaran la calle, decidió fijar su posición y advirtió a David que recordara una casa de piedra parda, con tejado de dos aguas y verja de hierro delante. Una vez asegurado así el retorno, atravesaron apresuradamente la avenida y se detuvieron de nuevo al pie de una escalinata que llevaba a una puerta. Estaban entrando algunas personas.

«¿A quién podemos preguntar para estar seguros de que estamos bien?»

A poca distancia del edificio había un vendedor de cacahuetes con su carrito y su horno con silbato. Se dirigieron a él. Era un tipo delgado y moreno, de bigote negro y ojos brillantes.

«¡Pregúntale!», le ordenó ella.

«¿Es ése'l museo?»

«’so’sel musé», movía las cejas al hablar, mirándole a ella, «’ntráis dereshos», sacó pecho y caderas, «salís cansaos».

David sintió que lo agarraban del brazo; su tía le hizo apartarse rápidamente.

«Que te den por culo», lanzó ella por encima de su hombro en yídish. «¿Qué te ha dicho ese gusano negro?»

«Ha dicho que era el museo.»

«Pues entonces vamos a entrar. Lo peor que nos puede pasar es que nos den una patada en el culo.»

La audacia de su tía lo asustaba bastante, pero no se podía hacer otra cosa que seguirla escaleras arriba. Delante de ellos, un hombre y una mujer estaban a punto de entrar por la puerta. Su tía le apretó el brazo y susurró apresuradamente:

«¡Esos dos! Parece que saben. ¡Vamos a seguirlos hasta que salgan otra vez, porque si no seguro que nos perdemos en este castillo inmenso!»

La pareja que tenían delante pasó por un torniquete. David y su tía hicieron lo mismo. Los otros doblaron a la derecha y entraron en una sala llena de grotescas figuras de granito sentadas muy derechas en tronos también de granito. Ellos los siguieron.

«Tenemos que mirar las cosas con un ojo sólo», le advirtió su tía, «el otro hay que tenerlo siempre en ellos».

Y, ateniéndose a ese plan, dondequiera que fueron sus dos inconscientes guías, su tía y él les siguieron los pasos. De vez en cuando, sin embargo, cuando ella se sentía especialmente impresionada por alguna escultura, dejaban que sus conductores se alejasen tanto que casi los perdían. Esto ocurrió una vez cuando ella se quedó como una tonta ante el espectáculo de una loba de piedra amamantando dos niños.

«¡Pobre de mí!» Su tono fue suficientemente alto para que un vigilante frunciera el ceño mirándola. «¡Quién lo hubiera creído..., una perra con niños! ¡No! ¡No es posible!»

David tuvo que tirarle del vestido varias veces y recordarle que sus compañeros habían desaparecido, antes de que ella lograra apartarse.

Otra vez, cuando llegaron ante una enorme figura de mármol sentada en un caballo igualmente descomunal, su tía se sintió tan abrumada que sacó la lengua de asombro. «Así eran en los viejos tiempos», susurró con reverencia. «Gigantescos eran, Moisés y Abraham y Jacob, y los otros de cuando la tierra era joven. ¡Ah!» Los ojos se le salían de las órbitas.

«Se van, tía Bertha», le advirtió él. «¡Date prisa, se están yendo!»

«¿Quién? ¡Oh, que revienten! ¿Por qué no se paran un momento? ¡Pero ven! ¡Tenemos que pegarnos a ellos como la mierda a un puerco!»

De esa forma parecieron pasar horas. David se estaba cansando. Su presa los había llevado a través de millas y millas de armaduras, tapices, monedas, muebles y momias en vitrinas, y todavía no daba señales de flaquear. El interés de su tía por los esplendores del pasado se había agotado hacía rato y estaba empezando a maldecir cordialmente a sus guías.

«Mal rayo os parta», musitaba cada vez que los que iban delante se detenían a mirar una vitrina. «¡Todavía no os habéis llenado los ojos! ¡Basta!» Agitaba su empapado pañuelo. «¡Ojalá vuestras almas ardan en el infierno como me arden a mí los pies!»

Por fin, el hombre que tenían delante se detuvo para decir algo a alguno de los vigilantes uniformados. La tía Bertha se detuvo bruscamente. «¡Hurra! ¡Se está quejando de que lo sigamos! ¡Alabado sea Dios! Que nos echen. ¡No pido otra cosa!»

Pero, ay, no se trataba de eso; los vigilantes no les prestaban atención y, en cambio, parecían estar dando a los otros algunas orientaciones.

«Ahora se van», dijo ella con un gran suspiro de alivio. «Estoy segura de que les están diciendo cómo salir. Qué idiota he sido de no haberte mandado a que lo preguntaras tú. Pero ¡quién podía imaginárselo! Ven, vamos a seguirlos afuera, ya que los hemos seguido adentro.»

En lugar de salir, sin embargo, el hombre y la mujer, tras recorrer una corta distancia, se separaron, entrando uno por una puerta y la otra por otra.

«¡Bah!» La rabia de tía Bertha no tuvo límites. «Pero si sólo van a hacer pis. *Ach!* No los sigo más. Pregúntale a ese alcornoque uniformado cómo se escapa una de esta jungla de piedra y tela.»

El vigilante los orientó, pero sus orientaciones eran tan complicadas que, al poco rato, estaban otra vez perdidos. Tuvieron que preguntar a otro y a otro más. Sólo mediante una larga serie de preguntas consiguieron salir por fin.

«¡Fih!», escupió ella en las escaleras mientras bajaban. «¡Que os parta un rayo! ¡Si vuelvo a subir estas escaleras, que dé a luz una pareja de mellizos de peltre!»

Y tiró de David hacia su punto de referencia.

Su madre y su padre estaban en casa cuando entraron. Su tía se dejó caer en una silla, con un gemido de fatiga.

«¡Parece que hubierais andado dando tumbos por todos los rincones de la Tierra!» Su madre lo sentó en sus rodillas. «¿Adonde has llevado a este pobre chico, Bertha?»

«¿Llevado?», se quejó ella. «¿Quieres decir adonde me han llevado? Hemos estado atados a un diablo y una diablesa con un poder infernal en las piernas. Y nos han arrastrado a través de una selva de obras

humanas. ¡Una selva, te lo aseguro! ¡Y ahora estoy tan cansada que me parece no tener corazón en el pecho!»

«¿Por qué no os fuisteis cuando ya habíais visto bastante?»

Ella se rió débilmente. «Ese lugar no está hecho para irse de él. *Ach,* verde aún como estoy, con la porquería de Austria todavía en las uñas de los pies, y me meto en museos.» Enterró la nariz en su sobaco. «¡Fiu, qué pes-tazo!»

Como siempre que se permitía alguna expresión o gesto grosero, el padre de David hizo una mueca y dio con el pie en el suelo.

«Te está bien empleado», dijo bruscamente.

«¡Hamf!» Ella alzó la cabeza con sarcasmo.

«¡Sí!»

«¿Y por qué?» La irritación y el cansancio la estaban venciendo.

«Una mujeruca sin desbastar como tú tendría que aprender un poco más antes de enfrentarse con América.»

«¡Mi distinguido americano!», dijo ella arrastrando las palabras y bajando las comisuras del labio inferior, en una imitación de la torva curva del rostro de su cuñado. «¿Cuánto tiempo ha pasado desde que cagabas en el mar?»

«Morros como los tuyos», él la miró amenazadoramente, «merecen cualquier cosa que les ocurra.»

«Eso es lo que yo digo, pero de los morros de otros.»

En la sien de él, la siniestra vena púrpura comenzó a palpitar. «A mí no me puedes hablar así.» Sus párpados se hicieron más pesados. «¡Guarda ese lenguaje de pescadera para tu padre, el viejo tragón!»

«Y tú, qué has hecho que...»

«¡Bertha!» Su madre la interrumpió con tono de advertencia. «¡No!»

Los labios de la tía Bertha temblaron con rebeldía por un momento y ella enrojeció como si sofocara el poderoso impulso de soltar algo.

«Ven, estáis agotados», siguió la madre de David amablemente. «¿Por qué no te echas un rato mientras os preparo algo de cenar?»

«Muy bien», respondió ella, y salió contoneándose del cuarto.

IV

«AHI tienes un hombre», decía la tía Bertha a su hermana con vehemencia, «que conduce un carro de leche y trata con vendedores ambulantes y camioneros, y que se pasa toda la mañana sentado tras la cola de un caballo y, sin embargo, cuando yo digo... ¡Qué! ¡Cuando no digo nada! ¡Nada de nada!... ¡Empieza a dar con el pie en el suelo o a arrugar el periódico como si tuviera fiebres palúdicas! ¿Se ha visto nunca algo parecido? ¡Más melindroso que una novicia! ¡No se puede una ni tirar un pedo en su presencia!»

«¿Te aprovechas de que no está Albert, eh?», preguntó la madre de David.

«¿Y por qué no? No tengo muchas oportunidades de decir lo que pienso cuando él está. Y lo que es más, a tu hijo no le vendrá mal saber lo que pienso de los padres en general. A su padre ya lo conoce. Un ser avinagrado. Taciturno. El mundo le ha sacudido en ambas mejillas y por eso todos los que él se encuentra tienen que sufrir. Pero mi padre, el buen rabino Benjamin Krollman, era así.» Y empezó a temblar y a musitar rápidamente, mirando furtivamente a su alrededor y ciñéndose un imaginario manto de oración. «Sus rezos eran una excusa para su vagancia. Mientras rezaba no tenía que hacer nada más. Que Genya o su mujer se ocuparan de la tienda, porque él tenía que ocuparse de Dios. Un judío piadoso con barba... ¿Quién podía pedirle más? ¿Trabajar? ¡No lo permitiera Dios! ¡Él jugaba a la lotería!»

«¿Por qué dices eso?», objetó la madre de David. «Nadie puede culpar a padre porque fuera piadoso. Bueno, le faltaba sentido comercial, pero hacía lo que podía.»

«¿Lo que podía? No lo defiendas. Yo acabo de dejarlo y lo sé. Si recuerdo al abuelo, ése sí que trabajaba hasta que el cáncer lo derribó... después de morir la abuela.

Y entonces tenía setenta años. Pero padre —Dios lo guarde del cáncer— era ya viejo a los cuarenta... ¡Ay! ¡Ay!» Con su característica precipitación, pasó a imitarlo. «¡Ay! ¡Infeliz de mí! ¡Ay! ¡Mi espalda, mis huesos! ¡Se me han clavado astillas de muerte! ¡Ay! ¡Tengo manchitas ante los ojos! ¿Eres tú, Bertha? No te puedo ver. ¡Ay! Gimiendo por la casa como si empezara ya a apestar a muerto... ¡Dios no lo quiera! Y sin una cana en la cabeza. Pero que una de nosotras se atravesara en su camino... ¡Jo! ¡Jo! ¡De pronto se volvía más vivo que un potro! ¡Y cómo sabía hacer llover los golpes! ¡Era incansable! Movía el bastón como un director de banda.»

Su madre suspiró y se rió luego, reconociendo su derrota.

«También era culpa de madre», añadió Bertha en tono de advertencia, como si le estuviera ofreciendo un ejemplo. «Una mujer hubiera tenido que estimular a un hombre como aquél, no mimarlo, no consentirlo hasta echarlo a perder. Blanda y sumisa, eso es lo que ella era.» La tía Bertha se volvió blanda y sumisa. «Dejaba que él la pisoteara. Nueve hijos le dio, además de los gemelos que murieron entre tu nacimiento y el mío. Ahora tiene el pelo canoso. Llorarías si la vieras. Floja como un trapo bajo la lluvia. No la conocerías. Todavía arrastrándose tras él. Todavía guardándole los mejores bocados: ¡la pechuga y los menudillos de gallina, los filetes de arenque, los panecillos más crujientes! ¿Te acuerdas de cómo se echaba él sobre la mesa, manoseando todos los panecillos, tanteándolos en su prisa de glotón por saber si eran frescos? ¿Y escondiendo de nosotros el pastel recién sacado del horno? Metía las narices en todos los pucheros. Pero cuando lo veías...» Se interrumpió, estirando las manos con gesto de inocencia ofendida... «¿Qué he comido hoy? ¿Qué? Una corteza durísima, un vaso de café. Tiemblo de hambre. ¡Bah!»

«A veces pienso que no era culpa suya. Éramos tantas bocas que alimentar. Eso debía de asustarlo.»

«Bueno, ¿de quién era la culpa? Desde luego, de madre no. Pero si hasta cuando estaba mala él...» Y en ese momento hizo lo que hacía a menudo al hablar: terminar la frase en polaco, idioma que David había acabado por aborrecer porque no lo entendía.

«Dime, ¿volverías a Austria si tuvieras dinero?»

«¡Jamás!»

«¿No?»

«Dinero les mandaría», afirmó categóricamente la tía Bertha. «Pero volver a casa... ¡jamás! Estoy contentísima de haberme escapado. ¿Y para qué volver a casa? ¿Para pelearme?»

«¿Ni siquiera para ver a madre?»

«Que Dios tenga más compasión de ella que de nadie. Pero ¿de qué le serviría que yo la viera? ¿O de qué me serviría a mí? Sólo me daría pena. ¡No! Ni a ella, ni a padre, ni a Yetta, ni a Adolf, ni a Hermán, ni siquiera a Saúl, el crío, aunque Dios sabe que lo quería. Ya ves que no soy de los que sienten nostalgia de su tierra natal.»

«No has estado aquí suficiente tiempo», dijo su madre. «Al principio una se apega a esta tierra más de lo que se merece.»

«¿Más de lo que se merece? ¿Por qué? Es cierto que trabajo como una muía y que, con mi sudor, huelo como si lo fuera. Pero aquí hay vida, ¿no? Hay siempre agitación. ¡Escucha! ¡La calle! ¡Los tranvías! ¡Carcajadas! ¡Ja, qué bien! Veljish era tan silencioso como un pedo en sociedad. ¿Quién era capaz de soportarlo? ¡Árboles! ¡Campos! ¡Más árboles! ¿Quién puede hablar con los árboles? ¡Aquí, por lo menos, hay otras diversiones que no sean deslizarse por la pendiente de un

tejado!»

«Quizá tengas razón», se rió la madre de David ante aquella vehemencia. «Me parece que pasarás del verde al amarillo en esta tierra muchos años antes que yo. Sí, aquí hay otros pasatiempos distintos de...» Se interrumpió, vacilando pero sin dejar de reír. «¡Aquella astilla clavada en tu carne! ¡Santo Dios, qué imprudente fuiste!»

«¡No fue nada! ¡Nada!» La tía Bertha se rió entre dientes alegremente. «¡Mi trasero lo ha olvidado hace mucho! Pero eso debería mostrarte que estoy mejor aquí que allá. ¡Todo el mundo está mejor! ¡Aquella tranquilidad hacía que te estallaran los sesos!»

La madre de David movió la cabeza evasivamente.

«¿Qué? ¿Que no?» La tía Bertha había entendido mal el gesto. «¿Te atreves a decir que no?» Empezó a contar con los dedos. «Si-i A-Adolf hubiera venido aquí de muchacho, ¿habría tenido que escaparse a los campamentos de leñadores y se le habría producido semejante fractura? ¿Ja? Y-y Yetta-a. Hubiera podido encontrar un marido mejor que ese idiota de sastre con el que se casó. Ése es capaz de encontrar diamantes en el camino, te lo aseguro, y perderlos antes de llegar a casa. Ve a niños que caen en el río helado y en la aldea no falta un solo niño. ¡Horrible! ¡Horrible! Y Hermán y aquella moza campesina. Y el campesino que lo buscaba con un hacha. ¡Eso no se ve en esta tierra! Tuvo suerte al escaparse a Strij a tiempo, y tuvo la suerte también de que aquello no fuera Rusia. ¡Hubiera podido haber un pogromo! No había nada que hacer y por eso se volvían locos y, como estaban locos, hacían lo que les pasaba por la cabeza. Así era yo y, si quieres saberlo, mi querida y callada hermana, por silenciosa y amable que tú fueras», su tono se hizo malicioso, «había, bueno, una especie de rumor. Alguien había hecho-eh-algo. ¡Sólo un rumor!», añadió apresuradamente. «¡Naturalmente, era mentira!»

La madre de David se volvió bruscamente hacia la ventana, y sus palabras sobre otro tema se cruzaron con las de su hermana antes de que ella acabara. «¡Mira, Bertha! Ese automóvil nuevo. ¡Qué azul más bonito! ¿No te gustaría ser suficientemente rica para tener uno?»

La tía Bertha hizo una mueca, pero se acercó y miró a la calle. «Sí. Qué molinillo tiene delante. Como un organillo, ¿no? ¿Te acuerdas de cuando vimos el primero en la carretera nueva de Veljish..., aquel negro?» En su voz se deslizó una pizca de resentimiento. «Tú, con tu eterna boca cerrada, ¿cuándo se destetará ese secreto?»

Algo en sus tonos y expresiones, tan curiosamente cautos en ambas, despertó la curiosidad de David. Pero, como su conversación al respecto no continuó, sólo pudo preguntarse, de forma vaga y transitoria, qué habría hecho su madre, y confiar en que otra ocasión revelara el sentido de aquellas palabras.

V

LAS hostilidades entre la tía Bertha y el padre de David estaban llegando rápidamente al punto de ruptura. David estaba seguro de que pronto ocurriría algo si la tía Bertha no refrenaba aquella lengua suya, excesivamente suelta. Le asombraba su imprudencia.

Aquel sábado por la noche, la tía Bertha había llegado a casa llevando una gran caja de cartón. Esa noche venía más tarde que de costumbre y había retrasado la cena casi una hora. El ayuno no había ayudado a poner al padre de David en amable disposición. Había estado gruñendo antes de que ella llegara, y ahora, aunque ella se estaba lavando cara y manos con la máxima celeridad, no pudo evitar un irritado...

«Date prisa. ¡De todas formas, no se te va a quitar el mal olor!»

A lo que la tía Bertha no dio otra respuesta que una sacudida de sus amplias nalgas, más o menos dirigida hacia él. Mirando furioso las espaldas de la tía Bertha, él no dijo nada, pero jugueteó salvajemente con un cuchillo de mesa que tenía en la mano.

La tía Bertha, por fin, se enderezó y, aparentemente inconsciente de la rabia que había provocado, comenzó a secarse.

«Supongo que has estado de compras», dijo su hermana afablemente, poniendo la comida en la mesa.

«Claro que he estado.» Se sentó. «Voy progresando.»

«¿Qué has comprado?»

«¡Gangas, desde luego!», interrumpió despreciativo su padre. Parecía haber estado esperando aquella oportunidad. «¡Cualquier comerciante que no sea capaz de quitarle la cabeza de los hombros sin que ella se dé cuenta ya puede ir cerrando su negocio!»

«¿Ah sí?», replicó ella sarcástica. «¡Hablarás por ti! Yo no me paso la vida buscando herraduras oxidadas. Ese gramófono que compraste el verano... ¡Ja! ¡Ja! Mudo y quieto como el primer día de la Creación.»

«¡Ten cuidado con lo que dices!»

«Se os están enfriando los tallarines y el queso», dijo la madre de David. «¡A los dos!»

Hubo una pausa mientras todos comían. De vez en cuando, la tía Bertha echaba una ojeada feliz a la caja de cartón que descansaba en una silla.

«¿Ropa?», le preguntó discretamente su madre.

«¿Qué otra cosa si no? ¡Es la mitad de lo que se vende en este país!»

Su madre sonrió ante la pasión de su tía.

«Bendita sea esta tierra dorada», dijo la tía Bertha dejándose llevar por el entusiasmo. «¡Hay tantas cosas bonitas para vestir!»

«A ti no te sirve de mucho», dijo su padre ante un tenedor cargado de tallarines.

«¡Albert!», protestó su mujer.

La tía Bertha dejó de comer bruscamente. «¿Quién hablaba contigo? ¡Métete donde te llamen! No es a ti a quien tengo que gustar.»

«Para gustarme a mí, el Señor tendría que hacerte nacer de nuevo.»

«¡Pues para fastidiarte a ti, prefiero quedarme como soy!» Movió la cabeza despreciativa. «Preferiría ser admirada por un cerdo.»

«Seguro que lo haría.»

«Dime, Bertha, querida», dijo su hermana desesperada, «¿qué te has comprado?».

«¡Oh, un montón de trapos! Con lo que gano, ¿qué podría comprar?» Luego, alegrándose un poco. «Te los voy a enseñar.»

Echando una mirada rápida a su marido, la madre de David levantó la mano para contenerla, pero demasiado tarde. La tía Bertha había cogido un cuchillo de mesa y estaba cortando ya las cuerdas de la caja.

«¿Estamos cenando o en una feria?», preguntó él.

«Quizá un poco más tarde...», sugirió la madre de David.

«Ni por pienso», dijo la tía Bertha con vengativa alegría. «Que se atiborre él si quiere. Mi hambre puede esperar.» Y abrió de golpe la caja.

Sacando los artículos de vestimenta femenina uno tras otro —un cubrecorsé, unas enaguas, medias—, comentó animadamente cada uno de ellos, diciendo su precio. Por último, sacó a la luz un par de grandes calzones blancos y les dio vueltas admirativamente entre sus manos. El padre de David, bruscamente, hizo girar su silla de un empujón para apartarlos de su campo visual.

«¿No son una preciosidad?», siguió parloteando ella. «Mira la puntilla de abajo. Y tan baratos. Sólo veinte centavos. He visto algunos tan pequeños en esa tienda. ¡Hay, pobres mujeres que no tienen nalgas!» Luego se rió tontamente: «Sosteniéndolos así, a distancia, al revés, se parecen a las montañas austríacas.»

«Sí, sí», dijo la madre de David con aprensión.

«¡Ja! ¡Ja!» , continuó la tía Bertha, totalmente encantada por la fascinación de su compra. «Pero ¿qué puedo hacer yo? *Soy* gorda por abajo. ¿Y no es un milagro? Veinte centavos, y puedo llevar lo que sólo una baronesa podría llevar en Austria. Y tan cómodos y tan bien cortados..., con estos botones aquí. ¡Mira qué bien caen! La última moda, me han dicho. ¿Te acuerdas de los calzones que llevábamos en

Austria... por dentro de las medias? Verano e invierno, mis piernas parecían el acordeón de un gitano.»

Pero el padre de David no pudo contenerse más. «¡Quita esas cosas de ahi!», dijo bruscamente.

La tía Bertha retrocedió sobresaltada. Luego entrecerró los ojos y sacó unos labios obstinados. «¡No me grites!»

«¡Quítalas de ahí!» Dio un puñetazo en la mesa que hizo que los platos bailasen y los amarillos tallarines asomaran sus largos cuellos por el borde de las fuentes.

«¡Por favor, Bertha!», imploró su hermana. «Ya sabes cómo...»

«¿Te pones también de su parte?», le interrumpió ella. «¡Los quitaré cuando me dé la gana! ¡No soy su esclava!»

«¿Vas a hacer lo que te digo?»

La tía Bertha se dio una palmada en el anca. «¡Cuando me dé la gana! Ya es hora de que te enteres de lo que llevan las mujeres en el trasero.»

«Te lo voy a decir una vez más, furcia repugnante.» Echó su silla hacia atrás y se levantó con lenta cólera.

David empezó a llorar.

«¡Suéltame!» La tía Bertha rechazó a su hermana, que se había interpuesto. «¿Tan piadoso es que no puede soportar ver un par de calzones? ¿Mea agua como el resto de los mortales o sólo aceite puro de oliva?»

El padre de David avanzó hacia ella. «¡Te estoy rogando como rogaría a la Muerte!» Siempre decía aquello en sus momentos de intensa cólera. Su voz había adquirido la sutil dureza aterradora que significaba que estaba a punto de golpear. «¿Quieres quitarlos de ahí?»

«¡Oblígame tú!», gritó ella, agitando los calzones delante mismo de sus ojos, como para provocarlo.

Antes de que ella pudiera retroceder, él hizo un amplio movimiento y con su largo brazo, con un ladrido de rabia, le arrebató los calzones. Un momento más tarde, los había rasgado en dos. «¡Toma, furcia!», rugió. «¡Ahí tienes tus montañas!» Y se los tiró a la cara.

Arrebatada de furia, la tía Bertha saltó hacia él con los dedos engarfiados. El golpe plano de la mano de él contra su pecho la envió tambaleándose contra la pared. Él giró sobre sus talones y, con los ojos centelleantes de una rabia demoníaca, se apoderó de su sombrero y abrigo, que colgaban de un gancho cerca de la puerta, y salió a grandes zancadas.

La tía Bertha se dejó caer en una silla y empezó a llorar fuerte e histéricamente. Su hermana, con los ojos llenos también de lágrimas, trató de consolarla.

«¡Loco de atar! ¡Loco! ¡Bestia salvaje!» Recogió los calzones que

estaban a sus pies y los retorció en el frenesí de su angustia. «¡Mis calzones nuevos! ¿Qué le habían hecho? ¡Ojalá se le rompa la cabeza como él los ha roto! ¡Oh!» Las lágrimas le corrían por las mejillas. Mechones sueltos de su pelo rojo se dividían sobre la frente y la nariz pegajosas.

La madre de David le acariciaba los hombros apaciguadoramente. «¡Calla, hermanita! ¡No llores así, niña! ¡Se te va a romper el corazón!»

La tía Bertha se lamentaba más aún: «¿Por qué habré puesto nunca el pie en esta tierra asquerosa? ¿Por qué he venido aquí? ¡Diez horas al día en un taller asfixiante... Flores de papel! ¡Flores de trapo! Diez largas horas, con miedo de ir a hacer pis demasiadas veces y que el capataz crea que ando escabulléndome. Y ahora, cuando me compro con el sudor de mi frente algo que deseo de corazón, ese carnicero me lo destroza. ¡Ay!»

«He intentado salvarte, hermana. Tendrías que saber ya cómo es. Óyeme, tengo un poco de dinero. Te compraré otros nuevos.»

«¡Oh! ¡Pobre de mí!»

«Y hasta esos de ahí pueden coserse.»

«Que se le rompa el corazón como me ha roto el mío, pero nunca los coseré.»

«Mira, se han roto por la costura misma.»

«¿Qué?» La tía Bertha abrió unos ojos llenos de dolor. Miró fijamente los calzones por un momento y luego saltó frenética de su silla. «Me los tiró además, me los arrojó a la cara. ¡Y me lanzó a mí contra la pared! ¡No me quedaré ni un minuto más! ¡No lo aguantaré ni un minuto más! ¡Voy a empaquetar mis cosas! ¡Me voy!» Se dirigió a la puerta.

La madre de David corrió tras ella. «Espera», le suplicó. «¿Adonde vas a ir a estas horas de la noche? ¡Por favor, te lo ruego!»

«¡Me iré a cualquier parte! Por qué dejé Europa, si no es para escapar del tirano de nuestro padre. Y he venido a dar con... ¡un loco! ¡Ojalá le rompa los huesos un tranvía! ¡Dios Todopoderoso, extermínalo!» Y corrió a su alcoba, llorando a gritos.

La madre de David la siguió tristemente...

Aunque la tía Bertha no se fue de casa como había amenazado hacer, el día siguiente y el otro ella y el padre de David no cambiaron palabra. Las cenas nocturnas transcurrían en silencio y, si alguno de los dos necesitaba algo del otro, David o su madre eran utilizados como intermediarios. Sin embargo, después de varias noches de aquella embarozosa situación, los grilletes que se había impuesto a sí misma tía Bertha le resultaron demasiado. De forma repentina, una noche los rompió.

«Pásame el tarro de arenques», rezongó... esta vez directamente a

su cuñado.

El rostro de él se oscureció al hablar ella, pero, aunque con gesto adusto, empujó el tarro en dirección de ella.

De esa forma se firmó un armisticio y, si no cordiales, al menos hubo relaciones. Y a partir de entonces, en la medida en que era capaz de ello, la tía Bertha mantuvo la paz.

«Es un perro rabioso», dijo a su hermana. «Hay que dejar que corra. No se puede hacer otra cosa que apartarse de su camino.»

Y eso fue lo que hizo ella durante muchos meses.

VI

«¡UN corazón compasivo!», dijo la tía Bertha con ironía. «¡Sí! ¡Claro que sí! Por arrancarte un diente sólo te cobra cincuenta centavos. ¿Sabes lo que quiere decir eso? Que lo que más me puede doler sólo me cuesta cincuenta centavos. Cuando me haya quedado sin dientes y me parezca a mi abuela, Dios le dé descanso donde esté, subirá los precios. ¡A esos bandidos los tengo calados, no creas!»

La tía Bertha había estado permitiéndose enormes cantidades de azucarados *«bum bonnies»* de vainilla, como ella los llamaba, *«pinnit brettlicb»* y helado de *«turra frurra»*[1] La consecuencia habían sido unos fuertes dolores de muelas. La tía Bertha había afirmado que, en las últimas noches, había sentido que la boca se le ensanchaba hasta alcanzar el tamaño de media sandía. Si realmente había crecido tanto, David no lo sabía, pero, mirando sus dientes verdes y su boca roja, podía encontrar cierto parecido. Después de insistir mucho, su hermana había conseguido por fin que fuera al dentista. Al día siguiente por la noche le sacaría varios dientes.

«En Veljish», continuó ella, «dicen que *'kockiri* quita el dolor de cabeza. Pero aquí, en América —¿no lo llamó así? ¿'*Kockin*'?—, quita el dolor de boca».

El periódico del padre de David crujió como advertencia.

«¿Cocaína?», dijo su hermana apresuradamente.

«Oh, ¿lo llamáis así?»

'Kockin', como David había aprendido hacía tiempo, era una palabra yídish que significaba sentarse en el retrete.

«Y otra cosa.» Su tía se permitió una risa maliciosa. «Voy a perder seis dientes. Y de esos seis, a tres los llamó *'mollehs'*. Bueno, ¿no es un milagro? Me quita un *'molleh'* y me deja *'molleh'»*[2] .

David no sabía lo que podía significar *«molleh»* en inglés. Pero sabía que *«molleh»,* en yídish, tenía algo que ver con la circuncisión. La tía Bertha estaba aquella noche temeraria...

Pero si su padre había sufrido con los chistes de la tía Bertha, a la noche siguiente fue la tía Bertha la que sufrió. La madre de David contó lo que había ocurrido. La tía Bertha se había sentado muy sumisa y silenciosa en el sillón del dentista, había cerrado los ojos cuando le metieron la aguja en la boca y se había portado muy valientemente. Pero cuando le sacaron el primer diente y el doctor Goldberg le dijo que escupiera, escupió... pero no en la escupidera que había junto al sillón, sino al doctor Goldberg.

«¡Muy loable!», resopló el padre de David. «¡Qué ejemplo para los sabios!»

«¡Vaya!» La tía Bertha se olvidó del dolor. «Ojalá te saque a ti pronto todos los dientes. ¡Entonces veremos lo valiente y lo listo que eres! Por lo menos, me satisface pensar que le escupí a él, en lugar de escupirme encima. ¡Y tú!», se volvió quisquillosa hacia su hermana. «¡Tú también eres muy lista! ¡Ya viste lo aturdida de miedo que estaba! Viste que tenía los ojos cerrados porque la cabeza me daba tantas vueltas que no sabía dónde me encontraba. Él me dijo: abra la boca, y la abrí: ¡una boca como un buzón! Ciérrela. Y la cerré. ¡Escupa...! ¡Ponte a buscar una escupidera cuando estás a punto de desmayarte! Le está bien empleado, por no quitarse de enmedio.»

Los labios de la madre de David temblaban de risa, pero los apretó sensatamente. «No quería ofenderte, hermana. Sé cuánto has sufrido ya. ¡Lo siento! ¡Pero bueno!

Ahora estás tres dientes más cerca de esos piñones de oro que tanto admiras.»

«¿Más cerca?» Se tocó cautelosamente las desnudas encías rojas. «Más vacía, quieres decir. ¿Estás segura de que no plantará los dientes nuevos en los agujeros que me ha hecho?»

«¡No! ¡No!» Su madre la tranquilizó. «Te lo dijo, ¿no? Irán colgados como una reja.»

«'Britches'[3] los llamó él, ¿no?» La tía Bertha, apesadumbrada, se animó ahora. *«'Pritchig'* debería llamarlos, es decir, un horno, por el fuego que tengo en la boca. Pero pronto estaré más guapa, ¿no?»

«¡Sin duda!» La mejilla de su cuñado se arrugó en una sonrisa agria...

Después de habérsele cicatrizado las encías, la tía Bertha empezó a ir al dentista dos veces por semana y, al principio, se lamentaba amargamente y lo hacía sólo con la mayor resistencia. En un par de semanas, sin embargo, su actitud experimentó un cambio notable. Empezó a ir ansiosamente, con expectación, y a quedarse a veces el doble de tiempo. Ya no había lamentaciones ni descripciones detalladas de los distintos tipos de dolor que los diferentes instrumentos dentales podían infligir. Todo aquello parecía olvidado. Una excitación nueva se había apoderado de ella, una excitación culpable que la hacía correr al espejo y mirarse atentamente, y luego mirar a su alrededor para ver si la observaban. Comenzó a preocuparse de su pelo y de su blusa, a enderezar su corto cuello, a sonreír de forma que se viese su corona de oro provisional, a empaparse de un perfume densamente oloroso. Había algo que no encajaba. Dos veces por semana al menos, David era echado de la cocina mientras ella se bañaba en el lavadero. Y era otoño. Se compró polvos que formaban costras y escamas en sus mejillas y parecían muy extraños y blancos al manchar sus cejas rojizas. Algo no encajaba en absoluto. Enseguida, sus visitas al dentista aumentaron de dos a tres

por semana y pronto a cuatro.

Aquella frecuencia insólita, insólita impaciencia y extraña conducta en general habían suscitado no sólo la curiosidad de David y de su madre, sino también el interrogatorio silencioso e impasible de su padre. A las preguntas circunspectas de su madre, la tía Bertha había explicado primero que le estaban haciendo un gran trabajo en los dientes, un trabajo de naturaleza sutil y oculta, un forcejeo y un ajuste delicados que sólo podían sentirse pero difícilmente mostrarse. Naturalmente, confesó con una risita críptica, si hubiera insistido habría conseguido probablemente que le hicieran el mismo trabajo en dos visitas que en cuatro, pero realmente prefería ir tantas veces como fuera posible. Era tan agradable estar allí ahora, explicó. Apenas tenía dolores, o por lo menos eran tan pequeños que no valía la pena mencionarlos. Se acostumbraba una a los dolores, aclaró. Y además, la sala de espera donde se reunían todos los pacientes era tan acogedora y la gente hablaba tan bien inglés que resultaba a la vez agradable e instructivo. Además, se supo, la mujer del doctor Goldberg iba con frecuencia a esa sala de espera para charlar con ellos en un «ingalés legante». Y lo que realmente hacía que todo el mundo se sintiera a sus anchas era que, mientras la señora Goldberg conversaba en aquel inglés tan excelente, se dedicaba a alguna sencilla tarea doméstica, como partir tallarines o mezclar la pasta de algún bizcochuelo. Algún día, la tía Bertha le enseñaría a su madre cómo hacer un bizcochuelo. Y así, todo era acogedor y refinado. ¡Y, naturalmente, había que tener un aspecto decente! Y ella, la señora Goldberg, había presentado a la tía Bertha un hombre muy fino, aunque ruso, que cortaba polainas para niños y al que le estaban haciendo en la boca el mismo tipo de trabajo que le estaban haciendo a la tía Bertha. Se llamaba, por cierto, Nathan Sternowitz, ¡y qué divertido era! Y así, otra vez en general, todo era muy acogedor, muy divertido y muy refinado.

Por algún tiempo no se dijo nada más sobre el tema…, por lo menos nada cuando David estaba al alcance del oído. Pero el viernes por la noche, unos días más tarde, la tía Bertha decidió confiarse por completo a su hermana. Aquella noche, el gabinete del dentista estaba normalmente cerrado y la tía Bertha se quedaba en casa. Estuvo callada hasta que el padre de David se fue a la cama, lo que ocurrió alrededor de las ocho y media, y sólo empezó a hablar cuando pudo oírse, tras la puerta del dormitorio, el silbido regular de su respiración. Afortunadamente para él, David había adquirido el privilegio de retrasar su hora de acostarse hasta las nueve, e incluso más tarde los viernes y los sábados, dado que no había colegio a la mañana siguiente.

Y lo oyó todo. Se dio el caso de que su madre estaba trazando para él, en aquellos momentos, la retorcida frontera de un Austria rosa en

el mapa de un libro de geografía todavía no empezado en el colegio. Y acababa de informarle riendo de que Veljish era en realidad un puntito demasiado pequeño para verlo, ni siquiera a la luz combinada de la vela y del gas, cuando la tía Bertha se aclaró de pronto la garganta y dijo:

«Bueno, Genya, tu marido está dormido.»

El nerviosismo cauteloso y reprimido de su tono hizo que tanto David como su madre levantaran la vista. La tía Bertha fruncía el ceño reservada y se tocaba su corona dental de oro. La madre de David le echó primero una ojeada y luego miró a la puerta de la alcoba.

«Lo está. ¿Qué pasa?»

«No voy a ir al dentista mañana», dijo ella bruscamente. «No voy desde hace semanas..., por lo menos no cada vez que salgo. ¡He estado 'jalantiando'!»

«¿Has estado qué?» La madre de David frunció el entrecejo. «¿Qué has estado haciendo?»

«'¡Jalantiando!' Ya es hora de que aprendas un poco más de este idioma. Eso quiere decir que tengo un pretendiente.»

«¡Alabado sea Dios!», se rió la madre de David. «¿Quién es...? ¡Ya lo sé! ¡Ese Sternowitz!»

«Sí. Te he dicho su nombre. Pero no quiero que *él* lo sepa.» Hizo un signo de advertencia hacia el dormitorio. «Se regocijaría si todo se echase a perder. Por eso no he dicho nada.»

«Eres demasiado dura con él, Bertha», sonrió su hermana conciliadora. «Él no te desea ningún mal. De verdad que no. Es su forma de ser. Siempre será así.»

«Una forma de ser avinagrada», replicó la tía Bertha rencorosamente. «Y 'siempre' es el tiempo que uno pasa bajo tierra. Allí es donde debería...»

«*Ach,* Bertha! ¡Calla!»

«Sí, no hay que hablar demasiado. Puede oírme. Y después de todo es tu marido. Pero no se lo dirás, ¿verdad? No hasta que todo sea seguro. ¿Me lo prometes? Recuerda.» Subrayó lo que decía. «Yo he sabido guardar tus secretos.»

Sus palabras hicieron que una ola de curiosidad repentina pasara por David. ¡Secretos! ¡De su madre! Levantando la vista, vio una rosa oscura en la garganta de su madre y pétalos más claros que manchaban el lustre de cera de sus mejillas lisas. Sus ojos se encontraron. Ella no dijo nada y tocó el agua de las copas del candelero, que acabaría por extinguir la llama.

«¡Perdóname!», dijo presurosa la tía Bertha. «¡La verdad es que no quería... no quería ser tan... tan torpe! ¡Que se me caiga la lengua si pretendía ofenderte!»

La madre de David echó una mirada a la puerta de la alcoba y

luego, de pronto, sonrió. «¡No te avergüences! No estoy ofendida.»

«¿Estás segura?», preguntó la tía Bertha dudosa.

«¡Pues claro!»

«Te has puesto tan colorada que he pensado que te había enfadado. O que...» Su voz se convirtió en un susurro. «¿Es por Albert?»

«No.» Ella respondió tranquila. «Por nada de eso. Era por mi hijo, que me miraba a los ojos.»

«¡Oh!» La tía Bertha se sintió aliviada. «Pensé que...», y clavó los ojos en David acusadoramente. «¿Estás escuchando, sinvergüenza?»

«¿Qué?» Los ojos de él vagaron con aire ausente del libro abierto sobre la mesa a la tía Bertha, y volvieron a bajar al libro.

«Ach!» La tía Bertha alejó las objeciones de su hermana. «Está soñando con Veljish, el muy simplón.»

«No estoy tan segura.» La madre de David se rió. «¿Pero qué estabas diciendo? ¿Ese hombre es qué? ¿Cortador de polainas?»

«Sí. Cortador de polainas para niños. Tiene un empleo muy bueno y gana sus buenos dineros. Pero...» Se rascó la cabeza con vehemencia y dejó la frase en el aire.

«Bueno, ¿qué es lo que te preocupa? ¿Tan feo es? ¿O qué?»

«Ach! ¡Pt! ¿Tú crees en el amor?»

«¿Yo?» Su madre sonrió. «No.»

«¡No! Eso cuéntaselo a tu abuela en su tumba. En Austria te leiste todas las novelas románticas alemanas. ¿Sabes?» Miró a su hermana como si hubiera tenido una idea nueva. «No te he visto leer ni un libro desde que estoy aquí.»

«¿Quién tiene tiempo para leer ni siquiera el periódico?»

«No te hacían ningún bien», continuó la tía Bertha, tras un momento de reflexión. «Te volvían rara y volvían raros tus pensamientos. Te daban ideas extrañas que no hubieras debido tener.»

«Eso me decías. Y también me lo decía padre... docenas de veces.»

«Bueno, hubiera sido mejor que le hubieras escuchado. Te estropearon..., ¿entiendes? No eras..., no eras, ¿cómo decirlo?..., buena. Eras buenísima, la más cariñosa de todas nosotras. Pero no eras realmente judía. Eras extraña. No tenías una forma de ser judía.»

«¿Y qué forma de ser es ésa?»

«Ach!», dijo la tía Bertha impaciente. «¿Lo ves? ¡Te sonríes! Eres demasiado tranquila, demasiado generosa. ¡Y eso es un error! ¡Es malo! No te ofendas conmigo, pero quizá te hayas olvidado de la criatura alicaída y de ojos de ternero degollado que eras. Parecías así...» La tía Bertha dejó caer la mandíbula. Sacó una lengua roja. «Y así...» Sus ojos treparon hasta meterse en alguna grieta que había bajo sus párpados. «¡Siempre un aspecto tan ceñudo! No aceptabas ningún pretendiente que te trajeran. ¡Y entre ellos había algunos a cuyos pies me habría tirado!» Echó más atrás la cabeza sobre sus hombros para

subrayar su propia dignidad y la consiguiente inmensidad del gesto. «¡Novelas románticas alemanas! ¡Ellas tenían la culpa! Y entonces te casaste con Albert... entre todos los que hubieras podido elegir.»

La madre de David la miró con una mezcla de perplejidad y desesperación. «¿De qué estás hablando? ¿De mí, de ti o de las novelas románticas alemanas?»

«¡De nada!» La tía Bertha se encogió de hombros enojada. «Estaba hablando del amor. *Lupka...»*4 .

Aquello era otra vez polaco. David sintió una punzada de resentimiento.

«Oh, ahora sé», dijo su madre alegremente en yídish. «Sigue.»

«Cómo puedo seguir, si te burlas de todo lo que digo.»

«¿Yo? ¿Por qué?»

«Sé que has estado enamorada, pero si te pregunto si crees en el amor respondes que no.»

«Muy bien, creo en el amor. Escucharte me convence. Pero ¿qué tiene que ver eso?»

«¿Lo ves? ¡Ahora crees! ¡Eres exactamente como decía padre que eras! Que tenías buen corazón, pero sólo el diablo era capaz de entenderte. Soy tu hermana. Nunca me has hablado de ti. Ni siquiera te interesa oír lo que me preocupa.»

«¡Sh!» Su madre levantó un dedo de advertencia. «Ahora dime, ¿qué es lo que te preocupa? Dime.»

«Antes dime tú por qué te casaste con Albert.» Su voz bajó de pronto. «Después de saber lo que él..., qué clase de hombre...»

«Ach! ¡Calla!» Su madre movió la cabeza con impaciencia. «Bertha, hermana, eres la mujer más tonta que he conocido. ¿Qué hay que decir? Yo era la mayor. Había tres hermanas más jóvenes que yo —tú, Yetta y Sadie— que me estaban empujando a meterme bajo el dosel. ¿Qué otra cosa podía hacer?»

«Cuéntaselo también a tu abuela.» La tía Bertha siguió irritada. «Padre no decía nada. Madre no hablaba. Y, sin embargo, había un rumor entre nosotras..., un chisme. ¿Pero quién? ¿Por qué no...?»

«¡Vamos! ¡Basta!» La voz de su madre era brusca, extrañamente severa en ella. «¡Aquí no!»

David tuvo tiempo apenas de bajar la cabeza hacia su libro de geografía antes de que la mirada de ella relampaguease en su dirección. En la pausa que siguió mantuvo sus ojos allí, atento, rígido, girando el libro unas veces de un lado y otras de otro, y fingiendo la máxima abstracción. Una gran parte de lo que había oído no lo había entendido por completo, todo era tan vago, confuso, misterioso. La tía Bertha tenía un pretendiente. Se llamaba Nathan no sé qué. Hacía polainas. ¿Qué era el amor? Pero eso no le interesaba. No le interesaba que la tía Bertha tuviera una docena de pretendientes. Lo

que le fascinaba, lo que le conmovía profundamente eran los dos hilos que había desenterrado, los dos hilos a que se aferraba. Su padre había hecho algo. ¿Qué? Nadie lo sabía. ¿Qué? ¿Qué? Estaba tan excitado que no se atrevía a levantar la vista, no se atrevía a apartar los ojos del dedo con que seguía el mapa. Rezó para que su madre continuara, respondiera, revelara lo que la tía Bertha había estado insinuando. Pero ella no lo hizo. Con gran desilusión por su parte, cambió de conversación de pronto. Cuando habló otra vez, su voz había recuperado la calma.

«Dime, hermana, ¿por qué estás tan irritable?»

La tía Bertha entrelazó sus dedos rechonchos y se rascó la cabeza frenéticamente, despidiendo horquillas de su pelo rojo. «Porque estoy asustada.»

«¿Pero por qué? ¿Qué has hecho, en nombre del cielo?»

«Nada. ¡Te crees que soy tonta! ¡Que se atreva un hombre a...! ¿Pero por qué, desde que te casaste, todos los de nuestra familia se han casado como yo desearía que se casaran mis enemigos?»

«No lo sé.» La madre de David se recostó desconsolada. «¿Vas a empezar con eso otra vez?»

«¿No tengo razón al asustarme?» Se frotó las palmas de las manos contra los muslos, pasó el pulgar por ellas para ver si estaban secas y se las secó luego en su desgreñado cabello. «¿Quién no lo estaría sintiéndose como un becerro camino del matadero?»

«No seas tonta, Bertha.»

«Hay una maldición sobre esta tribu, te lo aseguro. Es una simiente dañada.»

«Ach!» Impaciente. «¿Quién es él? Háblame de él.»

«Me da vergüenza.»

«Entonces ¿quieres que dejemos de hablar de eso?» La mirada de su madre tenía un aire decidido.

«No.» La tía Bertha frunció el ceño malhumorada. «Aunque tú no me hables de ti, yo te hablaré de mí. Nathan Sternowitz es..., es viudo. ¡Ya lo sabes! ¿Estarás contenta, no?»

«Bueno, !en nombre del Cielo!» Su madre se relajó, aliviada. «¿Y eso es todo? ¿Por eso te has estado atormentando y atormentándome a mí? Viudo. Yo creía que era... no sé qué... ¡Sin brazos ni piernas!»

«¡No lo permita Dios!» Y luego, ansiosamente: «Entonces no crees que sea una vergüenza, un escándalo que me case con un viudo... Yo no soy realmente una solterona.»

«¡Bobadas!»

«Pero tiene trece años más que yo. Treinta y ocho, figúrate. ¡Y ay! Tiene ya dos hijas. ¡Es un escándalo!», gimió desconsoladamente. «¡Un escándalo!»

«¡Lo que es escandaloso es lo tonta que puedes ser!», se rió su

hermana secamente. «¿Tú le quieres?»

«¡Pobre de mí, no! Y tampoco él me quiere, de modo que no me lo preguntes.»

«¿Entonces?»

«Nos tenemos afecto el uno al otro. Nos reímos mucho cuando estamos juntos. Hablamos mucho. Pero cualquiera puede tener afecto a cualquiera que le tenga afecto... ¡Ay!», exclamó desesperadamente. «¡Yo le tengo afecto! ¡Pero él no cree en el amor! Dice que el amor es un pellizco aquí», señaló su amplio busto y luego sus muslos, «un pellizco allá y nada más. Y, si no es más que eso, yo tampoco creo en él. Pero no estoy segura.»

«La verdad es que no es mucho más.» El labio superior de su madre se arrugó en una sonrisa. «Si lo miras así.»

«Pero ¿no se reirán de mí? ¿Las chicas del taller? ¿O las gentes de Veljish? ¿Cuando sepan que me he casado con un viudo con dos hijas? Son ya mayores, sabes, de diez y once años.»

«Veljish está demasiado lejos para preocuparse, hermana. Y aunque no estuviera más lejos que ese Brownsville en que vivimos, ¿qué te importaría? ¡Y precisamente tú preocupándote por lo que puedan pensar los otros! ¡Qué vergüenza! ¡Creía que eras más atrevida!»

«¡Pero ser madrastra a los veinticinco! ¡O incluso a los veintiséis! ¿Cómo será? ¡Ocupar el lugar de una mujer que está en la tumba! ¡Ay!» Se mordisqueó el pulgar. «Y dicen que siempre se olvidan y te llaman a veces por el nombre de su esposa. ¡Rachel! ¡Y ella está envuelta en su sudario! ¡Me hace estremecer!»

«¿Así que es de eso de lo que tienes miedo realmente? ¡Eres supersticiosa! ¡Bueno, si no es lo más tonto que he oído nunca...!»

«No sé», respondió ella apocadamente. «Aborrezco el silencio y aborrezco la muerte.»

«¡Entonces no tengas miedo! Probablemente no te encontrarás con ninguno de los dos en mucho tiempo. Ya veo que, después de todo, no eres más que una niña. Pero escúchame. Las mujeres envueltas en sudarios no son en absoluto celosas. Es la muerta que hay dentro de ti la que no dormirá. Ésa sería la menor de mis preocupaciones. Con todo, si no puedes superarlo, si la idea misma te asusta tanto, ¿por qué quieres casarte con él?»

El brío y el descaro habituales de la tía Bertha se habían desvanecido y, con ellos, su bulliciosa forma de ser, que formaba parte de la tía Bertha hasta cuando hablaba tranquilamente. Pero, aunque sus labios colgaran y ella pareciera dirigir sus palabras al suelo, torpe y vacilante, seguía habiendo un resto de desafío tozudo y terminante en su tono y en la forma en que sacudía la cabeza. «No soy guapa —eso lo sabes— ni siquiera con esos polvos nuevos en la cara... ni con

este pedacito de oro.» Levantó el labio. «¡No trates de animarme! Nadie me mira jamás…, ni siquiera los domingos, y ya sabes que he dejado de dormir con los vestidos nuevos. Dinero para casamenteros —ojalá se ahoguen— no tengo. ¿Entonces? Él es el primero en proponérmelo —bueno, en realidad el primero— y es posible que no haya más.

No quiero desgastarme las nalgas hasta el hueso sentada en ese taller», sus callosos pulgar e índice comenzaron a frotarse, «y trenzar flores de papel y flores de trapo toda mi vida.»

«Eso es una tontería, Bertha», protestó su hermana cariñosamente. «Hablas como si no tuvieras ninguna cualidad, como si fueras un caso desesperado. Vamos, si uno te lo ha propuesto, otros lo harán.»

«Cuanto más espere, más dinero tendré que ahorrar.

Y con mis tres dólares a la semana, si ahorro algo, tendré que esperar sentada.»

«¡No, no tendrás que esperar! No te preocupes tanto por ahorrar. ¡Basta con que des a los hombres una oportunidad! No llevas en este país suficiente tiempo. Pero bueno, Bertha, ¡Nueva York está llena de toda clase de hombres que podrían quererte!»

«¡Sí!», fue su melancólica respuesta. «Y también está llena de toda clase de judías con labia, arrinconadas, que saben tocar el piano. ¡Quita! ¡Quita!» Sacudió la cabeza malhumorada. «Para cuando aprenda a hablar este idioma tendré ¿cuántos? ¡Treinta años! ¡Vieja y seca! Otras tienen dinero, otras saben bailar, otras cantan con las manos así: ¡Tuh-Tuh-ruh! Lo único que yo sé hacer es reírme y comer… ¡Mis únicos talentos! Si no consigo un hombre ahora…» Agitó la mano como alejando algo. «A lo mejor ni siquiera puedo hacerlo.»

«*Ach!* No puedes desanimarte tan rápidamente.»

Y después de una corta pausa. «¿Cómo es él?»

Ella hizo sobresalir los labios, quitando importancia a lo que decía. «Judío, lo mismo que otros.»

«Sí. ¿Y?»

«En apariencia, nada, bajo como yo e igual de feo. Pero es delgado, y aquí y aquí», señaló la parte superior de su frente, «se le está cayendo poco a poco el pelo. El que tiene es castaño, rizado. Dos ojos pequeños», suspiró impetuosamente, «una nariz larga como una bisagra. Es aseado. No fuma… ¡Es como Albert!» Se rió con disimulo, aunque significativamente. «Pero tiene una costumbre que le voy a quitar: corta el pan en cuadraditos cuando come. Saca su navaja y lo corta. ¡Fih! Pero es muy adaptable y nunca se enfurece. Es alegre. Cuenta largas historias increíbles. Ya ves que podría ser yo la que mandase.»

«Ya veo.»

«¡Y te diré más!» Una oleada de impaciencia se llevó su melancolía.

«¡No es torpe! Tiene planes para hacer dinero. ¡Podríamos progresar! Esta semana me ha preguntado si me gustaría ocuparme de una confitería cuando estuviéramos casados. Él la compraría y yo me ocuparía de ella. ¿Sabes lo que eso significa? Él podría ganar dinero cortando polainas. Yo ganaría dinero en la tienda...»

«¿Y la casa?»

«¡Al diablo con la casa! ¡Aborrezco ser ama de casa! De todas formas, ¡sus dos mozas son suficientemente mayores para ocuparse de eso! ¡Una confitería! ¡La vida sería alegre! ¡Jeh! Sería como vivir todo el tiempo en una feria.»

«¡Y así podrías tener tus dulces!», rió maliciosamente su madre. «Te gustaría.»

«¡Claro que sí!» La tía Bertha continuó sin darse cuenta. «¿No es extraño cómo pasan las cosas: del azúcar a los dientes y otra vez al azúcar?»

«Sí. ¡Y que haya suerte en todo!»

«¡Si Dios quiere! Entonces, ¿puedo traerlo aquí algunas veces a cenar?»

«¡Pues claro!»

«¿Y no le dirás nada a Albert..., al menos hasta que yo te lo diga, hasta que esté segura? ¡Pronto habrá un anillo de compromiso con la bendición del cielo!»

«No.»

«¡Ay!» La tía Bertha juntó las palmas de sus manos y rezó: «¡Que olvide pronto a Rachel, es lo único que deseo! Y si no», de repente apretó la boca con mal genio, «¡cogeré un par de piedras y se la sacaré a golpes de la cabeza!»

«Contigo por mujer, creo que se olvidará de ella muy pronto.» Sonrió su madre...

1

Bun bonnies (pastelillos), peanut bread (pan con manteca de cacahuete) y tutti-frutti. [N. del T.]

2

Molars, «muelas». [N. del T.]

3

Bridges, «puentes». [N. del T.]

4

«Amor». [N. del T.]

VII

HABÍA pasado alrededor de una semana. Aquella tarde, al doblar la esquina de la avenida D, David divisó a su madre, que iba por el otro lado de la calle. Se apresuraba hacia la casa y llevaba varios paquetes en la mano. Verla accidentalmente de aquel modo le producía siempre un intenso estremecimiento de placer. Era como si la cambiante complejidad de la calle floreciera en la sencilla firmeza de la presencia de su madre, como si hubieran pasado días y no horas desde que la había visto, porque habían pasado días y no horas desde que la vio en la calle por última vez. Saltó el arroyo y la siguió.

«¡Mamá!»

Ella se detuvo y, bajando hacia él los ojos, le sonrió. «¿Eres tú?»

«Sí.» Se puso a andar a su lado. «¿Adonde vas?»

«A casa, naturalmente», respondió ella. «¿Vas a subir conmigo?»

«Sí.»

«Entonces llévame esto.» Le dio un paquete.

Ropa blanca. Lo supo por el olor a limpio y el papel amarillo que la envolvía. «¿Te ha dado el chino garrapiñadas?»

«No me he acordado de pedírselas», respondió ella disculpándose. «¡Lástima!»

«Mmm», dijo él tristemente.

«La próxima vez me acordaré.»

«¿Qué llevas ahí?» David señaló el objeto rectangular, envuelto en papel de periódico, que ella tenía en la mano.

«Una sorpresa.»

«¿Para mí?», preguntó esperanzado.

«Bueno», vaciló, «para todos».

«¡Oh!» Lo miró dubitativo. Parecía un paquete demasiado pequeño para poder sorprender a todos.

Habían llegado a la casa y entraron.

«¿Puedo verlo?»

«Sí, en cuanto estemos arriba.»

Llegados por fin a su puerta, esperó con impaciencia que ella encontrara la llave apropiada. Entraron de puntillas. Nunca hablaban más que en susurros cuando su padre estaba durmiendo en la alcoba.

Su madre abrió el periódico: un cuadro.

«¡Oh!» David estaba ligeramente desilusionado.

«¿No merece tu agrado?», se rió ella.

David lo examinó más de cerca. Era un cuadro de una pequeña parcela de terreno llena de altos tallos verdes, a cuyo pie crecían diminutas flores azules.

«Sí, me gusta», dijo inseguro.

«Lo he comprado en un carrito», le informó ella con uno de sus curiosos e inexplicables suspiros. «Me recordó Austria y mi casa. ¿Sabes qué es eso que estás mirando?»

«¿Flores?», adivinó él, sacudiendo al mismo tiempo la cabeza.

«Es maíz. Crece así. Crece de la tierra, sabes, el dulce maíz del verano... no lo fabrican los vendedores de los carritos.»

«¿Qué son esas flores azules que hay debajo?»

«Esas florecitas salen en julio. Son bonitas, ¿verdad? Tú las has visto, sí, las has visto, campos y más campos de flores, pero lo has olvidado, eras tan pequeño.» Levantó la vista a las paredes. «¿Y dónde voy a colgarlo? Por algún sitio he visto un clavo, un clavo. Cuando era niña», dijo sin venir a cuento, «estalló un incendio en una casa vecina, y mi primo se excitó tanto que no podía hacer otra cosa que gritar: ¡Una escalera, una escalera, una escalera! ¡Un hacha, un hacha, un hacha! La gente dice tonterías... ¡Ahí! Ahí hay uno». Arrimó una silla cuidadosamente a la pared y se subió encima.

David había visto antes pocas veces a su madre tan animada, tan alegre. Tuvo ganas de reírse de ella.

Ella se bajó y miró el cuadro que acababa de colgar. «Está un poco alto, incluso para ser maíz, pero valdrá. En cualquier caso, es mejor que un calendario.»

«¿Por qué lo has comprado?»

Agitó un dedo ante él, advirtiéndole juguetonamente. «Vamos a tener invitados, ¿no sabes? Va a venir el 'jalanteador' de Bertha. ¿Lo digo bien? Es ella quien me ha enseñado.» Y, tras una pausa: «¿Estás impaciente por conocerlo?»

«¡Aaa!» Se encogió de hombros con indiferencia.

«Ach! ¡Eres un mal sobrino! ¡Ni siquiera estás impaciente por admirar al nuevo pretendiente de tu tía! Será tío tuyo si se casa con ella. Entonces tendrás un tío americano. Un americano maduro. ¿Lo has pensado alguna vez? ¡Claro que no! *!Ach,* tú!»

David la miró silencioso, preguntándose por qué podía excitar eso a nadie.

«Realmente, creo», continuó ella en un susurro reprobador y burlón, «que no piensas en nada. Sinceramente, ¿no es así? ¡No eres más que un par de ojos y otro de orejas! Ves, oyes, recuerdas, pero ¿cuándo comprenderás? Si no trajeras a casa esas notas tan estupendas, diría que eres un zopenco, mi único hijo».

«Me voy abajo», respondió él resuelto.

«¡Oh, eres un zopenco!», se rió ella desconsolada. «¡Bertha tiene razón! ¡Pero espera! Tendrás que volver un poco antes, cariño. Tengo que lavarte y que peinarte el pelo y cambiarte de camisa en honor a nuestro invitado.»

«¡Naaa!» Estaba ya en la puerta.

«¿Y no me das un beso?» Lo cogió por los hombros y lo besó. «¡Toma! ¡Labios sabrosos y tacaños! ¡No vengas tarde!»

Él bajó... sorprendido y sólo un poco molesto. No le importaba que lo llamaran zopenco. Después de todo, ella sólo estaba bromeando. ¿No se había reído y lo había besado? Y además, si él no había mostrado ningún interés por su futuro tío, ella no había mostrado ninguno por él mismo. ¡Olvidarse de las garrapiñadas chinas de aquel modo! Que además eran gratis, y ella sabía cuánto le gustaban. Se preguntó si el chino le daría algunas si iba ahora y le decía que su madre acababa de llevarse la ropa limpia... ¿Qué clase de ropa? Camisas. Sí. Su padre iba a ponerse también de tiros largos. Quizá cuellos duros, aunque el paquete, al tacto, no daba esa sensación. ¿Me da usted unas garrapiñadas, Sr... Sr. ¿qué? ¡Se le ha olvidado pedírselas, se le ha olvidado a mi madre! Sr... ¡Sr. Chiny-Chink! Divertido. Pasar por delante de todas formas y mirar. Divertido. Pero... ¿qué era? ¿Qué? David había estado pensando en algo que se había dicho a sí mismo. Sí. En algo. Pero ahora no podía acordarse. No eran las garrapiñadas chinas. No. ¿En que iban a tener invitados? Quizá, no.

Dejó el pórtico y torció hacia el oeste. La lavandería china estaba cerca de la esquina de la calle Diez con la avenida C. Caminaba lenta, ociosamente, consciente pero no agobiado ya, ni siquiera molesto por el tráfico de vehículos y personas. Ahora conocía su mundo. Con una especie de seguridad meditabunda, aislaba los distintos elementos de aquel omnipresente alboroto: las voces lejanas, las próximas, las campanillas del carro de un chatarrero, el sonsonete del grito del hombre del compro-ropa-vieja, que blandía su periódico-porra, el chapoteante cencerreo de las llaves del enorme aro que llevaba a la espalda el calderero. Ahora había más azul en el aire de las tardes; el aire era más fresco y fijaba las casas en una luz fría, frágil, sin sol. Levantó los ojos. Las dos habían desaparecido: las dos jaulas de la escalera de incendios del primer piso. Un loro y un canario. ¡Ok! ¡Ok!, gritaba el primero. ¡I-ti-ti-tuit!, el segundo. Una polea lisa y otra oxidada. Se preguntó si se entenderían. Quizá fuera como el yídish y el inglés, o el yídish y el polaco, tal como hablaban a veces su madre y su tía. Secretos. ¿Qué? Se lo preguntaba. ¿Qué? Demasiado frío ahora. Las aves van al sur, decía la maestra. Pero las palomas no. Los gorriones no. ¿Entonces qué? Divertidos eran los pájaros. En el parque de la avenida C. Comen marrón. Cagan verde. En los bancos es verde. En las barandillas. ¿Entonces qué? ¿Tú no? Las manzanas son rojas y blancas. El pollo es blanco. Pan, sandía, pastillas de goma, todo de diferentes colores. Pero... no lo digas. Está mal. Sin embargo, todo el mundo lo dice. A pesar de todo, está mal...

Y fue a la deriva hacia el *drug-store* de la esquina, echó una ojeada al misterioso fluido rojo y verde de los jarros de cristal y torció a la derecha.

Pero estaba pensando. Examinó con cuidado las baratijas de su mente, buscando una que se le escapaba. Estaba pensando. ¿Pájaros? Pájaros no. ¿Palabrotas? No. Antes de eso. ¿Cuándo? ¿La tía Bertha, el hombre nuevo? No. No puedo encontrarlo. Divertido. ¿Quizá su nombre? Sr… Sr. Qué. Sí. Quizá. No… Pero… Acercándose a la lavandería, levantó la vista hacia el letrero bajo, las letras negras y mates sobre el rojo mate. C-h-Chuh-Charley. Charley, nombre americano. Lo mismo que el Charley del colegio. Pero quizá haya algo más, lo mismo que Yussie es Joey. Vaya, olvidado. ¡Yussie! L-i-ng. Ling. Ling-e-ling. Es judío[1] . No puede ser. Ling. No me gusta. Cómo cuelga sobre la carnicería. Señor Ling.

Se detuvo, miró el escaparate y, cuando estaba a punto de acercarse más, unas estridentes voces familiares lo llamaron desde atrás.

«¡Eh, Davy!»

Se volvió. Eran Izzy y Maxie; los dos vivían en su manzana y los dos estaban en su clase del colegio.

«¿Dónde vah?», preguntó Izzy.

«A ninguna barte.»

«Entonzeh ¿bor ké'htabah mirando'l ehkabarate del chino-chinki?»

«Borke mi madre rekohió la roba kuando yo volvía del *heder,* y no le dieron garrabinyadah.»

«¿Y tú vas a bedirle?» Izzy comprendió rápidamente la idea. «Ven, entramoh todoh.»

«Naa, sólo kería mirar», pensó David rápidamente. «Kizá mi madre venga luego y entre.»

De común acuerdo, se acercaron al escaparate y miraron adentro, haciendo sombra con las manos ahuecadas. Dentro, detrás del alto mostrador, pintado de verde, un lavandera con coleta y de ojos oblicuos echaba una nube de agua en una prenda de ropa con ayuda de un pulverizador de estaño. Parecía demasiado absorto en su trabajo para darse cuenta de su presencia.

«¡T'abuehtah a ke buedeh konseguir ahora!», insistió Izzy. «Eh, Maxie, entra y di k'ereh Davy, sin máh.

Y él bensará k'ereh Davy, y te dará. Y tendremoh. ¿Sí? Luego la mamá de Davy vendrá y tendremoh máh.»

«¡Sáa!», se negó Maxie. «¡Entra tú! ¡Tienen ku-chiyoh!»

«Kom'una senyora pareze», dijo Izzy reflexivo. «Ké kola máh larga tien'en la kabeza. Vamos a begar en el krih-tal. A lo mehor mira.»

«Y a lo mehor te bersigue», objetó Maxie.

Izzy aplastó la nariz contra el vidrio. «Konozí a un chinky»,

declaró, «ke no tenía manoh. De modo k'ehkribía kon la boka kon un balito muy divertío así», se retorció y se contrajo formando ideogramas, «en loh rehguardoh».

«¿Entonzeh kómo blanchaba, lihto?» Maxie se burló casi cansadamente. «¿Kómo kohía la blancha?»

«No la kohía. Otro la kohía bor él.»

«¿Veih dond'ehtán lah nuezeh chinah?» Maxie miraba oblicuamente por la ventana. «¿En esa kaha? ¡Sí! ¡Yam! ¡Yam! Al brinzibio se barten fácil. Luego'ay algo dentro blando y bueno. ¡Yam! Luego'ay dentro madera negra. Eh duro y resbalaízo. Y lo tieneh en la boka y da agua.»

«Konozko a uno», contribuyó Izzy, «ke rombió la barte dura kin un martiyo. Y dentr'abía otro bekenyo, blando y bueno. Y dentr'abí'otro bekenyo negro. Y lo rombió. Y dentr'abía otro bekenyo blando y bueno y dentr'abía otro duro. Y...».

«¿Y ké?», preguntó Maxie agresivamente.

«Y lo berdió.»

«¡Pfuy!»

Se quedaron silenciosos un momento, y luego Izzy, tristemente. «¡Abuehto a ke me komería un miyón!»

«¡Yo también!», convino Maxie ansiosamente. «¿Kuándo va venir tu madre?»

David se sobresaltó. No había creído que lo tomarían en serio. «No sé», respondió evasivamente, comenzando a apartarse del escaparate.

«Bero dihihte k'iba' venir», insistieron, siguiéndole.

«Kizá no venga. No sé.»

«¿Entonzeh dónde vah?» Doblaron hacia el sur, en dirección a la Novena, y él hacia el norte, en dirección a la Décima.

«A ninguna barte.» Su rostro carecía de expresión. «¡Ké bobo!», dijo Izzy con vehemencia. «Nunka va kon nadie.»

Y así se separaron.

1

Ling, «pulmón». [N. del T.]

VIII

CUANDO volvió a casa, su padre se había levantado ya. Desnudo de medio cuerpo, con la parte superior de su gruesa ropa interior colgándole hasta más abajo de las rodillas, estaba de pie delante del fregadero, secando su fulgurante navaja de afeitar entre los extremos pellizcados de una toalla. Bajo la luz azul de la camisa del gas, su rostro afeitado era de color gris piedra, más duro pero sin embargo más hermoso. Los anchos husos y montículos de músculos que había a lo largo de su brazo y de sus hombros se anudaban poderosamente cuando se movía. Los músculos de su pecho y de su liso estómago eran cuadrados y planos. Algunos pelos oscuros se ensortijaban sobre la blanca piel de su pecho. Era vigoroso su padre, mucho más vigoroso de lo que parecía cuando estaba vestido. A David, de pie ante la puerta, le pareció que nunca lo había visto antes.

Y se quedó allí casi atemorizado, hasta que la única mirada superficial que le lanzó su padre lo hizo movilizarse, y se dirigió vacilante hacia su madre. Ella sonrió.

«Y ahora, mi segundo hombre», dijo alegremente, «¡ven! Manos a la obra».

Mirando a su alrededor mientras se quitaba el abrigo y el jersey, David vio que la cocina estaba inmaculada. Su madre había limpiado la cocina económica. El linóleo, al que acababa de pasarle el estropajo, brillaba cálidamente. Las ventanas no tenían manchas contra el crepúsculo azul. La mesa, ya puesta, había sido cubierta con su mantel favorito, blanco, con finas rayas de oro que se cruzaban formando grandes cuadrados. Se desabrochó la camisa, se la quitó, se despojó de la ropa interior, lo mismo que su padre luchaba por ponerse la suya, y, mirando sus propios brazos, delgados y débiles, levantó los ojos a tiempo de ver un último destello de largos músculos antes de que el desnudo brazo quedara enfundado. Cuánto tiempo pasaría, se preguntó, antes de que aparecieran aquellos nudos sobre sus propios codos, y aquellas trenzas, tensas y duras, en sus propios antebrazos. Deseó que fuera pronto, deseó que fuera hoy, en aquel momento. Fuerte, qué fuerte era su padre, más fuerte de lo que él sería nunca. Lo recorrió una punzada de envidia y desesperación. Nunca tendría aquellos tendones, aquellos músculos que, incluso bajo la gruesa camiseta, se abultaban y aplastaban entre el hombro y la axila. No, nunca sería tan fuerte y, sin embargo, tenía que serlo, tenía que serlo. No sabía por qué, pero ¡tenía que serlo!

«Rica agua caliente», dijo su madre llenando una de las pilas del

fregadero. «Ahora que hay fuego en la cocina.»

Llevó una silla junto al fregadero. David se subió a ella y empezó a lavarse. Detrás de él, los dos permanecieron silenciosos unos segundos y luego David oyó, por encima del agua que se estaba echando por las orejas, un sonido crujiente que le recordó la ropa blanca helada al doblarse. Y un gruñido de su padre.

«Hace falta un calzador para meterse en estas mangas. ¿Las almidonan con yeso?»

«¡Eso parece! No sé por qué lo hacen.» Hizo una pausa. «¡Pero será sólo por esta vez! Y, si le parecemos bien, ¡por otra más!»

«¡Hmf!», gruñó él mientras continuaban los crujidos. «¡Que venga pronto! Si ella cree que precisamente yo le voy a poner obstáculos, está loca. No me pondría esta camisa de yeso si no tuviera la esperanza de deshacerme de Bertha. Se lo puedes decir de mi parte, si es por eso por lo que ha andado con tantos secretos.»

«No ha sido por eso, Albert. No tenía miedo de que tú te entremetieras. Pero, después de todo, son cosas que pasan... bueno... raras veces en la vida de una mujer, y ella no estaba segura. Además, estaba un poco asustada... Un viudo, con su mujer en la tumba..., un poco avergonzada, comprendes.»

«¡Pf! ¡La consideraría afortunada aunque fuera su sexta mujer! Y, por lo que a él se refiere, un ruso no conoce nada mejor ni se merece nada mejor. ¡Pero todas esas artimañas bajo cuerda!... ¡Dentista cuatro noches por semana, dientes de oro, polvos, espejos! ¡Toda esa agitación! ¡Sólo Dios sabe lo que se proponía!»

«¡No han sido tan bajo cuerda, Albert!» Mientras hablaba, señaló a David, que se había vuelto con el rostro goteante, la toalla que había junto a una limpia camisa blanca sobre el lavadero. «El amor, el matrimonio, comoquiera que se llame, le hace eso a una, la hace a una insegura, precavida. Se quiere parecer mejor de lo que se es.»

«Supongo que a ti te hizo eso.»

«Sí.» Pareció vacilar. «¡Claro!»

«¡Bah!»

«¡Claro!», repitió ella, y luego, riéndose: «Ya sabes lo que dice la vieja canción: De una forma o de otra, hay que seducir al novio.»

«¡Seducir!» Sus rasgos enjutos y grises se afilaron. «¡Seducir!» Y luego, desviando la mirada con aire ausente: «Gran cosa que seducir: ruso y viudo.»

«¡Pero Albert!», sonrió ella maliciosamente. «Un judío ruso es también un hombre.»

«Eso lo admito.»

«Y ella será una buena esposa para él. Bertha es lista y, lo que cuenta más, no es tímida. Los vestidos no le interesan. Y con una confitería propia», se rió, «no tendrá nada en que gastarse el dinero.

Por lo que ella me ha dicho, ésa es la clase de esposa que Nathan quiere.»

«Si alguna vez tiene una confitería y Bertha se ocupa de ella del mismo modo que se cuida aquí de su habitación, que Dios ayude a sus clientes. Aquí, cuando deja horquillas gruesas como rastrojos por el suelo, lo único que puede pasar es que alguien las pise; allí se las comerán, fíjate en lo que te digo. Las habrá en todas las bandejas.

Y esa cola de zorro rojo que lleva en la cabeza se la encontrarán en el helado. ¿Ha dejado alguna vez alguna cosa en su sitio? ¿Hace alguna vez algo con cuidado? ¡Y qué comidas le preparará, Dios omnipotente! Con esa precipitación suya, atolondrada y ciega, el estómago de él se quedará como el mío en los años anteriores a tu aparición!»

«¡Oh, aprenderá, Albert! ¡Aprenderá! ¡Tendrá que aprender! ¡Tampoco yo sabía cocinar antes de casarme! Después de todo, teníamos criados cuando yo era niña... Ellos cuidaban de la casa, limpiaban, cocinaban.»

«¡Bah!», la interrumpió con desprecio. «No lo creo. ¡Nunca aprenderá nada! ¿Y qué sabe de niños? ¡Nada! ¡Qué vida le darán! ¡Y ella a ellos! ¡Dos mozas ya mayores en sus manos el día en que se case! Extrañas para ella. ¡Jai! ¡Qué olla de grillos! ¡Una suerte para deseársela a tus enemigos! ¡Bueno!» Se encogió de hombros con impaciencia. «¡Lo único que pido es que acabemos pronto!»

David, que para entonces se había puesto su camisa limpia y su corbata, maniobró para captar la atención de su madre. Ella abrió los ojos con placer.

«¡Mira cómo rebrilla tu hijo!»

Impasiblemente, los ojos de su padre se posaron en él un momento, apartándose luego. «¿Por qué no se peina?»

«¡Yo lo peinaré!» Fue rápidamente al fregadero, humedeció el peine y se lo pasó acariciadoramente por el pelo. «Era más castaño cuando eras muy pequeño, hijo mío. ¡Mi niño guapo!»

Su padre alargó la mano para coger la libreta gris del itinerario del reparto de leche que estaba sobre la nevera, la abrió impasible y pasó rápidamente las páginas con los dedos (David recordó las manchas de tinta en otro tiempo grabadas en ellos), frunciendo el entrecejo.

«Esto debería estar en mi abrigo.» Lo dijo bruscamente, y luego se quedó callado.

Aproximadamente media hora más tarde llegaron la tía Bertha y el nuevo. Estar delante cuando presentaban a su padre un extraño era siempre una prueba para David, y aquella vez le pareció más penosa que nunca. La tía Bertha estaba nerviosa y roja de turbación, lo que hacía todavía más agitados su forma de hablar y sus movimientos; de modo que aquel torbellino entrecortado y ligero de palabras y gestos

hizo que su padre permaneciera tan rígido y distante como si estuviera tallado en piedra. Cuando los dos hombres se dieron la mano, su padre se limitó a gruñir en respuesta al saludo y, sin mirar nunca al otro a los ojos, echó una mirada sombría por encima de sus hombros. El Sr. Sternowitz, desconcertado, lanzó una ojeada rápida y perpleja a la tía Bertha, quien primero asestó a su cuñado un ceño de odio con la nariz fruncida y luego le respondió con una tranquilizadora sonrisa de ya-te-lo-había-dicho. Una vez pasado aquel momento horrible, por sugerencia de la madre de David, se sentaron y, sentados, se relajaron con cautela.

Mientras la conversación, en la que no participaba el padre de David, circulaba por la habitación en brotes breves y nerviosos, relativos principalmente a los dentistas y a la diferencia entre el «absexo» de la tía Bertha y la «dulcera» del Sr. Sternowitz, David examinó al recién llegado. Era, como había dicho la tía Bertha, un hombre pequeño, de nariz muy larga, ojos azules y cetrino. Un bigote pálido y estrecho, cuyas puntas no dejaba de estirar hacia abajo y morder, seguía el contorno de sus labios delgados. Sus orejas eran demasiado grandes, de aspecto blando, y casi tan velludas como felpa roja. En su boca pequeña, cuando hablaba, brillaban dientes de oro, y su frente cetrina, que se fruncía fácilmente en largas arrugas, trepaba en rápidas perspectivas hasta su crespo pelo castaño. Por encima del bigote, su rostro parecía bondadoso, y apacible pero astuto; por debajo, a pesar de la pequeña boca y del mentón recogido, daba una impresión de quisquillosa testarudez. En conjunto, parecía bastante insignificante y hasta un poco absurdo. Y David, al examinarlo atentamente, se sentía cada vez más decepcionado, no tanto por él mismo como por su tía.

Tras elogiar al dentista —tanto él como la tía Bertha habían estado delante la tarde en que una anciana fue al gabinete a probar sus nuevas piezas dentales y, después de comerse una pera y un panecillo con muchas semillas de adormidera, se había ¡do satisfecha—, el Sr. Sternowitz derivó hacia el negocio de las polainas, profetizando que pronto desaparecería de la tierra. Los niños llevaban muchas menos polainas que antes. Y era por la incertidumbre de sus ganancias futuras, los informó titubeante, por lo que creía que una esposa tenía que tener ingresos independientes, con lo que la tía Bertha estuvo enérgicamente de acuerdo. Inseguro al principio, pero continuamente espoleado y alentado por la tía Bertha y por la madre de David, el Sr. Sternowitz perdió poco a poco su aprensión ante la helada taciturnidad del otro hombre y empezó a hablar con más libertad. Sin embargo, cada vez que sus ojos se encontraban con los del padre de David, la expresión de su cara tendía a congelarse en otra de congraciadora modestia. David lo compadecía. Adivinaba que, como

él mismo, el Sr. Sternowitz sentía la necesidad de humillarse continuamente ante el escrutinio inexorable y fijo de aquellos ojos, ante aquel rostro gris que no descansaba. Todo el mundo tenía que inclinarse ante su padre, salvo la tía Bertha y, a medida que aumentaban la humildad y la modestia del Sr. Sternowitz, ella se sentía más mortificada y se volvía más desafiante.

La madre de David había empezado a servir la cena cuando el Sr. Sternowitz, tras un mordisqueo preliminar de bigote, dijo: «¡Mi padre era criado!»

Hasta entonces, la tía Bertha había desfogado su impaciencia limitándose a chasquear la lengua contra el paladar. Pero ahora, evidentemente decidida a adoptar medidas más enérgicas, preguntó con tono mordaz: «Y cuando llovía llevaba a dos niños a la espalda hasta el *heder.* ¿No es verdad, Nathan?»

«Sí.» El Sr. Sternowitz levantó sus ojos ofendidos del plato. «Eso hacía. Creo que te lo he contado ya.»

«Bueno, ¿por qué tienes que pregonarlo ante todo el mundo en cuanto los conoces? ¿Tienes miedo de que te siente mal? ¿No está suficientemente digerido? ¿Por qué no nos hablas del primo de tu madre, que era médico? ¡Eso es algo de lo que se puede presumir!»

Por encima de su bigote, el Sr. Sternowitz parecía aplastado. «No lo había pensado», dijo disculpándose. Pero por debajo, como si algún impulso demorado lo empujara, su pequeño mentón se abría paso hacia adelante. Miró confidencialmente al padre de David. *«¡Era* criado!», afirmó.

«¡Sí! ¡Díselo todo!» La tía Bertha sacudió la cabeza resentida. «Y que tu madre era ciega cuando te dio a luz y cegata durante tu infancia. Y que te daba vinagre en lugar de agua azucarada. ¡Por eso eres tan feo!»

«De algo hay que hablar», afirmó él insistente. «Especialmente si todos los demás se callan.»

«Ach! ¡Hay una selva de algos!», replicó la tía Bertha de mal humor. «Supongo que cuando yo vaya a ver a tus parientes esperarás que, en la primera oportunidad, les cuente que el único pretendiente que he tenido...» Empezó a gesticular y hacer muecas violentamente. «Era un hombre que t-t-tartamudeaba. Y cuando el casamentero le dijo: ¡Hable! ¡Cabestro! ¿Qué dijo sino 1-1-le g-gustaba a s-su a-abuela e-el q-q-queso? ¡Bah! ¡Bueno, pues no lo haré!», terminó sin aliento.

«¡Un poco de piedad, Bertha!», dijo su hermana. «Qué más da que lo cuente antes o después. Acabaremos por conocernos.»

«¡Tal vez!», fue la significativa respuesta de ella.

Abatido, el Sr. Sternowitz levantó furtivamente los ojos del plato, primero hacia el padre de David, todavía serio y distante, y luego hacia la tía Bertha, malhumorada. Luego parpadeó desconcertado,

trató de reír, pero sin éxito, y dijo con incertidumbre: «¿Qué le dijiste? Quiero decir tú... al... al pretendiente.»

«Le dije: tendrá que preguntárselo a mi abuela.» Apretó los labios agriamente. «Está muerta.»

«¡Ay!» El Sr. Sternowitz se mordió el bigote y miró a su alrededor, semidesconsolado y semisatisfecho. «Me va a dar mala vida, ¿no? Y, aunque sea padre de dos niñas, de nada me servirá. Bueno, mi primera esposa era mayor que yo. Pero no tenía lengua y se conformaba. Podría ocurrir que esta vez tenga una más joven y que...»

«¡Y no habrá tercera!» La tía Bertha hizo una mueca maliciosa.

«No», asintió él obedientemente. Y luego, como para tranquilizarse: «¿Todavía no nos hemos casado, no?»

«¡Puh!»

«¿Qué le pasaba a su madre?», preguntó la madre de David tras una pausa.

El Sr. Sternowitz, con una rebanada de pan en una mano, había empezado a rebuscar con la otra, lentamente y al azar, en los bolsillos de su chaleco. «Nadie lo sabía. Los médicos», se encogió de hombros y sacó una navaja de mango de nácar, «no lo sabían.» Su mirada encontró la de la tía Bertha. El severo ceño de ella pasó del rostro de él a la navaja. Con un movimiento extrañamente remoto, el cuello del Sr. Sternowitz se inclinó rígidamente y él también miró la navaja, dándole vueltas y más vueltas, como si nunca la hubiera visto antes. «¡Er! ¡No lo sabían!»

Y suspirando: «¡Ay de mí! ¡Qué vida más horrible!» Volvió a dejar caer la navaja en su bolsillo y mordió un bocado demasiado grande, de forma que sus palabras quedaron sumergidas en un húmedo chasquido palatal.

La tía Bertha sonrió de pronto con afecto, benevolente. «Trágatelo, Nathan, estrella mía, y así podrás contar lo que sucedió... ¿O lo cuento yo?»

Con las sienes hinchadas, el Sr. Sternowitz masticó más rápido y sacudió la cabeza apresuradamente. Quería hablar.

«Fue así.» La tía Bertha hizo caso omiso de él. «Él lo convertirá en una historia tan larga como una hormiga subiendo a una montaña. Su madre se estaba quedando ciega y por eso, cuando los médicos no pudieron curarla, su padre la llevó a un rabino y él la curó. ¿No, Nathan?»

«Sí.» El Sr. Sternowitz tragó tristemente.

«¿A qué rabino la llevaron?», preguntó la madre de David.

El Sr. Sternowitz se animó: «No a uno de esos rabinos educados y de buenos modales, no crean. ¿Es correcto», se volvió hacia el padre de David, buscando su aprobación, «que un rabino permita que oficiales rusos visiten a sus hijas? ¿O que sean 'hente 'legante' y no

lleven calcetines blancos ni zapatos altos y se recorten la barba y los bucles de las orejas? ¿Ja? ¡No!» Pareció interpretar la mirada fija del otro. «Eso es lo que yo pienso. Cuanto más 'legantes' se vuelven, menos poder divino tienen. Reb Leibish, aquel rabino, era tan piadoso que obligaba a su esposa a entregar a la beneficencia los ingresos de todo el día. No guardaba en casa por la noche ningún dinero..., ni un kopek. ¡No el rabino Leibish! Odiaba los placeres de la vida. Nunca aceptaba una invitación del jueves al *sabbath.* Ayunaba dos veces por semana. ¡Era lo que yo llamo un rabino!

Y cuando mi padre le llevó a mi madre no dijo: Vete a tu casa, rogaré a Dios para que ponga remedio. No. Tenía a Dios de su parte. Le dijo a mi padre: ¡Déjala! ¡Quita tus manos! Y luego dijo: ¡Ven aquí, hija mía! Y ella dijo: ¿Adonde? ¡No puedo ver! Y él gritó: ¡Mírame! ¡Abre los ojos! ¡El Todopoderoso te concede la luz! ¡Y ella abrió los ojos y vio! ¡Eso sí que era un rabino!»

«Qué bien debía de ver», la tía Bertha se dio palmaditas vigorosas en la boca... en señal de expiación por la burla, «si te daba vinagre en lugar de agua azucarada.»

«No de golpe.» El Sr. Sternowitz protestó. «Pero, poco a poco, fue viendo. Cuando yo dejé Pskov ella podía ver bastante bien, aunque bizqueada y... ¡Miren!», se rió, señalando a David. «Miren cómo me mira él. ¿No es sorprendente?»

David bajó la cabeza con gran confusión. Era cierto. Sin saber por qué, se había sentido extrañamente conmovido por el corto relato del Sr. Sternowitz. Lo había estado mirando fijamente, con la esperanza de que continuase. Pero ahora, de pronto, se sintió avergonzado, notando todas las miradas fijas en él y, especialmente, la de su padre. Bajó los ojos al plato.

«¿Quieres preguntarme algo?» Le preguntó el señor Sternowitz con indulgencia.

«No.»

«¡Mi querido *golem*[1] de ojos grandes!», le tomó el pelo su tía. «Tendrás que conseguirle un par de polainas, Nathan. Está llegando el invierno.»

«¡Claro que sí! Robaré un par y las terminaré en casa. Tenemos que ver su tamaño. ¡Un chico tan tranquilo, tan tranquilo!», asintió aprobadoramente. «Es igual que...» Su mirada se desvió por un momento hacia el padre de David y luego se retiró otra vez apresuradamente hacia la tía Bertha. «Lo mismo que mis hijas», dijo jocosamente. «¿No, Bertha?» «¡Idéntico!», fue su burlona respuesta. «Pero ellas me harán caso, no lo olvides.»

«¡Qué remedio!», sonrió él. «¿El mismo que me hacen a mí? ¿Cuántos años tiene, dijo usted?»

«¿Éste?» Su madre le dio una palmadita en la cabeza. «Siete años y

unos meses.»

«¡Está muy crecido, no ha habido mal de ojo!», dejó caer el cuchillo y golpeó con los nudillos en la mesa. «Las mías tienen diez y once y no son tan altas. Quizá lo casemos con una de ellas.»

«Hablando de casamientos», la tía Bertha se llevó de pronto un dedo a los labios como advertencia. «No hay que decir nada a la 'dentiska', ¿me oyes, Nathan? Si no, andará husmeando para conseguir su comisión como casamentera. ¡Una mierda para ella!»

«¿Habéis llegado ya a esa fase?», se rió su hermana. «Entonces, felicidades.»

«¿Yo?» El Sr. Sternowitz mostró las palmas de las manos. «Yo no he llegado a nada. Es ella la que ha llegado... ¡de cabeza!»

«¿Ah sí?», la tía Bertha se contuvo. «¡No me dijiste anoche que estabas buscando ya una confitería... en un buen sitio... quizá en una esquina... y por un precio razonable... para mí! ¿No? Si crees que tiro de ti hacia el dosel con demasiada fuerza, no hagas engastar de nuevo el anillo de Rachel. ¡Puh, yo puedo esperar!» El gesto de apartamiento de su mano apartó realmente al Sr. Sternowitz. «Es como todos los hombres. Primero piensa cómo puede utilizarte, y luego, a su tiempo, cuándo se casará contigo. Conmigo, una cosa no va sin la otra.»

«¡Espera! ¡Espera!», la detuvo el Sr. Sternowitz. ¡Qué he dicho yo para que te sulfures así! He dicho que aún no estábamos al borde del matrimonio. Quería decir que aún no estábamos prometidos, eso es todo. Estaba pensando que si te regalase un anillo...»

«¡Si me regalases un anillo!», la tía Bertha movió la cabeza burlonamente.

«¡Entonces, cuando te regale el anillo! Cuando te regale el anillo será mejor que te lo quites antes de ir al dentista, ¿entiendes? No habrá ninguna dificultad, así nadie se pondrá a hablar gansosamente y nos ahorraremos cincuenta dólares.»

«¡Ahora hablas como un sabio!», dijo aprobadora-mente la tía Bertha. «¿Por qué no has empezado por ahí?»

«Bueno», dijo el Sr. Sternowitz molesto. «¡Déjame respirar al menos!»

«¿Habéis encontrado alguna confitería que os guste?», preguntó la madre de David. «Quiero decir ¿pensáis ya en alguna determinada?»

«No, todavía no», respondió el Sr. Sternowitz. «En realidad no he empezado a buscarla seriamente... como es natural. Pero ahora lo haré. Entiendo algo de eso. Mi primo tenía una y yo me pasaba allí noches enteras. Sólo hay una dificultad. La mayoría de las confiterías sólo tienen dos habitaciones en la parte trasera. Eso está bien para dos personas. Pero nosotros... quiero decir, yo... tenemos dos hijas. Ahora están con mi hermana. De forma que cuando me las lleve a vivir conmigo necesitaremos por los menos tres habitaciones.»

«Va a ser una vida muy dura», la madre de David sacudió la cabeza, «vivir así en la parte de atrás de una tienda. ¡Con todo el jaleo y el ruido! ¿No sería mejor conseguir habitaciones en otra parte? ¿Quizá en esta misma casa?»

«Si vivimos en otra parte», dijo el Sr. Sternowitz, «se nos irá la mitad de las ganancias. ¿Por qué tirar el dinero en un alquiler si podemos tener alojamiento gratis? Un lugar para dormir es lo único que necesitamos... y otro para tomar el desayuno y la cena.»

«No me importa dónde vivamos», dijo la tía Bertha, «siempre que hagamos dinero. ¡Dinero, maldito dinero! Qué importa que todo sea un poco incómodo. Nunca he rechazado la carne asada por que se me metiera entre los dientes. Ahora es el momento de ahorrar. Más adelante, cuando hayamos vendido la tienda y hecho un poco de dinero, volveremos a hablarnos.»

«Eso es lo que pienso yo también», el Sr. Sternowitz se frotó las manos.

«¡Bueno, entonces corre al joyero!» La tía Bertha se columpió hacia atrás y hacia adelante soñadoramente. «Durante algún tiempo lucharemos: haremos pis a oscuras. Y luego tendremos un hogar. Y cuando tengamos un hogar tendremos un hogar decente. Muebles sólidos de patas rojas como los que veo en los escaparates de los almacenes. Todos cubiertos de vidrio. ¡Hermosas arañas! ¡Un fonógrafo! ¡Progresaremos! ¡'Carlefación' como los mandamases! ¡Qué felicidad despertarse por la mañana sin helarse hasta los huesos! ¡Un fregadero blanco! ¡Un retrete interior! ¡Una bañera! ¡Una auténtica bañera para mi pobre pellejo en julio! ¡Una bañera! No ese rallador de rábanos de ahí», señaló los lavaderos. «Cada vez que me doy un baño, me imprime un racimo de cerezas en el trasero.»

Con los párpados pesados, el padre de David frunció el entrecejo, mientras se le contraían las aletas de la nariz. Los dedos de los pies de David se movieron adelante y atrás sobre el pequeño espacio de las suelas de sus zapatos.

«¿Has oído, Nathan?» Como de costumbre, siempre que la cólera de su padre se iba inflamando, la tía Bertha no parecía darse cuenta. Y, como otras veces, se lanzó despreocupadamente a un océano de visiones extravagantes. «¡Tendremos una bañera blanca! ¡Agua caliente! ¡Una bañera blanca! ¡Que será la más lisa del país! ¡Que será la más resbaladiza del país! Que será resbaladiza como un moco...»

«Como solíais tener en vuestra antigua casa.» El padre de David rompió su silencio con aquellas palabras deliberadas.

«¡Es verdad!», replicó la tía Bertha y, con todo el resentimiento de alguien a quien sacuden cuando está adormecido. «¡Aunque parecía un ataúd, estaba hecha de estaño y era más suave que ese pavimento de acera de ahí! Cuando vine a esta tierra dorada pensaba que habría

algo mejor para bañarse que un cajón lleno de bultitos de piedra que te arañan el...»

«¡Lo sé! ¡Lo sé!», la interrumpió él desagradablemente. «¡Eres de una constitución muy delicada!»

«¡Y tendré una bañera mejor!», agregó ella vengativa. «No me contentaré con un apartamento con agua fría. ¡No viviré en un último piso hecho para *goyim* y pobres! Éste es un país donde un judío puede hacer fortuna si tiene algo dentro... ¡y si no se sienta piadosamente tras la cola de un caballo durante toda su vida!»

«¡Bertha!», exclamó su hermana. ¡Bertha! ¡Has perdido el juicio! ¡No hagas que esta reunión resulte funesta!»

Con un extraordinario esfuerzo de voluntad, el padre de David se contuvo. Habló con los dientes cerrados: «Cuanto antes estés en el camino de la fortuna, más contento estaré yo. ¡Y no creas», añadió con intención cáustica, «que aunque no vaya a tu boda no bailaré de alegría!»

El Sr. Sternowitz miraba al uno y a la otra con ojos tímidos y semiasustados. «¡Ay, Bertha!», trató de ser alegre. «¡Eres terrible! ¡Enfadarse tanto por... por una bañera! ¡Vamos, qué es una bañera!»

«Una bañera es una bañera.» Se enfurruñó, malhumorada. «¡Qué pretendiente más inteligente tengo!»

El Sr. Sternowitz se retorció y parpadeó, sin atreverse a mirar a nadie. La relajación duramente conseguida unos minutos antes había quedado completamente destruida, y todo el mundo estaba otra vez en guardia. Tampoco había esperanzas de que la tirantez disminuyera, porque la cena casi había terminado y no habría nada más que sirviera de distracción. La madre de David aventuró algunos comentarios vagos. Quedaron sin respuesta. En aquel silencio tenso, la tía Bertha, que parecía próxima a las lágrimas, no hacía más que musitar para sí: «Me lo regatea todo... qué desprecio, qué silencio más agrio... Que Dios le dé un destino negro.» David miraba a su alrededor temeroso, sin atreverse a pensar apenas lo que podría ocurrir. Finalmente, el Sr. Sternowitz, tras varias toses preliminares, sacó la barbilla y sonrió con cordialidad forzada y titubeante.

«Sabes qué te digo, Bertha», dijo. «Vamos a dar una vuelta. Después de una cena tan estupenda, nada nos sentaría mejor, ¿eh? Y podremos echar una ojeada a un par de tiendas.»

«¡Lo que sea!», respondió ella con desafío. «¡Con tal de que nos vayamos de aquí!»

Los dos se levantaron, bastante precipitadamente y, con un movimiento de cabeza, ella corrió a la sala de estar para coger sus abrigos, dejando al Sr. Sternowitz varado en la cocina. Él miró a su alrededor como si estuviera atrapado, murmuró algo sobre la cena y miró ansiosamente la puerta de la sala de estar. Tras unos segundos, la

tía Bertha volvió y los dos se pusieron los abrigos. Mientras se arreglaba el ancho sombrero sobre el cabello rojo, la tía

Bertha levantó la vista al borde que sobresalía, y luego más allá, a la pared... donde colgaba el nuevo cuadro.

David se sobresaltó. *¡Aquello era!* ¡Ahora se acordaba! ¡Que lo hubiera olvidado abajo! Divertido...

Ella se acercó, lo examinó atentamente. «Mira, Nathan», le hizo una seña, «qué maíz más hermoso crece en el jardín de mi hermana. No lo había visto antes». Se volvió inquisitiva hacia la madre de David.

«Me estaba preguntando cuándo se daría cuenta alguien», se rió ella. «¡Quizá, con la prisa, lo haya colgado demasiado alto.»

«Muy bonito.» La tía Bertha se miró en su espejo de bolsillo. «¿Vas a formar un museo?»

«No. Ha sido sólo un capricho. Y encontré los diez centavos necesarios para dármelo. Dinero tirado, supongo.» Levantó los ojos hacia el cuadro.

«Bueno, tenemos que irnos», dijo la tía Bertha decidida. «Volveré tarde, hermana.»

Se dieron las buenas noches. La tía Bertha y el padre de David, la primera con furia, el segundo de piedra, intercambiaron miradas desdeñosas. Invitado por la madre de David a visitarlos a menudo, el Sr. Sternowitz aceptó sin demasiado entusiasmo y, tras una sonrisa escueta del padre de David, salió en tropel por la puerta, a sotavento de la tía Bertha. Siguió un silencio. Su padre inclinó la silla hacia atrás contra el muro, dando un golpe violento, y miró al techo de mal humor. Su madre recogió la mesa cuidadosamente, dando una impresión de ansiedad, de abstracción. A David le hubiera gustado que hablaran. El silencio sólo hacía más siniestro a su padre. Pero el silencio continuaba, y el propio David, como en garras del esfuerzo, no se atrevía a moverse —por lo menos no hasta que su padre hablara y aliviara la tensión— y para escapar, entretanto, sólo podía mirar el nuevo cuadro que su madre había comprado.

Empezó a preguntarse vagamente por qué aquel cuadro lo había seguido toda la tarde, por qué había tirado de su mente, emboscado dentro de ella. Era raro. Como alguien que te sigue por detrás de un muro. Y no saber qué era hasta hace unos minutos. Divertido. Y luego descubrir que no era nada... sólo un cuadro de alto maíz verde y flores azules bajo el maíz. Quizá fuera porque ella había parecido tan feliz mientras buscaba el clavo. Se reía mientras lo colgaba. Quizá fuera eso. No sabía por qué se reía ella. Y ella había dicho que él las había visto también, de verdad, mucho tiempo antes en Europa. Pero ella dijo que él no podía recordarlo. Entonces, quizá estuviera él tratando de recordar las auténticas en lugar de las del cuadro. ¿Pero cómo? Si...

No. Divertido. Cada vez más y más confuso…

Su padre se enderezó de pronto, y sus zapatos y las patas de su silla golpearon secamente contra el suelo encerado. ¡Ahora estallaría su cólera! David lo miró fijamente, recibiendo con agrado el aflojamiento de la tensión, semi-aterrorizado por las consecuencias.

«¡Esa vulgar mujerzuela!», dijo bruscamente su padre. «¡Esa furcia! Cómo es posible que las dos hayáis nacido de la misma madre! Ella y sus palabrotas y sus bañeras y sus modales. Ni un millón de bañeras podrían lavarla. ¡Ella y sus bañeras! Y, después de todo, ¿quién le pidió que viniera! Ya me he dominado bastante. ¡Acabaré por echarla a la calle!»

Su madre había colgado el estropajo y se había vuelto lentamente, como reacia a emprender la tarea de apaciguarlo, y estaba allí de pie en silencio, sin poner obstáculos a la ira de su marido.

«Dándome una puñalada trapera al hablar de lo que gano. ¡Alardeando de la fortuna que hará y de los palacios en que vivirá! Poniéndome en ridículo ante un extraño. Como si yo haciera el vago, como si no me ganara el pan con el sudor de mi frente, tan honradamente y tanto como cualquiera! ¡Pero me lo pagará, no te preocupes! Nadie puede tratarme así. ¡Me dan ganas de levantarme en este momento y tirar todas sus cosas al zaguán!»

«Se habrá ido muy pronto, Albert. Ten un poco más de paciencia.»

«¡Tener paciencia con esa avispa!»

«Sabes, estaba asustada. Creía que quizá estropearías sus posibilidades de casarse.»

«¿Yo? ¿Estropear sus posibilidades? ¡Preferiría estropearla a ella! Y esa lengua sucia y parloteante que tiene! Apenas empieza a usarla me hormiguea la piel… como si estuviera echándome bichos encima. ¡Estropear sus posibilidades! ¡Lo que quiero es deshacerme de ella!»

«Tampoco ella quiere quedarse más tiempo del necesario.»

«Más le vale. ¡Y él! Es un inocentón. Me podría haber dado lástima. Podría haber pensado, pobre idiota, no sabe lo que se lleva. Quizá ella le haya ocultado su verdadera forma de ser. ¡Pero ahora lo desprecio! ¡Es un debilucho! ¡Después de lo que ha visto y oído, querer casarse con esa… boca soez! ¡Avergonzaría al aguador de un baño ruso! Confiar a sus hijas a alguien así. ¡No merece otra cosa que desprecio!»

«Deja que de eso se ocupe él. Seguro que es suficientemente mayor y ha visto lo suficiente y ha experimentado lo suficiente para saber lo que quiere. Hasta es posible que aprenda a manejarla, nunca se sabe.»

«¡Manejarla! ¡Ese agujereador de polainas! ¡Haría falta un látigo! Te digo que haría mejor en empezar a cavar su tumba. ¿Pero qué me importa a mí? Sacudió la cabeza salvajemente, como enfurecido por mostrar la más mínima preocupación por el futuro de la tía Bertha. «Que se case con quien quiera, y que quien quiera se case con ella.

Que se pasen la vida oyendo las tonterías de ese imbécil sobre la ceguera y el vinagre. Pero si cree que puede burlarse de mí porque tiene un hombre con ella, que se ande con cuidado. ¡Está bromeando con el ángel de la muerte!»

«¡No le hagas caso, Albert! ¡Por favor! Deja que haga lo que quiera. Ella te dejará que lo hagas tú también. ¡Lo sé! Probablemente no volverá a traerlo aquí si puede evitarlo. Ya están hablando de anillos de compromiso.

«Bueno, mientras esté aquí, que tenga cuidado, o acortaré su estancia.» Aspiró torvamente por las narices y miró sombrío ante sí, a la pared de enfrente. Sus ojos se posaron en el cuadro. Frunció el ceño. «¿En qué montón de basura encontraste eso?»

«¿Eso?» La mirada de ella se desplazó hacia arriba. «En un carrito de la avenida C. Pensé que, en el peor de los casos, no podía equivocarme más que en diez centavos, y lo compré. ¿Te gusta?»

Él se encogió de hombros. «Quizá me gustase si lo hubieras adquirido para otra ocasión. Pero ahora...» Miró ceñudo. «¿Y por qué compraste un cuadro de maíz?»

«El verde», dijo ella suavemente. «Los campos austríacos. ¿Qué hubieras elegido tú?»

«Algo vivo.» Alargó la mano para coger el periódico. «Una manada de vacas bebiendo, como no he visto en las tiendas. O un toro de concurso con lustre en los flancos y fuego negro en los ojos.»

«No debería de ser difícil. Estoy segura de que puedo encontrarte algo así también.»

«Lo mejor será que me lo dejes a mí», dijo él bruscamente. Y, sacudiendo el periódico para abrirlo, se inclinó sobre él. «Es probable que yo sea mejor juez.»

Ella levantó la frente resignadamente y miró luego a David con una sonrisa débil y significativa, como si le dejara compartir su certeza de que su padre había sido apaciguado y había pasado el peligro. Se volvió hacia el fregadero.

1

Figura de arcilla a la que, según la Cabala, puede dar vida cualquier hombre que conozca el nombre secreto de Dios. [N. del T.]

IX

EL domingo —un claro domingo, poco antes del día de las elecciones— el padre de David se levantó de la mesa después de almorzar y, diciendo lacónicamente que iba a oír un discurso electoral, se fue. La tía Bertha se burló de aquel súbito interés por los candidatos políticos y, resentida, puso el dedo en lo que dijo era la verdadera razón de su marcha: Nathan (ahora todos llamaban al Sr. Sternowitz por su nombre de pila) iba a venir aquella tarde a visitarla, un poco más tarde, y el padre de David había salido simplemente para no encontrarse con él. Gesto, añadió venenosamente la tía Bertha, que resultaba sumamente educado, aunque involuntariamente, y que ella agradecía mucho, porque no veía razón para infligir aquella presencia grosera y arisca al pobre Nathan Sternowitz. Por ello, en lugar de insultarla de ese modo, concluyó con triunfo rencoroso, el padre de David le había hecho realmente un favor... aunque, ahora que se lo había hecho, confiaba fervientemente en que se rompiera una pierna al ir dondequiera que fuese. Y cuando la madre de David puso objeciones, la tía Bertha, caritativamente, le informó de que, si su marido no hubiera sido el único sostén de la familia, habría rezado por que se rompiera las dos piernas. ¡Bueno! ¿No había sido considerada? Y a continuación vino la pregunta usual y cansada de por qué se había casado su hermana con semejante lunático.

La madre de David acababa de plegar el mantel y lo agitó ante la tía Bertha como advertencia. «Algún día te oirá, hermana, y lo pagarás muy caro.»

«¡Con mi cabeza si es preciso!», replicó ella desafiante. «Para que sepa lo que pienso de él.»

Su madre sacudió la cabeza con impaciencia. «¡Lo sabe! ¿Crees que no ha tenido tiempo suficiente de averiguarlo? Y, sinceramente, estoy muy cansada de evitar que os lancéis el uno contra el otro. A Albert hay que dejarlo solo, pero tú... tú podrías pensar alguna vez en mí y no poner las cosas tan difíciles. Que haya un poco de paz. Tú te vas a casar. ¿Quieres que tus últimos meses en esta casa terminen en una catástrofe?»

«¡No por mi culpa!», su hermana sacudió la roja cabeza obstinadamente. «No dejaré que me tire otra vez contra la pared. Antes le sacaré los ojos.»

Su madre se encogió de hombros. «¿Por qué provocarlo?»

«Ach, me pones mala... ¡Tú y tu mansedumbre! Echarle veneno en el café, eso es lo que yo haría.»

Y David, que la miraba fijamente, en parte admirado de su

temeridad y en parte con alegría culpable, sorprendió la mirada aprensiva que su madre le dirigió. Y su tía, dándose cuenta también, añadió a gritos.

«¡Lo haría! ¡Lo envenenaría! ¡Que me oiga! No me da miedo.»

«¡Pero Bertha! *¡A mí* me da miedo! ¡No debes decir esas cosas delante de... *ach!»,* se interrumpió. «Basta ya, Bertha.» Y, volviéndose a David. «¿Vas a bajar a la calle, amor?»

«En seguida, mamá», respondió él. Pero interiormente estaba demasiado fascinado por los atrevidos denuestos de su tía para querer marcharse precisamente ahora.

Reprendida por su madre, la tía Bertha se encogió de hombros con disgusto, chasqueó los labios y sacudió la cabeza, pero un momento después rebotó a su habitual estilo alocado y, echando la cabeza atrás, ladró algunas frases en polaco hacia el techo. Para perplejidad de David, aquellas palabras desconocidas parecieron estimular a su madre, porque se envaró y, de pronto, exclamó con insólita aspereza...

«¡Eso son bobadas, Bertha!»

«¿Estás enfadada?» Su hermana se alisó varios mechones de áspero pelo rojo que tenía ante la nariz, provocativamente arrugada.

«¡Sí! ¡Me gustaría que lo dejaras estar!»

«Santo y amado Nombre, escuchad esto. ¡De manera que puede enfadarse de veras! ¡Pero oye! Yo también tengo derecho a enfadarme. Llevo viviendo con vosotros seis meses. Durante estos seis meses, te lo he contado todo y ¿qué me has contado tú a mí? ¡Nada! ¡Ya no soy una niña! No soy la niña de catorce años que era cuando tú eras ya una chica mayorcita. Estoy a punto de casarme. ¿No puedes confiar en mí? ¿Crees que no sabría entenderlo? ¡Aaah!», suspiró con vehemencia. «Si Dios hubiera querido, aquellos dos mellizos habrían vivido en lugar de morirse.

Y hubieran sido suficientemente mayores para haber visto y sabido. Y entonces yo habría sabido también... ¿Bueno?» Preguntó desafiante.

«No quiero discutir.» Su madre fue lacónica. Ya te lo he dicho. Hace demasiado tiempo. Resulta demasiado doloroso. Y además no tengo tiempo.»

«¡Bah!», se derrumbó de pronto en una silla. «Ahora no tienes tiempo. Es lo que te decía. Primero...» Se pasó repentinamente al polaco. «Muy bien. Se te podría perdonar. Luego...» Otra vez desapareció el sentido. «Luego... ¡Es precisamente lo que te decía! ¡Guárdatelo! Me casaré sin saberlo.» Y se quedó callada, mirando malhumorada por la ventana.

En el lado opuesto de la sala, su madre estaba también callada, también ante una ventana, con la cabeza levantada, mirando pensativamente el alero pardo y barnizado del tejado y las rojas

chimeneas de ladrillo de encima. A David le parecieron de pronto muy extrañas aquellas mujeres, cada una de espaldas a la otra, cada una mirando por una ventana diferente, una hacia abajo por la ventana de la calle, ruidosa y con cortinas, la otra hacia arriba por la ventana silenciosa y sin cortinas; una sentada, removiéndose y tratando inútilmente de cruzar sus gruesas rodillas, la otra de pie, inmóvil y absorta. A pesar de darse polvos, su tía era rubicunda a la luz del sol, de cuello corto y regordeta frente al cielo abierto; en la suave sombra en que estaba, su madre era alta, morena y pálida contra la pared agobiadora del pozo de ventilación.

Y de qué se trataba, se preguntó. Qué significaban aquellas palabras en polaco para que su madre se estirara tanto. La intuición lo inspiró. Adivinó vagamente que lo que acababa de oír debía de estar relacionado con las escasas insinuaciones que había escuchado antes, y que al principio lo habían inquietado de una forma muy extraña y luego lo habían asustado. Ahora quizá pudiera saber de qué se trataba, pero, si lo hacía, algo podría cambiar otra vez, ser otra cosa distinta que había estado todo el tiempo al acecho, por debajo de lo que era. Él no quería que eso ocurriera. Quizá fuera mejor evitarlo, mejor bajar a la calle. Ahora era el momento, antes de que nadie dijera nada. ¿Pero qué? Su respiración se aceleraba ante un peligro que era también una fascinación. ¿Qué era? ¿Por qué no hablaba ella? Se quedaría sólo hasta que... hasta que... ¡No! Sería mejor bajar...

«¡Mira David!» Sin levantarse de la silla, la tía Bertha estaba sacando el cuello para mirar a la calle. «Ven. Mira cómo acarrean esa caja.»

David se acercó a la ventana y miró. En la apagada calle, mientras la ventana amortiguaba sus gritos, un enjambre de muchachos de diversas alturas y edades arrastraban unas veces y hacían rodar otras por el arroyo una voluminosa caja de embalaje y, en su impaciencia por colaborar, se estorbaban unos a otros, se apartaban entre sí, se enseñaban los puños y se olvidaban rápidamente del asunto para volver luego a agarrar la caja.

«¿Por qué aúllan?», preguntó su tía. «¿De quién es esa madera?»

«No es de nadie», le explicó él. «Es madera de 'Lecciones'.»

«¿Qué quieres decir con eso de madera de 'Lecciones'?»

«La quemarán el día de las 'Lecciones'. Siempre hacen una hoguera grande, grande, el día de las 'Lecciones'. Ahí es adonde ha ido papá. Hay retratos en los barriles y en todas las cervecerías.»

Su madre se volvió desde la ventana del pozo de ventilación. «Lo he visto también en Brownsville, en los descampados. Aquí es costumbre. Hacer una hoguera el día en que votan... este martes. ¿Es Nathan ciudadano americano, Bertha?», le preguntó conciliadoramente.

«¡Sí, claro!» El tono de la tía Bertha era aún malhumorado, y el movimiento de sus espaldas al volverse bruscamente otra vez hacia la ventana, ofendido aún. «¡Qué iba a ser si no!»

Viendo la forma extraña y resignada de levantar la frente de su madre, David resolvió otra vez bajar a la calle. Fuera lo que fuese lo que causaba aquella tensión, que era la más decidida que había visto nunca entre su tía y su madre, no sólo resultaba desconcertante sino también desagradable. Sí. Bajaría.

«Bueno, ¿por qué la arrastran ahora?» La tía Bertha se volvió hacia él quisquillosamente. «¿La van a quemar como anticipo de lo que vendrá?»

«No. La están escondiendo», dijo él a la defensiva. «En un sótano. En el sótano del 712, y el sótano del 712 está cerca de donde vive el rabino. Pero ayer vinieron unos hombres grandes con un carro de la limpieza, uno marrón, y se lo llevaron todo.»

«¡Y ahora están trayendo más! ¡Bah! ¡Los americanos son idiotas! Echar el bofe para hacer una hoguera en la calle que nunca encenderán. Pero cuando se trata de arrastrar leña para sus madres todos cojean, ¿eh? ¡Y tú!», le preguntó acusadoramente. «¿Tú también acarreas leña?»

«N-no», mintió. Era cierto, sin embargo, que no había ayudado a buscar madera para las elecciones más que una o dos veces.

«¡Hum-m-m!» La tía Bertha suspiró con aburrimiento y miró el reloj. «Hora y media para que venga mi metomentodo. Me siento sola.»

«Escúchame, Bertha», dijo su madre con voz súbitamente tensa, como si se hubiera resuelto a dar un paso pero rezara para que no fuera necesario. «¿Quieres oírlo realmente?»

El corazón de David brincó de excitación. Será mejor bajar, le advirtió su mente casi vertiginosamente. Será mejor bajar. Pero en lugar de ello se dejó caer de rodillas y se arrastró con aire distraído hacia la cocina económica.

Como si la hubieran pinchado con un alfiler, la tía Bertha se había dado la vuelta, saltando a medias de su silla. «¿Que si lo quiero oír?», explotó. «¡Qué pregunta! ¿Después de todos estos meses de interrogatorio? ¡Que si lo quiero oír!» Se detuvo súbitamente. Su mirada de ávido interés dejó paso a otra de disculpas y autorreproches. «¡No, no, hermana! Si te resulta difícil, no me cuentes nada. ¡Ni empieces siquiera! Me avergüenzo realmente por atormentarte.»

«No hay nada de que avergonzarse», la sonrisa de su madre era a la vez amarga e indulgente. «A veces hay que hablar de estas cosas. No sé por qué me ha dado por quererlas tener tan herméticamente cerradas.»

«Y, como te he dicho mil veces», la tía Bertha insistió razonable, persuasivamente, frenando su impaciencia, «todo ocurrió hace tanto tiempo que debería ser ahora un chiste para ti. Además, sea lo que fuere, ¿me va a asustar? Te conozco, hermana, y conozco tu buen corazón. No pudiste hacer nada verdaderamente malo.»

«Fue bastante. Bastante para una vida.»

«¿Sí?» La tía Bertha se rascó la espalda contra el respaldo de su silla. «¿Sí?» Adoptó una actitud receptiva.

«Sólo hay tres personas que lo sepan», comenzó ella con esfuerzo. «Madre, padre, yo misma, claro, y... y otro... en parte. No quisiera que...»

«¡Oh! ¡No! ¡No! ¡No! Confía en mí, Genya.»

David se retorció, estremeciéndose de expectación, de miedo.

«Recuerdas», empezó ella y se detuvo luego, al tropezar con sus ojos en los de él cuando él levantó la vista. «Vamos a dejarlo así.»

El movimiento oblicuo de su cabeza pareció hacer un signo a su hermana para que se reuniera con ella en el reino de otro idioma. Porque, cuando habló de nuevo, sus palabras se habían fundido en aquella lengua ajena, irritante, que David no podía desentrañar. Contrariado, miró a la tía Bertha. Estaba inclinada ansiosamente hacia adelante para devorar mejor cuanto se decía, y sus móviles facciones imitaban a veces a las de su madre y las contradecían otras. Su avidez lo atormentaba, lo incitaba a escuchar con más atención. Era inútil. Examinó profundamente a su madre. Se le había subido el color en el cuello. Unas veces sus ojos miraban fijamente y eran oscuros, y hablaba rápidamente. Otras se entrecerraban y sus anchas cejas se juntaban tortuosas. Dolor. ¿Qué era lo que la hacía sufrir? Otras veces suspiraba y dejaba caer la mano, y su rostro se hacía inerte y triste y sus lentos párpados pesados. ¿Qué? Pero aunque él fisgaba aquí y allá, por todas partes, entre las guturales y las sordas, luchando con todas sus fuerzas por partir las escalas obstinadas del discurso, no podía. Su mente no podía encontrar ningún apoyo.

Enfadado, resentido casi hasta las lágrimas, se dio la vuelta sobre la espalda y miró fijamente al techo. No le importaba, eso era todo. Tampoco él le diría nada a ella. ¡Ya estaba! Bajaría a la calle, eso era lo que iba a hacer. No le diría nunca nada... Pero... ¡Escucha! ¡Ésa era una palabra yídish! ¡Una frase entera! «Después de que el viejo organista, muerto»... ¡Otra! «Sola en la tienda»... ¡Una palabra! «Guapo»... Como destellos de mica en la acera, ¡otra frase! «Una caja de cerillas»... Se volvió a hurtadillas para mirarla.

«Y me cogió de la mano.» Brotó una frase entera.

La tía Bertha, que, con la mano en la mejilla, había estado sacudiendo la cabeza escandalizada, golpeó el aire rabiosa con los puños. «Aunque fuera educado», exclamó acaloradamente, «y fuera

organista, ¡era un *goy!* ¡Y allí mismo hubieras debido partirle los dientes!»

«¡Calla!», dijo ella advirtiéndola, y otra vez ocultó el significado tras una pantalla de polaco.

Un poco avergonzado de sí mismo, pero sin embargo secretamente satisfecho, David miró a otro lado con aire ausente. Ahí al menos había algo en que meditar, quizá incluso algo para lo que había que preocuparse de buscar un significado, indudablemente algo que recordar. Un *goy,* había dicho la tía Bertha, un «orjanista». ¿Qué era un «or-janista»? Era una persona educada, eso estaba claro. ¿Y qué más, qué hacía? Quizá lo descubriera más tarde si escuchaba. De manera que era un *goy*. Un cristiano. No sonaban lo mismo. Cristiano. Abajo, el portero era húngaro.

Cristiano también. Crizto. Jesús Crizto decían abajo. Crizto. *Christmas.* Fiestas del colegio. Y luego, hace mucho, ¿te acuerdas? Yussie. Lo veo en las escaleras, flechas de metal blanco, Annie, pierna. *Christmas.* Entonces no hay colegio. ¡Viva! ¡Sí! Y calendarios nuevos, ¿te acuerdas? Un montón de páginas. *Christmas.* Jesús *Crotzmich,* decía el hombre de la tienda de comestibles, y se reía siempre. *Crotzmich* significa ráscame. Jesús ráscame. Divertido. ¿Y por qué hablaba la tía Bertha de pegarle? ¿Porque era *goy*? A ella no le gustaban los *goyim.* ¿Y a mamá? A mamá sí. Me pregunto. ¿Quién era?

Se volvió para mirar a su madre. ¿Cuándo se abriría paso otra frase a través de aquella maleza desconocida? Aguardó con impaciencia, golpeando con la mente en los matorrales... Nada... Como un tejido, aquella lengua desconocida seguía fluyendo sin costuras, opaca, hasta que...

«¡Bah!» La tía Bertha le cortó con desprecio. «¡Todos esos granujas tienen la lengua muy suelta!»

«¡Fue también culpa mía!», protestó su madre, volviendo al yídish en su apresuramiento distraído. «Hacia mayo había llegado al punto en que me pasaba el día entero esperando esa media hora del crepúsculo. Cuántas veces al día deseaba que fuera invierno, pleno invierno, cuando la luna es amarilla antes de las cinco. Mucho antes de ponerse el sol ya estaba yo en la tienda, y era todo lo que podía hacer para no ponerme a recordar a padre que tenía darse prisa en ir a la sinagoga.»

«*Ach!* Estabas loca.»

«Eso era sólo un anticipo. No sabes lo loca que estuve...» Su voz cobró ahora una riqueza palpitante que David no había escuchado nunca en ella. El sonido mismo parecía reverberar en la carne de David, enviando por todo su cuerpo pulsación tras pulsación de una excitación estremecida e innombrable. «El día se volvió peor que la oscuridad. Sólo acogía con agrado la luz cuando moría algún polaco...

¿Recuerdas al cura y las banderas y el cortejo fúnebre que recorría la ciudad? Ludwig estaba siempre en la comitiva, cantando los servicios. Podía observarlo cuando pasaba, seguirlo un poco entre los demás, mirarlo sin miedo, amor...»

Con la misma precipitación que antes, el sentido trepó por el horizonte hacia otro idioma, dejando a David varado en una playa resonante pero vacía. Palabras aquí y allá, frases que relucían como velas distantes lo atormentaban, pero sin aproximarse nunca.

Se retorcía interiormente ante su propia impotencia.

Le pareció, echado allí como paralizado de esfuerzo, que su cabeza se partiría si no ponía orden en aquella confusión. Cada frase que oía, cada exclamación, cada palabra, no hacían más que empeorar la tensión que había en él. El no saber se hacía casi intolerable. Le parecía que nada que hubiera sabido nunca era tan importante como aquello. ¿Quién era Ludwig? ¡Era él, el *goy!* ¿Por qué iba a los funerales? ¿Qué quería decir ella al decir algo sobre cestos de mimbre? ¿Desvanes? ¿Cartas? La simple curiosidad se había petrificado en obsesión. Pero las frases seguían parpadeando, tan efímeras y caprichosas como antes, tan frustrantes... los vislumbres bruscos y fragmentarios de una figura que pasa por detrás de las breves muescas de unos antepechos.

«Y la buena acogida terminada... Y madre también abatida... Pero demasiado alegre en el fondo para notarlo... Esas cosas», ella se dio palmaditas en la frente, «esperan su momento en el interior de la cabeza... Piedra bajo el agua hasta que los remolinos se calman... Y yo Jo buscaba... En ninguna parte... Y me acordé... una mirada me consolaría... Las escaleras del desván... Y de puntillas por las tablas sueltas... El cesto de mimbre estaba allí... Creía que seguro... ¡Cuidado! Sus manos apretadas se alzaron como si levantaran una tapa pesada. Ya sabes cómo cruje el mimbre. ..»

Su jadeo repentino e involuntario fue como una caída vertical, a pico, en la fuente de flujo horizontal de su discurso. Se llevó la mano a los labios. El horror que apareció en su rostro fue tal que a David no le pareció algo pensado o recordado sino algo que ella contemplaba en aquel momento, presente en aquella misma habitación. Un estremecimiento lo recorrió mientras la miraba: «¡La luz que tenía ante los ojos se volvió negra! ¡Dios santo! Allí, encima mismo del montón de abrigos, estaba el retrato. ¡Mirándome, desde allí arriba!»

«Lo sabían», exclamó la tía Bertha.

«Lo sabían», repitió su madre.

«¿Pero cómo?»

«Lo descubrí más tarde. Me había olvidado de que madre revisaba el baúl y ponía alcanfor todos los veranos.»

«¿Mientras estabas fuera?»

«No. Antes. Me mandaron fuera porque lo sabían.» «¡Ah!»

«¡Qué desesperación entonces la mía! ¡Qué vergüenza! No lo puedes saber mientras no lo hayas sentido. No hay palabras. Creí que me iba a desmayar. Cogí el retrato... Indudablemente habían leído el reverso. Lo sabían todo. Si yo...»

Y de nuevo los ojos de su madre encontraron los suyos y de nuevo las palabras de ella cambiaron bruscamente. David se puso en pie. No podía soportarla más, aquella ansiedad, aquella espera de que el sentido cortara la superficie como las momentáneas aletas de unas formas sumergidas. Se iba a la calle, eso era lo que iba a hacer. No escucharía ni un momento más. Y si llegaba un momento en que supiera algo que ellas no sabían, se lo pagaría en la misma moneda. Aprendería a hablar como hablaban las chicas de la calle: tararí que te vi. ¡Pero había que verlas! Ni siquiera se daban cuenta de que existía, de ensimismadas que estaban. Ni siquiera cuando se puso en pie y las miró fijamente le prestaron atención. Ni siquiera se dieron cuenta de que había ido a la sala de estar a buscar el abrigo. Ni se darían cuenta de que se había ido. ¡No! Pues entonces no se despediría. Eso era. Se limitaría a bajar sin decir palabra.

Fue malhumorado a la sala de estar y encontró su abrigo. Pero, mientras se lo ponía, la frustración introdujo una idea astuta en su cerebro. Se quedaría allí sentado y esperaría. Les daría una última oportunidad. Si no sabían donde estaba, quizá volvieran a hablar en yídish. Con la puerta abierta entre ellos, podía escuchar desde la sala de estar tan bien como desde la cocina. Se sentó furtivamente junto a la puerta y escuchó, pero, aun cuando ya no estaba a la vista, su madre parecía no darse cuenta. El sentido de lo que decía seguía siendo fragmentario.

«Tenía que verlo...» Las palabras y las frases vibraban como antes. «Consuelo... En los escalones de la iglesia... Ella tenía los dos... Hacía revolotear su sombrilla... Lo miraba ávidamente como una lámpara... Encaje, cintas elegantes... Pero vieja, como decía... No le di importancia... Por último... Y se separaron... Se cruzó en su camino... Él me siguió... Esperé entre los árboles...»

Temblando de furia silenciosa y de desesperación, David estuvo a punto de renunciar. Ella no hablaría nunca. Era inútil esperar, inútil esconderse. No oiría nada. Pero cuando se ponía en pie, la voz impaciente de la tía Bertha interrumpió a su madre...

«¿Quién era aquella mujer? Dime. ¿Lo sabes? Siento curiosidad.»

«¿Ella? Ahora iba a llegar a eso.» Esta vez las palabras de su madre fueron totalmente en yídish y absolutamente inteligibles. «Cuando le dije lo que había pasado, que ellos lo sabían, que estaba dispuesto a seguirlo hasta el fin del mundo, me respondió: ¡Qué locura! ¿Nunca piensas qué pasará después? ¿Cómo podría casarme contigo? ¿Adonde

iríamos? ¿Con qué? Y tenía razón. ¡Claro que tenía razón!»

«Es posible que tuviera razón», escupió la tía Bertha con vehemencia. «¡Pero el cólera lo hizo callar de todas formas!»

David se había sentado y ahora se abrazaba a sí mismo con exaltación culpable. Se habían olvidado de él. ¡Completamente! Se apretó más contra la pared y rezó para que su madre siguiera hablando en yídish. Ella lo hizo.

«A cualquier parte, le dije. Me da vergüenza decírtelo, Bertha, pero es verdad. Le dije que me iría con él con lo puesto.»

«¡Qué tonta eras!»

«Sí. Eso es también lo que él dijo. Una aventura es una cosa: el matrimonio, otra. ¿Es que yo no podía entenderlo? No podía. Ya estoy prometido, me dijo.»

«¡Ella!» Exclamó la tía Bertha. «¿Esa mujer mayor de que me hablabas?»

«Sí.»

«¿Le escupiste a la cara?»

«No. Me quedé como helada. ¿La quieres, le pregunté? ¡Bah!, me dijo. ¿Cómo podría? ¡Ya la has visto! Será mejor que te lo diga. Es rica; tiene una dote. Su hermano es ingeniero de caminos, el mejor de Austria. Él se ocupará del resto. En cuanto a mí, soy pobre como las tinieblas. Todo lo que podría esperar sería ser un organista miserable en una iglesia de pueblo. Y me niego. ¿Lo entiendes? ¡Seguro que ni tú misma me desearías ese destino! Pero escucha, me dijo, tratando de cogerme en sus brazos. Podemos empezar otra vez. Dentro de poco, después de ese maldito matrimonio, podremos empezar otra vez, exactamente lo mismo que ahora. Ser exactamente lo que siempre hemos sido el uno para el otro. ¡Nadie tiene por qué saberlo! Yo lo rechacé. ¿Te importa tanto?, me preguntó. ¿Que tenga que casarme? ¿Vas a destruir todo el amor que me tienes?

No sé por qué. No sabría decirlo. Pero de repente me empezaron a entrar ganas de reír. Era como si todo lo que había dentro de mí se hinchara de risa. Por la sonrisa de loca de mi cara, él debió de pensar que yo estaba cediendo, porque me cogió del brazo y dijo: ¡Mírame Genya! ¡Perdóname! ¡Ya ves lo pobre que soy! Ni siquiera tengo ropa decente para casarme. Genya, te la pagaré. ¡Consígueme la tela si me quieres! ¡La tienda de tu padre! ¡Un poco más y estaremos siempre juntos!

Cómo puedo expresarlo con palabras... ¡La copa rebosante de la muerte! Me parecía que el cielo y el aire estaban llenos de risa, pero de una risa extraña, negra. ¡Dios me perdone! Y las palabras que oía rechinaban en él como dientes. ¡Palabras extrañas sobre rosas! ¡Llegué corriendo, llegué corriendo con flores! ¡Como una niña! ¡Adiós y adiós! ¡Una locura, te digo, Bertha, pura locura!

Bueno, pues me dejó allí plantada. Por fin volví a casa. Madre estaba ya en la puerta, esperándome. Padre quiere verte en la tienda, dijo.

Yo sabía por qué y me di la vuelta sin decir palabra y fui a la tienda. Ella me siguió; las dos entramos juntas; cerró la puerta. Ninguno de vosotros estaba allí. Para vosotros fue un secreto. Padre estaba de pie delante del mostrador. Bueno, querida Genya, me dijo — ya sabes lo mordaz que podía ser cuando se burlaba—. ¿Es la hiel bebida aromática? ¿A qué sabe? ¿Se relame una después de probarla? Yo no respondí. Lo único que podía hacer era llorar. ¡Lloras! ¡Ah! Se frotó la barriga como si estuviera comiendo algo delicioso. ¡Ah! ¡Mi corazón se siente reconfortado! No me atormentes, padre, le dije. ¡Ya he sufrido bastante! ¡Ja!, dijo él como si se sintiera sorprendido. ¿Sufres? ¡Infeliz, pobre niña! Yo guardé silencio, dejando que hiciera lo que quisiera. Llamas sufrir a eso, gritó, ¿por qué? ¿Porque te ha tenido bajo él como el estiércol de una letrina y ahora te deja caer? ¡Ése era el estilo de padre!» Un profundo suspiro la interrumpió.

«Lo sé», dijo la tía Bertha vengativamente. «Ojalá se le cayera la lengua.»

«Siguió así. Sus palabras eran como tornillos en mi pecho. Me atormentaban más de lo que yo podía aguantar. Luego me agarró y me abofeteó en ambas mejillas.»

Su voz se había hecho extrañamente ronca ahora, sorda, forzada.

«Entonces no importó ya nada. De repente no importaba ya nada. No te puedo decir cómo, pero todo el dolor pareció acabar. Me encogí. De repente me sentí más pequeña que la más baja criatura que se arrastrase sobre la tierra. ¡Oh, humilde, hueca! Sus palabras me llovían ahora como en el vacío. ¿Y adonde irás?, me gritó. La basura de Esaú. ¡Ahora tiene otra nueva! ¡Ahora tiene otra nueva! ¡Una rica! ¿Te ha dado la patada, no? ¡Ramera mentirosa! Y entretanto madre no hacía más que gritar! ¡Te van a oír fuera, Benjamín, te van a oír! Y él respondía: que me oigan, por qué no aullar si me arde el corazón. ¡Estoy a punto de estallar, te lo aseguro! ¡Me estoy ahogando! Y entonces se quitó de la cabeza el casquete negro y me lo tiró a la cara, y se puso a dar patadas en el suelo como un niño con convulsiones. *Ach!* ¡Era horrible!

Al final, madre empezó a llorar. Te lo ruego, Benjamín, gritaba, no abuses de tus fuerzas. Te va a dar un ataque. ¡Basta! ¡Basta, por el amor del Cielo!

Y a padre le bastó. De repente se dejó caer en una silla tapándose la cara con las manos, y empezó a balancearse adelante y atrás. ¡Ay! ¡Ay!, gemía. En alguna parte, de algún modo, he pecado. De algún modo, en alguna parte, lo he ofendido a Él. ¡A Él! Si no, ¿por qué me visita con una angustia tan grande? ¡Tú ya lo conoces!»

«¡Lo conozco!», dijo la tía Bertha significativamente.

«Ahora puedes ver lo que has conseguido, hija mía, dijo madre. ¿Tienes el corazón de hierro? ¿No te da pena un corazón yídish? ¿Yo lloraba... Qué otra cosa se podía hacer? No sólo se ha arruinado ella, dijo padre. ¡Que lo haga! ¡Que se muera! ¡Sino que me ha arruinado a mí! ¡A mí!, y a mis pobres hijas menores y a las hijas que vendrán. ¿Cómo las voy a casar? ¿Quién se casará con ellas si esto se sabe? Y tenía razón. Todas vosotras habríais quedado a su cargo para siempre. Bueno, quería morirse. Calla, le dijo madre, nadie hablará; nadie sabrá nunca nada. ¡Lo sabrán! ¡Lo sabrán, te digo! ¡Una asquerosidad como la suya no puede esconderse jamás! Y quién sabe, quién sabe si mañana otro *goy* no merecerá sus favores. Ha empezado con *goyim.* ¿Por qué va a parar? Y otra vez se puso a chillar. Te digo que todavía me traerá un *'benkart'*[1] que me avergonzará hasta la tumba. ¿Cómo sabes que no hay uno ya en ese vientre lascivo...? ¡Éso es lo que tú llamas un padre!» Sus palabras sonaron amargas cuando hizo una pausa.

—*Benkart!* (Junto a la puerta, David se aferró a la palabra.) ¿Qué? La conozco. No, no la conozco. La he oído. En su vientre. ¡Escucha!

«¡Y antes lo defendías!» La tía le reprochó.

«Bueno, yo no era del todo inocente.»

«¡Continúa!»

«Si la echas de casa, dijo madre, todos los sabrán. Habrás maldecido también a tus otras hijas. ¿Yo? ¿Yo maldecirlas? ¡Ella! ¡Esa desvergonzada! Y me escupió. Pero tienes que perdonarla, rogó madre. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Es asquerosa! Y así siguió hasta que madre me cogió del brazo y dijo: se arrodillará ante ti, Benjamín, llorará a tus pies, pero perdónala... Reducida, te lo aseguro, a menos que nada.» La voz de su madre se volvió curiosamente lisa y monótona, como si estuviera leyendo una lista de cosas, todas de igual importancia. «Madre me llevó ante él. Del bolsillo de su delantal, sacó la fotografía de Ludwig. Debía de habérmela dejado yo en la cama al coger el cesto de mimbre. Me la puso entre los dedos y dijo: Levanta los ojos, Benjamín. Mira, la va a hacer pedazos. Nunca más volverá a pecar. Pero mírala. Él levantó los ojos y yo la rompí... una y otra vez me arrojé a sus pies y lloré en su mano.

No puedes imaginarte lo mal que me sentía. Apenas puedo hablar de ello aún, de tanto que me aflige. Pero por fortuna ninguna sombra ha roto nunca un peñasco, y uno puede preguntarse mil veces por qué vive, y no morir sin embargo.»

«¿Te perdonó al fin?» Preguntó la tía Bertha.

«¡Oh, sí! A su modo. Dijo: Que Dios te perdone. Si alguna vez te casas con un judío, lo consideraré como una señal. Ya ves que me he casado con uno. Unos seis meses después de haber encontrado a

Albert.»

«Comprendo», dijo la tía Bertha. «¿Así fue como se resolvió el asunto?» Y luego, con impaciencia: «Y él, Esaú, el muy puerco, ¿se te volvió a acercar?»

«No. Naturalmente, lo veía a menudo de lejos. Y una vez de cerca... unos pocos días antes de que se fuera a Viena. A casarse.»

«¿Nada menos que a Viena? ¡Hmf! Y la iglesia del pueblo, ojalá se queme hasta los cimientos, ¿no le bastaba a ese nuevo aristócrata?»

«No, no creo que la razón fuera ésa. El hermano de ella tenía algunos negocios allí, o por lo menos eso fue lo que me dijeron sus criados que venían a la tienda.»

«¿Te habló?»

«¿Cuándo?»

«Dices que lo tuviste al alcance de la mano.»

«Oh. No, no hablamos. No me vio. Yo estaba en la carretera una tarde cuando vi un coche amarillo que venía hacia mí. Con dos ruedas amarillas... el tipo de coche que en aquellos tiempos conducían los ricos. Y supe, antes incluso de poder ver quién conducía, que era el hermano de su prometida. Él lo llevaba a menudo hasta donde los hombres trabajaban en la nueva carretera. Yo me escondí en el trigal que había cerca. Pero aquella vez no era su cuñado sino Ludwig en persona, con la gran señora a su lado. Pasaron.

Me sentí vacía como una campana hasta que miré los acianos azules a mis pies. Me animaron. Aquella fue la última vez que lo vi, creo.»

—¿Acianos azules? ¡Le gustan! ¡Maíz! ¡Eso era...! ¡Dentro, en la pared! ¡Vaya! ¡Ya lo mirarás después! ¡Escucha! ¡Escucha ahora!

«Y ésa fue la mala peste que la nueva carretera nos trajo.» La tía Bertha reflexionó amargamente. «Pero, en fin de cuentas, tuviste suerte, hermana, suerte de que alguien viniera a llevarse a aquel enemigo de Israel. De otro modo, Dios no lo quiera, te hubieras casado con él... ¡Fi! ¡Qué horror! ¡Dónde te hubieras metido cuando, al amanecer, te hubiera llamado judía roñosa! ¡Oy! ¡Más te hubiera valido estar muerta! De modo que ya ves», sugirió alegremente, «después de todo, la carretera no trajo la desgracia. Pero de todos modos», terminó con escrupulosa devoción, «¡quiera Dios que quien hizo la carretera y su hermana y su cuñado conozcan años tan negros y tan largos como esa carretera! ¿No?»

—Carretera. ¡Negra! ¡Negra! ¿Dónde lo he oído antes? ¿Negra? No ahora.

Su madre había hecho una pausa. Luego chasqueó los labios con suave sonido de disgusto. «Bueno, ya te lo he dicho. Y ahora que lo he hecho no sé si me alegro de haberlo hecho o no.»

«¡Puuh!», la tía Bertha se burló, beligerante. «¿Por qué? Te prometí

que no diría nada. Además, ¿a quien podría decírselo? ¿A las dependientas de la fábrica de flores? Bueno, quizá a Nathan. Pero él no... ¿De qué tienes tanto miedo?», dijo interrumpiéndose a sí misma. «¿Se pondría celoso Albert si lo supiera?»

«No lo sé. Nunca lo he puesto a prueba. Además, no parece que quiera saber nada de eso y por eso sólo me da un poco de miedo de tu... bueno... ¡impetuosidad! ¡Pero bueno!», dijo bruscamente. «Vamos a hablar de los que viven.»

«¡Sí!» La voz de la tía Bertha era diligente. «Mi Nathan estará pronto aquí. ¿Se me han caído los polvos de la nariz?»

Su madre se rió. «No. Para eso hará falta más tiempo.»

«Siempre puedo pasármelo de la nariz a las mejillas. Ésa es la ventaja de ponerse polvos en abundancia. ¿Sabes que a Nathan le gusta mucho tu cocina?»

«Me alegra saberlo. Le serviremos unos *kupfel*[2] .»

«Lástima que no tengamos aguardiente.»

«¿Aguardiente? ¿Por qué aguardiente? A los rusos les gusta el té.»

«Sí.» La tía Bertha se rió... «Y, gracias a Dios, es un hombre que se adapta muy bien y es judío. Nunca tendré angustias como las tuyas. Pero nunca se sabe. Y dime», cambió, a su estilo repentino y aturdido. «Tu marido dice que, ahora que tengo un anillo de compromiso, lo hago todo al revés. ¿Es verdad?»

«¡Oh, no! En absoluto.»

David se sobresaltó. Habían empezado a moverse por la cocina y él estaba aún allí, acurrucado junto a la puerta. Lo verían. Sabrían que sabía. No debían. Se levantó con suavidad, se dirigió furtivamente a la ventana más lejana y miró afuera con atención. Fingir que se había limitado a mirar afuera todo el tiempo, que no había estado escuchando. Sí. Pero ahora sabía. ¿Qué? ¿Había cambiado algo? No. Todo era lo mismo. Claro que sí. No había que asustarse. ¿Qué había pasado? A ella le había gustado alguien. ¿Quién? Lud... Ludwig, había dicho. Un *goy*. Un orjanista. Al padre no le gustaba, al padre de ella. Y tampoco al de él, quizá. No quería que él lo supiera. ¡Vaya! Sabía más que su padre. De modo que ella se casó con un judío. ¿Qué dijo antes? *Benkart,* sí, *benkart* en la tripa, había dicho el padre de ella. ¿Qué quería decir eso? Casi lo sabía. Alguien dijo... ¿Quién? ¡Vaya! ¡Deja de hacerte preguntas! Mira afuera antes de que entren.

Comprendiendo instintivamente la necesidad de tener que explicar su presencia en la sala de estar, recorrió con la vista apresuradamente el exterior, buscando algún objeto suficientemente prodigioso para desviar de él mismo la curiosidad inmediatamente, en cuanto se lo hicieron notar a su madre. Más allá de los tejados dispersos estaban la cinta delgada del río verde y grisáceo y las humeantes chimeneas en la orilla más lejana. Contra el cielo azul polvoriento por encima del

horizonte, el humo blanco de un remolcador invisible se deshilachaba y perdía. No. No serviría. No podía preguntar nada al respecto. ¿Entonces qué? Apretó la frente contra el frío cristal de la ventana y miró hacia abajo, a la avenida. Ahora que había llegado noviembre los transeúntes andaban con paso más vivo; se inclinaban un poco contra el viento, con la cabeza metida en el cuello del abrigo y las manos en los bolsillos. El aliento de los tiros de los coches de caballos y de los vendedores de carrito que se apresuraban se había hecho visible. Hacía más frío… Las alcantarillas lo hacían también… ¿Cuándo las había visto? Podía preguntar por qué. No. Pasó un negro, ¿era suyo el aliento? Sí. También blanco. Podía preguntar eso. ¿Por qué su aliento es blanco si es negro? ¡No! ¡Zoquete! ¡Se reirán de ti! Pero tenía que preguntar algo, algo, fingir que estaba fascinado, porque si no, adivinarían…

Dos niños cruzaron las rodadas de coches de la avenida D y se acurrucaron en la acera. Uno de ellos había estado llevando un objeto redondo, de color tostado, que David no reconoció hasta que lo dejaron en el arroyo contra el bordillo. Era una muñeca de celuloide sin cabeza y desfondada, con la base en forma de huevo, de ésas que, si se las empuja, se levantan otra vez. Las había visto antes en las confiterías. Pero ¿qué iban a hacer? Parecían tan absortos, tan expectantes. Miró de soslayo para ver mejor. Jubiloso, se dijo que allí estaba su excusa, allí estaba el hecho fascinante que lo había mantenido todo el tiempo arriba. Si ellas se apresuraran. Uno de ellos, al parecer el propietario, se sacó algo del bolsillo, lo rascó contra la acera… una cerilla. Protegiéndolo cuidadosamente, lo arrimó a uno de los bordes rotos de la muñeca… que se incendió con un estallido de llamas amarillas. Retrocedieron. Podía escuchar sus gritos amortiguados. Y luego uno de ellos señaló el lugar en donde había estado la muñeca y ahora no quedaba nada, salvo carbón contra el bordillo. El otro se inclinó y recogió algo. Centelleaba como un pedazo de metal. Los dos lo miraron… y David lo hizo también desde su altura.

Oyó detrás a su madre mencionar su nombre. Se volvió para escuchar.

«Se ha perdido en algún lado», dijo con indiferencia. «¿Ha bajado a la calle, Bertha?»

«Es raro», fue la respuesta. «Creía que lo había visto entrar en el… Pero creo que debe de haber bajado.»

«¿Sin decir adiós?» La voz de su madre la precedió por la puerta. «¡Oh!» Lo miró penetrantemente. «¿Todavía estás aquí? Creía que… ¿Por qué estás en este cuarto tan frío?»

«La calle», respondió él, señalando con seriedad la ventana. «Ven, mamá, te voy a enseñar una mala pasada.»

«Ah, aquí está. La tía Bertha entró también. «Ha estado demasiado tranquilo, incluso para él.»

«Me va a enseñar una mala 'patada'», se rió su madre. Había entendido mal.[3]

«Una mala 'patada'», preguntó la tía Bertha haciendo una mueca. «¿Dónde? ¿En los fondillos?»

«¿Ves ahí abajo?», continuó él serenamente. «¿Ese chico? El que lleva un gorro verde de calceta. Ha quemado una muñeca para hacer 'mahia'. Y ahora tiene un trozo de hierro. ¿Lo ves? ¿En la mano? ¡Mira!»

«¿Sabes qué está farfullando este simplón?», preguntó la tía Bertha.

«Todavía no.» Sonriendo, su madre miró a los dos chicos de abajo. «Sí. Veo el pedazo de hierro. ¿Qué quieres decir con eso de 'mahia'?»

«Hay un trocito de hierro», le explicó él. «En esa clase de muñecas. Eso es lo que las hace enderezarse cuando las empujas. Y la muñeca se ha quemado. Y sólo ha quedado el hierro.»

«¡Ajá!» Sonriendo aún, ella se encogió de hombros. «Bueno, ven a la cocina de todas formas. Te enfriarás ahí. ¿Sabes que está haciendo más frío, Bertha?»

David las siguió, saliendo del salón. Qué fácil, pensó con una vaga satisfacción. Qué fácil era engañarlas. Pero ellas no lo engañaban a él. Tampoco lo asustaban. No había cambiado... ¡Vaya! ¡El cuadro! No ahora, sin embargo. Mirarlo más tarde, cuando nadie esté aquí... ¡Es verde y azul... Sh!

1

«Bastardo». [N. del T.]

2

Especie de bollo dulce. IN. del T.]

3

Hay un juego de palabras entre el inglés trick, «truco», y el yídish drick, «patada». [N. del T.]

Libro III

El carbón

I

HACIA finales de febrero, unas semanas después de haberse casado la tía Bertha, el padre de David volvió del trabajo algo más tarde de lo normal. David estaba ya en casa. La mañana había sido de un frío penetrante, sorprendente para aquella época del año; la tarde se había puesto desapacible y de aguanieve. Con su brusquedad habitual, su padre lanzó a la tina de lavar su chorreante gorra de lechero azul y empezó a quitarse la chamarra empapada por la lluvia; luego, el chaleco que llevaba debajo y el jersey gris. Aquella sensación de soñolienta desolación que David había tenido mucho tiempo antes cuando su padre, al levantarse, lo despertaba, la tuvo de nuevo al mirarlo, recordando el frío intenso y la larga oscuridad. Resoplando, su padre se libró de sus pesados chanclos y los envió de una patada bajo una silla. Dejaron en el linóleo una huella fangosa.

«Has llegado un poco tarde hoy», aventuró su madre.

«Sí.» Se dejó caer cansado en una silla. «Esa jaca mía se cayó cuando iba al establo.»

«¡Pobre animal! ¿se hizo daño?»

«No. Pero tuve que desengancharla y buscar ceniza y volver a engancharla luego. Y durante todo el tiempo una muchedumbre de bobos nos miraban boquiabiertos. Maldeciré el día de mañana si vuelve a helar.» Se estiró, mientras le temblaban los músculos de las mandíbulas. «De todos modos, ya es hora de que me den un animal mejor.»

Después de un año de trabajar como lechero, ésa era la única cosa de la que su padre refunfuñaba continuamente: el caballo que guiaba. Y David, que veía casi todos los días aquel animal anguloso y gris, tenía que admitir que las quejas de su padre eran justificadas. Tilly se llamaba, y tenía un ojo de color celuloide chamuscado o del de una gota de aceite en un charco sin sol. Permanecía paciente, aunque los niños le arrancaran cerdas de la cola para hacerse con ellos anillos trenzados. Y, sin embargo, no parecía más débil ni peor que la mayoría de los caballos que pasaban por la calle Novena. Era simplemente una de las fijaciones de su padre, había pensado David, querer una fuerza enorme en el animal que manejaba, igual que él mismo parecía disponer de una enorme fuerza. Aunque le daba muchísima pena la pobre Tilly, David confiaba en que, para bien de su padre, la compañía lechera la reemplazase pronto por otro animal más vivo.

«Me sacarás esa manta vieja», continuó su padre, «y, si realmente hiela mañana, tendré algo con que envolverme las rodillas. Este frío repentino parece quebrarte los huesos hasta la médula».

«Sí, claro», solícita. «¿No quieres quitarte los zapatos?»

«No.»

Era curiosa para David la sutil diferencia existente entre la brusquedad de su padre como lechero y su brusquedad como tipógrafo. La primera parecía ser simplemente resultado del cansancio en un carácter nervioso por naturaleza; la segunda, resultado de una tensión, de una incapacidad interna para adaptarse. Su brusquedad era ahora infinitamente menos peligrosa para los que lo rodeaban.

«Las gachas de maíz están listas», dijo su madre. «¿Luego un té?»

Él gruñó, echó los brazos atrás por encima del respaldo de su silla y la miró vaciar en un cuenco las gachas de maíz hervidas.

«Mermelada.»

«Ahora la traigo.» Puso sobre la mesa un tarro de mermelada de fresas hecha en casa.

«Esto es lo que yo comía», untó la oscura y roja mermelada en las gachas, «cuando era niño.»

David había estado esperando que su padre dijera exactamente eso. Siempre lo decía cuando comía papilla de maíz, y ésa era una de las pocas cosas que David había sabido nunca sobre la infancia de su padre.

«Estaba pensando», continuó él entre bocanadas para refrescar la humeante cuchara. «Se me ocurrió cuando estaba atravesando un tejado.»

«¡Me gustaría que no tuvieras que atravesarlos!»

«No te preocupes por cosas de las que no entiendes.» Agitó la mano hacia ella brevemente. «No pretendo ser una cabra montés. Me limito a trepar paredes, pero no salto callejones. Además, no son los tejados lo que me preocupa, sino la gente que puede haber en ellos. Y ahora que te lo he dicho por décima vez, ¿dónde estaba?» Dejó la cuchara y la miró perplejo. «No hay nada como una buena interrupción femenina para que se te vaya algo de la cabeza... ¡Sí! Ahora recuerdo.» Miró fijamente a David. «El orante. Estaba pensando que si algo me ocurriera... No me refiero ahora a los tejados... ¡Cualquier cosa! Sería para mí un consuelo saber que, se convierta en lo que se convierta —y sólo Dios sabe en qué puede convertirse—, por lo menos no será un completo pagano por no haberme esforzado yo.»

«¿Qué quieres decir?»

«Quiero decir que tampoco yo soy muy judío. Pero quiero asegurarme de que él se convertirá, al menos, en un poco judío. Quiero que le busques un *heder* y un rabino que no resulte demasiado exorbitante. Lo hubiera inscrito hace tiempo si esa pelirroja hermana

tuya no hubiera creído de su competencia darme consejos.»

David recordó el incidente. Su padre le había dicho a ella que se ocupara de sus propios asuntos.

Su madre sacudió la cabeza, dudosa. «¡Un *hederl* ¿No podría empezar un poco más tarde? Los chicos en América lo hacen así a menudo.»

«¿De veras? No estoy tan seguro. En cualquier caso, lo mantendrá ocupado y fuera de casa. Y no le hará daño aprender lo que significa ser judío.»

«La verdad es que no está en casa tanto como solía.» Le sonrió a David. «Me deja muy sola. Y en cuanto a aprender lo que significa ser judío, creo que sabe ya lo duro que es.»

Su padre asintió brevemente... en señal de que había dictado su decreto. «Harías bien en buscar uno severo..., un rabino, quiero decir. Éste necesita un poco de freno, ya que yo no se lo pongo. Eso podría salvarlo. Un mozarrón de ocho años y lo único que ha tenido hasta ahora han sido mimos.»

David seguía teniendo sólo siete años. Pero aquella debilidad que tenía su padre por aumentar su edad a fin de agrandar su culpa la conocía hacía tiempo. Hasta había dejado de preguntarse por qué.

«¿Dónde está ese té?», terminó él.

II

CON una esquina brillando en la luz que se iba, la casita blanqueada del *heder* se alzaba ante ellos. Era de un solo piso, y las ventanas quedaban muy cerca del suelo. Sus vecinos más corpulentos, los altos edificios de viviendas que lo rodeaban, parecían resoplar con desprecio sus escaleras de incendios llenas de basura. El humo se enroscaba saliendo de una chimenea pequeña y negra que había en el centro del tejado, y por encima se entrecruzaban intrincadamente miríadas de cuerdas de tender, convirtiendo el cielo en la trampa de una red oscura. La mayoría de las cuerdas estaban desnudas, pero aquí y allá alguna se curvaba con ropa blanca y de color, desde la que, de vez en cuando, una ráfaga de gotas salpicaba el patio o tamborileaba en el tejado del *heder*.

«Espero», dijo su madre, mientras bajaban las escaleras de madera que llevaban al patio, «que resultes más dotado para la lengua antigua de lo que era yo. Cuando iba al *heder,* mi rabino movía siempre la cabeza al verme y juraba que tenía un cerebro de vaca». Y se rió. «Pero creo que la razón de que fuera tan bruta era que nunca conseguía torcer la nariz lo suficiente para escapar a su aliento. ¡Ruega por que éste no sea tan aficionado a la cebolla!»

Atravesaron el corto espacio del patio y su madre abrió la puerta del *heder.* Una oleada de aire soñoliento vino hacia ellos. Dentro parecía oscuro. Al entrar, el zumbido de voces cesó.

El rabino, un hombre con un casquete que había estado sentado junto a la ventana con uno de sus alumnos, levantó la vista al verlos y se alzó. Contra la ventana, pá-recía pequeño y bulboso, extrañamente redondo bajo el contorno rectangular de su casquete.

«Buen día.» Vino poco a poco hacia ellos. «Soy el rabino Yidel Pankower. ¿En qué puedo...?» Recorrió con sus dedos anchos y peludos su barba brillante y ondulada.

La madre de David se presentó y luego se puso a explicar su misión.

«¿Y es éste?»

«Sí. El único que tengo.»

«¿Sólo una estrella tan bonita?» Se rió sofocada-mente y, alargando la mano, dio un pellizco que apestaba a tabaco en la mejilla a David. David se apartó ligeramente.

Mientras su madre y el rabino discutían las horas, el precio y la forma de enseñanza, David examinó a su futuro maestro más detenidamente. No se parecía en nada a los maestros de su colegio, pero David había visto antes rabinos y sabía que no se parecería.

Parecía viejo y, sin duda alguna, era desaliñado. Llevaba zapatos blandos de cuero, como zapatillas de casa, sin cordones ni botones. Sus pantalones estaban deformados y sucios, y una gran zona de su camisa a rayas y arrugada se interponía entre su cinturón y su abultado chaleco. El lazo de la corbata, más próximo a una oreja que a la otra, colgaba por fuera de un cuello sucio. Los rasgos que se veían eran amplios y tenían un brillo aceitoso. Bajo su casquete, su negro cabello era muy corto. Aunque lleno de recelos por sus futuras relaciones con el rabino, David pensó que debía aceptar su destino. ¿No había decretado su padre que tenía que ir al *heder*?

Desde el rabino, sus ojos vagaron por la habitación. Paredes desnudas, y la pintura marrón que las cubría llena de grietas largas y titubeantes. Contra un muro había una estufa de panza redonda cuya forma le recordó la de su rabino, salvo porque aquélla estaba calentada al rojo oscuro y el traje de su rabino era negro. Contra la otra pared, una larga línea de bancos llegaba hasta la mesa del rabino. Chicos de diversas edades se sentaban en ellos, parloteando, discutiendo, jugándose cosas, luchando por lo que a David le parecieron unos cuantos palitos. Sentados en el banco que había ante la mesa había otros, esperando, evidentemente, su turno para leer el libro que yacía abierto ante la acolchada silla del rabino.

Lo que, cuando él y su madre entraron, había sido un bajo zumbido de voces, había aumentado ahora hasta convertirse en estruendo. Parecía como si la mitad de los chicos de la clase hubiera entablado con los de la otra algún conflicto verbal o físico. El rabino, excusándose ante la madre de David, se volvió hacia ellos y, con un golpe atronador de su puño contra la puerta, emitió un feroz *«Shah!»*[1] . El ruido disminuyó un poco. Él barrió la clase con ojos coléricos y centelleantes, y luego, ablandándose de nuevo con una sonrisa, se volvió hacia la madre de David.

Por fin todo se arregló, y el rabino anotó el nombre y la dirección del nuevo discípulo. David dedujo que recibiría sus clases en algún momento comprendido entre las tres y las seis, que tendría que venir al *heder* poco después de las tres, y que los honorarios por su educación serían de veinticinco centavos por semana. Además empezaría aquella tarde. Esto fue una sorpresa bastante desagradable y al principio protestó, pero cuando su madre le insistió y el rabino le aseguró que su primera lección no sería muy larga, consintió, recibiendo tristemente el beso de despedida de su madre.

«Siéntate aquí», dijo el rabino secamente en cuanto se hubo ido su madre. «Y no lo olvides», llevándose a los labios un nudillo torcido: «en un *heder* se guarda silencio».

David se sentó y el rabino volvió a su silla junto a la ventana. En lugar de sentarse, sin embargo, metió la mano bajo la silla y, sacando

un látigo de nueve colas de cortas correas, golpeó fuertemente la mesa con el mango y dijo con voz amenazadora: «¡Que haya silencio entre vosotros!» Y, cuando un silencio instantáneo cerró al instante todas las bocas, se sentó. Luego cogió un palito que había sobre la mesa y señaló el libro, con lo que un chico que se sentaba a su lado comenzó a ronronear sonidos en una lengua extraña y secreta.

Durante un rato, David escuchó atentamente el sonido de aquellas palabras. Era hebreo, lo sabía, la misma lengua misteriosa que su padre utilizaba cuando leía en un libro durante las fiestas... y aquella vez antes de beber vino. No yídish, hebreo. La lengua de Dios, había dicho el rabino. Si la sabías, podías hablar con Dios. ¿Quién era Él? Ahora sabría cosas de Él...

El chico que se sentaba más cerca de David se deslizó por el banco hasta su lado. «¿Akabah d'embezar en el *heder*?»

«Sí.»

«¡Uhh», gruñó, indicando al rabino con los ojos. «¡Es un biohoso! ¡Bega!»

David miró al rabino con ojos llenos de pánico. Había visto chicos abofeteados por sus maestros en el colegio por desobediencia, aunque a él no le habían pegado nunca. La idea de ser azotado con aquel látigo atroz que había visto sacar al rabino selló sus labios. Hasta se negó a responder cuando el chico le preguntó a continuación si tenía cromos de cajas de cerillas para cambiar, y negó con la cabeza apresuradamente. Encogiéndose de hombros, el chico volvió a deslizarse por el banco hasta el lugar de donde había venido.

Ahora, con la llegada de varios rezagados, chicos mayores, las lenguas empezaron a moverse otra vez y un zumbido de voces llenó la sala. Cuando David vio que el rabino blandía su azote varias veces sin usarlo, su temor disminuyó un tanto. Sin embargo, no se atrevió a unirse a la conversación, sino que, cautamente, observó al rabino.

El chico que había estado leyendo cuando David llegó había terminado, y su puesto había sido ocupado por otro que parecía menos capaz de mantener el rápido ronroneo de su predecesor. Al principio, cuando tropezaba, el rabino lo corregía pronunciando lo que, evidentemente, era el sonido correcto, porque el chico lo repetía siempre. Pero gradualmente, a medida que el alumno persistía en su error, una áspera nota de advertencia se insinuó en la voz del rabino. Al cabo de un rato, el rabino comenzó a darle un tirón de brazo al chico cada vez que lo corregía, luego a darle una fuerte palmada en el muslo y, finalmente, poco antes de que terminara, el rabino lo abofeteó en una oreja.

A medida que pasaba el tiempo, David veía que ese proceso se repetía, total o parcialmente, con casi la mitad de los chicos que leían. Hubo varias excepciones, y esos chicos, por lo que pudo observar

David, se ganaron la exención del castigo porque el ronroneo que salía de sus labios era tan jadeante e ininterrumpido como un redoble de tambor. Observó también que, siempre que el rabino administraba alguna de aquellas correcciones manuales, dejaba caer primero de la mano el palito con el que parecía marcar el compás en la página y un instante más tarde alargaba la mano o golpeaba, según las exigencias del caso. De forma que, siempre que dejaba el palito, ya fuera para rascarse la barba o ajustarse el casquete, o bien para pescar en una caja algún cigarrillo fumado a medias, el alumno que tenía delante levantaba un brazo súbitamente o agachaba la cabeza a la defensiva. La bajada de aquel palito parecía haberse convertido en una advertencia para sus discípulos de que iba a venir un golpe.

La luz de las ventanas estaba disminuyendo hasta convertirse en una palidez vacía. La habitación era cálida; el aire estancado había adormecido hasta a los más inquietos. Amodorrado, David se preguntó cuándo le llegaría el turno.

«¡Ajá!», oyó exclamar sarcásticamente al rabino. «¿Eres tú, Hershele, sabio de la tierra de los sabios?»

Se dirigía a un chico que acababa de deslizarse al puesto vacío de delante del libro. David lo había observado antes: un chico gordo con una cara obtusa y la boca abierta. Por la inclinación acobardada y hosca de sus espaldas, era evidente que no gozaba de los favores del rabino.

«Le toka' Herry», se rió tontamente uno de los chicos que David tenía al lado.

«Tal vez hoy puedas brillar un poco», insinuó el rabino con sonrisa heladora. «Quién sabe, quizá se logre construir un muñeco capaz de tirarse pedos. ¡Vamos!» Cogió el palito y señaló la página.

El chico empezó a leer. Aunque era un chico mayor, tan mayor como cualquiera de los que lo habían precedido, leía más lentamente y titubeaba más que cualquiera de los otros. Era evidente que el rabino estaba conteniendo su impaciencia, porque, en lugar de pegar realmente al alumno, hacía muecas violentas al corregirlo, gruñía con frecuencia, daba con el pie en el suelo bajo la mesa y se mordisqueaba el labio inferior. Los demás estudiantes se habían quedado silenciosos y escuchaban. Por su silencio tenso —ahora tenían el rostro semioculto en la sombra—, David estaba seguro de que aguardaban alguna catástrofe en cualquier momento. El chico siguió torpemente. En la medida en que podía juzgarlo David, parecía estar cometiendo el mismo error una y otra vez, porque el rabino no hacía más que repetir el mismo sonido. Por fin, la paciencia del rabino se agotó. Dejó caer el puntero; el chico se agachó, pero no con la suficiente rapidez. El plano acelerado de la mano del rabino golpeó contra su oreja como un mazo contra un gong.

«¡Zopenco de escayola!», rugió, «¿cuándo aprenderás que una *beth* es una *beth* y no una *veth*? Cabeza de porquería, ¿dónde tienes los ojos?» Agitó una mano amenazadora hacia el chico, que se encogía, y recogió el puntero.

Pero unos momentos más tarde, otra vez el mismo error y otra vez la misma corrección.

«¡Que un demonio se lleve por los aires al padre de tu padre! ¿No te ayudan los palos? ¡Una *beth,* Esaú, cerdo! ¡Una *beth!* Recuerda, una *beth,* aunque te dé un ataque!»

El muchacho gimoteó y siguió adelante. No había pronunciado más que unos sonidos cuando otra vez se detuvo ante el terrible precipicio y, como por pura maldad, repitió el error. ¡El último golpe de una paliza! El efecto sobre el rabino fue aterrador. Un horroroso mugido partió su barba. Un segundo después había aferrado con las tenazas de sus dedos las mejillas de su aullante discípulo y, sacudiéndole la cabeza de un lado a otro, rugía:

«¡Una *beth!* ¡Una *beth!* ¡Una *beth!* Los culos no tienen más que un ojo. ¡Una *beth!* ¡Ojalá se te cueza el cerebro! ¡Una *beth!* Creador de la tierra y del cielo, ¡diez mil *heders* hay en este país y me eliges a mí para el tormento! ¡Una *beth!* ¡El más abyecto de los necios de Dios! ¡Una *beth!*»

Mientras tronaba arrastrando la cabeza del chico de un lado a otro con una mano, con la otra martilleaba con el puntero con tanta furia contra la mesa, que David esperaba ver en cualquier momento aquel delgado palito enterrado en la madera. ¡En lugar de ello se rompió!

«¡Se l'a kargao!», anunció alegremente el chico que se sentaba cerca.

«¡Se l'a kargao!» La risita sofocada dio la vuelta. Horrorizado por lo que veía, David se preguntó qué era lo que los otros podían encontrar tan divertido.

«No bodía ver», lloriqueaba el chico de la mesa. «¡No bodía ver! ¡Ehtá'hkuro!»

«¡Que se te oscurezca el cráneo!», salmodió el rabino con breves aullidos furiosos, «y que tus ojos sean oscuros y tu destino de tal miseria y oscuridad que llames sol a una semilla de amapola y luna a una alcaravea. ¡Levántate! ¡Fuera! ¡O descargaré sobre ti toda mi hiel!».

Con lágrimas corriéndole por las mejillas y lamentándose en voz alta, el chico se deslizó del banco y se escabulló.

«Quédate aquí hasta que te dé permiso para irte», le gritó el rabino. «Límpiate esa nariz sucia. ¡Deprisa, te digo! ¡Si supieras leer con la facilidad con que meas por los ojos serías un verdadero sabio!»

El chico se sentó, se limpió nariz y ojos con la manga de su chaqueta y se tranquilizó hasta adoptar un resuello sofocado.

Mirando por la ventana, el rabino rebuscó en sus bolsillos, sacó una cerilla y encendió el bajo pico de gas que sobresalía del muro sobre su cabeza. Mientras observaba la visibilidad del libro de la mesa, bajó ahorradoramente la llama hasta convertirla en una especie de hoja macilenta. Luego se sentó otra vez, abrió la cerradura de un cajón de la mesa y sacó un palo nuevo que tenía exactamente el mismo aspecto que el que acababa de romper. David se preguntó si el rabino se tallaba una buena provisión de palos, sabiendo lo que les ocurriría.

«¡Vuelve a tu sitio!» Alejó con un gesto al chico que, de mala gana, se había deslizado en el lugar que acababa de quedar vacío ante la mesa. «¡David Schearl!», llamó, moderando la aspereza de su voz. «Ven aquí, tesoro.»

Temblando de miedo, David se acercó.

«Siéntate, hijo.» Todavía respiraba fuerte por el esfuerzo. «No te alarmes.» Sacó del bolsillo un cuadernillo de papel de fumar y una bolsa de tabaco, lió cuidadosamente un cigarrillo, dio unas chupadas, y luego lo apagó y lo metió en una cigarrera vacía. A David el corazón le latía fuerte de miedo. «Bueno», dijo el rabino pasando las hojas de un libro que tenía al lado, hasta la última página. «Muéstrame las bendiciones de tu inteligencia.» Empujó las espaldas tensas de David hacia la mesa y, cogiendo el nuevo palo, señaló un gran jeroglífico que había en la parte superior de la página. «Esto se llama *kametz.* ¿Lo ves? *Ka-metz.* Y esto es un *alef.* Bueno, cada vez que se ve un *kametz* debajo de un *alef* se dice: *Aa.»* Su aliento cargado de tabaco remolineó en torno al rostro de David.

Las palabras de su madre sobre su rabino pasaron como un relámpago por la mente de David. Las rechazó y clavó la mirada en la letra indicada como si quisiera imprimírsela en los ojos.

«Di conmigo», continuó el rabino: *«Kametz-Alef... Aa.»*

David repitió los sonidos.

«¡Bueno!», ordenó el rabino. «¡Otra vez! *¡Kametz-alef-aa!»*

Y después de haberlo repetido David varias veces: «Y esto», continuó el rabino, señalando la letra siguiente, «se llama *beth,* y un *kametz* bajo un *beth... ¡Baa!* ¡Dilo! *¡ Kametz-beth-baa!»*

«¡Kametz-beth... Baa!», dijo David.

«¡Muy bien! Otra vez.»

Y así prosiguió la lección, con repeticiones y más repeticiones. Por miedo o por aptitud, David dio esos primeros pasos sin cometer errores apenas. Y cuando lo despidió, el rabino le pellizcó como elogio la mejilla diciendo:

«Vete a casa. ¡Tienes una cabeza de hierro!»

1

«¡Silencio!». [N. del T.]

III

«¡NONEH!», dijo Izzy.

«¡Bareh!», dijo Solly.

«¡Ehtafaor!», dijo Izzy. «No'hkondah loh deoh hahta ver lo ke yo sako.»

Estaban jugándose, como siempre, los punteros, y David estaba allí observando los caprichos de la fortuna. En otros rincones del patio había otros chicos absortos en el mismo juego. Había muchísimos punteros hoy en circulación... Alguien había saqueado el cajón del rabino. No habían cogido nada más, ni sus filacterias, ni su reloj, ni su papel de escribir, nada salvo los punteros. Él se había enfurecido pero, como todo el mundo había puesto un rostro inexpresivo, no había podido acusar a nadie. A David le divertía. En realidad, todo lo que tenía que ver con punteros le divertía. Era una de las pocas cosas que aliviaban la monotonía del *heder*. Había creído, la primera vez que los vio, que el rabino se los tallaba él mismo, pero pronto descubrió que estaba equivocado: el rabino rompía tantos que eso le hubiera exigido todo el día. No, los punteros eran sólo palitos ordinarios de pirulíes. Y hasta eso había sido divertido. Se había imaginado una imagen incongruente: veía a su severo rabino de barba negra chupando un pirulí todo el día. Pero sus condiscípulos lo ilustraron pronto. Eran ellos los que llevaban al rabino los palitos de los pirulíes. Un regalo de punteros suponía cierta indulgencia por parte del rabino, cierta preferencia. Pero el regalo tenía que ser considerable, porque de otro modo el rabino se olvidaba y, como pocos de sus alumnos podían permitirse más de un pirulí al día, se jugaban los palitos. Hoy la fortuna de Izzy estaba en su apogeo.

«¿Tieneh máh?», preguntó.

«Sí», dijo Solly. «¡Huega o fuera! ¡Noneh!»

«Ehber'un boko. Ehtoy embabado.» Se inclinó hacia un lado y se retorció los pantalones cortos y los faldones de la chaqueta. Habían estado discutiendo tan violentamente hacía un rato que alguien de una casa adyacente había arrojado en medio de ellos un cubo de agua. Izzy se había llevado la mayor parte.

«¡Yúuii!» Desde lejos, un grito prolongado de rechifla.

Miraron a su alrededor. «¿Kién eh?»

«Voy a ver.» Yonk, que estaba de pie junto a la valla, trepó por un poste de tender la ropa. «Eh Moihs», anunció. «Está' treh vayah.»

«¿Sólo treh vayah?» Despreciativos, reanudaron el juego.

Se oyó un arrastrar de pies y un alboroto que se aproximaban. Moish trepó a la valla. «¿N'ay borteroh?», preguntó.

«N'ay borteroh», dijo Yonk con aire de suficiencia, deslizándose por el poste. «N'azéih sufiziente ruío, ésa'h la razón. Hubieraih tenío ke ver a Wildy.»

«¿Kién n'azía sufiziente ruío? Yo gritaba kon máh fuerza ke nadie. ¿Kién va ganando?»

«¿Kién kreh tú? Gana Wildy. Kuatro vayah y un bortero. La senyora Licchtenstein de la kasa de la kaye del siete sesenta y ocho. Eya le dio kon la'hkoba, bero Wildy s'agachó.»

Trepar por las vallas era una de las formas de entrar al *heder* de los alumnos del rabino. La puerta que llevaba al patio resultaba demasiado prosaica para la mayoría; preferían abrir sus propias rutas. Y el campeón en eso, como en todo lo demás, era Wildy. Wildy se estaba acercando a sus trece años y, por consiguiente, a su *bar mitzvá*[1] ! lo que lo convertía en uno de los chicos de más edad del *heder*. Era el ídolo de todos, y hasta había amenazado con darle un puñetazo en las narices al rabino.

«¿Dónd'ehtá Wildy ahora?», preguntó alguien.

«Ehtá'hberando ke vengan Shaih y Toik.» Yonk miró significativamente una de las casas. «Leh va' demohtrar ke no son loh ke vienen al *heder* de máh alto.»

«Tengo treh bunteroh», dijo Moish. «¿Kién huega konmigo?»

«Yo huego kontigo.» Izzy acababa de liquidar a su oponente. «¿Dónde los'as enkontrao? ¿En el sumiero?»

«Naa. Hay doh chikah en mi klase, y otro chiko..., un *goy*. Y kombraron karameloh, y el *goy* también. Y yo loh seguí bor todah barteh y, kuand'akabaron, tiraron loh balitoh. Y yo loh kohí. Loh *goys* son tontoh.»

«Ké suerte», dijeron envidiosos.

Hacía falta algo más que suerte, como sabía muy bien David. Hacía falta mucha paciencia. Había probado por sí mismo aquel método de recoger palitos de pirulí, pero había resultado demasiado aburrido. En cualquier caso, no tenía realmente por qué hacerlo. Era suficientemente inteligente para evitar los castigos, y podía leer hebreo tan deprisa como cualquiera, aunque todavía no entendiera lo que leía. La traducción, que se llamaba *Homash*[2] vendría más adelante.

«Yúuii!» El grito venía esta vez de lo alto. Levantaron la vista. Shaih y Toik, los dos hermanos que vivían en el tercer piso interior, habían salido a su escalera de incendios. Eran los únicos del *heder* que tenían el privilegio de entrar en el patio por escaleras de incendios... y le sacaban todo el partido posible. El resto los miraba con envidia. Pero habían bajado sólo unos escalones, cuando otra vez se oyó el grito, y ahora desde gran altura...

«¡Yúuii!»

Todo el mundo se quedó sin aliento. ¡Era Wildy y estaba en el tejado!

«Oh dihe ke baharía dehde más alto k'eyoh!» Con un grito de triunfo se subió a la escalera y, con grandes gestos ceremoniosos descendió.

«¡Bravo, Wildy!», susurraron reverentemente... todos, salvo los dos hermanos, que lo miraron de mal humor. «Se lo diremos al bortero.»

«Oh bartiré la boka», respondió él con desenvoltura, y volviéndose a los demás: «¿Sabéih ké bued'azer si'uno m'ayuda? ¡Abueht'a ke buedo subir al kuarto biso y abueht'a ke buedo koher esa kuerda de tender y abueht'a ke buedo kolgarme ahta k'alguien tir'el balo y abueht'a ke buedo bahar!»

«¡Bravo, Wildy!»

«Y un día'mbezaré sobre l'avenida C y saltaré todah lah vayah de lah doh manzanah!»

«¡Viva!»

«Eh, chikoh, yo entro.» Izzy había ganado el último de los punteros. «Vamoh, se loh voy a dar.»

«¿Kuántoh tieneh?» Lo siguieron en tropel. «¡Mirad!» Llevaba un grueso manojo en la mano. Se acercaron a la mesa de leer. El rabino levantó los ojos.

«Tengo punteros para usted, rabino», dijo Izzy en yídish.

«Déjamelos ver», fue su suspicaz respuesta. «Es toda una contribución.»

Izzy guardó silencio.

«¿Sabes que me robaron ayer los punteros?»

«Sí, lo sé.»

«Bueno, ¿dónde encontraste ésos?»

«Los he ganado.»

«¿A quién?»

«A todos.»

«¡Ladrones!» Agitó la mano hacia ellos siniestramente. «Por suerte para vosotros no reconozco ninguno.»

1

Edad a la que se es responsable de los propios actos según la ley hebraica. [N. del T.]

2

Pentateuco. [N. del T.]

IV

HABÍAN pasado dos meses desde que David entró en el *heder*. Había llegado la primavera y, con el tiempo más suave, una sensación de contento precavido, una curiosa pausa dentro de sí mismo, como si estuviera esperando algún signo, algún sello que lo liberase para siempre de su vigilancia y le asegurase para siempre su bienestar. A veces pensaba que había visto ya el signo..., iba al *heder-,* a menudo iba a la sinagoga los sábados; sabía pronunciar con soltura las sílabas de Dios. Pero no estaba totalmente seguro. Quizá el signo se revelase cuando aprendiera por fin a traducir hebreo. En cualquier caso, desde que había empezado a asistir al *heder* su vida se había estabilizado milagrosamente, y lo atribuía a su creciente aproximación a Dios. Nunca pensaba ya en el trabajo de su padre. Se había acabado aquel antiguo terror de esperar que el ciclo se cumpliera. No parecía haber ya ningún ciclo. Ni tampoco su madre parecía preocuparse por el trabajo de su padre; y también ella parecía tranquilizada y en paz. Y aquellos curiosos secretos que había entresacado hacía tiempo del relato de su madre parecían sumergidos dentro de él y sólo aparecían en esquinas de calles evocadoras entre las casas o en su cerebro. Todo lo desagradable y pasado era así, decidió David, algo perdido dentro de uno. Todo lo que había que hacer era imaginar que no estaba allí, lo mismo que se podía hacer desaparecer el sótano de la casa de uno si había un patio luminoso entre la entrada y las escaleras del sótano. Sólo hacía falta un patio luminoso. A veces, David creía casi haber encontrado esa luminosidad.

Faltaban pocos días para la *Pesah.* La mañana había sido tan alegre, más cálida y luminosa que cualquier otra del manojo apenas terminado de la Pascua. El mediodía había estado tan lleno de promesas... Una hoja de verano en el libro de la primavera. Y toda aquella tarde él había esperado, inquieto y distraído, que la campanada de las tres lo liberase del colegio. En lugar de pizarras, había estudiado las nítidas rejillas de luz que manchaban la pared roja bajo las escaleras de incendios; y, detrás de su alto libro de geografía, había construido una vela con secante y lápiz para capturar la suave brisa que entraba serpenteando por la ventana abierta. La señorita Steigman lo había sorprendido, había fruncido fuertemente los labios (siempre que lo hacía, el espeso vello que los rodeaba se hacía más oscuro) y había gritado:

«¡Quítate de ese banco, so vago! ¡Ahora mismo! ¡Te digo que ahora mismo! ¡Y ponte en el banco que hay junto a la puerta y quédate allí! ¡Qué audacia!» Siempre utilizaba esa palabra, y David se preguntaba

siempre qué significaba. Luego ella había empezado a eructar, que era lo que hacía siempre cuando la habían hecho rabiar.

E incluso en su nuevo banco David había sido incapaz de estarse quieto, se había agitado y esperado, toqueteando las vetas de su escritorio, había hecho rodar bajo la suela de su zapato un lápiz de grafito redondo, tratado de hacer pequeños nudos en un pelo que había caído sobre su libro. Había esperado y esperado, pero, ahora que estaba libre, ¿de qué le servía? El aire se estaba oscureciendo, y el viento desnudo, al girar, se estaba haciendo una concha gris con el polvo y la basura sacados del arroyo. El barrendero se estaba poniendo su impermeable negro. El tiempo lo había engañado, ¡eso era todo! Ahora no podía ir a ninguna parte. Se mojaría. Lo mismo le daba llegar el primero al *heder*. Desconsoladamente, atravesó la calle.

¿Pero cómo sabía su madre aquella mañana que iba a llover? Ella había ido a la ventana y había mirado afuera, y luego había dicho: el sol se ha levantado demasiado pronto. Bueno, y qué si... ¡Uy!

Ante sus pies, una plana hoja de periódico, empujada por una ráfaga de viento húmedo, se levantó en el aire y cayó revoloteando lánguida, fundiéndose con el cielo. La miró un momento y luego aceleró el paso. Sobre los escaparates de las tiendas, los toldos se alzaban e hinchaban hacia lo alto, restallando. Dando gritos, un chico atravesó corriendo la calzada, con su gorra volando delante.

«¡Uau! ¡Mira!» El grito le hizo volverse.

«¡Vergüenza! ¡Vergüenza! Por algo se comienza.» Un coro de chicos y chicas cantaba acentuando las sílabas. «¡Vergüenza! ¡Vergüenza! Por algo se comienza.»

Colorada y riendo nerviosamente, una chica mayor se bajaba el vuelo del vestido. Sobre sus piernas rollizas y zambas, un vislumbre de bragas blancas y con festones. Al amainar el viento, el vestido cayó por fin. David se volvió otra vez, sintiendo un ligero disgusto, un vestigio del antiguo horror. Con qué rápidos espasmos saltaron de sus nichos las imágenes momificadas de su cerebro, imitaron viejas contorsiones y se extinguieron. Recordaban aquella vez, hacía mucho tiempo. *Knish* y armario. ¡Puh! Y aquella vez en que había dos perros pegados. ¡Puh! Les tiró agua aquel hombre. ¡Vergüenza! ¡Vergüenza!

«¡Sophe-e!» Por encima de él, el grito. «¡Sophe-e!»

«¡Sí-i mamá-a», una chica del otro lado de la calle.

«¡Supe! ¡Teprisa!»

«¡Naa!»

«¡Teprisa o te toy! *Nuu!*»

Con un encogimiento de hombros rebelde, la chica empezó a cruzar la calle. La ventana se cerró de golpe.

Empujando ante ellos un cochecito de niño maloliente y manchado de leche, unas nalgas regordetas pasaron contoneándose, con un brazo

salido de alguna parte que arrastraba a dos niños tambaleantes, cada uno de ellos enganchado de la mano del otro, cada uno rebotando contra el otro y contra su madre como peonzas, flaqueando y siendo impulsados. Un chico corría delante del cochecito. El coche lo embistió.

«¡Au! ¿Bor ké no mira bor dónde va?» Se frotó el tobillo.

«¡Mokoso! Te vi a... sakuir, ¡te vi a... dar!»

«¡Aaaa! ¡Boba!»

Una gota de lluvia le salpicó la barbilla.

—Va a...

Se echó al hombro su correa de libros e inició un trote rápido.

—Antes de que me cale.

Delante de él, volando hacia la orilla que había más allá del East River, unas nubes despeinadas seguían en tropel a su vanguardia. Y, al otro lado del río, el humo blanco de las chimeneas más próximas era aplastado y tempestuoso como si las chimeneas fueran las estelas de una aeronave. En el arroyo, las ruedas de los carros dejaban cintas negras. Las cortinas, en lo alto, remaban saliendo por las ventanas abiertas. El aire se había estremecido en mil gritos agudos, astillados, reforzados aquí y allá por el alarido súbito de un muchacho o el impaciente graznido de una madre. En la entrada del pasillo del *heder,* David se detuvo y echó una ojeada detenida de un extremo a otro de la calle. Las aceras negras se habían aclarado. La lluvia sacudía pálidas trenzas en la oscuridad que se condensaba. Contra la moteada muchedumbre de nubes en el surco escarpado del oeste, una bandera solitaria en lo alto de la aguja de un colegio se desplegaba rígida como una llave. Resguardados en una entrada, al otro lado del arroyo, un grupo de chicos gritaba monótonamente hacia el cielo:

«Luvia, lluvia, vete ahora, ven mañana a cualquier hora. Lluvia, lluvia, vete ahora, ven mañana a cualquier hora. Lluvia, lluvia...»

Mejor sería que entrara antes de que llegara el resto de los alumnos del rabino. Si no, se le adelantarían. Se volvió y caminó pesadamente por el oscuro pasillo desconchado. El patio era lóbrego. Los palos de tender la ropa crujían y se columpiaban, las poleas sonaban a chatarra. En una ventana de arriba, una mujer voluminosa, de brazos desnudos, gritaba maldiciones a alguien que había detrás de ella, y metía adentro apresuradamente la ropa de cama que estaba a horcajadas sobre el alféizar como sacos abultados.

«¡Y que te arranquen las tripas!», sus palabras resonaron en el patio. ¿No podías decirme que está lloviendo?»

Él se agachó bajo la lluvia, resbaló en las baldosas rotas y cayó contra la puerta del *heder*. Cuando entró tambaleándose, el rabino, que estaba encendiendo el pico de gas, miró a su alrededor. «¡Qué tengas un año negro!», gruñó. «¿Por qué no entras como un hombre?»

Sin responder, se deslizó mansamente hasta el banco que había junto a la pared y se sentó. ¿Por qué le gritaba? No había tenido la intención de entrar tan bruscamente. ¡Vaya! La luz de gas en aumento reveló otro alumno en la sala que no había notado antes. Era Mendel. Con el cuello envuelto en blancos vendajes y enfermizamente pálido bajo el turbio parpadeo amarillo del gas, se sentaba ante la mesa de leer, con la cabeza apoyada en los codos. Mendel se estaba acercando a su *bar-mitzvá,* pero nunca había aprendido a leer el *Homash,* porque había entrado en el *heder* a una edad relativamente avanzada. Tenía suerte, según decían todos, porque tenía un forúnculo en la nuca que le impedía ir al colegio. Y por eso, durante toda la semana, había llegado el primero al *heder.* David se preguntó si él tendría valor para sentarse a su lado. El rabino parecía furioso. Sin embargo, David decidió arriesgarse y se arrastró silenciosamente por el banco hasta Mendel. Un penetrante tufo a medicina se le metió en las narices.

—¡Piuh! ¡Apesta!

Se fue apartando. Con ojos apagados y labios colgantes, Mendel bajó la vista hacia él y luego se volvió para mirar al rabino. Éste sacó un gran libro azul de un montón que había en la estantería y luego se asentó en su silla acolchada.

«Extraña oscuridad», dijo bizqueando hacia la ventana picada por la lluvia. «Un viernes tormentoso.»

David se estremeció. Engañado por la suavidad del mediodía, había salido de casa llevando sólo su delgado jersey azul. Ahora, sin un fuego en la estufa de panza redonda y sin otros cuerpos que dieran su calor a la húmeda habitación, sentía frío.

«Bueno», dijo el rabino mesándose la barba, «ésta es la *'Haftará'*[1] de Yetro '... algo que leeréis en vuestro *bar-mitzvá,* si vivís para entonces». Se humedeció el pulgar y el índice y empezó a pellizcar la parte superior de cada página de tal forma que la hoja entera parecía dar un respingo y pasar al otro lado, como si huyera por su propia voluntad. David observó con sorpresa que, a diferencia de los otros libros del rabino, aquél no tenía ninguna de sus esquinas estropeadas. «Es la *'Sidra'*[2] de esta semana», continuó, «y como no conocéis nada del *Homash* os diré lo que significa después de haberlo leído». Cogió el puntero pero, en lugar de señalar la página, levantó de pronto la mano.

A su pesar, Mendel se retrajo.

«Ach!», fue el impaciente gruñido del rabino. «¿Por qué saltas como una cabra? ¿Es que podría pegarte a *ti?»*

Y con el extremo romo del puntero, se sondeó el oído, mientras su rostro moreno se agitaba en torno a la nariz bulbosa hacia los márgenes de su barba y de su casquete. Limpió el pardo grumo de cera en la pata de la mesa y señaló la página. «Empieza, *Bishnáth moth.»*

«Bishnáth moth ammeleh Uziyanu vaeré eth Adonai».[3] Mendel pasó a su sonsonete.

A falta de nada mejor que hacer, David siguió mirando, rivalizando en silencio con Mendel. Pero el ritmo resultó pronto demasiado rápido para él: el veloz farfullar de monsergas de Mendel era una zancadilla para su propia pronunciación calmosa. Renunció a la persecución y miró inexpresivamente la ventana picada por la lluvia. En una casa que había al otro lado del patio oscurecido, habían encendido luces, y unas figuras borrosas se movían ante ellas. La lluvia rasgueaba en el tejado, y una o dos veces se filtró a través del continuo golpeteo un ruido sofocado, como si en el piso de arriba arrastraran algún pesado objeto.

—Cama sobre ruedas. Arriba. (Sus pensamientos vagaban ausentes entre los confines del sonsonete de la voz y del sonsonete de la lluvia.) Qué forma de llover. No va a parar. Aunque acabe, no puedo irme. Si leyera el *Homash* podría competir con él, me apuesto que derrotarlo. Pero eso es porque tiene que detenerse... ¿Por qué hay que leer el *Homash?* No es divertido. Primero lees *Adonai elohenu abababa* [4] y luego dices Y Moisés dijo que no se debía, y luego lees algunos *abobabas* más y entonces dices, no debo comer en la carnicería *taréf*[5] . De todas formas no me gusta. Grandes bolsas pardas cuelgan de ganchos. Jamón. Y toda clase de embutidos grises con algo así como canicas dentro. ¡Piuh! Y pollos sin plumas en cajas, y conejitos en aquella tienda de la Quinta avenida, junto al ferrocarril elevado. En una jaula de madera con lechuga y piedras, comen también, en esos puestos. Piedras de todos los colores. Las abren con un cuchillo y echan salsa de tomate en el moco de dentro. ¡Yich! y serpientes largas, negras, delgadas. ¡Piuh! Los *goyim* se lo comen todo... *«Vaesbmá eth kol Adonai omer eh mi eshlah»* [6] . Mendel leía rápidamente aquella tarde. El rabino pasó la página. Arriba, aquel distante sonido retumbante.

—Otra vez una cama sobre ruedas... ¿Pero cómo lo supo Moisés? ¿Quién se lo dijo? Dios se lo dijo. Comer sólo carne *kosher,* así debe ser. No hay que comer carne y beber luego leche. ¡A mamá no le importa, salvo si Bertha está mirando! ¡Cómo le solía gritar ella porque mezclaba los cuchillos de la carne con los cuchillos del queso. Es pecado... De modo que Dios le dijo, comed de vuestras propias carnicerías... Aquella vez con mamá en la pollería cuando fuimos. Donde todos los pollos corrían de un lado a otro —cockacocka— ¿cuándo dije? Cocka. ¡Viva! Divertido. Lo he dicho en algún lado. Y entonces el hombre del cuchillo hizo ¡zing! ¡Ii! Sangre y alas. Y lo tiró allí. Hasta la carne *kosher,* cuando la ves, no la quieres comer...

«¡Ya basta!» El rabino golpeó con su puntero en la mesa.

Mendel dejó de leer y se echó hacia atrás con un suspiro de alivio.

«Ahora te diré algo de lo que has leído, y luego lo que significa.

Escúchame bien para que te acuerdes. *Bishnáth moth ammeleh*.» Las uñas de su pulgar y su índice se juntaron. «En el año en que murió el rey Uziyahu, Isaías vio a Dios. Y Dios estaba sentado en su trono, muy alto en el cielo y en su templo… ¿Me entiendes?» Señaló hacia arriba.

Mendel asintió, haciendo una mueca mientras se aflojaba el vendaje que le rodeaba el cuello.

—¡Viva! Y lo vio a Él. ¿Quién sabe dónde? (David, suscitado su interés, escuchaba atentamente. Aquello era algo nuevo.)

«¡Bueno!», continuó el rabino. «Alrededor de Él estaban los ángeles, los ángeles benditos de Dios. Qué hermosos eran te lo puedes imaginar por ti mismo. Y gritaban: *Kadosh! Kadosb! Kadosh!* ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! Y el templo resonaba y se estremecía con el sonido de sus voces. ¡Bueno!» Hizo una pausa, escrutando el rostro de Mendel. «¿Comprendes?»

«Sí», dijo Mendel comprensivamente.

—Y había ángeles, y los vio. Me pregunto si…

«Pero cuando Isaías vio al Todopoderoso en toda Su majestad y vio Su terrible luz… ¡Ay de mí!, gritó. ¡Qué puedo hacer! ¡Estoy perdido!» El rabino cogió su casquete y lo arrugó. «¡Yo, un hombre corriente, he visto al Todopoderoso, yo, impuro, lo he visto! Mirad, mis labios son impuros y vivo en una tierra impura… porque los judíos eran en aquel tiempo pecadores…»

—¿Puro? ¿Luz? Me pregunto si… Me gustaría preguntarle por qué eran sucios los judíos. ¿Qué hacían? ¡Más vale que no! Se pondría furioso. ¿Dónde? (Furtivamente, mientras el rabino seguía hablando, David se inclinó hacia adelante y echó una ojeada al número de la página.) La sesenta y ocho. Quizá después pueda preguntarle. En la página sesenta y ocho. Ese libro azul… ¡Viva! Es Dios.

«Pero precisamente cuando Isaías lanzó su grito —Soy impuro— uno de los ángeles voló al altar y, con tenazas, sacó un carbón encendido. ¿Me comprendes? Con tenazas. Y con ese carbón voló hacia Isaías, allí abajo, y le tocó los labios con el carbón… ¡Así!» Los dedos del rabino apuñalaron el aire. «¡Ya eres puro! Y, en el instante en que el carbón tocó los labios de Isaías, oyó la voz del mismo Dios que decía: ¿A quién enviaré? ¿Quién irá en nuestro nombre? E Isaías habló y…»

Pero una súbita explosión de voces fuera lo interrumpió. Unos pies que corrían atravesaron el patio. La puerta se abrió de golpe. Una cuadrilla pendenciera y forcejeadora tomó por asalto la entrada, obstruyéndola. Peleándose, riéndose con alboroto, se empujaban adentro, se echaban afuera unos a otros…

«¡Déhame!»

«¡Déham'a mí!»

«¡Tú mas embujao dentro, guarro biohoso!

«El primero dehbués de Davy», se lanzó uno hacia la mesa de lectura.

«¡Moisés akabó'n un charko!»

«¡Hey! ¡No le dehéih!»

«El brimero dehbuéh de Sammy!» Otro corrió detrás del primero.

«¡Ya voy…!»

«Shah!», rechinó el rabino. «¡Que os degüellen, a todos! ¡Me oís! ¡Sin dejar uno!»

Aquella babel descendió a un tono apagado.

«Y vosotros los de ahí, que os quedéis lisiados de por vida, cerrad esa puerta.»

La aglomeración en torno a la entrada se disolvió.

«¡Deprisa! Ojalá se cierre vuestra vida lo mismo que esa puerta.»

Alguien cerró la puerta detrás de sí.

Y ahora, querido Sammy», su voz adquirió un tono venenosamente halagador. «¿Con que eres el *brimero?* Yo te daré el *brimero.* El *brimero* en esa tripa. ¡Fuera de ahí! ¡Muévete!»

Sammy gateó apresuradamente, dejando el banco.

«Y tú también», apartó con un gesto a David. «Vete y siéntate allí.» Y como David vacilaba: «¡Deprisa! ¡O si no…!»

David dejó el banco de un salto.

«¡Y silencio!», chirrió. «Como si se os hubiera podrido la lengua.» Y, cuando se hubo hecho un completo silencio: «Ahora», dijo levantándose, «os voy a dar algo que hacer… ¡Yitzchuck!»

«¡Uaauh! ¡Yo no he hecho nada!» Yitzchuck lanzó un gemido aterrorizado.

«¿Quién te ha preguntado? ¡Ven aquí!»

«¿Ke kiere de mí?»

«Siéntate aquí.» Señaló el extremo del banco que estaba más cerca de la mesa de lectura. «Y no me hables en *goyish.* ¡Tú, fuera de ahí! Y tú, David, quédate donde estás… ¡Simke!»

«Sí.»

«A su lado. ¡Srool! ¡Moishe! ¡Avrum! ¡Yankel! ¡Schulim!» Estaba reuniendo a todos los colegiales más jóvenes en un grupo. «¡Schmiel! Y tú, Meyer, siéntate aquí.» Con una mirada de advertencia, se dirigió al armario que había detrás de su silla y sacó cierto número de libritos.

«¡Aaa! ¡Fuh!» Escupió Yitzchuck en un susurro. «¡Otra vez la biohosa *Hagaddál»* [7] .

Permanecieron sentados en silencio hasta que volvió el rabino y les distribuyó los libros. Moishe, sentado a corta distancia de David, dejó caer el suyo, pero saltó sobre él apresuradamente y, en consideración al rabino, lo besó, mirando a su alrededor con expresión de devoción idiota.

«Primero, piojosos», comenzó el rabino cuando acabó de distribuir los libros, «las Cuatro Preguntas de la *Pesah.* Leedlas y releedlas. Pero esta vez dejad que fluyan de vuestros labios como un torrente. ¡Y ay del zoquete de escayola que no sepa decirlas aún en yídish! ¡Cosechará tantos golpes como granos de arena! Y, cuando hayáis hecho eso, pasad las páginas hasta llegar al *'Had Gadiá'* [8] . Leedlo entero. Pero acordaos: callados como muertos… ¿Sí?» Shamike había levantado la mano como si estuviera en el colegio. «¿Qué quieres?»

«¿No podemos oírnos unos a otros?»

«¡Cerebros enmohecidos! ¿Todavía tenéis que oíros los unos a los otros? Hacendlo pues. Pero cuidado con que yo oiga una sola palabra de *goyish.*» Volvió a su silla y se sentó. Durante unos segundos más, su mirada furiosa rastrilló el largo banco, y luego sus ojos bajaron momentáneamente al libro que tenía delante. «Te estaba contando», dijo dirigiéndose a Medel, «cómo llegó Isaías a ver a Dios y lo que ocurrió después…»

Pero como si sus palabras hubieran liberado las de ellos, un hervir de susurros comenzó a irritar la habitación.

«Tú m'oíhte dezirlo. ¡Tú m'oíhte! Vet'a la mierda. Venga, Solly, tú m'oíhte. ¡Y m'embuhahte! Mendy tiene toaví'una venda…»

«Dijo ¿a quién enviaré?» Las palabras del rabino se detenían en aquellas matas de sonido que se espesaban. «¿Quién irá en nuestro nombre?»

«¡Izzy Pisi! ¡Mulligan bizco! *Ma nishtanná allaila bazé* [9] … ¿Huegah konmigo, Yonk?»

—Pero no puedo preguntárselo (los ojos de David se limitaban a descansar en la página). Se pondría furioso. Quizá más tarde cuando haya leído yo. ¿Dónde era? Sí. Página sesenta y ocho. Le diré: en la página sesenta y ocho de ese libro azul que es nuevo, en el que leía Mendel, decía usted que ese hombre vio a Dios. Y una luz…

«¿Kuántoh? Tengo máh ke tú. *Shebbehol alíeloth anu ohelim* [10] . Yo también tuv'un granit'en la kabeza. ¿Ehtuvihte bah'el toldo? Ehtábamoh todoh. En la yuvia.»

«Y di a ese pueblo, a ese pueblo caído…»

«Sí, ¡y te dar una batada'n el kulo! ¡Noneh! *Allaila hazé kulló maza* [11] … De modo ke bor echarme tierra'n la kabeza me sali'un grano. He viht'un *blit* [12] kuand'entraba.»

—¿Adonde fue para verlo a Él? A Dios. No lo dijo. Me pregunto si lo sabe el rabino. Me gustaría preguntar. Página sesenta y ocho. Lejos, lejos, lejos, quizá… ¿Dónde? ¡Viva! En algún lugar, yo también… Cuando yo… Cuando yo… en la calle muy lejos… Hola, Sr. Madero alto, Adiós Sr. Madero Alto. ¡Jii! ¡Divertido!

«Ven'akí Joey, hay sitio. El rabino kiere… Lah vayah rehbalan toah. ¿Bero bor ké yorah?»

«No estar nunca sano, no ser nunca puro.»

«¡Un *blitz,* zokete! Eh Solly, dice... *Shebbehol alle-lóth anu ohelim...* Sí, mi badre le begará t'ermano mayor. ¡Bareh!»

—En alguna parte. Lo vio Isaías, así. ¡Me apuesto! Él estaba sentado en una silla. De manera que tiene sillas, para poderse sentar. ¡Viva! ¡Sentarse! ¡Culo! ¡Sh! ¡Por favor, Dios, se me ha escapado! ¡Por favor, Dios, no lo he dicho yo! Por favor...

«¿Bueh kómo se dice *blitz,* lihto? ¡Moishee ha berdi-do su tirachinoh! Y luego, dehbuéh del arena m'ech'agua'n la kabeza, bara ke... *¡Bestia*[13] biohosa! ¡Se la kitó la senyorita Ryan!»

«¿Hasta cuándo?», pregunté. «Señor, hasta cuándo.»

—¿Y por qué hizo eso el ángel? ¿Por qué tuvo que quemarle la boca a Isaías con el carbón? Le dijo: eres limpio. Pero el carbón hace humo y cenizas. Entonces, ¿cómo que limpio? ¿No podía haber dicho sencillamente: tienes la boca limpia? ¿No? ¿Y por qué no estaba limpia? No se la lavaba, me apuesto. De forma que...

«Rallo, zokete. ¡Un *blitz!* ¿No sabes'ablar ingléh? ¡Ja! ¡Ja! *Shear yerakoth allaila hazé...*[14] . ¡Eh la segunda vez! Ehtaba dihparando tiza. ¡Er'un tirachinoh! Mi badre le dará'tu badr'una batada ke...!»

—Con unas *zwank,* dice que fue. *Zwank.* ¿Dónde las he visto? *Zwank* en alguna parte. ¿Mamá? No. Como en la herrería del río. Tenazas y herraduras. Sí, tienen que ser. Con tenazas, *zwank* significa tenazas. ¿Pero por qué con tenazas? El carbón estaba caliente. Por eso. Pero él era un ángel. ¿Tienen miedo los ángeles? ¿Miedo de quemarse? ¡Vaya! Debía de estar caliente, verdaderamente caliente. Cómo salté cuando el rabino hizo así con los dedos al decir carbón. Casi creí que era yo. Me pregunto si Isaías chilló al tocarlo el carbón. Tal vez el carbón del ángel no quemaba a las personas vivas. Me pregunto...»

«¡Toma! ¡Sombrah chinehkah! ¡Eh mía! ¿Kuántah vallah t'as'echo? ¡L'arranké d'un árbol del barke, mi tirachinoh! Treh vallah. ¡Pueh un rall'entonces, lihto!»

«Y toda la tierra yerma y vacía.»

«Tres es una mentira, dice mi badre. ¿Sí? *Matbilint afilu pa'am ehath allaila hazé...*[15] . Lleva siembre la gorra kuando el rallo kae...»

—Decía palabras feas. Me apuesto. Mierda, pis, jo-deputa... ¡Basta! Las estás diciendo tú. ¡Es otra vez pecado! Por eso es por lo que... ¡Vaya! No tenía intención. Pero no se te pone la boca sucia. No la siento nada sucia. (Movió la lengua de un lado a otro.) «Tal vez por dentro. Muy, muy adentro, donde no puedes notarlo. ¿Qué dijo Isaías que le ponía la boca sucia? ¿Sucia de veras, de forma que lo notaba? Quizá...»

«Shebbhol alíeloth anu ohelim... ¡La lluvia m'a mo-jao la kalkomanía! ¡Au! ¡Bahta! No se buede forrar loh Ii-broh kon babel. Mi maehtra no

deha. Y dehbuéh de kitarm'el tirachinoh, ¡me bellizkó'n la teta! ¡*Bestia* biojosa! *Ben yoshevim uvén mesubbim* [16] . Bueno, ¿kuál es la balabra ke sigue? ¡Se me fue la belota bor l'alkantarilla! Bueno, ¡tengo seih bunteroh!»

—No se podría hacer con un carbón normal. Te quemarías todo. Hasta el té hirviendo si te lo bebes... ¡uh! Pero, ¿dónde conseguir carbón de ángel? Sr. Repartidor de Hielo, déme un cubo de carbón de ángel. ¡Ji! ¡Ji! En los sótanos hay carbón. Pero otra clase, carbón negro, no carbón de ángel. Sólo Dios tiene carbón de ángel. Dónde estará el sótano de Dios, me pregunto. Cuánta luz debe de haber allí. No tendría miedo como aquella vez en Brownsville. ¿Te acuerdas?

«¡Vamoh, gayina! ¡Eh Louie! ¡Eres el último! ¡M'e mojao loh bieh! ¡Mira! ¡Sí! ¡Akí! ¡Doh!»

—Carbón de ángel. En el sótano de Dios hay...

Todos los rezagados habían ido entrando desordenadamente. Una granizada de parloteos estremecía ahora al *heder*.

«Y-ni-un-árbol...» A medida que el rabino se iba inclinando cada vez más, su voz trepaba por una empinada escala amenazante. «¡Quedará-en-pie en esta tierra!» Se enderezó, terminando el *crescendo* con un rugido. «¡Noo!»

Su despedazador bramido final segó las últimas voces como cañas estridentes. «¡Ahora me toca a mí!» Sonriendo ferozmente, se alzó, con el látigo de nueve colas en la mano, y avanzó hacia la fila silenciosa y acobardada. «¡Toma!», el azote cayó silbando y golpeó contra un muslo. «¡Esto para ti!»

«¡Uau!»

«¡Auch! ¿K'echo... yo?»

«¡Y esto para ti y tu lengua que no cesa!»

«¡Bahta! ¡Ooh!»

«¡Y para ti, culo inquieto! ¡Siéntate ahí!»

«¡Umph! ¡Au!»

«¡Y a ti por sonreírte! Y a ti por relinchar, y a ti por disputar. ¡Toma! ¡Toma! ¡Aguanta! ¡Baila!»

Las correas volaban, las piernas se escondían. Estridentes petardos de colores estallaban de un lado a otro del banco. Ninguno escapó, ni siquiera David. Cansado por fin, y resoplando sin aliento, el rabino se detuvo y los miró iracundo. Maldiciones reprimidas, gemidos y sorbidos de mocos recorrían el banco.

«Shab!»

Hasta ésos se apagaron.

«¡Bueno! ¡A vuestros libros! Clavad los ojos en ellos. Las cuatro Preguntas. *Nu!* ¡Empezad! *Ma nishtanná.*

«Mah nishtanná allaila hazé», vociferaron, *«mikkol alíeloth. Sheblehol alíeloth anu ohelim hamétz umotzá»*[17] .

«¡Schulim!» La barbilla del rabino cayó, y su voz descendió por debajo de ella hasta un siniestro registro bajo. «¿Os habéis quedado mudos?»

«Allaila hazé.» Una voz nueva pasó a aumentar el ya robusto coro, *«¡kulló matzá!»*

Cuando terminaron las cuatro preguntas, las repitieron y las recitaron tres veces en yídish…

«Y ahora el *Had Gadiá»,* ordenó el rabino. «Y todos a una. ¡Vamos!»

Apresuradamente, pasaron las páginas.

«Had gadiá, had gadiá», ladraron irregularmente, *«dezabin abbá bitréi zuzé, had gadiá, had gadiá…»*[18] .

«Que se te caiga la dentadura, Simkeh», rezongó el rabino, haciendo una mueca, «¿de qué te ríes?»

«¡Nada!», protestó Simkeh con voz ofendida. «¡No me estaba riendo!» Pero lo estaba… alguien se había puesto a cantar «se hodió» en lugar de *had gadiá.*

«¡Bueno!», dijo el rabino agriamente cuando terminaron. «Y ahora, ¿dónde hay una bendita inteligencia que se acuerde de lo de ayer? ¿Quién puede traducirlo al yídish? ¿Ja? ¿Dónde?»

Algunos, vacilando, levantaron la mano.

«¡Pero todo», advirtió él. «No a pedazos, todo sin tartamudear. O si no…» Hizo restallar el látigo de nueve colas. «¡Estos fideos!»

Asustados, los voluntarios bajaron la mano.

«¿Qué? ¿Ninguno? Ni uno.» Sus ojos se movieron de un lado a otro. «¡Oh, vosotros!» Con un sarcástico gesto de mano, rechazó los ofrecimientos de los estudiantes mayores, que estaban ya en el *Homash.* «¡Ya es hora de que sepáis hacerlo! ¡Ninguno!» Movió la cabeza hacia ellos con amargura. «¡Ojalá no sepáis nunca dónde tenéis los dientes! ¡Jai! ¡Jai! Nadie se esfuerza ya por ser judío. ¡Ay de vosotros! Hasta un *goy* sabe más de su porquería que lo que vosotros sabéis de la santidad. ¡Ay! ¡Ay!» Miró a David acusadoramente. «¿Tú también? ¿Tienes la cabeza tan llena de cagajones como los demás? ¡Habla!»

«Yo lo sé», confesó él, pero fingiendo al mismo tiempo malhumor para no suscitar el odio de los otros.

«¡Bueno! ¿Es que tienes costillas en la lengua? ¡Empieza! ¡Estoy esperando!»

«Un cabrito, un solo cabrito», cogió el hilo con cautela, un cabrito que mi padre compró por dos *zuzim* [19] . Un cabrito, un solo cabrito. Y vino un gato y se comió el cabrito que mi padre había comprado por dos *zuzim.* Un cabrito, un solo cabrito. Y vino un perro y mordió al gato que se comió al cabrito que mi padre había comprado por dos *zuzim.* Un cabrito, un solo cabrito.» Cada vez más, sentía como si los otros se agazaparan para saltar sobre él en cuanto fallara un travesaño

de aquella larga escala de culpas y desquites. Prudentemente, trepó dejando atrás la vaca y el carnicero y el ángel de la muerte. «Y entonces el Todopoderoso, bendito sea... *(¡Vaya! Lo último. Nada después. No lo sabía antes. Pero alguna vez, mamá. ¡Vaya!)* Sin ser invitados, pensamientos extraños acudieron a la brecha. Por un instante titubeó. (¡No! ¡No! ¡No te pares!) «Bendito sea», repitió apresuradamente, «mató al ángel de la muerte, que mató al carnicero, que mató al buey, que bebió el agua, que apagó el fuego, que quemó el palo, que pegó al perro, que mordió al gato, que se comió el cabrito, que mi padre compró por dos *zuzim*. ¡Un cabrito, un solo cabrito!» Llegó al final sin aliento, preguntándose si el rabino estaría furioso con él por haberse detenido a la mitad.

Pero el rabino sonreía. «¡Vaya!», batió las grandes palmas de sus manos. «Esto es lo que yo llamo un hijo mío. Esto es memoria. Esto es entendimiento. Todavía podrás ser un gran rabino... ¡quién sabe!» Se acarició la barba negra con aire satisfecho y miró a David un momento, y luego, súbitamente, se metió la mano en el bolsillo y sacó una estropeada bolsa negra.

Un murmullo de incrédulo asombro se alzó del banco.

Abriendo con un chasquido el cierre de metal con pitones, el rabino hizo tintinear las monedas que había dentro y sacó una de cobre. «¡Toma! Por tener una verdadera cabeza yídish. ¡Cógela!»

Automáticamente, David levantó la mano y la cerró en torno al centavo. Los demás miraban boquiabiertos.

«Y ahora lee», otra vez era perentorio. «Y el resto de vosotros, estúpidos, ¡tened cuidado! ¡Si os oigo parpadear no os haré pedazos sino pedazos de pedazos!»

Un poco confuso por su inesperada fortuna, David lo siguió al banco de lectura y se sentó. Mientras el rabino se liaba cuidadosamente un cigarrillo, David miró por la ventana. La lluvia había cesado, aunque el patio estaba todavía oscuro. Podía sentir una extraña quietud que tenía en sus garras al exterior. Detrás de él, el primer susurro aleteó en alguna parte, a lo largo del banco. El rabino encendió su cigarrillo, cerró el libro en que había estado leyendo Mendel y lo apartó a un lado.

—Ahora podría preguntarle, me apuesto. Me ha dado un centavo. Lo de Isaías y el carbón. ¿Dónde? Sí. Página sesenta y ocho. Le podrías preguntar...

¡Chaa! ¡Wuuh! Un humo delgado se iba apartando de la mesa. El rabino alargó la mano para coger el libro estropeado y levantó el puntero.

«¿Rabino?»

«Nu?» Jugueteaba con las páginas.

«Cuando Mendel estaba leyendo sobre ese... sobre ese hombre del

que hablaba usted, que...» No pudo terminar. Dos veces a través del patio, como si columpiaran de un lado a otro una linterna sobre los tejados, una luz violeta sacudió los muros de enfrente... y hubo oscuridad por un momento y el estampido de un trueno y un retumbar como el de un barril que bajara rodando las escaleras del sótano.

«Shemá Yisrael!» [20] , el rabino agachó la cabeza y agarró el brazo de David. «¡Ay de mí»!

«¡Au!», chilló David. Y la presión sobre su brazo se aflojó, con una risita.

Detrás de él, las voces agudas, excitadas. «¡L'ah vihto! ¡Bang! ¡Bang, k'ehtayid'a dao! ¡Ya te dije k'abía viht'un *blitz* antes!»

«¡Shab!» El rabino recuperó la compostura. «¡Un relámpago antes de la *Pesab!* Verano cálido.» Y a David, como si recordara: «¿Por qué has gritado y por qué te has reído?»

«Me pellizcó», explicó él cautelosamente, «y entonces...»

«¿Qué?»

«Y entonces se inclinó... como nosotros cuando se le cae el puntero, y pensé que...»

«Delante de Dios», le interrumpió el rabino, «¡nadie puede permanecer erguido!»

—Delante de Dios.

«¿Pero en qué pensabas?»

«Primero pensaba que era una cama. Arriba. Pero no lo era.»

«¡Una cama! ¡No lo era!» Se quedó mirando a David fijamente. «No te hagas el tonto conmigo porque te haya dado un centavo.» Le puso el libro delante. «¡Venga!», dijo bruscamente. «Se está haciendo tarde.»

—No puedo preguntarle ahora.

«¡Empieza! *Shohén ad marón...»*

«Shohén ad marón vekadosh shemó vekatuv rannenú zaddikim badonai»[21] . El pensamiento se convirtió en monotonía.

Tras una corta lectura, el rabino lo despidió, y David dejó el banco y fue a donde se sentaba el resto, para recoger su correa de libros. Schloime, que los tenía en su regazo, se levantó con presteza cuando se acercó y se los ofreció.

«Kerían koherloh, bero yo los'e guardao.» Le informó. «¿Ké te vas a kombrar?»

«Nada.»

«¡Aa!» Y ansiosamente. «Sé dónd'ay bolah de naranha... ocho bor un zentavo.»

«No me voy'a kombrar nada.»

«¡Takanyo biohoso!»

Los otros se habían arremolinado en torno. «Ya te dihe ke no sakaríah nada guardándole loh libroh. ¡Yaah, ya veh! Aaa, ensényanos

el centavo. Iremoh kontigo. ¡Kualkiera l'ubiera dicho!»

«Shah!»

Se dispersaron, volviendo al banco. David se dirigió despacio hacia la puerta.

1

Haftará: fragmento de los Libros de los Profetas que se lee al concluir el servicio en las sinagogas. [N. del T.]

2

Fragmento del Pentateuco. [N. del T.]

3

«En el año de la muerte del rey Uziyahu, y yo vi al Señor.» Del libro de Isaías. [N. del T.]

4

«Señor Nuestro Dios.» [N. del T.]

5

No kosher. [N. del T.]

6

«Y oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré?» [N. del T.]

7

Interpretación talmúdica de las Escrituras. [N. del T.]

8

«Un cabrito». Parte de la Hagaddá. [N. del T.]

9

«¿Por qué es diferente esta noche...?» [N. del T.]

10

«Todas las otras noches comemos...» [N. del T.]

11

«Esta noche sólo ácima...» [N. del T.]

12

«Rayo», en alemán. [N. del T.]

13

En italiano en el original. [N. del T.]

14

«... todo tipo de hierbas, mientras que esta noche...» [N. del T.]

15

«... No mojamos ni una sola vez, mientras que esta noche... » [N. del T.]

16

«Ya sea sentados o reclinados...» [N. del T.]

17

«¿Por qué es distinta esta noche de todas las demás noches? Todas

las demás noches comemos cosas fermentadas y el ácima… » [N. del T.]

18

«Un cabrito, un cabrito, que mi padre compró por dos monedas, un cabrito, un cabrito…» [N. del T.]

19

Plural de zuz, «moneda». [N. del T.]

20

«¡Escucha, oh Israel!» [N. del T.]

21

«… está en lo alto y cuyo nombre es santo. Y está escrito: alegraos los justos en el Señor.» [N. del T.]

V

EL aire había refrescado, la oscuridad se había vuelto más clara. El viento, más frío ahora, arrugaba los oscuros charcos que había entre las losas y levantaba las cuerdas de tender. De alguna parte seguían cayendo y salpicando grandes gotas de agua, aunque los muros y vallas mostraban anchos trozos secos. Con los dedos aún cerrados sobre el centavo que tenía en el bolsillo, David subió las pardas escaleras, manchadas por la lluvia, atravesó el cálido pasillo y salió a la calle. Las aceras y la calzada se estaban secando otra vez en gris, y oscuros riachuelos se adelgazaban bajo los bordillos. En el oeste, que se aclaraba hacia poniente, las nubes eran una devastación de plata y su luz, en el áspero marco de piedra de la calle, era sombría y plateada.

—Le enseñaré a ella el centavo cuando llegue arriba.

Y ella se lo dirá a Papá. ¿Qué dirá él? Me apuesto a que no me creerá. Dirá que me lo he encontrado. Pero podría volver a recitárselo... de cabo a rabo otra vez. Un cabrito, un solo cabrito, y entonces él tendría que... Esa confitería.

Se detuvo y miró pensativamente la confusión de juguetes y trompetas de hojalata, máscaras, botellas de bebidas gaseosas y anuncios de cigarrillos.

—No. Tengo que enseñárselo a ella antes. Mira lo que tengo. Entonces podré comprar. ¿Qué? ¿Caramelos? No. Me gustaría tener esas bolitas de la jaula con aros. Se sopla y se vuelve a recoger la bolita. Sólo que no soy tan bueno recogiendo. ¿Cuándo aprenderé a recoger bien? Quizá sea mejor esperar hasta mañana, cuando tenga otro centavo.

Y entonces... ¡Vaya! Iré a la confitería de la tía Bertha. ¿Cuándo estuve? ¡Hace mucho tiempo, aquella vez con mamá! Demasiado lejos. Y las chicas, Esther y Polly. Las odio. ¡Cómo se pelean, caramba! ¡Y cómo comen la sopa! Papá me mataría si lo hiciera yo. Pero el tío Nathan sólo grita, y la tía Bertha le grita a él. ¿Te acuerdas del tío Nathan y de su mamá? Vinagre y luz cuando lo contaba. ¡Luz! ¡Caramba! E Isaías y el carbón de ángel. En su boca. Pero acuérdate. Libro azul... así de grande. En la página sesenta y ocho. Quizá le pregunte la próxima vez. Quizá lo sepa mamá. ¿Centavo? ¿Dónde? ¡Oh! Casi no lo consigo. Cuando aquel payaso dio un salto en mitad del *Had Gadiá*. ¡Me pregunto qué! Estaba diciendo que. Sí. Estaba diciendo...

«Niño.» La palabra era yídish.

Se sobresaltó y levantó los ojos. Casi había tropezado con ella...

una anciana apergaminada con el rostro tan surcado de arrugas breves y finas, que descendían en diagonal por su piel marchita, como una lluvia. Estaba agachada. Un delantal a rayas blancas y azules cubría la delantera de su vestido de raso negro deslustrado. Los blancos de sus ojos eran turbios como un colmillo de elefante viejo y estaban cautivos por una red de venillas rojas. Tenía las ventanas de la nariz húmedas. Entre su frente y el pañuelo blanco que llevaba en la cabeza, una peluca parda y rígida sobresalía como una repisa.

«Niño.» Repitió en un soprano tembloroso, mientras su cabeza se balanceaba débilmente de un lado a otro. «¿Eres judío?»

«Sí.»

«Bueno, de todas formas no te hará daño», masculló. «No eres suficientemente mayor para pecar. Ven conmigo y te daré un centavo.»

Él la miró fijamente. Había algo de aterrador y de irreal en todo aquello. Los niños de pan de jengibre que asaba la vieja bruja. Clase segunda A, primer trimestre.

«¿Me encenderás la cocina de gas, sí?»

Eso era lo que ellos hacían también... sólo que no era de gas. ¡Caramba! Casi se sintió impulsado a darse a la fuga.

«Ya he encendido las velas», explicó ella, «y ahora es demasiado tarde.»

«¡Oh!» Ahora lo entendía. Era viernes. Sin embargo, ¿por qué las había encendido tan pronto? Todavía no era de noche.

«¿Vienes?», preguntó ella, volviéndose para irse. Te daré un centavo.»

Después de todo, aquélla era su calle. Ahí estaba su casa, sólo dos casas más lejos. Y tendría otro centavo. La siguió. Ella se dirigió arrastrando los pies hacia una casa cercana y subió lenta y trabajosamente el soportal. Su aliento jadeante en el segundo escalón se convirtió en gruñidos en el quinto. Por encima de él, aquellos zapatos lentos, arrugados y agrietados se detuvieron en el umbral. Él llegó a su lado.

«Ya no hay más escalones que subir», musitó ella, esperando a que su pesado aliento se tranquilizara. «Maldito sea el sueño negro que se apoderó de mí. Cuando me desperté estaba oscuro y yo, empapada de sueño, encendí las velas. Estaba demasiado atontada para mirar el reloj, y fui demasiado estúpida para encender la cocina de gas. Ay de mí.» Se puso otra vez vacilantemente en movimiento. Dio unos pasos por el vestíbulo y se detuvo ante una puerta, la abrió y entró. La cocina, barrida y lóbrega, el brillo del linóleo desgastado; cuatro velas lucían tenuemente sobre el pesado mantel rojo y blanco. Olor a pescado. Aire viciado.

«Primero acerca una silla», dijo, «y enciende ese gas de ahí. ¿Llegas

a las cerillas?»

David abrió el cajón que ella le señalaba y encontró la caja de cerillas; luego llevó una silla arrastrando bajo la lámpara de gas y se subió.

«¿Sabes cómo se hace?», preguntó ella.

«Sí.» Rascó una cerilla, hizo girar la llave del gas y lo encendió.

«¡Muy bien! Y ahora, debajo de los pucheros.»

Encendió los hornillos también.

«Más pequeña», dijo ella. «Más pequeña. Tan pequeña como puedas.»

Cuando lo hubo hecho, le señaló su bolso sobre la mesa. «Cógelo», dijo, empezando a afirmar con la cabeza como si no pudiera parar, «y saca un centavo».

«No lo quiero...», se resistió él.

«¡Vamos! ¡Vamos!»

Mientras ella, lo miraba, sacó un centavo.

«Ahora ciérralo.» Y cuando lo hubo hecho. «Eres un niño bueno», dijo. «Que Dios te bendiga», y le abrió la puerta.

Él se dirigió hacia su casa acelerando el paso.

VI

NO, pensó mientras salía, no era una bruja... sólo una vieja de la calle Novena, eso era todo. Pero incluso así, una inexplicable tristeza espesaba la alegría que hubiera debido sentir al conseguir otro centavo. Aunque no lo hubieran convertido en pan de jengibre, algo había hecho que el corazón le pesara. ¿Por que? ¿Un pecado tal vez? Sí, me apuesto que es eso. Pero soy demasiado joven, había dicho ella. No. Se apostaba a que nadie era demasiado joven. Entonces, ¿cuál era el centavo del pecado? Los miró. Éste, el indio. Éste, Lincoln. Acababa de recibir el de Lincoln. Pero el aire frío del exterior, cuando entró en la calle, se llevó los remordimientos lo mismo que se llevó de sus narices los olores de la cocina. El crepúsculo iba ocupando otra vez la callejuela del este. Las chimeneas del otro lado del oscuro río habían comenzado su peregrinaje por la noche. En la esquina de la avenida D, el oscuro farolero de rostro pálido y levantado hacia lo alto metía su larga lanza de punta incandescente en el globo impreciso del farol. David se detuvo un momento para ver si el gas de dentro de la camisa se encendía. Con un débil soplido, el globo se llenó de una flor amarilla. Subió los escalones del porche, preguntándose si a los faroleros les preocupaba alguna vez su propio sacrilegio o si todos eran *goyim.* Mientras ascendía por las escaleras del vestíbulo, unas voces de muchachos descendían.

«Entonces hay k'azerlo.»

«¡N'ay k'azerlo!», respondió otro.

«No es *Shabih* aún.»

«Sí ke lo eh. Ehtá ohkuro.»

«Ehtá ohkuro akí, pero no es *Shabih.»*

Ante la puerta semiabierta de un retrete, dentro del
cual había un chico acurrucado, estaban dos de sus compañeros.

«Lo voy a rahgar», llegó la voz rebelde desde adentro. «N'ay nada máh.»

Y mientras David pasaba por delante de la puerta, vio al muchacho que se acurrucaba en el asiento de dentro rasgar una larga tira de uno de los periódicos esparcidos por el suelo.

«¡L'as hecho!», dijo uno de los espectadores rencorosamente.

«Y es un doble bekao.»

«¿Y bor k'es un doble bekao?», preguntó la voz irritada del acurrucado.

«Bork'es *Shabih.»* La voz virtuosa de abajo decidió. «Y eso's un bekao. No se buede rahgar nada en *Shabih.*

Y bork'es un beriódiko hudío kon hudío encima, son doh bekadoh.

¡Bor eso!»

«¡Sí!», terció el otro. «Sólo tendrías un bekado s'ubierah rahgad'un beriódik'ingléh.»

«Bueno, ¿por ké no m'abéih dad'un beriódik'ingléh?», preguntó hastiada la primera voz. «No kiero humarme máh kon vosotroh.»

«Bueh no te hunteh.»

Las voces que discutían se debilitaron abajo.

—Lo ve todo Él. Sabe que no hubiera debido encender el gas. Un centavo es malo. Verdaderamente malo. Pero el otro centavo es bueno. De modo que están empatados, ¿no? Tal vez no se enfade. Caramba, no sabía que Él estuviera así en todas partes. Cómo puede ver en todas las oscuridades, si es luz —lo dijo el rabino— y está verdaderamente oscuro. ¿Cómo puede ver en lo verdaderamente oscuro si nosotros no podemos verlo. ¿Qué es verdaderamente oscuro? Lo verdaderamente oscuro. ¡Caramba! Aquella vez - Annie - el armario. El sótano - Luter. ¡Sh! ¡No! ¡Caramba! Fue un pecado. ¡Date prisa! ¡Fue un pecado! En todas partes, fue un pecado. No lo sabía. ¡Date prisa! Con carbón lo tocó. ¡Date prisa!

Miró ansiosamente el montante de su puerta. No estaba iluminado... sólo manchado por una penumbra añil. Su corazón se abatió. Entonces ella estaba fuera —su madre estaba fuera— y sólo su padre estaba allí, probablemente dormido. Se detuvo indeciso, acosado por dos miedos; la oscuridad y su padre. Tendría que despertarlo si la puerta estaba cerrada, y eso... eso era peligroso. Las tablillas de las persianas de su memoria se abrieron de golpe y se cerraron... una imagen fugaz y fragmentaria, pero clara. Mejor correr entonces, esperar en la calle hasta que ella volviera a casa. No. Probaría el pomo antes... sólo una vez. Lo hizo girar; la puerta se abrió. Era raro. Entró de puntillas en la habitación azul, consciente de la tabla de lavar azul sobre la tina de lavar azul, consciente de la ronca respiración de su padre en la alcoba, más lejana. Se apartó —¿dónde estaba ella?— y entró en el salón. Estaba sentada junto a la ventana, con su rostro oscuro perfilándose contra el azul helado del vidrio. El corazón le dio un brinco.

«¡Mamá!» Trató de que su voz fuera sólo un susurro, pero fracasó.

«¡Oh!», se sobresaltó ella. «¡Me has asustado!», y entonces le tendió los brazos.

«No sabía que estuvieras aquí.» Penetró en el círculo delicioso de su abrazo.

«Tengo la cabeza como una campana vieja», suspiró ella, apretándolo contra sí. «Ociosa y sin oír, pero murmurando a veces, un poco insegura.» Luego se rió y le besó la frente. «¿Te has mojado los zapatos con la lluvia?»

«No, corrí al *heder* poco antes.»

«Ese jersey es demasiado delgado.»

Él había estado agarrando el centavo con una mano para evitar que tintinease contra el otro. Y entonces lo levantó. «Mira lo que tengo.»

«¡Cielos!», se maravilló ella. «¿Como lo has conseguido?»

«Me lo ha dado el rabino.»

«¿El rabino?»

«Sí. He sido el único que se sabía el *Had Gadiá* de la última vez.»

Ella se rió, abrazándolo. «¡El sabio Salomón!»

Él respiró profundamente. Se lo había preguntado a ella antes, pero por alguna razón era un pensamiento demasiado escurridizo. Quería que se lo dijera otra vez.

«¿Quién es Dios, mamá?»

«Sigues preguntándoselo a la persona más competente», sonrió ella. «¿No os lo dice nunca el rabino?»

«A él no se le puede preguntar nada.»

«Bueno, ¿por qué estás tan interesado?»

«No sé. Quiero decir que nunca me has dicho qué aspecto tiene.»

«Porque no lo sabía.» Se rió ahogadamente al ver el disgusto de él. «Pero te diré qué...»

Sin embargo, interrumpiendo su discurso, el gruñido doloroso del despertar de su padre les llegó desde la alcoba.

«¡Genya!»

«Aquí estoy, Albert.»

«¡Hmmm!» Parecía necesitar que lo tranquilizasen, siempre parecía tranquilizado. Y se quedaba silencioso. David confió en que ella se daría prisa antes de que él entrara.

«Sí», continuó ella. «Te diré lo que una vieja piadosa de Veljish me dijo cuando yo era niña. Y es todo lo que sé. Me dijo que era más claro que el día es más claro que la noche. ¿Entiendes? Pero siempre solía añadir: si la medianoche más oscura fuera suficientemente clara para ver si un pelo negro es lacio o rizado. Más claro que el día.»

Más claro que el día. Aquello parecía algo definido, parecía corresponder a su propia convicción, aquello lo podía entender. Le recordaba los escalones del *Had Gadiá* «¿Y vive en el cielo?»

«Y en la tierra y en el agua y en el mundo.»

«¿Pero qué hace?»

«Nos tiene de su mano, dicen... a nosotros y al mundo.»

Su padre había entrado, tosiendo secamente, aclarándose la garganta obstruida por el sueño. Se quedó oscuramente en la puerta. Había tiempo para una pregunta más y eso sería todo.

«¿Podría romperlo? ¿Rompernos a nosotros? ¿Las calles? ¿Todo?»

«Claro que sí. Él tiene todo el poder. Puede romper y reconstruir, pero nos sostiene.»

Su padre hizo un ruido de impaciencia con los labios. «¿Por qué estás sentada en la oscuridad?»

«Mi colada», se rió ella disculpándose. «Las cortinillas para la *Pesah.* Ha oscurecido cuando estaba a punto de colgarlas. Y he pensado, bueno, es viernes, sería mejor que los vecinos no me vean o cotorrearán. ¿Sabes que tu hijo se ha ganado un centavo en el *heder*?»

«¿Por qué motivo? ¿Por hacer preguntas tan inteligentes? Hace y rompe. Un bobo en un montón de arena.» Bostezó. Sus brazos estirados apretaron los dos lados del marco de la puerta hasta que crujieron. «Necesitamos un poco de luz.»

VII

Era lunes por la mañana, la mañana de la primera noche de la *Pesah.* Hoy era una suerte ser judío. No había colegio. David acababa de bajar las escaleras llevando la cuchara de madera en la que, la noche anterior, su padre había recogido las últimas migas del pan con levadura, recogido con una pluma y atado con un trapo... *hamétz*... pan con levadura que había que quemar en el fuego. Y ahora, en el escalón superior del porche, David se detuvo un momento para mirar al portero húngaro que limpiaba una de las barandillas de latón que había ante la casa. Tenía olor a putrefacción, aquel latón, como de algo que se pudriera, y sin embargo donde el sol daba en el metal bruñido, se astillaba en una brillante luz amarilla. Descomposición. Resplandor. Divertido.

«¡No tocar!», le advirtió el portero, frunciendo el ceño mientras frotaba la barandilla. «No te quédes'ahi.» Luego sus ojos se fijaron en la cuchara y las plumas que David llevaba en la mano. *«¿Matziss, eh?* [1] . Una sonrisa emergió a través de las profundidades de su ceño, flotó en el aire y volvió a sumergirse. «No quemar 'lante'sta casa.»

David bajó las escaleras y se dirigió hacia la mitad de la manzana. Alguien había encendido allí una pequeña hoguera. Una vez arrojada la cuchara a las llamas, habría cumplido su deber y podría hacer lo que quisiera hasta la hora del *heder*... que hoy sería un poco antes. Y luego, con dos centavos a su disposición arriba —se había reservado el gastarlos hasta después del almuerzo, en que probablemente recibiría otro centavo de su madre—, esperaba una tarde excitante.

Tres muchachos, todos mayores que él, guardaban el fuego y, cuando se acercó: «¿Ke kiereh?», le preguntó uno de ellos.

«Tirar mi *hamétz* ahí.»

«¿Y tu zentavo?»

«¿Ké zentavo?»

«Kemamoh *hamétz* bor un zentavo. Loh treh somoh sozioh, ¿verdad, Chink?»

«Sí, éht'eh nuehtro fuego.»

«¿No me vais'a dehar kemar el mío? Sólo teng'este bekenyo.»

«¡No!»

«Hazte tu fuego.»

«Vete si no tienes un zentavo, no keremoh tu bioho-so *hamétz...»*

Un súbito sonido rasposo seguido de una maraña de palabras extranjeras hicieron que todos se dieran la vuelta.

«¡Mannagia chi ti battiavo!» [2]

La semicargada pala ancha y de bordes relucientes de un

barrendero vestido de blanco avanzaba hacia ellos como un arado.

A su vez, los señores del fuego se convirtieron súbitamente en suplicantes. «¡Eh, senyor! ¡No lo kite! Es bekao. ¡Kuidao! ¡Eh *hamétz!* Y además ehtá'n Palkantariya. ¿Ké bretende?» Bailaban a su alrededor. «¡Ehtá'n la alkantariya! ¡No ablanda la caye si lo kemamos en l'alkantariya!»

«¡Os voy a dar una patá'n el culo! ¡Quítad'ahí!» La implacable pala se abrió paso entre los carbones, dispersándolos a su paso.

«¡Jobuta biohoso!», gritaron los guardianes. «¡Deha'n baz nuehtro *hamétz!* Bodemoh kemarl'akí... ¡loh bolih noh dehan!»

«¡Ehberá' ke yam'a mi badre!», amenazó el que antes había rechazado a David. «¡Él t'ará barar! ¡Eh, Babá! ¡Babá! *¡Tateh!*[3] ¡Sal!»

Un hombre de barba corta y mandil manchado de sangre se asomó por la carnicería.

«¡Babá! Mira. ¡Se'htá yevando nuehtro *hamétz* kon tod'esa mierda!»

Con un grito de indignación, el carnicero salió deprisa, seguido unos segundos más tarde por su mujer, que llevaba un delantal como él.

«¿Por ké te yefas'esto, ja?» El carnicero señaló con mano colérica las ascuas sofocadas que aún ardían, mezcladas ahora con basura y estiércol.

«¿Qué quiere?» El barrendero se detuvo furioso, y sus cejas negras se juntaron de pronto, tan rígidas como carboncillos bajo el casco blanco. «¡No me puede dezir lo qu'azer! ¡Yo limpio'sta caye! ¡Eyos no pueden'azer fueg'-aquí!» Sus gestos intrincados fileteaban el espacio.

«¿No? ¿No te pueto decir, ja? *¡Verstinkeneh goy!»*[4]. El carnicero se plantó delante del montículo que había sobre la pala. «¡Y ahora fete!»

«¡Híjodeputa! ¡Te voy a dar!» El barrendero se apoyó furioso en el mango de la pala. La pequeña colina de rescoldos saltó hacia adelante. El carnicero dio un pesado salto de costado para evitar verse arrasado con aquellos variados desperdicios.

«¿Fas a parrerme?», rugió. «Te romperé la kapeza.»

«Vai a fanculo te! [5]. El barrendero tiró la pala. «¡Ven aquí! ¡Judío joputa!»

Pero, antes de que ninguno de los dos pudieran lanzar un golpe, la mujer del carnicero aferró el brazo de su marido.

«¡So cabestro!», chilló en yídish. «¿Vas a meterte con un italiano? ¿No sabes que llevan cuchillos... todos ellos? ¡Deprisa!» Tiró de él hacia atrás. «¡Adentro!»

«No me importa», tronó su marido, aunque sin hacer ningún esfuerzo por librarse de ella. «¿Y yo? ¿No tengo cuchillos?»

«¿Estás loco?», gritó ella. «¡Deja que lo maten a puñaladas esos italianos asesinos, no tú!» Y, redoblando sus esfuerzos, lo arrastró dentro de la tienda.

Al quedar dueño del terreno, el barrendero, todavía rezongando y rechinando los dientes, se apoderó de la pala y, mirando torvamente a los chicos que se batían en retirada, atacó ferozmente el montón apilado ante él. David, que había estado observando desde el bordillo, decidió que sería mejor retirarse... sobre todo porque seguía teniendo la cuchara de madera en la mano.

Pero ¿qué podía hacer ahora con la cuchara? Había que quemarla o sería pecado. Y ahora no podía quemarla porque el barrendero estaba allí. Podía esperar, claro, y luego, cuando se hubiera ido el barrendero, hacer un pequeño fuego. Pero aquello tampoco resultaba del todo satisfactorio. Tendría que quedarse allí y esperar a que aquel hombre se fuera. No podría ir a ningún lado... no con una gran cuchara de madera en el bolsillo. Quizá la perdiera, y eso sería pecado. Y, de todas formas, su simple presencia le impedía pensar. Tampoco le gustaba la idea de encender un fuego él solo... tal vez el policía no lo entendiera. Y hasta era posible que volviera el barrendero.

¿Adonde ir? ¿Dónde encontraría otra hoguera? ¿Quizá en otra manzana? Pero quizá no le dejaran echar su *hamétz*. Querrían también un centavo. ¡Qué cara más dura! Quizá podría aproximarse a escondidas a un fuego, si encontraba uno, y echarlo dentro. No, lo tirarían afuera... No. Pero tenía que quemarlo o cometer un pecado. ¿Adonde ir?

Había estado andando ya a la deriva hacia la avenida D, y ahora, en la esquina, se detuvo y miró distraídamente a su alrededor. La calle Séptima... La calle Octava... El río... ¡El río! ¡Allí! No había nadie. De todas formas quería ir allí. Podría hacer una pequeña hoguera... una hoguera diminuta delante del depósito de chatarra y observarla. ¡Sí, allí! ¿Cerillas? Sí, tenía cuatro. Iría allí deprisa y la encendería, y luego se sentaría en el desembarcadero. Eso.

Alborozado al haber encontrado una solución, atravesó la avenida D y pasó por delante de las viviendas; remoloneó un poco junto a la puerta abierta del herrero. Dentro estaban de pie el caballo sombrío y dócil y el sombrío herrero. Un olor acre a cascos chamuscados flotaba en el local. Una herradura fulguró bajo el martillo —ong-yonga-ong-yong-yong-yong—, resonando sobre el yunque mientras las tenazas le daban vueltas.

—*Zwank. Zwank.* En un sótano hay...

Pasó por delante de la embotelladora de agua carbónica —traqueteo y gorgoteo— por delante del establo. Del oscuro olor a estiércol a la luz del sol, el mozo negro del establo salió con sus zapatos charolados, en los que había cortado agujeros para los callos. Se reía —dientes fuertes y cabeza atrás— y su risa, una manga dentro de otra manga más ancha de alegría, se abría como un telescopio, rica,

cálida y contagiosa. David sonrió al pasar. Gorriones negros junto a los charcos picoteaban granos de avena amarilla entre los guijarros, y entre los guijarros había milagrosas hojas de hierba. Y allí, delante mismo de donde la orilla se hundía bajo los pilones musgosos de los muelles (hincados a través de rocas ennegrecidas, más allá de barriles de petróleo, aplastados, verdes de musgo y oxidados, por delante de restos espumeantes), se acurrucó al borde del montón de chatarra, con el hedor de la sal de la marea baja en las narices.

—Aquí en los guijarros podría. No hay nadie, nadie que mire. Buscar pedacitos —ahí hay uno grande— de papel. Cogerlo antes de que se vuele. Se rompe, un pedazo grande. Rasgarlo a lo largo. Otro. Aquel chico del retrete. Pero él cometió un pecado. Rasgarlo así. Pedazos pequeños. Él me mira, me apuesto. Dios. Siempre. Palitos pequeños, pequeños. Hierba entremedio. ¿Quién pone aquí la hierba? No arderá.

Y el italiano cometió un pecado. Como dijo el chico. Pero me apuesto a que el carnicero tenía un cuchillo más grande. Cartón, sirve también. Me pregunto si Él puede ver que estoy siendo bueno. Es como una tienda de campaña. Ahora quédate encima, *hamétz.* Y ahora espera.

Sacó una de sus cerillas, la rascó contra un guijarro y, protegiendo la llama, la acercó a los pedazos de papel que estaban bajo la leña; se despertó una llama viva y dorada; la madera y el cartón prendieron y, en unos minutos, todo el montículo de yesca estaba en llamas. Contento, pero extra-ñámente nostálgico, se acurrucó junto al fuego y miró cómo las primeras perlitas de fuego subían por los deshilachados del trapo que unía pluma y cuchara. El humo azul que se fundía le atravesó las narices...

—¡Caramba, cómo apestan las plumas! ¡No, no apestan! Son sagradas y Él me mira. ¡Las plumas no apestan! ¡No!

El trapo se quemó rápidamente; las plumas y la cuchara se hundieron en las cambiantes pavesas, se separaron; las migas semicarbonizadas se esparcieron y consumieron.

—Se acabó el *hamétz*. Todo se ha quemado y puesto negro. ¿Has visto, Dios, cómo he sido bueno? Ahora sólo quedan los *matzoth* blancos. Me puedo ir. No te sientes al borde del muelle, me dice mamá. Le asusta. A mí no me asusta. Sólo una vez, por un momentito pequeñito. He sido bueno, ¿no?

A unos pasos hacia el río, los guijarros cedían ante las anchas planchas de madera del embarcadero. A un lado, una barca con la pintura llena de ampollas se pudrían ociosamente en el agua; al otro una chalana vacía tiraba de sus guindalezas amarillas, gruñendo contra el muelle. En un espigón, a dos manzanas de distancia, las mandíbulas negras de una draga de vapor, bostezando, se hundían en

la bodega de una barcaza de carbón y, chorreando, volvían oscilantes a los enormes depósitos. Cuando llegó casi al extremo del muelle, se sentó y, con los pies colgando sobre el agua, se apoyó contra el puntal cornudo y bulboso al que estaban amarradas unas embarcaciones. Aquí el viento era más fresco. Aquella tranquilidad insólita lo excitó. Por debajo de él y bajo las palmas de sus manos, las maderas secas y astilladas irradiaban calor. Y debajo de ellas, secreto, invisible y siempre débilmente siniestro, el incansable murmurar del agua entre los pilotes. Delante de él, el río y, a la derecha, los largos puentes grises que lo atravesaban...

—Como la gruesa espada en el centro de los cigarrillos Mecca.

Que cortaban los penachos de un largo barco que humeaba debajo. Gaviotas, con rostros picudos tan feos como gracioso era su vuelo daban vueltas en el ancho aire sobre sus alas de hoz. Un remolcador, al otro lado, picoteaba vivazmente a una barcaza impasible. Uncido por fin a su remolona compañera, salió al río respoplando vivamente, y cobró velocidad.

—Le pone un bigote a la grande al andar.

La rítmica espuma iluminada por el sol brotaba ante la chata proa de la barcaza, quedaba suspendida, blanca, en el aire y volvía a caer.

—Lleva ladrillos. Me apuesto que una casa entera.

Una nube cizalló la luz del sol del embarcadero; David sintió la espalda más fría; el viento se hizo más intenso... Las chimeneas de la otra orilla se oscurecieron lentamente, estriando la velada distancia con una sombra de color gris hierro.

—Sobresalen como fichas. Como fi... pi... ¡Sh! Hoy has sido bueno. Mira a otro sitio.

Su mirada se movió hacia la izquierda. A medida que la nube fue pasando, una rueda de afilar larga y delgada quemaba plata sobre el agua...

—¡Caramba, no lo había visto nunca!

Se ensanchaba convirtiéndose en una faja, en una senda, se ensanchaba.

—Como si acabara de pasar un barco.

Una llanura, perfecta, lisa como una lámina hasta sus apretados márgenes. David tenía los ojos encandilados.

Los párpados le pesaban.

—Ella dijo que en el agua. Blanco. Más claro que el día. Más blanco. Y Él lo era.

Pasaron los minutos mientras miraba. Aquel brillo era hipnótico. No podía apartar los ojos. Su espíritu cedía, se fundía en la luz. En aquel resplandor fundido, los recuerdos y los objetos se superponían. Las chimeneas se fundían en empalizadas que pasaban parpadeando en silencio. Las pálidas ruedas de afilar se agrisaron, se oscurecieron,

se contrajeron y, en la flotante oscuridad, vio unos dientes dispersos que mordisqueaban un labio; y las escalas del suelo se convirtieron en dedos apresurados que apretaban un muslo, y otra vez en chimeneas. Derechos en el aire, permanecieron en pie un momento, sólo para caer en el brillo ondulado del plateado cartón. Y oyó el frotar en la tabla de lavar y la espuma jabonosa que salpicaba, olió otra vez el jabón acre y una voz que decía palabras que se abrían como el fuelle de un acordeón de plata bruñida… Más claro que el día… Más claro… El pecado se fundía en la luz…

¡Uh chag chag, ug chag!

—Cocka cocka… Es una gallina…

Uh chag ug eh eh eh… ¡Tiu-uit!

—No… No puede ser.

Ug chag, ug chag, ug… ¡TIU UIT!

¡Qué! Se sobresaltó como si saliera de un sueño. Un temblor lo sacudió de la cabeza a los pies tan violentamente que sus oídos zumbaron y retumbaron. Abrió mucho los ojos, mirando. ¿Qué? ¡Agua! ¡Allí abajo! Se recostó contra el poste de amarre.

Delante mismo de él, con sólo un corto espacio de agua entre ellos, un remolcador negro avanzaba como una batidora. En una puerta en mitad del barco, dando la espalda al motor de brillante latón, había un hombre en camiseta, con los brazos desnudos y extendidos agarrando las dos jambas. Silbó de nuevo, estridentemente, con sus labios móviles, sonrió, escupió y «¡Despierta, chico!», su grito repentino y divertido resonó sobre el agua. «¡Antes de que te pegues una panzada!» Luego metió dentro su cabeza de un rubio oscuro, como si hablara a alguien que estuviera detrás.

Aterrorizado, rígido, David miró cómo el remolcador cruzaba chapoteando. Parecieron pasar siglos pero, a pesar de sí mismo, no podía moverse. Suspiró dos veces y con tanta intensidad como si hubiera estado llorando durante horas. Y, tan repentinamente como unos grilletes que se abrieran, el hechizo se rompió, y David miró a su alrededor, demasiado inseguro para levantarse. ¿Qué era lo que había visto? No podía decirlo ahora. Era como si lo hubiera visto en otro mundo, un mundo que, una vez abandonado, no pudiera recuperarse. Lo único que sabía era que había sido completo y deslumbrador.

1

El portero húngaro, que no es judío, quiere decir matzá, pan sin levadura, pero se equivoca, porque se trata precisamente de pan con levadura. [N. del T.]

2

«¡Maldita sea que te doy!» En italiano en el original. [N. del T.]
3
«Padre.» [N. del T.]
4
«¡Goy apestoso!» [N. del T.]
5
«¡Que te den por el culo!» En italiano en el original. [N. del T.]

VIII

Se había quedado sentado allí mucho rato. Recuperó lentamente la estabilidad. Las planchas del embarcadero se endurecieron y se afirmaron. Se levantó.

—Esas lucecitas extrañas han desaparecido todas. Como cuando haces demasiada fuerza en el retrete. Será mejor que me vaya a casa.

Se acercó al extremo del embarcadero. Unas voces, a medida que se acercaba a los guijarros, le hicieron mirar hacia la izquierda. Tres muchachos, que venían de la calle Octava, trepaban ágilmente por el caos enmarañado del abierto montón de chatarra. Al ver a David, lo llamaron a gritos, bajaron de un salto al nivel del suelo y corrieron hacia él. Todos llevaban gorras puestas de través y jerséis, rojos y verdes, manchados y rotos en el pecho y en los codos. Dos eran más altos que David, nervudos, de ojos azules y narices respingonas con pecas. El otro, de piel oscura y chiquitajo, parecía mayor que los otros y llevaba en la mano una espada hecha de una delgada tira de metal, que parecía una lámina de cinc, y un largo perno atado con alambre cerca de uno de sus extremos. Una ojeada a sus rostros endurecidos y hostiles, tiznados por la mugre y el óxido del montón de chatarra y retorcidos con maligna vigilancia le bastó. Los ojos de David buscaron rápidamente una salida. No la había… salvo volver al embarcadero. Atrapado, se quedó quieto, y su mirada asustada osciló incierta de un rostro amenazador a otro.

«¿Qu’estabas’asiendo’n el mueye?», gruñó el pequeñajo de la boca torcida. La luz del sol centelleó a lo largo de la espada de hoja de cinc mientras señalaba.

«N-nada. N’ehtab’aziendo nada. Había barcas ahí.»

«¿Cuántos anyos tienes?»

«Tengo… tengo ya ocho.»

«Bueno, ¿por qué no’stás en el colehio?» «Borke…» Pero algo lo puso en guardia. «Borke… borke mi’rmano tiene’l sarambión.»

«Eso’s una hilipoyes, Pedey.» Esto venía del de las pecas. «Está’trapao.»

«Sí. Cuéntasel’a tu tía.»

«Deberíamos yevart’n guardia», añadió el segundo pecoso.

«M’abueht’a ke’l guardia’h lo dirá», insistió David, que no hubiera podido esperar nada mejor.

«¡Na! *Nosotros* sabemos.» Pedey rechazó despectivamente la idea. «¿Dónde vives?»

«Allí.» Hasta podía ver las ventanas de su piso. «Esa kasa de la calle Novena. Mi madre va’ mirar por la ventana’nseguida.»

Pedey miró de soslayo en la dirección que David señalaba.

«Es una mansana lihudi, Pedey», insinuó el lugarteniente pecoso con siniestra impaciencia.

«Sí. Eres hudío, ¿verdá?»

«¡No, no lo soy!», protestó con calor. «¡No soy hudío!»

«¡En esa mansana sólo viven lihudis!», replicó Pedey apremiante.

«Soy'úngaro. Mi madr'y mi badre son'úngaroh. So-moh loh borteroh.»

«¿Por qué mirabas'a l'alto entonses?»

«Porke mi madr'htaba lavando los sueloh.»

«Habla'n húngaro», le desafió el primer lugarteniente. «Klaro ke sí. Abashishishabababyo tomama wawa.

Así.»

«¡Aa, no dises más que shorradas!», se burló el segundo lugarteniente furioso. «¡Vamos, Pedey, vamos a darle lo que se merese!»

«¡Sí!», insistió el otro pecoso. «Vamos. No es blanco. ¡Yi! ¡Yi! ¡Yi!» Agitó las palmas de las manos bajo la barbilla.

«¡Naa!», Pedey dio un fuerte codazo a su vecino. «Es buen chico. Dehadl'en pas.» Y a David. «¿Tienes pasta? Nos hugaremos nuestros sentavos.»

«No, no tengo nada. Todo'htá'n mi kasa.» Hubiera estado contento de tener ahora los dos centavos, con tal de que lo hubieran dejado irse.

«A ver los bolsiyos.»

«Mirad, os los ensenyaré», y se los volvió apresuradamente del revés. «Ni sikiera'n el bolsillo del reloh.»

«Vamos, Pedey», insistió el primer lugarteniente, avanzando.

«¡Dehadme ir!», gimoteó David, retrocediendo.

«¡Naa! Dehadl'en pas», ordenó Pedey. «Es buen shi-co. Vamos'a'nsenyarle mahia. ¿Qué te párese?»

«¡Sí! ¡Eso'stá bien!» Los otros dos lo apoyaron. «¡Vamos! ¿Quieres ver un poco de mahia?»

«No-no. No kiero.»

«¡No quieres!» La voz de Pedey subió ferozmente de volumen. Los otros tascaban el freno.

«¿K-Ké klase de mahia?»

«Vamos, t'enseñaremos, ¿verdá, Comadreha? Por aquí.» Su espada apuntó a través del montón de chatarra hacia la calle Décima. «Donde'stán las vías del tranvía.»

«¿Bero ké vais'azer?», se resistió él.

«Vamos, t'enseñaremos.» Lo rodearon, cortándole la retirada. «Ah, aquí'stá mi'spada... Cóhela, antes de que...» Se la puso a David en las manos. Él la cogió. Anduvieron.

Al pie del montón de chatarra, el lugarteniente llamado Comadreja se detuvo. «Esper'un minuto», anunció, «tengo que mear».

«Yo también», dijeron los otros deteniéndose igualmente. Se desabrocharon. David se apartó.

«Servesa rubia», cantó Pedey golpeándose la frente, la boca, el pecho y el ombligo, «que cae como yuvia...»

«Ya veis», señaló Comadreja triunfalmente al tímido

David. «Os dihe que no era blanco. ¿Por qué no meas?»

«No tengo ganah. He meado anteh.»

«Oh, no digas tontadas.» Levantó una pierna.

«¡Fuui!»

Con un alarido de alegría, los otros dos se abalanzaron sobre él.

«Eli, eli, cabesa de buey», golpeándole en la espalda. «Tirarse pedos va contra la ley...»

«¡Basta!» El Comadreja se los sacudió de encima rencoroso.

«T'as tirao un pedo... ¡Eh!» Pedey arremetió contra David. «¡Quédat'ahí o te yevarás una'n el morro! ¡Vamos! y no intentes escapar de nosotros.»

Con uno de ellos a cada lado y otro detrás, David trepó al montón de chatarra, abriéndose camino cautelosamente por aquella salvaje morrena de hierro. Sólo lo sostenía una esperanza: encontrar a alguien al otro lado a quien recurrir. Delante de él, el sol suave e imparcial de abril se derramaba sobre una colina de cocinas destrozadas, ruedas rajadas, tuberías de desagüe rotas, cacharros y motores marinos partidos a lo largo de bordes crueles y dentados. Ansiosamente, miró al otro lado... sólo la calle vacía, repentinamente extraña, y las relucientes vías del tranvía, que se dividían al fondo.

«¡Puah! ¡Qué peste!», escupió Pedey. «¿Quien se ha descosido?»

Viniendo de algún lado, en medio de la porquería y los escombros, un hedor de carne podrida les llenó las narices. Un gato muerto.

«¡Vamos, daos prisa!»

Cuando se acercaban a la calle, un alambre roñoso, dura raíz de un suelo brutal, hizo tropezar a David, que había acelerado el paso, y David cayó sobre la espada, doblándola.

«Se ha meao ensima», se rió groseramente el segundo lugarteniente.

Pedey sonrió. Sólo los rasgos del Comadreja permanecieron inmóviles. Parecía enorgullecerse de no reír nunca.

«¡Agárrala, hijoput'idiota», ladró, «¡l'as doblao!»

«Un momento», les advirtió Pedey cuando llegaron al borde del montón de chatarra. «Dehadm'echar una ohea-da.» Se dejó restalar y, después de lanzar una ojeada furtiva hacia la avenida D. «¡Vamos! ¡Moveos! ¡N'ay nadie!»

Lo siguieron.

«Ahora te vamos a'nseñar la mahia.»

«Espera y verás», terció el Comadreja lleno de sobrentendidos.

«¡Sí, mehor qu'en el sine!»

«¿Ké keréih k'aga?» La creciente excitación de ellos aumentaba el terror de él.

«Date prisa con esa espada y veta las vías y tírala ayí... Mira, así. En el medio.»

«No kier'ir'ahí.» Empezó a llorar.

«Vamos yorica.» El Comadreja cerró el puño.

«¡Vamos!» La cara del otro lugarteniente se contrajo. «Antes de que t'hagamos ir a patadas.»

«Vamos, y te deharemos marchar», prometió Pedey. «¡Vamos! ¡Muévete!»

«¿Sólo con ponerla'hí?»

«Sí. Como t'e'nseñao.»

«¿Y me deharéis ir?»

«Claro. Vamos. No te pasará ná. ¡Veras toas las películas del mundo! ¡Y espectáculos de revista también! ¡Vamos, antes de que venga'l tranvía.»

«Claro, y a todos los ánheles.»

«¡Vamos!» Echaron el puño atrás.

Suplicantes, los ojos de David se dirigieron rápidamente hacia el oeste. Las personas que había en la avenida D parecían estar a millas de distancia. La puerta del bar, a mitad de la manzana, estaba cerrada. Al este. ¡Nadie! ¡Ni un alma! Más allá de las rocas con alquitrán de la orilla, el viento había dispersado la llanura de plata en escamas onduladas. David estaba atrapado.

«¡Vamos!» Sus rostros eran crueles, sus cuerpos estaban tensos de expectación.

Dobló hacia las vías. Los surcos largos y oscuros que había entre cada par parecían tan inofensivos como habían parecido siempre. Había pasado por encima de ellos cientos de veces sin pensar. ¿Qué pasaba ahora que hacía que los otros lo miraran así? Que la dejara caer sólo, decían, y lo dejarían irse. Sólo dejarla caer. Se acercó más y se quedó de puntillas sobre los guijarros. La punta de la espada de hoja de cinc temblaba ante él, resonó contra la piedra mientras buscaba y luego, al encontrar por fin la ranura, entró chirriando por aquellos labios anchos y sonrientes, como una lengua en una boca de hierro. David dio un paso atrás. Desde sus dedos abiertos, la hoja se hundió en la oscuridad.

¡La fuerza!

¡Como una zarpa que desgarrase todas las fibras firmes de la tierra, la fuerza, gigantesca, desencadenada, salió con un estallido a la luz! Y la luz, liberada, aterradora, bramó saliendo de los labios de hierro. La

calle tembló y rugió y, como algo torturado, la espada de hoja de cinc saltó retorciéndose y volvió a caer, consumida por el resplandor. Cegado, aturdido por el impacto de aquel fulgor, David retrocedió tambaleándose. Un momento después, corría locamente hacia la avenida D.

IX

CUANDO miró otra vez atrás, la luz había desaparecido y el rugido se había apagado. Pedey y sus compañeros habían huido. En el cruce, varias personas se habían detenido y miraban hacia el río. Los ojos se desviaron hacia David cuando se acercó a la avenida D, pero, como nadie trató de cortarle el paso, dobló la esquina y huyó hacia la calle Novena. El furgón de leche de su padre estaba junto al bordillo. Su padre estaba en casa. Adivinaría que había pasado algo. Mejor no subir. Se escabulló pasando por delante de su casa, atravesó la calle y se puso a correr. En la entrada del *heder* se volvió, se escurrió por la acogedora puerta y salió al patio soleado y vacío. La puerta del *heder* estaba cerrada. Había llegado demasiado pronto. Temblando con todos los miembros, debilitado por el espanto, miró a su alrededor buscando un sitio para descansar. Las anchas puertas de madera que cubrían un sótano se inclinaban suavemente hacia el sol. Un candado de bronce nuevo relucía en la juntura... Demasiados alumnos del rabino habían aporreado aquellas puertas en su camino subterráneo hacia el patio del *heder*. David se arrastró hasta allí, se dejó caer en uno de los batientes de madera y cerró los ojos. En un mar rojo de párpados iluminados por el sol, su espíritu rodó y se sumergió, provocándole náuseas. Aunque las planchas estaban calientes y el sol era cálido, le castañeteaban los dientes y temblaba como si soplase un ventarrón helado. Con un gemido de angustia, se volvió hacia un lado, sintiendo apenas el candado caliente bajo su mejilla. Unos sollozos profundos y estremecedores se le quedaron en el fondo de la garganta. Unas lágrimas calientes se agolparon a través de sus párpados cerrados, y gotearon, sin ser atendidas, por sus mejillas y narices. Lloró en silencio.

Cuánto tiempo estuvo allí no lo sabía. Pero poco a poco su angustia se disipó, su sangre se desheló y sus sollozos se calmaron. Vacío y débil, abrió los ojos; las familiares casas de ásperas paredes, las vallas inclinadas, la ropa lavada multicolor, los postes de tender ropa, la luz del sol y el trozo de azul apretado y desordenado que tenía encima eran cosas buenas. Un gato amarillo y manchado se subió cautelosamente a una escalera de incendios y saltó abajo, detrás de una valla. Realidades cálidas y palpables. Viniendo desde ventanas abiertas, sonido de voces, entrechocar de pucheros, el precipitarse del agua por un sumidero, las risas cortando sonoros fragmentos de conversaciones familiares. Eran cosas buenas. Al rolar el ligero viento, los olores de cocina, fuertes y sabrosos, flotaban en el aire o iban a la deriva. En alguna parte, arriba, comenzó un persistente gol-golpear.

Carne o pescado, o quizá las hierbas amargas de la *Pesah.* Su cuerpo flojo, vacío, se llenó de certidumbres.

Golp. Golp. Aquel sonido era seguro. Sus pensamientos adoptaron el ritmo del sonido. Algo que había dentro de David cantaba. Las palabras se salían por su propia voluntad. Golp. Golp. Se lo enseñó, enseñó. En el río, se lo enseñó, enseñó. Golp. Golp. Se lo enseñó, enseñó. Si Él quiere. Se lo enseñó, enseñó.

—En la oscuridad, golp, golp. En el río, se lo enseñó, enseñó. En la oscuridad, en el río estaba allí. Salía si Él quería, estaba allí. Se quedaba si él quería, estaba allí. Salía si él quería, se quedaba si Él quería, salía si Él quería, estaba allí...

—Podía romperlo con sus manos si Él quería. Podía sostenerlo con sus manos si Él quería. Podía romperlo, sostenerlo, romperlo, sostenerlo, podía romperlo, sostenerlo, estaba allí.

—En la oscuridad, en los pasillos, estaba allí. En la oscuridad, en los sótanos, estaba allí. Cuando los sótanos están Cerrados, cuando los sótanos son carbón, cuando los sótanos son carbón, son

—¡Carbón!

—¡Carbón!

Se sentó derecho.

«¡Rabino!» Su grito de sobresalto resonó en el patio. «¡Rabino! ¡Hay carbón debajo! ¡Blanco en los sótanos!» Se puso en pie de un salto con exaltación, y miró, fuera de sí, a su alrededor. En todas las paredes multicolores que lo rodeaban estaba escrita una sola visión. «¡Hay carbón debajo! ¡Blanco!» Aturdido, se dirigió con pasos vacilantes hacia la puerta. «¡Rabino!» Golpeó en ella; la puerta aguantó. «¡Rabino!» Tenía que entrar. Dio la vuelta corriendo a la esquina del *heder.* ¡La ventana! La agarró. Suelta, sin pestillo, se abrió fácilmente, chirriando. No hubo vacilación. No podía haberla. Una enorme mano lo empujaba hacia adelante. Saltó, aterrizando con el abdomen sobre el alféizar, osciló con medio cuerpo dentro y medio fuera, y penetró estirado en el *heder,* con las manos por delante.

¡Aquel armario! ¡Donde estaban todos! Corrió hacia él. Quedaba justamente fuera de su alcance. Arrastró la silla del rabino, se subió a ella y abrió la puerta de golpe. ¡El azul! ¡El azul! Febrilmente, buscó entre ellos... Lo encontró. Se bajó de un salto, pasando ya las páginas. Era la página sesenta y ocho... veintiséis... cuarenta... setenta y dos... sesenta y nueve... ¡sesenta y ocho! ¡En la parte de arriba! ¡Con toda tu fuerza! Se retorció en el banco.

«Bishnat moth ammeleh Uziyahu vaeré eth Adonai yoshev al kisé ram venisá, veshulav meleim eth aehal. Serafim omedim mimmaal lo shesh kenafaim, sesh kenafaim leehad. Bishtaim yehasé fanav uvishtayim yehasé raglav uvishtayim yeofef» .[1]

Todos sus sentidos se disolvieron en aquel sonido. Las líneas,

desconocidas, oscuramente conjeturadas, atronaron su corazón con un significado ilimitado, surgieron rodando e inundaron las últimas orillas de su ser. Sin amarras en el espacio, vio a alguien que andaba sobre pavimentos impalpables que se alzaban con los árboles que se alzaban.

Si esos árboles eran postes de telégrafo, cada uno con su cruz y sus hojas, nadie podría decirlo, pero las formas estaban allí, con apoyos en una luz implacable. Y sus rostros brillaban porque la luz que había en su centro era una risa luminosa. Siguió leyendo.

Volvió el libro. La mesa se endureció... detrás de él, el sonido de una llave probando un agujero de cerradura rechinó a través del espacio infinito. La cerradura se abrió con un chasquido... de repente al alcance de la manq. La comprensión lo golpeó como una ráfaga helada. Con un sobresalto de consternación, se dio la vuelta en el banco, lanzándose hacia la ventana. ¡Demasiado tarde! El rabino, con abrigo largo y negro y sombrero hongo, entró en la luz de la puerta abierta. Retrocedió con un gemido de miedo, pero, al darse cuenta de quién era, sus ojos se abrieron coléricos y avanzó, con la cabeza ladeada.

«¿Cómo has entrado?», preguntó furioso. «¿Ja?» Reparó en la ventana abierta. La miró fijamente, mientras su incredulidad luchaba con su ira. «¿Has entrado arrastrándote por ahí?»

«¡El libro!», tartamudeó David. «¡El libro! Quería verlo.»

«¡Has irrumpido en mi *hederl*» El rabino no parecía haber oído ni una sílaba. «¿Has abierto la ventana? ¿Te has metido trepando? ¿Te has atrevido a hacer eso?»

«¡No! ¡No!»

«¡Calla!» No prestó atención a su protesta. «Entiendo.» Y, antes de que David pudiera moverse, la pesada mano del rabino cayó sobre su cuello y se vio arrastrado hacia el gato de nueve colas que había en el suelo. «¡Horrible bastardo!», rugió el rabino. «¡Te has metido aquí para robarme los punteros!»

«¡No! ¡No los he tocado!»

«¡Fuiste tú quien los cogió la otra vez!», lo hizo callar el rabino. «¡Taimado! ¡Tú! ¡Pensaba que eras diferente! ¡Jai! ¡Serás ladrón!» Se agachó para coger el azote.

«¡No! ¡Vine a buscar el libro! ¡El libro azul con el carbón dentro! ¡El hombre y el carbón!»

Con su presa de hierro todavía implacable, el rabino bajó el látigo de nueve colas. «¡El hombre! ¡El carbón!

¡Estás tratando de engañarme *a tní!*» Pero en su voz se había deslizado la incertidumbre. «¡Deja de chillar!» Y, arrastrando a David detrás de él, abrió de un tirón el cajón de la mesa de lectura en que guardaba los punteros. Una mirada le bastó. Salvajemente, lo volvió a

cerrar. «¿Qué hombre? ¿Y qué carbón?»

«¡Aquí en el libro! El hombre al que el ángel tocó... ¡Lo leyó Mendel! ¡Isaías!» Recordó de pronto el nombre. «¡Isaías!»

El rabino miró ferozmente el libro como si quisiera quemarlo con los ojos, y luego levantó lentamente la vista hacia el rostro de David. En el silencio, su respiración dificultosa y apoplética era tan sonora como un ronquido. «Dime, te has metido aquí sólo para leer este libro.» Sus dedos dejaron de aferrar el hombro de David.

«¡S-í! Por e-ese Isaías.»

«Pero ¿qué quieres sacar de ahí?» Sus manos abiertas sostenían apenas el peso de su pregunta. «¿Puedes leer una sola palabra del *Homash*?»

«No, pero me acordaba y... y quería leerlo.»

«¿Por qué?» Por debajo de su sombrero hongo, echado hacia atrás por unos dedos inciertos, asomó su casquete negro. «¿Estás loco o qué? ¿No podías esperar a que yo llegara? Te hubiera dejado leerlo hasta hartarte.»

«No sabía cuándo... cuándo vendría.»

«¿Pero por qué querías leerlo? ¿Y por qué con una prisa tan maldita?»

«Porque fui y vi un carbón como... como el de Isaías.»

«¿Qué clase de carbón? ¿Dónde?»

«Donde están las vías del tranvía lo vi. En la calle Décima.»

«¿Vías del tranvía? ¿Viste un carbón?» Cerró los ojos como si estuviera totalmente perplejo.

«Sí. Dio una gran luz en el medio, ¡en la grieta!»

«¡Una qué...! ¡Una...! ¿En una grieta? ¿Viste una luz en una grieta? ¡Ojalá tengas un año negro!» De pronto se detuvo. Su frente se oscureció. Su barba se levantó. Su cabeza se echó hacia atrás. «¡Chah! ¡Chah! ¡Chah! ¡Chah!» Unas tremendas salvas de risa surgieron de pronto de la caverna que había detrás de sus patillas. «¡Chah! ¡Chah! ¡Chah! ¡Oy! ¡Chah! ¡Chah! ¡Chah! Esto habrá que contarlo.» Una mano apresurada volvió a encajar en su sitio el sombrero que se resbalaba. «¡Vio una luz! ¡Oy! ¡Chah! ¡Chah! ¡En la grieta! ¡Oy! ¡Chah! ¡Chah! ¡Chah! ¡Me voy a partir como un arenque! ¡Ayer escuchó una cama en el trueno! Hoy tiene una visión en un grieta. ¡Oy! ¡Chah! ¡Chah! ¡Chah!» Parecieron pasar minutos antes de que se serenase. «¡Necio!», jadeó por fin. «¡Date con la cabeza contra la pared! La luz de Dios no está entre las vías del tranvía.»

Avergonzado, pero sin embargo con enorme alivio, David se quedó mudo, con los ojos fijos en el suelo. El rabino no sabía, como sabía él, qué era la luz, qué significaba, lo que le había hecho a él. Pero no revelaría nada más. Bastaba con que la luz lo hubiera salvado del azote.

Dando un resoplido breve y desesperado, el rabino se alejó y colgó de un clavo su sombrero hongo. Al volver, le dio un pellizco a David en la oreja. «Ven y lee, simple», ordenó con divertido desprecio. «Y, si vuelves a meterte en mi *heder* cuando yo no esté, nada podrá salvarte. Ni siquiera una luz.»

David se deslizó en el banco. El rabino sacó el estropeado libro y cogió su puntero.

«¡Empieza!», dijo. *«Ma tóvu.»*

«Ma tóvu oaléha Yaakóv mishkenotéha Yisrael» [2] . Soltaba aquellos sonidos en una corriente sin aliento y caótitica. *«Vaamí beróv hasdehá avó betéha eshtahavé el ehál kodshehá beyiratéhá»* [3] . ¡Se estaban volviendo divertidos! *«Adonai aávti meón betéha umkórn mishkán kevodéha»*[4] . Ahora le resultaba difícil mantener la cara seria. *«Shalóm 'alehém malahé asharéth malahé 'elyón, mimtnéleh tnalahé atnmelahtm akkadósh barúh hu.»* En la tripa le temblaban ondas de risa. Leyó más aprisa para escapar de ellas. *«Boa-hém leshalóm malahé ashalóm malahé 'elyón mimméleh malahé ammelahím akkadósh baruh u»*[5] . Las ondas se habían convertido en rompiente. Una enorme hilaridad golpeaba contra su garganta y sus costados. ¡Más deprisa!

«¡Noo!» El rabino lo agarró del brazo. «¿Es que te persigue el diablo o qué? Vuelas como un malhechor.»

Con enorme esfuerzo, David puso freno a su velocidad. Una risita breve y aguda se abrió camino entre sus labios.

«¡Necio! ¿De qué te ríes, ja?» Pero, por extraño que fuera, detrás de su barba negra, una débil sonrisa estiró también sus labios. «Lee», gruñó, «antes de que te dé un capón».

David bajó la cabeza, se mordió los labios hasta que creyó que sus dientes se juntarían y siguió leyendo.

Las oleadas de risa que se precipitaban en su interior eran tan irresistibles que podía notar cómo se debilitaba al reprimirlas. Un sudor frío le bañaba la frente. Sintió que pronto estallaría si no podía desahogar su creciente hilaridad. Casi enfermo por el esfuerzo para contenerse, terminó la página y levantó la vista suplicante.

«¡Sigue!» El rabino le pellizcó la oreja.

El alivio fue tal que lo calmó.

«Vuelve a jugar con esas vías.» Sacudió significativamente su mano abierta. «Y sólo te faltará morir entre todas tus desgracias. Tu madre tendría que...»

Pero David estaba ya compitiendo con la risa hacia la puerta. Atravesó el patio a toda velocidad, subió las escaleras, y había llegado apenas a la entrada cuando le dio el ataque. Allí, apoyado contra la pared, gritó hasta que sus ojos y sus calzoncillos se mojaron, gritó hasta que no pudo seguir en pie, sino que, gritando, se dejó caer al suelo y se revolcó de un lado a otro.

—¡Caramba! ¡Qué divertido! ¡Caramba! ¡Au! ¡Qué divertido! ¡Au! ¡Ooh! ¡Au! ¡Me estoy haciendo pis! ¡Qué divertido! ¡Au! ¡Divertido!

Lentamente, con jadeos, risitas, risas sofocadas y más risitas, el paroxismo cedió. Se puso derecho sobre sus rodillas dobladas, y se quedó balanceándose. Unas lágrimas repentinas, tan carentes de amargura como de motivo, tan profundas como casuales, le recorrieron las mejillas. Asustado ahora, se las limpió apresuradamente con la manga, y salió tambaleándose y sorbiendo por la nariz al pasillo, mientras las costillas le dolían a cada paso que daba.

—Caramba, ¿de qué me reía? Y ahora llorando. ¡Loco! Me he mojado todo. ¡Ooh! ¡Quítatelos! ¡Caramba, un baño también! ¡Tendré que dármelo! Ella lo verá. Meón. ¡Caramba, era muy divertido! ¡Ooh! ¡Basta ya! ¡No! ¡No! ¡Olvídate! ¡Loco! ¡No sé por qué! Vete y sécate. ¡Muévete!

Dobló hacia el oeste, vagó inseguro hacia la avenida C, poniéndose a horcajadas en el aire de vez en cuando, a mitad de un paso, para aliviar el roce de sus calzoncillos mojados contra los muslos. Mientras caminaba, miraba a su alrededor —con avidez— como si la vista de cosas familiares pudiera apagar más rápidamente los ventarrones que soplaban en su interior. Las tiendas que miraba estaban cerrando o preparándose para cerrar..., hasta las confiterías, que casi nunca cerraban. En la panadería no se veía ningún pan. En lugar de un montón de panecillos, en la base cubierta con un hule que estaba detrás del escaparate había un mandil blanco de panadero, arrugado y desechado. En la carnicería estaban rascando los tajos y colgando grandes bolsas de papel de los relucientes ganchos de metal del escaparate. Ante el puesto del verdulero, una anciana con un pañuelo azul deshacía los pisos de una pirámide de manzanas. Apoyado contra el espejo, el barbero, de blanco, se estaba afeitando. El hojalatero, de pie en la puerta, se lavaba las mugrientas manos con queroseno. Pasaban rostros apresurados, todos plegados con la misma concentración sonriente, todos afilados hacia el mismo objetivo. Y ya fuera chillado por amas de casa, ya vociferado por vendedores ambulantes, ya musitado por judíos de edad, de barba chata o partida, saliendo de las ventanas, saliendo de las puertas, de las aceras, de las alcantarillas, arriba, abajo y de través, volaba el saludo...

«A guten yuntif!»[6]

¡La liberación estaba en el aire —la *Pesah*—, la liberación de Egipto y del invierno, de la esclavitud y la muerte!

—¡Sigo mojado! ¡Caramba! Será mejor que ande otra manzana.

Atravesó la avenida C y siguió hacia el oeste. Aquí y allá algunos niños, vestidos ya con sus mejores ropas, salían de las entradas y los porches. Relucientes con sus bonitas trenzas, anchas cintas, caras

lavadas, trajes planchados del *Sabbath,* se reunían en grupitos separados de sus compañeros aún no arreglados… o se aproximaban con la desconfianza nueva de la limpieza. En la avenida B, el espacio abierto del parque se extendía ante él, y más allá, en la distancia, las torres de la ciudad introducían bordes cincelados entre la espuma y la claridad. Entró y se sentó en un banco; y, mientras miraba a los niños retozar ruidosamente sobre el terreno pardo y desolado, se aireaba mecánicamente la entrepierna con la mano en el bolsillo. Seco por fin, descansó un poco, se levantó y volvió sobre sus pasos.

Mientras estaba sentado en el parque no había sentido otra cosa que un letargo, un vacío sordo, tan hueco como pesado. Pero ahora, mientras iba hacia casa, su espíritu se liberó de nuevo, expandiéndose. Toda la risa le había dejado y, con ella, todas las lágrimas, y ahora sólo quedaba una dulzura profunda y serena, una fe sin palabras, una fijeza tierna y benigna. A cada paso que daba, su cuerpo parecía hacerse cada vez menos suyo, sus miembros muy ligeros y raros, y sus piernas vagaban por la acera con una facilidad tranquila y alada. Hasta el balanceo de sus brazos al costado enviaba remolinos ¡corosos por su pecho, como si una mano lo acariciara. El aire frío y ágil de abril fue súbitamente como vino para sus narices, provocando a su pecho para que se hinchara. La luz del sol en su rostro lavaba sus mejillas con un toque tan suave, levantaba su garganta hacia su gratificación, la levantaba y…

¡I-i-i! Tui-tui-tui. ¡Tuit! ¡Tuit! ¡Chip! ¡Chip! ¡It!

¡R-rok!

¡Caramba! Silbido. Creía que era aquel hombre. El del remolque. Con la camiseta. Silbando. Sólo los pájaros. Canario. De aquella señora. Polly también… Polly quiere una galleta…, ya está fuera. En la escalera de escape. Silbido.

De mala gana se acercó a su puerta, subió los escalones de hierro, de mala gana entró en el vestíbulo y suspiró.

—¡Caramba! Solía estar más oscuro. Divertido. ¡Caramba! ¡Mira! ¡Mira! ¡Es una luz! En la esquina, donde los cochecitos de niño… No. Pero se parece. En las escaleras también. No está realmente ahí. Dentro de mi cabeza. Mejor está dentro. La puedo llevar. ¡Divertido! De todas formas, no está tan oscuro. Ni siquiera estoy asustado. ¿Recuerdas cómo era yo? ¿Hace mucho tiempo? Asustado. Solía correr escaleras arriba bing-bang-baff. ¡Ji! ¡Ji! Divertido era yo. Ahora soy mayor. Puedo subir solo. Puedo subir despacio, despacio, tan despacio como quiera. Incluso puedo quedarme aquí y ni siquiera me importa. Incluso entre las ventanas, aunque no haya nadie en el retrete, aunque no haya nadie en la casa entera. Ni siquiera me importa. Ahora soy grande, por eso. Me pregunto si… Sí, ahora estoy seco del todo. Ahora puedo entrar. Me dará ropa interior nueva, como los otros chicos ya.

Para la *Pesah*…

—Divertido. Todavía puedo verlo. Allí. Y allá. Y en aquella esquina, donde está verdaderamente oscuro. Se me queda dentro todo el tiempo, caramba, nunca podré asustarme. Nunca. Nunca. Nunca…

—Cu-ar-to piso. ¡Todos fuera! ¡Caramba, qué feliz soy!

Suspiró.

1

«En el año de la muerte del rey Uziyahu, y vi al Señor que se sentaba encima en un trono alto y elevado, y la orla de Su vestido llenaba el palacio. Había serafines ante él, y cada uno de ellos tenía seis alas. Con dos se cubrían el rostro, con dos se cubrían las piernas y con dos volaban» (Isaías, 6, 1 y 2). [N. del T.]

2

«¡Qué bellas son tus tiendas, oh Jacob, y tus pabellones, oh Israel!» (Números, 24, 5). [N. del T.]

3

«En cuanto a mí, llegaré a Tu casa gracias a Tu gran bondad, me postraré en el palacio de Tu santidad gracias al temor que tengo de Ti» (Salmo V, 8). [N. del T.]

4

«Oh Señor, siempre he amado la morada de Tu casa y el palacio de Tu gloria» (Salmo XXVI, 8). [N. del T.]

5

«Paz a vosotros los ángeles a Su servicio, los ángeles del Excelso.» [N. del T.]

6

«¡Felices Fiestas!» [N. del T.]

Libro IV

El raíl

I

TRANQUILAMENTE, habían pasado los meses. El verano había llegado y también el grado superior y la perspectiva centelleante, incalculable y desdibujada de las vacaciones escolares... que había seguido estando desdibujada. Pero David no se sentía muy desilusionado por ello. Que alardeasen los otros chicos de largas estancias en el mar o en las montañas o en los campos. Para él, el simple paso del tiempo era una alegría. El cuerpo tenía conciencia de una indolencia lírica, de un ocio dorado dentro de sí mismo. Se sentía seguro en casa y en la calle... y ésa era toda la actividad que deseaba.

Fue un día en esa estación en que el sol refuerza un ala caída con una exhibición de planeo, un día de calor y de luz. Una luz tan masiva que los sólidos muros de ladrillo apenas podían resistirla cuando se apoyaba en ellos; una luz que parecía estremecer las ventanas con un solo rayo; que se estrellaba contra el ojo descuidado como pernos. Un día en que las nubes defendían las aceras, conteniendo el fulgor con sutiles escudos, y volviéndose inmaculadas con lo que restañaban. Un día tan claro que las calles se relajaban al verse momentáneamente en sombra, y las fachadas y muros se aflojaban como si descansaran, haciendo acopio de fuerzas contra el nuevo resplandor. Era finales de julio.

Al volver a casa de los baños públicos de la calle Sexta, David, ya acalorado y sudando, deseaba estar allí otra vez. Había hecho fresco bajo las duchas. Uno podía deslizarse sobre la barriga por el pasillo de mármol frío y resbaladizo casi una manzana... por lo menos así de largo parecía. Pero en el momento en que se salía a las calles calientes, aquel frescor se desvanecía. Sólo el pelo seguía mojado... y eso era lo peor... el hombre de la puerta pasaba siempre los dedos por el pelo de la gente y echaba de la cola a los repetidores.

Caminó cansadamente, respirando por la boca de cuando en cuando porque el aire se había vuelto tan caliente que parecía abrasar las narices. Aunque todavía no había atravesado la avenida C, la calle estaba tan desierta y el sol brillaba tanto que podía ver el destello de los pasamanos de latón de delante de su casa. Miró el reloj del *drugstore* de la esquina... marcaba las nueve y cuarto. ¿Y cuarto? ¿Dónde estaba el furgón de leche de su padre? ¡Bien! Se había ido. A pesar de su sensación de mayor seguridad en aquellos días, seguía apareciendo el mismo sentimiento de alivio. ¡Bien! No tendría que pensar en él ahora. Ahora podía ir arriba y tomarse el segundo desayuno... el primero, antes de ir a los baños, había consistido en un

vaso de leche. Después de eso, el día era suyo. Aceleró el paso…

¿Qué estaban haciendo?

Cerca del bordillo, en diagonal al otro lado de la avenida D, había un círculo de cuatro o cinco muchachos acurrucados, y sus gritos agudos y ansiosos aguijoneaban la fatigosa quietud de la calle. A uno o dos los reconoció… vivían en algún lado de la calle Novena. Y estaba Izzy, que iba a su *heder.* ¿Qué era aquello alrededor de lo cual todos se agachaban con tanta atención? Mientras se acercaba a su casa, vio elevarse de su centro una lánguida espiral de humo y, un momento después, oyó gritos de júbilo. Se puso de puntillas para echar una ojeada por encima de sus cabezas. ¿Una caja negra? ¿Roja? No. ¿Qué era? Tenían las cabezas demasiado juntas. Aquello se merecía un minuto de atención. Atravesó la avenida y se acercó.

«¡Oh l'e dicho!», se entrechocaban sus voces agudas. «¡Mirad kómo se kema! ¡Métel'ahora! ¡Dame!»

Entre las cabezas que se movían, vio una oxidada cocina de juguete y unas pálidas llamas amarillas que salían de ella arrastrándose. El humo brotaba de todas las grietas. La puertecita de la cocina, llena también de humo, estaba abierta. Entre los pies de los chicos que atendían a la cocina había una bolsa de papel pardo, en otro tiempo grande y ahora enrollada en apretado rollo. Tenían los rostros rojos. Parloteaban, frotándose los ojos llenos de humo. Uno soplaba con asiduidad la llama.

«¿K'azéih?» David le tiró a Izzy de la camisa.

«¡Vamos a komer bien ahora mihmo!, le acometió la respuesta.

«¿Ké? ¿Ké vais a komer?»

«¡Balomitah! ¿Veh?» Señaló la bolsa arrollada. «A zinko zentavoh la bolsa. Eh maíz bara gayinah, bero el vagón reventó, y se derramó bor el mueye.»

«¡Oh!»

«Tendrás un boko si'hberah.»

«¿Sí?»

«¡Sí! ¿Veh ké kozinita tenemoh? L'enkontró Kusy en el debósito de chatarra.»

Kushy había desenrollado la bolsa y estaba echando los granos amarillos en el horno.

«¡Remuévelo», le aconsejaron. «Ehtiéndelo kon el balo. Y'hora ziérralo! ¡Mam! ¡Yom! ¡Yom! Me komería'na bolsa'ntera.»

«Necesitamos sal». Sugirió Kushy. «¡Eh, Toik, tú vives en el brimer biso! ¡Ve!»

«¡Naa! ¡Lo komeremos así!»

«¿Lo veh?», terminó Izzy. «Tendrás algo si'hberah.»

Fascinado por la perspectiva, David se metió entre los demás y se acurrucó. La cocina humeaba vigorosamente, poniéndose cada vez

más roja a medida que uno u otro la alimentaban. Todos los rostros sudaban profusamente.

«¡Ehtá kaliente!, decidieron por fin. «M'abueht'a k'ehtá'echo. ¡Vamoh, ábrelo, Kush! Koh'un balo. ¡Uy! ¡Balomitah!»

Con la punta de un palo, Kushy abrió la puerta haciendo palanca. Las cabezas se aproximaron. Dentro, sobre el fondo candente del horno, lo que había sido unos granos amarillos era ahora unas perlas carbonizadas y encogidas.

«¡Aaa, mierda!» Un gruñido de disgusto estalló en las gargantas levantadas. «¡No'htán blankah!»

«Bero kizá se buedan komer de toah formah», se consoló a sí mismo uno de los invencibles. «¿No son balomitah?»

«¡Klaro, m'abueht'a ke saben bien! Yo lah brobaré brimero. Bonm'en la mano. ¡Ooy! ¡Ehtán kalienteh!»

«¡Da-a-a-vid! ¡Da-a-avid!»

«¿Yo?» Miró a su alrededor, sobresaltado.

«¡Da-a-avid!»

¡Arriba! ¡Oh! Era su madre, asomada a una ventana.

«¿Qu-é-é?»

«¡Su-ube!»

«¡Si-i-í!»

La cabeza de ella desapareció dentro.

Era raro. Casi nunca lo llamaba desde la ventana. Por qué... ¡Caramba! Miró asombrado. Allí, junto a su casa, estaba el furgón de leche de su padre. Aquello era todavía más raro. ¿Qué estaba haciendo en casa a aquella hora? Nunca volvía a aquella hora de la mañana. Debía de pasar algo. Inquieto, cruzó la calle y miró atentamente al caballo negro que apoyaba su saco de forraje en el bordillo. Quizá fuera otro lechero. No, sin duda alguna era Billy, el animal negro y fuerte que habían dado recientemente a su padre. De mala gana entró en el vestíbulo, subió las escaleras y vaciló un momento antes de abrir la puerta... la familiar gorra azul y el látigo negro sobre la tina de lavar. Su padre, ya sentado a la mesa, lo miró al entrar y luego se volvió a su madre que estaba delante de la nevera.

«¿Te queda algo de nata agria?»

«Toda la que quieras», respondió ella, sonriendo a David cuando entró. «¿Más cebollinos?»

«Déjalo...» Y a David. «Lávate las manos y siéntate.»

Completamente desconcertado ahora, David se dirigió al fregadero. Cuando volvió a la mesa, su madre le había puesto delante su mezcla de almuerzo y desayuno... cosas que le gustaban: pescado blanco ahumado de piel dorada, pepinos y tomates, pan de centeno, leche, ciruelas purpura. La boca se le hizo agua: con las punzadas del hambre que se le despertaba, olvidó momentáneamente sus

aprensiones. Acababa de partir el pescado blanco —un pedazo del centro, que se abría como un libro dorado— cuando su padre, haciendo un gesto breve con la cabeza, dijo:

«Cuando hayas acabado, quiero que te quedes cerca del furgón, donde pueda encontrarte.»

David buscó los ojos de su madre.

«Vas a ir con padre», le explicó ella.

«¿Yo?»

«¡Sí!», interrumpió su padre. «No saltes como si hubieras visto al ángel de las tinieblas.»

«Será sólo poco tiempo», lo tranquilizó su madre. «Una hora... ¿no, Albert?»

«Tal vez más», fue su brusca respuesta.

«Tiene *heder»,* le recordó ella. «En el verano es antes.»

«Ya te he dicho que llegará a tiempo. Sabes, si sigues impidiéndole ver cómo gano el pan que se come, empezará a creer que soy un amigo de colegio de Dios.»

«No quería decir eso», respondió ella. «Yo...»

«¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Otro niño hubiera venido conmigo hace tiempo... me hubiera suplicado que lo llevara. Pero basta ya... Quédate cerca del furgón.» Sacó de la nata un rábano chorreante y se echó hacia atrás, masticando aún. Reinó el silencio unos segundos.

«¿Cuándo vuelve?», se atrevió su madre, «quiero decir el otro.»

«Tal vez mañana. No lo sé.»

«¡Pobre!»

«Esas cosas ocurren... Por suerte me llevé una barra de hielo de más. No hubiera tenido bastante con este calor... Pero más vale el verano que el invierno.»

«Por lo menos, las calles no están tan heladas.»

«Sí. Y puedes ver las escaleras a las cuatro de la mañana. Y el asa de la bandeja no está tan helada que te quema a través de los guantes como fuego.»

«Todo es duro, Albert.»

«¡Mm!», gruñó él. «No lo sabes bien. Vendo mis días por un poco de plata —un pedazo de papel— dieciséis sucios billetes a la semana... y nunca podré comprarlos ni con oro. A veces basta para que uno se enfurezca con hombres y bestias.»

«Pero otros hombres trabajan también.»

«¡No hace falta que me lo digas!»

Hubo otra vez un silencio, mientras su padre comía, mirando con pesados ojos la mesa.

«¿Y quisieras realmente volver a vivir esos días?» Ella se sentó, con las manos en el regazo.

Él resopló. «¡Vaya pregunta!»

«Yo no.»
«¿Quieres decir días como los que has tenido? ¿Como éstos?»
«De toda clase.»
«¡Hmf!», gruñó él. «¿No serás abuela suficientemente pronto sin necesidad de apresurarte?»
«No», sonrió ella, levantando sus anchos ojos pardos hacia el techo. «Me gustaría serlo mañana mismo.»
«¡Eres una necia!»
«Cuando pueda decir como dijo la mía. Se acabó. Salí al sol, respiré y, de repente, era abuela... ¡Hay que tirar los relojes!»
«¿Se volvió tan sabia como vieja?», preguntó él, con seco sarcasmo.
«No miden nada, decía ella. Sólo vale la pena calcular el balanceo de las grullas en las olas de su vuelo. El resto es parloteo sobre el *Purim* 1... y liberación de Haman, colgado hace tiempo.»
Él se rió una vez entre dientes, se burló. «¡Tú y tu abuela!»
Ella se rió con él.
Él apartó su plato, respirando pesadamente, se pasó unos dedos curtidos y poderosos por su pelo negro, que clareaba, y se apretó el surco de la nuca, donde la gorra había dejado su huella.
«¿No quieres más?», preguntó ella.
«No». Se levantó, echó la cabeza hacia atrás, se estiró. La somnolencia extendió lentamente su tela de araña por su rostro tenso e impasible. «No más tarde de las diez y media.»
«Te despertaré, Albert.»
Caminó pesadamente hacia la alcoba y cerró la puerta a sus espaldas. La cama crujió...
«¡Mamá!» Susurró David.
«¿Sí, hijo?»
«¿Qué quiere?»
«¡Oh...! Falta un lechero. Se cortó la mano con una botella... ¡Algo horrible!», se estremeció. «Y han dividido su ruta entre los demás.»
«¿Para qué me quiere a mí?»
«Va a repartir a los depósitos del gas... la ruta del otro. Y quiere que te quedes en el furgón mientras él reparte.»
«¡Aaa! No quiero ir.»
«Lo sé. Yo también estoy preocupada», confesó ella. «El otro hombre tenía siempre un perro en su furgón... tú serás el perro ahora.» Sonrió. «Sólo esta vez, ¿no? Te gustará, ir en el carro, ver calles nuevas. Hará fresco cuando el caballo corra.»
Él sacudió la cabeza resentido. Las palabras de ella habían suscitado en él un presentimiento.
«¡Vamos!», lo halagó ella, «sólo esta vez».
De mal humor, él picoteó su comida. «¿A qué distancia están los depósitos del gas?»

«No están muy lejos. En la calle Veinte… creo que fue eso lo que dijo tu padre.»

«¡Eso es *muy* lejos!»

«¡Sh!» Ella miró intranquila la puerta del dormitorio. «Termina tu almuerzo.»

«Sólo un lado del pescado blanco», dijo murrioso.

«¿Ya no te gusta?»

«No.»

«¡Por qué estás tan asustado, hijo! No me vas a dejar. Bébete el resto de la leche.»

Pero a David se le había quitado el apetito. Sólo después de mucha insistencia lo persuadió ella a que terminara su almuerzo.

«¿Puedo irme ahora?», preguntó él, levantándose.

«¿No quieres esperar aquí? Hace más fresco que en la calle.»

Él dudó un momento. «No, bajaré.»

«Muy bien», suspiró ella. «Por favor, quédate cerca del furgón.» Se inclinó, para que le besara la frente. «Vente derecho a casa después del *heder*.»

1

Fiesta judía que conmemora la evitación —gracias a Ester, mujer del rey Asuero— de una matanza general de israelitas planeada por el primer ministro Haman. [N. del T.]

II

BAJÓ las escaleras y, al llegar a la calle, miró ansiosamente hacia la avenida D. Había tenido la intención de volver al horno de palomitas de maíz al llegar abajo, para olvidarse de su inquietud y, al mismo tiempo, estar cerca del furgón, pero ahora se habían ido. El horno de las palomitas estaba junto al bordillo: un montón de hierro destrozado. Evidentemente, le habían pagado su falta de colaboración en la misma moneda. Pero ¿adonde habían ido? A comer quizá. No, todavía no era su hora de almuerzo. Sólo eran las diez.

Desconsolado, se sentó, estirándose en el escalón más alto del porche, allí donde el sombrío umbral del zaguán se unía a las ardientes escaleras. Enfrente mismo de la entrada y bajo aquel fulgor violento, el caballo, cuyos flancos negros ondulaban como el agua, golpeaba rabiosamente con cascos y cola las moscas centelleantes. Su sombrero de paja, con todos aquellos movimientos, se había torcido. Granos de avena amarillos, arrojados de su bolsa de pienso, yacían esparcidos por la calzada de un gris brillante. Enmudecida por el calor, la ciudad zumbaba remota. David deseó no tener que marcharse.

Llevaba sentado allí sólo unos minutos, buscando en su mente algún subterfugio, alguna excusa invulnerable que le impidiera acompañar a su padre, cuando llegó hasta él el ruido de unos pies que corrían. Miró la calle. Con un grito estridente de «¡Ak'ay un karro!» precediéndolos, Kushy y otro chico pasaron corriendo por delante de su entrada y se detuvieron súbitamente ante el carro de leche.

«Ak'ay una buena ruea, Maxey.» Kushy agarró los radios y se agachó para examinar el cubo. David observó que de su mano colgaba algo que parecía un pedazo de hierro plano atado a una cuerda.

«¡Sí, mucha!» Maxey, con un palito en la mano cerrada, se situó de un salto a su lado, ansioso.

Más impulsado por la curiosidad que por el sentido de la posesión, David se levantó. «Eh, ¿ké keréih? És'es el karro de mi badre.»

«¿Y bor ké gritah?», replicó Kushy belicoso, después de echar una sola ojeada por encima del hombro.

«No vamos a kitar nada.» Explicó Maxey. «Sólo grasa del ehe.» Aplicadamente, sondeó el negro interior del cubo con el palo.

«¡Hahta'l fondo!», le ordenó Kushy.

«¿Ké vais a'zer?» David bajó los escalones.

«Vamos a beskar.» Maxey sacó un grueso y negro coágulo de grasa. «En la kaye Décima. Somos sozioh. L'emoh vihto brimero.»

«¡Vamoh!» Lo interrumpió Kushy. «¡No lo deheh kaer!» Y, lanzando

por encima del hombro un «¡Ná k'azer! ¡Ná k'azer!», los dos socios corrieron hacia la avenida D, desapareciendo al doblar la esquina.

Desconcertado y deseando desesperadamente ir detrás, David los siguió con la vista. Las diez y media, había dicho su padre. Faltaba mucho aún. Podía mirarlos un rato y volver antes de que su padre bajase. Nadie lo sabría. Involuntariamente, así le pareció, gravitó hacia la esquina y la dobló. Habían dicho que estarían en la calle Décima, en la manzana siguiente. ¿Podía ir hasta allí? En el último momento decidió que sería mejor que no. Era demasiado arriesgado. Sólo iría hasta el nuevo fotógrafo de la mitad de la manzana y volvería. Miró el escaparate. Estaba lleno de retratos, grandes y pequeños, retratos de boda, con la novia y el novio rígidamente distantes a pesar de su aparente proximidad, con los rostros congelados en sonrisas inminentes; retratos de boxeadores encorvados, con faja y mallas; retratos de niños: las niñas sentadas, sosteniendo manguitos diminutos allí donde sus piernas rollizas se unían a su pequeño torso; los niños, siempre echados de bruces. Y fotos horribles, ampliadas, de viejos y viejas, coloreadas y con claridad de ácido, con la superficie aumentada de sus mejillas pardas y hundidas, arrugadas como el viento arruga la arena. Fotos. Fotos. ¿Cómo hacían las fotos grandes con las pequeñas? Y aquella barra de cristal que se extendía de un lado a otro en la parte superior del escaparate, ¿de dónde sacaba aquella extraña luz verde que cambiaba el color de las caras cuando se pasaba cerca?

Más le valía volver. Pero la calle Décima estaba sólo un poco más allá. Echaría una ojeada y volvería. ¿Hacia dónde?

Una mirada a la avenida C le bastó: tantos como se habían acurrucado antes en torno a la cocina de las palomitas se amontonaban ahora ante un edificio situado de este lado de la tienda del tornero. Inició un trote ansioso y se detuvo. La mayoría de ellos eran los mismos chicos que había visto hacía poco. Conteniendo el aliento, silenciosos, absortos, se arrodillaban a gatas sobre una reja de hierro que había sobre un sótano. Todos los rostros miraban hacia abajo y todos los ojos estaban clavados en algo que había allí. Ninguno levantó la vista cuando David se metió entre ellos reptando.

Kushy estaba pescando. David miró hacia abajo. A causa de la profundidad del sótano, sus ojos necesitaron algún tiempo para acostumbrarse a la oscuridad. Pero entrecerrándolos mucho, discernió por fin algo de plata que brillaba sobre el mugriento suelo del sótano. Poco a poco, aquel brillo se convirtió en la superficie redonda y tiznada de una moneda. Y por encima de ella, como un péndulo que se columpiase lentamente de un lado a otro, el pedazo de hierro plano que colgaba de la mano de Kushy. Al acostumbrarse sus ojos por fin a las sombras, David observó que toda la superficie de aquella plomada

estaba untada de grasa de carro.

«¡Suéltal'hora», dijo alguien sibilantemente entre los barrotes. «¡Ahora! ¡Ehtá'saktament'enzima!»

«¡Káyate!», disparó Kushy como contestación.

A medida que la plomada oscilaba, iba descendiendo y disminuyendo la amplitud de su oscilación. Por un momento planeó exactamente encima de la brillante moneda... ¡y se dejó caer sobre ella como sobre una presa!

«¡Dehbazio Kushy!», bullían sus consejos. «¡Dehba-zio! ¡Dehbazio! ¡Eso'h! ¡Se begará, sigue! ¡Ya la tieneh! ¡T'abueht'un miyón! ¡Lento! ¡Lento!»

«Ná k'azer! ¡Ná k'azer!», murmuró Maxey jubilosamente.

Con los ojos fuera de las órbitas, tenso de excitación, Kushy tiró de la cuerda con lentitud infinita. La plomada cubierta de grasa se agitó, se alzó... pero la moneda, ahora embadurnada de grasa, no se movió, sino que siguió donde estaba. Unos mordaces cloqueos de escarnio surgieron de todos los labios, salvo los de los dos socios.

«Oh bartiré la boka», gruñó Kushy, escarlata y refrenándose.

«¡Ya veréih!» Escupió Maxey, malévolo. «Ya me bediréis algo, vosotroh. ¡Oh yevaréis un besito! ¡Venga, Kush, ke lo konsigueh! ¡Venga!»

Rota ahora la tensión, farfullaron turbulentamente. «¡Lo veih! ¡Oh dihe k'el'ierro de kozina trae mala suerte! Sí, deberíaih koher otra kosa. ¡Aaa! Lo bodría koher si no chiyaraih tanto.»

«Nunca la koheráh.» Anunció Izzy con suficiencia. «M'abueht'a ke yo bodría coherla.»

«¡Loh kohoneh koheríah!»

«Y te voy a dezir kómo!», añadió él rencorosamente.

«Loh kohoneh koheríah», repitió Kushy, «¡y una'n-saladiya rusa!».

«¿Ah sí?»

«Sí, ¡y un sobabo'n loh morroh!»

Silenciada la oposición, Kushy hizo bajar otra vez el pedazo de hierro; otra vez cayó el pedazo, sólo para volver a subir sin la moneda. Kushy probó otra vez. Cada vez que la grasa tocaba la moneda, ésta se volvía un poco más oscura, un poco más parecida a lo que la rodeaba y, gradualmente, más difícil de distinguir. Pasaron los minutos. Mientras Kushy pescaba, los demás engancharon sus lenguas al carro de la imaginación.

«Si fueran zinko zentavoh», dijo una voz cavilosa entre los barrotes, «bodría kombrarme doh zentavoh de kal-komaníah y bonérmelah bor tod'el brazo. Y luego, bor treh zentavoh, m'iría al zine».

«Buedeh kombrar treh zentavoh de kalkomaníah.» Izzy revisó tajantemente aquel sueño.

«¿Bor ké?»

«Borke buedes ir al zine muchah vezeh bor sólo doh zentavoh. ¿Son dos entradah bor zinko zentavoh, ¿no'h verdad? Bara loh ninyoh. Ke bague'l otro treh zentavoh.»

«Huelekakah», se burló Kushy subiendo inútilmente la plomada por vigésima vez. Los demás rebuznaron su aprobación.

«¡Buedes entrar bor nada, so lihto!», afirmó otra voz. «¿N'ah bensad'en eso? S'aze komo si se miraran lah fotoh de fuera. Y kuando'l bortero no mira... ¡zu! Entrah... y dentro'htá tod'ohkuro.»

«¡Sí!» Se defendió Izzy. «¡Y zu! ¡Si te kohe! Menuda batad'en el kulo te da. ¿Os akordáih de kuando kohie-ron a Hoish? ¿Kómo yoraba?»

«Subongamoh ke tuviera zinko zentavoh», anunció otra voz arrebatada, «m'irí'a la tienda de Kaplan en l'ave-nida C y kombraría mil bandah de goma bar'azer una belota... una belota ke botase mucho...»

«Muchah no son buenah.» Interrumpió Izzy con autoridad. «Konozk'uno, s'iz'una belota... máh grande k'ehto.» Metió las dos manos entre los barrotes, separadas casi un pie entre sí. «Máh d'un miyón de bandas eláhtikah buso, y no botaba n'aht'ehte sótano. De modo k'izo zinko bekenyah, y lah bekenyah botaban diez bisos si leh dab'un buen golbe.»

«¿Diez bisoh?»

«¡Sí!»

«¡Una mierda!», dijeron a coro.

«¿Sí?»

Siguió un breve intervalo de silencio mientras los ojos se pegaban de nuevo a la moneda del suelo del sótano. Ahora era prácticamente imposible distinguirla, pero Kushy seguía pescando, rehusando los ofrecimientos de los que sugerían escupir a la moneda para limpiarla. Olvidado del paso del tiempo, David miraba con los demás.

«Nunka la koheráh», dijo Izzy por fin. «Y kizá ni sikiera sean zinko zentavoh», añadió irritado.

«Kizá ni sikiera te bartan la kara», respondió Kushy siniestro. Era evidente que todas aquellas frustraciones le habían agotado la paciencia.

«¡Aaa, menoh bartir la kara!», murmuró Izzy.

«¿Kiereh ke te lo demuehtre?» La plomada se movió siniestramente por el suelo del sótano.

«¡Ké tío máh fuerte!»

«¡Te voy a mohar l'oreha!»

«¿Tú solito?»

«¡Yo solito!» La plomada subió volando. Un instante después Kushy se había puesto en pie de un salto.

(Desde alguna parte, un oscuro redoble de cascos.)

«¿Kiereh ke te lo demuehtre?», dijo colérico.

«¡Sí!» Izzy se puso en pie también.

David se apartó. Aborrecía las peleas. ¿Por qué tenían que pelearse y estropearlo todo? Pero, antes de que los dos púgiles tuvieran tiempo de lanzarse uno contra otro, unos golpes imperiosos los sobresaltaron a todos. Miraron a la calzada. Con un grito, David reculó. En equilibrio sobre el escalón lateral del carro de leche, con la camiseta sin mangas deslumbrante al sol, su padre golpeaba con el mango de su látigo contra el carro... «¡Ven aquí!» Mordió las palabras en yídish.

David se precipitó hacia el bordillo. «¡No lo sabía, papá! ¡No lo sabía! Creía que... que no estabas listo.»

«¡Sube!»

Podía oír los susurros asombrados de los otros chicos en la acera. Con una prisa torpe y sin sentido, agarró lo primero que parecía ofrecerle un modo de subir: los radios de la rueda del carro. Sus pies, agarrotados por haber estado arrodillado, resbalaron hacia el cubo. La mano estremecida de su padre lo enganchó por debajo de la axila y lo subió violentamente al carro.

«¡Cabezota estúpido!», chirrió su padre, «tienes suerte de que te haya encontrado. Si no, te hubiera sacado la piel a tiras...» Chasqueó las riendas. «¡Arre, Billy!» El carro se puso en movimiento. «¡No sé por qué no te doy un golpe y te parto la cabeza!»

El gimoteante David se encogió contra las cajas de leche sueltas, que armaban ruido a sus espaldas.

«¡Si tuviera tiempo...!», se interrumpió significativamente su padre. «¡Pero vuelve a desobedecerme!» Y, con una furiosa ojeada de soslayo, se asomó por la especie de ventanilla de la parte delantera del carro y aguijoneó al caballo con el extremo del látigo. «¡Vamos, Billy!»

El caballo inició un pesado galope. En la avenida C, doblaron y se dirigieron hacia el norte. Dejando que las riendas descansaran unos segundos en la barra delantera, su padre alargó el brazo a sus espaldas, liberó una caja vacía y la puso al lado de David. «¡Siéntate! Pero agárrate a ese costado para que no te caigas, como serías *muy* capaz de hacer.»

Avanzaban rápidamente; la calle Novena quedó muy atrás... a él le pareció que para siempre. Aliviado de los ojos llameantes de su padre por las pequeñas agitaciones del tráfico, David miraba, sintiéndose desgraciado, las casas que pasaban ante la puerta del carro. Se sentía raro... casi con fiebre. Si se debía a haber estado mirando hacia abajo en el sótano demasiado tiempo o a que el miedo a su padre enturbiaba y deformaba cuanto veía, no sabía decirlo. Pero se sentía como si su mente hubiera aflojado su presa sobre la realidad. Las casas, aceras, tiros de caballos y personas de las calles no tenían ya la individualidad

y certeza que habían tenido antes. Los volúmenes lo desconcertaban ahora, lo eludían con un desplazamiento velado de sus contornos. No podía identificar por completo ni el ritmo y el sonido de los cascos; algo extraño y maligno se había fundido con todos lps sonidos y visiones familiares del mundo. La luz del sol, tan deslumbrante antes, estaba ahora misteriosamente amortiguada, como filtrada por una película invisible. Se había privado a la piedra de algo de su firmeza, al hierro de algo de su inflexible precisión. Las superficies se habían ahuecado un tanto, hundido, sus perfiles se habían borrado. Los lincamientos estables de la máscara del mundo se habían sobrepuesto, cambiado de configuración tan secreta y minuciosamente como las manecillas del reloj, tan repentinamente como un parpadeo. Era extraño. Había ocurrido antes. Un dolor vago y difuso le llenaba el pecho. Una y otra vez suspiró, con suspiros incontrolables, temblorosos, furtivos. De repente comprendió que no había sabido lo feliz que era... sólo un poco antes, inexplicablemente libre y feliz... julio, junio, mayo. Ahora aquello había acabado. Otra vez se veía acosado.

Levantó la vista de la calle a su padre. Demasiado alto para el carro, se inclinaba hacia adelante, con las riendas negras flojas en su mano curtida. Nada había cambiado en él. Mundos enteros podían alzarse y congelarse, él seguía siendo el mismo... siempre la delgada boca inescrutable, siempre el áspero orgullo de sus narices tensas, sus ojos de pesados párpados. Bajo la pendiente abrupta e inmutable de su retraimiento, había cobijo a veces, nunca asideros.

Doblaron hacia el este, dejando atrás el adoquinado. En las calles de guijarros, los cascos del caballo resonaban a veces agudos y a veces huecos. El carro daba saltos y traqueteaba. A medida que las calles se vaciaban, las casas se volvieron más pequeñas y peor construidas. No se veían ahora niños, sólo gatos que tomaban el sol delante de puertas maltrechas. Doblaron una esquina. Entre la masa amenazante de los enormes depósitos de gas, el río parecía como si la orilla del otro lado fuera sólo una cuña roma a través del cielo, tan semejante eran el azur del agua y del cielo. Aquí no había viviendas. Junto al bordillo, una zanja larga y profunda a través del pavimento había quedado descubierta. Desde el fondo de aquella trinchera, cuando se acercaron, se alzó el hedor dulzarrón y supurante de las entrañas de hierro de la ciudad. Su padre trazó un amplio círculo, pasó por delante del terraplén de suelo herrumbroso con farolas rojas y, acercándose al bordillo, frenó al caballo.

«¡Quítate!», dijo.

David se apresuró a echarse a un lado. Su padre se estiró hacia la trasera del carro, sacó dos bandejas de acero y las puso en el suelo reforzado con costillas del carro. Con tres cajas, todas ellas llenas de

leche embotellada y cubiertas de hielo, cargó ambas bandejas y, cuando cada compartimento estuvo lleno, apuntaló botellas contra botellas inclinadas, en blancas pirámides relucientes. En la última caja, sólo cuatro botellas surgían entre el hielo agrietado. Las dejó atrás y, empujando ambas bandejas hacia la puerta, salió a la luz del sol. Una detrás de otra, las bajó con impulso, gruñendo mientras lo hacía y los tendones de su garganta saltaban como cuerdas de arco.

«Esta vez no lo olvides», dijo, mirando a su alrededor. «Quédate donde te digo, ¿me oyes?» Su breve movimiento de cabeza fue muy significativo, y luego se volvió precipitándose hacia adelante y, con paso rígido y a sacudidas, se apresuró a bajar por una estrecha senda entre barracas bajas y sucias. A medida que se alejaba, unas sombras cada vez más oscuras marcaban los músculos tensos de sus largos brazos desnudos. Bajo su paso plano y carente de elasticidad, las piedras aplastadas resbalaban y crujían. El sendero doblaba, rodeando un depósito de gas. Con un último tintineo de botellas, su padre desapareció.

III

CALMA irreal... Contra el zumbido soñoliento y apagado de la ciudad sólo podía oírse el ruido del caballo que tascaba suavemente su bocado, pataleaba o hacía sonar sus arreos. Los áridos guijarros, claramente al alcance de la mano y cercados por vallas anunciadoras que se descas-carillaban, cobertizos ennegrecidos y almacenes vacíos, se reducían a escamas a media distancia, se volvían borrosos más lejos y subían deslizándose por un estrecho surco de casas hacia el polvoriento cielo azul. Rara vez, e incluso entonces demasiado lejos para que llegase sonido alguno, un caballo y su carro cruzaban la calle. Desde la cuneta que había en la calzada, la humedad fétida y persistente se mezclaba con el olor a leche rancia del carro. El tiempo pasaba lentamente.

Dos hombres aparecieron al sesgo, más allá de la esquina. Después del extraño silencio de la calle y de la extraña inquietud que sentía dentro de sí, David encontró de pronto agradable el roce de sus suelas en la acera. Uno de los hombres pareció a punto de cruzar la calle, pero su compañero le dio un breve tirón del brazo, dijo algo y ambos cambiaron de rumbo y caminaron pausadamente hacia el carro. Llevaban los abrigos echados sobre los hombros y, mientras andaban, se secaron el rostro con el forro. Una cuerda gris sostenía los pantalones de uno, y el otro llevaba imperdibles en los tirantes. Los dos vestían camisas a rayas sucias y manchadas, desgarradas bajo la tirilla y sin cuello. Sus rasgos, a medida que se hacían más claros, eran obtusos y vulgares, picados y purpúreos como huesos de melocotón. El más delgado era el más desgreñado de los dos, con el pelo, de un rubio de color saco de arpillera, enredado bajo el pardo sombrero de fieltro. El más rechoncho, bajo su gorra torcida, tenía la frente de luna, ojos alegres de cerdito y, entre sus mejillas mofletudas, un pequeño bigote como de cáñamo aceitado, socarrado por el humo junto a los gruesos labios. Había habido algo significativo en la forma en que se habían dado un codazo cambiando luego de dirección, y ahora, mientras deambulaban a pocos pies del carro, David comenzó a desear que pasaran sin detenerse.

«Ya te dihe k'era un chiko», oyó decir al rechoncho.

Y luego, en voz alta. «¡Hola, granduyón!» Delante de la puerta del carro, sonrió afable, ampliamente, con los tocones amarillos de sus dientes rodeados por un cerco en la parte superior, como granos de maíz mordidos. «¿Ké dizeh?»

«¿Haze kalor, verdá?», sonrió el que estaba a su lado. «¡Vaya!» La saliva que había en sus salientes dientes brilló y se acumuló; cuando

cayó, él se la chupó tranquilamente.

Sin responder, David los miró indeciso.

«¿El karro de tu vieho?», preguntó el primero, mientras sus dedos regordetes resbalaban desde su bigote para importunar un forúnculo que tenía en la barbilla. «¿S'a ido kon una buena karga, eh?» Sus ojos claros y amables miraron el sendero de grava. «¿Eh?»

«Sí.»

«¿Hace mucho?»

«Sí.»

«Buen chiko, ¿eh?»

El otro guiñó un ojo y enroscó la lengua para recoger la gota que se le resbalaba. «¿A lo mejor tendría ganah de ver la fábrika de gas? ¡Trabaha muy debrisa!»

«¡Oye! ¡M'abuehto la kamis'a ke sí! ¿N'as ehtado nunka'n una fábrika de gas?»

«¡No!, aprensivamente. Deseaba que se fueran.

«¿No? Oye, ¡t'ensenyaremoh toda la fábrika!» «¡No!»

«¿Dihbuehto?» Se asomó por la puerta.

«Sipi», gruñó el otro. Había cambiado de posición, de forma que daba parcialmente la cara al sendero de grava.

«¡Vamoh!», insistió amablemente el rechoncho. «Te bodemos ensenyar todoh los fuegoh... loh mayoreh fuegoh, loh mayores'ornoh de Nueva Yor. T'ensenyaremos a tu vieho.» De pronto se inclinó hacia adelante. Sus dedos extendidos y de uñas negras aferraron las nalgas de David. Él se libró retorciéndose y se apartó de un salto.

«¡No!» Un miedo súbito lo hizo agarrarse al lado opuesto del carro. «¡No! No kier'ir... a ningún lado! ¡Dehadm'en paz!»

«¿Se bone difízil, Augie?»

El otro cloqueó. «Ná k'azer, Wally. Tenemoh ke koherlo'y largarnoh d'akí.»

«Sí», dijo el otro despacio, sonriendo aún, y luego, vivamente. «Ehtá bien, chiko, no te lo'nsenyaremos ehta vez... Veo k'a tu vieho le ked'un boko de leche, ¿no? Buena y frehka, m'abuehto. Bueno, kombraremoh un bar de boteyah. Noh konoze, ¿sabeh...? ¿Dehbehado, Augie?»

«¡Adelante!»

«Sól'un bar.» Quitó el hielo y, tranquilamente, desenterró dos botellas de leche. «Noh la yevamoh todoh loh días. Dile ke lah kohió Hennesy. Hennesy Tres Ehtreyah... s'akordará.» Le pasó una botella al otro. «Le bagamoh regularmente», añadió, alejándose con desgarbo hacia la dirección de donde habían venido. «¡Adióh, granduyón! T'ensenyaremoh la fábrika de gas otro día.»

Con los labios temblando de terror y demasiado aturdido hasta para respirar, David vio cómo envolvían las botellas con sus abrigos,

aceleraban el paso al acercarse a la esquina, la doblaban y desaparecían.

Jadeó. ¡Habían robado las botellas! ¡Lo sabía! En el instante en que aquel hombre alargó la mano supo que iba a robarlas. ¿Qué diría su padre? ¡Abandonaste el carro! ¡Abandonaste el carro! Y después de haberte dicho que no lo hicieras. ¡Papá, no! ¡No lo abandoné! ¡Creí que los conocías. Dijeron que los conocías. ¡Tú abandonaste el carro! ¡Yo no! ¡Vinieron...! Su mente parecía haber estallado en miríadas de añicos de bordes cortantes como navajas, que se agitaban violentamente en su cráneo. ¡Au! ¡Cuando venga! ¡Cuando mire! Y dos que faltan. ¿Por qué no se lo impediste? ¿Por qué no les dijiste que esperasen a que yo volviera? ¿Por qué no gritaste? ¡Lo hice, papá! ¡Lo hice! ¡Quiero decir...! ¡Dijeron que...! El látigo... ahí. Lo cogerá. ¡Au!

Sus uñas frenéticas se clavaron bajo su gorra y excavaron la piel de debajo, que le pinchaba y picaba como invadida por una erupción. Un sudor frío le brotó del rostro y la garganta, y su cuerpo, que se retorcía, quedó de pronto vacío y atormentado. Sin deseo ni fuerzas para contenerlo, escuchó el enfermizo castañetear de sus dientes. Sintiendo ya los latigazos en la espalda, se encogió y se llevó las manos a la cara.

—¡Au! ¡au! ¡Papá! ¡Papá! ¡Au! ¡No! No quise hacerlo. Trataron de agarrarme. De arrastrarme fuera... (Trataba de huir de sí mismo como había hecho una vez en la oscuridad detrás de sus manos. ¿Adonde huir? ¿Adonde?) Como aquella vez, entonces. En el sótano estaba y corrí. Fingiendo estar arriba y fuera y corrí. En la calle ahora, ¿adonde...? ¡Mamá! Haz que mire. Haz que vea cómo mira. ¡Haz! ¡HAZ! Quiero su cara. ¡Mamá! ¡Mamá! Haz que mire. (Se concentró, aislando la dispersión con toda su fuerza de voluntad... fracasó. Lo intentó de nuevo, fracasó. La cara no se fundía. El rostro de su propia madre lo esquivaba.) ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Oh, mamá! ¡Mamá! ¡No puedo!... (Se meció de un lado a otro.) Fingiré ir a casa primero. Sí. Así lo conseguiré. Todas las calles. ¡Rrrp! La calle Novena. Ahora subiendo los escalones. Caliente está el barandado de latón. No tocar, dice el portero. Frío en invierno. El vestíbulo de dentro... ¡No! ¡No! ¡No ése! ¡No ése! ¡Divertido! El viejo vestíbulo de entonces, de Brownsville, se ha metido. El viejo vestíbulo del sótano. Ya la tengo, otra vez la calle Novena. Ahora reténla. No la sueltes. Cochecitos de niño bajo esta escalera. Con hedor a leche. Ahora vete. Primer piso, mira los escalones, mira los retretes. ¡Blup! Me he resbalado, me he resbalado hacia abajo. ¡Caramba! Cochecitos de niño. Ella me espera. Arriba. Cuarto piso, me espera. ¡Ahora anda! ¡Bing! Uno, dos, tres, cuatro... Aaa, mierda... ¡me he resbalado! Cochecitos de niño. El hedor a leche tira de mí, tira de mí hacia atrás. Esta vez, ¡salta! ¡Hasta arriba! ¡Un salto hasta arriba! ¡Uno, dos, ya...! ¡Equivocado! Me he

equivocado! ¡Es el vestíbulo equivocado! ¡No! ¡No! No hay puerta del sótano. No en mi casa. ¡No abierta! ¡No abierta! Como... Como acabo de oler. Calle abierta. Calle... hedor a abierto donde están cavando. ¡Aaa! (Rechinó los dientes con súbita furia.) ¡Voy a subir! ¡Voy a subir de todas formas! ¡No me detendréis! ¡NO! ¡Lo retendré! ¡Ahora! (Se pellizcó con los dedos la nariz hasta que le dolió.) ¡Ahora iré! ¡Qué...!

El crujido de pies en la grava. ¡Terror! Sus ojos se abrieron de golpe. Empequeñecido entre los enormes depósitos de gas, su padre dobló por el sendero. Con los ojos bajos como siempre, caminaba deprisa, haciendo tintinear en sus bandejas las grises botellas vacías. Más fuerte, más fuerte, más cerca, parecían resonar también en el corazón de David. A cada paso que su padre daba, el aliento de su propio cuerpo se hacía más trabajoso, más sofocante. Junto al carro se detuvo y levantó sus ojos sombríos para meter en el carro las bandejas. Las miradas de los dos se encontraron. La primera bandeja se quedó en el aire una fracción de segundo antes de descansar.

«¿Qué ha pasado?»

David se puso a llorar.

«¿Qué ha pasado?» Su voz se afiló hasta hacerse repentinamente cortante. «¡Habla!»

«Las... las botellas de ahí», tartamudeó él... «Se las han llevado.»

«¿Qué?» Se asomó dentro, echó rápidamente el hielo a un lado y levantó otra vez la vista con tormentosa sorpresa. «¿Quién se las ha llevado?»

Él se amedrentó. «D-dos hombres.»

«¿Quién? ¡Deja de babear!»

«Dos hombres. Uno grande y uno pequeño. Y... Hennesy, dijeron. Hennesy.»

«¿Hennesy?» Levantó la cabeza, mientras su ceño se ensombrecía. «¿Dónde dijeron que trabajaban?»

«¡No lo dijeron!»

«¿Estabas tú en el carro?» Sus labios se hicieron más finos, su voz cambió de tono en mitad de la frase, signos de una cólera que se acumulaba.

«¡Sí! ¡Estaba aquí! ¡Papá, estaba aquí!» Las palabras le salían a borbotones, al haber sido preparadas. «Vinieron y dijeron que los conocías, y yo creí que los conocías.

Y se llevaron...»

«¿Y tú los dejaste? ¡Maldito idiota!» Dejó de golpe la última bandeja en el carro y saltó detrás de ella. «¿Por dónde se fueron?»

«¡P-por ahí! ¡Doblaron la esquina!»

«¡Te has ganado tu sueldo otra vez!», refunfuñó. «¡Arre! ¡Arre, Billy!» Cogió el látigo de su soporte y azotó al caballo. Aguijoneado, el animal se lanzó hacia adelante. Las ruedas rozaron con el bordillo.

«¡Arre!» Otra vez el látigo. Los cascos resonaron en un galope martilleante y potente. El carro se bamboleó y se inclinó al tomar la esquina sobre unos ejes que crujían, mientras las botellas vacías golpeaban en sus cajas. «¿Dónde estarán?», murmuró él a través de sus labios contorsionados. «¡Ah, si les pongo la mano encima!»

No había signo de ellos en ninguna parte, aunque escrutaban cada edificio y cada entrada. Habían desaparecido. El caballo siguió galopando. Pero en el primer cruce, dos hombres salieron tranquilamente de una callejuela… ¡La visión fugaz de botellas de leche vacías en sus manos!

«¿Son ellos?», dijo él ansiosamente.

«¡Ellos!»

«¡Aah!» Un grito sofocado resonó jubiloso en su garganta. «¡Arre, Billy! ¡Arre!» Tiró salvajemente de la rienda izquierda. El caballo se subió a la acera. El carro se escoró, desplazando su carga con estrépito.

«¡Kristo, Augie!», aulló de pronto el rechoncho. «¡Nos sigue!»

Iniciaron una carrera torpe, y el más pequeño se quedó atrás. El carro ganó terreno. Con un ronco grito de «¡Ke se kede kon eya, Wally!», el delgado aflojó la marcha momentáneamente y echó el brazo atrás. La pesada botella describió un arco hacia ellos, suspendida en el sol, y estalló como una bomba delante del caballo. Éste se encabritó, lanzó la cabeza hacia un lado, con los ollares carmesí y los ojos girando salvajemente. Un segundo más tarde, otra botella voló por los aires, cayó corta y se destrozó contra el suelo. Otra vez se abatió el látigo como un rayo.

«¡Ahora os tengo!» Su padre rechinaba los dientes. «¡Ahora os tengo!» Y David supo que estaban perdidos.

El caballo, lanzado hacia adelante, cayó sobre ellos. En la esquina, cuando sólo unas yardas los separaban del carro, los dos hombres, como obedeciendo a un impulso común, se abrieron en direcciones opuestas. Su padre dobló, siguiendo al más rechoncho, que corría por la acera. Un momento más tarde, el caballo estaba a su lado. Un tirón a las riendas, que arrojó a David. «¡Aguanta!» Con el látigo en la mano, su padre saltó del carro en marcha a la calle. El fugitivo, atrapado ante la puerta de un establo que no se abría, giró sobre sus talones y se agachó, haciéndolefrente salvajemente acorralado.

«¿Bor ké me bersigueh?» Sus dientes amarillos estaban al descubierto y sus ojos redondos eran ahora hendiduras de miedo y de furia.

«¡Hanh!» El gruñido de su padre era casi como una carcajada, pero sus dientes, al rechinar, chirriaban como un cable fuerte al tensarse. «¡Os'abéih yevado mi leche!»

«¿Yo? ¿Qué chorradah dizeh? Nunka t'e vihto.»

«¿Y lah boteyak ke tirahteih?» Parecía estar sólo jugando con aquel hombre. David sabía que las respuestas no importaban. Se sintió desfallecer, mientras esperaba el final.

«¡Sí! ¡Yo lah tiré!» El otro fanfarroneó fuera de sí. «Y la brósima vez fíhate'n a kién konyo bersi...»

«¡Suish!» El silbido del látigo le cortó la palabra; la tira de cuero larga y dura se enroscó en su hombro, golpeando con fuerza.

«¡Auuu!», aulló él de dolor y rabia. «¡Hudío hiho-buta! ¿T'atreves a begarme?» Se lanzó contra el padre de David, agitando los brazos.

«¡Hanh!» Otra vez el demente grito de alegría. Un brazo largo y rígido salió disparado, rechazó a su adversario que pataleaba y se agitaba, como un ariete... mientras el látigo golpeaba desde el otro brazo. ¡Otra vez! ¡Otra vez se abatió! A David le ponía malo mirarlo. Gritó. De repente, con un brusco chasquido, el látigo se partió. Su padre lo arrojó a un lado. Y cuando el otro, aullando de rabia, cargó para atajarlo, levantó el puño, apretado como un martillo y, gruñendo por el esfuerzo, lo dejó caer sobre su cuello.

«¡Uh!» Un gruñido breve, casi infantil, salió de la abierta boca del hombre. Luego se arrugó, resbaló por las piernas del padre de David y cayó de costado al suelo. Una vez más se agitó, mientras la gorra resbalaba de su cabeza. Sus mechones vagos y escasos se hundieron tranquilamente hacia un costado, revelando la piel del cráneo amarilla y manchada. Se quedó inmóvil.

Por un momento más, el padre de David se alzó sobre él, y la rabia le brotó en oleadas, brillando casi al sol, como una aureola; luego, con una última mirada feroz a las calles vacías, recogió el látigo roto, anduvo majestuosamente hacia el carro, saltó adentro y, asomándose, azotó al caballo con la punta de las riendas. El animal saltó hacia adelante. Rápidamente, dejaron la calle, torcieron hacia el sur y se mezclaron con el tráfico creciente.

Los minutos pasaban en un silencio horrible. Poco a poco, la oscura cara de su padre se puso gris, mientras el feroz resplandor de sus ojos se oscurecía. En sus manos temblorosas, las riendas comenzaron a sacudirse en pequeñas ondas. Su ronco aliento se hizo más fuerte, precipitándose por su garganta, que zumbaba en breves boqueadas violentas que hacían temblar cada vez sus mandíbulas, como si estuviera sobre muelles. Fue en Brownsville la última vez en que David lo había visto con aquel aspecto. Recordó todo el antiguo horror.

«¡Tú!» Dijo por fin, y sus palabras eran tan ásperas y guturales que apenas se formaron. «¡Hijo falso! ¡Tú eres la causa!»

Su mano se movió. Como los colmillos de una serpiente, los extremos de las riendas con sus hebillas de bronce mordieron dos veces en el hombro de David. Él no parpadeó. Apenas lo sintió, tan

helado de terror estaba.

«Di algo a tu madre», continuó aquella voz estrangulada, «¡y te mato a golpes! ¿Me oyes?»

«¡Sí, papá!»

En medio de una multitud de tranvías y automóviles, se movieron lentamente hacia la calle Novena.

IV

NO se había dicho una sola palabra más. El carro retumbaba sobre las vías del tranvía con guijarros, giró y se acercó al bordillo.

«¡Baja, zopenco!» La voz de su padre se había aclarado, y era otra vez cortante; él empezaba a recuperar el color. «Y recuerda lo que te he dicho... ¡no abras la boca!»

En silencio, David bajó del carro.

«¡Y no te pierdas!», le lanzó su padre. «¡Vete derecho al *heder!*»

«Sí, papá.» Podía notar la estupidez de su propia mirada.

«¡Anh!», gruñó él disgustado. «¡Date prisa!» Luego chasqueó la lengua animando al caballo, y el carro traqueteó de nuevo hacia el norte.

Con paso aturdido y arrastrado, David cruzó la calle y se dirigió lentamente hacia el *heder.*

—¡No debo decírselo a ella! ¡No debo decírselo!

¡Au!

¡Cómo guardárselo! ¡Sólo tenía que prolongar un instante el parpadeo de sus ojos, y las horribles escenas de aquella hora fulguraban en sus párpados como en una pantalla... El horrible titilar de los impasibles depósitos de gas, los guijarros, las fosas, la distancia, las calles malévolas, el arco negro del látigo que se quedaba suspendido en el aire aunque el látigo había caído ya, el maligno rostro retorcido y la mano, la mano levantada. En los sonidos sin sentido de la calle podía oír aún el arrastrar de sus pies, el gruñido de su padre, el seco golpe de su puño, los gritos de rabia y de dolor. No podía expulsar aquellas imágenes temibles, que se aferraban a su mente como si estuvieran soldadas a ella. ¡Había ocurrido algo! ¡Había ocurrido algo malo! Hasta la calle Novena, su propia y familiar calle Novena, estaba deformada, acosada por algo que él podía sentir; aunque no percibir con ningún sentido. Los rostros que había visto tantas veces que apenas los miraba ya se habían convertido en sombras secretas, tiznados, aplastados, en espiral, con pesares grotescos y sonrisas afectadas nunca anteriormente revelados. El pasillo del *heder* cuando pasó por él, con garabatos de tiza que brillaban en las paredes, y el linóleo roto y convertido en trampas, le pareció desigual, extraño e infinito. Se encontró luchando con su antiguo miedo a los zaguanes; su paso se aceleró de pronto. Dentellado, extraño, con uñas incrustadas de luz y de sombra, el patio del *heder,* palos grises de tender oblicuos en la pesada luz, vallas que se inclinaban, muros rojos, desportillados, paredes empapadas de sol, el cielo cortado a hachazos, irreal. El propio *heder,* susurros en una

penumbra súbita, figuras anudadas, bancos agrietados, la larga mesa, el zumbido inane y perpetuo, las formas fantásticas, las perspectivas. Irreal.

Algo, algo había ocurrido. Se sentó en silencio, observó a los otros un momento y luego miró a otro lado. Sus peleas y su charla habían perdido dimensiones; no quedaba otra cosa que una idiotez gris y vacua, un mundo hechizado y vacío. Era como si oyera todos los sonidos a través de un bostezo o con agua en los oídos, como si viera todas las cosas a través de un vaso. ¿Cuándo estallaría aquel globo que rodeaba sus sentidos?

Si hubiese corrido antes a casa, si se lo hubiese dicho a su madre.

El tiempo se arrastraba. El *heder* se fue llenando. Afortunadamente para él, había llegado temprano... pronto leería, se escaparía. Remotamente, oyó que pronunciaban su nombre, como a través de un muro. Se levantó, se dirigió hacia el banco arrastrando los pies como si sólo su voluntad arrastrara todo el obstáculo de su cuerpo, y se sentó ante la mesa.

«Pareces un poco pálido», dijo el rabino inquisitivamente mientras aplastaba su libro. «¿Te sientes mal hoy? ¿Ja?»

«No.»

«Bueno, ¿por qué no has esperado tu turno en el banco?»

«No sabía.»

«¡Eso es nuevo!» Levantó sarcásticamente las cejas: «Bueno, ¡empieza! *Aazínu ashamáyim vaadabbéra.»*

«Aazínu ashamáyim vaadabbéra, vetishma' aáretz imré fi»[1] Remolineando entre los gruesos caracteres de la página, dos cuerpos se agarraban y luchaban... Tropezó.

«¿Qué te pasa? Hoy estás un tanto ciego.»

Sin responder, continuó: *«Ya'aróf kammatár l-l-likhiy tizal k-k-kattal imratí»*[2]. Las letras se amontonaban, se separaban, se desplegaban... postes de alumbrado, guijarros, senderos de grava, faroles sobre montículos de tierra. Látigos en el aire. Una y otra vez tartamudeó, se detuvo, se corrigió a sí mismo, continuó. El rabino había empezado a golpear ligeramente con su puntero mientras él proseguía.

«¿Algo has hecho hoy, eh?» Bajó su rostro inclinado y tupido hasta el nivel del rostro de David, y lo miró fijamente a los ojos con una sonrisa de sospecha... Tufo a tabaco. Sudor. Unas ventanillas de nariz enmarañadas bajo unas narices rojas y con manchitas. Las pardas encías húmedas de los dientes postizos. Repulsivo. David se echó hacia atrás.

«Algo, pero ¿algo bueno?, ¿no? ¿No?» Su voz se elevó. «¡Contesta! ¿Te has quedado mudo?»

«No», malhumorado. «No he hecho nada.»

«Entonces, ¿por qué lees como un *golem* de escayola? ¿Ja?

¡Mírame! Levanta los pestillos de esos ojos.»

Levantó los ojos hacia aquel rostro furioso, por un efímero segundo, y volvió a bajarlos.

«¡Mal rayo te parta!» Su pulgar pasó la página malévolamente. «¡Sigue leyendo!»

David esperó a que la página reposara y luego, con todas sus fuerzas, se concentró en las letras. El esfuerzo parecía vaciarlo hasta de la última onza de energía y, a pesar de sus esfuerzos, se detenía y titubeaba con frecuencia. Su cabeza se hundió cada vez más en el libro. Por último, el rabino le dio una torta.

«¡Ahora vete!» Dijo ásperamente. «¡Basta de frustraciones para un día! ¡Basta para un año! Y, cuando te marches», su pulgar y su índice se curvaron didácticamente, «vete a casa y siéntate en el retrete hasta que tengas la frente despejada».

Sin atender apenas, David salió del banco.

«¡Y escúchame bien!», le advirtió él. «Como mañana reces así, empezaré a atizarte.»

Unas voces se burlaron cuando atravesó el *heder*. «¡Chiko lihto! ¡Ké kabehtro! ¡Bien'echo, tacanyo!» «¡Zín-yete el kulo, te koheré! Su badre le dará kon el látigo. L'e vihto...»

Se volvió. La voz de Izzy se convirtió en un susurro. Se apresuró hacia la puerta. Nuevas piedras angulares de luz en el patio del *heder* seguían conformando la antigua irrealidad. En lo alto de las escaleras de madera, el largo vestíbulo estaba vacío y lleno de sombras oscuras. (... ¡A los puestos! ¡Preparados! ¡Ya...!) Lo atravesó corriendo, y llegó a la luz de la calle mientras le picaba el cuero cabelludo... (¡Un miedoso de mierda soy! Asustado ahora. Nunca lo he estado. Y él... ¡Le odio! ¡Boca apestosa! ¡Los odio a todos! ¡Mamá, ahora! ¡Mamá!...)

Ya en el refugio de los brazos de ella, se puso a correr por la acera hacia su casa. (¡Espero que él no esté en casa! ¡Espero, espero que no esté!)

Había llegado trotando hasta pocas yardas de su entrada, cuando un grito fuerte y confuso sobre su cabeza lo hizo detenerse. Levantó la vista. Con su amplio pecho desbordándose sobre el reborde de una ventana del segundo piso, una mujer gritaba excitada hacia la calle. «¡Beatrice! ¡Beatrice! ¡Date brisa!» Se asomó peligrosamente por la ventana como si estuviera tratando de mirar su propia puerta de entrada. Y entonces una chica semicrecida, con coletas y cintas flotando a la espalda, salió corriendo. David la miró maravillado.

«¿Dónde'htá, mamá?» La chica había llegado a la acera y gritaba hacia lo alto.

«¡Ayí! *¡Zeh*[3] ¡Mira!» Chilló la mujer desde arriba. «¡El siete kuarenta y seih de la kasa roha!»

«¿Dónde? No lo veo.»

«*Dort!*[4] ¡Oy! ¡Mira! ¡En el terzer biso!»

Con fijeza boquiabierta, la chica miraba la casa que había al otro lado de la calle. «¡Sí!» Chilló. «¡Lo veo! ¡Lo veo, mamá!»

«*Nu!* Kóhelo. ¡Korre! ¡Korr'arriba!»

Se había congregado una pequeña multitud, de niños y mayores. El rostro de Kusby estaba entre ellos «Eh, ¿ké basa? *Zug, vuss is?»*[5] .

«¡Ehtá'hí! ¡Ehtá'hí'n la kasa!», balbució la chica señalando.

«¿Kién?»

«¡El kanario! ¡De mi madre!» E, incitada por la voz aguda de su madre desde arriba, comenzó a correr atravesando la calle. «¡S'a'hkabado de la haula! ¡Dar'una rekombensa!»

Apenas había entrado cuando, de repente, desde un nicho de la pared de la misma casa, un pájaro amarillo claro se zambulló, aleteó inseguro y cruzó luego la calle en vuelo rasante, aterrizando en las volutas de la casa próxima a la de David. Se quedó allí un momento mientras la calle lo miraba con la boca abierta, y entonces voló hasta el tejado.

«¡Uii! ¿Lo veih?» La muchedumbre se excitó. *«Oy a fegel!*[6] ¡No buede volar bien! ¡Kohedlo! ¡Dar'una rekombensa!»

«¡Eh mi techo!» Uno de los chicos se quitó la gorra y se lanzó hacia la entrada. «¡Lo koheré kon la gorra!»

«¡A mediah!» Kushy corrió tras él. «¡Una rekombensa!»

«¡A mediah!» Un tercero los siguió.

«¡A mediah!» Un cuarto desapareció dentro.

Unos segundos más tarde, la chica de las coletas sacó la cabeza por la ventana.

«¡S'a volao!», le gritaron voces desde la multitud. «¡Al tehado del otro lao de la kaye!»

«¡S'a volao, mamá!», gritó ella.

«¡Ya'e vihto!», fue la respuesta que le llegó. «¡Ohalá se kaiga muerto!»

Madre e hija metieron la cabeza. En la acera, los cuellos se estiraron un rato buscando en el cielo. No apareció pájaro alguno.

«Nunka lo koherán. ¡Naaa!»

«A nechtige tug!»[7] >. La pequeña multitud se dispersó lentamente.

—¡Mamá!

Se despertó de su ensueño.

—¡Qué estúpido cabestro que soy! ¡Date prisa!

Subió corriendo los escalones, pero vaciló en la entrada y miró adentro. Otra vez le picaban las raíces del pelo. No podía decidirse a entrar en la oscuridad. Todos los antiguos miedos acechaban de nuevo. ¿Por qué habían vuelto? Indignado hasta las lágrimas de su propia cobardía, paseó inquieto de un lado a otro por el porche, ora tratando de oír algún ruido en el zaguán, ora mirando arriba y abajo

de la calle en busca de algún rostro familiar. Por último, oyó golpear sordamente una puerta dentro, como si viniera de algún piso superior. Entró de un salto en el zaguán y subió frenéticamente las escaleras. Entre el primero y el segundo pisos encontró la figura corpulenta de una mujer, y pasó deslizándose por delante hacia arriba… sin dejar de escuchar los pasos de la otra, que iban desapareciendo. En el cuarto piso se arrojó sin aliento contra la puerta… ¡Estaba cerrada!

«¡Mamá!», gritó.

«¿Eres tú, David?» La voz sobresaltada de ella.

¡Inmenso alivio! «Sí, mamá, ¡abre!» El pie que había echado atrás para dar una patada a la puerta, de furia y terror, volvió a posarse en el suelo.

«¡Espera!» La voz de ella tenía un sonido apresurado. «Te abriré dentro de un momento.»

¿Qué estaría haciendo? Y, como en respuesta, oyó un fuerte chapotear de agua seguido por un chubasco de gotas tintineantes. Su madre había estado bañándose en la tina de lavar. Ahora salía. Una silla crujió como si se hubiera subido encima, y luego oyó el sonido sordo de sus pies descalzos en el suelo. «Un segundo más», suplicó ella.

«¡Muy bien!», gritó él.

Silencio. Pies que se alejaban, volvían. Se abrió la puerta. Y, como si la luz que se ensanchaba con ella fuera una cuña, el globo nebuloso y atormentador que rodeaba sus sentidos se abrió y se disolvió… matices y contornos, sonidos y olores quedaron otra vez en foco.

«¡Mamá!»

«No quería hacerte esperar.» Ella seguía descalza. Su bata amarilla descolorida, oscurecida por manchas de agua, se ceñía a sus pechos y muslos. «Pero me he dado toda la prisa que he podido.» Desde su cabello castaño brillante, el agua seguía corriendo hasta la toalla que tenía sobre los hombros. La habitual palidez de su garganta y su rostro suave estaban arrebolados y perlados de agua. «¿Qué miras?» Sonrió ella, ciñéndose más la bata y cerrando la puerta a espaldas de él.

«No me ha importado esperar.» Sonrió con ella. Casi podía sentir cómo su espíritu agitado volvía a asentarse suavemente en sus surcos.

«Pues has arremetido contra la puerta con tu antigua furia», se rió ella. Y, apretándose el cabello chorreante contra el pecho, se agachó y lo besó. La humedad cálida y suavemente perfumada de jabón de su cuerpo, inefablemente dulce. «Me siento tan aliviada al verte otra vez.»

¿Dónde estaba su padre? Detrás de ella, la puerta de la alcoba estaba abierta. No había nadie en la cama. Una felicidad sin mácula.

«¡Todavía estás mojada!, se rió él de pronto. «¡Y también el suelo!»

«Sí, tengo que secarlo.» Recogió en la toalla la trenza mojada y

chorreante de sus cabellos. «La mitad de la tina está en el suelo. «He saltado fuera con tanta prisa. No sé por qué me asusto tanto por ti... sobre todo cuando creo que tú lo estás.» Mientras hablaba, se inclinó hacia un lado y metió un brazo en la tina para quitar los tapones. El agua jabonosa chupó y gorgoteó. Contra la luz de la ventana, el cuerpo de ella mostraba perfiles de sombra, y caderas y rodillas prestaban su rosa al amarillo. «¿Has visto muchas cosas con el carro?»

Él sacudió la cabeza violentamente.

«¿No?» La sonrisa de ella se desvaneció. «¿Por qué tienes esa boca tan triste?»

«¡Lo aborrezco! ¡Lo aborrezco!» Era todo lo que podía hacer para no romper a llorar.

«¿Por qué?» Lo miró con sorpresa. «¿Que ha pasado?»

«Nada.» (No debes decirlo. ¡No debes!) «No me ha gustado, eso es todo.»

«¡Alma tímida! Lo sé. Pero mañana no tendrás que ir... aunque ese hombre no haya vuelto, otro se hará cargo de esa ruta.»

«¿Nunca?»

«¿Nunca qué? ¿Ir tú?»

«Sí.»

«No, nunca.» Ella se sentó, con la toalla hecha un cómico turbante en su cabeza. «Ven aquí.»

Él sonrió desconfiado y fue hacia ella. «Pareces cómica.»

«¿Sí?», se rió entre dientes y lo sentó en sus rodillas. La agradable sensación de estar contra su pecho superaba el mayor dolor. «¿No te gustaría ser lechero?»

«No.»

«¿Ni ayudante de lechero?»

«¡No!»

«¿Qué te gustaría ser?»

«No sé.»

Ella se rió. Cómo buscaba el oído aquel sonido ondulado y sinuoso. «Esta mañana en la carnicería oí decir a una mujer que su hijo sería un gran médico. ¡Hmm! Yo pensé: ¡qué suerte tienes en la vida! Y qué edad tiene su hijo, le preguntó el carnicero. Siete, respondió ella. El carnicero casi no acertó a dar en el hueso que estaba cortando. Y tú tienes ocho y aún no me lo has dicho. Pero no tendrás que ir más con el furgón... ¿Quieres un poco de leche? ¿Esas galletas de levadura nuevas que te gustan?» Frotó su frente húmeda contra los labios de él. «¿Con pasas?»

«¡Muy bien!», cedió él. «Pero no ahora.» La proximidad de su cuerpo era demasiado rara para renunciar a ella tan pronto.

«¡Muy bien», repitió ella imitándolo, y tan cómicamente que él se rió. «Pero deja que me levante.»

«¡No!»

«Es que tengo que vestirme», rogó ella. «Esta ropa es más pegajosa que una piedra de pozo. ¿Sí?» Se levantó; de mala gana, él se bajó de sus rodillas. «Te traeré antes la leche y las galletas.»

La miró ir a la panera, abrirla, sacar varias galletas de color de miel, ponerlas en un plato y coger luego un cuartillo de leche semilleno de la nevera...

—¡Carro! ¡Ellos! ¡Au!

Un estremecimiento lo sacudió.

¡Olvídate!

Ella llenó un vaso y puso las galletas y la leche en la mesa.

«Cómetelas mientras me visto», le pidió. «Hay más de las dos cosas si quieres.» Y, desenroscando la toalla de su cabeza, entró en la alcoba.

Él se sentó, masticó lentamente aquella masa crujiente con pasas y miró con ansiedad la puerta del dormitorio, esperando que ella saliera.

«¿Qué hora es ahora, David?» Su voz se alzó por encima de un roce de vestidos.

Él miró el reloj de la repisa. «Son las dos y diez... once minutos.»

«¿Las dos y?»

«Sí.»

«Esta tarde tampoco podrá dormir.»

-¡Él!

«Ese doble reparto le impide... como si no trabajase ya suficiente. Pero debería llegar a casa pronto.»

—¡Pronto! ¡En casa!

El pedazo masticado de comida yacía inerte en su boca.

«¿Te acuerdas de cuando no sabías leer la hora?» La voz de ella continuó tras una pausa. «La sabías por las sirenas. Y en otro tiempo guardabas hojas de calendario... ¿dónde estarán ahora?»

—¡Él! ¡Verlo! ¡No! ¡No! ¡Vete abajo! ¡Deprisa, antes de que llegue!

Se tragó el bocado a medio masticar, se metió el resto de las galletas en el bolsillo y se bebió la leche con prisa sonora.

—Coge otra. Ella te lo dirá.

Se metió otra galleta en el bolsillo. «Me voy abajo, mamá.»

«¡Qué!» Había sorpresa en su voz.

«¿Puedo?»

«¿Tan pronto has terminado?» Salió del dormitorio. Su vestido, que planeaba entre los brazos redondos y estirados, «¿cómo has podido...», se asentó como una nube alrededor de su cabeza, «arreglártelas tan aprisa?», descendió por debajo de su garganta, axilas, era una combinación rectangular y festoneada. El rostro de él estaba radiante. Los ojos de ella examinaron la mesa.

«Tenía hambre.»

«Bueno», se levantó la larga masa de cabellos de la nuca. «Nunca habías comido tan deprisa. ¿Estaban buenas?»

«Sí.» Se estaba abriendo ya paso hacia la puerta. «Entras corriendo y te vas corriendo como si el cochero no esperara. Pero no te quedes mucho tiempo.» «No.»

Ella se alisó el vestido, se agachó, besó a David. «¡Qué caprichoso eres! ¿Subirás antes de cenar?»

«Sí.»

«Ten cuidado en la calle, ¿eh?»

«Sí.» Abrió la puerta y se encerró a sí mismo en la penumbra del pasillo.

—No tengo miedo. Divertido, lo he olvidado. Pero date prisa...

1

«Prestadme oídos, oh cielos, y hablaré, y escuchad, tierra, las palabras de mi boca» (Deuteronomio, 32, 1). [N. del T.]

2

«Se extiendan como lluvia mis enseñanzas, caigan como gotas de rocío mis palabras» (Deuteronomio, 32, 2). [N. del T.]

3

«¡Mira!» [N. del T.]

4

«¡Allí!» [N. del T.]

5

«Di, ¿qué pasa?» [N. del T.]

6

«¡Ay, un pájaro!» [N. del T.]

7

«¡Se ha ido!» [N. del T.]

V

OTRA vez en la calle, corrió a través de la calzada hasta el lado ahora sombreado por las casas, y empezó a caminar hacia el oeste, hacia la avenida C. Sus ojos, que miraban en todas direcciones para ver a su padre antes de que él lo viera, divisaron a Izzy que salía a toda prisa del zaguán del *heder*. David no quería hablar con él. Aquella broma sobre el látigo le escocía aún. Se aplastó contra un escaparate mientras Izzy se apresuraba hacia la avenida D, pero sus miradas se encontraron; los ojos agudos de Izzy lo reconocieron.

«¡Eh!» Su voz tenía una nota nueva, amistosa. «¿Bor ké no dizeh nada? ¿Dónd'ehtá la banda?»

«No los'e vihto.» Se desheló cautelosamente.

«Bueno, vamos a buhkarloh.» Izzy lo cogió vivamente del brazo. «Me bregunto dónde'htará Kushy.»

¿Hizihteis algo?» Se dejó llevar.

«¡Naa! ¡Es un fanfarrón! ¿Te dio tu badre kon el látigo?»

«¡No! ¡Konsiguió loh veintizinko zentavoh?»

«¡Naa! N'eran veintizinko... komo yo l'abía dicho... Ehtaba furioso tu badre... ¡Vaya ke sí!»

«No, no lo'htaba.» ¿Por qué insistía Izzy en cambiar de tema? «¿Pueh k'eran?»

«¿Ké? ¿Loh veintizinko? Hierro, kom'abía dicho yo.»

«¡Oh!»

«Y el rabino se buso furioso kontigo.»

«Sí.» Irritado.

«Mehor sería ke le dierah bunteroh», le aconsejó. «¡Me dio una torta'n la kara, el hobuta biohoso! Y le largó una a Srooly... ¡Bang! Es ehtúbido. M'abuehto un miyón de dólareh a k'ehtán en l'avenida D.»

Doblaron la esquina... Allí estaban todos, sentados en el bordillo.

«¿Lo veh? Te lo dihe.» Izzy se lanzó hacia adelante, dejando a David por completo. «¡Hola, bandiya!»

«¡Hola, Izzy», dijeron a coro.

«Dehad ke se sient'un amigo, ¿eh?»

«¡Ke se siente!», ordenaron y, empujándose mutuamente, le hicieron sitio junto a Kushy.

Abandonado, David se acercó vacilante y se quedó detrás de ellos.

«Bueno, ¿dond'abéis ehtado?», preguntó Kushy.

«Fui kon mi madre.» Izzy disfrutaba con su mirada. «Y kombramoh zabatoh... loh mehoreh del Iht Said. Ya veréih kuando loh veaih. Kon botoneh y la bunta chata... bara hugar al fútbol. Kería treh dólareh, bero mi madre me diho ke dihera: ¡Biuh! ¡Ké zabatoh máh biohosos! Y

loh konseguimoh bor doh. Y entonzeh fui al *heder.*»

«*A* mí me guhtan máh buntiagudoh», brotó la controversia en algún punto de la fila. «¡Son mehoreh bara dar batadas en el kulo!»

«¡Sí! ¡Ja! ¡Ja!», se rieron alegremente, reconociendo la sabiduría de la elección.

«Bero luego no buedeh sakar el bie», contraatacó Izzy tranquilo. «De modo ke, ¿de ké sirven?»

«Me guhtan máh loh chankloh», disintió otro... una nulidad esta vez, cerca del final de la fila. «Se korre mehor.»

«¡Chankloh! ¡Ké bibiolo!» Izzy lo hizo vacilar primero con su sarcasmo y luego lo remató con precisión: «¡Zabatoh de tenih, bobo! Loh klavoh loh trahbasan... berforan el fondo... ¿T'akuerdah, Kushy», se rió de pronto a carcajadas, «de kuando te konté ke decía *blitz*... en el *heder?* ¡Loh chankloh se bonen sobre loh zabatoh, bibiolo!»

«¿Dónd'abéis ehtado?» Izzy hizo caso omiso del insulto.

«¿Nosotroh?» Kushy hizo una pausa para darse importancia. «Hemoh viht'un kanario.» Unos cuantos elegidos se rieron disimuladamente como ante una broma velada.

«¿Ké kanario?»

«Vamoh, kuéntaselo», insistió uno.

«¡Yo también ehtaba'yí!», intervino otro.

«¡Ehberad!» Les advirtió Kushy apresuradamente.

«¡M'ermano! ¡Eh, vosotroh, chikoh, fuera d'akí. ¡Vamoh!»

«¡Naa!» Los de seis años protestaron a ambos lados.

«¡Vamoh!» Fanfarronearon los mayores. «¡Largo!»

«¡La kaye n'eh vuehtra!», testarudamente.

«¿Kiereh ke t'inche un oho?»

«Se lo dir'a mamá», amenazó uno de los pequeños.

«¡Vas a kobrar *ahora!*» Kushy se levantó a medias.

De mal humor, ellos se deslizaron a lo largo del bordillo y se quedaron a unos pies de distancia del resto.

«¿Entonzeh, ké kanario?», venia de Izzy.

Se acercaron más.

«¿Konozéis a Schlimee Salmonowitz ke vive en el siete kuarenta y zinko?»

«¿El ke tenía el grano y la venda'n la kabeza?»

«¡Sí!»

«Sí, ehtaba'n mi *heder.* ¿Y ké?»

«Bues Sadie Salmonowitz bahó korriendo y gritando: ¡el kanario de mi madre, el kanario de mi madre s'a'hka-bao! ¡Dar'una rekombensa!»

«¿Konseguihte la rekombensa?», preguntó Izzy ansiosamente. «¿Kuánto?»

«Ehber'un boko. Y entonzeh lo vemoh en el siete kuarenta y seih, al otro lado de la kaye y ¡zaz! Echa un vuelo hazia atrás y ¡zaz! hahta'l

techo...»

«¡Mi kasa!», interrumpió otra voz. «Voló...»

«Káyate!» Kushy volvió a coger el hilo de su relato. «Voló a la kasa de Schmeelkee. Y todoh kohimoh nuehtrah gorras y korrimos al vehtíbulo. ¡Se kohen kon la gorra... ¡así!» Sin aviso, arrebató a su vecino la gorra de la cabeza y la tiró dando vueltas a la calzada.

«¡Ja-a! ¡Ja-a! ¡Ji-i! Ji-i!» Haciendo ruido como bolos ante una pesada bola de alegría, todos se derrumbaron por la acera. «¡Ji-i! ¡Ji-i! ¡Ja-a! ¡Ja-a!»

«¡Ya bahta, lihto!» Sonriendo ante la inteligente jugarreta, el propietario se levantó para recuperar su gorra.

Inmediatamente, todas las nalgas se apretaron, echándolo de su asiento. Al volver, él se lanzó en medio de los apiñados usurpadores y, después de muchos arañazos, maldiciones, topetazos y empujones recuperó, si no su sitio, al menos otro igualmente deseable.

«¿Así k'ésa era la broma?», preguntó Izzy despectivamente cuando el nuevo equilibrio se restableció por fin.

«¡Naa!», se jactaron Kushy y uno o dos más. «¡Ésa n'eh la broma!»

«¿Entonzes ké?»

«Entonzes subimoh korriend'al tehado. Y Schmeelkee se kayó sobre la bierna, el muy bobo...»

«¿Kiereh ver el korte?» La media de Schmeelkee fue bajada, revelando la piel con una postilla fresca. «¡Hah-ta'l hueso!»

«¿Y entonzes ké?»

«Entonzes ehber'un minuto», dijo Kushy arrastrando las sílabas y encantado por el tono irritado de Izzy. «De modo ke subimoh... ¡en silenzio! ¡N'izimoh ningún ruido borke no keríamos ehbantar al kanario! Y yegamos al techo, y dimoh la vuelta y miramoh... ¡Debía d'aberse volado!»

«¡Bero vimos otro kanario!», estalló Schmeelkee.

«¿Ké kiereh dezir?»

«¡Sh!» Kushy miró si los pequeños de los dos lados seguían guardando la distancia. «De modo ke nos azerka-moh kon kuidad'al bozo de ventilazión... ¿sabeh dónde ehtá, entre la siete zinkuenta y uno y la siete kuarenta y nueve?»

«Sí.»

El interés aquietó su rebullir. Todos los ojos convergieron en Kushy. David se inclinó más también.

«Y echamos una oheada... ¿Y sabeh lo ke vimoh? ¡Ji! ¡Ji! ¡Vimos una senyora banyándose'n la tina de lavar! ¡Ji! ¡Ji!»

¡Tina de lavar! (David se puso rígido.) «¿Ké senyora?», preguntó Izzy.

«No sé. No budimoh verle la kara.»

«Entonzeh, ¿ké vihteih?»

«¡Todo! ¡Muchachoh! ¡Unah tetah grandeh ke le sobresalían bor delante!» Sus descriptivas manos, al moldear el aire, arrastraron con ellas otras manos, como si todas estuvieran ligadas por la misma excitación. «¡Estaba sentada'n la tina de lavar!»

—¡Ella! ¡La mía! ¡Aaa, la mía!

La oleada de vergüenza enrojeció sus mejillas y orejas como una llama ante un fuelle, y bombeó sangre como un émbolo contra el techo de su cráneo. Él se quedó allí con los pies encajados en el suelo, doblándosele las rodillas, tembloroso.

«¿Y entonzeh?», le espoleó Izzy.

«Entonzeh eya se levantó y entonzeh le vimoh todo…!»

«¡Un gran matorral baho'l vientre!» Los otros mezclaron voces y gestos. «¡Un gran kulo, vimoh! Grande… ¡Uh! ¡Ké kanario! ¡Ui! ¡Y todo el *knish!* ¡Todoh loh beloh!»

«¿Sí? ¿De verah?»

«¡Klaro ke sí!»

«¿Oh kedahteih mirando?»

«No. Noh miró de frente.»

«No l'izo, ¡ya te l'e dicho!»

«¡Sí ke l'izo!»

«¡No!»

«¡Sí! ¡Bor ké salió si no!»

«¿Y ké?»

«Korrimos ehkaleras abaho… ¡Ui! ¡Menudo kanario habíamoh vihto!»

—¡Aaa! ¡Piojoso hijo de puta! ¡Los mataré! ¡A-a patadas! ¡Los mataré! M-marchaos… ¡Ya lloraréis!

«Ké biso… Karamba, m'ubiera guhtad'ehtar. ¡Dónde! Di… Vamos ayá…»

Como granizo que cayera contra su desnudez, aquellos gritos agudos lo aturdían y desollaban. Ciego de repugnancia, se fue tambaleándose… sin ser notado.

(—¡Au! ¡Au! ¡No dejes que lo vean! ¡No dejes que lo sepan. ¡Au!) Unas lágrimas ardientes le subieron a los ojos, tanto más abrasadoras por haberlas resistido. Se contorsionó, bajó bruscamente la cabeza y empezó a correr hacia la esquina.

—¡Aaa! ¡Mamá! ¡Era la mía! ¡Hubiera debido darles patadas, darles patadas y huir. ¡Vuelve! ¡Dales patadas! ¡Dales patadas en la tripa! ¡Vamos, cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Los odio! ¡A todos! ¡A todos! ¡A cada uno de ellos! No hubiera debido acercarme. ¡No volveré nunca! ¡Ni siquiera les volveré a hablar! ¡Los odio!

Y ella… Por qué los dejó mirar. Persianas, ¿por qué no las bajó? ¡No las hay! ¡No las hay! ¡Y ella me dejó mirarla! ¡Estoy furioso con ella! ¡Au! ¡Que no vean que estoy llorando! ¡Llorón! ¡Llorón!

Atravesó la calle ciegamente, dando traspiés, y se precipitó en la entrada. Las oscuras escaleras. Finalmente, llegó a su puerta.

—Asustado. No me importa. Asustado antes. Asustado todo el tiempo.

—Tengo que dejar de llorar. Ella me preguntará por qué. ¿Qué le voy a decir? Te vieron desde el tejado. No, no, no digas nada... el tejado, ellos. Tejado... ¿Tejado? Nunca he estado... arriba... ¿Me pregunto si?...

Miró con una indecisión sin aliento desde su propia puerta a la puerta del tejado que había sobre él. El tramo de escaleras limpio e intransitado que llevaba arriba le hacía señas al mismo tiempo que le vetaba; tentadoramente, la luz descendía por el cristal de la estructura del tejado, una luz silenciosa, deshabitada; evocando en su mente y superponiendo una imagen de la nieve a la que una vez había saltado y una imagen de la luz a la que había trepado una vez. Aquí había un puerto mejor que cualquiera de los dos, una pureza más duradera. ¿Por qué no había pensado en ello antes? Sólo tenía que vencer su cobardía, y aquella soledad y aquel resplandor serían suyos. Pero deprisa, tenía que ir deprisa, antes de que nadie saliera. Subió las escaleras, que incluso bajo sus pies tenían un tacto diferente, como si la mica no gastada que había en ellas centellease a través de las suelas... y se detuvo ante la puerta. Sólo un pestillo la retenía; se podía levantar. Tiró de él con un dedo encorvado. El pestillo voló de improviso... Presa del pánico, vio cómo la pesada puerta oscilaba alejándose de su mano y rechinaba pausadamente hacia el cielo sobre unos goznes renuentes. (—¡Abajo! ¡Baja corriendo!) Echó una mirada asustada por encima de su hombro.

(—¡No! ¡Cobarde! ¡Quédate aquí! ¡Vamos! ¡Vamos, sal! ¡Hay luz! ¿De qué tienes miedo?) Levantó un pie vacilante e inseguro sobre el alto umbral. (—¡Au!) Las planchas de hierro pintado de rojo crujieron bajo sus zapatos con un estampido aterrador. (—¡Vuelve! ¡Corre! ¡No! ¡No vuelvas! ¡Vamos, haz ruido! ¿Qué importa? ¡Vamos, cobarde!) Con el aliento pegado a sus pulmones, volvió a bajar a su sitio la puerta, que se reía disimuladamente. Permaneció cerrada.

¡Caramba!

Suspiró temblorosamente, levantó la.cabeza y, girando el cuerpo sobre sus pies fijos, miró a su alrededor.

Los inmensos cielos de julio, braza sobre braza, bruñidos, resplandecientes. Demasiado puro era el cénit, demasiado puro para el ojo defectuoso y acobardado; el ojo los sembraba de oscuridad con hilachas, los sembraba de esporas y de ondas de sombra a la deriva. (—Hasta aquí arriba llega la oscuridad, pero sólo un poquito.) Y hacia el oeste, la cegadora espiral del sol, el disco y la luz deslumbrante de la trompeta, de la triple trompeta. Parpadeó, bajó la vista y miró a su

alrededor. Quietud. Olor a cenizas, el frío aliento subterráneo de las chimeneas. (—Hasta aquí arriba llegaba el sótano, pero sólo un poquito.) Y alrededor había tejados, alquitranados y rojos e iluminados por el sol y rojos tejados hasta el horizonte con cicatrices. Bandadas de palomas daban vueltas. Cuando volaban en el aire bajo, flotaban como un humo sereno que jamás se desenredase; más a mano y más arriba, relucían como agua rizándose al sol. Quietud. Luz del sol en la frente y muy lejos, recubriendo los costados de las agujas y torres de agua y sombreretes de chimenea y los acantilados dorados de las calles. Hacia el este, los puentes, frágiles en la luz polvorienta.

¡Caramba! Solo… No estoy tan asustado.

VI

CUANDO bajó del tejado un poco más tarde, descendió cautelosamente unos escalones hacia el piso de debajo del suyo. Subiría haciendo ruido antes de entrar en su casa, haciendo ruido hasta su puerta. Haría que su llegada a casa pareciera más natural. Y así lo hizo.

Su madre tenía un aspecto extraño cuando él entró... tan extraño que, por un momento, creyó que su truco había fracasado, creyó que lo había descubierto. Pero otra mirada lo tranquilizó y, sin embargo, mientras por un lado lo tranquilizaba, por otro lo inquietaba vagamente. No era conocimiento ni vigilancia ni sospecha lo que motivaba aquel resplandor de sus rasgos, sino algo distinto, algo que apenas recordaba haber visto antes... un cansancio oscuro, un profundo e incomprensible contento. ¿Qué era? ¿Qué era lo que hacía que la mano que ella se había llevado a la boca, para advertirle de que había hecho demasiado ruido, descendiera tan lentamente y con gracia tan peculiar y autoconsciente, como si todo su cuerpo disfrutase con el movimiento mismo de sus miembros y, disfrutando, se demorase. Aquello tocaba una cuerda de memoria dentro de él, la tocaba con las puntas de los dedos... ¿Algo que él había hecho, sentido? ¿Pero qué? Un vestigio de emoción dentro de su ser se desvaneció antes de que su mente pudiera asirlo. Era desconcertante. Miró a su alrededor en la cocina. La puerta de la alcoba estaba cerrada... su padre dormía. Y en la tina de lavar había un paquete voluminoso, con el cordel cortado, pero con el pesado papel de estraza cubriéndolo aún; y a su lado, entrecruzándose, un nuevo látigo de puño blanco y el puño del negro, viejo y roto. Sintió que sus piernas se ponían rígidas y se preparaban para resistir una súbita resaca de terror. Desvió la vista. Su madre había bajado el dedo de sus labios y lo saludaba. (¿Pero dónde estaban los brazos tendidos con los que siempre lo recibía?) Y entonces ella sonrió. (¿Pero era para él aquella sonrisa, o para aquella languidez interna que bañaba y armonizaba su espíritu?) Sus ojos volaron rápidamente al paquete y los látigos sobre la tina de lavar y luego volvieron a ella... interrogadores. Ella pareció evitar su pregunta y le preguntó en cambio:

«¿Por qué tienes la nariz tan quemada por el sol? ¿Dónde has estado?»

El asombro que el insólito aspecto de ella le había causado casi le hizo bajar la guardia. Estuvo a punto de decirle la verdad... Pero se contuvo a tiempo. «En la acera.» Sus ojos oscilaron entre la cintura de ella y el linóleo. «Estábamos todos sentados. Hacía calor.»

«Tu padre ha comprado un látigo nuevo», sonrió ella. «¿Es eso lo que querías preguntarme?»

«N-no.»

«¿Ah no? Creí que te morías de ganas de preguntarme si podías quedarte con el roto. Tal vez Albert te lo dé...»

Pero él movía ya la cabeza. (Era duro no ser violento, no ser vehemente siempre. A veces, los cercos de la prudencia casi saltaban.)

«¿Qué es eso?», señaló hacia el paquete. «¿Puedo mirar?»

«¡Claro que sí! Pero te advierto que», se rió, mientras se dirigía a la tina de lavar, «¡esta vez se trata realmente de una gran sorpresa!»

Había una resonancia antigua en sus palabras, pero ahora David tenía demasiada experiencia para preguntar: «¿Es para mí?» En lugar de ello, se limitó a levantar los lados del pesado papel de envolver... ¡y miró, parpadeó y volvió a mirar! A sus espaldas oyó la risa expectante de ella. Delante de él, sobre una placa de madera en forma de escudo, dos cuernos espléndidos, de un amarillo pálido hasta las puntas de ébano, se curvaban hacia afuera y hacia arriba. Tan ancho era el espacio que había entre ellos, que casi podía estirar los brazos a ambos lados sin tocarlos.

Aunque estaban allí inertes, con sus bases sólidamente sujetas a la madera oscura, latía desde ellos la sugerencia de un poder aterrador, de un poder que hasta cuando yacían inmóviles hacía que el pecho doliera como si fueran siempre inminentes, como si estuvieran todo el tiempo arremetiendo.

«¿Y eso?», la voz de ella estaba radiante de diversión. «¿Sabes qué es eso?»

Él la miró con la boca abierta. «U-una v-vaca», tartamudeó. «Las he visto en dibujos. Y... y cuando la tía Bertha me llevó al cine.»

«¡Una vaca, pero un vaco!», se rió ella. «Un toro. No sé si has visto alguno, ni siquiera de pequeño en Austria. Eran monstruosos... muros de carne y de fuerza.»

«¿Lo ha comprado él?»

«Sí, claro, cuando compró el látigo.»

«¡Oh! ¿Por eso lo compró?»

«Sí, le recordó cuando cuidaba ganado. Mira», explicó, «cuando tu abuelo... su padre era capataz en la fábrica de levadura del barón, puso a Albert a cargo del ganado. Lo alimentaban con malta... pero ya lo has oído hablar de eso.»

«¿Qué va hacer con esto?», preguntó él tras una pausa.

«Colgarlos en la pared, naturalmente. En el salón.» Sus ojos vagaron hasta el cuadro de los acianos de la pared. «No ha podido encontrar un clavo suficientemente fuerte.»

Él se quedó silencioso. Por alguna razón no podía creerse del todo que su padre hubiera comprado aquel trofeo sólo como recuerdo. De

algún modo, mirando aquellos cuernos, adivinando la enorme fuerza del animal que debía de haberlos tenido, parecía haber otra razón. Sin embargo, no podía entenderla bien. Pero ¿por qué dos cosas tan lejanas una de otra parecían haberse unido firmemente en su mente? Era como si los cuernos que había sobre la tina de lavar hubiesen tendido un puente entre ellas, como si un extremo perforase una imagen y el otro la otra... aquel hombre tendido en la acera, aquella misteriosa expresión de reposo en el rostro de su madre cuando él entró. ¿Por qué? ¿Por qué pensaba en ellas exactamente al mismo tiempo? No podía decirlo. Sólo sentía que en los cuernos, en su equilibrada potencia, había una amenaza, un desafío que él tenía que responder, que él tenía que afrontar. Pero no sabía cómo.

VII

CUANDO David pensó en el tejado a la mañana siguiente, pensó en él con una alegría tan egoísta que le impedía pensar en nada más. El tejado, aquel recinto en el cielo, aquel balcón silencioso en el pináculo del tumulto, exigía que los pensamientos que uno tuviera los tuviera allí. Los escogió, y seleccionó lo que pensaría cuando llegara... dejaría que florecieran una vez que hubiera subido las escaleras. Y un poco más tarde estaba allí. Los sonidos de la calle, las voces que subían por los pozos de ventilación, sólo hacían más real su soledad, más delicioso el despego de sus ensoñaciones.

Había encontrado un viejo cajón estropeado por la intemperie, en el lado de sombra de la caja de la escalera del tejado, y llevaba sentado en él algún tiempo observando cómo sus pensamientos se devanaban, cuando el crujido de una puerta en algún lado lo sobresaltó. Su primer pensamiento fue que Izzy o Kushy subían otra vez para ver lo que habían visto antes. Y, escuchando el sonido de los pasos sobre la chirriante lata, permaneció sentado rígidamente, rechinando furioso los dientes. ¿Qué derecho tenían a subir de nuevo, a atormentarlo cuando había encontrado un poco de paz? ¿Es que iban a echarlo de todos los sitios a donde fuera, de todo refugio? ¡No les dejaría! No les dejaría mirar otra vez por su pozo de ventilación. ¡Pelearía, arañaría, daría patadas! Escondido tras el cobertizo escuchó un momento más. Las pisadas fueron seguidas por otro sonido: un sonido hueco y arrastrado como de pies que rozaran al subir por una valla. ¿Quién era? Oyó un zumbido aleteante. Unos golpes suaves. El chasquido ligero, tenso, de una cuerda estirada. No podían ser ellos. ¿Qué era? Cautelosamente, miró por la esquina del cobertizo... En el alto cobertizo que cubría la escalera dos tejados más allá había un chico, con un hilo de cometa en la mano y un huso que traqueteaba a sus pies, y en el aire, a corta distancia de él, una cometa carmesí de cola hecha de trapos se zambullía y remontaba. El pelo rubio del chico, sólo un tono menos claro que sus cejas, le caía sobre la frente como una garra dorada. Tenía la nariz respingona, sus mejillas estaban ligeramente arreboladas y sus ojos eran azules. Con los dientes sobre el labio y la cabeza levantada hacia la luz, contemplaba la cometa con atención, a veces dándole cuerda y a veces tirones para que alcanzase nuevas alturas. La cometa se balanceaba suavemente, dando bordadas hacia el espacio superior; allí se estabilizó y se alejó con el brillo curvado de su cuerda.

Al mirar al chico, David sintió crecer entre ellos un lazo de afinidad. Los dos estaban solos en el tejado, los dos habitaban el

mismo reino. Aquello era un vínculo entre ellos. Pero David podía decir, mirándolo, que el otro había subido al tejado seguro de sí mismo... aquello era sólo otra fase de su vida. David, en cambio, había subido vacilante, tímidamente, porque no tenía otro lugar a donde ir. De pronto empezó a desear conocer a aquel extraño despreocupado y lleno de confianza. Pero nunca había visto antes su rostro... aquel pelo rubio, aquellos ojos azules, no eran de la calle Novena. ¿Por dónde empezar? Mentalmente, repasó los diversos modos de iniciar una amistad. Deseó tener algo que ofrecerle... las galletas que había tirado el día anterior o un pedazo de cordel. Anhelosamente, lo contempló.

Con una mano suspendida, como si la estabilidad de la cuerda dependiera de su propio equilibrio, el muchacho buscó a sus espaldas el suelo inclinado que tenía bajo los pies y se sentó. Se recostó satisfecho, silbando breves notas intermitentes. David no podía decidir si salir de su escondite o contentarse con mirar la cometa. Miró la cometa. Y de repente abrió mucho los ojos...

Era difícil decir de qué calle estaban más próximos, si de la Undécima o la Duodécima, pero podía verlos claramente. Eran dos, quizá tres muchachos que, agachando el cuerpo, se arrastraban sobre los tejados, asomando y escondiéndose por detrás de sombreretes y tragaluces. Unos segundos más y estuvieron bajo el arco colgante del hilo de la cometa... aunque muy por debajo de él. David miró bruscamente al dueño de la cometa. Inconsciente del peligro, estaba tendido de espaldas, silbando todavía hacia el cielo. Cuando David volvió a mirar a los que estaban distantes, ellos se habían alzado ya de sus manos y pies y retorcían vigorosamente algo en el aire.

«¡Pssst!» Salió de su escondite de un salto. «¡Pssst!» Sin atreverse a hablar, hizo movimientos frenéticos para que tirase de la cuerda de la cometa.

«¿Qué?» El otro se puso rápidamente de pie. «¿Qué pasa?» Y cuando David señaló con vehemencia en dirección de los distantes merodeadores: «¡Cristo! ¡Están disparándole con tirashinos!», gritó excitado. «¡Cristo!» Y, tan aprisa como podía mover las manos, comenzó a dar fuertes tirones de la cuerda.

Los proyectiles fueron lanzados. Ambos fallaron y cayeron, replegándose sobre las cuerdas que arrastraban. Los lanzaron de nuevo. Pero, a medida que la cometa volvía a casa navegando, se elevaba cada vez más... Lejos de su alcance. Por fin su dueño descansó, parloteando jubiloso.

«¡Cristo! ¡Míralos! ¡Ahí van! ¡Escondíos ahí detrás! ¡Los dos! Pero no l'an conseguío. ¡Irlandeses piojosos, casi le dan! ¡Uaaa!», chilló, haciendo burla de las dos figuras distantes. «¡Irlandeses idiotas! ¡Ya veréis cuand'os coha, os vais a cagar de mieo!»

Los insultos que los otros gritaron como respuesta eran demasiado

débiles para oírlos, pero David pudo ver cómo los dos agitaban las manos bajo la barbilla.

«¡Ja! ¡Ja! ¡Míralos», le gritó el rubio. «¿Ves lo qu'acen? ¡Se eren que soy judío! ¡Míralos! Idiotas estúpidos!», cantó haciendo gallos. «¡Idiotas estúpidos!» Y luego, mirando a sus pies. «¡Cristo! ¡Mira'l'ilo de la kometa... To retorsío! Eh, ven aquí, ¿quieres? Ven, écham'una mano.»

David sacudió la cabeza.

«¿Qué te pasa, no sabes'ablá?» El otro lo miró fijamente.

Asintiendo vigorosamente, David señaló el tejado que tenía a sus pies.

El otro hizo una mueca, con el rostro iluminado como si comprendiera. «Vamos», susurró roncamente, con la cabeza corneando el aire. «¡Es fásil!»

—Más vale que no.

Había algo de peligroso en trepar por una pared en un tejado, especialmente con aquel profundo pozo de ventilación al lado. El pensamiento le daba vértigo.

«Pasa por ahí», insistió el otro.

(—No estoy asustado. ¡No lo voy a estar!) Anduvo de puntillas sin respirar, cruzando la crujiente lata, y trepó por el bajo muro hasta el segundo tejado. Otro muro más y aquellos ojos azules lo miraron con curiosidad por encima del borde del cobertizo.

«¿De qué tiés mieo?»

«De nada. Vivo'n'l último biso. No kería ke mi madre m'oyera.»

«Oh. ¿No te deja'star aquí?»

«No. M'aría bahar.»

«Ven aquí'ntonses. No te puede ver naie.»

«¿Kómo se sube?»

«Salta'sa ventanita. Y lueg'a'sos pernos grandes.

¿Los ves?»

David los probó. El otro, con un ojo puesto en la cometa, le echó una mano. «Siéntate'n'l perióico», le invitó cuando David estuvo arriba; «Tenme la cometa, ¿eh?, mientras pongoTilo'n'l carrete.»

«Bueno.»

«No la sueltes.» Confió el hilo a David. «Tira bastante.»

«¡Caramba!» El tirón que sentía en la mano era algo casi vivo. «¡Vuela!»

El otro se rió. «Claro que vuela. Puedes sentarte.» Se acurrucó él también, y empezó a deshacer la maraña de cuerda que tenía a los pies. «¡Irlandeses piojosos! ¡Mira lo que m'an'echo'aser! ¡Siéntate!»

«¿A tu madre no l'importa ke subas akí?»

«¿A ella? ¡Na! ¡Trabaja!»

«¡Ah! ¿Dónd'ehtá tu badre?»

«No tengo. Mi vieho solía trabajá'n'l ferrocarrí. Pero lo aplastaron dos trenes cuando y'era pequeño y vivíamos en Paterson. ¿Cómo te yamas?»

«Davy. Davy Schearl.»

«Yo me yamo Leo Dugovka. Soy polacoamericano. Tú'res judío, verdá?»

«S-sí.»

«Oye, estabas tú con los chicos que corrían ayer por el tesho?»

«No, no'staba», con vehemencia.

«Les partiré la boca si los cojo la prósima ves. Casi tiraron l'scayola'bajo.»

«Sí», el corazón de David se entusiasmó con Leo. «Debeh darleh. ¡Darles una buena!»

«Espera que los agarre.» Leo trabajaba rápidamente con el huso. «Les partiré la boca.»

«Nunca t'e vihto'n ehta manzana. ¿Yevah mucho tiempo viviend'akí?»

«Naa, pero mi vieja'a conseguío'n trabajo'n'l banco grande de la Sesta y l'avenía C... ya sabes, el de las bonitas piedras blancas y las letras d'oró: Fest Nashenal.»

«Sí», dijo David con admiración. «Kon barroteh de hierro y el reloh grande. ¿Trabaja eya kon todo'se dinero?»

«Sí, limpia toas las mesas y despashos y to.»

«¡Oh! ¿Y kién te da de komer?»

«Lo coho yo.»

«¡Karamba!» David aspiró aquella enorme libertad. «¿Vas a venir akí siembre?»

«¡Na! Voy al oeste de l'Onse. Ahí's donde vivíamos antes de muarnos. Es una mansan'irlandesa, per'algunos de los shicos d'Irlanda'stán'n'l Campamento de Tos los Santos.»

«¡Oh!», decepcionado. «Karamba, eso'htá lehoh, la Onze oehte.»

«Sí, pero tengo patines.»

«¡Patineh, karamba!» La suerte de Leo era infinita: sin padre, casi sin madre, con patines.

«Yeg'ayí'n'n minuto con'eyos. ¿Tienes tú?»

«No.»

«¿Por qué no te consigues unos y vienes conmigo?»

«No buedo.»

«¿No vive tu viejo?»

«Sí, bero no me loh kombraría.»

«¿Por qué no se lo pides a tu vieja?»

«No buede.»

«¡Cristo! Los judíos nunca compran na a sus'ijos.»

David buscó en el horizonte algo para llenar la embarazosa pausa.

«No'htán ya'yí, esos... esos irlandeseh», arriesgó.

«¡No te preocupes! Sólo'stán'scondíos, ya verás.» Miró con los ojos entrecerrados los distantes tejados. «Pero no les voy a dejar.»

«No.» Se sentía aliviado al cambiar de tema de conversación: «¿Kuánto kuest'una kometa?»

«Ésa sólo dos sentavos. Pero tienes que tener un montón de cuerda para que pueda volar.»

«¿No buedes utilizar algodón?»

«¡Na! Se rompe. Tuv'una ves una kometa grande... dos veces más grande qu'ésta... y cómo tiraba... y se rompió incluso con cuerda roja. Era muy lejos, sobre la'scuela parroquial de San Jaime, en la Dose y l'avenida C... puedes ver la crus... ¿La ves?»

«Sí.»

«Estaba yena de letreros, y entonces fue y se rompió. Perdí también casi toa la cuerda... s'enganshó'n los tejados.»

«¿Por ké la tenéih?» David miró la distante aguja recortada contra el calinoso azul de occidente. «¿Esa kruz tan divertida bor todah barteh?»

«¿Divertía?» La voz de Leo sonó irritada. «¿Qué tiene de divertía?»

«No divertida... ¡No kería dezir eso!» Lo apaciguó rápidamente. «Kiero dezir ke bor ké la bonéih.»

«Las cruses son sagradas.» Leo lo adoctrinó severamente: todas eyas. Cristo, nuestro Salvador, murió'n una.»

«¡Oh!» *(¡Salvador! ¿Ké?)* «No lo sabía.»

«Claro que sí, y también si la yevas te trae suerte.

Cuando a mi vieja le quitaron el apendixitis, tenía una bajo l'almohada toas las noshes, y por eso se puso buena.»

«¡Karamba!»

«Sí, y ca ves que voy a nadar'n'l Hudson hago la crus tres veses... así. Entonses pues saltar de cabesa to lo que quieras sin dar nunca en el fondo... ¿no sabías eso?» Y, como para remachar su argumentación, se soltó un botón de la camisa, metió la mano y sacó lo que parecía un pedazo rectangular de cuero colgado de una cuerda. «¿Sabes qué's esto?»

David lo examinó y sacudió la cabeza. Algo había sido estampado encima en oro —un retrato tal vez— pero estaba demasiado descolorido para averiguarlo. «Kizá un hombre y una muher bekenya», aventuró. «No buedo verlo bien.»

«¡Un hombre y una muher!» Leo volvió la cabeza para gritar excitado. «¡Vaya, qué poco sabéis los judíos! Es un capulario, ¿no ves? Y eso's un retrato de la santa Madre de Dios y el Niño. ¡Cristo! ¿No reconoses a la Virgen María?»

«No», culpable.

«¡Cristo!», incrédulo, y luego, levantando el pedazo de cuero para

examinarlo más de cerca: «Se'stá borrando, creo.» Volvió a metérselo en la camisa. «Por eso voy a nadar siempr'al río.»

«¿Y no tieneh miedo de nada kuando yevas eso?»

«¡De na! ¡Ya te l'e disho!»

«¡Krihtó!», suspiró David, mirando el pecho de Leo, medio asombrado y medio envidioso.

¡No tiene miedo! ¡Leo no tenía miedo!

«¡Eh, cuidao con esa kometa!» Leo lo libró apresuradamente de la cuerda. «No puedes dejarla caer así, se pegará contr'un tejao!»

¡No tiene miedo!

VIII

LA HORA que había pasado había sido una de las más felices de la vida de David. Hasta aquel momento no había querido ser amigo de nadie, pero ahora hubiera dado cualquier cosa por serlo de Leo. Cuanto más lo oía hablar, cuanto más lo miraba, tanto más se convencía de que Leo pertenecía a un mundo más raro, más intrépido, más despreocupado. Tenía encanto. Hacía lo que quería y cuando quería. No sólo estaba libre de padres, sino que llevaba también alrededor del cuello algo que lo hacía casi divino. Sentado a su lado, la única preocupación de David había sido cómo congraciarse, cómo hacer que Leo se divirtiera y evitar que recordase que el tiempo pasaba. Cada vez que Leo se había reído, David había sentido su propio pecho llenarse de alegría; hasta cuando Leo se había burlado de él se había sentido agradecido. No importaba que Leo se burlara de él. Leo era un ser superior; su risa era justa. Cuando Leo le había preguntado si los judíos llevaban amuletos encima, David había descrito los *tzitziióth*[1] que algunos muchachos judíos llevaban bajo la camisa, y los *tfilin,* las cajitas de cuero que había visto atarse a brazos y frente en la sinagoga... los había descrito, esperando que Leo se riera. Él se había reído. E incluso cuando Leo había dicho del *metzutzá*[2] , el pequeño pergamino recubierto de metal que todos los judíos clavaban en las jambas de las puertas por encima del umbral: «¡Oh! ¿Así's como los yamáis? *¿Me zurse?* Mi vieha quit'uno de la puerta cuando nos muamos, y yo lo rompí y ¡Cristo! Estaba to yeno de shino'n pedasitos de papel de retrete... to vueltas y más vueltas», David no se había sentido ofendido. Había sentido un ligero remordimiento culpable, sí, culpable porque estaba traicionando a todos los judíos de su casa que tenían *mezuzehs* sobre sus puertas; pero si Leo pensaba que aquello era divertido, entonces era divertido y no importaba. Había añadido incluso que la única cosa que llevaban los judíos colgado del cuello eran bolas de naftalina contra el sarampión, simplemente para oír el embriagador sonido de la risa burlona de Leo. Pero, finalmente, el Tiempo se saldría con la suya. El sol había subido al cénit y Leo empezó a recoger el hilo de su cometa. Resentido, David miró la cometa que se aproximaba.

«¿No vas a'zerla volar máh?», preguntó, esperando contra toda esperanza.

«No, me voy abajo.»

David esperó que lo invitara. No lo hizo. «¿Bor ké no vuelveh manyan'otra vez?»

«Voy a ir a la Onse, ya t'e disho.»

Su respuesta fue como una punzada de dolor. Se estaba yendo. ¡Tal vez no lo viera nunca más! «¡Me guhta-ría tener batineh!», dijo fervientemente. «¡Kristó! Kómo me guhtaría tener batineh!» Y de pronto tuvo una nueva idea. «¿A ké hora vuelves a kasa? ¿No vuelves a las doze bara komer?»

«Na. Me compro un par de salshishas y pan por sinco sentavos.»

El último jirón de esperanza. La libertad de Leo era inaccesible. David se sintió languidecer. «¿Entonzeh no voy a verte?», preguntó lastimosamente.

«Cómo quieres que lo sepa?» Leo había empezado a bajar del cobertizo.

«Te traer'un boko de bizcocho...» David lo siguió en su descenso. «Unoh pedazoh grandeh si vienes akí manyana.»

«¡Na!»

«¿No bued'ir kontigo? Bued'ir andando.»

Pero aquel aferrarse a Leo sólo contribuía a hacerlo más hostil. «¡Vamos! No quiero que te cuelgues de mí. N'eres suficientemente mayó.»

«¡Sí ke lo soy!»

«M'apuest'a que no tienes ni dies.»

«¡Klaro ke sí!» Mintió ansiosamente. «Voy a kumplir onze.»

«Bueno, yo cumpliré dose. De todas formas no tienes patines.» Abrió la puerta del tejado, impaciente. «Será mejó que cruses ahora, porque me voy abajo.» Y, mientras empezaba a bajar. «¡Adiós!» Y, bruscamente, cerró la puerta del tejado a sus espaldas.

«¡Adióh!», gritó él a través de la puerta forrada de metal. «¡Adióh, Leo!» Y hubiera podido ponerse a llorar un momento después. Se quedó un rato mirando a la puerta, y entonces, tristemente, cruzó los tejados y se sentó en la caja. Sin Leo, el tejado se había quedado súbitamente vacío, perdiendo su atractivo. Tampoco se sentía cómodo ya sentado en la caja... ahora notaba sus filos agudos, que se le clavaban en los muslos. Pero una especie de inercia engendrada por la pérdida lo mantuvo donde estaba, y se echó hacia atrás meditabundo contra el tragaluz. Patines. Ésa era la verdadera razón de haber perdido a Leo... porque no los tenía. Casi podía ver el abismo que había entre Leo y él ensancharse con los volantes patines de Leo. Y Leo le había gustado tanto, aunque fuera *goy,* le había gustado más que nadie en toda la manzana. ¡Si él tuviera unos patines! Pero había muy pocas esperanzas. Su madre le daba un centavo al día; eso hacía dos el martes; tres el miércoles. Haría falta una eternidad, y se necesitaban dólares y más dólares. Si tuviera unos patines podría dejar atrás a los odiados chicos de su manzana; podría ir a la manzana de Leo, a Central Park, como había dicho Leo que hacía. Aquel parque con árboles al que fue con la tía Bertha, aquel museo blanco... ¡tía

Bertha! ¡Su confitería! ¡Debía de tener patines en la confitería! ¡Hasta podría ser que tuviera unos patines viejos y que se los diera por nada! Por qué no había pensado en eso antes. Iría ahora. No, ahora no podía ir. Estaban el almuerzo y el *heder*. Iría mañana. ¡Oh, cuando Leo lo viera con patines! Se apresuró a bajar alegremente las escaleras.

1

Borlas o flecos que llevan los judíos como recordatorio de los mandamientos de Dios, de conformidad con lo dispuesto en Deuteronomio, 22, 12, y Números, 15, 37 a 41. [N. del T.]

2

Lleva en un lado, en veintidós líneas, los pasajes del Deuteronomio 6, 4 a 9, y 11, 13 a 21, y en el otro el nombre de Shaddai. [N. del T.]

IX

SIN decirle a su madre a dónde iba, aquella mañana se había puesto en marcha temprano en dirección a la confitería de la tía Bertha. Había sido una larga caminata, pero sus grandes esperanzas lo habían animado. Y ahora veía, a pocas manzanas de distancia, un mortero y un almirez dorados sobre el escaparate de cierto *drugstore*. Aquello era Kane Street. Su pecho empezó a martillear febrilmente a medida que se aproximaba.

Qué pasaría si ella no tenía patines. ¡No! ¡Debía de tenerlos! Dobló la esquina y caminó hacia el este. Unas pocas casas más y allí estaba la confitería. Miraría antes el escaparate. Saltando ansiosamente sobre las volutas de hierro del pasamanos del sótano que había junto al escaparate del establecimiento, apoyó la nariz contra el cristal y examinó lo que se exhibía. Una confusión desordenada y chillona de tocados indios, cuadernos de notas, cajas de lápices, mujeres de cartón, banderas americanas, tiras sin cortar de barcos de guerra y jugadores de béisbol... pero no había patines sobre los que posar sus inquietos ojos. Su esperanza vaciló. No, debían de estar dentro. La tía Bertha sería tonta si tuviera algo tan valioso en el escaparate.

Miró adentro por una grieta que había en aquel caos. Sentada detrás del mostrador, con una mano que mantenía en el aire un panecillo chorreante sobre una taza de café, la tía Bertha tenía vuelta la cabeza hacia la parte trasera de la tienda y gritaba algo a alguien que había dentro. David pudo oír su voz que salía por la puerta. Se bajó de la barandilla, se acercó furtivamente por el ángulo del escaparate y entró...

«¡Vagas! ¡Chinches asquerosas!», chilló ella, sin darse cuenta de su entrada. «¡Esther! ¡Polly! ¿Queréis levantaros? ¡O es que tengo que echar los pulmones! ¡Deprisa, vacas apestosas, ¿me oís? ¿Eh?»

La tía Bertha había cambiado desde que David la vio por última vez. Sin corsé, parecía ahora más gorda, más desaliñada. Los últimos restos de pulcritud habían desaparecido de su apariencia. Sus pesados pechos, que se hundían visiblemente contra la blusa, manchada de jugo de fruta y chocolate, se columpiaban descuidadamente de un lado a otro. Fibras de su pelo rojo, áspero como rafia, serpenteaban por su garganta húmeda. Pero su rostro era extrañamente delgado y tenso, como si un peso, allí donde su delantal se abultaba, tirase de la piel hacia abajo. «¡Ya veréis!», continuó: «Ya veréis cuando vuestro padre vuelva. ¡Jai! ¡Os destrozará a dentelladas! ¡Pelanduscas apestosas, son casi las nueve!» Se volvió. «¡Vaya!» y, reconociéndolo. «¡David!» La luz agitada de sus ojos se disolvió en placer. «¡David!

¡Bomboncito mío! ¿Eres tú?»

«¡Sí!»

«¡Ven aquí!, extendió sus gruesos brazos como si fueran ramas. «¡Déjame que te dé un beso, mi dulce amor! No te he visto desde hace... ¿cuánto tiempo? ¿Y mamá, por qué no viene? ¿Y cómo está tu padre?» Abrió los ojos ferozmente. ¿«Sigue igual de loco?» Lo sumergió en un grueso abrazo que apestaba a sudor perfumado de café.

«Mamá está bien.» Se retorció para librarse. «Papá también.»

«¿Qué haces aquí? ¿Has venido solo? ¿Toda esa distancia?»

«Sí, yo...»

«¿Quieres caramelos? ¡Ja! ¡Ja! ¡Te conozco, bribón!» Alargó la mano hacia una caja. «Toma, te daré éstos de piña con 'armendas'. ¿A que hablo inglés mejor?»

«Sí.» Se los guardó.

«¿Y un poco de 'garsosa'?»

«No, no quiero.» Le respondió en yídish. Por alguna razón, prefería la lengua natal de su tía al inglés.

«¡Y tan temprano!» Siguió parloteando admirada.

«¡No como esas dos mozas, perezosas de mierda! Y tú eres más pequeño que ellas. Si fueras mío en lugar de esas... ¡vacas!» Se interrumpió furiosa. «¡Tunantes egoístas, degeneradas! ¡Lo único que saben hacer es roncar y tragar! ¡Ahora las voy a sacar de la cama, que Dios me ayude!» Pero, en el momento en que se dirigía pesadamente hacia la puerta, un hombre entró en la tienda.

«¡Hola! ¡Hola!» Exclamó en alta voz. «¿Por qué corres tanto? ¿Porque llego yo?»

«¡Bo-o! ¡No lo quiera Dios!», exclamó ella con vehemencia burlona. «¿Cómo le ha ido a ese judío?»

«¿Cómo les va a todos los judíos? Apenas para vivir. ¿Puedes prestarme mil florines?»

«¡Ja! ¡Ja! ¡Qué chistoso! ¡Las únicas cosas verdes que veo son las peladuras de pepino.» Y, volviéndose a David. «¡Entra tú, cariño! ¡Diles que las sacrificaré para salvar gentiles si no se levantan! Éste es el hijo único de mi hermana», explicó.

«Guapo chico», admitió el otro.

David vaciló: «¿Quieres que entre ahí?»

«¡Sí! ¡Sí! Tal vez hagas que esas puercas se avergüencen y se levanten.»

«¿Tus pajaritos siguen aún en el nido?»

«¿Tú qué crees?», disgustada. «Perezosas como gatos. Entra, lucero mío.»

De mala gana, David se escurrió por su lado y, echando una última mirada inútil a los estantes en desorden, empujó la puerta de muelle y

entró. Más allá del estrecho pasillo, más estrecho aún por las gruesas columnas abigarradas de cajas de cartón apiladas descuidadamente, se abría la cocina con su hedor rancio de sartenes sin lavar. La mesa de madera del centro estaba desnuda, salvo por una botella semillena de salsa de tomate con el tapón torcido. Unos cacharros, metidos unos en otros, seguían en cuclillas sobre la cocina de gas. Por una esquina de la bandeja de la cocina que había bajo los quemadores, el café goteaba formando un charco en el suelo. El fregadero estaba abarrotado de platos y a su lado, en la tina de lavar, una bolsa de panecillos había derramado su contenido. Periódicos desplegados, vestidos arrugados, zapatos y medias colgaban de las sillas o andaban dispersos por el suelo. Había tres puertas, las tres cerradas, una a cada lado y otra, con una escoba apoyada en ella, que se abría sobre el patio.

—¡Caramba! Qué sucio… ¿Cuál?

Una risita a su izquierda. Se acercó cautelosamente.

«¿Viene?» Una voz precavida dentro.

«¡Sh!»

«Eh», dijo él con voz que no se comprometía a nada. «¡Vuehtra madre kiere k'oh levantéih!»

«¿Kién ereh tú?» Desafiantes, desde el otro lado.

«Soy yo, David.»

«¿David ké?»

«David Schearl, el sobrino de *tanta*[1] Boita.»

«¡Oh! Entonzeh, abre la buerta.»

La empujó… El hedor persistente de orina seca. Iluminada por una ventanita que daba a los ladrillos grises y sórdidos de un pozo de ventilación, la habitación era lóbrega. Sólo después de unos segundos se separaron de la oscuridad los rasgos de las dos cabezas que abultaban unos cobertores grises y alborotados.

«¡Es él!» Una voz desde la almohada.

«¿Entonzeh ké kiereh?» Por fin distinguió la voz de Esther.

«Ya oh l'e dicho», repitió. «Vuehtra mamá kiere k'oh levantéih. M'a dicho k'oh lo diga.» Una vez transmitido el mensaje, empezó a retirarse.

«¡Ven akí!» Imperiosamente. «¡Bobo! Te bregun-taba k'azías en la tienda.»

«N-nada.»

«Entonzeh, ¿bara k'ah venío?», preguntó Polly con sospecha. «¿Karameloh?»

«No, no bor eso. Sól'e venid'a ver a *tanta* [1] Boita.»

«Aaa, no kuenta máh ke trolah… ¡Venga, Polly!» Esther era la que estaba más cerca de la pared. «¡Sal!» Se sentó.

Polly se agarró a las sábanas. «Sal tú brimero.»

«¡Será mehor ke l'agah! Ya's oído lo k'a dicho mamá.

«Ke diga lo ke kiera.» Tercamente.

«Yo no voy a limbiar la kozina sola», Esther se puso de pie en la cama. «¡Te vas a yevar una!»

«No baseh por enzima. Trae mala suerte.»

«¡L'aré si no te levantah!»

«Inténtalo... basa bor loh bieh...»

Pero cuando no había terminado de hablar, Esther saltó sobre ella.

«¡Bestia biohosa!», chilló Polly. Y, mientras su hermana daba tumbos con pie inseguro sobre la cama, le agarró el borde del camisón y tiró de ella. Esther cayó pesadamente contra la pared.

«¡Au! ¡Bioh'ahkeroso!» Chilló Esther a su vez. «M'as hecho danyo'n la kabeza.» Y, tirando de los cobertores, los bajó. «¡ Yii!», berreó mientras Polly, cogida por sorpresa, quedaba por un instante con el camisón subido por encima del desnudo ombligo. «¡Yii! ¡Basen y vean! ¡Basen y vean!»

«¡Bues que basen y vean!» Furiosa, Polly clavó las uñas en el camisón de la otra. «¡Miedosa abehtosa! ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! ¡Basen y vean!» Inmediatamente, cuatro muslos desnudos dieron patadas, se retorcieron y entrelazaron, y las dos hermanas se revolcaron por la cama, dándose bofetadas y chillando. Tras un minuto, la despeinada Esther, con un último bofetón rencoroso a la otra, se soltó, saltó de la cama y, dando chillidos, pasó corriendo junto a David y entró en la cocina.

«¡Te mataré... abehtosa'hkerosa!», le gritó Polly. «¡Te romberé la kabeza!», y salió también de la cama.

«Sí, ¡a ver si t'atreveh!» Temblando de rabia, Esther encorvó los dedos como garras.

«¡Se lo dir'a mamá! ¡Le diré lo k'as'echo!» «No voy a bahar kontigo.» Su hermana escupió. «Sólo bor eso vas'ir sola.»

«Bueh no vengah. ¡Y se lo dir'él también!»

«¡Te mataré!»

«¡Sí! ¿Sabeh lo k'aze Polly?» Esther se dio la vuelta hacia él. «¡S'aze bis en la kama todah lah nocheh! ¡Es'aze! Mi badre tiene ke darle'l orinal a lah doze todah lah nocheh...»

«¡N'eh verdá!»

«Sí'h verdá! ¡Eso eh!»

«No te yevaré más abaho, miedosa biohosa. ¡Nunka! ¡Nunka!»

«¡Pues no l'agah!»

¡Y ehbero k'un koko asesino muy grande t'arranke'l kulo!»

«¡Meona!», se burló Esther obstinada. «¡Meona!»

«¡Y ke venga, buh!», Polly arañó el aire, con los ojos saliéndosele de las órbitas en una parodia de terror. «¡Buh! ¡Komo el Hombre Enmahkarao del serial!»

«¡Aaa, cáyate!», se acobardó Esther. «Mamá me yevará'baho.»

«¡Sí!», se regocijó maligna su hermana. «¡Miedosa abestosa! ¿Y kién se kedará'n la tienda?»

«¡Tú!»

«¡Eso no lo veráh!»

«Entonzeh mearé'n el fregadero.» Amenazó Esther.

«¡Kon loh blatoh dentro! ¡Hazlo si t'atreveh! Ya sabeh k'ará mamá kuando se lo kuente.»

«¡Bues ehberaré! ¡Aaa! ¡Él bahará!», gritó con triunfo repentino. «¡Mbaa!», sacó la lengua. «¡Mbaa! «¡Davy bahará konmigo!»

«¿Sí? Leh diré a Sophie Siegel y a Yeddie Katz ke te yevaht'un chiko al retrete y le dehahte mirar. ¡Ya veráh !»

«¡Biedras y baloh dan golbeh muy maloh, bero balabrah solah son komo las olah!», cantó Esther malévola. «No le deharé mirar. ¡Vamoh, Davy! Ehber'a ke me bonga loh zabatoh.»

«¡No l'agah!», Polly se volvió hacia él furiosa. «¡O te dar'a ti!»

«¡Y yo te dar'a ti!» Esther metió rabiosa los pies en los zapatos. «Un tortazo ke saldráh volando! ¡Vamoh, Davy!»

«¿Ké kiereh?» Miraba de la una a la otra con ojos aturdidos e incrédulos.

«Te daré karameloh», lo halagó Esther.

«¡No l'aráh!», intervino Polly.

«¿Kién habla kontigo, meona?» Agarró a David del brazo. «Vamoh, t'ensenyaré a dónde tieneh ke yevarme.»

«¿Dónde kieres ir?» Retrocedió.

«¡Abah'al retrete, bobo! Sólo pih. ¡Sruuu!» Aspiró fuertemente el aliento. «¡Date brisa! Te daré lo ke kierah de la tienda.»

«¡No l'agah!», le aconsejó Polly. «¡No te dará nada! ¡Yo te lo daré!»

«¡Sí ke te lo daré!» Esther tiraba ya de él.

«¡Suéltame!» Se resistió a sus empujones. «No kie-ro...» ¡Pero ella había dicho que le daría lo que quisiera! Una visión de patines de brillantes ruedas se alzó ante sus ojos. «Ehtá bien.» La siguió.

«¡Vergüenza! ¡Vergüenza!» Ladró Polly a sus talones. «Bor algo se komienza. ¡Va' ir kontig'al retrete!»

Encogiéndose de turbación, él se apresuró a cruzar el umbral junto a Esther.

«¡Káyate! ¡Meona! ¡No te metah donde no te ya-man!» Dio un portazo en la cara de su hermana. «Bor akí.»

Un corto tramo de escalones de madera descendía hasta el sofocante patio y, a un lado, a corta distancia de ellos, otro tramo de piedra bajaba hasta el sótano. Al ver la oscuridad de abajo, el corazón de David comenzó a martillear sorda y fatigosamente.

«¿No sabíah ke nuehtro retrete'htaba'n el sótano?», le precedió ella en el descenso.

«Sí, bero m'abía olvidao.» Se echó atrás un instante ante la puerta

del sótano.

«¡Kédate zerka!», le advirtió ella.

Él la siguió cautelosamente. La humedad corrompida de la tierra sin sol. Los zapatos sueltos de ella se arrastraban delante de él hacia la oscuridad. A ambos lados de David brillaban tenuemente los cubos del sótano, de un gris apagado y en otro tiempo blanqueados, que olían a carbón húmedo, madera podrida, barniz y arpillera. Ahora sólo lo guiaban los pasos de ella; el cuerpo se había desvanecido. El peine espinoso del miedo le recorrió las mejillas y el cuello y los hombros.

—¡No pasa nada! ¡Nada! Hay alguien contigo. Pero cuándo va a... ¡Au!

Sus manos, al tantear, tropezaron con ella.

«Ehber'un segundo, ¿eh?», susurró ella irritada.

Habían llegado a la mitad.

«Kédat'akí.» Sonó un pomo. Vio cómo se abría una puerta... Una ventana diminuta, de un gris enfermizo, cubierta de telarañas a su vez ensuciadas por una mugre filamentosa, arrojaba una claridad pálida sobre una taza manchada de porquería. En la oscuridad de arriba, el gorgotear y chupar de un depósito de agua. Una humedad apagada y uniforme de excrementos, agua estancada y podredumbre. «¡Kédat'akí en la buerta!», dijo ella. «Y no te vayas o te mataré... ¡Sruu!» Su aliento cortante silbaba. Manipuló el roto asiento.

«¿Buedo kedarme fuera?»

«¡No!» Su grito era casi desesperado al dejarse caer. «Kédat'en la buerta. Buedeh mirar...» El silbido y el chapoteo. «¡Uh!» Prolongado, aliviado. «¿No tieneh ningún'ermana?»

«No.» Pasó un pie sobre el umbral.

«¿T'asuhta'l sótano?»

«Sí.»

«¡Date la vuelta!»

«¡No kiero!»

«Ehtáh loko. Loh chikoh no tienen ke tener miedo.»

«¿Me dihihte ke me daríah lo ke kisiera?»

«¿Y ké kiereh?» En aquel silencio de cripta, el agua rugió al tirar ella de la cadena.

«¿Tenéih batineh?»

«¿Batineh?» Pasó apresurada rozándolo hacia la luz del patio. «Vamoh. No, batineh no tenemoh.»

«¿No tenéih? ¿Batineh viehoh?»

«No tenemoh de ninguna klase.» Subieron a la nueva claridad del patio. «¿Ké te creh k'es ehto», la voz de ella se hizo más audaz. «¿Una konfitería de dos ehka-barateh? Y si loh tuviera no te loh daría. Loh batineh kuehtan dinero.»

«¿Entonzeh, no tenéih?» Como un último tirón de la polea

agarrotada de la esperanza. «¿Ni sikiera rotoh?»

«¡Naa!» Burlonamente.

La desesperación debilitó la elasticidad de su ansioso paso. Los tobillos sucios de ella aletearon al pasar por su lado escaleras arriba.

«¡Eh, Polly!» Oyó su chillido al irrumpir en la cocina: «¡Eh, Polly!»

«¡Largod'akí, abehtosa!» Mordió la voz de la otra.

«¿Sabeh lo ke kiere?» Esther lo señaló con un dedo burlón cuando entró.

«¿Ké?»

«¡Batineh! ¡Ii! ¡Ji! ¡Ji! ¡Kiere batineh!»

«¡Batineh!» Su hilaridad contagió a Polly «¡Ké tonto! No tenemos batineh.»

«¡Y ahora no tengo ke darle nada!», se regocijó Esther. «Si kierek lo ke no tenemoh, entonzeh...»

«¡Ajá!» La roja cabeza de Bertha se asomó por la puerta. «¡Alabado sea Dios! ¡Bendito sea Su Santo Nombre!» Levantó los ojos con exagerado fervor. «¡Os habéis levantado las dos! ¡Y al mismo tiempo! ¡Ai, yi, yi! ¿Cómo es posible?

Las dos pusieron gesto de mal humor.

«¡Y ahora la cocina, la sucia chapuza que dejasteis ayer! ¡Culos gordos! ¿Es que tengo que hacerlo yo todo? ¿Cuándo voy a ir de compras?»

«¡Aaa! ¡No griteh!» Fue la áspera respuesta de Esther.

«¡Que te dé el cólera y no te lo quites!», respondió la tía Bertha rimando. «¡Que os deis prisa os digo! El café está en la cocina.» Miró a sus espaldas. «¡Sal, David, encanto! Sal de ese lodazal.» Sacó la cabeza apresuradamente.

«Aaa, ke te den morziya», miró ceñuda Polly. «¡Tú n'ereh mi madre!» Y mordazmente, a David. «¡Vamoh, ganso! ¡Largod'akí!»

Apesadumbrado, derrotado, se apresuró por el pasillo, encontrando un poco de alivio al escapar de la cocina.

«¡Batineh!» Sus burlas lo siguieron. «¡Tonto del kulo!»

Salió a la tienda. La tía Bertha, con su voluminoso trasero bloqueando el paso y sus pechos aplastados contra el mostrador, estaba dando una barrita de regaliz a un niño que estaba al otro lado.

«¡Ay!» Gimió, enderezándose mientras recaudaba el centavo. «¡Oy!» Y a David. «Ven aquí, lucero mío. No sabes cómo me has ayudado al sacarlas de la cama. ¿Has visto nunca semejantes haraganas sucias y desvergonzadas? Son demasiado perezosas para meter una mano en agua fría, lo son. Y yo tengo que sudar y sonreír.» Lo cogió en brazos. «¿Te gustaría lo que le acabo de dar a ese chiquito ahora mismo... 'regaliz'? ¡Ja! Tan negro como una brida de caballo.»

«No.» Se soltó. «¿No tienes patines, verdad, tía Bertha?»

«¿Patines? ¿Y qué iba a hacer yo con patines, hijo? ¿En un

estercolero como éste? No puedo vender pistolas de cinco centavos ni trompetas con rojo, blanco y azul, ¿y cómo iba a vender patines? ¿No preferirías un helado? Es muy bueno y está muy frío.»

«No.»

«¿Un poco de *halvah?*[2] ¿Galletas? Ven, siéntate un rato.»

«No, me voy a casa.»

«Pero si acabas de venir.»

«Tengo que irme.»

«*Ach!*», exclamó ella impaciente. «Déjame mirarte un poco... ¿No? Ten este centavo entonces», metió la mano en su delantal. «Cómprate lo que yo no tengo.»

«Gracias, tía Bertha.»

«Ven a verme otra vez y te daré otro. ¡Niño guapo!» Le dio un beso. «¡Saluda a tu madre de mi parte!»

«Sí.»

«¡Cuídate!»

1

Tía [N. del T.]

2

Dulce a base de semillas de sésamo y miel. [N. del T.]

X

¿ME ha escupido alguien?

Miró arriba y atrás sobre su cabeza. Hacia el norte y el sur, el huso dentado del cielo era de un gris piedra uniforme.

—¡Bobo! No es saliva. ¡Date prisa!

Aparecieron paraguas. Las negras bolsas de la compra de las amas de casa apresuradas cobraron un brillo salpicado de rocío. Dentro de sus puestos parecidos a cajas, oscuros vendedores colocaban estantes sobre los periódicos. A medida que la llovizna se espesaba, las apagadas fachadas de las casas se volvían aún más grises, y el contenido de los nebulosos escaparates, indeterminado. Una monotonía densa y empapada lo absorbía todo, drenaba todos los colores hacia la oscuridad, fundía la unicidad y enturbiaba las divisiones... sólo las huellas de los coches de caballos seguían brillando en la calzada negra, tan blancas como antes. David se sintió disgustado consigo mismo.

—Me he mojado el pelo, la camisa, ¡caramba! Dos manzanas aún. ¡Date prisa!

La lluvia había cubierto aceras y calzada de una película viscosa. Con paso plano, trotó cautelosamente hacia casa, metiéndose bajo las marquesinas cuando podía y esquivando los porches sobresalientes. No demasiado calado, llegó a su esquina.

«¡Corre! ¡Corre! ¡Monín! ¡Corre! ¡Corre! ¡Monín!» Protegidos del aguacero, los niños que estaban a cubierto en las entradas de las casas se pasaban el grito... una burlona carrera de baquetas para los que corrían bajo la lluvia. Había varios de aquellos gallos que cantaban cómodamente desde sus puertas. Una o dos de aquellas caras pertenecían a los que se habían sentado en el bordillo mientras Kushy contaba lo del canario. Resentido, David clavó los ojos ante sí y subió los escalones de hierro del porche. No quería hablar con ellos en absoluto. Pero, cuando estaba a punto de entrar en el zaguán, uno le cortó el paso...

«¡Eh!, ¿te y amas David, no?»

«Sí.» Levantó la vista malhumorado. «¿Ké kiereh?»

«Hay un chiko ke te buhka.»

«Sí», intervino otro. «Unoh batineh, yevaba.»

«¿A mí? ¿Un chiko kon batineh?» El corazón le saltó de incrédula alegría. Un calor repentino le recorrió las venas. «¿A mí?»

«Sí.»

1

Fiesta judía que conmemora la evitación —gracias a Ester, mujer

del rey Asuero— de una matanza general de israelitas planeada por el primer ministro Haman. *[N. del T.]*

2

«Se extiendan como lluvia mis enseñanzas, caigan como gotas de rocío mis palabras» *(Deuteronomio,* 32, 2). *[N. del T.l*

3

«¡Mira!» *[N. del T.]*

4

«Di, ¿qué pasa?» *[N. del T.]*

5

«¡Ay, un pájaro!» *[N. del T.]*

6

«¡Se ha ido!» *[N. del T.]*

7

Borlas o flecos que llevan los judíos como recordatorio de los mandamientos de Dios, de conformidad con lo dispuesto en *Deuteronomio,* 22, 12, y *Números,* 15, 37 a 41. *[N. del T.]*

8

Lleva en un lado, en veintidós líneas, los pasajes del *Deute-*

9

«Tía». *[N. del T.]*

10

Dulce a base de semillas de sésamo y miel. *[N. del T.]*

«¿Leo? ¿Diho si se yamaba Leo?»

«Leo, sí; kuarto biso, la siete kuarenta y zinko. Es un *goy.»*

«¿Y ké kería?», ansiosamente.

«Diho ke te subieras enseguía.»

«¿Yo?»

«Sí, t'ehtaba buhkando...»

Pero David había bajado ya de un salto las escaleras y corría bajo la lluvia hacia la casa de Leo. Subió los escalones del porche, orgullosamente, como si la llamada de Leo hubiera impregnado el tejido de su espíritu de un resplandor estimulante y endurecedor, como si su ser hubiera sido envuelto en una nueva forma de seguridad. Aquí había también niños que se apiñaban en la entrada, pero pasó por su lado sin decir palabra ni tener un solo instante de vacilación. ¡Era amigo de Leo! Y trepó por las oscuras escaleras sin el menor rastro de miedo. En el último piso se detuvo, miró a su alrededor... todas aquellas puertas en sombra estaban cerradas.

«¡Eh, Leo!», gritó, y la audacia de su propia voz lo sorprendió. «Eh, Leo, ¿dónde viveh?»

Oyó una voz que respondía y, casi inmediatamente, una puerta desplegó un abanico de luz.

«Entra.» Leo salió.

«¡Leo!» David lo hubiera abrazado si se hubiera atrevido. «¿Me buhkabah?»

«Sí, empesó a yover, de modo que me volví. No quería que se m'oshidaran los patines.»

«¡Karamba, ehtoy kontento d'aber vuelto!» David lo siguió a la cocina.

«Los estaba secando presisamente.» Leo se sentó en una silla, cogió un trapo aceitoso que había a sus pies y comenzó a frotar vigorosamente las distintas partes de los patines.

«Ehtás solo.» David encontró una silla junto a la pared.

«Claro.»

«¿Kom'entras en la kasa?»

«Con una yave, qué te crés.»

«¡Karamba!», admirativamente. «¿Tienes una yave tuya y todo?»

«Claro. ¿Ves cómo briyan?» Levantó un patín resplandeciente.

«Karamba, l'azeh muy bien.»

«Si l'aces tos los días, nunca se t'oshidan.»

«No. Bero mira lo ke t'e traído, Leo.» Con el corazón brincándole de gozo le tendió dos caramelos.

«¡Caramba!» Leo saltó con presteza. ¿De qué son?»

«D'almendra y pinya.»

«¡Vaya! ¿Los dos para mí?»

«Sí.» Se encontró lamentando no haber aceptado las otras golosinas que su tía le había ofrecido.

«¡Eres un buen tío!» Leo dejó los caramelos de chocolate en la mesa: «¿Dónde los has conseguío?»

«¿No te loh vas a komer?» Preguntó ansioso.

«Na, me los voy a guardá pá luego. Quiero comer algo distinto antes.»

«¡Oh! Me los'a dao mi tía... ¡Karamba! M'olvidé de dezírtelo. Tien'una konfitería.»

«¿En serio? ¿Dónde vive?»

«Al final de Kein Strit. Bero *tú* buedes ir fázil-mente... komo tieneh batineh.»

«Tenemos qu'ir ayí alguna ves... quisá podamos coher una caja'ntera de caramelos blandos. ¿Te dio pas-tiyas de goma?»

«No», contrito. «Hubiera bodido... ¡Karamba!»

«Están muy buenas.» Leo había dejado los patines y se había dirigido a la panera que había en una repisa, al lado del fregadero. «Voy a comer algo.» Sacó una hogaza de pan. «¿Quieres un poco?»

«No tengo tant'ambre.» Se sentía de pronto tímido. «Todavía eh bronto.»

«¿Y qué?» Comenzó a deshacer el papel encerado e impreso que envolvía el pan. «Yo como cuando quiero.»

«Muy bien.» La independencia de Leo era contagiosa.

«Teng'algo bueno también», prometió Leo, yendo a la nevera. .«Algo que no se come tos los días.»

Mientras Leo rebuscaba entre los platos, David echaba furtivamente a su alrededor miradas felices. Le producía una sensación de comodidad y aventura estar solo en una casa entera con alguien tan lleno de recursos como Leo. No había padres que se entrometieran, ni órdenes que obedecer… nada. Sólo los dos, viviendo en un mundo separado y propio. Y las cocinas *goyim* no eran tan diferentes de las judías. Como la suya, también ésta era una habitación cúbica con cocina, fregadero y tinas de lavar contra las paredes. Y las paredes eran verdes, y las cortinas blancas, que colgaban de cuerdas tendidas a través de los marcos de las ventanas, estaban estropeadas por los muchos lavados, y el linóleo de flores, tan arañado como el suyo. Ambas cocinas estaban igualmente fregadas y ordenadas, pero la de David tenía un cálido olor penetrante en su limpieza, mientras que la de Leo tenía un olor helado y llano a jabón. Ésa era toda la diferencia entre ellas, salvo quizá cierto cuadro en la esquina en sombra del extremo más alejado de la habitación… un cuadro que, por mucho que David mirase, no adoptaba ninguna forma razonable porque la luz era demasiado débil.

«¿Tiene una verdaera confitería grande?» Arrodillado frente a la nevera, Leo había estado untando pan con mantequilla. Y ahora empujó varios objetos de un gran plato a uno pequeño. «¿Helaería también?» Se levantó

«¿Mi tía? Naa. Sólo tiene una…» Se interrumpió, mirando boquiabierto lo que Leo había puesto en la mesa. En uno de los platos había una pila de pan con mantequilla, pero en el otro un montón de extrañas criaturas rosadas, todas llenas de patas, pinzas, cuerpos… «¿Qué es eso?»

«¿Eso?» Leo se rió de su sorpresa. «¿No sabes qué son? Son cangrejos.»

«¿Cangre…? ¡Ah, canrehos! Eran verdosoh, kuando loh vi'n una kaha en la Segunda'venía…»

«Sí, pero siempre se ponen rojos al coserlos. ¡Son muy buenos! ¿No quieres?»

«¡Naa!» Se le revolvía el estómago.

«¿Nunca los'as comío?»

«No. Loh hudíoh no bueden.»

«¡Cristo! Los judíos no pueden comer na.» Cogió uno de aquellos monstruos. «Qué suerte no ser judío.»

«Sí.» David asintió vagamente. Pero, por primera vez desde que había conocido a Leo, se alegró de sus propios principios. «¿Kómo se komen?»

«¡Muy fásil!» Leo arrancó una pinza escarlata. «Sól’ay que morderlos, ¿ves?» Lo hizo.

«¡Karamba!», se maravilló David.

«Aquí tienes pan y mantequiya», Leo le ofreció una rebanada. *«Eso* puedes comerlo, ¿no? Sól’es pan americano.»

«Sí.» David lo miró con curiosidad al aceptarlo. A diferencia de su propio pan, aquella rebanada no era de un gris parduzco o marrón, sino pálida como la pasta sin cocer y blanda como masa bajo la yema de sus dedos. Mientras que la corteza del pan que compraba su madre era dura y espesa como cartón, ésta tenía una piel flexible que cedía, delgada como la más ahorrativa mondadura de patata o la viruta de madera que se saca de un lápiz.

Y la mantequilla... la probó... ¡sal! Nunca había comido antes mantequilla salada. Sin embargo, aunque el primer bocado fuera carnoso y salobre, no había en él nada de realmente repulsivo...

«Podemos comer lo que queramos», le informó Leo chupando una tenaza roja aplastada. «To lo que esté bueno.»

«¿Sí?» Mientras daba vueltas en la mejilla a aquel bolo pastoso, sus ojos se habían posado otra vez en el cuadro, y otra vez se habían visto frustrados por la sombra.

—Un hombre. ¿Qué? No puede ser.

«Y yo como de toas las clases de pan», continuó Leo orgullosamente. «Banderiyas italianas, pan integral holandés, pan de senteno judío... hasta lo que llamáis *matziz*... m-¡achís!...» Se rió. «No son más que gayetas grandes... ¿has comid’alguna ves verdaderos espiguetis?»

«No, ¿ké son?»

«Los italianinis se los comen como patatas. ¡Y qué buenos están!» Se frotó el vientre. «Me podría comer un cubo yo solito. Solíamos vivir en la puerta d’al lao de los Aglorini... Eran italianos...»

—También como mi cuadro... en casa... el de las flores. Es algo distinto si lo sabes. Tienes que saberlo, porque si no, no lo ves...

«Y Lily Aglorini solía traernos un gran plato para mí y para la vieja. Es’era cuando mi vieja les daba dulces porque trabahaba’n un restorán. Pero qué queso le ponían... ¡Cristo Santo! ¡No’s estranyo que los italianinis puedan tirarse peos como bombas d’ajo!»

—Un hombre, ahora estoy seguro. Tiene que ser. Pero con las tripas fuera. Ardiendo. Caramba qué cuadro más loco. Ni el mío lo es tanto. Pero Leo se pondrá furioso si le pregunto...

«Me gustaría que mi vieja supier’aser verdaderos espiguetis italianos... ¡Eh!» Preguntó bruscamente. «¿Qué’s-tás mirando?»

«¡N-nada!», David bajó los ojos, culpable. «¿Ké’h...» (— ¡No, no le preguntes!) «¡Karamba!» Sintió el calor punzante de su propio rubor y se detuvo confuso. (—¡Bobo! ¡La próxima vez escucha!)

«¿Qué's qué?», preguntó mirándolo fijamente con una sonrisa de boca abierta, suspendida.

«Un... ¡sí!» Otra vez, como en el tejado, encontró una desviación conveniente. «Bero no sé kómo se dize. Mi madre lo dize... bero'n hudío.» Sonrió disculpándose.

«Bueno, ¡dilo!», impaciente.

«¿Ké's un... orjanista? Eso's lo k'eya dize.»

«¡Un oreganista, quieres desir! Oreganista... ¡Claro! Tenemos uno'n nuestra iglesia. Toca'l orégano.»

«¿Sí?»

«Paresen pianos, pero pitan... por arriba, ¿comprendes? Tienen tubos largos y cosas. ¿No lo sabías?»

«No lo sabía seguro... y además en hudío.»

«Sí, eso's lo qu'es. De todas formas, ¿quién'ablaba d'iglesias?»

«¡Nadie!» Con prisa exculpatoria: «Ehbiguetih, dihihte.»

«¡Sí!», ofendido.

«¿Batinas en invierno también?»

«¡Na, qué te eres!» Leo mordió el anzuelo. «¿Cómo vas a patinar en invierno con toa la nieve'n'l suelo? Entonses se patina'n los sharcos'elaos. ¿Has patinado'lguna ves toa una mansana?» Otra vez se expansionaba. «Nosotros sí... yo y Patsy McCardy y Buster Tuttle... desde la Onse hasta Stevens.»

«¡Karamba!», David se relajó otra vez.

«Y Lily Aglorini trató de patinar ayí y ¡bang!» El caparazón del cangrejo trazó un arco rojo. «¡De culo! ¡Uau! Recorrió toa la mansana con las piernas por alto!»

—Las tripas como un pollo, fuera. Y se las está agarrando. ¿Lleva patillas o no?

«Y luego se cayó'l cabayo y el guardia esho senisa. Pero cómo nos reímos d'eya yo y Patsy porque yevaba bragas colorás.»

—No mires más y ya está.

Pero Leo había echado una ojeada sobre su hombro. «¡Oh!» Preguntó con resentida sorpresa. «¿Es eso lo qu'estabas tratando de ver?»

«¡No, no'htaba tratando! ¡Balabra!...»

«Sí, sí que lo'stabas, no vengas con cuentos», disgustado. «¡Y es la segunda ves que no m'escushabas!»

«No leería...» Bajó la cabeza.

«Bueno, ¡venga!» El cangrejo crujió entre unos dientes exasperados. «¡Éshal'una buen'ojeada, anda!»

«¿Buedo?»

«¡Para'so'stá! ¡Claro que pués!»

David se bajó de la silla con aire de excusa y fue hasta allí. «Oh, ahora veo.» Levantó la vista para mirarlo atentamente. «No'h lo ke yo

kreía.» El hombre *era* barbudo pero, en lugar de tener las tripas en la mano, se señalaba el pecho, en el que su corazón rojo quedaba expuesto y luminoso.

«¿Qué crías qu'era?»

«No bodía ver bien», evasivo.

«¿Nunca l'abías vist'antes?»

«No.»

«Es Jesús y el Sagrao Corasón.»

«¡Oh! ¿Y kómo'ht'así?»

«¿Está cómo?»

«Ehtá yeno de luz bor dentro.»

«Bueno, eso's de sagrao qu'es.»

«Oh», comprendió David de pronto. «¡Kom'él» Miró fascinado el cuadro. «EPombre del ke m'abló'l rabino… ¡La tenía!»

«¿Tenía qué?», Leo se puso a su lado y miró hacia arriba.

«¡Esa luz d'ahí!»

«No podía tener ésa», afirmó Leo dogmáticamente. «Ésa's lus cristiana… musho mayor. Mayor que la lus hudía.»

David se había vuelto para mirar a Leo, pero entonces se detuvo y se quedó mirando fijamente la pared opuesta. Encima mismo de su silla había estado colgada todo el tiempo aquella misma figura barbuda. Sólo que esta vez David lo reconoció. Estaba hecha de porcelana de color carne y, con lo que parecían unos pañales de bebé en torno a los riñones, colgaba de una cruz negra vidriada. «¿Es él?»

«Claro! L'abías visto *antes;* ¿no?»

«En algún sitio, sí. Bero no sabía k'ehtaba enzima mihmo de mí.» Con una sensación de temor miró el crucifijo. «Una vez lo vi'n una funeraria'taliana. Siembre yeva klavoh, ¿no?»

«Sí.» Leo cogió otra rebanada de pan.

«Bero no sabía ke fuer'un… ¿No t'enfadaráh, verdad, si te lo bregunto?»

«¡Na!» Y otro cangrejo. «¡Pregúntame!»

«¿Bor ké tiene'se blato rotó'n la kabeza'hí?» Señaló el crucifijo. «Y uno ke n'ehtá roto… akí.» Señaló el cuadro.

«¡Ja! ¡Ja!», se rió a carcajadas Leo, a través de una boca llena de comida. «¡Pero qué lelo eres! No's un plato; ¡es un'aurola! ¿Nunca's vist'un'aurola? Est'esha de lus! Y eso tampoco's un plato», señalando la figura en la cruz, «es la corona d'espinas… más agudas qu'alfileres, que le clavaron los judíos.»

«¿Los hudíos?», repitió David, horrorizado e incrédulo.

«Claro. Los judíos mataron a Cristo. Lo pusieron ahí.»

«¿De verah?»

«¡Claro, vosotros!»

«¡Karamba! ¿Kuándo?»

«Hase musho tiempo. Miles d'anyos.»

«¡Oh!» La lejanía no servía de mucho consuelo. «No lo sabía.» Otras cien preguntas vociferaban en su lengua pero, temeroso de más revelaciones, las sofocó. «¡Karamba! Tiene luz dentro y fuera, ¿no?», fue todo lo que se atrevió a ofrecer.

Sin molestarse en contestar, Leo se lamió los dedos y alargó la mano hacia los caramelos. «¡Ummm! ¡Almendras! Chico, m'apuesto a que podría meterm'unas dies d'ésas en la boca a la ves. ¿Te las da ca ves que vas?»

«No voy.»

«¿No? Cristo, ¡y'iría tos los días si mi tía tuvier'una confitería!»

«Ehtá demasiado lehoh.» Respondía porque sabía que Leo esperaba una respuesta, pero, dentro de él, estaba ocurriendo algo raro, algo que se hinchaba contra sus costados y su pecho, que hacía que las palmas de sus manos se volvieran húmedas y pegajosas, y sus sofocadas palabras reacias, como si estuviera soñoliento.

«¿Y qué?» Leo se chupaba los fragmentos que tenía entre los dientes. «Agárrat'a'lgún carro, ¿por qué no?»

«Ne vihto ninguno.» Se preguntó cómo no oía Leo el golpear de su pecho.

«¡No viste ninguno!», bufó él incrédulo. «En la avenía D... ahí's a dónde fuiste... ¿no?»

«Sí.» Aquella cosa extraña se había hecho casi tan palpable en su respiración como una flema. Un deseo aterrador parecía darle náuseas. ¡Tenía que preguntar! ¡Tenía que preguntar!

«Bueno, ¿por qué fuiste esta ves?»

«Batineh. Bensé ke kizá...», su voz se apagó.

«¿No tenía?»

«No.» Se descubrió resentido por la espinosa brillantez de la voz de Leo... una brillantez que no hacía más que sacarlo siempre de un letargo apasionado pero monstruoso.

«Entonses has que te los compren. Eso's lo que y'ago. Eya los conseguiría más baratos que tú...»

«¡Leo!»

«¿Qué?»

«¿N-no bodríah darme...?» Un dedo se levantó lentamente, señalando. «¿D-darme... uno de... uno de...?» No podía terminar.

«¿Uno de que-e-é?» Leo se dio una palmada en el pecho, muy sorprendido.

«Sí.» Se sentía mareado.

«¿Mi capulario? ¡Cristo, debes d'estar loco! ¡Para qué demonios lo quieres?»

«Lo kiero.»

«¿T'estás'asiend'l grasioso o qué?» Con sospecha.

«¡No!» Sacudió la cabeza con vehemencia. «¡No!»
«Bueno, pero t'eres judío, ¿no?»
«Sí, bero...»
«Bueno, no puedes yevarlo... ¿no lo sabes? Son para los catódicos.»
«¡Oh!»
«De toas formas no tengo... salv'un rosario roto que mi vieja'ncontró'n'n resorán.»
«¿Ké's ese... rosario...?», ansiosamente. «¿Buedo tenerlo?»
«¡Vamos, oye! ¿Estás shalao o qué?»
«Te buedo dar un montón de dulzeh y karameloh... haht'un zentavo... ¿Ves?» Lo exhibió.
«¡Na! No's mío y cuesta musho más qu'eso. ¡Cristo! Si hubiera sabido qu'ibas a ser tan lataso no t'ubiera dejao subir aquí.»
«No lo sabía.» Sintió que le temblaban los labios.
«¡Au, tú nunca sabes!» Hubo un silencio desagradable.
«¿Kiereh ke me vaya'baho?» La voz de David sonaba desolada.
«Au, puedes quedart'aquí», gruñó Leo. «Pero deja de darme la lata, ¿eh?»
«Ehtá bien», humildemente. «No te bediré nada máh.»
«¿Es tacanya tu tía?» Leo, irritado, hizo caso omiso de la disculpa.
«No.» Arrojó de sí el deseo y la desilusión, y prestó toda su atención a Leo. «Me lo da todo.»
«Bueno, ¿por qué n'ases lo que t'e disho...? Pídele que compr'unos patines y te los vend'al fiao, o'lg'así.» «Kizá se lo bida la prósima vez.»
«Claro. Vet'ayí tos los días y te los dará, és'es el truco.»
«No me guhta.»
«¿El qué, pedírselos?»
«No. Sus'ihas. No son suh verdaderas'ihas.»
«Es su madrastra, quies desir.»
«Sí.»
«¿Qué les pasa? ¿Son unas mocosas o qué? ¿Por qué no les'inshas un ojo?»
«Son mayoreh ke yo. Y chiyan por kualkier kosa.» «¿No les tendrás mieo, no? ¡No dejes que t'ashiquen!»
«No leh tengo miedo, bero son suzias y kieren ke bahe kon eyas al sótano y todo eso.»
«¿Al sótano?» Leo empezó a interesarse. «Dijiste qu'eran shicas.»
«Sí, no me guhtan.»
«¿Bajaste?» Sonriendo con ansiedad, se inclinó hacia adelante.
«Sí.»
«¿Ah sí? ¿Y qué hisiste...? ¡Sin tonterías!» «¿Hazer?» David empezaba a ponerse nervioso. «Nada.»
«¡Na!» Leo jadeó incrédulo.
«Eso. Eya me bidió ke me kedara'n'l retrete y meó.»

«¿N'isiste na y t'abían pedio que bajaras al sótano con eyas?»

«Sólo una d'eyah me lo bidió.» Confuso, rechazaba la insistencia de Leo.

«¡Oh!», gritó él excitado. «¡Qué lelo!»

«Borke me diho ke me daría lo ke kisiera.»

«Uy... ¿y no se lo pediste?»

«Yo kería unoh batineh... un bar vieho», inició una lastimosa retirada. «Bensé ke kizá tuviera eya.»

«¡Ay, shico, qué simplón! Y dijiste que tenías dies anyos. ¡Ay shico! ¿Te dehó verlo?»

«¿El ké?» Se negó incluso a sí mismo que había comprendido.

«¡Au! ¿Quieres'aserme crer que no sabías...?», abrió las piernas. «¡La raja!»

«Ehtaban beleand'n la kama», confesó David de mala gana, y luego se detuvo, deseando no haber empezado.

«Bueno, ¿y qué?» Leo exigía la máxima escrupulosidad.

«Nada. Sólo se daban batadah kon... kon lah bier-nah, y bor eso... lo vi.»

«¡Cristo!», suspiró Leo. «¿No yevaban bragas?»

«No.»

«¿Cómo son de grandes eyas?»

«Mayoreh ke yo... una kos'así.»

«¿Mayores que yo?»

«No.»

«De mi tamanyo... ¡ay shico! ¡De qué tenías mieo, so lelo! No son tus verdaeras primas. Ay shico, si yo y Patsy hubiéramos estao ayí ¡ay shico! Ojalá no'stuviera'n'l campamento. Una ves yevamos a Lily Aglorini a mi casa'n la Onse, y l'isimos crer que'stábamos'asiendo los ehersisios del campo de deportes de San José... ¿inclinándose, sabes? Y la inclinamos sobr'una siya y le bajamos las bragas... ¡Ay shico! ¡Eh! Vamos ayí, tú y yo... ¿qué te párese? ¡Me gustan las shicas judías!»

«Kiereh dezir ke kieres'azer... ke kiereh hugar...» David retrocedió.

«¡Claro, venga, vamos los dos'ora!»

«¡Naa!» Su grito era de sorpresa. «¡No kiero!»

«¿Qué pasa... no'stán'or'ayí?»

«N-no. Bero t-tengo k'irme a kasa'ora.» Se había bajado de la silla. «Es'ora de komer.»

«Bueno, entonses después... ¡cuando comas!»

«Dehbuéh tengo k'ir al *heder*.»

«¿Qué's eso?»

«Dond'abrendes'ebreo... kon un rabino.»

«¿No puedes escaparte?»

«Vendría a mi kasa.»

«Vamos de todas formas, antes de que vayas ahí.»

Otra vez aquel globo deformante de irrealidad rodeó sus sentidos. Otra vez se hundió el mundo, se desplazó, y Leo con él… un extraño. ¿Por qué confiaba en nada, en nadie? «No kiero», musitó por fin.

«¡Uaa! ¡Cría que eras mi amigo!» Se mofó Leo, con un feo gesto de disgusto. «¿De modo qu'es así co-m'eres?»

David miró hoscamente al suelo.

«Te voy a desir una cosa», la voz era otra vez ansiosa. «¿Quieres aprender a patinar, ¿no? ¿No?»

«S-sí.»

«Bueno, t'ensenyaré… y'ora mismo además. Te prestaré mis patines cuando vayamos ayí… Un patín para ca uno.»

«¡Naa! Me voy abaho.»

«Au, lijudi… Vamos, te dar'algunas fishas de mi juego de damas… teng'un montón de reinas. Mira, no tienes qu'aser nada si no quieres. Vamos juntos, pero tú te pues quedar fuera. No voy a'aser nada… sólo tocarlas.»

«No kiero.» David estaba en la puerta.

«¡Judío ronyoso! ¿Lo quiés to pá ti, eh? Bueno, pues no t'aserques más a mí o te partiré la boca!» Cuando David abrió la puerta. «¡Esper'un segundo!» Lo agarró del brazo. «¡Ven!» Tiró de David hacia dentro. «¡Vamos! Te diré lo que te voy a dar…!»

«¡No kiero nada!»

«¡Espera! ¡Espera!» Sin dejar de llamar a David, arrastró una silla a través de la cocina hasta un armarito que había sobre la despensa, se subió al borde de ésta y, alargando un brazo sobre su cabeza, sacó una caja de madera polvorienta, que puso en la mesa al bajar. Por su forma, parecía una caja de tizas del colegio y hasta tenía el mismo tipo de tapa corredera. Pero no podía ser una caja de tizas, porque David tuvo tiempo apenas de echar una ojeada a la palabra Dios impresa en letras gruesas y negras… aunque, curiosamente, las letras estaban impresas encima mismo de un pez grande y negro. Pero, antes de que se pudiera inclinar más para descifrar las letras más pequeñas que había bajo el pescado, Leo, con un «aquí'stá lo que querías», había quitado la tapa. Dentro había un revoltijo de baratijas, anillos, medallones y camafeos. Leo rebuscó entre ellos. «Sí, ¿ves esto?» Sacó una ristra rota de cuentas negras de dos tamaños, de uno de cuyos extremos colgaba una cruz diminuta con una figura dorada en relieve, como la de la pared. «Éste's el rosario roto que mi vieja'ncontró, sólo le faltan un par de cuentas. Te lo daré. Vamos, es sagrao de verdá.»

David lo miró, fascinado: «¿Buedo tokarlo?»

«Claro que sí, venga.»

«¿Haze lo mihmo k'el ke yevas al kueyo?»

«¡Claro que l'ase! Y es musho, musho más sagrao.»

«¿Y tú me lo daráh?»

«¡Claro que te lo daré… para siempre! Si me yevas manyana contigo, es tuyo. ¿Qué dises, trat'esho?»

Con la cabeza dándole vueltas, David miró aquellas cuentas bien dibujadas que no centelleaban. «Trato he-echo.» Titubeó.

«¡Buen shico!» Leo dio vueltas a las cuentas entusiásticamente. «¡Mira! No tendrás qu'aser nada… sól'es-tarte quieto como te dije. No son realmente tus primas… qué t'importa… ¡ay shico! ¿A dónde dises que la yevaste?»

«No la yevé yo… me yevó eya.» Ahora que había consentido, el miedo se había apoderado realmente de él.

«Da igual… ¿adonde?»

«Al sótano… su sótano… baho la tienda, don-de'htá'l retrete.»

«La yevaremos ayí también, ¿eh?»

«Ber'ay que basar bor la tienda.»

«¿Qué? ¿No te pues meter por fuera?»

«No lo sé.»

«¡Seguro que sí! La puerta'stará'bierta, m'apuesto… ¿A qu'ora vamos?»

«A k'ora kiereh tú?»

«Por la manyana… temprano… a las dies. ¿Qué te párese? T'esperaré delante de tu porshe con los patines. ¿D'acuerdo?»

«D'akuerdo», consintió apagadamente. «Ahora me voy abaho.»

«¿Qué prisa tienes?»

«Tengo k'irme. Tengo k'irm'a kasa.»

«¡Bueno, entonses adiós! Y no t'olvides… a las dies.»

«No… a las diez.»

Salió, y la puerta se cerró sobre la última risita de Leo. Y anduvo a tientas hacia las oscuras escaleras y bajó. La esperanza y el miedo y la confusión lo habían dejado sin pensamientos. Su mente estaba ahora embotada y en suspenso, como si estuviera soñoliento de frío. Sin palabras, sin imágenes, sintió otra vez cómo el pasado y el futuro convergían en el mañana. Y tenía que encontrar un disolvente para sus miedos o estaría perdido. Anduvo hacia la melancólica lluvia como hacia un presagio.

XI

MAÑANA avanzada.

Su nerviosa mirada vagaba de la escarchada ventana al reloj y volvía otra vez a la ventana...

«Gira, gira, gira, ruedecita del molino», la voz de ella, apenas más articulada que un zumbido, sonaba ahora curiosamente distante. «Que trabajar no es jugar y así las horas pasar, ruedecita del molino.» Con sólo las piernas en la cocina —las suelas flojas de sus usadas zapatillas de casa le colgaban de los talones desnudos— su madre estaba sentada en el alféizar frotando la parte exterior del cristal de la ventana. Bajo los vigorosos golpes de su trapo, las orillas nevadas del polvo de limpieza se abrían rápidamente, convirtiéndose de canal en golfo. Y, en aquella claridad que se iba abriendo, apareció primero el cuello de ella, derecho entre la barbilla levantada y su viejo vestido azul, luego su cara, pálida y de planos múltiples, y por último su cabello castaño, que captaba el sol en una ligera neblina dorada. «Gira, gira, gira, ruedecita del molino...»

—¡Quisiera que entrase! Me asusta cuando se sienta así. Y es un cuarto piso... ¡muy, muy alto! ¡Si se...! ¡Ooh! ¡No! Y era esa ventana. Se puede ver el tejado desde aquí. Sí, ahí es donde estaban... ¡Hijos de puta!... Desde ahí es desde donde miraron.

Irritado, desvió su mirada hacia la otra ventana, que estaba abierta y daba a la calle. El cielo sobre los techos, lavado y sin nubes después de la lluvia, se burlaba de él con su serenidad. En la calle, demasiado por debajo de la ventana para poder verla, la crecida había subido con la mañana y una babel de ruidos y voces pasaba sobre el alféizar como sobre un dique. El aire era excepcionalmente frío. Entre las cortinas corridas de una ventana abierta, al otro lado de la calle, una mujer peinaba el pelo de una niña con un peine rectangular y negro. La niña daba un respingo cada vez que el peine se hundía, y sus débiles chillidos flotaban sobre las intrincadas crestas del estruendo en oleadas de la calle.

—Un peine para despiojar. Hace daño. Se te clava en la cabeza... Me pregunto si... ¡Me pregunto si...! Es tarde ahora, pero no me atrevo a mirar afuera. Si me está esperando... Pero no puede estar ya ahí. Debe de haberse ido. ¡Seguro! ¿Ahora son...? Casi las once y media. A las diez, dijo. Debe de haberse ido. Las once y media y las once y media y sin novedad... ¿Dónde? El vigilante aquella vez, en el libro. En el curso tercero A, sí. Un reloj. En alguna parte. Nogal, nopal, boj. Reloj. Nunca he tenido. Pero... una rueda... ¿qué? Una vez... Una vez yo... Dilo otra vez y recuerda. Nogal, nopal... ¡absurdo! ¿Por qué se

dice así? Nogal, nopal, noria, achicoria. En el café. En una caja blanca por ocho centavos con los lados amarillos. Caja. Ayer. Dios, dijo, y más sagrada que la luz judía del carbón. ¿Y a quién le importa eso? Pero ese pescado, ¿por qué ese pescado? No pude leer todas las letras pequeñas. Me hubiera gustado hacerlo. Me apuesto a que lo dicen. Las cuentas del rosario traen suerte, me dijo. No tengo que tener miedo a nada. ¡Caramba si lo tuviera!... pero no quiero, eso es todo. No voy a ir. Y ese sueño extraño que tuve cuando me lo dio. ¿Cómo era? Estamos en un tejado con una escalera. Y él sube hacia el sol... zip, uno dos tres. Una pelota redonda. Una pelota redonda que brilla... ¿Dónde lo he dicho, visto? Una pelota redonda y él la revienta con una piedra y la pone en el cubo. Y entonces me la como. Mejor que bizcocho. Mejor de lo que he comido nunca. Me pregunto de qué estaba hecha... ¡De nada, bobo! Sueños. Sólo estaba soñando...

La ventana, al chirriar, detuvo su intermitente ensoñación.

«¡Ya está!» Su madre dio un suspiro de alivio pasando bajo el bastidor de la ventana. «Ahora sólo hace falta otro buen chaparrón para estropearlo todo.»

La mirada de David siguió la de ella. Inmaculados ahora, los cristales no traicionaban su presencia más que un aliento enjoyado... salvo allí donde imperfecciones mínimas transformaban en espiral unos inexplicables matices en rarezas deformantes.

«Están muy limpios», dijo él tranquilizándola con viveza. «Ya no tienes que sentarte más ahí afuera.»

«Sí que lo están», se lavó las manos bajo el grifo. «Ahora voy a colgar mis cortinas.» Y, cogiendo la toalla. «No vas a bajar hoy, verdad?» Su sonrisa era de perplejidad.

«¡Sí que bajaré!», protestó él cauteloso. «Pero más tarde quizá.»

«¿Sabes», desenrolló la cortina, «que últimamente te has estado portando casi como aquella vez en Brownsville, cuando te pegabas a mis faldas como la pez? ¡Y qué miedo te daba aquel tramo de escaleras! ¿No será eso lo que te preocupa ahora ? »

«No.» De pronto se sintió enfadado con ella por acorralarlo. «No tengo nada que hacer abajo. Ya te lo he dicho.»

«¿Qué ha sido de todos tus amigos?» Su rápida mano ató la cuerda de la cortina alrededor de un clavo. «¿Se han mudado todos?»

«No sé... de todas formas no me gustan.»

«Ach!» Desesperada. «La madeja con que juega un gato es más fácil de desenredar que mi hijo. Ayer llovió desde el mediodía hasta la noche... y tú subías y bajabas las escaleras como una batidora de mantequilla. Y después de cenar, entre la hora de irse a la cama de Albert y la tuya, te quedaste ahí junto a la ventana tan inquieto como un pájaro... aunque más silencioso. ¡Te vi!» Levantó un dedo suavemente amonestador. «Bueno, ¿cuál es el problema? ¿Qué te

pasa?»

«¡Nada!» Frunció los labios, caprichoso. «No me pasa nada.» Pero su cerebro trabajaba ya, ejercitando una excusa.

«Sé que te pasa algo», insistió ella gravemente. «Esta mañana te despertaste conmigo —a las siete— y ayer también. Pero ayer hubieras despreciado el desayuno si te hubiera dejado, en tu ansia por bajar. Y hoy... Bueno, ¿qué pasa?» Una ligera impaciencia teñía su tono.

«Nada.» La rechazó encogiéndose de hombros.

«¿No se lo quieres decir a tu madre?»

«Sólo es un chico.» Ahora *tenía que* responder. «Quiere... quiere pegarme. Ha dicho que lo haría si me encontraba. Eso es todo.»

«¿Un chico? ¿Quién?»

«Un chico mayor... Kushy... se llama. Ayer dijeron que había una moneda de veinticinco centavos en el sótano de la calle Décima. Y todos fueron corriendo y trataron de cogerla. Y Kushy dijo que no había podido cogerla porque yo lo empujé.»

«¿Y qué?»

«Bueno, él y su socio quieren pegarme.»

«Oh, ¿y eso es todo? Bueno, eso tiene fácil arreglo.»

«¿Cómo?» La momentánea satisfacción consigo mismo se transformó en inquietud. «¿Qué quieres hacer?»

«Bajaré contigo.»

«¡No!»

«Cómo que no, claro que iré. No voy a dejar que nadie te tenga aquí encerrado todo el día. Dime quiénes son y yo...»

«No, no puedes hacer eso», la interrumpió desesperado. «¡Si bajas y les hablas me llamarán cagueta!»

«¿Qué quiere decir eso?»

«Quiere decir que te cagas de miedo.»

«Bueno, ¿no es verdad?», se rió. «¿No tienes un poco de miedo?»

«No lo tendría si no fueran tan mayores.» Trató de hacer más profundo aquel canal de desviación. «Tendrías que ver lo mayores que son. Y son dos.»

«Razón de más para que baje contigo.»

«¡Pero es que no quiero bajar!» Categórico. «Quiero quedarme aquí.»

«Lo dices por decir.»

«¡No, claro que no! Tengo hambre.»

«Te he ofrecido bizcocho y una manzana», le recordó... «Hace sólo un rato, cuando empecé a limpiar.»

«Entonces no tenía hambre.»

«Ach!», se burló ella, mirando el reloj. «Eres como esos moscones brillantes de Austria, que pueden volar hacia atrás y hacia adelante o

mantenerse en el aire como si estuvieran allí clavados. ¿Y qué harás después de alimentarte... quedarte aquí a esperar al Mesías?»

«No. Entonces correré al *heder,* y jugaré en el patio, esperando al rabino.»

«Me pregunto si estás diciendo la verdad.»

«Claro que la digo.» Su mirada ofendida se mantuvo firme.

«Bueno.» Suspiró ella. «¿Qué te gustaría... tortilla con mermelada?»

«¡Yam! ¡Yam!»

«Muy bien.» Sonrió cariñosamente. «Mientras pueda hacerte comer, me siento segura... Ésa es nuestra única contraseña.» Sus pechos se hincharon y las ventanillas de su nariz se dilataron súbitamente. «¿Pero por qué suspiro?» Y, yendo al armario de la porcelana, sacó varios platos. «Creo que la causa es el limpiar ventanas. Siempre me recuerda Brownsville y aquel escaparate. con garabatos y rostros en él. Me pregunto si lo habrán limpiado ya.» Fue a la nevera. «¿Sólo ha pasado un año y medio desde que nos mudamos? Parece estar más lejos de la distancia que se puede recorrer por cinco centavos.» Y se quedó silenciosa, rompiendo los huevos contra el borde del cuenco.

—Caramba, qué suerte para mí haber pensado. Puedo engañarla cuando quiera. No sabe. De modo que no tendré la cosa negra de la caja. ¡Qué importa!

La cocina de gas se encendió de repente, suavemente, bajo la cerilla. Levantando una sartén de su gancho de la pared, ella la puso sobre la reja... pero un momento más tarde la apartó a un lado como si hubiera cambiado de idea, y se dirigió a la ventana de la calle.

—¡Espero que no! Espero que no sea él todavía.

(Su pensamiento sobresaltado se unió al de ella.)

«¡Bien!», exclamó ella triunfante, metiendo la cabeza. «Lo he hecho a tiempo. A veces creo realmente en los presentimientos.»

—¡Aaa! ¡Quisiera que se le cayera el caballo o algo así!

«Ahora puedo dar de comer a mis dos hombres», se rió ella. «¡No es un placer frecuente!» Y se apresuró a ir otra vez a la nevera.

Él se quedó rígido, con los oídos tensos sobre el rápido batir de huevos. Entonces lo oyó, pausado, resonante, al alcance de la mano. El pomo de la puerta giró... El rostro áspero, curtido por la intemperie.

«¡Estoy dispuesta!», dijo ella alegremente. «Al segundo.»

Con las mejillas distendidas en su breve resoplido acostumbrado, él dejó caer su gorra sobre la tina de lavar y apoyó el látigo nuevo contra ella. David miró hacia la cocina. Su madre había tirado el látigo viejo y roto entre la cocina y la pared. Su padre fue al fregadero y empezó a lavarse las manos.

«¿Cansado?» Preguntó ella mientras vertía la espuma dorada en la sartén siseante.

«No.»

«Tortilla de mermelada y guisantes secos, ¿te va bien?»

Él asintió.

«¿Todavía falta el otro?»

«Por eso llego tarde otra vez.» Se secó las manos. «Hasta mañana.»

«*Ach!* Me alegraré tanto cuando vuelva.»

Él encontró su mirada con sus ojos oscuros e impasibles, y se dejó caer en una silla. «¿Cómo es que nuestro heredero está en casa?» Sus labios delgados se contrajeron, deformando la lisa mejilla.

—¡No! ¡No se lo digas! ¡Au! (Pero ni siquiera se atrevió a mirarla suplicante.)

«¡Oh!», dijo ella ligeramente. «Alguien lo persigue. Uno de los chicos mayores de la calle.»

—¡Aaa! Se lo ha dicho. ¡La odio!

La mirada indiferente de su padre pasó del rostro de ella al de David como el lento radio de una rueda. «¿Por qué?»

«Algo de una moneda en un sótano. Estaban tratando de cogerla... no sé cómo. Pero el otro... ¿cómo dijiste que se llamaba?»

«Kushy.» Malhumorado.

«Sí. Ese Kushy pretendió que le había empujado en el momento mismo en que lo subía... el dinero. ¿No pasó así? ¿No te parece la típica pelea infantil?» Se inclinó sobre la cocina. «Sólo que si es por dinero, no es tan infantil, supongo.»

«¿Un sótano?» El endurecimiento de su voz fue apenas perceptible. «¿Cuándo?»

¡Au! ¡Cree que le he metido un cuento!

«Ayer dijiste, ¿verdad, David? Ella le daba la espalda. «¿No te importa si tomamos el café que hice esta mañana?»

«Sí», los ojos asustados de David se levantaron ante la sombría presión de los de su padre. «Di-dije que fue ayer.»

La enjuta mandíbula de su padre se había apretado. Unas pestañas caídas contenían el rescoldo de su cólera. «¿Y qué más?»

Y aunque David sabía que la pregunta le estaba dirigida...

«¡Bueno, eso es todo!» Su madre se rió, como sorprendida por el interés de su marido. «Salvo que le he ofrecido bajar a la calle con él, ya que el otro ha amenazado con pegarle.» Llevó la tortilla y la cafetera a la mesa. «Pero no ha querido... dice que le llamarían... ¿qué?... cagueta.» E, inspeccionando la mesa puesta. «¿Tengo todo lo que hace falta? Agua, sí. ¡Santo cielo!» Exclamó mientras se dirigía a la fregadera. «¿No sería hora de que aprendiera a hablar inglés?»

—¡Él sabe que no! (David se endureció.) ¡Sabe que no fue ayer! ¡Sabe que he mentido!

Pero, «¡Hmf!», gruñó su padre, relajándose. «Es suficientemente mayor para cuidar de sí mismo.» Había una extraña y velada

expresión de satisfacción en su rostro.

«Pero, ¿y si son mayores que él, Albert?» Protestando suavemente, puso la rociada jarra de cristal en la mesa. «Ya sabes, ellos...»

«Sin embargo», la interrumpió su padre, «si son demasiados, diles que iré yo con el látigo si te tocan.» Y, levantando los ojos hacia ella, empezó a partir el pan. «Sólo para asustarlos.» Añadió.

«Sí.» Ella se sentó, incierta. «Pero es mejor no convertir en una pelea entre familias una amenaza..., especialmente si se trata de la amenaza de un chiquillo.» Él no contestó. Y en el intervalo en que se pasaban la comida...

—Se ha puesto de mi parte. (Mecánicamente, David levantó su tenedor.) Ella se lo ha dicho y él sabe que he mentido y se ha puesto de mi parte. ¿Acaso... lo he engañado? ¡Naaa! Cómo me ha mirado...

«Sabes», su madre apuntó una sonrisa meditativa, «casi han pasado siete años desde que bajé de aquel barco, y todavía no me he peleado con nadie. No quisiera empezar ahora.»

«Sería un milagro que lo hicieras.» Su voz no tenía entonación. «Has llevado una vida tan retirada como una monja.»

«No tan protegida, Albert.» Parecía un poco picada. «Comparada con la tuya, sí. Pero los vendedores ambulantes cuando voy de compras... *ach!*... te sueltan cosas tan picantes como emplastos de mostaza... mucho más que cebollas o zanahorias... No hay nada como un vendedor ambulante.»

—Seguro que lo sabe. Me apuesto un millón. Estaba en el carro entonces. Precisamente cuando Kushy se levantó.

Y ella le dijo que fue ayer. Y él no ha dicho nada...

«Pero lo que quiero decir es ¿cómo voy a responder a una de esas arpías nativas si me suelta la tarabilla de su lengua en inglés? ¡Che! ¡Che! ¡Che! Parlotean y sisean como un cedazo lleno de ceniza.»

Delgada como una sombra o como un soplo sobre el agua, una rara sonrisa distendió el rostro de su padre. «Pues diles tú cheh, cheh en yídish.»

«Es que me sentiría tan humillada», se rió ella.

«Pues entonces no les contestes. Ponte colorada y vete con la cabeza muy alta.»

«Ach!» Ella lo miró curiosamente. «Eso sería muy fácil. Pero si hubiera trabajado en una tienda como la tía Bertha, habría podido aprender ya... Ella echa *humo* por la boca.»

«¡Verdadero humo! No te deja ver.» Sus labios apenas se curvaron.

«¿Ah sí? A mí, sobre todo desde que tiene la confitería, me suena como agua que corre...»

«Más bien como una rociada de fango.»

«O de arena. Iba a...»

«Entre los dientes.»

«Hoy estás ingenioso.» La curiosidad de ella parecía haberse inmovilizado en su rostro de forma permanente.

Él volvió a contraer la mandíbula, y alargó la mano para coger el café.

—¿Es amigo mío? No. No puede ser. Claro que no. Pero por qué... ¡Oh! Sabe que he mentido. Eso es... ¡Bobo! ¡Come! ¡Se darán cuenta!

«¿Y tú hablas tan bien por haber aprendido entre los *goyim?»*

«En parte. Pero cuando comía en las cervecerías para ahorrar dinero para tu pasaje, solía escuchar a los otros... En las cervecerías se habla fuerte. Y un día fui suficientemente audaz para responder a uno que estaba borracho. Y él creyó que yo también lo estaba. Entonces supe que había dado el primer paso.»

«Menuda comida *kosher* te darían.» La expresión de ella se había cambiado por otra de serena comprensión.

«Cuando te gastas cincuenta centavos diarios para seguir respirando, no preguntas si el rabino ha bendecido la carne que comes.»

«Me alegro de que tuvieras un estómago más fuerte que aquel que se comió un plato de pato porque era muy barato. Escribió a casa para contarlo... y se murió.»

«¡Humf!»

«¿Tendrás tiempo hoy para una siesta?» Alargando el brazo, ella le dio unas palmadas en la mano... un gesto tan raro como la sonrisa de él.

El rostro de él se oscureció. Se aclaró la garganta.

«Todavía tengo una hora.»

David se deslizó de la silla. «¿Puedo bajar ahora, mamá?»

«Espera, todavía tengo una pera para darte.»

«¿Puedo comérmela cuando baje?»

«¿Te sientes seguro ahora?» Fue a la nevera.

«Sí.» Miró apresuradamente a su padre.

«¿Y estás seguro de que no quieres que te vigile un poco desde la ventana?» Le puso en la mano la fruta helada y brillante. «¿Hasta que hayas visto si está ahí ese Kushy o no?»

«No. Correré al *heder.»* Y, cuando su madre se inclinó para darle un beso...

«No te metas en líos», una ligerísima insinuación endurecía la voz de su padre. «¿Me oyes?»

«Sí, papá.» Una vez más, sus miradas se rozaron. David alargó la mano hacia el pomo.

«Y no te olvides de comerte la pera», le recordó ella. «Es tan dulce como...», su voz se hizo confusa al cerrarse la puerta.

Se apresuró a bajar las escaleras y, al llegar a la calle, miró a su alrededor apresuradamente. No había señales de Leo por ninguna

parte. Bien, ¡aquello era un alivio! Iría ahora al *heder* y se quedaría en el *heder* hasta que llegara el rabino. Rodeó el carro de leche de su padre, atravesó la calzada oblicuamente y dobló hacia el oeste...

El súbito zumbido de unas ruedas a sus espaldas... ora más fuerte en la acera, ora rugiendo momentáneamente sobre la cubierta hueca de alguna bajada de carbón...

«¡Eh tú!»

No tuvo necesidad de volverse.

Leo, con la gorra en la mano y la furiosa boca abierta en su rostro encendido, trazó un gancho a su alrededor, frenó su carrera con un patín chirriante y abrió los brazos en ángel para detenerse. De pie sobre sus patines, parecía casi un adulto, con su clara cabeza rubia alzándose sobre la de David.

«¿Querías escaparte, ¿eh?» Su nariz respingona se frunció en gesto colérico. «¿Por qué no me dijiste que no querías ir, en lugar d'aserme esperar to el día?»

«Yo n'e dicho ke no kisiera ir.» David levantó los ojos, sonriendo apaciguadoramente.

«Bueno, ¿por qué n'as bajao? ¿A qu'esperabas? Sabes que dijimos qu'a las dies.»

«Tuve ke kedarm'ahta ke yegó mi badre... ¿Veh? És'es su karro.» Señaló hacia él, confiando en que Leo viese una conexión que él sabía no existía.

«Bueno, ¿y qué?» Después de echar una mirada.

«Nada. Bero mi madre'htaba'nferma, y tuve ke ke-darme...»

«¡Au, shorradas! ¡Sabes qu'estás mintiendo!»

«¡No'htoy mintiendo!»

«Está bien. Vamos si vienes. Antes de que tengas qu'ir a es'otro sitio... como se y ame.»

«No buedo. Tengo k'ir ahora. ¿Kieres una bera?»

«¡Qué!» Leo no hizo caso de la fruta que se le ofrecía. «¿Después d'aber disho qu'irías? No intentes eshar-t'atrás, o me quitaré los patines y te partiré la cara. ¡Es-cusha! ¡No voy a'aser na! Ya te l'e disho... ¿de qué ties mieo?»

«Mi tía'ht'ayí también», repuso débilmente. «En la konfitería. S'enterará.»

«¿Cómo se v'a'nterar, so lelo? La'vitaremos, ¿no comprendes? La yevaremos al sótano cuando no mire naie. ¡No l'intentaremos si eya mira! Vamos, te dejar'uno de mis patines.» Y, sacando su llave de los patines, se sentó en la acera. «Siéntate, ¿eh? Sabes lo que tengo pá ti, ¿no? ¡Siéntate!» Y, cuando David se acurrucó a su lado. «¿Es'es para mí?» Alargó la mano hacia la pera.

«Sí.»

«Párese buena.» Se relamió.

«¿Lo yevas enzima?»

«¿El qué?» Entre bocados. «¿Te refieres al rosario? Claro, ¿dónde crías qu'estaba, arrib'n casa?» Echándose a un lado, se sacó unas cuentas del bolsillo. «¿Lo ves? Es tuyo, no t'olvíes.» Y, volviéndoselas a guardar, se ocupó del patín izquierdo... y se libró de él sacudiendo el pie. «Vamos, pont'sto. Yo t'ensenyar'á montar, no t'asustes. Dame la pata. Así, ¿ves?» La correa se apretó bajo el tobillo de David y las abrazaderas agarraron luego firmemente la suela de su zapato. «Empuja con el otro pie... mírame. ¡Y ahora déjat'ir! ¡Es'es! ¡Buen shico!

¡Vamos! ¡Es'es!» Tiró el corazón de la pera a la calzada, y se dirigió hacia la avenida D. «Yegaremos ayí'n un minuto con un buen remolque... ya verás.»

«¡Karamba!» La nueva libertad de movimientos era regocijante. «¡Karamba, ké divertido!»

«¡Qué t'abía disho!» le instó él jubiloso. «Vamos, ya te l'abía disho, es tan fásil como comer... ¡Eh, aprendes muy deprisa!»

Doblaron la esquina, mientras Leo seguía animándolo a gritos.

XII

RIÉNDOSE, charlando sin aliento, habían sido remolcados hasta dos manzanas de distancia de Kane Street cuando el carro se desvió de su ruta. Lo soltaron. El mortero y almirez dorados se alzaban ante ellos… ¡tan cercanos! Calmándose instantáneamente, David se quedó atrás.

«¿No breferiríah batinar de vuelta ahora?»

«¡Nou!» Explotó Leo impaciente. «¿Para qué te eres qu'hemos venío hast'aquí? ¿Es la manzana siguiente, ¿no?»

«No», apático. «Eh la otra, bero yo…»

«Vamos entonses.» Leo se lanzó con ímpetu. «Vamos, ¿quieres?»

No podía hacer otra cosa que seguirlo. Su sangre, que un momento antes resonaba con alegre abandono, acentuaba su esfuerzo, aumentando el peso de su ritmo hasta convertirse en un redoble siniestro. Llegaron a la esquina que tenían que doblar…

«Eh, Leo», David le tiró de la manga, «¿kuándo me lo vas a dar?»

«¿Qué?», impaciente.

«Ese rosario, komo se yame, ke tienes en el bolsiyo.»

«¡Au, cuando yeguemos ayí.» Leo lo rechazó con gesto vehemente. «¿Por qué te preocupas? Primero'nsé-ñam'l sitio, ¿no?»

«Bor akí.» Se puso en cabeza, cautelosamente. «¿Veh dónde'htán lah barrikah del'ielo, hunt'a la buerta?»

«Sí», Leo examinó atentamente el terreno. «Sól'es-tá'n pokumedo, ¿no? ¿Dónde fue donde… ¡Uau!» Su voz bajó con alegría contenida. «¿No te l'abía disho? ¡Hay'scaleras bajo la tienda, como yo pensaba!» Le dio un brusco codazo a David. «Sígueme, ¿eh?»

Con los latidos de su corazón aumentando hasta convertirse en un golpear aterrorizado, David lo guió al otro lado de la calle. Le parecía raro que los que estaban de pie en algún porche o pasaban no se dieran cuenta de su creciente terror.

«Quítate la correa.» Leo se arrodilló para soltarse la suya.

«¿Ké vas a'zer?» Acurrucado a su lado, David soltó la hebilla con dedos pegajosos.

«¡Nada! No t'asustes.» Su susurro sonaba extraño contra el fondo sonoro de la calle. «Vamos a ver tus abra-saderas.» Se las soltó y se puso en pie con los dos patines en la mano. «¿Puedes ver a alguien'n la tienda?»

«No buedo ver bien dehd'akí.»

«Bueno, asércate con cuidado. ¡Cristo! No seas tonto. Muévete.»

Desde su momentánea posición ventajosa, David miró apresurado la puerta en sombra, a través de la calzada iluminada por el sol. «¡Mi

tía'ht'ahí!» Susurró, acelerando el paso. «Y kreo k'eh Bolly.»

«¡Hay *dos* shicas dentro!», replicó Leo vivamente cuando pasaron. «Las'e visto de pie ahí delante.»

«Sí, bero no konozk'a l'otra.»

«¿Y eya no'stab'ayí, cómo se yama? ¿La que bajó contigo? ¿No? Bueno, vamos a volver.» Volvieron sobre sus pasos.

«No. En kualkier kaso no l'e vihto. Será mehor ke noh volvamoh.»

«Para'l carro, ¿quieres? ¿No puedes esperar un minuto hasta qu'aparesca?» Descontento, se recostó en la barandilla que había junto al porche. «Tienes mucho tiempo, ¿por qué te preocupas...? ¡Eh, escóndete! ¡Escóndete, venga!» Empujó al sobresaltado David detrás de él. «¡Van a salir! ¡Quédate dond'estás o te verán!» Y, tras unos segundos: «Cristo, ha faltao poco, pero ahora se van por el otro lao. Está bien.» Se echó a un lado, dejando sitio a David para que las viera. «¿Cuál es su'rmana?»

«La flaka», David siguió furtivamente con la vista a las dos chicas. «Ésa'h Bolly, la del vehtido amariyo kon la bolsa de la kombra negra.»

«¿Qué te paresen, heh?» Los ojos azules de Leo se abrieron significativamente. «Cuando vuelvan.»

«¡Naa!» Se apartó. «No lah konozko... a l'otra.»

«¡Au, cojones!» Leo oscilaba entre la furia y el ardor. «¡No quieres'aser nada, eso's lo que pasa! Ven, vamos a eshar otra ojeada. Quisá esa Ester esté'ora dentro.» Arrastró otra vez a David por delante de la tienda. No había rastro de la chica. Sólo estaba la tía Bertha sentada detrás del mostrador y leyendo un periódico. «¡Au, Recristó, qué mala pata!»

«Ya veh, Ehter no'htá.» David sintió que ahora podía discutir con más audacia. «Y si noh kedamos akí, los shikos y tod'el mundo noh verán.»

«¡Au, al diablo con eyos! Las cayes son de tos, ¿no? Quién me va' impedir andar por akí, me gustaría saber.» No obstante, su labio inferior cayó con desaliento. «¿Eya vive'n la parte d'atrás, no?»

«Sí», ofreció la información ansioso. «En la barte d'atráh de la tienda. Tieneh ke basar bor donde'htá sentada mi tía, y eso no buedes'azerlo.»

Pero su consejo, en lugar de convencer a Leo de la futilidad de más esfuerzos, lo espoleó a actuar. «¿No puedo, jah?», fue su desafiante respuesta. «Bueno, ¡mírame! ¡Ven!» Bajó del bordillo.

«¿Ké vas a'zer?» Se echó atrás, consternado.

«No dejes qu'esa señora gorda te vea», Leo le cogió del brazo, confiado. «Y has lo que te diga, ¿m'en-tiendes?» Se detuvieron ante el porche de la primera casa, al oeste de la confitería. «Ahora, cuando nadie mire, métete en ese sótano y escóndete. Yo vijilaré, ¿comprendes?»

«¡Naaa!»

«¡Vamos! Sé buen shico.» Con mayor confianza aún. «¿Quieres ese rosario, no? Bueno, si bajas… y'iré detrás. Te lo dar'ahí.»

«¿Y luego ké vas a'zer?»

«Luego'ntraremos en el patio.» Su sinceridad era concienzuda. «Y si eya'stá'yí, muy bien, y si no'stá, muy bien también… Te lo daré de todas formas. Y nos iremos a casa.»

«¿Y eso será lo último?»

«¡Te lo juro por Dios! Y ahora vamos, métete.»

Echando una mirada asustada a su alrededor, David se acercó furtivamente a las escaleras del sótano que había bajo el escaparate de la tienda.

«¡Escóndete!», fue la señal de Leo por un lado de la boca.

David se deslizó escalones abajo. Un momento más tarde, Leo lo siguió, pasando a su lado hacia la cerrada puerta.

«Mierda, espero que s'abra.» Se apoyó contra ella. «¡Sí!», con triunfo amortiguado, cuando la puerta se abrió.

La repentina corriente del sótano trajo con ella aquella humedad familiar. En el extremo opuesto de pasillo de oscuridad, la figura oblonga de luz era estrecha… la puerta ligeramente abierta. «Vamos», susurró Leo sigilosamente. «No hagas ruido.»

«¿Me lo vas a dar ahora?» Vaciló en el umbral.

«¡Claro! En cuanto yeguemos al patio.» Cerró otra vez la puerta, cuando David penetró en aquella oscuridad viscosa. «N'agas ruido, ¿eh? ¿Dónde está'l cagaero?»

«Bor ayí.» Aquella oscuridad sin costuras se tragó la mano que señalaba. «Ahí hay una buerta. ¿Ké vas a…?»

«¡Sh! Sígueme. Quisá'sté dentro.»

«Nunka baha sola.»

«Vamos a mirar de toas formas.»

Él lo siguió a tientas… Una barra de sombra en un muro de oscuridad.

«¿Es eso?»

«Sí.»

Una pausa. «N'ay nadie ahí.»

«No.»

«Eh, dim'otra ves cómo se dise», el aliento de Leo en su mejilla era cálido. «Esas palabras judías que te pregunté durante'l recorrío.»

«¿El ké?»

«¡Ya sabes! *Shine… ¿Shine?»*

«Shine maidel»[1] de mala gana.

«¡Sí! *Shine maidel! Shine maidel.* Y l'otra. *Took… tookis*[2] , ¿no's eso?»

«Sí.»

«Vamos.»

Avanzaron. Allí donde la cuña de luz hacía palanca en la puerta entreabierta, Leo se detuvo y echó una ojeada al patio. «¿Eya viv’ahí’rriba, donde’stán los escalones?» «Sí.»

«Toma, coje’sto, quieres... antes de que salgamos.» Un patín tintineó débilmente cuando puso su correa en manos de David.

«¿K-ké kiereh k’aga?» David sostenía el patín apartado, como si se hubiera vuelto peligroso.

«Na. N’agas na.» Le encareció Leo tranquilizadora-mente. «Sólo sal conmigo y has crer que te lo’stás quitando... has ruido, ¿comprendes? Si eya’stá’n la parte d’atrás, di sólo que soy tu amigo y te dej’usar los patines y to eso. Y entonses l’ablaré yo.»

«¿Y entonzeh me lo daráh?»

«¿No t’e disho que sí? Vamos.» Miró audazmente a su alrededor, a las ventanas abiertas. «Nadie nos mira.»

Y los dos subieron al refulgente patio.

«¡Ahora!» Susurró, dejándose caer sobre una rodilla y arrastrando a David a su lado. «Como si acabaras de yegar... musho ruido. ¡Vamos!» Golpeó con su patín contra el suelo. «¡Sí! ¡Caramba!» Su voz se elevó en sonora y pretendida bravata. «¿Qué si te gano? ¡Uau! ¡Cuando quieras! ¿Dos mansanas? Qué son dos mansanas. Te desafío a dies... ¡Di algo, por el amor de Cristo!»

«¡Sí! ¡Sí!», contribuyó David trémulo. «Dies mansanas no podrás. ¡Sí! ¡Sí!»

«¡Venga, claro que pueo!» Sus fanfarronadas se hicieron aún más fuertes. «¡Qué t’apuestas! ¿Un dólar? A ver la pasta...» El clic del pestillo de la puerta. «Claro que pueo. T’aré...»

A medio camino en el surco de la puerta que se ensanchaba, dos ojos miraron afuera. Una coleta suelta se columpió hacia el sol. Esther, con una revista ilustrada en la mano, miró afuera sorprendida y furiosa.

«¡Tú!» A David. «Ké’htás’aziendo en mi batió.»

«N-nada, yo...»

«¡Hola, shica.» Leo, agradable e imperturbado.

«¡Káyate!» Indignada. «Se lo dir’a mi madre... ¡Ma...!»

«¡Eh!» La rápida exclamación de Leo la interrumpió. «Esper’un segundo, ¿quieres?» Y cuando ella se detuvo haciendo una mueca. «¿Este shico’s tu primo, ¿no?»

«¿Y ké kiereh?»

«Bueno», con sorpresa dolorida: «¿No pued’ntrar en tu patio?»

«No, *no* buede.» Movió la cabeza decididamente. «¿Bor ké n’a’ntrado bor delante? ¡Mamá!»

«Te lo diré.» Leo se esforzaba desesperadamente por entretenerla. «Danos tiempo, ¿no?»

«¿Ké pasa?», con despectiva incredulidad.

«Lo que pasa's esto.» Leo se acercó a los escalones y bajó la voz a un tono confidencial. «Es demasiao tímido.»

«¿Bor ké tiene ke ser tímido?»

«Comprendes», le sonrió, le guiñó un ojo. «Tenía qu'aser algo, eso's to... ¡ya sabes qué!»

«No sé ké.» Aunque un tanto aplacada, seguía siendo categórica.

«¿N'es verdá, Davy? Tenías qu'ir al retrete.»

«Sí, tenía.» David siguió la pista. «Tenía k'ir.»

«¿Lo ves?» Leo terminó su alegato sobriamente. «Por eso.»

«Entonzes, ¿bor ké n'entrahteih bor delante?» La sospecha seguía demorándose en su rostro.

«¡Au!» Leo le lanzó una sonrisa de admiración. «Me dise que tiene una verdaera beyesa por prima. Eso me dise y no le creo. Entonses me dise, te la voy a ensenyar. ¡Shico!» Su confirmación fue intensa. «¡Ay shico!»

«¡Puh!» Ojos cerrados y trenzas agitadas. «Sabihondo.»

«Sí que lo dijo, ¿n'es verdá, Davy?»

«Sí.» Sonrió incómodo, mirando al suelo.

«¿Lo ves? Entonses le digo, si es una verdaera beyesa como dises le dejar'usar mis patines.»

«Y kién kiere tuh batineh.»

«¿Ah no?» Lanzó una mirada ofendida a David: «¿Por qué me dijiste que sí?»

«Yo...»

«Me dise», su voz abatida bloqueó la de David. «Me dise, eya quier'aprender, eso me dise, está bien... si es una verdaera beyesa l'enseñaré. ¡Cristo! ¡Qué shico! ¡Cría qu'eras m'amigo!»

«¡Aaaa! ¡Kuentah mushah trolah!» La incredulidad de Esther vacilaba... Sonrió. «Será mehor k'oh vayáis, anteh de ke se lo dig'a mi madre.»

«Ahora'ntiendo por qué me pediste que viniera.» Leo se aferraba aún a su resentimiento hacia David. «Sólo querías que te prestase los patines para poder venir más fásil, eso'es to. ¡Vay'un tipo! ¡Me voy!» Se movió sin una dirección determinada.

«¿De kién son loh batineh?» Ella bajó un escalón de las escaleras de madera. «¿Tuyoh?»

«Claro que míos. Con cojinetes y to eso. Van como'l rayo. ¿Quieres aprender?»

«¿Kómo te yamah?»

«Leo... ah... Leo Ginzboig.»

«¡N'ereh hudío!»

«¡Quién no l'es!» En su vehemencia, todavía tuvo tiempo de lanzar una mirada triunfante a David. «¿No lo sabes por el nombre?»

«Aaa, eres un mentiroso», con una risita tonta.

«¿Qué t'apuestas? ¿No me eres?»

«Sí, venga!»

«No pued'ablar tan bien porque siempr'e vivío'n'l lao Oeste. Pero puedo desir algo. ¿Quieres oírme?»

«¡Sí!», burlona.

«Shine maidel,[1] ya ves! Eso's lo qu'eres tú. ¿Lo ves? *Tookis!*[2] ¡Mm! ¡Ay shico! Qué hermosas son.»

«¡Oooh! ¡K'ah disho!»

«Tookis. ¿Qué pasa?»,«¡Ii!» Su agudo chillido era más complacido que escandalizado.

«Eh, qué te párese.» Leo se puso más serio. «¿Por qué no bajas al pati'a patinar?»

«Naa, no buedo.»

«¿No quieres aprender?»

«¡Naa!»

«¡Claro que sí! T'enseñaré'n una lecsión. ¡Vamos!»

«Naa, no buedo batinar akí.» Echó una mirada por encima del hombro. «Mi madre me yamará.»

«Bueno, puedes subir si te necesita», sugirió Leo generosamente. «Nadie te va' detener.»

«Sí», sus ojos buscaron las ventanas de arriba. «Bero todo'l mundo buede vernoh.»

«¡Oh, comprendo. Sí, bueno, ¿por qué no vienes afuera, eh? Temperaremos en la kaye... nadie te verá.»

Y cuando vio que ella titubeaba, señaló a David y a sí mismo arrogantemente. «Los dos nos vamos afuera, comprendes? T'esperaremos al otro lado de la caye. ¿Qué dises?»

«Mmmm!»

«Entonses t'aremos patinar alrededor de la man-sana... donde nadie nos conose. ¿De qué ties mieo? Vamos, qu'él tiene qu'irse a ese sitio.»

«¿A ké sitio?»

«Ya sabes... ¿Cómo se llama, Davy?»

«¿Kiereh dezir el *heder?»*

«Sí.»

«¡Bero *tú* no vas ayí!»

«Bueno, *él* sí que va.» Leo sonrió. «¡De manera que date prisa! ¡Vamos Davy!» Cogiéndose del brazo de David: «T'esperamos fuera'l otro lao de la caye, no t'ol-vides!»

Una risita tímida fue la única respuesta que obtuvieron.

1

«Chica guapa.» [N. del T.]

2
«Nalgas.» [N. del T.]

XIII

«¡CRISTÓ!, shico», susurró Leo excitado mientras se zambullían en la oscuridad. «L'emos puesto'n movimiento... ¿Por qué no me dijiste que tenía tetas?»

«¿Me lo vas a dar ahora?» En el remolino de su mente, sólo una cosa ofrecía aún esperanzas de estabilidad.

«Au, un poco de calma, ¿eh?» Leo lo rechazó impetuosamente. «Ya lo tendrás, ¿por qué te preocupas? No quiero que me dejes plantao en cuanto l'agarres... ¡Cristo!», se maravilló. «¿Estás chiflao, sabes? ¿No quieres darl'a eya un tiento ni nada?»

«¡No!» La oscuridad cubrió la repugnancia de sus rasgos, aunque no la de su voz.

«¡Ay shico, míram'a mí'ntonses!» Tiró de la puerta para cerrarla cautelosamente. «Espera'que baje... ¡y shico! Dámelos'hora ¿eh?» Mientras salían, arrebató los patines de los flojos dedos de David. «¡Y quédat'aquí'n segundo, comprendes!... Voy a'shar una ojeada.» Subió las escaleras con cautela. «¡Vamos!» Una mano perentoria trazó un círculo ascendente.

David subió corriendo las escaleras y se reunió con él cuando salió furtivamente de la tienda. Juntos, atravesaron la calle.

«Vamos a'sperarla'quí.» Se puso bajo la sombra de una marquesina. «¿No la ves aún?» Su cabeza se movía de un lado a otro de impaciencia. «Recristó, si no sale le voy a partir la... ¿Dónde'stá mi yave de patines? Vamos a pasar por delante... ¡Nou! Me pregunto cuándo es'otra pequenya... esa'rmana suya volverá. Será mejor ir por ayí cuando salga... para no tropesarnos con... ¡Eh!» El rápido empujón de sus manos sacudió al inerte David. «¡Es eya! ¡Nos'a visto! ¡Vamos!»

Esther estaba en la puerta delantera. Con un solo y hábil gesto de cabeza, Leo se dirigió al ángulo oeste, recorrió un corto trecho, se volvió con brusquedad y se apresuró a cruzar la calle. David lo siguió.

Ella se acercó con aire despreocupado y tranquilo.

«¡Vamos, shica!» Leo fue a su encuentro. «Vamos a ponérnoslos.»

«Me bareze ke no kiero.» Levantó la nariz con indiferencia.

«Claro que quieres.» La inundó de entusiasmo. «Esfera a sentir el viento a t'alrededor cuando vayas deprisa... subiéndot'asta las bragas.»

«¡Aaa, ji, ji!», se rió ella tontamente, rechazando su acaloramiento. «¡Káyate, kiereh!»

«Siéntate en es'eskalón, ¿eh?», dijo él imperiosamente, arrastrando las palabras, al tiempo que la empujaba hacia las escaleras que había detrás. «¡Para que pueda ponértelos!»

«¡No kiero!», chilló ella, dando patadas con las piernas, en protesta

satisfecha. «¡Me deharáh kaer… Lo sé!»

«¡Vamos, quién te va'dejar caer!» Sofocó el tímido agitarse de su pie, poniéndoselo sobre la rodilla. «¡Estáte quieta, quieres! Tengo qu'apretar el patín un poco.» La llave de los patines cayó a su lado en la acera. «¡Un segundo!» Con la cabeza ladeada, mirando a Esther, se inclinó a un lado casi hasta el suelo, recogió la llave y la volvió a dejar caer.

«¡Oooh!», chilló ella con reproche. «¡Bahta ya!» Sus dos manos ciñeron el telón de su vestido por debajo de sus rodillas. «¡Guarro!»

«¿Quién, *yo?»* Leo se enderezó inocentemente. «Sólo buscaba mi yave de los patines.»

«¡No'h verdá… tú!»

«¡Au, eh! ¿No creerás que yo…? Dame l'otra pierna, anda, tú ves visiones.» Y, mientras apretaba las abrazaderas del otro patín: «¿Quieres que te meta mi yave'n tu serraura?»

«¿Ké dizeh?» Se inclinó hacia adelante.

«Digo que si te gustaría que te metiera mi yave en tu serraura.»

Los ojos de ella se abrieron desmesuradamente. «¡Au!», chilló, echándose hacia atrás. «¡K'as disho!» Y se rió tontamente tapándose la boca con las manos y bajándose otra vez el vestido. «¡Káyate!»

«¿Pues qu'e disho?», impávido.

«¡Lo *sabeh* muy bien!» Sus dos coletas irradiaban desde su cabeza, que se agitaba vigorosamente. «¡Deberías avergonzarte!»

«¡Au! Eh, Davy», sonrió presuntuosa y significativamente, «¿qu'e disho?».

«No sé.» David le devolvió la mirada apáticamente.

«¡Ya ves! Sólo'staba'ablando de mi yave de patines… ¡Vamos!» Se puso en pie. «Dame las manos.»

«¡Ii!»

«¡Vamos!» La puso de pie y… «¡Wu!», cuando los patines se escurrieron por debajo de ella. «Ya te tengo donde yo quería.» La agarró por debajo de la nalga y por un pecho, sosteniéndola en equilibrio. «¡Ay shica!»

«¡Suéltame!» Lo rechazó, perdió el equilibrio e «¡Iii!», se agarró a él. «¡Nos van a ver!»

«¡Muy bien, no seas desconfiá!» Leo se convirtió en serio profesor. «Cójenos a David y a mí del hombro, ¿comprendes?» Empujó al reacio David al otro lado. «¡Eso's! ¡Agárrat'a nosotros!»

«¡Desbazio ahora!», advirtió ella. «O si no…»

«¡Sí! ¡Sí! ¡Iremos despasio! ¡Vamos, despierta, Davy! ¡Arre!» Y cuando los dos empezaron a trotar: «¡Eso's! ¡Buena shica! T'agarraré cuando vayas a caerte de… ya sabes… ¡Ay shica! Quítate de enmedio, ninyo.» Apartó a un chico de su camino. «No será ese joputa quien nos detenga, eh! ¡Buena shica! Pero no corras. ¿Sientes ya'l viento por

abajo? ¡Buena shica!» La animaba con cortos aullidos de adulación y de ánimo.

Cuando se acercaban a la esquina, los chillidos de Esther se hicieron cada vez más estridentes, los gritos de Leo más ardorosos y el brazo con que la sostenía cada vez más bajo y más remolón. A la izquierda, David, consciente de que ella apenas lo agarraba, trotaba en silencio, escuchando con sorda aprensión sus discordes gritos excitados. En la esquina, Leo hizo que se detuvieran todos, sin aliento…

«¿No es divertido?»

«¡Sí, uh!»

«¿Quieres ir más deprisa?»

«¡No-o!», provocativamente.

«Seguro que sí… ¡Eh, Davy!», con repentina solicitud. «¿T'as quedao sin fueye, eh?»

«¿Yo? Ah…»

«¡Claro que sí!»

«No's tan alto komo tú», lo apoyó Esther. «No me bued'agarrar muy bien.»

«Sí.» Leo estuvo de acuerdo y, solemnemente: «Será mejor que te quedes aquí, Davy, y nos esperes. La remolcaré yo solo.»

«Muy bien», malhumorado.

«Naa, ke venga también», se arrepintió Esther de su imprudencia.

«¡Vamos!» Leo la agarró de la mano. «Él no quiere! ¡Ui-i-i!» Hizo la sirena como un coche de bomberos, piafó. «¡Sujétate fuerte!» Y, antes de que ella pudiera soltarse de su presa, había arrancado ya… con Esther chillando arrobada detrás.

XIV

ATURDIDO con una especie de apática desolación, los miró correr velozmente hacia la esquina opuesta, vio a Esther girando sobre sí misma y siendo agarrada, y luego a los dos desaparecer de vista dando vueltas y chillando. Hundió los hombros como si sus propios presentimientos crecientes tirasen de él hacia abajo, se dirigió desgarbadamente hacia el bordillo y se sentó.

—Lo sé... Lo sé... Lo sé... (Como una pesada piedra alzada a medias de su pegajoso alveolo de tierra, aquel pensamiento perezoso se movió y volvió a asentarse.) Lo sé... Lo sé... Lo van a hacer. Bueno... No me importa. Lo sé.

Sus ojos sin curiosidad se deslizaron por el resplandor poco profundo de la calle, se detuvieron en pequeños obstáculos de importancia, se demoraron, volvieron y se demoraron más, como una lanzadera. Había varios chicos al otro lado de la calle, jugando con bolinches de acero que hacían rodar junto al bordillo. Jugaban con los grandes, los de veinte, y se pagaban mutuamente con los pequeños, del tamaño de perlas de acero. Los miró un rato, y luego su mente volvió a su propia desgracia.

—Estás asustado...

—Me pregunto dónde estarán. Hubieran podido dar ya toda la vuelta a la manzana. Dos veces. Dos manzanas incluso. ¿Quizá se hayan ido? Naa, se han quedado ahí. Lo sé. Espero que no vuelvan nunca... Pero volverán...

—Te estás asustando...

—¡Cállate! ¡No es verdad! Y además si la lleva... allí abajo... ¿qué? ¿Qué voy a hacer? Se lo pediré. Se lo pediré sólo, eso es todo. Le diré, dámelo, esas cuentas de la suerte, ¡vamos! Dijiste antes que me las darías. Y entonces me las dará. Tiene que dármelas. ¿Y entonces qué? Irá a otro sitio. Y yo iré también. Y me las llevaré, sí. Y las miraré y las dejaré caer despacio, despacio, así... ¡Caramba! Y si lo consigo, todo saldrá bien. Lo haré siempre y así todo saldrá bien.

—Trataré de conseguir una de veinte..., una luz de veinte. Era mayor la primera vez, una de veinticinco. Pero con que sea de veinte me contentaré. Podría encenderla. Dijo que como la suya. Dentro y fuera. Me pregunto de qué tamaño es la suya. No se lo pregunté. Pero nunca tendría que asustarme, aunque sólo fuera una luz de diez. Y tengo que tener cuidado también... para no perderlas. ¿Dónde las pondré? Hay muchos sitios. Las podría esconder en el tejado. En lo alto de la chimenea, donde nadie mira. ¡Sí..., pero! Se caerían, quizá. ¡Caramba! ¡Y ji! Una señora se las encuentra en la cocina. ¡Mira!

¡Ooh! ¡Qué! ¡Una cruz! *¡Oy! Gevalt*[1] , como dice mi tía. Naa. Mejor en la casa. Debajo de la cama... no. Mamá limpia. Entonces dónde... Detrás del espejo... ¡Sí! Del espejo grande sobre el suelo. Cada vez que mirase, sí, podría recordar...

«¡Di lo que t'e disho!» El brusco murmullo engranó sin dientes con el zumbido de la calle.

Se sobresaltó, se dio la vuelta.

«¡Hola, Davy!» Leo, atrevidamente impasible, llevaba ahora los patines. Esther, a su lado, levantó sus ojos culpables del suelo, se retorció y se rascó concienzudamente bajo una coleta. «Ya te dije k'ehtaría durmiendo. Siem-pre'htáh durmiendo, ¿no, Davy?»

Soltó una risita.

David se levantó y los miró incómodo.

«Cuánto hemos patinao, ¿verdá, Esther?», le sugirió Leo.

«Sí.» Y como de memoria: «Batinah muy bien.»

«Claro que sí», exuberante. «¡Pero tendrías que verme cuando soy realmente bueno! ¡Y cómo patina *eya,* Davy! ¡Ya verás cuando la veas haser un ángel..., estirá, así!»

«¡Kaya!» Ella se sonrojó, movió inquieta los pies.

Hubo una pausa.

«Ah... Tengo que irme, Esther.» Bruscamente, cogió a David del brazo.

«¿No vas a...? ¿No vas a...?» David estaba asombrado. «¿Adonde vas?» Automáticamente, cogió el paso, como si se hubiese preparado contra un cuerpo que cargase contra él y que hubiese fallado. «¿A kasa, vas?»

«¡Nou!» Leo lo apartó dos o tres pasos y, con elaborada modestia, le susurró fuertemente al oído. «Tengo que mear.»

«¡Oh!»

«¿Comprendes? ¡Se l'e dish'a eya.» Leo siseó las últimas palabras y le dio un codazo. «Tú vas la tienda, ¿no, Esther?»

«¡No sé!» Se encogió de hombros con irritada indiferencia.

«Va-mos», dijo él arrastrando las sílabas, sonrió cuando vio que ella se ablandaba y le hizo un guiño. «¡Vámonos, Davy!» Su mano insistente le empujaba otra vez hacia la tienda. «¡Que viene detrás!»

Por el rabillo del ojo, al volverse, David tuvo un vislumbre de Esther siguiéndolos tranquilamente. Al llegar a los escalones del sótano se detuvieron y Leo miró a su alrededor con el pretexto de arreglar algo en los patines. Unas casas más allá, Esther se había detenido también y los miraba con una extraña y ambivalente sonrisa tonta..., como si alardease de su propia vacuidad.

«¡No la mires!», dijo bruscamente Leo. «¡Salta!»

Asustado ahora hasta el fondo, y seguro de una crisis inminente, David bajó los escalones tropezándose. Antes de llegar abajo, los pies

de Leo lo siguieron golpeteando, y Leo, con un «¡Date prisa!», empujó la puerta. Entraron juntos. La puerta se cerró. En la maloliente oscuridad nada había cambiado, salvo la muesca de luz mordida de las tinieblas más lejanas, que ahora era más ancha.

«¡Cristo!» Los patines de Leo al entrechocar aumentaron el júbilo de su voz. «¡Te dije que la pondría en movimiento! ¿No te lo dije? ¿No te lo dije? ¡Ay, shico! ¡Qué no hisimos al doblar la esquina! ¡Cómo la toqué! ¡Ay, shico!

Mira...», apresuradamente. «Tú no sabes na d'eso, comprendes? No 1'olvides ahora... ¡Sól'estoy meando!»

«S-Sí.»

«¡Ay, shico! ¡Ay, shico!» Sus pies inquietos golpeaban el suelo de tierra. «Ya verás cuand'eya baje.»

(¡Pídeselo ahora!) «¿Me... me vas a...?»

Pero como si las tinieblas fueran un medio para su pensamiento... «¡Sí! ¡Sí!» Leo lo interrumpió irritado. «¡No puedes esperar a que baje! ¡Cristo, me olvidaba!» Pasó apresuradamente por delante del retrete. «Voy a probar esas puertas antes de que venga... para ver si...» Y dio un tirón, una tras otra, a las grises puertas de los trasteros. «¡Ay, shico!» Cuando una se abrió: «Hay musho sitio aquí. ¿Ves?» Hizo una seña a David para que se acercara. «Mushísimo sitio, ¿no?» Había un pequeño espacio despejado entre la entrada y las negras masas informes de los muebles apilados en la parte trasera.

«¡Y ahora algo para ti!» Agarró las puertas del otro lado del oscuro pasillo y encontró otra que se abría. «Si alguien viene, comprendes, te metes aqui..., su vieja o quien sea. En cuanto la oigas dises ¡psst! ¡Y t'escondes! ¿Comprendes? Pero quédate serca de la puerta para que puedas verlos antes de que te vean a ti. ¿Entiendes? Y entornes estaremos seguros... ¡tos!» Echó una ojeada a la puerta abierta. «¿Dónde diablos estará? Y mira, cuando eya baje, diga lo que diga, di sólo que sí, ¿comprendes? ¡Y pon cara de tonto, eso's to, pon sólo cara de tonto! Y te lo daré como te dije... cuando eya baje. Y ahora no t'olvides.» Le señaló el trastero. «Ahí's donde tienes que correr si... ¡Sh!»

Los dos lo habían oído... un roce de pies fuera.

«¡Agáshate!» Leo lo empujó delante de él dentro del trastero y cerró la puerta. «¡Sh!» Miró por una rendija de la puerta. «¿Quién diablos es?»

Un silencio rasgueado. Sólo el sonido del aliento de los dos en la negrura. Detrás de él, los bordes y tiradores duros de los muebles apilados, y más arriba algo que cedía, saco o colchón. Recuerdos confusos e informes. Otra vez el roce de pies, cauteloso y aproximándose.

«Me pregunto si... ¡Cristo, debe de ser eya! ¡Tenme los patines!» Abrió la puerta unas pulgadas más, se metió como un rayo y corrió de

puntillas hacia la luz del patio.

Al mirarlo por la puerta del trastero, David se quedó congelado de terror.

«¡Eh, ven!» Leo se había aplastado en la sombra, detrás de la jamba. «Ven, anda. Estamos aquí.» Una pausa. «Ven, shica.» Otra vez aquella arrastrada pronunciación persuasiva. «¿No me conoses?»

Unos pies se arrastraron fuera y bajaron lentamente hacia la oblonga figura de luz. Un vestido corto. Esther.

«¡No, no voy a bajar!» Se detuvo en el último escalón.

«¡Muy bien, escusha'ntonses! Te voy a desir algo.»

«¡Pues dímel'akí!» Miró hacia la oscuridad.

«Oye, ¿no querrás que me ponga a gritar o algo así, eh? ¿O que salga fuera donde tos nos puean ver?»

«Entonzes akí. Me kedar'akí.» Bajó y tocó con la punta del pie la plancha del umbral. «Ahora dime.»

«¡Au, no te lo puedo desir aquí!» La voz de Leo sonaba al mismo tiempo ofendida y desesperada. «Dam'una oportunidá, ¿no? ¡Escusha!» La cogió del brazo. «No querrás que ese lelo d'ahí oiga lo que te digo... ¡Eh, David!» Autoritario. «¡Sal d'ahí, eh!»

David se deslizó fuera del tabuco y se acercó despacio.

«¿Dónd'ehtaba?» Esther lo miró furtivamente.

«Sól'atrás. ¡Sól'atrás!» Leo la atrajo hacia sí. «Ahora quédat'aquí.» Se volvió hacia David, severo. «Quier'ablar con Esther... ¡Sól'un segundo, Esther, eso's to!»

Ella lo siguió adentro. Pasaron rozando a David en su camino y flotando a su lado, y sus rostros, en el aire oscuro, miraban fijamente y estaban pálidos. Allí donde la oscuridad más profunda, cerca del retrete, casi los disolvía...

«¡No más!», bruscamente, Esther.

«¿No'starás asustá, eh?» Aunque él mismo titubeaba en la oscuridad, la ronca voz de Leo era clara. «¿Estando yo contigo?»

«¡Au!», indecisa.

«Bueno, escusha... Ahora te voy a... ¡Ui! ¡Ay, shica!»

«¡Basta!» El fuerte siseo de ella. «¡Dímelo o me voy!»

«Escusha'ntonses. ¿Ves ese trastero? Espera que te l'enseñe.» La puerta crujió débilmente.

«Sí», con sospecha.

«Bueno, yo le digo, ¿sabes de quién es eso? Es de la vieja d'Esther. Me lo dijo eya, le digo, comprendes?» «¿Y ké?»

«Entonses me dise, ¿qu'ay dentro? Yo le digo, ¿qué te eres?... ¡Caramelos!»

Ella se rió entre dientes.

«¡Qué lelo es!» El divertido bufido de Leo se unió al de ella, ansiosamente. «Y entonses le digo ¿sabes lo que vamos a haser Esther

y yo? Nos vamos a meter ahí y a cojer…, ya sabes, shocolate, pastiyas de goma. Él dise, ¿me daréis a mí? Claro, si encontramos… ¡Uiu! ¡Esther!» «¡No!», sin interés. «¡No se lo dihihte!»

«¡Sí quel'hise! ¡L'hise! Y me dijo que vijilaría por nosotros… ¡Mm! Quieres… ¡Iuu!»

Silencio.

«¡No!», protestando. «¿Y ké?»

«Y yo le digo… vijila por nosotros… ¡an!… ¡an!… y él dise…»

«¡Ooh!»

«Que vijilará… Uiu… ¡Shica! ¿Qué dises?»

Un murmullo. Un roce.

«Vijilará. Está mejor ahí qu'aquí. ¡No puede vernos!»

«¡Uh!»

«¡Esper'un segundo! Voy a cojer mis patines. ¡Eh, Davy!» Con paso ligero y sin aliento, se alzó de las tinieblas a la penumbra. «Tendrás caramelos como te dije. ¡Toma!» Mientras agarraba los patines de la mano de David, su otra mano se dirigió a su costado. «¡Tómalo! ¡Y ahora quédat'ahí!»

El ligero sonido de un montoncito apareció súbitamente en la mano de David. *¡Allí estaban!* Un estremecimiento lo sacudió.

«¡No t'olvides!» La voz de Leo se alejó deprisa. «¡Hasta que vengamos!»

Gorgoteos, silbidos, murmullos furtivos.

«¡Vamo-os!»

La puerta del trastero crujió. Unos pies se arrastraron. Débiles gemidos. Y la puerta crujió otra vez, hizo clic. Sólo los susurros más ligeros ahora, agitaciones que se confundían con el zumbido de la oscuridad.

—¡Mío! ¡Es mío! (El palpitar espasmódico de su sangre se repetía.) ¡Mío! Lo tengo. Grande-pequeña-grande-pequeña-pequeña-pequeña-grande-rota. ¡Caramba! Él colgando… ¡Qué!

Un débil chillido se filtró a través de la puerta y la oscuridad. De Esther.

—¡Aa! (El disgusto lo llenó. Dio traspiés hacia la luz del patio.) ¡Vete a la luz, así no oirás! ¿Son las auténticas? (Una súbita inquietud de duda. Las examinó de cerca.) ¡Sí, las auténticas! ¡Las mismas! No me ha engañado. Las de la caja con Dios. ¡Mías! (Unos dedos convulsivos las aplastaron.) ¡No importa! ¡No estoy asustado! ¡Si lo consiguiera! ¡No estar nunca asustado! ¡Vamos! ¡No, espera! ¡No, ahora! ¿Dónde?

Unos ojos como dardos se clavaron en el confortable nicho que había detrás de la puerta abierta. Se metió dentro, empujó la puerta todo lo que pudo y, encerrado como en una celda, se acurrucó primero y estiró luego sus piernas por completo, apoyando la mejilla contra la

delgada y etérea barra de luz dos veces cortada por los goznes.

—¡Date prisa! Mira donde está oscuro, verdaderamente oscuro... Mira... No... No vale. Ves demasiado aún, lo impide. Entonces ciérralos. Lo mismo, como decía él. Está dentro y está fuera. Como él con las tripas de luz.

Y ahora aguanta. ¿Cómo de grande dije...? De veinte, dije. Pero no ahora. Primero tienesˆque tenerla. Después será de veinte. Como la luz del zaguán, cuando la vi. Caramba, cómo he meado... ¡Date prisa! De modo que ahora estás sobre ellas... sólo que solo. Nadie más se entromete. Va ser toda mía. De veinticinco pensé entonces... era mayor. Pero es redonda, de manera que mejor de veinte. ¡Así que cállate! Estás sobre ellas..., ya lo has dicho. De rodillas.

¿Notas cómo son? Cómo... queman... casi. Empezaron a doler justo antes de que Kushy quisiera pelearse y llegara papá. ¡Date prisa! ¡Abajo, mira abajo! ¿Puedes ver? Quizá. Casi no puedo. Pero... ¡Mira! ¡Sigue ahora! ¡Sigue! ¡Antes de que se vaya! ¡Deja que caiga! Una es... una cuenta pequeña. ¡Muy fácil! Dos es cuenta pequeña. ¡Más aprisa! Ésta... pequeña. Ésta... pequeña. Ésta... más aprisa. ¡Espero! ¡Exactamente encima!

Más allá de burbujas errantes de gris y de agujas heladas de gris, debajo de una trampa para ratones, una rue-decita dentada, debajo de una escala y un enano con un saco a la espalda, más allá de nieve pisoteada y de puertas de cristal que se cerraban, debajo del destello de un pomo al girar y de un pájaro en un prado, las cuentas caían, con la figura de oro de la cruz columpiándose lentamente, dando vueltas, y se hundían en la oscuridad masiva. En el suelo del vasto pozo de silencio relucía la luz redonda, pulsaba y centelleaba como una moneda.

—¡Tócala! ¡Tócala! ¡Déjala caer!

¡Y había desaparecido!

—¡Aaa! ¿Dónde? ¿Dónde? ¡Mira mejor! ¡Inclínate más! ¡Cógela otra vez! ¡Otra vez!

Y no quería reaparecer.

«Voy a encontrarla», casi audiblemente. *«¡Voy a hacerlo!»*

Sus dientes rechinaron, su cabeza temblaba con aquella rabia desesperada, la sangre le zumbaba en los oídos. Como un nudo apretado, su cuerpo se endureció, con las manos apretadas, el aliento contenido y satisfecho dentro de él. Pescó.

«¡Voy a hacerlo!»

Ahora le caía de los labios saliva, sin darse cuenta. La respiración contenida comprimía sus venas en doloridas hinchazones contra su garganta. Sus narices temblaban buscando vanamente el aire. Y sin embargo buscaba las profundidades, sofocándose. Luego la oscuridad, vertiginosa y salvaje, lo levantó como un viento de piedra, lo arrojó

dando vueltas entre toques de tambor palpables, lo sumergió en un ruidoso tumulto de formas destruidas… que se abrían… y él se precipitó en un gimiente pozo insondable. Una línea de llamas… y una nada vociferante.

Su atormentado pecho se rebeló, aspiró el aire en una boqueada estridente. Se derrumbó contra el tabuco que tenía detrás y se quedó allí apoyado, con los sentidos dándole vueltas… Lentamente, las sombras rugidoras se aquietaron. Un aire turbio sustituyó a las tinieblas vertiginosas como una desesperación fija.

—La he perdido… (Lento como el plomo su pensamiento.) Perdida… Toda tapada… Suciedad del suelo del sótano… Como los veinticinco centavos aquellos… Desaparecida. Desaparecida…

Un ruido en el patio fuera. El espeso amortiguador de la inercia que rodeaba su mente lo sofocó. Otra vez. Escuchó. El siseo de zapatos, furtivo sobre la piedra del otro lado de la puerta, se aproximaba. David se sentó muy derecho, mirando fijamente la grieta que quedaba entre puerta y jamba.

Sus oídos atentos cernieron las profundidades del pasillo en sombra donde estaban Esther y Leo… Todo estaba en silencio.

—¡Espero que lo oigan! ¡Espero! ¡Espero! ¡Caramba! ¡Au! ¡Estáte quieto!

Los pasos se acercaron… Con los ojos sin parpadear contra la barra de luz, se metió las cuentas en el bolsillo, respirando en silencio. Los pasos cuidadosos se acercaron más. Por un instante brevísimo, como una figura en un cuadro abarrotado, Polly, con los labios protuberantes de curiosidad asustada, se detuvo en una grieta de luz y desapareció. Con unas pisadas suaves detrás de la puerta, apareció otra vez en el oscuro marco que había entre él y el borde de la puerta. La vio avanzar hacia el sótano, ponerse de puntillas e inclinar la cabeza a un lado y a otro, escuchando…

Murmullos más allá. Una risita sofocada.

—Aaa. (Apretó los dientes por la rabia interior.) ¡Por qué no se estaban callados! ¡Polly los había oído!

«¡No! ¡No máh!» Más fuerte. «¡Suéltame!» La puerta invisible se abrió de golpe.

«¡Au,eh!»

«¡No! ¡Déhame salir!» Un forcejeo. «¡Déhame…

Anh!» Como si alguien la hubiese golpeado, el grito de Esther terminó en un gruñido aterrorizado. «¡Polly!»

«¡Iii!», chilló su hermana. «¡Tú!»

Por un momento, los tres parecieron haber perdido la lengua.

«Au, sól'es tu'rmana, ¿no?» Leo reforzó su voz temblorosa con un ruido de patines.

«¡Ehtabah kon él ahí!» La voz de Polly era una mezcla de maligna

satisfacción e incredulidad.

«¡No'htaba!» El estridente grito de Esther se alzó furioso. «¡Te vas a ganar una!»

«¡T'e vihto! ¡T'e vihto! Sabía ke no bahariah sola. ¡Ya veráh kuando lo kuente!»

«Eh, un momento», Leo se hizo cargo apresuradamente. «¿Dónd'stá Davy? ¡Él te dirá lo que'stábamos hasiendo! Le'stábamos gastand'una broma, ¿comprendes? ¡Est'ahí! M'apuest'un miyón!» La puerta de un trastero crujió. «¡Eh, Davy!» Una pausa. «¿Dónde diablos...?»

«¡Aaa, Davy», se rió Polly malignamente. «¡Kobar-de! ¡No l'echeh la kulb'a otro, pork'a *mí* no me buedes enganyar!»

«¡Quién está tratando d'eshar la culpa' nadie!» Leo estaba irritado. «Está'quí, te digo... en alguna parte. ¡Eh, Davy!»

«¡Ehtá!», mantuvo Esther violentamente. «¡Ehtaba kon nosotroh!»

«¡Eh, Davy! ¡Sal de donde estés! Vamos.» Su voz resonó en el sótano. «¡Te partiré la boca! ¡Sal!»

Encogido de culpabilidad y terror, David se agazapó más profundamente en su esquina.

«Debe d'abers'ido, qué joputa... ¡Eh, Davy!», bramó. «¡Tú, ya verás cuando t'agarre!»

«¡Aaa, káyate!» Despreciativamente, Polly. «¡Bahta de komedia!»

«¿Bor ké me mirah?» Esther, violentamente.

«¡Ya sabeh bor ké!», respondió su hermana significativamente. «Ya sabeh bor ké.»

«¡Bor ké!»

«¡Mokosa! Ehtabah siendo mala ahí kon él! ¡Eso's lo k'ehtabas'aziendo! ¡Kon ese gandul! ¿Te kreh ke no lo *sé?»*

«¡No's verdá!», chilló Esther.

«¡Sí ke lo es!»

«¿Quién es un gandul?» La voz de bravata de Leo.

«¿Kién va' ser? ¡Tú! ¡Tú l'ah traíd'akí, maldito gandul!»

«¡No me yameh gandul!»

«Te lo yamo... ¡Maldito gandul!»

«¡Te voy a dar una, lijud'apestosa!»

«¡Yo! ¿K'ereh tú? ¡Uuu!» Su voz se apagó en horrorizada comprensión. «Uuh, kuando lo kuente... ¡Y además es un *goy*. ¡Suzio krihtiano, sal de mi sótano... o ya-mar'á mi madre! ¡Fuera!»

«¡Tu madre por el culo! ¡Yámala, anda! ¡Os sacu-dir'á las dos!»

«¡Déhal'eya'n paz!» Esther se revolvió contra él fieramente. «¡Fuera d'akí! ¡Vamoh! ¡Fuera!»

«¡Au, cáyate!» Estaba harto. «Tú'stabas ahí conmigo... ¿Por qué te pones de su lao?»

«¡Uu! ¡Huu!» Esther rompió en un fuerte lamento traicionado. «¡Fuera! ¡Uaaa!»

«¡Fuera, suzio krihtiano!» El chillido de Polly se elevó por encima de los gritos de su hermana. «¡Suzio gandul, fuera!»

«Está bien...», burlonamente. «¡No pierdas las bragas! Arréglatelas como puedas.» Su voz se alejó.

«¡Suzio gandul!»

«¡Ssut!» Silbó con desprecio desde cierta distancia. «Dile lo que estab'aciendo, shica. ¡Putas judías! ¡Estábamos enterrando el salshishón! ¡Yaaa! ¡Lijudis! ¡Brrt!», berreó. «¡Lijudis!» Los patines chocaron. La puerta dio un portazo.

«¡Uuh! ¡Houu!» Los sollozos de Esther llenaron el sótano.

«¡Hazes bien en yorar, so buerka!» La azotó Polly. «¡Te lo merezeh! ¡Bajar al sótano kon ese gandul de *goy!»*

«N-no lo kontaráh.» Esther lloriqueó con voz rota. «¡M'oblig'él. ¡Yo no kería venir!»

«¡T'obligó!», despreciativamente. «Mamá me diho ke'stabas en la barte d'atráh dé la tienda. No teníah ke bahar... ¡si no keríah! ¡Lo diré!»

«¡No!» Su hermana lanzó un gemido frenético.

«¿N'imbedí k'él te begara? ¿No? ¡Babá me matará si se lo dizeh! ¡Lo sabeh!»

«¡Bueh ke l'aga!» De piedra. «Entonzeh n'iráh máh kon *goys.* ¡Ademáh, siembre me yamah meona! ¡Ahí tieneh!»

«¡Nunka te lo yamaré ya, Bolly! ¡Nunka! ¡Nunk'en toa mi vida!»

«¡Sí, buh! ¡Y yo ke me lo kreo!»

«¡No l'aré! ¡No l'aré!»

«¡Suéltame!»

«¡No lo kuenteh! ¡Au!»

«¡Suéltame!»

David, petrificado en su nicho de tinieblas,la vio arrastrar a la vociferante Esther tras sí hacia la puerta del sótano.

«¡No lo kuenteh! ¡No lo kuenteh!»

«¡Suéltame! ¿M'oyeh?» Polly agarró el pomo de la puerta para apoyarse y, retorciéndose, liberó su otra mano. *«Voy* a...»

«¡Iii!», gritó Esther. «¡Mira! ¡Mira!»

«¿Ké?» A su pesar.

«¡Es él! ¡Él! ¡Davy!»

Él se había puesto en pie, acobardado...

«¡Él m'obligó! ¡Lo trah'él!»

Acorralado, buscó tenso una salida.

«¡Tú!», gritó Esther. «Te voy a dar una... ahkero-so hobuta! ¡Tú tieneh la kulba!» Y de repente lo golpeó con las dos manos, le dio en plenas mejillas, lo arañó.

Con un jadeo de dolor, él se agachó bajo sus brazos y se lanzó hacia adelante, pasando por su lado. Ella lo persiguió, gritando de

rabia, lo agarró por el cuello otra vez y le golpeó en la espalda y en la cabeza. Como en una pesadilla, él luchó silenciosamente en la oscuridad para liberarse.

«¡Mamá!» El grito de Polly al otro extremo. «¡Mamá!»

«¡Bolly!» La presa de Esther se aflojó. «¡Bolly! ¡Ehbera, Bolly!» Voló tras su hermana. «¡Ehbera! ¡No se lo kuenteh! ¡No se lo kuenteh! ¡Bolly! ¡Bolly!»

Con esos gritos frenéticos resonando en sus oídos, David se lanzó a la puerta de la calle y subió corriendo las escaleras del sótano. Sin cuidarse de si alguien lo veía o no, saltó a la calle y huyó horrorizado hacia la avenida D.

1

«¡Ay! ¡Socorro!» [N. del T.]

XV

HABÍA corrido y corrido, y ahora su propio aliento le apuñalaba los pulmones como un cuchillo y sus piernas se habían vuelto tan pesadas que parecían levantar con ellas la acera. Tambaleándose de agotamiento, redujo su marcha a un paso aterrorizado y vacilante, aferrándose a sus propias medias y jadeando tan roncamente que la gente se volvía para mirarlo. Sólo un pensamiento, en el vociferante caos de terror y revulsión de su mente en que había caído, permanecía intacto: llegar al *heder...,* perderse entre los otros.

—¡Como si no hubiera venido! ¡Como si no hubiera venido!

Ora corría, ora andaba, ora volvía a correr. Y siempre aquella única meta delante..., el patio del *heder,* el estrépito despreocupado del *heder.* Y siempre el mismo estribillo:

—¡Como si no hubiera venido! ¡Como si no hubiera venido!

Calle Cuarta. En la mancha plana de las casas vislumbró, o creyó que vislumbraba, el borde de su propia casa en la Novena. Aquello aceleró sus piernas vacilantes y aplacó un tanto el tumulto y la feroz jauría aulladora que tenía dentro y detrás.

—Cerca de casa. No vayas. Da la vuelta. Pero cansado, completamente agotado. ¡No! ¡Date la vuelta! ¡Date la vuelta!

En la Séptima cortó hacia el oeste, entró en la avenida C y, en la Novena, dobló otra vez hacia el este, arrastrando sus piernas vacilantes hacia el *heder.* Tenía que tener a raya aquel recuerdo rechinante. «¡Tenía que! ¡Tenía que! ¡Se pondría a gritar si no olvidaba! Una mirada furtiva a su casa cuando llegó a la entrada del *heder.* Se deslizó en el zaguán, lo atravesó deprisa.

El patio del *heder.* ¡Puerto seguro! ¡Puerto seguro por fin! Varios de los alumnos del rabino estaban allí. Remolones, rezagados, traviesos y charlatanes, estaban acurrucados o echados al sol deslumbrador, o bien apoyaban su cabeza ociosa y oscilante contra la pared desnuda del estricto cubo que era el *heder.* El corazón de David saltó hacia ellos; unas lágrimas de liberación subieron tan al borde mismo de sus ojos, que un soplo hubiera podido derramarlas. Siempre había sido uno de ellos, siempre había estado allí, nunca se había ido. En silencio, mientras sus miedos se relajaban en aquella marea creciente de gratitud, bajó los escalones de madera y se acercó. Levantaron la vista...

«¡Eres el último!», dijo Izzy, lánguido y escrupuloso.

Él sonrió congraciándose. «Sí.»

«¡Dehbuéh de mí!», Solly, severo.

«¡Dehbuéh de mí!», Schloimee.

«¡Dehbuéh de mí!», decretaron Zuck, Lefty, Benny y Simkee.

«¡Muibién!» Estaba más que contento de que lo tiranizasen... Era el precio de su aceptación, el precio de dejarle compartir su preciosa falta de propósito, su inocencia, su risa. «Sí, soy el último. Soy el último.» Y, encontrando un sitio cerca del muro del *heder,* se acurrucó. Centró todo su ser en ellos. No quería pensar ahora. Sólo escuchar, sólo olvidar.

Estaba hablando Solly... con un inmenso y dolorido deseo en la voz. «¡Me guhtaría tener una siya kom esa!»

«¡A mí también! ¡Sí! ¡Me guhtaría tener treh siyah kom'ésa!»

Sus amenes fueron también doloridos, como inspirados por pocas esperanzas.

«Bero n'ay razón bara darle todoh, ¿no?» Izzy luchaba contra la desesperación. «Si no kiereh hugárteloh, ¿bor ké kiereh dárseloh todoh, buehto ke tieneh tantoh?»

«Borshe shiero hasserlo, bor esso.» Benny era obstinado. Benny padecía también una emisión de voz lateral: ninguna de las palabras que profería conseguía llegar nunca a sus labios, sino que salpicaba a través de los dientes que le faltaban. Pero David estaba más que contento de que Benny hablase tan confusamente. Eso implicaba que tenía que concentrar todas sus facultades en entender lo que decía. Al tratar de adivinar el sentido de las palabras de Benny, se podía olvidar de todo lo demás. «Ssi le chevo chozo el mondón, enzonses shisá no me begue chancho.»

«Sí, rezibe muchah», recordó a los demás el sereno Simkee. «El rabino no sabe nunka de k'eht'ablando Benny.»

«¡Eh zierto!» Izzy se pasó a la comprensión. «Sa-bemoh ke te dan muchah, Benny, ber'un buntero no subo-ne mucha diferenzia. ¿Kuántoh tieneh?»

«Un mondón.»

«¿Kuántoh?»

«Veinchissieche.»

«¡Veintisiete!», le hicieron eco maravillados. «Bah-tan bar'un mes!»

«¿Y si le dah veintiséih?», insistió Izzy. «¿No le dar'un batatúh lo mihmo? ¡Nadie l'a dao nunka veintiséih! Sólo Hoih kuando loh ganó, kuando se loh robó Wildy. ¡A verloh!»

Tras un momento de vacilación, Benny abrió varios botones de su camisa, sacó un manojo de palitos bien atados con una cuerda y los desplegó con amor. Estaban afilados por un extremo y tenían la misma longitud y color que los punteros... aunque no eran tan derechos.

Los cuellos se alargaron. Algunos chicos suspiraron. Otros se quedaron boquiabiertos. Dentro de David, una oleada tras otra de gratitud rompía en su corazón. ¡Ay, qué contento estaba de estar entre ellos! ¡De olvidar!

«¡Son komo verdaderoh bunteroh!»
«¿Se bueden doblar?»
«¿Y loh kortahte toh tú?»
«¡Karamba, me guhtaría tener una siya d'ésah!»
Y cuando Benny estaba a punto de guardárselos otra vez en el pecho…
«¿No noh vas a dar uno?», suplicó Izzy. «Mira, ¡tengo zeriyah! Vamos a fumarnos uno… sól'uno… ¿Kie-reh, Benny?»
«¡No!»
«¡Aaa, no seah bioho ronyoso!», clamaron.
Benny vaciló. «¿Me zeharéiss fiumar chambién a mí?»
«¡Klaro! ¡Te deharemoh fumar todo lo ke kierah!»
«¡Ké pensabah!»
«Ssólo uno.» Cedió y sacó un solo mimbre del haz atado.
Izzy se apoderó de él jubiloso. «¡Ahora mirad!», les previno. «Va' tirar kom'un barko de vabor.» Y, rascando una cerilla en la piedra que tenía entre las piernas, aplicó uno de sus extremos al mimbre, mientras chupaba por el otro. El primero se encendió y el segundo produjo un humo seco y aromático.
«¡Karamba!», todos con los ojos como platos. «¡Mirad, ehtá fumando de verah!»
«¿K'os'abía dicho?» Los rasgos de Izzy se dilataron triunfalmente. «Konozk'esas siyas. Hazen ruido kuando te sientas. ¡Crrk! ¡Crrrk! ¿Verdá, Benny?»
«Ssí. No ch'olvizess, ssoy el brimer'en fiumar.»
«¡Brimero dehbués de Benny!»
«¡Brimero dehbués de Simkee!»
«¡Yo! ¡Soy el brimero dehbués de…!»
«¡Tú! ¿Kómo buedeh…?»
«¡Vamoh!»
«¡Ké kara máh dura! ¿Kién es el siguiente, Izzy?»
Después de muchas peleas se asignaron los turnos.
Estar cerca de ellos, oír las rociadas irregulares de sus voces, ceder a sus cambiantes estados de ánimo era como calentarse en un olvido excitante y familiar. Sus disputas, su estridencia, ahogaban el recuerdo; aquel agitarse incansable de sus cuerpos, sus gestos zumbadores y payasadas espasmódicas hilvanaban un velo fluctuante, recio y siempre renovado, entre él y el terror. David se olvidó. Era uno de ellos.
Alguien —era Srooly— salió del *heder* y, una vez fuera de la puerta, los miró con los ojos bizqueantes de sorpresa. «¡Oh detendr'un guardia!»
«¡Sí!», se burlaron. «¡No noh tiene miedo! ¡Ja! ¡Ja! ¡Jau! ¡Jau!»
Todavía con los ojos bizcos, Srooly se acercó. «¿K'eh-táih

fumando?»

«¿No lo veh, bizkonde? ¡Un buró!»

Él se inclinó más. «¡Es un balo, mentiroso!»

«¡Klaro! Es un balo de fumar y bodría servir de buntero. Bero n'emoh kerido.»

«¡Uh! ¿Y kómo s'aze?»

«Así.» Lefty, al que le tocaba el turno, lo ilustró con un bramido de humo. «¡Tiene aguheritoh, d'arriba abaho!»

«Dadm'una chubada», pidió Srooly.

«Es mío», anunció Izzy. Y, al no discutir nadie la reivindicación: «Lo voy a abagar y a fumar máh luego... kuand'akabe Lefty.»

«Dam'una chubad'anteh.»

«Si me das alguna de tuh mohkah.»

«¡Lihto! A Lefty Tas dehao fumar bor nada.»

«¿Y ké? ¡Bueh no fumeh!»

«¡Aaa! ¡Guárdatelo!»

«¡Buh! ¿Kién kiere tuh mohkah?»

«Ehtá bien!», dijo Srooly. «Te dar'una.»

«¡Venga!»

Srooly sacó un frasco pequeñito y cuadrado y miró bizqueando pensativamente las moscas que había dentro. «La mayoría las he kohid'en la basura de la Setent'y siete. Sólo koho lah grandeh.»

«¡Date brisa, Lefty!»

«¡Aaa, ehber'un segundo, me l'akaban de dar!» Lefty chupó vigorosamente.

«¡Eh! ¡Se m'abía olvidao!», recordó de repente Srooly. «¿Kién es el siguiente? Será mehor k'entre, dize'l rabino. Borke dentr'ehtá sólo Moishe.»

«¡Yo!» Schlimee se levantó. «Esberadme, eh, ban-diya. ¡No's olvidéih!» Se fue.

Srooly sostuvo el frasco a contraluz. Tábanos grises y relucientes moscones azules se arrastraban y caían por los costados de vidrio. «Hay un vieho chiflao'n el *heder,* ¿lo sabíaih?»

«¡Kon batiyah kom'el rabino!», le informaron los demás. «L'e visch'anchess ke vossochross. Enssenya' loss bekenyoss.»

«Naa, n'ensenya' loh bekenyoh», dijo Srooly. «Sólo ehtá sentao mirando.»

«Entonzeh, ¿ké kiere?»

«¿Kómo voy a saberlo?» Srooly se encogió de hombros. «El rabino kiere bresumir, eso'h todo. Y ahora... ¡Hch! ¡Hch! ¡Hch! Moish ehtá leyendo y eh máh tonto ke nadie. ¡Hch! ¡Hch! El rabino se va' boner furioso kon él.»

«Au, también tú'reh tonto», dijo Izzy tajante.

«Eh kosa suya», se consolaron los demás. «¡El rabino nunka bega

s'ay alguien mirando!»

«¿Ah no...? ¡Me metió el buntero'n'l kulo... baho la mesa! ¡Bara k'el otro vieho chiflao no lo viera!»

«¡Pprrr!» Lefty entregó el mimbre de una pulgada de largo a Izzy. «¡Toma! ¡S'ehtá boniendo kaliente!»

«Dame la mohka'hora si lo kiereh.»

«¿De ké klase la kiereh? ¿Briyante o de cabayo?»

«¡De cabayo! Belean mehor.»

Inclinando el frasco, Srooly echó dos o tres moscas en su palma y volvió a meter por el cuello del frasco a todas menos a una, que le dio a Izzy. En compensación, recibió el corto mimbre. El tábano, despojado de sus alas, se arrastró impotentemente por la mano de Izzy.

«Ahora os voy a ensenyar *yo* kómo se fuma.» Srooly se metió el pedazo de mimbre en la boca. «Mirad a un fumador auténtiko y komo se debe... ¡Kom'abrendí de mi badre! ¡Mirad!», y chupó con tal abandono que la brasa del otro extremo centelleó... «¡Mlaia!» Un dolor súbito le retorció el rostro. «¡Laddel, laddel! ¡Au! ¡Kema komo fuego! ¡Au!» Tiró el chicote. «¡Mplaiau!»

«¡Yiii! ¡Mirad kómo baila!» Se llenaron de alegría. Aullaron de regocijo.

«¡Uuu! ¡Mi lengua! ¡Au!» Lamió frenéticamente los costados del frasco de vidrio... «¡Uuu, ehtá'rdiendo!»

«¡Manazah!», se burlaron.

«Eso'h lo ke te basa bor ser un zerdo!»

«¡Bor ché shubassde dan fiuerde!»

«¡Aa, kayaoh!» Srooly estaba casi llorando. «Os arreglaré lah kuentah, ya veréih. ¡A todoh! Ehberad a ke se lo diga' m'ermano mayor... ¡hobutah biohosoh!» Se fue, con la lengua al viento.

«¡El gran fumador!», le gritaron cuando se iba. «¡Vay'un bedo! ¡Yaaa! ¡T'ehtá bien embleao! ¡Yaaa!»

Cuando sus abucheos, rechiflas y cabriolas se calmaron... ¿A kién se la vas a dar?», preguntó Lefty.

«A la Pesadiya de la brimera'hkalera.» Izzy dijo adiós a la mosca que tenía en la palma. «¡Adióh! ¡Adióh! ¡Mohkooo!»

«Naa, no se lo des a eya..., ehtá gorda ya. Dásel'a la Ninya Asesina de la vaya!»

«¡Naa!», alegó Zucy. «A Kagalera, hunt'a la buerta... eh la mehor aranya del mundo.»

«¡No, no l'eh!» Izzy no quería dar su brazo a torcer. «Besadiya'h la máh grande, de manera ke Besadiya se la yeva.»

Se levantó. Lo siguieron ruidosamente por el patio.

—*¡No! ¡No! ¡No!* (Sin moverse, los siguió con la vista.) *¡No! ¡No! ¡Te has olvidado! ¡Te has olvidado!*

«¡No l'asuhtéih! ¡No le mováih la kasa! ¡Sh! ¡Che n'embuhéih!» Bajaron en tropel los escalones del sótano. Desde más abajo del nivel del patio, como viniendo del subsuelo, se alzaban sus voces furtivas. «¿Bodéih verla? ¡Sí! ¡La veis en es'aguhero? ¿La veih? ¡Ehtá'hberando!»

—*¡Au!* (Como un tapón que salta o una clavija, la tremenda sacudida del terror despierto.) ¡El sótano! ¡El sótano! ¡El sótano! ¡Se lo habrá dicho ahora! ¡Ella, Polly! ¡A la tía Bertha, se lo habrá dicho! ¡Lo sabe! ¡Hace tiempo! ¡Hace tiempo! ¡Lo sabe! ¿Qué? ¿Qué hará? ¿Qué? ¡No! ¡No! ¡No lo digas, tía Bertha! ¡No lo digas! ¡No lo hagas! ¡No! ¡No! ¡No! ¡Au, mamá! ¡Mamá!

Estridentes, viniendo del sótano, se alzaban sus voces:

«¡Ayí! ¡Mirad! ¡Mirad! ¡Échasela'ora! ¡Kon kuidao bara ke no se romba! ¡Miradla! ¡Le'htá dando la vuelta. ¡Uii! ¡Ahí va! ¡Ahí va! ¡Laiu! ¡L'agarrao! ¡Belean! ¡Belean! ¡Dale, mohka de kabayo! ¡En las *kishkis*...[1] otra máh! ¡Vamoh Besadiya! ¡Yaui! ¡Envuélvela! ¡Ya la tiene! ¡Kon lah batah! ¡Ché belea más buena! ¡Tira! ¡Tira! ¡Santo Moiséh! ¡Mirad! ¡En el aguhero! ¡Adióh! ¡Adióh! ¡Mohkooo! ¡Sí! ¡Sí!» Las voces excitadas se unieron en un canto fúnebre de soprano. «¡Adióh! ¡Adióh! ¡Mohkooo! ¡Bien, aranya! ¡Sí!»

La puerta del *heder* se abrió de par en par. Schloi-mee y Moish, con expresión de acosados, salieron apresuradamente, y un momento más tarde el rabino, con sus labios rojos visibles en la negra barba lustrosa y las comisuras curvadas hacia abajo en gesto amenazador.

«¿Dónde están?» Arrugó el brusco ceño en dirección a David. «¿Ahí? ¿Debajo? ¿En ese caos negro?»

Injertada en el terror, la mente, arrancada con violencia, se llevó el terror con ella. David no podía hablar.

«¿Qué te pasa? ¿Te han amordazado? ¡Habla!»

«¡E-ehtán ahí abajo!» Tartamudeó.

«¡Vaya!» Salmodió malignamente. «¡Cuando haya acabado con ellos, la misma muerte los desdeñará!» Y, levantando la cabeza, bramó a través del patio. «¡Zoquetes! ¡Tristes y eternos! Salid de ese pozo, ¿me oís? ¡Salid antes de que os ahogue una lluvia de cintarazos!

Gritos presurosos y asombrados abajo, forcejeos, pataleos. Subieron en confusión los escalones del sótano y se detuvieron en montón, avergonzados y amedrentados. El rabino los inspeccionó. «¡Ratones!» Su voz era agostadora. «¡Ratones! ¿Quién será el próximo en roer la Torah?»

«Yo.» Zuck avanzó cautamente, arrastrando los pies.

«¿Tú?» Disgustado. «¿Qué es esto? ¿Es que todos los *golems* de yeso del *heder* se han puesto de acuerdo para leer por relevos? ¿Hanh? ¿Me vais a torturar como el dios de los gentiles? ¿O qué?» Su agria mirada pasó sobre ellos y se posó en David. «¡Tú! ¡Entra!»

«¿Yo?» Se sobresaltó.

«¿A quién estoy mirando? ¡Levántate!» Y, una vez más, a los otros. «¡Que los demás os quedéis aquí sufriendo! ¡Pero sentados!» Agitó un dedo con violencia, y luego lo encorvó hacia David.

David se había levantado y se apresuraba al costado del rabino. Por primera vez desde que había entrado en el *heder,* acogió con súbito agrado la peligrosa tarea de leer cuando el rabino estaba furioso. Toda ansiedad, toda inquietud resultaba invitadora si podía contener o desviar el feroz torrente de aquel terror.

«¡Sólo otro más!» Cuando entró, el rabino se dirigió a alguien que había dentro. «¡Tenga paciencia, rabino Schulim! ¿Quiere dejarme en desgracia, sin escuchar al menos una lengua ágil? ¿Hanh? Seguro que no.»

Siguiéndolo, David miró más allá de él hacia la luz. En el turbulento color sepia que parecía llenar siempre el *heder* después del resplandor del patio, no pudo distinguir a nadie. Pero cuando vadeó hasta la ventana, que se alzaba como una roca cuadrada y veteada sobre la tamizada oscuridad, los contornos inciertos de un hombre surgieron del ángulo oscuro situado junto a la silla del rabino. La figura estaba sentada, encorvada sobre un bastón. El pálido resplandor de su barba gris era como un susurro de la luz a la sombra.

El rabino se rio entre dientes, disculpándose, y acercó su silla: «El día en que pueda perforar el bronce duro con un pelo de mi cabeza, podré perforar sus cráneos con sabiduría. ¡Esaús americanos, todos ellos! Pero éste, rabino Schulim, es un verdadero chico yídish.

La única respuesta del rabino Schulim fue carraspear.

David se deslizó en el banco y, mientras el rabino pellizcaba las páginas, la oscuridad se levantó y David alzó la vista tímidamente hacia el extraño. Era viejo el rabino Schulim, y de nariz aguileña. Aunque su boca sin labios en la barba negra parecía estirada y torva, sus ojos, sus oscuros ojos en las intrincadas ojeras, eran líquidos, extrañamente dolorosos y atentos. A diferencia del rabino, era limpio, llevaba un gabán negro de tela delgada y deslustrada y, en lugar de un grasiento sombrero de paja, un sombrero negro y ancho arrugaba su casquete en la parte de atrás de su cabeza rosada y entreverada de plata. Carraspeaba incesantemente, lo que hacía que David levantase la vista una y otra vez, sólo para verse preso de la triste quietud de aquellos ojos. Le afectaban extrañamente.

«Es un chico raro.» La voz del rabino Schulim era ronca y pausada. «Tiene una mirada hambrienta e inquieta.»

«¡Ha dado en el clavo, rabino Schulim!» El rabino abrió sus dedos peludos sobre la página... y los dejó allí abiertos. «A veces reza como el rayo, y a veces le entra un diablillo en la cabeza y no comprende palabra. Hoy sé que rezará. Aquí hay algo para estimularlo.» Como si

estuviera fijada por un gozne al libro, levantó la mano, pero sólo lo suficiente para que pudiera leer el rabino Schulim… no David. «¿Recuerda que le conté una vez…?»

El rabino Schulim arrugó los labios, se aclaró la garganta y levantó unos ojos graves y bondadosos hacia el rostro de David, pero no respondió.

«Empezaría a enseñarle el *Homash»,* el rabino hizo girar el libro. «Pero veo a su madre tan pocas veces. Nunca se lo he preguntado… ¡Escuche!» Quitó su mano de la página. «¡Empieza, mi David!»

El tipo de letra era pequeño. El estremecimiento de aprensión que lo recorrió pareció agitar los caracteres delante de él. Se concentró en ellos, condensando su confusión. *«Bishnáth moth ammeleh Uziyahu…!»* Y se detuvo para mirar. El número de la parte superior de la página era el sesenta y ocho. El canto del libro, azul.

«¿Qué te pasa?» Una rara tolerancia suavizaba la voz del rabino. «¿A qué esperas?»

«Es… ¡Es él!» Un fulgor anterior envió un último rayo de adiós a las profundidades de su mente. «¡Aquél!»

«¿Cuál? ¿Quién?»

«¡Aquel hombre! ¡E-el hombre de que usted habló! ¡Isaías! Dijo… dijo que vio a Dios y que… ¡era luz!» La excitación le trababa la lengua.

«¡Bueno, rabino Schulim!» La morena frente del rabino se inclinó triunfal. «¡Sólo ha necesitado una ojeada, y eso fue hace meses y meses! ¡Es esto!» Su romo dedo tamborileó en la frente de David. «¡Tiene un ingenio de hierro! ¿No?» Su barba negra parecía despedir chispas de satisfacción.

El rabino Schulim golpeó con su bastón contra el banco. «Un retoño predilecto de Judá. ¡En verdad que sí!»

«¡Ahora, todo!» El rabino volvió al trabajo. «Empieza otra vez.»

«Bishna'th moth ammeleh Uziyahu vaeré eth Adonai yoshev al kisé ram venisá veshulav meleyim eth ahehal. Serafim omedim mimmaal lo» [2] No como un zumbido esta vez, como sílabas arrancadas de un carrete pardusco y tedioso, sino de nuevo como la vez primera, un canto, un himno, como si una presencia que se remontara detrás de las palabras latiera y subrayara el significado. Una cadencia como una nube de palomas, vasta, que llenaba el cielo, pasaba y giraba, relucía, se oscurecía y se encendía de nuevo, como el viento en las praderas. *«Shesh kenafayim shesh kenafayim leehad. Bishtaim yehasé fanav uvishtayim*[3] . Las palabras, formas de inmensa grandeza detrás de una pantalla de niebla, lo abrumaban… *«Yehasé raglav uvishtayim yeoféf…»*[4]

«Como si supiera lo que está leyendo», las roncas palabras del rabino Schulim. «¡Esa voz joven me toca el corazón!»

«Si no estuviera seguro… de hecho, si no lo conociera, ¡diría que comprendía!»

David se había detenido. El rabino se recostó, con las manos cruzadas sobre el vientre.

«Vekará ze el ze veamár[5]

El pomo del bastón golpeó contra la mesa; una sombra se deslizó sobre la página. Inclinándose hacia adelante con el brazo extendido, el rabino Schulim dio palmaditas en la mejilla de David con unos dedos helados.

«¡Bendita sea tu madre, hijo mío!»

(—¡Madre!) «Kadosh, Kadosh, Kadosh Adonai tzevavóth» [6] Las palabras se le confundieron. Un aullido de terror derribó toda la majestad. *(—¡Madre!) «Meló hol aaretz ke-vo-dó…»*[7]. Tropezó. *(—¡Madre!)*

«¿Qué te pasa?» Los dedos del rabino se destrenzaron sobre su panza y se estiraron como para agarrar.

«Va-va ya-ya núu-núu»[8]. *(—¡Madre!)* Sin responder, de pronto prorrumpió en lágrimas.

«¡Basta! ¿Qué te pasa?» Su mano apresurada levantó la barbilla de David con un golpecito. «¿Por qué lloras?»

También los ojos grandes y compasivos del rabino Schulim estaban fijos en él: «Rabino Yidel, le digo que entiende.»

David sollozó entrecortadamente.

«¡Vamos, responde!» La perplejidad hacía al rabino insistente. «¡Sólo una palabra!»

«¡Mi-mi madre!», lloró.

«Tu madre… ¿qué?» Una súbita alarma aceleró sus palabras. «¿Qué pasa con ella? ¡Habla! ¿Qué ha sucedido?»

«Ella… ¡Ella está!»

«¡Sí! ¡Qué!»

No sabía qué era lo que le impulsaba a decirlo, pero era un impulso más fuerte de lo que podía resistir. «¡Está muerta!» Estalló en un fuerte lamento.

«¿Muerta? ¿Muerta? ¿Cuándo? ¡Qué dices!»

«¡Sí! ¡Ooh!»

«Shah! ¡Espera!» El rabino contuvo su propia confusión. «La vi ayer. ¡Cómo! ¡Sólo…! ¡Qué…! ¿Cuándo ha muerto, me quieres decir?»

«¡Hace mucho tiempo! ¡Hace mucho tiempo!» Su cabeza se bamboleaba en el abandono de su desgracia.

«¿Hanh? ¿Mucho tiempo? ¡Dilo otra vez!»

«¡Hace mucho tiempo!»

«Pero cómo puede ser eso? ¿Cómo? Yo la he visto. ¡Te trajo aquí! ¡Me pagó! Dime, ¿qué es hace mucho tiempo?»

«Ésa… ¡ésa es mi tía!»

«¡Tu...!» Su aliento vibraba audiblemente contra su garganta. «Pero... ¿Tú la llamabas madre? ¡Te oí! Ella me dijo que lo era.»

«¡Sólo dice que lo es! ¡Ouuh! ¡Sólo lo dice! ¡Sólo lo dice! ¡A todo el mundo! Quiere que la llame así...» Una ráfaga de dolor le arrebató la voz.

«¡Ajá!» Con receloso sarcasmo. «¿Qué clase de cuento nos estás contando? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?»

«¡Mi tía... mi tía me lo dijo!»

«¿Qué tía? ¿Cuántas son?»

«¡Ayer!» Lloró. «No. No... ayer no. Cuando usted quiso... pegarme. Entonces. Ese... ese día, cuando no p-po-día leer. Tiene una c-confitería. Me lo dijo.»

«Ese día... ¿el lunes?»

«¡S-sí!»

«¿Y te lo dijo? ¿La otra?»

«¡Sí! ¡Oouuh! Tiene una c-confitería.»

«¡Ay, qué maldad!»

«¡Necia mujer!» El rabino Schulim la recriminó tristemente. «Revelar eso a un niño.»

«¡Feh, necia!» El rabino escupió disgustado. «¡Qué buena hermanita, esa tunanta! ¿Por qué se mete? ¡Lengua retorcida! ¡Merecería la horca! ¿No?»

El rabino Schulim suspiró y sacudió a David suavemente: «¡Ven, hijo! ¡Sécate esas lágrimas! Si fue hace mucho tiempo... entonces hace mucho tiempo que era ya demasiado tarde para llorar. ¡Vamos! Ella no oye ya donde reposa. Dios lo quiso así.»

«Bueno, ¿dónde está tu moquero?» El rabino golpeó irritado en los bolsillos de David. «¡La horca! ¡Aquí!» Lo sacó. «¡Suena!» Y, mientras limpiaba las narices a David. «Entonces, ¿no la recuerdas, verdad? ¿Cuándo murió?»

«¡No! No... no lo sé. Ella no me lo dijo.»

Su ceño se frunció con nueva perplejidad. «Bueno, ¿por qué no estás con tu padre? ¿Dónde está él?»

«¡No... no lo sé!»

«¡Hmff! ¿Te dijo ella algo de él?»

«Me d-dijo que era u-un...»

«¿Qué?»

«¡Se me ha olvidado. Se me ha olvidado cómo se dice.» Lloró.

«Entonces ¡piensa! Piensa. ¿Qué era: sastre, carnicero, vendedor ambulante, qué?»

«No. Era... Era... Tocaba...»

«¿Tocaba? ¿Músico? ¿Qué tocaba?»

«Un... Un... Como un piano. Un... ¡Un órgano!»

Soltó.

«¿Un órgano? ¡Un órgano! Rabino Schulim, ¿ve tierra?»

«Creo que veo lo que primero se ve, rabino Yidel. La aguja.»

«¡Mmm! ¿Por qué no estás con él?» Su voz sonaba cautelosa.

«Porque... porque está en Eu... Europa.»

«¿Y?»

«Y toca en... en una... Ella dice que toca en una i-iglesia. ¡Una iglesia!»

«¡Ay de mí!» Se hundió hacia atrás en la silla. «¡Lo estaba viendo! ¿Ha oído, rabino Schulim? Cuando dijo que era un organista... ¡Lo... Lo supe! ¡Oh!», su rostro se iluminó. «¿Es eso lo que quería decir cuando habló de una aguja...? ¿Una iglesia?»

«Sólo eso.»

«Ja, rabino Schulim, ¡ojalá me diese Dios su sabiduría! ¿Y qué piensa ahora?»

El rabino Schulim se aplastó gravemente la barba gris contra el abrigo. «Hay mucha verdad en un viejo dicho.»

«¿Qué todos los bastardos son listos?»

El rabino Schulim carraspeó, carraspeó otra vez más violentamente y escupió bajo la mesa. Por uno o dos segundos, el único sonido en la habitación fue el roce viscoso de sus pies en el suelo. «Confiemos en que se ocuparan de hacerlo judío.»

«Voy a hacer algo más que confiar.» Con sobrecejo virtuoso, el rabino se rascó con el extremo romo del puntero los escasos pelos del labio inferior. «¡Voy a hacer algo más!» Miró a David fijamente. «Eh... Mi David, dime una cosa más. ¿Te dijo ella, esa mujerzuela sempiterna, esa cotilla de confitería, tu tía, te dijo dónde... en qué país conoció tu madre al eh al organista?»

«Me-me... sí... Me lo dijo.»

«¿Dónde?»

«Donde había... había m-maíz.»

«¿Dónde?» Sus cejas se unieron formando crestas deshilachadas.

«Donde el maíz cr-crecía. Me dijo. Donde había maíz. Iban allí. Me dijo como si... como si fueran allí.»

«Oy!» La voz del rabino sonaba como si se estuviera ahogando. «¡Basta! ¡Basta! ¡Gracias a Dios que está aquí, rabino Schulim! ¡De otro modo, quién me hubiera creído! ¡Ay! ¡Yi! ¡Yi! ¡Yi! ¡Puede imaginarse a una mujer tan hedionda, tan degenerada como para contar eso a un niño tan pequeño!»

«¡Una lengua vil, sin freno!»

«*Ach!* ¡Feh!», el rabino escupió por encima del borde de la mesa. «¡La horca he dicho! ¡Una muerte negra, siniestra! Pero tú...», se volvió bruscamente a David. «¡Vete ahora! ¡No llores más! Y escúchame: ¡no digas nada... nada a nadie! Me comprendes? Ni una palabra.»

«Sí.» Bajó la cabeza, sintiéndose desdichado.

«¡Vete!» Unos dedos apresurados revolotearon ante él. David se deslizó del banco, se volvió, sintiendo cómo sus ojos lo seguían y se dirigió dando traspiés hacia la puerta.

El patio. Todavía seguían indolentemente recostados contra la pared del *heder*.

«¡Hurrah! ¡Santo Moiséh!» La voz ofendida de Izzy lo saludó. «¡Y'a salió! ¡Hurra!»

David se apresuró hacia las escaleras de madera.

«¡Eh, mira, Iz, ehtá yorando!»

«¡Y me tok'ora' mí!»

«¿Por ché d'a begao? ¡Eh!»

«¡Eh, ké basa!»

El pasillo sofocó sus gritos. Huyó por él a la calle. Una mirada alocada a la casa y se escabulló hacia el oeste. Se estaba apoderando de él una extraña sensación caótica... una libertad tumultuosa y vertiginosa, un capricho cruel que le hacía desear dar cabriolas, brincar, clavarse las uñas en las manos, pellizcarse hasta gritar. Una secreta risa desenfrenada seguía subiéndole a los labios, pero sin brotar nunca, gorgoteando en cambio en su garganta con gorgoteo de dolor. Quería sonreír presuntuosamente a las personas que encontraba, quería burlarse, rebuznar, silbar, dejarlos con dos palmos de narices... pero no se atrevía hasta que habían pasado. Hacía sonar las esferas sueltas de los postes de los porches, golpeaba los flecos de las marquesinas, hacía columpiarse las cadenas que había delante de los sótanos, daba patadas a los cubos de basura.

«¡Malditohobuta! ¡Malditohobuta!» La presión de su frenesí, demasiado grande para contenerla, le hervía en los labios. «¡Tú! ¡Tú! ¡Ké mirah! ¡Yup! No biseh la raya negra! ¡Bing! No biseh la raya negra. ¡No soy yo no soy yo! ¡No soy yo! ¡Pu fu tamboko tú lilulibú! ¡No biseh la raya negra! Yo soy otro. Yo soy otro... *otro* ¡OTRO! Eso'h lo ke soy. ¡Ju! ¡Ju! ¡Johnny Bahtel! [9]. ¡Bit! ¡Eso'h bara ti! ¡Blaií! ¡Pehtoso! Hay ke buhkar al zorro. Zorro; gorro, morro, ¡kuidao! No biseh la raya negra. ¡Yups! ¡Beg'un brinko! ¡En el kuadrao! ¡Yup! ¡Yup! ¡Dos yups! ¡Yup! ¡Jai! ¡Salta, brinka y baila! ¡Jai! ¡Divertido! ¡Au! ¡Auu!»

En la avenida C, corrió ciegamente hacia el norte.

«¡Yup! Todah lah líneah rotah. Akí todah rotah. ¡Kuidado! ¡Kuidado! Eh, azera rota, biohosa, azera rota, ¿bor ké'stás rota? ¡Da saltoh dobleh! ¡Saltoh tribleh! ¡Sal-toh cuátrobleh. Saltoh kíntobleh. ¡Yup! ¡Yup! ¡Tribleh! ¡Kíntobleh! ¡Kíntobleh! *Kipple*[10]. ¡Eh un bahtel! Johnny Bahtel! ¿Bor ké'htáh rota? Toca una raya, toca un sótano, toca un sótano, toca un diablo. ¡Él, negro bribón! ¡L'a roto! ¡Ji, yi! ¡Va yi! ¡Va yi, ui, ui. Ui. Ui! ¡Bibí, bibí! ¡Bibí, bibí, ti ti! ¡Yup! ¡Sh! ¿Ké mirah

tú? M'as'echo bisarla. No kuenta, diablo, borke… ¡Bibí, ayí! ¡Blaiá! Bibí, bibí, sí, tengo ke. Alguna vez tengo ke. ¡Voy ahora! ¡Naa! ¡Sí! Voy ahora. ¡Sákalo fuera! ¡Veh! ¡Mira! ¡Mira! Todah lah chikah. ¡Sh! ¡Káyate! No m'imborta. ¡Mira! Akí viene. Te desafío a ke me bareh. Te desafío…»

Se dirigió hacia el bordillo.

«¡Ehtá mohado! ¡La zerveza rubia viene de… diho!, *¡Goy,* hiho de buta! *¡Goy* hihobuta! ¡Leo hihobuta! ¡Diho! ¡Zzz! ¡Ja! ¡Meo más alto! ¡Mira ké arko! ¡Ké m'imborta!

¡Uh, mehor! ¡Un botón, doh botoneh! ¡Buedo saltar'hora! Más alto. ¡Yup! ¡Yup! Máh…»

Calle Décima. Las vías del tranvía. Hacia el este, el cuadro del río, la orilla y el cielo caliginoso.

«¡Sigue! ¡Korr'ahta la Onze! ¡Korre, korre, Johnny Bahtel! ¡Yup! ¡Ke todoh me miren! ¡Miradme! ¡No, no! ¡A mí no! ¡A él! ¡A él… a mí! A mí… a él. ¿Ké mirah tú? ¡Malditohobuta, es él! ¡L'a enganyao! ¡Vieha behte a humo y a boka! L'enganyó a él, el vieho chiflao. No fui yo. «¡Él! ¡Él l'izo! ¡Yo no! ¡Ni sikiera'htoy! De modo ke dilo. No buedes akusarme. Yo no soy. ¡De modo que dilo! ¡Díselo! ¡Díselo a la tía Bertha! ¡Dísel'a mi madre! ¡Yo no! ¡Yup! ¡Miradm'a mí, n'a él! ¡Miradl'él! ¡A él! ¡A él! ¡Uiiuz! ¡Uiiuz! ¡Ni sikiera'htoy kansao! ¡Ni sikiera'htoy! ¡La Onze ya! Me sigue, el agua. ¡No me sigas a mí, a él! ¿Bor ké me sigueh? ¡Río biohoso, hobuta, kobión! ¡Márchate! ¡Métete donde te yamen! ¡Largo bueh, largo, biohoso! ¡Largo, lárgate! ¡Lárgate! ¡Yup, Yuwuuh!»

Corrió gritando hacia el norte…

1

«Tripas.» [N. del T.]

2

«En el año de la muerte del rey Uziyahu, y vi al Señor que se sentaba encima en un trono alto y elevado, y la orla de Su vestido llenaba el palacio. Había serafines ante él, y cada uno de ellos tenía seis alas. Con dos se cubrían el rostro, con dos se cubrían las piernas y con dos volaban» (Isaías, 6, 1 y 2). [N. del T.]

3

Ver nota 2.

4

Ver nota 2.

5

«Cada uno decía al otro…» [N. del T.]

6

«Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos…» [N. del T.]

7

«Llena está toda la tierra de su gloria...» [N. del T.]

8

«Temblaron...» [N. del T]

9

«Johnny Calce», personaje de cuento hecho de bizcocho, que acaba devorado por un zorro. [N. del T.]

10

Bollo típicamente judío. [N. del T.]

XVI

ABRIÉNDOSE paso entre las hordas de niños, barreras de cochecitos de bebé, triciclos lanzados y patines que atestaban las aceras de la avenida B, aquel judío regordete y desaseado se dirigía hacia el norte, contoneándose sobre sus débiles y fofos jamones. Al andar se inclinaba ligeramente. Visto por delante, una lustrosa barba negra colgaba suspendida de un sombrero de paja pardo; los brazos, cruzados detrás de sus nalgas, arrugaban ambos lados de su descolorida chaqueta de alpaca, revelando un insuficiente chaleco grasiento que se interrumpía antes de llegar al cinturón; sobre la vasta expansión manchada del chaleco, una ancha cadena de reloj se extendía a través de la amplia panza, salvando apenas la distancia de bolsillo a bolsillo; entre el chaleco y el cinturón, unas faldas de camisa sucias y arrugadas afloraban en una foliada protuberancia de lino. Visto de lado, unos pantalones abombados de sombrío aspecto indeterminado ascendían hacia arriba y hacia fuera en suave curva, como paréntesis para la colgante camisa. La oblicua luz del sol en su espalda, alternando sobre las cachas y cilindros desgastados y casi laqueados, se columpiaba sobre sus miembros columpiantes y rebotaba. Y él iba hacia el norte abriéndose paso.

Al llegar a la esquina de la calle Sexta y la avenida B, se detuvo para dejar pasar a un automóvil, y aprovechó los escasos segundos de espera para sacar su reloj. Bajo la presión de su pulgar grueso y grasiento, la caja se abrió de golpe como un molusco de oro obediente. Echó una ojeada a la esfera. Las seis menos diez. ¡Jai! (Suspiró mentalmente.) Más de una hora hasta que anocheciera. Nadie iría a la sinagoga antes de las siete. Había tiempo de sobra.

Y apretó aquellos labios de oro, que se cerraron con un clic sobre un destello de blanco. Pero, al aproximar el reloj al bolsillo de su chaleco, echó bruscamente la cabeza atrás, lo que le desplazó el pardo sombrero de paja sobre las cejas, y estornudó. Sus dedos, sacudidos, no encontraron la grieta en la tela. El reloj rebotó sobre su panza y se balanceó de su cadena de oro como un péndulo. Maldijo en yídish, lo agarró, lo izó y lo metió sin contemplaciones en su sitio. Y luego, apartándose un paso del bordillo, se inclinó y, apretándose las narices, trompeteó su contenido en la calzada. Los mocos salpicaron el polvo como una lívida flor de lis. Echó mano a su pañuelo grisáceo, se abotonó la chaqueta (hacía frío para julio) y siguió su camino.

¡Yai! ¡Yai! ¡Yai! Meditó amargamente mientras sus dedos errantes investigaban la sequedad de su barba. No le había salido nada bien aquel día. Nada. ¡Desgraciado judío! ¿No era un desgraciado judío?

¡Santo Dios! ¡Santo Dios! Estornudar teniendo un reloj en la mano. ¡Jai! ¡Jai! ¡Jai! Verdad era que encadenado a su persona. ¿Pero y qué? ¿Sabe eso el corazón? ¡El loco corazón! ¡Cómo salta de miedo igual que un potro! Y luego se da cuenta. ¡Maldito sea! ¿El qué, el corazón? ¡No, no el corazón, el reloj! No, tampoco el reloj. ¡Jai! ¡Jai! ¡Jai! Se estaba volviendo estúpido con los años. ¡No el reloj, el hecho en sí! ¡Maldito sea el hecho en sí! ¡Absolutamente! ¡Jai-i! ¡Un día aciago! ¡Y aquella mañana, cuando atravesaba la calzada, absorto en las malas noticias (realmente, la causa de todo, se tranquilizó a sí mismo), lo absorbía realmente! ¿Dónde tenía la cabeza en aquel momento? Absorto, había metido su bastón en el ojo de una tapa de alcantarilla. ¡Ojalá la redujeran a polvo! Lo había metido y el bastón se había roto por encima del casquillo. Y había pagado por él un dólar y treinta centavos no hacía mucho, un dólar y treinta centavos. La-bele Rifka, su primo: y ¿no sería justo a los ojos del Omnipotente que a Labele le sobreviniese la muerte por haberle vendido un palo de escoba por un dólar y treinta centavos? A ese precio, Dios asentiría de seguro. Roto por encima del casquillo. Y los mocosos lo habían rodeado riéndose…

¡Malditos fueran! Echó una mirada iracunda a su alrededor, a los chicos y chicas que abarrotaban los porches y se derramaban por las aceras y la calzada. ¡Que el diablo se los llevara! ¿Qué iba a ser de la juventud yídish? ¿Qué podía resultar de aquella nueva raza? ¿De aquellos americanos? ¿De aquella nueva generación de acera-y-arroyo? Los conocía a todos y todos eran iguales… desvergonzados, egoístas, desenfrenados. ¿Dónde estaban la devoción y la observancia? ¿Dónde la instrucción, la veneración de los padres, la deferencia hacia los ancianos? ¡Sepultados en el suelo! ¡Profundamente sepultados en el suelo! Sus mentes pensaban en jugar a la pelota, en patines, en cometas, en canicas, en jugarse cromos de cartón y, los mayores, en bailar, y en aquel feroz estruendo de viento y cuerda, y en mover los pies. ¿Y Dios? Olvidado, olvidado por completo. Preguntad a cualquiera quién fue Mendel Beiliss [1]. Preguntadle si es verdad que derramó sangre *goy* por la *Pesah.* ¿Sabrán algo? ¿Podrían responder? ¡Vagabundos! ¡Cretinos! ¡Bailarines! ¡Generación corrupta! Schmielike, su propio nieto, que le robaba veinticinco centavos del portamonedas. (Ah, pero le dio unos cuantos golpes de ley cuando lo cogió. Pocos pero buenos.) Y sus punteros de madera robados del *heder.* Y aquellos mocosos de la calle riéndose cuando se le rompió el bastón. Un hombre de edad y ellos se habían burlado. Y aquel palurdo especialmente, ojalá se rompiera un hueso antes que los otros: preguntándole si había perdido alguna pelota en el agua sucia de abajo. Él, un rabino, un hombre de edad. ¡Jai! ¡Jai! Ojalá le creciera un tumor en la barriga y un tumor en la cabeza tan grande como esa pelota. Burlarse de un hombre de edad. ¡Juventud yídish! No valía

una mierda. Exactamente así fue su propia infancia en Vilna, en la Polonia rusa. ¡Exac-ta-men-te a-sí! Otros se deslizaban en trineos. Él no. Otros patinaban sobre el hielo con los *goyim.* Él no. Se pinchaban con alfileres en el *heder.* Él no. ¡Jai! Apenas se había reído siquiera en su juventud. *Pogroms.* Pobreza. ¿De qué podría reírse? Entonces su rabino era el rabino R'fuhl. ¡Aquello sí que era un rabino! Cuando estaba irritado no daba una bofetada al azar. No daba un suave pellizco en el carrillo. ¡Ja, no! Cuando estaba furioso, azotaba, y cuando azotaba les bajaba los pantalones y apartaba las faldas de sus calzoncillos… y todo muy lentamente y con suaves palabras. ¡Ji! ¡Ja! ¡Ja! ¡Era un espectáculo perdurable! Aquellos jovencitos lo recordaban. No era la disciplina aguada que aplicaba él. Eso era lo que estaba arruinando a esta generación. ¡Jai! Y él, ahora también rabino, había agarrado las piernas del culpable mientras las correas se hundían en las blancas nalgas. Había una especie de placer entonces al oír aullar a otro, al mirar a otro azotado, al ver la carne desnuda retorcerse y contorsionarse, y la hendidura entre las nalgas tensarse bajo aquellas correas que mordían. Una especie de placer, pero ahora había pasado, suponía que embotado por el uso. ¡Jai! ¡Jai!…

Un día aciago…

Y al mediodía se había peleado con Ruchel, su hija, por las trapacerías de Avrum, su marido, el carnicero. Hígado congelado vendía, haciéndolo pasar por fresco. Una generación falsa. ¿Por qué iban a ser los hijos mejores que los padres? No había santidad en ninguna parte, ni fe. Es *kosher,* decía ella. Ruchel, su hija, su espina. Sabe igual de bien. En los alimentos debe haber confianza, había respondido él. Si vendes bastones, vende los defectuosos, los torcidos, los quebradizos. No digas nada, no cuentes nada. Pero en lo que entra en la boca, en eso no hay que traicionar la confianza. Si vendes «taréf, di que es taréf»[2] , y los hombres te considerarán un hombre. Si vendes congelado por fresco… Pero es *kosher,* había dicho ella. Claro que es *kosher,* había respondido él. El hígado es *kosher* hasta que se pudre. No hay que lavarlo antes del tercer día. No hay que salarlo. Hasta un *goy* lo sabe. ¡Jai! ¡Jai! ¡Mi hija, mi hija!, es bueno. Sabe bien, dices tú. Había un judío que viajaba a Odesa y comió en una posada sin saber qué comía. Buena vaca, lo llamó. Salsa sabrosa. Y le dijeron… ¿qué? Le dijeron que era carne de caballo. Y jai-jai-jai, hija mía, sabe bien. ¿Y cómo es de grande el paso de la carne congelada a la carne no *kosher* y cómo de grande el de la carne no *kosher* a la carne de cerdo? ¡Jai! ¡Jai! ¡Jai! ¡Hija mía! Me enviarás al profundo suelo con un sentimiento de vergüenza. Ojalá se te caiga de los hombros la cabeza, y la cabeza de tu marido a su lado. Hija mía…

Jai… Un día aciago…

Y a la tarde, el rabino Schulim había ido a su *heder,* el rabino

Schulim, su paisano, para inspeccionar la enseñanza. Y había inspeccionado no sólo la enseñanza sino una larga procesión de mentecatos, tartamudos y patanes semi-ciegos de tanto haraganear por los sótanos. Un destino negro había hecho que los mejores leyeran primero, y los mejores se habían dispersado antes de que llegara el rabino Schulim, quedando sólo los estúpidos para avergonzarlo. Un buen rabino, este rabino Yidel, debe de haber pensado… ¡Hmmmm-m-m! ¡H-m-m!… ¡H-m-m-m! ¡Un buen rabino! No ha enseñado a nadie a pronunciar tres palabras seguidas sin farfullar. Nadie podía hablar la lengua sin ganguear ni resoplar… excepto aquel niño, David, aquel hijo de puta. Que Dios se apiade de él, vástago de *goy,* de un organista de iglesia. ¡Jai! ¡Jai! Y era extraño que verdaderos niños yídish de padres piadosos resultaran ser semejantes bobalicones olvidados de Dios mientras que aquél, sólo medio judío —quizá sin (hubiera podido averiguarlo allí y entonces, pero…) circuncidar—, un ingenio de hierro. Los caminos de Dios. Escondidos. Una historia lamentable y que una triple maldición caiga sobre la tía, hermana y tunanta que la reveló. La horca, digo yo, el patíbulo de Haman, en alto…

¡Hm-m-m-m! ¡Día aciago!…

Entonces, ¿por qué vas? Rabino Yidel, ¿por qué vas? ¿No sería mejor en un día así no ser portador de malas nuevas? ¡Día maldito, calamitoso! Acaso sería más prudente dar la vuelta y volver a la sinagoga. Quizá no entiendan. Si te acusan de suscitar odios, si te llaman agorero, ¿estás dispuesto? Si se burlan de ti y te desprecian y dicen, rabino Yidel, tiene usted las narices a los cuatro vientos como los radios de una rueda, ¿tienes alguna solución? ¿Tienes alguna respuesta? Ninguna. Pero soy un hombre recto, y alguien tiene que decírselo. ¿Debe saber el niño sin que ellos sepan que sabe? ¿Es realmente judío, ese David? ¿Debe quedar sin castigo esa hermana hedionda? Alguien tiene que advertirlos, aconsejarlos. Y yo lo he jurado. Lo he jurado. ¡Jai! ¡Jai! ¡Jai! ¡Ay de mí! ¡Presentimiento!…

Haciendo muecas tan violentas que su barba negra se encrespaba en varios sitios simultáneamente, se encrespaba y reflejaba la luz del sol en una madeja de destellos e iridiscencias de pez derretida, como puntas de alfiler, aquel judío de edad se detuvo en la esquina de la avenida C y la calle Novena, miró al oeste hacia el sol, cuando tenía la intención de ir hacia el este, y se soltó el botón, tenso como un gatillo, de su descolorida chaqueta de alpaca. Liberada de la tensión, de tela se arrugó contra sus brazos en pliegues. Una vez abierto el telón, las manchas de grasa de su chaleco relucieron en un cuadro vitreo. Un dedo y un índice encorvados picotearon en sus bolsillos, sacaron un pedacito de papel roto y lo desplegaron.

«Siete-cincuenta-y-uno», musitó después de escudriñar los caracteres hebreos. «Cuarto piso. Tal vez sea esta esquina de la

avenida D. Tal vez sea la otra. Dios quiera que lo haya escrito bien.»

Volvió a guardarse el pedazo de papel, se volvió y caminó a grandes pasos hacia el este, por calles familiares. A la altura de la puerta de su *heder,* sintió una antigua y desolada sensación de reconocimiento, miró dentro del zaguán y atravesó la calle. Con la cabeza levantada, examinó los números de las casas, que iban aumentando.

«Siete-cincuenta-y-uno.» Sus labios formaron las palabras en silencio. «Cuarto piso.» Añadió mentalmente. Y, tomando aliento profunda y suspirantemente ante las escaleras que tenía que subir, subió los escalones del porche, entró en el zaguán y ascendió por las sombrías escaleras.

Sin resuello, estertoroso y alterado llegó al rellano superior y más luminoso y, con su pan£a que se alzaba, miró las *metzutzoth*[3] ! algunas todavía brillantes, otras pintadas encima, que había sobre varias de las puertas. Y llamó a la más próxima.

«¿Quién es?» La aguda voz femenina, detrás de los lienzos, preguntó en yídish.

«¿Vive aquí la Sra. Schearl?» Preguntó, sabiendo de algún modo que no vivía allí.

«No.» Una mujer de pechos pesados y brazos desnudos abrió la puerta. «Vive ahí. La puerta de enfrente. Esa puerta.»

Los ojos del rabino fueron de la roja piel de grano grueso de su cuello a la puerta que el dedo de ella señalaba. Asintió, sin sorprenderse de que ella conservara la puerta abierta, mirándolo inquisitivamente. Y llamó otra vez.

«¡Oh! ¡David! ¡David! ¿Eres tú?» Le gritó una voz con inmensa ansiedad. «¿Está cerrada? ¿He estado esperando...»

«Soy yo... el rabino Yidel Pankower», dijo él mientras la puerta se abría.

1

Mendel Beiliss, El hombre de Kiev (1874-1934), fue falsamente acusado de haber cometido un asesinato ritual, y condenado por ello. [N. del T.]

2

No kosher. [N. del T.]

3

Borlas o flecos que llevan los judíos como recordatorio de los mandamientos de Dios, de conformidad con lo dispuesto en Deuteronomio, 22, 12, y Números, 15, 37 a 41. [N. del T.]

XVII

ME GUSTARÍA tener un tejo, un tejo. Podría ir más despacio. Ir más despacio. Mirar alrededor. Ver si veía. Mirar alrededor. Un agotamiento mayor que nada que hubiera sentido nunca; una fatiga que el mayor de los descansos jamás podría igualar. Estaba tan cansado que su pensamiento mismo parecía función de su respiración, como si la mente estuviera tan exhausta que necesitase el impulso del aliento para despejar una palabra, pues de otro modo sólo hubiera producido un eco en su estancamiento. Arrastraba sus piernas vacilantes y rebeldes hacia las vías del tranvía de la Décima.

—Tardaría más si tuviera un tejo. Más, mucho más.

Y darle con el pie aquí, para que fuera allá. Y allá, y allá, y darle una patada allá, para que viniera aquí. Y aquí y seguirlo. Y seguirlo a donde fuera. Y si se fuera, ir. Ir con él. Y si volviera, volver. ¡Au! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Cansado completamente! ¡Au! ¡Mamá! Hubiera debido irme. De firme. Irme. Calle Cuarenta y Uno, dijo. Gran casa. Cuarenta y una estaba el río. Y calle Treinta estaba el río.

Y estaba y seguía. Y tren y seguía. Y él dice que va ¿Que va adonde? Br-Bronx, Bronx Park, dijo. Hay animales, decía el del paquete. Prados y árboles. Prados. Entonces vuelve. Cinco centavos. Tengo que volver siempre. Ir a casa. Nunca más perderme. Nunca más. Sé el número. Nunca. Despacio. Vete más despacio. Vías de tranvía. ¡Au! ¡Demasiado cerca! Demasiado cerca ya. ¡Au! ¡Au!

Con todo el horror del que vacila sobre un abismo, miró fijamente los guijarros, las vías resplandecientes.

—¡Quédate aquí! ¡Vuelve! ¡Quédate aquí! ¿Qué puedo hacer? ¿Adonde puedo ir? ¡Mamá! ¡Mamá! Quédate aquí hasta cincuenta vagones; da un paso. Cincuenta autos; da un paso. Cincuenta... ¡Cansado! Cansado completamente. No puedo esperar más. ¡No le dejes que me pegue, mamá, estoy cruzando! ¡Estoy cruzando, mamá! ¡Au! ¡Me estoy acercando! ¡Me estoy acercando! ¿Dónde hay un tejo? Un tejo. Cubos de basura mira. Todavía no están fuera. Moscas encuentra. Sótano. ¡Ellos! ¡Au! ¡Un tejo! ¡Un tejo! Algo. ¡Encuentra! ¡Encuentra!

Unos dedos sin nervio rebuscaron torpemente en sus bolsillos.

—Lápiz. No sirve. Se rompe el oro y la goma. Pon el pie encima... ¡No sirve! ¡No sirve! ¿Qué? Hilo cuando pensaba en cometa. ¿Por qué subí? ¡Por qué! ¡Por qué! ¡Canario! ¡Au! ¡Piojoso! ¡Piojoso hijo-de! Bolsillo de atrás... ¡Ellas! ¡Son ellas! ¡No sirve cagarse en ellas! ¡Dales una patada! ¡Tíralas! ¡Rómpelas! ¡Cagadas cuentas de *goyl* ¡Rómpelas! ¡Dales con el pie como a un tejo! ¡Vamos! ¡Lo verán, pero lo verán!

¡No me importa! ¡Au! ¡Me estoy acercando! ¡Me estoy acercando! ¡Mi farol, la Novena! ¡Oh, mamá, mamá, no dejes que me pegue! ¡Voy a dar la vuelta! ¡Voy a dar la vuelta! ¡Oooh, mira en todas partes! ¡Mira en todas partes!

Sólo su propio rostro venía a su encuentro, un óvalo pálido y oscuro, de ojos llenos de miedo que miraban fijamente, que se deslizaban bajos a lo largo de los escaparates de las tiendas, desaparecían de vidrio a vidrio, se mezclaban con las lavativas, tarros de pomada, globos verdes del *drug-store*... desaparecían, se mezclaban con las ropas de niño, montoncitos de botones, ropa interior de la mercería... desaparecían... con las latas de pintura, herramientas de acero, sartenes, cuerdas de lavar de la ferretería... desaparecían. Una palidez abigarrada, pero palidez, un miedo multicolor, pero miedo. Sin embargo, él no estaba.

—A los escaparates cómo voy. Puedo ver y no estoy. Puedo ver y no estoy. Y si no estoy, ¿dónde? Entre ellos, si me detuviese, ¿dónde? No hay nadie. No hay sitio. Quédate aquí entonces. Sé nadie. Siempre. Nadie te vería. Nadie sabría. Siempre. Siempre. No. Lleva... sí... lleva un espejo. Pequeñito-chiquirritito, como en la libreta de mamá. Sí. Sí. Sí. Quédate junto a la casa. Sé nadie. No te podrán ver.

Espérala. Sé nadie y ella bajará. ¡Cógelo! ¡Coge el espejo! ¡Mira! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Aquí estoy! ¡Mamá, estaba escondido! ¡Aquí estoy! Pero, y si papá viene. ¡Zip, llévatelo! ¡No estoy! ¡No estoy en ningún sitio! ¡Au! ¡Loco! ¡Cerca! ¡Estoy cerca! ¡Au!

Con los ojos vidriosos de pánico, iba lentamente hacia su casa y, mientras avanzaba, se agarraba a todas las rejas y postes a su alcance... no para afirmarse, aunque se sentía débil, sino para demorarse. Y seguía avanzando siempre, como si una fuerza irresistible lo arrancase de aquellas amarras a que se aferraba.

Un chico estaba apoyado contra la barandilla de latón en el escalón superior del porche. Tenía en las manos la goma desgarrada de un globo rojo explotado, que chupaba y retorcía para hacer diminutas burbujas carmesí. Mientras David, desfalleciendo de terror, subía arrastrándose las escaleras de piedra, el otro mordisqueó una esfera húmeda recién hecha. Estalló. Él sonrió feliz.

«¿Ves kómo me lah komo? ¡D’un mordihko!»

David se detuvo y lo miró sin ver. En el trance que bloqueaba su mente, sólo una sensación fluía con un significado claro. El escalofrío de la barandilla empañada bajo su mano, el escalofrío y el recuerdo de su lustre y la mancha apagada de su corrupción.

«¡Ahora voy a’zer una grande de verdá!», dijo el chico. «¡Mírame!» La goma roja y tensa se ahuecó en su boca formando un pequeño antro, fue tragada, retorcida, revelada. «¡Mir’ora! ¡D’un solo mordihko!»

¡Pop!
Desesperación…

XVIII

«¡HELADO bor un zentavo, senyora! ¡Helado bor un zentavo! ¡Helado bor un zentavo, senyora!»

El sucio chico de seis años que acababa de entrar golpeó en el mostrador de mármol con su moneda de cobre.

«¡Helado bor un zentavo, senyora!»

Pero ni el delgado y narigudo propietario de la tienda, que se mordía disgustado el amarillento bigote, ni su desaliñada y pelirroja mujer que lo miraba furiosa, ni su granujienta y asustada hija, en la parte de atrás, se movieron para servirlo.

«¡Helado bor un zentavo, senyora! ¡Eh!»

Otro chico de seis años entró en la tienda.

«¿Me darás una chubada, Mutkeh?»

«¡Ni sikiera me lo dan a *mí!»* Mutkeh se volvió hacia su amigo con expresión ofendida.

«Vamos a Solly's. ¿Eh?»

«¡Noo!», rezongó el propietario en yídish. «¿Vas a dárselo o vas a dejar que vocifere ahí toda la tarde?»

«¡Pimienta y vinagre es lo que le voy a dar!», dijo ella cruzándose de brazos desafiante. (El chico de seis años pareció herido.) «¿No puedes hacerlo *tú?* ¿Es que estás muerto?»

«¡No lo haré!» Su pequeña mandíbula obstinada se proyectó hacia fuera tanto como sus dientes le permitían. «¡Que arda el edificio entero hasta los cimientos! ¡No lo haré!»

«¡Entonces arde con él!» Le escupió. «¡No te necesito a ti ni tu negocio de cuatro cuartos! ¡Me carga con una confitería... qué buen marido! Polly, dáselo tú.»

Malhumorada, con el rojo labio inferior curvado como una concha de caracol escarlata, Polly dejó de pellizcarse los costados del vestido y vino hacia la parte delantera. Allí levantó la oxidada tapa de la lata que flotaba en el hielo semifundido del barreño, sacó una cucharada de la masa amarilla pálida, humeante y cristalina y la puso en un vaso de papel, que tendió al chico. Los dos chicos salieron. Y, mientras la chica se retiraba a la trasera, su madre le hizo un gesto de rencor con la cabeza...

«¿Has tenido que contárselo, ja? ¡Sucia meona! ¡Después de haberte dicho que no se lo dijeras!»

«Tú n'ereh mi madre», murmuró Polly en inglés.

«Te vas a llevar una dentro de un minuto», su madrastra descruzó los brazos. «¿Te crees a salvo porque está tu padre?»

«¡Déjala en paz!», intervino su marido, resentido. «¿Crees que ha

hecho mal? Si hubiera sido carne de tu carne hubieras estado allí al instante, ¿no? Hubieras vigilado. No hubieras estado sentada aquí delante sobre tu culo gordo, mientras esa escoria de Esaú manoseaba a mi pobre hija...»

«¡Que seas pasto de perros!», la voz de ella, en un tempestuoso alarido amedrentador. «¡Y de ratas! ¡Y de serpientes! ¿Cómo voy a vigilarlo todo? ¡La tienda! ¡Los clientes! ¡Los vendedores! ¡La cocina! ¡Y además a tus apestosas hijas! ¿No te basta con haberme dado una confitería para que envejezca y, además de la confitería, con haberme llenado la barriga con una de tus... ¡Toma!» Se levantó el delantal, manchado de chocolate y abultado, como si quisiera tirárselo a la cara. «¡Y por si fuera poco quieres que vigile a esas tunantas asquerosas! Si ni siquiera me escuchan, cómo voy a vigilarlas. ¡Como si no fueran ya suficientemente mayores! ¿Es que no saben lo que tienen que saber? Y ésa de la cocina que finge estar llorando... ¡una moza de doce años! ¡Ojalá se ahogue! Y tú... ¡no mereces que te cubra la tierra! ¡Decirme que las vigile! Y si quieres saber algo más, ¡ahora vas a dejar de armar jaleo y te vas a ir a la cocina a comerte tu cena!» Jadeando sin aliento, se detuvo.

«¿Ah *sí?*» Aunque buscaba torpemente las palabras, no era la furia lo que le impedía hablar, sino una especie de tozudez invencible, que seguía arraigándose en él fatigosamente cada vez más profunda. «¿La cena..., me... dices... a mí... que cene? ¡Tu gusto... que tu gusto... por la vida... sea tan escaso toda la vida... como yo... como es el mío por la comida! ¡Cenar... después de lo que ha pasado! ¡Ay de ti! ¡Pero esta vez... yo... No dejaré que me domes como... un caballo manso! ¡No! ¡Esta... tú... esta vez no me domarás...!»

«¡Que te den por el culo!» Lo interrumpió ella de nuevo. «¡Domarte! ¿A mí no me domas, ja? ¡Ay, qué imbécil eres... al tomártelo así! Como si nunca hubiera pasado antes que dos mocosos jugaran como animales. ¿Acaso se ha quedado inválida? ¿Acaso le han arrebatado su... su tesoro? ¿No estará curada antes de casarse?»

«¿Cómo lo sabes? ¿Sabes cómo era él de grande? ¿Y qué le ha hecho? ¿La has mirado siquiera?»

«¿Mirado? ¡Sí!», de pronto resopló burlona. «¡La he mirado! ¡Tenía las bragas sucias... como siempre! ¿Por qué no vas adentro y miras tú?»

«¡Ojalá se te reviente una vena!», musitó él.

«¡Unos mocosos que juegan y él se preocupa! De qué, sólo Dios lo sabe... del futuro, el matrimonio, los pretendientes. ¿Es que la van a explorar antes de casarse, es eso? ¡Ay que idiota! ¿Quieres un pretendiente para ella? Suénate... ¡Tendrá uno bien alto!»

La pequeña estructura de él se puso rígida. La sangre flameó en su rostro pálido.

«¿Eso es lo que tu madre le contestó a tu padre, ja? ¿Hablando de tu hermana, Genya, ja? Y exactamente lo mismo... ¡un *goy!* ¡Es ya un rasgo familiar! ¡Para ti no significa nada!» El arrebato de cólera que había movido sus palabras lo abandonó súbitamente. Se retiró.

«¡Ojalá te quemes como una vela!» Avanzó hacia él furiosa. «¿Vas a vomitar vergüenzas pasadas? ¿Te atreves a burlarte de mí con un secreto que te confié? ¡Te voy a dar una para que se te hunda el mundo!»

Con la espalda contra las puertas de cristal del armario de los juguetes, él había levantado los brazos defensivamente. «¡Vete! ¡Déjame en paz! ¡Si te hinchas de refrescos en mi funeral, yo me hincharé de refrescos en el tuyo!»

«¡Ojalá te asesine un chino!» Le dio la espalda despectivamente. «¡Muñeco! ¡No quiero oírte más! ¡Háblame al culo!»

«¡Muy bien! ¡Muy bien!» Osciló impotente. «Que sea como dices. ¡Mi justiciera! ¡Mi virtuosa! Que sea como dices. Pero él, ese pequeño bribón de los ojos grandes, ¿se irá de rositas, ja? ¿Es eso justicia, ja? Quieres más a tu sobrino que a las hijas que te he dado. Pero recuerda que hay un Dios en los cielos... ¡Él te juzgará por esto!»

«¿He dicho yo que deba quedar sin castigo?» Se dio la vuelta de nuevo. «¿Lo he dicho? Te he dicho que se lo diría a Genya mañana por la mañana. Se lo diré con la primera luz del día. ¿Qué más quieres? ¿Te gustaría que Albert lo supiera? ¿Sería eso lo único que te calmaría? ¿Cuántas veces te he dicho qué clase de maníaco es? ¿No lo has visto tú mismo? ¡Haría pedazos al chico, miembro por miembro! ¿Es eso lo que quieres? ¡Bueno, pues no lo conseguirás! ¡Y ahora vete adentro y come! Vete adentro como te he dicho y deja de dar porrazos al samovar... ¡hija! ¡hija! Oh, que Dios me ayude, ¡que tengas espasmos y hemorroides para aperitivo!»

Completamente intimidado y, sin embargo, demasiado testarudo para moverse, él se quedó allí murmurando mientras ella lo miraba furiosa. «Genya... ¡Bien! ¡Bien! Ella, con sus manos ligeras y su voz suave. ¡Yeh! ¡Yeh!» Asintió amargamente. «No levantará contra él ni las unas ni la otra. Le hablará, eso es lo que hará... mimarlo. Y así será castigado... con palabras. Con palabras, después de lo que ha hecho a mi Esther. ¡Muy bien! ¡Muy bien! Si es así como me tratan... bien... ¡Bien! ¡Bien! ¡Pero no estoy satisfecho... que lo sepas! No estoy satisfecho.»

«¿Quieres entrar?»

Él se volvió para irse. Pero, cuando se volvía, una mujer entró en la tienda.

«¡Hola, señora Sternowitz!»

«¡Hola!»

«¡Y señor Sternowitz! No le había visto. ¿Cómo van las cosas?»

«Regular.»

«¿Sólo regular? ¡Tt! ¡Tt! Bueno, deme dos centavos de horquillas. Tres paquetes por dos centavos, ¿no?»

«Sí.»

La señora Sternowitz se volvió y se dirigió, contoneándose pesadamente, a la parte de atrás de la tienda;

Polly, con el labio todavía colgando, se apartó malhumorada. Mientras ella rebuscaba entre las cajas apiladas en los estantes, rebuscaba suspirando fatigosamente y musitando algo sobre la falta de luz, su marido la observaba, abriendo y cerrando las nerviosas manos. De repente apretó el puño y, mientras su esposa seguía dándole la espalda, se movió furtivamente hacia la parte delantera de la tienda, pasó junto a la desconcertada mujer del mostrador y se escabulló afuera. Polly lo miró boquiabierta. Su madrastra, sin darse cuenta de nada, levantaba al azar una tapa de caja tras otra.

La cliente se rió.

«¿Qué le pasa a su marido?», preguntó.

«Ach!» Dijo distraídamente la señora Sternowitz por encima del hombro. «Sólo Dios sabe lo que le atormenta.

Se le han caído las narices al suelo y no las levanta.»

«Así son los hombres», rió ahogadamente la mujer.

«¿Pronto dará usted a luz, no?»

«Demasiado pronto. ¡Oh! ¡Aquí están! ¿Una caja nueva?» La sacó. «Éstas tienen algo entre las piernas, estas horquillas, ¡cha! ¡cha! Es un modelo nuevo.» Se interrumpió bruscamente y su mirada inquisitiva aleteó de su hija a la cliente. «¿Dónde está? ¡Nathan!»

«Por eso le preguntaba.» La mujer seguía sonriendo. «Me pareció como si huyera.»

«¿Huir?» Se quedó quieta como un poste. «¿Hacia dónde?»

«Hacia allá. Hacia Alden avenue, creo. ¿Qué pasa?»

Pero la señora Sternowitz había levantado ya la parte superior del mostrador y, con expresión asustada pero furiosa, se dirigía apresuradamente hacia la puerta. Salió a la acera, miró hacia el este frenética, corrió unos pasos y volvió a toda prisa.

«¡No lo veo! ¡No lo veo!», barbotó, pellizcándose frenéticamente el cuello y estirándose la piel. ¡Me ha engañado! ¡Se ha ido... a casa de Genya!» Se volvió furiosa hacia su hija. «¡Por qué no me has dicho que se escabullía, víbora!» Levantó la mano para golpearla, pero lo pensó mejor. «¡Ay de mí!» Tiró la caja de horquillas sobre el mostrador, y empezó a enredar desesperadamente con las cintas de su delantal. Y, mientras la otra mujer la miraba alarmada, se puso a gritar órdenes confusas y excitadas a Polly.

«¡Llama a Esther!» Por fin se arrancó el delantal y se agachó para atarse los zapatos. «¡Date prisa! ¡Date prisa! ¡Llámala! ¡Rápido! ¡Ah,

cuando le ponga la mano encima! ¡Ah, que Dios le ayude! ¡Rápido! ¡Ah, si le cojo! ¡Rápido! ¡Llámala! Las dos cuidaréis de la tienda. ¡Llama a la señora Zimmerman si no vuelvo pronto! ¡Vigila los cajones del dinero! Date prisa, ¿me oyes? ¡No puede haber ido muy lejos! ¡Lo encontraré! Le haré una escena en plena calle. ¡Lo arrastraré aquí del pelo! ¡Date prisa! ¡Vigila! El muy hipócrita…» Se precipitó fuera de la tienda.

La otra mujer la siguió con los ojos, asombrada, y luego se volvió hacia Polly. «¿Qué le pasa a tu madre?»

«No sé», fue la arisca respuesta. Y entonces fue a la trastienda, abrió la puerta de la cocina y gritó hacia adentro.

«¡Sal, Esther! ¡Papá se ha ido! ¡Mamá se ha ido! ¡Sal! ¡Sal! ¡Tienes que vigilar!»

XIX

EN el segundo descansillo de la escalera sin iluminar, el áspero hedor a desinfectante le raspó el interior de las narices. Tras la puerta por la que se filtraban voces de niños, la prole de la señora Glantz tenía el sarampión. Arriba y más lejos, cansada, cansadamente. Y, a la vuelta de la escalera, la ventana estrecha, encostrada, empotrada en alambre, estaba abierta. Se demoró otra vez, miró abajo. En el patio, que se estaba volviendo grisáceo, un gato delgado y gris saltó a la valla, no pudo alcanzar la parte superior y, con las garras, trepó hasta arriba con una fuerza resuelta y silenciosa. Y también David subió, cansadamente.

—Culpa de ella. De ella. No mía. No, no lo es. No lo es. Pregunta a quien quieras. Da un paso y pregúntalo. ¿Es mía? Palos de la barandilla, ¿es mía? Mía es... Mía no es... Mía es... Mía no es... Mía es... Mía no es... ¡Eso es! ¡Mira! ¡Sombras chinescas! Culpa de ella. Ella se lo dijo. ¿No? Ella se lo dijo a la tía Bertha. Culpa de ella. Si a ella le gustaba un *goy,* a mí también. ¡Eso es! Ella me obligó. ¿Cómo iba a saberlo? Todo es culpa suya y se lo voy a decir así. Voy a echarle la culpa. ¡Tuya, mamá! ¡Tuya! ¡Sigue! ¡Sigue! ¡El siguiente! ¡El siguiente piso! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ouoo!

Y, al dejar el tercer descansillo, en el que el rancio tufo a col y nata agria llenaba la incierta luz, un gemido suave se abrió camino a través de sus labios y resonó con un agudo ajeno en el silencio hueco. Y hacia arriba, con las pegajosas palmas de sus manos que se pegaban a las barandillas y chillaban, oponiendo ligera resistencia, al deslizarse. Y, una vez más, el recodo de la escalera y la abierta ventana que enmarcaba una suave claridad con la nueva altura. Al otro lado del callejón, un rostro entre cortinas hizo una mueca y se echó hacia atrás; unos dedos encorvados se quitaron el cuello de una camisa.

—¡Deja de gritar! ¡Deja! ¡Tú, dentro, deja! No saben. No lo saben, ¿Quién se lo iba a decir? Dime, ¿quién se lo iba a decir? Bueno, dime. ¡Eso es! ¿Lo ves? Polly no lo ha contado... Esther no le dejó. Corrió detrás de ella. Pero quizá no la alcanzara. ¡Sí! ¡No! Pero, aunque así fuera... ¿qué? La tía Bertha no lo contaría. La tía Bertha me quiere. ¿Lo ves? La tía Bertha no lo contaría ni por un millón, ni por un millón de millones de dólares. ¿Acaso no odia a papá? ¿No me querría a mí en lugar de a ellas? ¿No? Por eso no lo contaría. ¡Caramba, ooh, Dios! Claro que no lo contaría. ¿Entonces qué? ¿De qué me asusto? (Se apoyó contra la barandilla en un éxtasis de esperanza.) ¡Nadie lo sabe! ¡Oooh, Dios, haz que nadie lo sepa! ¡Así que sigue! Haz como si no hubiera pasado nada. Caramba, nada salvo... salvo él. ¿El rabino? Aaa,

se olvidará. ¡Seguro que sí! Siempre. ¿Por qué tendría que acordarse? ¡Sigue, caramba, Dios! ¡Sigue! Pero… ¿pero dónde estabas? Es tardísimo. ¿Yo? ¿Dónde estaba yo? Me he perdido, eso es todo. Lejos, al otro lado de la avenida A. ¿Por qué? Creía que era al otro lado. Ahí es donde he estado. ¡Sigue! ¡Oooh, Dios! Me gustaría haberme roto una pierna. ¡Au! ¡No! ¡Sí! ¡Sh!

La pálida luz azul del montante, oblicuamente sobre su cabeza.

—¿No hay nadie… dentro?

Se acercó cautelosamente a su puerta, con las rígidas articulaciones de los tobillos crujiéndole como disparos de fusil. Una confusión de voces tras la puerta.

—¡Sh! ¿Quién? ¿Quién está ahí?

Con el contenido aliento temblándole en el pecho, se inclinó más, se inclinó más preparándose para huir.

Alguien se rió.

—¿Quién? ¿Ella? Mamá? ¡Sí! *¡Sí!*

Otra vez del murmullo de voces, otra vez la risa… tensa, nerviosa, pero risa. La esperanza se aferró a ella.

—¡Ella! ¡La risa es suya! ¡No lo sabe! ¡No sabe nada! No se reiría si lo supiera. ¡No! ¡No! ¡No lo sabe! ¡Puedo entrar!

Su cerebro se abrió de golpe como iluminado por una luz…

—¡Nadie lo sabe! ¡Puedo entrar!

Sin embargo, todo su ser se retrajo aterrorizado cuando alargó la mano buscando el pomo…

La puerta que se abrió con un chasquido se cerró con un chasquido sobre sus voces. Y…

«¡David! ¡David, hijo! ¿Dónde has estado?»

«¡Mamá! ¡Mamá!» Pero, por muy pronto que se lanzara contra su pecho, por muy profundamente que escondiera allí sus ojos, vio antes, en una visión confusa, la figura barbuda ante la mesa.

«¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!»

Sólo el valle acogedor que había entre sus pechos sofocaba el grito de miedo de su corazón. Unas manos convulsas, certeras, se dirigieron al cuello de ella, buscando y estrechando el único pilar que quedaba en pie de su ruina.

«¡Calma! ¡Calma! ¡Calma, hijo! ¡No tengas miedo!» Su cuerpo lo acunó.

Y a sus espaldas, la voz de su padre, adusta, sardónica: «¡Sí, cálmalo! ¡Consuélalo! ¡Consuélalo!»

«¡Pobre niño asustado!» Sus palabras le llegaban desde su pecho y desde sus labios. «El corazón le late como el de un ladrón. ¿Dónde has estado, vida mía? ¡He estado muerta de ansiedad! ¿Por qué no has venido a casa?»

«¡Perdido!», gimió él. «Me he perdido en la avenida A.»

«Ach!» Lo estrechó contra sí otra vez. «¿Por qué has contado un cuento tan extraño?»

«¡Sólo estaba inventando! ¡Sólo estaba inventando!»

«¿De veras?» Detrás de él, la voz enigmática de su padre. «¡De veras que sí!»

Pudo sentir como su madre se sobresaltaba. El corazón que había bajo el oído de David comenzó a latir fuertemente.

«¡Jai! ¡Yai! ¡Yai! ¡Yai! ¡Yai!» Desde otra esquina del cuarto, el doloroso gemido del rabino irrumpió en una serie de suspiros. «Ya veo que he hecho mal en venir.

¿No?» Se detuvo, pero nadie respondió su pregunta. En lugar de ello.

«¡Deja de gimotear, tú!», dijo bruscamente su padre.

«¿Pero qué podía hacer?» El rabino se lanzó de nuevo. Su voz, tan insólitamente untuosa y apaciguadora, sonaba extraña en los oídos de David, a pesar de su desgracia. «Si él hubiera sido un estúpido, un *golem* de yeso, como los que sólo el Rey del Universo, con su mano sagrada y dadivosa, sabe concederme, ¿lo hubiera creído? ¡Psh! Hubiera dicho... ¡Bah! Idiota de cerebro de buey, ¡basta de bobadas! Y entonces y allí ¡le hubiera dado tal bofetada en la mandíbula que los hijos de sus hijos hubieran llorado! Escúchame, amigo Schearl, hubiera salido despedida de mí como sale despedida una uña de un dedo del pie de las tijeras! ¡Pero no!» Su voz aumentó, se hizo más profunda, se enriqueció de ronquera. «En mi *heder* él era como una corona entre la basura, como un serafín entre los *goyim* de Esaú! ¿Cómo no iba a creerlo? Una historia tan increíble tenía que ser cierta, ¿no? Su padre un *goy,* uno que tocaba el órgano... ¡un organista de iglesia! ¡Su madre muerta! Ella se reunía con él en el maíz...»

«¡Qué!» Ambas voces, pero ¡con qué tonos tan diferentes!

«He dicho en el maíz. ¡Usted, señora Schearl, era su tía! ¡Qué! ¡No se volverá a oír nada parecido hasta que se case el Mesías! ¡Díganme! ¿No?»

Otra vez el silencio y luego, como si el silencio crujiera por su propia tensión, el siniestro sonido chirriante de un cable tenso: los dientes de su padre que rechinaban. Bajo el oído de David, el fuerte latido del corazón tropezó, tembló, martilleó irregularmente. El obstáculo sobresaltado de la rápida respiración de la garganta de ella era como la sublimación audible del propio terror de David.

«Pero uh... uh... ha sido una burla, ¿no? Uh... ah... ¡qué! ¡Una burla!» Se podía oír a sus uñas presurosas hostilizando su barba. «¡No-eh-ah-pu! ¡No hay duda!» Tropezando al principio, sus palabras comenzaron a rodar, haciéndose más agitadas a medida que se volvían más cordiales. «Es vuestro hijo ahora. ¡No! ¡Es vuestro hijo! ¡Siempre! ¿Qué hay de preocupante en ello? ¿Ja? ¡Una broma!

¡Una historia de... cazador y oso salvaje! ¿Comprenden? «Algo cómico! ¡Ja! ¡Ja... eh, tú, bribón! ¡No volverás a engañarme! ¡Qué cosas inventan estos diablillos! ¡Ja! ¡Ja! Una broma, ¿no?»

«¡Sí! ¡Sí!» La voz alarmada de ella.

«¡Hmf!» Salvajemente, su marido. «¡Estás de acuerdo muy pronto! ¿De dónde se ha sacado esa historia? ¡Déjale que hable! ¿De dónde? ¿Ha sido Bertha, esa vaca colorada? ¿Quién?»

David gimió, agarrándose más fuerte a su madre.

«¡Déjalo en paz, Albert!»

«¿Lo dices tú, no? ¡Lo averiguaremos!»

«Pero uh... no me lo tomarán a mal... uh... quiero decir el habérselo dicho. Que Dios me castigue si he venido aquí para entrometerme, para suscitar rencores. ¡Sí! ¡Que me fulmine en esta silla! ¡Escúchenme! ¡No tenía la menor intención de curiosear! ¡Que crezcan los pies por donde quieran, que a mí no me importa! ¡No a mí! Pero, pensé, soy su rabino, y pensé que era mi deber decirles... por lo menos que supieran que él sabía... y de qué forma se había enterado.»

«¡No pasa nada.» Ella liberó uno de sus brazos. «Le ruego que no se preocupe.»

«Bueno, entonces, ¡bien! Bien! ¡Ja! ¡Tengo que irme! ¡La sinagoga! Se está haciendo tarde.» El crujido de su silla y el roce de sus pies llenaron la pausa cuando se levantó. «Entonces, ¿no están furiosos conmigo?»

«¡No! ¡No! ¡En absoluto!»

«Buenas noches entonces, buenas noches.» Apresuradamente. «Que Dios les dé apetito para la cena. No los molestaré más. Si quieren, podré iniciarle pronto en el *Ho-mash*... cosa rara en alguien que ha estado tan poco tiempo en el *heder*. Buenas noches a todos.»

«¡Buenas noches!»

«¡Jai-yai-yai-yai-yai! La vida es un juego a ciegas. Una cabriola a ciegas en la oscuridad. ¡Buenas noches! ¡Jai-ai! ¡Yai! ¡Yai! ¡Día aciago!»

El picaporte rascó. La puerta se abrió, crujió, se cerró sobre sus pisadas jai-yaiantes. Y el latido del corazón de ella condensó a intervalos el silencio que siguió. Y entonces la voz de su padre, vibrante de desprecio...

«¡Viejo idiota! ¡Viejo jamelgo ciego! ¡Pero esta vez lo ha hecho mejor de lo que se imaginaba!»

David sintió que los muslos y los hombros de su madre se ponían rígidos. «¿Qué quieres decir?», preguntó ella.

«Te lo diré dentro de un momento», respondió él siniestro. «No, pensándolo bien, no tendré que decírtelo para nada. Se dirá por sí solo. Respóndeme a esto: ¿dónde estaba mi padre cuando me casé

contigo?»

«¿Me lo preguntas a mí? Lo sabes muy bien... muerto.»

«Sí, lo sé», fue su significativa respuesta. Y su voz se tensó, llena de sospecha. «¿Viste a mi madre?»

«¡Naturalmente! ¿Pero qué te pasa, Albert?»

«¡Naturalmente!», repitió él, con lento desprecio. «¿Por qué me sonríes con esa expresión vacía y confusa? Quiero decir, ¿la habías visto antes de que yo te la presentara?»

«¿Qué quieres saber, Albert?»

«Una respuesta sin engaños», dijo él bruscamente. «¡Ya sabes de qué te hablo! Te conozco demasiado bien. ¿Fue a verte ella sola? ¿En secreto? Bueno. ¡Estoy esperando!»

Como si el cuerpo de ella tuviera que seguir las oscilaciones de una inmensa indecisión, se columpiaba de un lado a otro, y David con ella. Y por fin, en voz baja: «Si quieres saberlo... Lo hizo.»

«¡Ja!» La mesa se deslizó súbitamente sobre el suelo. «¡Lo sabía! ¡Oh, sabía cómo era ella! Y te lo dijo, ¿no? ¡Y te advirtió! ¡Contra mí! ¿De lo que había hecho?»

«¡No se habló de nada de eso...!»

«¿De nada? ¿De nada de qué? ¿Cómo puedes ser tan simple?»

«¡De nada!», repitió ella desesperada. «¡Deja de atormentarme, Albert!»

«Tú no hubieras dicho nada.» La persiguió implacable. «Me hubieras preguntado, ¿no? ¿Qué había hecho yo? ¡Ella te lo dijo!»

Su madre guardó silencio.

«¡Ella te lo dijo! ¿Te has quedado sin lengua? ¡ Habla!»

«Ach...!» y se detuvo. Sólo David oía el alocado latido de su corazón. «¡No ahora! ¡No con él delante!»

«¡Ahora!», gruñó él.

«Vino.» Era como si le arrancaran la voz. «Y me dijo que no debía casarme contigo. ¿Pero qué diferencia...?»

«¡Lo hizo! ¿Y los demás? ¿Los otros? ¿Quién más?»

«¿Por qué estás tan ansioso por saberlo?»

«¿Quién más?»

«Padre y madre. Bertha. Su voz se había vuelto fatigosa. «Los otros lo saben, nunca te lo he dicho porque yo...»

«¡Lo sabían!», la interrumpió con amargo triunfo. «¡Lo supieron siempre! Entonces, ¿por qué te dejaron casarte conmigo? ¿Por qué te casaste *tú* conmigo?»

«¿Por qué? Porque nadie la creía. ¿Quién iba a creerla?»

«¡Oh!», sarcásticamente. «¿Es eso? ¡Lo pensasteis rápidamente! Era una forma fácil de no querer saberlo. Pero ella juraba que era cierto, ¿no? Debió de hacerlo, odiándome como me odiaba. ¿No te dijo que mi padre y yo habíamos discutido aquella mañana, que me pegó y que

yo juré que me vengaría? Había un campesino mirándonos desde lejos. ¿No te dijo eso? Dijo que yo hubiera podido impedirlo. Hubiera podido coger el palo cuando el toro lo hizo saltar de la mano de mi padre. Cuando él estaba en el suelo del corral. ¡Pero yo no moví un dedo! ¡Dejé que le sacara las tripas! ¿No te dijo eso?»

«¡Sí! ¡Pero Albert, Albert! ¡Era como si se hubiera vuelto loca! ¡No lo creí entonces y no lo creo ahora! ¡Basta ya, por favor! ¿No podemos hablar de eso luego?»

«Ahora que todo me resulta claro, ¿quieres dejarlo, no es eso?»

«¿Y por qué te resulta de repente todo claro?», su voz tenía una insistencia penetrante. «¿Qué es lo que te resulta tan claro? ¿Qué estás tratando de demostrar?»

«¿Y tú me lo preguntas?», siniestramente. «¿Te atreves a preguntármelo?»

«¡Sí! ¿Qué intentas decir?»

«¡Oh, el descaro de las de tu especie! ¡Cuánto tiempo crees que puedes esconderlo! ¿Crees que me voy a dejar arrullar y aturrullar siempre? ¿Tengo que decírtelo? ¡Tendré que soltártelo! ¿Puede mi pecado compensar otro? ¿Te basta con eso?»

«¡Albert!», su grito de aturdimiento.

«¡No pronuncies mi nombre!», gruñó él. «Lo diré otra vez... ¡tenían que deshacerse de ti!»

«¡Albert!»

«¡Albert!» Se lo escupió a su vez. «¿De quién es él? ¡Ése que tienes en los brazos! ¿Ja? ¿Cómo habría que llamarlo?»

«¡Estás loco! ¡Santo Dios! ¿Qué te ha pasado?»

«¿Loco, eh? ¡Estaré loco, pero no tonto! ¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Quítate la máscara! Yo te desenmascaré hace años. En todos estos años no has dicho nada. Has fingido no saber nada. ¿Por qué? ¡Sabías por qué! ¡Te hubiera preguntado lo que acabo de preguntarte! Te hubiera dicho por qué dejaron que te casaras conmigo. Debía de haber algo raro. ¡Lo hubiera sabido! Te lo hubiera dicho. Pero ahora, ¡habla! ¡Habla a gritos! ¿De qué tienes miedo? ¡Ya sabes quién soy! Esa vaca colorada te ha traicionado, ¿no? También le arreglaré las cuentas. Pero no creas que no había agitación en ese silencio. ¡Durante todos estos años mi sangre me lo ha dicho! ¡Me ha susurrado cada vez que lo miraba, haciéndome señas, me ha dicho que no era mío! En el momento mismo en que lo vi en tus brazos saliendo del barco, lo adiviné. ¡Lo adiviné!»

«¿Y tú crees esa fantasía de niño?» Hablaba con la voz fija y sin expresión de alguien perplejo ante lo increíble. «¿Ese parloteo? ¿Esa divagación de un niño?»

«¡No! ¡No!», replicó él con furioso sarcasmo. «Ni un poquito siquiera. Ni una palabra. ¿Cómo voy a creerlo? Naturalmente, está

todo mezclado. Pero tú querías un comentario. Que hable otra vez. Podría resultar más claro.»

«He pensado que eras raro, Albert, e incluso que estabas loco, pero se trataba de orgullo y eso te hacía digno de compasión. ¡Pero ahora comprendo que estás completa, completamente loco! ¡Albert!» De pronto gritó como si su grito pudiera despertarlo. «¡Albert! ¡Sabes lo que estás diciendo!»

«Comedianta hasta el fin.» Hizo una pausa, y aspiró con fuerza como quien se maravilla... «¡Hmf! ¡Cómo aguantas tu papel! ¡Sin un temblor! ¡Sin nada que te traicione! ¡Pero respóndeme a esto!» Su voz se hizo delgada para sondear. «¡Ésta! ¡Ésta es la ocasión de demostrarme mi locura! ¿Dónde está su certificado de nacimiento? ¿Ja? ¿Dónde está? ¿Por qué no lo han mandado nunca?»

«¿Eso? ¿Ha sido sólo por eso por lo que se te ha calentado tanto la sangre? ¡Pero, santo Dios, si te han escrito... mi propio padre te escribió! Lo han buscado por todas partes sin encontrarlo... ¡se ha perdido! ¡Con la confusión de la partida! ¿Qué otra razón podía haber?»

«¡Sí! ¡Sí! ¿Qué otra cosa podía haber? Pero los dos... los dos sabemos por qué se ha perdido, ¿verdad? ¡Era mejor no encontrarlo! Después de todo, ¿estaba yo allí para verlo nacer? ¿Estaba siquiera para verte embarazada? ¡No! Yo estaba en América... ¡con su dinero, por cierto! Con el billete que me compraron. ¿Por qué tenían tantas ganas de librarse de mí? ¿Por qué tanta prisa, cuando no llevaba casado más de un mes?»

«¿Por qué? ¿No puedes comprenderlo por ti mismo? Éramos nueve en mi familia. Los criados, los otros, los extraños empezaban a saberlo. Habían confiado en que yo te seguiría pronto. No había dinero en casa. La tienda se estaba viniendo abajo. Los hijos no eran aún mayores. No podías enviar a buscarme...»

«¡Oh, basta! ¡Basta! ¡Todo eso lo sé! ¿De quién empezaron a saber... de ti o de mí?»

«¿Insistes aún? ¡De ti, naturalmente! Tu madre iba por ahí diciéndoselo a todo el mundo.»

«Y se avergonzaban, ¿eh? ¡Comprendo! Pero ahora te daré mi versión. Aquí estoy yo en América, sudando para conseguir tu pasaporte, muriéndome de hambre. ¿Comprendes? A miles de millas de distancia. Solo. Sin escribir a nadie más que a ti. ¡Bueno! Él nace uno o dos meses demasiado pronto para ser mío... tal vez más. Tú esperas ese tiempo. Ese mes o dos, y entonces, bueno, entonces exactamente en el momento preciso, me escribes... Tengo un hijo. ¡Qué alegría! ¡Qué felicidad! Tengo un hijo. ¡Ja! Pero cuando viniste, los médicos sabían demasiado. Ha engañado a su marido, dijeron. Tuviste miedo. Diecisiete meses eran demasiado poco para alguien tan

crecido. ¡Entonces veintiuno! Veintiuno podrían creérselo, y veintiuno creí yo naturalmente que eran. ¡Eso es! ¿No fue así? No me he olvidado. Tengo buena memoria. Un organista, ¿eh? Un *goy,* ¡que Dios se apiade de ti! ¡Ah! ¡Es evidente! ¡Pero mi sangre! ¡Mi sangre, te digo, me lo advertía!»

«¡Estás loco! ¡No hay otra palabra!»

«¿Ah sí? Pero soy suficientemente bueno para tu hijo. Eso es lo que pensaron en casa... El viejo glotón rezador y su esposa... ¿Conociste a algún organista? Bueno, ¿por qué no respondes?»

«Yo... ¡oh, Albert, déjame en paz!» Agitó frenéticamente a David entre sus brazos. «¡Déjame en paz, en nombre del cielo! Ya has acumulado bastante vergüenza sobre mí sin motivo. Es más de lo que puedo soportar. ¡Estás enloquecido! ¡No hablemos más de eso! ¡Más tarde! ¡Mañana! ¡Ya he sufrido dos veces por lo mismo!»

«¡Dos veces! ¡Ja!» Se rió. «¡Tienes talento para dejar escapar cosas! Entonces, ¿conociste a un organista?»

«¡Eso dices tú!» Su voz se había hecho súbitamente de piedra.

«¿Lo conociste? Dilo.»

«Lo conocí. Pero eso fue...»

«¡Lo conociste! ¡Lo conociste!» Sus palabras resonaron de nuevo. «¡Encaja! ¡Concuerda! ¡Bueno, mira! ¡Mira ahí arriba! ¡Mira! El maíz verde... ¡más alto que un hombre! ¡Despertó tu fantasía!, ¿no? ¡Bueno, naturalmente que sí! El maíz espeso por encima de vuestras cabezas, ¿eh? ¡Las citas del verano! Pero yo... ¡Yo me casé en noviembre! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Sh! ¡No digas nada! ¡Ni una palabra! ¡Te pondrías en ridículo, estás tan confusa!»

«¿Y tú te lo crees? ¿Y tú te lo crees? ¡Eso que estás diciendo! ¿Puedes creértelo?»

«¡Anh! ¿No creo en el sol? ¡Pero si lo he sentido durante años, te digo! Me he tropezado con ello a cada paso y repaso. ¡Se ha puesto en mi camino, se me ha enredado en los pies! ¿Y sabes cómo? ¿No te has dado cuenta nunca? Entonces, ¿por qué pasan semanas y más semanas y no soy hombre en absoluto? ¿Un hombre como los demás hombres? ¡Sabes de qué estoy hablando! ¡Deberías saberlo, habiendo conocido a otros! ¡Me envenenaba una sospecha! ¡La podredumbre me perseguía! ¡La sentía! ¡La conocía! ¿Comprendes? ¡Y era cierta!»

Ella se levantó. Y David, todavía en sus brazos, todavía agarrando su cuello, no se atrevió a respirar ni gimotear en su terror, no se atrevió a levantar la vista del refugio del pecho de su madre. Y la voz de su padre, más cerca ahora, se abatió sobre su espalda como un vergajo de palabras duras y metálicas.

«¡Apriétalo bien! ¡Es tuyo!»

Ella respondió, con una especie de compasión deliberada en la voz. «Y ahora, ahora que sabes lo que crees que sabes, la corrupción se ha

ido. ¿Es así como te sientes? La niebla se ha disipado. ¿Por qué no me dijiste antes lo que te ofuscaba? Te hubiera librado antes.»

«¿Y ahora, como toda embaucadora descubierta, te burlarás de mí, verdad?»

«No me estoy burlando de ti, Albert. Sólo te estoy pidiendo que me digas exactamente qué es lo que quieres.»

«Quiero», sus dientes trituraron las palabras. «No volver a ver a ese mocoso.»

Ella tomó aire como para hacer un último intento. «¡Me vuelves loca, Albert! Es tu hijo. ¡Tu hijo! ¡Ay Dios! Es tuyo. ¡Y qué importa que conociera a otro hombre mucho antes de conocerte a ti...! ¡Fue hace mucho tiempo, te lo juro! ¿Puede, tiene que ser suyo? ¡Es tuyo!»

«¡Nunca te creeré! ¡Nunca! ¡Nunca!»

«¡Pues entonces me iré!»

«Vete. ¡Daré volteretas! ¡Bailaré por los tejados! ¡Me libraré de ti! ¡Te lo aseguro! ¡Las noches en el carro de la leche! ¡Los pensamientos! ¡El tormento! Los establos... enganchando el caballo. ¡Los otros hombres! ¡El tormento! ¡Me libraré de ti! Su...»

Pero, como respondiendo a su sofocado grito de exaltación, unos ruidos en la escalera, de pelea, rabiosos, confusos, rompieron contra la puerta como olas turbulentas. En torno a las piernas de David, la presión de los brazos de su madre aumentó protectoramente. Otra vez los gritos amenazantes, de reproche, y una patada y un arrastrar de pies. Un fuerte crujido en la puerta que, abierta de golpe, fue a chocar contra una silla.

«¡Ahora déjame! ¡Estoy aquí! ¡Voy a hablar!»

¡Conocía aquella voz! David echó por encima de su hombro una ojeada enloquecida... la tía Bertha, luchando a brazo partido con su marido le pareció menos extraña, ahora que la luz de la cocina se había vuelto tan gris. Con un gemido de desesperación, se agarró al cuello de su madre y enterró su rostro frenéticamente en la curva de su garganta. Y ella, desconcertada...

«¡Nathan! ¿Eres tú? ¡Bertha! ¿Qué pasa? ¡Parecéis tan furiosos!»

«¡Estoy... estoy rabioso!», jadeó el tío Nathan angustiado. «¡Tengo muchas cosas que...!»

«¡No pasa nada!» La tía Bertha dominó sus palabras. «¡Mi marido es un necio! ¡Miradlo! ¡Se ha vuelto loco!»

«¡Déjame hablar! ¡Quieres dejarme hablar!»

«¡Antes ahógate!» Arremetió contra él malévolamente. «Quiere... ¿sabéis lo que quiere? ¿No lo podéis adivinar? ¿Qué quiere un judío? Dinero. Ha venido a pedir dinero prestado. ¿Y para qué quiere dinero? Para hacer una tienda más grande. ¡Nada menos! ¡Ha perdido la cabeza! Os diré lo que le ha ocurrido. La pasada noche soñó que venía la policía y le quitaba las botas, como hicieron con su padre en Vilna,

cuando quebró. Se le ha metido en la cabeza. Está asustado. Se le ha formado espuma en el cerebro. Preguntadle dónde está ahora. No sabría responder. Estoy segura de que no sabría. ¡Y cómo estás, Albert! ¡Hace un par de meses que no te veo! Deberías visitarnos a veces, ver nuestra tiendecita y nuestra enorme variedad de confites. ¡Cheh! ¡Cheh! Y tomarte una garsosa!»

El padre de David no respondió.

Y alegremente, como si no lo esperase. «¿Y por qué lo tienes en tus brazos, Genya?»

«Sólo... sólo para ver lo que pesa», replicó su madre insegura. «¡Y cuánto pesa!» Se inclinó para dejarlo en el suelo.

«¡No, mamá!», susurró él, aferrándose a ella. «¡No, mamá!»

«¡Sólo un momento, cariño! No te puedo tener en brazos tanto tiempo. ¡Pesas demasiado!» Lo dejó a sus pies. «¡Eso es! Una vez que se sube, no quiere bajar ya.» Y, manteniendo aún su mano temblorosa en el hombro de David, se volvió hacia Nathan. «¿Dinero? ¿Pero...?» Se rió confusa. «¡Creo que el mundo se ha vuelto loco! ¿Y venís precisamente a nosotros? ¿Has perdido el juicio, Nathan?»

Fijando sus ojos coléricos y atormentados en David, Nathan abrió la boca para hablar...

«¡Naturalmente!» La tía Bertha lo dejó atrás. «Naturalmente que no tenéis dinero.» Clavó un codo malignamente en las costillas de su marido. «Eso fue lo que yo le dije. ¡Palabra por palabra! ¿No es verdad?»

Casi mareado por el terror y la culpa, David se había escondido detrás de su madre. Al lado de ella estaba su padre, con los brazos cruzados sobre el pecho, distante, con las ventanillas de la nariz todavía dilatándosele en el flujo y reflujo de la pasión. En la luz que se iba haciendo cada vez más gris, su rostro parecía de piedra, y sólo las narices y la vena retorcida de su frente estaban vivas. Luego descruzó los brazos. Sus ojos intensos y llameantes recorrieron un rostro tras otro, rozaron a David, que apartó la cabeza aterrado, continuaron y volvieron, quedándose fijos allí. Sin devolver la mirada, David supo que lo estaba mirando, tan palpable era aquella mirada, tan semejante a una presión. Envolviéndolo, parecía socavarlo por dentro. Sintió vértigos, extendió sus manos entumecidas hacia el vestido de su madre y se colgó de él débilmente. Su padre desvió la mirada. Y, como si hubiera estado debatiéndose hasta entonces bajo el agua, David tragó aire, y oyó nuevamente sonidos, voces.

«¿No queréis sentaros?», preguntó solícita su madre. «Estáis cansados, los dos. Puedo verlo. Vamos, hacer cena para dos más no llevará más tiempo. ¡Quedaos!»

«¡No! ¡No! ¡Gracias, hermana!» La tía Bertha hablaba decidida. «Si él es capaz de ir a buscar herraduras mohosas antes de cenar, por qué

no va a poder esperar un poco más... Estoy tan cansada como él. ¡Y se lo advertí!»

«Siento que no podamos ayudaros, Nathan. ¡Sabes que lo haríamos si tuviéramos dinero! ¡Oh! ¡Todo está tan embrollado! ¡Estoy tan confusa! ¡Bueno!» Se rió desconsoladamente. «Si no fuera tan absurdo, Nathan, resultaría halagador que hubieras pensado que teníamos dinero.»

Mordiéndose los labios, el tío Nathan miró al suelo y se balanceó como si estuviera a punto de caerse. «No tengo nada que decir», respondió sordamente. «Ya lo ha dicho todo ella.»

«¿Lo ves?» Había una nota de triunfo en la voz de la tía Bertha. «Ahora se avergüenza de sí mismo. ¡Pero es ahora cuando me gusta!» Empezó a empujarlo hacia la puerta. «Ahora es mi hombre y un hombre tan bueno como el mejor que haya comido ciruelas con carne. ¡Ven, corazón de oro! La señora Zimmerman nos espera... Mis clientes pensarán que te estoy enterrando.»

«¡Eres muy hábil!» Respondió él, liberándose de ella malhumorado. «¡Me has taponado bien la chimenea! ¡Pero espera! ¡Todavía te reirás en tus últimas convulsiones!»

«¡Vamos! ¡Vamos!» Le dio un empujón hacia la puerta. «¡Levanta esa nariz! ¡Ese negocio para el que buscas dinero puede esperar!»

El tío Nathan liberó su brazo retorciéndose y agitó un dedo desesperado y frustrado ante su esposa. «¡Malditos seáis tú, tu dinero y todo ese cuento! ¡Me quedo! ¡Hablaré!»

La tía Bertha no le hizo caso y abrió la puerta. «¡Buenas noches, hermana! ¡Perdóname! Siempre ha sido un buen marido, pero esta noche... ¡Ya sabes cómo son los hombres! Cuando están un poco nerviosos, les encanta. ¡Vamos, tú!»

Agazapado detrás de su madre, David vio a la tía Bertha arrastrar hacia la puerta a su tozudo marido. Que se fueran no sería una liberación... Pospuesta una condena, le aguardaba la otra. El terror no sería menor si se quedaban que si se iban. Hacia donde se volviera su mente, sólo encontraba miedo. De éste había escapado. Lo había salvado la tía Bertha. ¡Pero su padre! ¡Otra vez su padre! ¡Su marcha lo dejaba abandonado a aquella furia! ¡Sin embargo...!

«¡Espera!»

Por primera vez desde que habían entrado, su padre habló. Y ahora descruzó los brazos y anduvo a grandes pasos hacia la puerta.

«¡Esperad!» Agarró al tío Nathan del hombro, alzándose ante él. «¡Vuelve!»

«¡Qué quieres de mi marido!» Dijo bruscamente la tía Bertha con sorpresa encolerizada. «Déjalo en paz. Ya está suficientemente enloquecido sin necesidad de que lo atormentes. ¡Vamos, Nathan!» Redobló sus tirones del otro hombro.

«¡Eres tú la que tienes que dejarlo en paz!» Gruñó peligrosamente su cuñado. «¡Tú y tus malditos embustes! ¡Entra, Nathan!»

Mirando asombrado de un rostro a otro, el tío Nathan sólo pudo emitir un gruñido de perplejidad.

«¡Te digo que lo dejes!» Chilló furiosamente la tía Bertha. «¡Bestia salvaje, quítale las zarpas de encima!»

«¡Cuando haya acabado!»

«¡Albert! ¡Albert!», la voz asustada de su madre. «¡Qué haces! ¡Déjalo en paz!»

«¡No! ¡No! ¡No hasta que haya hablado!»

Por un momento, a medias en la luz de la cocina que se apagaba y a medias en la oscuridad del pasillo, lucharon por él. Mientras el rostro pálido y alarmado del tío Nathan oscilaba entre los dos, las tres figuras que luchaban, imprecisas, eran tan irreales como una pesadilla. Un momento más y, con un tirón maligno, el padre de David los metió otra vez en la habitación, y con tanta fuerza que el otro se vio lanzado hacia adelante y su sombrero cayó al suelo. El padre de David cerró de un portazo.

«¡Escúchame, Nathan!» Tamborileó con su mano rígida contra el pecho del otro. «Has venido aquí para decir algo, de manera que dilo. ¡Haz callar a esa burra y todos sus trucos! ¡Dilo! ¡No se trata de dinero!»

«¡N-nada! ¡Nada! ¡D-Dios me ayude!» Ante el empuje de la otra mano, el tío Nathan volvió a caer contra su esposa. «¡Bertha os lo ha contado ya todo! ¡Que me ocurra una desgracia si no es cierto! ¡Una tienda! ¡Eso es lo que quiero! ¡La he visto! ¡Eso era todo! ¿No, Bertha?»

«¡Necio!» Le escupió a su marido. «¡No te había advertido que no vinieras! ¿No te dije que gemirías y te acordarías? Tengo ganas de... ¿Qué quieres de él?» Se volvió furiosa hacia su cuñado. «¡Déjale en paz, bestia indómita! ¿Me oyes? ¡Ha venido por dinero y por nada más! ¿Cuántas veces quieres que te lo digan? ¡No tengo por qué seguir soportando tus rabietas! ¡Recuérdalo!»

«¡Cállate!» Su padre estaba empezando a temblar. «¡Vaca traidora! Te conozco desde hace mucho. Sé lo que has hecho ya. ¡Habla, Nathan!» Pegó un puñetazo en la tina de lavar. «¡No dejes que te tome el pelo! ¡Habla! ¡Sea lo que sea! ¡No tengas miedo de mí! ¡Sólo la verdad! ¡Tengo mis razones! ¡Quizá me haga bien oírlo!»

«¿Pero qué dice?» La tía Bertha abrió mucho los ojos. «¡Qué nueva locura se ha apoderado de él!»

«¡Albert, te lo suplico!», su madre había cogido a su marido del brazo. «Si tienes alguna disputa, es conmigo. Deja en paz a ese hombre. Te lo ha dicho ya todo.»

«¿De veras? ¡Eso es lo que tú crees! ¡O quizá pretendes creerlo!

¡Pero yo sé más cosas! ¡Tengo ojos! ¡He visto! ¿Hablas o no?» La ira hacía que se irguiese cuan alto era. Enseñando los dientes, avanzó, empequeñeciendo al otro hombre, que se iba encogiendo.

«Y-ya lo he dicho todo», con los labios temblorosos, el tío Nathan buscó a sus espaldas la puerta. «¡Tengo que irme! ¡Bertha! ¡Ven!»

Pero el padre de David había apoyado con fuerza la mano contra la puerta.

«¡Vas a esperar! ¿Me oyes? ¡Esperarás hasta que respondas a una pregunta! ¡Y la vas a responder!»

«¿Q-qué quieres?»

«¿Por qué, cuando abriste la boca para hablar...? Antes de que esa burra con sus rebuznos te dejara sin pá-labras ni voluntad... ¿Por qué lo miraste a él?» Martilleó el aire en dirección a David. «¿Por qué esa mirada? ¿Qué era lo que tratabas de decir de él?»

«No tengo nada que decir. No lo miré. Déjame en paz, por amor de Dios. ¡Genya! ¡Bertha! No le dejéis que se meta conmigo.»

«¡Albert! ¡Albert! ¡Deja de torturar a ese hombre!»

«¡Maldito seas! ¡Demonio!» La tía Bertha trató de meterse entre los dos. «¡Loco! ¡Déjalo en paz!»

Él la apartó con rabia. «Y tú, ¿me dirás lo que ha hecho? ¡O es que quieres que mi furia se desate...!»

«¡Oh! ¡Oh! ¡Ay de mí!» ¡Ay de mí» La tía Bertha llenó la habitación con sus fuertes jadeos y lamentos. «¡Ay de mí! ¿Habéis visto lo que ha hecho? ¡Me ha tirado! Y con un niño en el vientre. ¡Monstruo! ¡Perro rabioso! No son calzones lo que has roto esta vez. ¡Es un niño lo que has destruido! Caiga sobre ti mi aborto. ¡Oh, esto lo pagarás! Ojalá te ahorquen. Ojalá...»

«Ni aunque tuvieras gemelos me preocuparía. Tu raza debe ser exterminada. Pero descubriré lo que ha hecho. ¡Ese mocoso de ahí! ¡Estoy esperando!» Su voz se estranguló. «¡Te advierto que estoy al límite de mi paciencia!»

El tío Nathan comenzó a derrumbarse, como si estuviera a punto de desmayarse.

«Él... uh... uh... ¡oy! ¡oy! ¡Él...!»

«¡No digas una palabra!» Gritó la tía Bertha. «¡Abre esa puerta o gritaré pidiendo socorro! ¡Déjanos salir!»

Se enfrentaron en un silencio tan aterrador que pareció como si la habitación misma fuera a estallar de tensión.

Ciego de terror, sin ser observado por nadie, David se había dirigido ya con paso vacilante a la cocina. *(—¡Está ahí! ¡Está ahi!)* Una voz angustiada y torturada balbuceaba en su interior. *(—¡Está ahí! ¡Lo puso ahí! ¡Está ahí!)* Unas manos a tientas, inciertas, se dirigieron hacia el oscuro nicho que había entre la cocina y la pared...

«¡Habla!» En la habitación encogida y en sombras, su padre se

había convertido sólo en voz, y su voz lo golpeaba con la fuerza del trueno.

«¡Bertha!» El tío Nathan gimió. «¡Sálvame! ¡Sálvame, Bertha! ¡Me va a pegar! ¡Bertha! ¡Bertha!»

«¡Socorro!», gritó ella. «¡Déjanos ir a la puerta! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Llama! ¡Genya, abre la ventana! ¡Socorro!»

«¡Albert! ¡Albert! ¡Ten compasión!»

«¡Habla!» Por encima de sus gritos, el horrible rechinar de los dientes de él.

«Yo... Yo... uh... él... fue él... uh. ¡Oh, Bertha! Nad...»

«¡Anh!» Aquel gruñido insensato. El brazo en sombras se echó hacia atrás. «¡Tú...!»

«¡Papá!»

El brazo doblado se quedó en el aire, se quedó inmóvil. El rostro contorsionado que había encima se volvió.

«¡Papá!» En la mente turbulenta, en ruinas, oscurecida, aquel único impulso unía cuerpo y cerebro como un estandarte. ¿Un sueño? No, no un sueño. No un sueño ni el recuerdo de un sueño. Un acto ordenado, previsto, inevitable como aquel momento mismo, un canal de experiencia, imbuido durante siglos, reiterado durante siglos, familiar como el aliento.

Se acercó. El resto se quedó hechizado.

«Yo... He sido yo, papá...»

«¡David! ¡Hijo!» Su madre saltó hacia él. «¡Qué tienes en la mano!»

Pero, antes de que pudiera llegar a él, David había levantado el látigo roto hacia los dedos encorvados de su padre.

«¡David!» Se apoderó de él, apartándolo del peligro. «¡El látigo! ¡Cerca de él! ¡Qué haces!»

«¿Esto?» Los párpados cayeron sobre los ojos de-voradores de su padre. «¿Por qué...? ¿Por qué me das esto? ¿Sabes lo que le pasó? ¿Es tu sino lo que estás suplicando?»

«Yo... Yo... ¡Por favor, papá!»

«¡No lo tocarás! ¡Me oyes, Albert! ¡No lo toleraré!» Toda súplica, toda timidez se habían desvanecido, y en su lugar había una fiera decisión. Se inclinó sobre David como un saliente de roca. «¡Haya hecho lo que haya hecho o crea cualquiera que ha hecho, no lo tocarás!»

«¡Os aliáis contra el forastero, el extraño!» La voz de su padre era resonante y peligrosa. «¡Pero vamos a oírlo!»

«¡No digas nada, niño!» El grito de aviso de Bertha.

Pero él estaba hablando ya. Y las palabras que decía eran como pesos que lo hacían tambalearse al subir por una gran pendiente en la que lo golpeaban sus propios suspiros y se debatía entre sus propias lágrimas.

«Yo estaba… estaba en… el tejado. ¡Papá! ¡Estaba en el tejado! Y había allí un ch-chico. Uno mayor… y… y tenía una cometa… c-cometa la llaman. Una cometa… sube más al-alto que los t-tejados… sube…»

«¡De qué estás hablando!» El rechinar de dientes de su padre. «¡Basta de patrañas! ¡Date prisa!»

«Yo… Yo…» Jadeó sin aliento.

«¡Bendito de Dios!» Susurró roncamente la tía Bertha. «¡Marido mío! ¡Marido mío! ¡Ojalá te tragase la tierra en este instante! ¡Ya ves lo que has hecho!»

«¿Yo?» El tío Nathan refunfuñó. «¿Es culpa mía? En qué…»

«Al-alguien… quería quitársela. La c-cometa. Y yo grité. Y le dije… ¡cuidado! Así me… me hice amigo suyo. Leo. Tenía patines y entonces… ¡Au! ¡Papá! ¡Papá! Y fuimos a casa de la tía Bertha. Y llevamos a Polly al otro lado… al patio. Él la llevó… Y le dio los patines. Y entonces, ¡au! Se la llevó al… al sótano. Y él… él…»

«¡Él, qué!» Su voz implacable era como un aguijón.

«¡No sé! ¡Au! ¡J-jugó a ser… malo!»

«¡ Anh!»

«¡No te acerques a él!», gritó su madre. «¡No te atrevas! ¡Ya basta, hijo! ¡Calla! ¡Ya basta!»

«¡L-lo hizo él! ¡Yo no, papá! ¡Papá, yo no! ¡Yo no! ¡Au! ¡Papá! ¡Papá!» Se agarró frenético a su madre.

«¡Es suyo! ¡Engendro suyo! ¡Oídme! ¡Suyo!» Parecía sofocarse en una alegría salvaje y demente. «¡No es mío! ¡No tiene nada mío! ¡Bertha, vaca! ¡No es mío! ¡Tú, Nathan! ¡Despierta ese cerebro de oveja! ¡Tu compañera traicionó a mi mujer! ¿Lo sabías? ¡Cotorreó su secreto! Le dijo de quién era. De un organista de alguna parte. ¡Cómo he albergado la cría de un *goy!* ¡Un depravado! ¡De un bribón! ¡Suyo y de ella! ¡Pero no mío! ¡Lo sabía! ¡Lo he sabido siempre! ¡Y ahora la voy a echar! ¡A ella y a él, ese mocoso!, que la golpee él cuando llegue el momento. ¡Pero yo soy libre! ¡No es parte de mí! ¡Soy libre!»

«¡Está loco!» Susurraron los otros dos roncamente, apartándose.

«¡Oídme!» La boca le babeaba. «¡Yo lo he alimentado! ¡Durante tres años he sofocado las suposiciones, he sido una bestia de carga! ¡Nunca he tenido suerte! ¡Felicidad nunca! ¡Alegría nunca! ¡Y… era justo! ¡Por qué hubiera tenido que encontrar otra cosa que infelicidad! ¡Era justo! Estaba manchado. Estaba cargado con el pecado de otro. Pero a cambio de eso… a cambio de todo ese sufrir, ¡tengo un privilegio! ¿Quién me lo negará? ¿Quién? ¡Un privilegio! ¡Desfogarme! ¡Saciarme! ¡Por una vez!»

Y, antes de que nadie pudiera moverse, se abalanzó hacia la madre de David.

«¡Au! ¡Papá! ¡Papá! ¡No!»

Aquellos dedos de acero se cerraron como una trampa aplastante sobre los hombros de David… arrancándolo de las manos de ella. ¡Y el látigo! ¡El látigo en el aire!…

«¡Au! ¡Au! ¡Papá! ¡No!»

Le mordió como una marca a fuego en la espalda. ¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Y David cayó al suelo aullando!

Su madre gritó. Se sintió agarrado, puesto de pie, arrastrado. Y ahora era su tía la que gritaba. El ronco alarido del tío Nathan acrecentaba el tumulto. En las sombras, las figuras oscilaban, se agarraban… Y de repente, la voz de su padre, exultante, poseída, hipnótica…

«¿Qué es eso? ¡Eso! ¡Mirad! ¡Mirad al suelo! ¡Ahí! ¿Quién dudará de mí ahora? ¡Mirad lo que hay ahí! ¡Ahi donde ha caído! ¡Un signo! ¡Un signo os digo! ¿Quién duda? ¡Un signo!»

«¡Anh!» El tío Nathan gruñó como por un dolor súbito.

«¡Ay de mí!» La tía Bertha boqueó de terror. «¡Es…! ¡Qué! ¡No!»

Con terror sobre terror, David se contorsionó en brazos de su madre… miró hacia abajo…

Allí, extendiéndose desde el cuadrado verde al cuadrado blanco del linóleo a cuadros, estaban las cuentas negras… la cruz dorada enmarcada en el esmalte reluciente y pálido. El horror aumentaba la figura que había en ella. David gritó.

«¡Papá! ¡Papá! ¡Leo… me las dio! ¡Ese chico! ¡Se me han caído! ¡Papá!» Sus palabras se perdieron en el alboroto.

«¡La mano misma de Dios! ¡Un signo! ¡Un testimonio!», desvariaba su padre, haciendo girar el látigo en sus brazos volantes. «¡Una prueba de mis palabras! ¡La verdad! ¡De otro! ¡De un *goy!* ¡Una cruz! ¡Un signo de suciedad! ¡Dejadme que lo estrangule! ¡Dejad que libre al mundo de un pecado!»

«¡Llévatelo! ¡Genya! ¡Llévatelo! ¡David! ¡David! ¡A él! ¡Deprisa! ¡Déjalo que corra!» La tía Bertha y el tío Nathan luchaban con su padre. «¡Deprisa! ¡Afuera!»

«¡No! ¡No!», el grito frenético de su madre.

«¡Date prisa! ¡Te digo! ¡Socorro! ¡No podemos sujetarlo!» El tío Nathan había sido apartado violentamente. Con las rodillas dobladas, la tía Bertha colgaba como un peso muerto de la mano de su padre con el látigo. «Lo matará», chilló. «Lo pisoteará como dejó que pisotearan a su padre. ¡Deprisa, Genya!»

Gritando, su madre saltó hacia la puerta… la abrió de golpe… «¡Corre! ¡Corre abajo! ¡Corre! ¡Corre!»

Lo empujó, apartándolo de ella y cerró de un portazo tras él. Pudo oír el golpe del cuerpo de su madre cuando se echó contra la puerta. Con un chillido salvaje, David se zambulló en las escaleras…

En todo el piso e incluso en el de debajo se habían abierto puertas.

Lanzadas de lámparas de gas se entrecruzaban en la mal iluminada escalera. Unos rostros boquiabiertos sobre cuellos estirados se asomaban, escuchando, soltando exclamaciones e informando a los que había detrás…

«¡Eh, chiko! *Vus is?* [1] ¡Una pelea! Eh, ¿ké passa? ¿Kién jrita? ¡Leo, karinyo! ¡No supass! Y'as oíto lo k'e ticho. ¡No supas! ¡Oy! ¡Yam'un kuardia! ¡Ten kuitao! ¡Te-prisa! ¡Tónte fas! ¡Eh, chiko!»

Una mancha giratoria de palabras, gestos espasmódicos, luces fragmentadas, una fluctuante carrera de baquetas hecha de tumulto y desaliento. Él no respondía, sino que seguía bajando. Nadie lo detuvo. Sólo un milagro lo salvó de estrellarse al bajar los oscuros escalones. Y ahora las voces estaban sobre él, y oía pies que bajaban ruidosamente por las escaleras, y ahora todos los ruidos se fundieron en un zumbido excitado y ahora casi inaudible… sus propios pies tamborileantes habían llegado al zaguán…

Luz azul en el marco de la puerta.

Con los brazos levantados y jadeando como un corredor hacia la cinta…

La calle.

La calle. Se atrevió a respirar. Y salió dando traspiés a la acera y se quedó allí, se quedó allí.

1

«¿Qué pasa?» [N. del T.]

XX

CREPÚSCULO. La luz de las tiendas y la luz de los faroles se condensaba... demasiado pronto para afirmarse. La agitación y el gruñido, ocasionales y eliminados, de la distancia. Y en las aceras, hombres y mujeres caminando con paso demasiado seguro, y en la calzada, niños que cruzaban y se llamaban, sin aceptar todavía el dominio de la oscuridad. El mundo se presentaba amortiguado en aquella luz que se desmoronaba, flotando, en múltiples facetas y sin dimensiones. Por un momento, el trillado salvaje de voces y cuerpos, los gritos, la furia en la cocina encerrada y encogida rompieron las ligaduras en su cerebro y volaron hacia el oscurecido oriente, hacia el poniente lánguido más allá de la elevada y abrupta inmensidad del crepúsculo que teñía el aire por encima de los tejados. Por un instante, la rara frescura de una tarde de junio disolvió toda la agonía en un viento tan suave como el paso de una varita mágica.

Y de repente hubo espacio hasta entre los cercados de piedra y de repente hubo quietud hasta en la irritación de la ciudad. Y hubo tiempo, inviolable incluso para el terror, tiempo para mirar cómo el bermellón manchado y confuso del oeste hacía señas a la noche para que lo cubriera. Un instante, pero sólo un instante, y entonces David gimió y corrió.

—¡No puedo! ¡Au! ¡No puedo! ¡No puedo correr! ¡No puedo! ¡Me duele! ¡Me duele! ¡Au! ¡Mamá! ¡Piernas! ¡Mamá!

Apenas había llegado a la esquina y todas las fibras atormentadas de su cuerpo gritaban ya exhaustas. Cada vez, su pie caía como un émbolo a través de su cráneo. Sobre unas piernas que se doblaban, atravesó la avenida D, se detuvo, vacilando de debilidad, y se frotó los muslos.

—¡No puedo andar! ¡No puedo! ¡Me duele! ¡Au! ¡Mamá! ¡Mamá!

Temerosamente miró por encima de su hombro, y sus ojos se movieron hacia lo alto. Del piso primero al tercero de su casa, las cocinas iluminadas, detrás de los dormitorios, arrojaban su mancha opaca sobre las ventanas... una de latón oscuro, otra de color gamuza, otra de un gris apagado. Una columna de luz pardusca pero tranquilizadora... salvo la suya propia, todavía tétrica, distante y oscura. Contuvo el aliento con un nuevo ataque de terror. Olas de miedo le contrajeron pecho y espalda...

—¡Todavía no están! ¡Au! ¡Todavía luchan! ¡Él! ¡Qué estará haciendo! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡La estará pegando! ¡Au! ¡No puedo correr! ¡A ningún sitio! ¡Quédate aquí! ¡Averigua! ¡Mira! Espera a que... ¡Espera! ¡Espera! ¡Asustado! ¡Escóndete! En algún sitio... ¿Dónde?

A poca distancia a su izquierda, la lechería cerrada que había entre la Novena y la Décima no estaba iluminada. Se dirigió a ella dando traspiés. Detrás de la barricada de bidones de leche encadenados a la barandilla del sótano, se acurrucó en la escalera de la tienda, fijando sus ojos levantados e implorantes en las ventanas. Oscuras, todavía oscuras. Funestas, implacables, escondían la furia y el desastre que había tras ellas, traicionándolos sin embargo. Gimió, se mordió los dedos de angustia y miró a su alrededor con mirada enloquecida y torturada.

Al otro lado de la calle, la barra de luz verde de la tienda del fotógrafo se encendió. Pasaba la gente, sin prisa, ensimismada y, cuando entraban en su radio de acción, la luz los fijaba momentáneamente en un verde cáustico y cadavérico. Nadie veía a David donde estaba, pero todos pasaban con un paso demasiado animado y demasiado distraído para su propia desgracia, pasaban con rostros hinchados y corroídos, como levantados por la marejada de un resplandor de algas, como si se balancearan bajo el mar. Demasiado enfermo para soportarlo, David apartó la vista y levantó los ojos.

—Todavía oscuro arriba. Oscuro... Primero, segúndo, tercero, hay luz. El mío está oscuro. Oscuro el mío sólo. Papá, basta. ¡Basta! Basta, papá. Enciéndela ahora. Ya no estás furioso. Enciéndela, mamá. ¡Ahora! ¡Uno, dos, tres, ahora! ¡Uno, dos, tres, ahora! ¡Ahora! ¡Aaa! ¡No lo está! ¡No lo está! ¡Au! ¡Escapa, mamá! ¡No le dejes! ¡Escapa! ¡Aquí! ¡Aquí estoy! ¡Corre! ¡Mamá! ¡Mamá!

Lloriqueó.

Un hombre, con panza, paso lento y el cuerpo voluminoso balanceándose sobre unas rodillas abultadas e inflexibles, se acercaba. Frente a David, volvió su lenta cabeza hacia la luz, se palpó una extraña mancha de púrpura marchita que tenía en la mejilla, se pellizcó el labio inferior y se alejó pesadamente.

—Con el látigo. El roto. También ahora ha pegado. Como a él desde el carro. Y yo se lo di. No se romperá más. Si él... ¡No le dejaré! ¡No le dejaré! ¡Corre adentro! ¡Dormitorio! ¡Aguanta la puerta! ¡Fuerte! ¡No la sueltes! ¡Tía Bertha! ¡Tío! ¡Vosotros también! ¡Aguantadla! ¡Deprisa! ¡No dejéis que le pegue! ¡Aguantad! ¡Au! ¡Mamá! ¡Basta! ¡Basta, papá! ¡Por favor! ¡Au! ¡Mira! está... oscura... oscura aún. Oscura.

Junto a él, en la planta baja de la misma casa en que estaba escondido, una ventana chirrió y se abrió con un zumbido. Y la voz de un hombre en una perorata con sonsonete:

«¡Aaa, no seas tan listo! ¡Kién'abla te ganar! ¡Un tólar y sesenta sentafos *gestern*![1] ¡Un *thuler* [2] y algo —unos ocho sentafos— el tomingo! Y el lunes por la noche, en la trasera te la sastrería te Hymen, al *rummy, tuh* [3] setenta. *Oy,* ke te mueras. Y yo tigo, si no

puetes'aser un buen trato, Abe, ¡tentrás k'aserlo en la kársel! Y si píerto otra fes, ¡un rayo *sol tich bald urtreffen/*»[4] . La voz se retiró.

—Si se enciende, ¿entonces qué? ¿Qué voy a hacer? Me preguntará. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué? ¿Qué? Papá, nada. Quería… Quería. ¿Qué? El… El… en el suelo. Las cuentas. Se me cayeron… bolsillo. ¿Para qué quieres…? ¡Au! Papá, no sé. ¿Qué? ¿Por qué? Mirará. Dirá. Pelota. Pelota quería. ¿Pelota. Dirá… ¿pelota? Sí. Pelota. En mi cabeza. ¡Au! No puedo decirlo. ¡Tienes que! En mi cabeza he comprendido. Estaba. En la esquina. Junto a los cochecitos de niño que apestaban a leche. Blanca. No me asusté. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? Sí. No me asusté. Lo mismo que vi una cuando… ¿Cuándo? La espada en el fuego. Calle Décima. Pregunta al rabino. Espada. Luz en la grieta y se rió. Cuando leí que él… Fuego. Luz. Cuando leí. Siempre asustado hasta que… y me obligaron a hacerlo. Los *goyitn* de junto al río. Y Ellos… Así la tuve. Así la perdí ¡La quería otra vez, papá ! ¡Papá! La quería otra vez. Y él dijo que sí. Leo. Como las tripas dentro-fuera que ardían. Y dijo que lo haría. Lo sacó de la caja. Decía Dios encima… ¡Espera, papá! ¡Papá! ¡No me pegues! ¡No! ¡Au! ¡No quería la grande, sólo la de veinte. Incluso más pequeña. Sólo de cinco centavos. Allí abajo pescaba… como cuando… ¡Au! ¡Es por eso, papá! ¡Es por eso! ¡No hice…! ¡Au! ¡No! ¡No! ¡Todavía no está encendida! ¿Qué voy a hacer? ¡Todavía no está encendida!

Se habían reunido al otro lado de la calle, ante la casa que había junto a la barbería en la esquina, unos chicos, ágiles, nerviosos y estridentes. Y uno estaba amenazante de pie en el porche mientras el resto se acurrucaba tenso en el bordillo…

«Lobo, ¿ehtáh lihto?»

«¡Ehtoy saliendo de la kama!»

«Lobo, ¿ehtáh lihto?»

«¡Ehtoy yend'al fregadero!»

«Lobo, ¿ehtáh lihto?»

«Ehtoy lavándome la kara…»

Con paso melindroso y remilgado se acercaban dos mujeres, escrutando con una muerta ojeada acariciadora los rostros muertos de los hombres que se cruzaban con ellas. Sus mejillas, al resplandor vitriólico del escaparate del fotógrafo, eran de pedernal, pero colgantes; la luz verde vidriaba su polvo de terciopelo, espumaba el rojo tísico, lívida sobre lo pálido. Una, la más cercana, hinchando el busto hacia una supuesta hebra que se quitó, envió un destello de mirada a David con sus ojos distraídamente pulidos y putrescentes. Se alejaron despacio, dejando una lánguida estela de carne y perfume, fragante a pesar de la distancia de diez pies que había entre ellos, y que subrayaba su corrupción al negarla.

—Leche… aquí apesta también. ¿Dónde? Los bidones, por eso. La

leche… apestan los bidones grandes. ¿Qué es eso… ahí junto al… sótano? ¿Qué? Espada es… ¡No! ¡No me importa! ¡No me importa! ¡Mamá! ¡Mamá!

«Lobo, ¿ehtáh lihto?»

«M'ehtoy boniendo loh zapatoh.»

—Si ella corre, se escapa. No me buscará. No me podrá ver. Si ella… como dijo. Nunca más la verá. ¡Llévame, mamá! ¡No te escapes! ¡Mamá! ¡Aquí estoy, mamá! ¡Estoy escondido en los bidones! ¡Junto a la tienda! Oscura aún… está oscura. ¡Siempre oscura! Ella se habrá ido ya. ¡No ha mirado! ¡No quería encontrarme! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Se ha ido! ¡Se ha ido! ¡Au! ¡Mira en otro lugar! ¡Mira en algún lugar! ¡La espada junto a los bidones! No, no es. ¡Olvídalo! Un cucharón de la tienda, un cazo de leche. ¡Por qué! ¡Au! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡No hay luz! ¡Nunca! ¡Nunca!

«Lobo, ¿ehtáh lihto?»

«M'ehtoy boniendo los kalzonziyoh…»

«¡No vale! ¡Eh, t'ah buehto ya loh kalzonziyoh!»

«¡Muibién! Entonzeh m'ehtoy boniendo la kamisa!»

«Lobo, ¿ehtáh..,?

El estruendo de un coche de caballos los sumergió. Y, desde la ventana que había junto a él, una risa fuerte y repentina…

«¿Un *bluff,* ja? *Nisht by Mudjkib!*[5] ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Kuanto 'Erry tice un *full,* es un *full…»*

—¡Si fuera…! Si fuera una espada. ¿Y qué? Estás asustado. ¡No lo estoy! ¡Estás asustado! ¡No lo estoy! ¡No lo estoy! ¡No lo estoy! Sí, sabes muy bien por qué no lo es. ¿Me desafías y me redesafías? ¿Me desafías y me rede-safías? ¿Sabes que no lo es? ¡Podría serlo! Incluso si no es una espada podría entrar en la grieta. Por donde se echa, se puede coger la cabeza como se coge una espada. Estás asustado. ¿Me desafías, me redesafías y me rerredesafías?

Alguien me verá. ¡Pues que lo vean! ¡No me importa! No puedo sacarla. De todas formas. Los bidones son demasiado pesados… Puedo también. Vacíos. ¿Te desafío, te redesafío y te rerredesafío? «¡Espera! ¡Aaa, sabía que estabas asustado! ¡Espera! ¡Espera hasta tres! ¡No más! ¡No más! ¡No más! Espera sólo hasta tres. ¡No más! (Ahora murmuraba en voz alta.) «¿Te vas a encender, ventana? ¡Ventana! ¡Ventana! ¿Te vas a encender, ventana?»

«Lobo, ¿ehtáh lihto?»

«M'ehtoy atando loh lazoh de loh zabatoh!»

—Ventana, ¡segunda oportunidad! ¿Te vas a encender, ventana? ¡Me voy! ¡Me voy! ¡Ventana! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Me voy!

Se había puesto de pie. Una vez más, sus ojos angustiados imploraron a la ventana, y entonces un horrible ataque de rabia lo sacudió y, contorsionándose, David golpeó la pared que tenía a sus

espaldas. Pasaron segundos. El ataque lo dejó y él probó la sangre salada de sus labios mordidos y escudriñó arriba y abajo la calle verdosa, con una sensación nueva y extraña de astucia.

Humanidad. A pie, con muletas, en carros y coches. El vendedor de hielo. El carro del barquillo. Voces humanas, movimiento, hirviendo, palpitando, gritando, tocando bocinas y silbando. Perturbando los racimos lejanos de faroles callejeros, estriando las luces de las tiendas al pasar sus cuerpos como el viento. Se estremeció, miró lo que tenía a su alcance. Al otro lado de la calle, el lobo se agazapaba, pronto a saltar; los chicos que lo azuzaban se crispaban cautelosamente, riendo nerviosos a cada grito. En la tienda del fotógrafo, las fotografías ampliadas de los ancianos lo miraban, momificadas y horribles. Desde las paredes y aceras, la luz de los faroles y el vapor de mercurio habían comprimido en noche el anochecer; sobre las calles, el vacío aire de color cobalto disolvía la diferencia entre el cielo y la parte alta de los tejados. Nadie miraba a David.

Con odio esta vez, con desafío, sus ojos apuñalaron la ventana. Oscura. La desafió.

Furtivamente, se dirigió hacia el bidón de leche más próximo y agarró la tapa y el asa. Bajo sus palmas, el metal estaba frío, la pesada tapa poco manejable, un móvil destello de acero bajo sus ojos. Se apoyó contra ella… con más fuerza. Se movió, sonó a hueco. Otra vez se dispuso, empujó…

¡Clank!

Encajado entre el lado del bidón y la reja del sótano, el largo y gris cazo de leche resonó contra el suelo. David se agachó para recogerlo…

«¡Tadam, padam, pam! ¡Ziu! ¡Ziu! Tuvo que meterse debajo, salir y meterse debajo…» Con paso garboso y fanfarrón, un tarareo nasal y un silbido entre los dientes, un hombre alto y de espaldas anchas llegó a su altura. «¡Para arreglar su maquinita!» Entre la gorra y la camisa negra, unos ojos de un verdiazul helado hicieron un guiño a David, se apartaron y pasaron, dejando su fuego congelado suspendido en el aire. «¡Pam! ¡Pam! ¡Prra! Para arreglar su maquinita!»

Ahora no había moros en la costa. Al otro lado de la calle, los niños chillaban de excitación. David cogió el cazo, se deslizó fuera de la entrada de la tienda y, con la taza del cazo bajo la axila y el mango largo y plano en la mano, se escabulló rápidamente hacia la calle Décima…

«Lobo, ehtáh lihto?», sus voces lo persiguieron.

«¡Vo-o-o-oy… bahando… la’h… kale-e-e-ra!»

—¡Voy! ¡Me voy, ventana! ¡Ventana, ventana! ¡Me voy!

Cuesta arriba, por la ligera pendiente, escarpada para sus piernas doloridas, corrió, evitando las miradas indiferentes de los pocos que lo observaban. Calle Décima. Un tranvía atravesó la avenida en dirección

oeste. El viento del río soplaba derecho y salado entre un desfiladero de casas. David dobló bruscamente hacia él, y penetró en la manzana del río, mortecinamente iluminada y vacía. Delante de él, como una barrera, la única cervecería, con la oscilante puerta encajada en una prensa de luz, y la abigarrada ventana de cristales hinchada por un falso resplandor.

—Alguien te verá.

Se movió furtivamente en las sombras contra la áspera pared de la herrería, y avanzó cauteloso. En el reflujo del viento del río, el débil, amargo y rancio olor a cerveza se esparció a su alrededor. Desapareció con la rápida caída del viento... Un hombre con los nudillos en el bigote empujó la puerta giratoria... reiteración zumbadora de barra y espejo, botellas, figuras, delantales... David se escurrió por dejante de él hacia la sombra más profunda.

Y ahora el viejo depósito de vagones, la espesura alzada de lenguas; los establos vacíos, rampas astilladas, puertas pintadas de tiza, las ventanas rotas sosteniendo aún sus cristales como colmillos en el bastidor, la vaharada, fétida, del estiércol húmedo. El último farol callejero, zumbando en un quiste de luz. El almacén tenebroso y macizo y, más allá, el caos derramado del vertedero que se extendía hasta el río. David se detuvo. Y, donde una ensenada sombría se hundía entre la pared del almacén y el montón de desechos, se retiró.

—Me has desafiado... Me has desafiado y redesa-fiado... Ahora tengo que hacerlo.

Las vías se extendían ante él... no en doble fila ahora sino en un único yugo. Porque estaba inmediatamente después de la bifurcación de las agujas, y el último destello de los dientes se extinguía en la herrumbre y la herrumbre en los guijarros y los guijarros se fundían con el sombrío muelle y el río.

—¡Asustado! ¡Asustado! ¡Asustado! ¡No mires!

Arrancó su mirada de allí, y lanzó unos ojos frenéticos a su alrededor. A la izquierda, la desportillada pared de ladrillos del almacén excluía el oeste y la humanidad; a la derecha y detrás de él, se alzaba el reborde del montón de desechos; delante, el fin de la tierra y el resplandor de los raíles.

—Me has desafiado... Me has desafiado y redesafia-do... Ahora tengo que hacerlo. Tengo que hacer que salga.

Aquel pequeño balbuceo de palabras en su cerebro no parecía ya suyo, comprimido por el cráneo, sino separado de él, el corazón de su entorno. Y escuchó las palabras de nuevo, como si todo el espacio las hubiera forzado y estuvieran despedazadas en el marco, y retumbaron en sus oídos, inmensas, retardadas y ajenas.

—¡Me has desafiado y redesafiado! ¡Ahora tengo que hacerlo. ¡Me has desafiado y redesafiado! *Ahora tengo que hacer que salga.*

1

«Ayer.» [N. del T.]

2

«Dólar.» [N. del T.l

3

«Dos.» [N. del T.l

4

«... te fulmine pronto.» [N. del T.]

5

«¡No por Dios!» [N. del T.]

XXI

DENTRO del Royal Warehouse, situado en el East River y la calle Décima, Bill Whitney, un viejo de cuerpo macizo, aliento corto y piernas rígidas y reumáticas, subía con esfuerzo la escalera del primer piso. En la mano izquierda sostenía una linterna que, distraídamente, agitaba de cuando en cuando para oír el gorgoteo del combustible. En su mano derecha, golpeando contra la barandilla cada vez que echaba el brazo hacia adelante, tenía una llave... la llave con que daba cuerda a los relojes de todos los pisos del edificio... la prueba de su vigilancia y desvelo. A medida que trepaba por las morenas escaleras, manchadas en cada escalón por la luz somera y oscilante de la linterna, musitaba, y no lo hacía tanto para poblar el silencio de yos efímeros y ficticios como para seguir la cadena de sus propios pensamientos morosos que, cuando no podía oír, perdía: «¿Y ké? ¡Jau! Miro abajo... y... ¡ss! ¡Por Dios k'abía una karretera 'e tierra debajo. Y. ¡Ja! ¡Ja! Jau! N'abía ruedas. Pedales'abía... ¿verdá k'abía? Los vi klara-mente... tan klaro como... pero las ruedas'abían desapareció... en ninguna parte. Por Dios, pienso... Bueno, por Dios, ¿n'es raro? El viejo Ruf Gilman áiparao, áiparao kon la bok'abierta. Simplement'áiparao y áimirando komo si...

Y las patiyas ke se dejó antes del invierno... Junt'al pozo 'e la kaseta blanka. Áiguardando su jugo de tabako hasta tener kas'una taza yena... ¡Haummmmm! Kaía a plomo a través 'e la nieve en invierno...»

Resonaban, surgían y resonaban, como
rompientes siempre crecientes:
—¡Dos veces! ¡Dos veces¡ ¡Dos veces me
desafiaste!
Allí donde hay luz en la grieta,
me desafiaste. Y ahora tengo que hacerlo.

En la luz azul y humeante de la cervecería de Cal-lahan, Callahan, el pálido y gordinflón tabernero, cerró con fuerza el grifo de cerveza goteante y se inclinó sobre la barra riendo tontamente. El fornido O'Toole —él, el de las anchas espaldas y los ojos azul celeste— dominaba a los que estaban en la barra (entre ellos, un jorobado con muletas y un pliegue desabrido en la boca, y un acartonado descargador de carbón, de rostro tiznado y brillantes globos oculares), y los achicaba. Mientras hablaba, lo habían escuchado, sonriendo con impaciencia. Ahora se tragó el último dedo de *whiskey,* hizo un gesto al encargado, adelgazó sus ya delgados labios y miró a su alrededor.

«¡Ké karaúra!», sugirió Callahan llenando su vaso.

«Bueno.» O'Toole hinchó el pecho. «Sal'a tomar aire, komprendéis?

Ha'kabao. Bueno, digo yo, te v'y a decir algo sobre conyos... Él está'ún junto'a la forja, komprendéis, con la llav'en la mano. Y yo digo, te gustan otras kosas, ¿no? Ké kies decir, dice. Bueno, digo, ties religión, ¿no? Sí, dice. Y yo digo, juegas a los kaballitos, ¿no? Sí, dice. Y te gusta soplar, ¿no? Klaro, dice. Bueno, digo, ¡pues no m'importa na d'eso! Ké kieres decir, dice. Bueno, digo, pues kéate kon tu religión, digo. Me kag'en el Papa, digo... Sólo kería kaldear la kosa... y al diablo kon los kaballitos, digo... Apuesto a'lguno bueno a veces, pero no se l'iba'decir... y se trata d'alkol, digo, ¡te lo pues meter en el kulo! El konyo es lo ke me gusta siempre, digo. Komprendes, ¡siempre!»

Se rieron a carcajadas. «¡Eres to un tipo!», dijo el descargador de carbón. «¡Un tío formidable!...»

Como si hubiera golpeado la enorme campana
del corazón mismo del silencio,
miró en torno horrorizado.

«¡Ke me ke ciego, companyero!» Jim Haig, engrasador del carguero británico «Eastern Greyhound» (ahora enfrente del muelle de Cherry Street) se inclinó sobre la barandilla de babor para escupir. «N'e komío peskao y patatas fritas desd'el día'n ke me fui de kasa. Por ké n'a pensao ninguna kriatur'n abrir un puesto kasero'n Nueva

York... Coney Island por ejemplo. Un montón de ganancias. Se koj'un buen bakalao ahora...»

¡Ahora! ¡Ahora! Tengo que. En la grieta,
recuerda. En la grieta nacerá.

«¡Jarrh! Hay noches en ke juraría por la Biblia k'estas eskaleras son más altas.» En el primer piso, Bill Whitney se detuvo y miró por la ventana que daba al East River. «¡Montón pestilent'ése d'ahí!» Y, levantando los ojos por encima de los desfondados cacharros esmaltados, tinas de lavar agrietadas y orinales que relucían en el revoltijo de allí atrás, miró al oscuro río rayado por las luces deslizantes de un barco y desplazó su mirada hacia la otra orilla, donde las ventanas dispersas e iluminadas de las fábricas y talleres estaban presas como chispas en bloques de hollín, moviendo luego los ojos hacia el sudeste, hacia el perlado puente. Sobre flores purpúreas momentáneas, bajando la suave pendiente, el tren lejano se deslizaba como un chorro de oro. Detrás y delante, unos faros de automóviles escasos, rocío retrasado o anticipado en la rama de la noche. «Y George áibokiabierto y yo áigritando y áitokand'el suelo kon la punta 'e la bota y sin ruedas debajo 'e mí. ¡Ja! ¡Ja! ¡Mmm! Ké kosas se suenyan durmiendo... Una rueda... Una bicikleta...» Se volvió, buscando el reloj. «Y no m'e subió a una... desde... Más 'e treinta y cinko... kuarent'años. Desde ker'un barbilampiño...»

Dedos viscosos siguieron el cortante borde de la
cabeza del cazo. Ante sus ojos el brillo de las

vías del tranvía pasaba velozmente… volvía… pasaba…

«Oye, eskucha O'Toole, hay un par de sodas áia-trás.» El encargado señaló con la espátula de cerveza. «¡Esaktamente de las k'usas tú!»

«¡Kojones!» Replicó O'Toole escueto. «¿Por ké te kres k'akabo de kitarme la kapucha del pajarito… para na? ¡Retorcía toas las tuberías al mear!»

«N'ay astillas en esos aujeros. ¡Palabra, O'Toole! Son limpísimas…»

«¡Déjal'akabar, ¿no?», interrumpió malhumorado el jorobado. «O'Toole no tie ke komprar sus rajas.»

«Bueno, dice, sí. Y yo digo, sí. Y to el tiempo Steve y Kelly'estaban bajo las vigas berreando… Eh, tíranos un perno. Y yo digo…»

—¡No viene nadie!

¡Clang! ¡Clang! ¡Clang! ¡Clang! ¡Clang!

El pie plano y calloso de Dan Mclntyre, el conductor, daba patadas a la campanilla. Exactamente delante del estrepitoso vagón y sobre las vías, el vendedor de halvah, maní confitado, lichíes y frutas escarchadas se demoraba, estrepitoso vagón y sobre las vías, el vendedor de *halvah,* puso furioso. ¿No estaba manzanas y manzanas más atrás de su predecesor? ¿No había sido su cobrador más lento que la leche con la campanilla? ¿Y no le iba a echar una bronca del demonio Jerry, el cabeza de línea de la avenida A? Y ahí estaba aquel piojoso gitano bloqueando el tráfico. Darle una patada en el culo le hubiera gustado. En lugar de ello, pateó la campanilla.

Tranquila, tranquilamente, el vendedor armenio quitó su carrito de enmedio. Pero, antes de dejar libres las vías, levantó el puño cerrado, en alto y bromeando. En la estrecha bifurcación de sus dos dedos asomaba un pulgar sucio. Una higa para ti, oh Maclntyre.

«¡Dios te maldiga!» Rugió al pasar. «¡Dios te fulmine!»

—¡Entonces ve! ¡Entonces ve! ¡Entonces ve!
Pero se quedó quieto y rígido como si estuviera congelado contra el muro, y sus dedos congelados agarraban el cazo.

«Y palabra d'onor, Mimi, kerida.» La entrada privada a casa de los Callahan estaba en una amplia calleja iluminada al fondo por un farol rojo. Dentro, bajo el candelabro ramificado y lleno de zarcillos, de aluminio y bronce, sola ante una mesa situada junto a una pared rosa de molduras marrón cucaracha, Mary, la de mejillas de loza y húmedos ojos, se balanceaba y hablaba, y su voz era sentimental, borracha y aguda. Mimi, la de mejillas de loza y ojos de loza, una rubia ahumada con el cabello de color paja como un asiento de metro, estaba repantigada y escuchando. «Era tan joven e innocente y, palabra d'onor, tan honrá, ke se lo llevé a la cajera, lo hice. ¡Y! ¡Iii!, grita ella eskondiéndose detrás de la caja. ¡Iiii! ¡Tíralo, boba! Pero ké

sabía yo... Sólo tenía kinz'anyos kuand'era kamarera. Lo dejaron en el plato... uaa, ké gentuz'ay en el mundo... y yo krí k'era una d'esas kosas ke te pones en el deo kuando ties una raja...»

«¿Una raja dices, Mary, karinyo?» Las mejillas de loza se agrietaron en arrugas.

«Sí, una raja... una... ¡Uii! ¡Jii! ¡Jii! ¡Jii! ¡Jii! ¡Mimi, carinyo, eres muy kómika! ¡Uiiá ¡Jii! ¡Jii! ¡Jii! Pero y'era tan joven e innocent'asta k'él llegó. ¡Uii! ¡Jii! ¡Jii! Palabra d'onor ke lo era. Podía mear en una botella de cerveza...»

Saliendo de las sombras ahora, a la calle oscura,
vacía, bajó de la destrozada piedra
del bordillo a los guijarros. A pesar de todo
su mirar, escuchar, sobresaltarse, estaba
ciego como un sonámbulo, estaba
sordo. Sólo tenía en los ojos
el acerado brillo de las vías, fijo allí
como una marca a fuego, tirando de él
con cables duros como el acero. Unos pasos más y
estuvo allí, de pie entre las
vías, un pie a cada lado del raíl hundido.
Preparó las piernas para saltar, contuvo
el aliento. Y entonces la punta vacilante
del mango del cazo encontró los largos,
oscuros y sonrientes labios, rascó y,
como una espada en su vaina...

«*Oy,* Schamaihe, *goy*. ¡Ké suerte! ¡Ké suerte! ¡Así refientes!»

«¡Cha! ¡Cha! ¡Cha! ¡Así se huega lah kartah!

«¡Le gané kon un *flush!* ¡Ai, yai, yai!»

«M'apueht'a k'ehtufo kon una negra'noche!»

«Metió los rosatos tetos buhkanto buenoh tineros... tinteros tebería tesir.» ¡Cha! ¡Cha!

«¡Ehte chiko'h poeta!»

«¡Polleta!»

«¿Ehtabah kon un putanyero, Morr's?»

«¡Káyate, gorrón! ¡Mi Klara'htá tentro!»

¡Se hundió! ¡Y él corrió! ¡Corrió!

«¿Na? No, digo yo, na. Pero ka vez ke veo una tía buena venir por la kalle, digo, con un buen aujero y un buen par d'aldabas, Kristo, O'Toole, digo, ai va una potranka ke me gustaría montar. ¿M'entiendes? Mejor akos-tar k'apostar. ¿Lo koges?»

«¡Jau! ¡Jau! ¡Jau! ¡Porkristo!»

«¡Ya! ¡Ja! ¿Se lo diho, eh? ¡Le gusta la *fica stretta!*»[1] .

Miraron condescendientes al italianini de mono manchado de cal, y...

«Au, chorradas, dice. Sí, digo. Y el alk'ol, digo, mi alk'ol es lo ke pueo chupar d'una buena teta, digo. Lal-lal'mmm, digo. Y si se trata de rezá, digo, ¡pués decirme na mejó que rezá sobre una socia!» O'Toole hizo cesar rápidamente las risas con un gesto de la mano. «Eres un jodio ateo, grita. Un ateo ke jode, digo yo… Y todo el tiempo Steve y Kelly estaban bajo las vigas gritando, eh, tíranos un per-…»

¡Corría! Pero ninguna luz lo alcanzó,
ninguna llama de fuego intolerable. Sólo,
en sus oídos, el hueco chasquido del hierro
perduraba. Hueco, vacío. Casi dentro
de las luces del salón, aflojó el paso, sollozó
fuerte, miró hacia atrás…

«Pero ¿kién l'ubiera pensao?» Bill Whitney subió otra vez las escaleras. «Por Dios, ¿kién l'ubiera pensao? Kon las semanas k'abía sostenío l'espiga para él… Semanas… Y él pegaba sin fallar nunka… ¿Borracho? Nou, n'estaba borrach-akella mañana. Sobrio kom'un kura. Sobrio. Balanciand'akellas doce libras kom'un reló. Kizá fui yo kien se movió, kizá fui yo… Por Dios ke lo sabía. Un presentimiento tuve viend'akella maza negra'n el aire. Antes de ke kayera, lo sabía. To un maldito país al ke hubiera podio pasar. Y tenía ke pasarm'a mí… ¿Ké? ¿Tenía ke ser así? ¿Esa'skayola'n mi pierna? ¡Una leche! Tenía ke…»

Como una bandera de metal sumergida o una grotesca cabeza acorazada ke escrutase los guijarros, la cabeza del cazo, de un brillo mate, sobresalía entre los raíles, inclinada a un lado.

—No. No ha entrado. No se ha encendido. Vuelve. Volvió… lentamente.

—Na… die… mira…

«¿Berrear?» Di, ¿ke si berré? ¿K'otra kosa pue-d'acer una chika kuando no le vien'el mes… ¡Di! Pero me las pagarás, le dije, t'aré una faena komo tú me l'as hech'a mí. ¡Ya verás! No te saldrás kon la tuya. Muy bien, dijo, aujerito gratis, me llamó. ¿Ké kieres? ¿Pasta? Bueno, pues no la tengo. ¡Eso's to! ¡Y'ora deja de darme la lata o te partiré la boka! Dijo.»

«¿Dónde l'enkontraste?»

«Lo pedí prestao… n'era mucho. Ella se llamaba a sí misma komadrona. Fui s-sola. Mi ju-ju-ju… mi v-vieja n-nunka… ¡Ay Dios!» Las lágrimas corretearon por el esmalte.

«Oye… cierra el grifo, Mary, poramor'e Dios!»

«¡Au! ¡K-ká-a-a-ya-te! ¡No pueo b-berrear si-si-kiera k-ku-ando… ¡Métet'a puta, me dice…»

«Ahora no, Mary, poramor'el cielo. Toas nos keda-mos enbarazás a veces…»

—¡Date prisa! ¡Date prisa en volver!

«¡Nos traicionarán!» Dentro del vagón de la línea transversal de la calle Décima, que aminoraba la marcha en la avenida A, la voz de aquel rostro pálido, fanático y de gafas doradas resonaba, dominando todos los demás ruidos: sobre el fangoso y añorante «Abre la puerta a Jesús» del Ejército de Salvación que cantaba en el parque; sobre las palabras de la gorda que se balanceaba en el vagón mientras decía: «Entonces el médico me dijo que suprimiera toda la carne si no quería tener cálculos biliares. De modo que suprimí toda la carne, pero de vez en cuando me frío un poco de salchichón con huevos… ¡cómo me gusta!» Sobre el rezongar del viejo vendedor ambulante judío de barba gris (movía su cochecito de niño, en el que los *pretzels* se apilaban como aros en palos verticales). «Creador del Universo, ¿por qué me has encadenado a esta máquina? Creador del universo, ¿ganaré alguna vez otra cosa que no sea agua para mi trigo sarraceno? ¡Creador del Universo!»

Sobre el plácido entusiasmo de la americana de rostro amable: «Y, sabes, puedes subir hasta arriba por veinticinco centavos. ¡Por sólo veinticinco centavos, figúrate! Todo americano, hombre, mujer o niño, debería subir, es una experiencia excitante. La Estatua de la Libertad es…»

—Se aproximó cautelosamente al cazo, de pun-…

«Kallaos ahí, irlandeses karadebuey, digo, esperad a k'aya terminao! Un konyo, digo, kaliente o mokeante me da lo mismo. Esto los kalienta. Esto los kalienta, digo. Una mirada, digo, y puedes meter ese perno tuyo en la nevera… ¡se mantendrá! Y kon eso les'urgas, dice… resulta un poko mokoso. No, mierda, digo, las kemo toas. Por ké no se lo tiras, dice, están pidiend'a gritos un perno. Aa, no kiero romper la jodía viga, digo. Eres un buen tío, dice. Bueno, digo, ¿has vist'ese nuevo soplete kemand'una viga o una brida o un jodio peazo d'ierro… las chispas ke saltan…? ¿Sí? Bueno, pues así's komo me korro. Me l'an dicho. Y to'el tiempo Steve y Kelly estaban bajo la viga kagando sangr'a fuerza de gritar, eh, tíranos…»

tillas, prudente, mirando por encima
del hombro, de puntillas, sobre guijarros
apretados, cauto…

«Tenía ke ser así. Y por Dios ke podía'berse apagao kuando fui a la kama dándole chupadas. Por Dios ke no tenía k'aber ardió… Tenía ke ser así… Espuma 'e mar, auténtika. Gracias, dije. Gracias, señora Taylor. Y me kedé'n la'skalera de servicio con las tenazas del'ielo. Gracias y gracias al doktor… Boston, el año en ke… Jau, por Dios.

Y la maldita sábana toa en llamas. Y Kate áigritando a mi lado… ¡Maldita sea! No tenía k'aberl'echo… Áimirán-dome todavía'ora… Ái'stirando el kuello'n l'abitación blan-ka… en el'ospital…»

Como si hasta su paso pudiera sacudir el

inclinado mango y hacerle perder su apoyo
bajo el suelo. Y ahora, y...

«¿Por ké no? Me pregunta. Jugar kon Lefty con daos trukaos. ¡Ké cerdo! No podrá salirse kon la suya, sabes. Lo sé, Mag, dije. M'aría bien ver un kuchillo en sus kochinas tripas... pero teng'una idea mejor. ¿Ké? Me pregunta ella. Échalo. Echarlo es la palabra esakta, le digo. Konozk'un farmacéutiko, digo, buen amigo. Oh sí, me mira de una forma rara. Apiólalo kon una dosis de... ¡No! Digo. Nada de veneno. Eskucha Mag. Organiz'una juerga en tu kovacha, eh? Invítalo. Vendrá. Y déjame ke le prepar'una bebida. Y l'ago un guinyo. ¿N'as oído'ablar de la kantárida...»

encima ahora, se agachó, alargó la mano para

«¡Nos traicionarán!» Sobre todas aquellas voces se alzó la voz del orador. «En 1789, en 1848, en 1871, en 1905, ¡quien tenga algo que perder nos esclavizará de nuevo! ¡O, si no nos esclaviza, nos abandonará cuando cante el gallo rojo! ¡Sólo los pobres que trabajan, sólo las masas exacerbadas, descorazonadas, traicionadas, el día que cante el gallo rojo, podrán liberarnos!»

liberar el cazo. Una sensación casi
palpable, como de una fuerza contenida
e inminente y terrible.

«Eres el más jodio mentiroso k'evisto, dice, y se pone sobre las vigas.»

se concentró en su mano a través de la brecha

«¿Tienes algo más k'una pareja de sietes?»

mínima entre sus dedos y el cazo. Se echó

«Son los k'están bien los ke dicen ke tenía ke ser así.»

atrás, se enderezó. Equili-

De modo ke se l'eché kuando estaba bailando... ¡O ji! ¡Ji! ¡Mimi! ¡Una buena dosis le...»

brado en la pierna izquierda. Adelan-

Sí. Le digo, kítate los pantalones.»

tó el pie derecho...
¡Crritlkt!
—¿Qué?
Miró al río, se apartó de un salto
del raíl y se zambulló en las sombras.

«¿L'as oío, Mack? ¿Al judío d'ojos saltones y su gallo rojo?»

¿El río? ¡Aquel ruido! Aquel ruido
había venido de allí. Todos sus sentidos
se tendieron hacia el muelle, lucharon con

el silencio y la sombra. ¿Vacía...?

«Hay ke llenarlo bien de mantekilla. Kompanyero, ¡es una mina d'oro floreciente! ¡Una ganga! Kristo sabe a kuántos tipos pued'alimentarse con un jodio bakalao...»

Sí... vacía. Sólo sus huecas narices
discernían el movimiento en la quietud;
el viento errabundo del río pespunteado
por el débil olor a salada

«¡Y kasi se volvió loko! Mimi, te lo aseguro, kasi nos partimos de risa, mirando...»

podredumbre, manchado de pegajoso alquitrán... ¡Crritlkt!

«No puedo, dice, tengo la barriga de hierro.»

—Es... Oh... Es... ¡es! Papá. Casi como él. Es... casi como sus dientes.

Nada... Una barcaza con una guindaleza floja o
una regala contra el muelle chirriando porque

«Subo.»

un barco pasaba.
—Casi como papá.
O una puerta que se reía y reía en el viento.

«Akí ties un abrebotellas, digo.»

Nada. Retrocedió.

«Jemm. Esos últimos eskalones malditos.»

Y estaba allí, sobre el raíl. El esplendor amortajado de la tierra, el titán, dormido en su guarida, desdeñoso. Y sus ojos

«¡Korriendo, ji! ¡ji! ¡ji! ¡A través de los kampos, ji! ¡ji! Haciéndose una paja.»

se levantaron

«Y koge un perno kon las tenazas y veo...»

y era el último cruce de la calle Décima, el último cru-

«Akí ties una flor para ti, kagueta, ¡métetela'n el kulo!»

ce, y más allá, más allá del tren elevado,

«¿Cuántas veces cantará tu gallo rojo, Pete, antes de que te des por vencido? ¿Tres?»

como en el pozo de occidente, el último

«¡Yi! ¡Ji! ¡Ji! Mary, moviendo...»

borrón de rosa, manchando el tallo del

«Na k'acer sino subir...»

tembloroso y dentellado

«¡Ensenya tus kartas si tienes algo mejor!»

cáliz de la piedra tensa de noche con

«Y les tiro el jodio perno.»

las heces del día. Y la punta del pie metida en el cazo
como en un estribo. Rascó, se movió, se deslizó, y…

«¡Akí tienes una estrella! ¡Mira! Tres reyes tengo. ¡Han venío a kaballo! ¡Yi! ¡Ji! ¡Ji! ¡Mary! Na k'acer si-no'sperar el día e irse a kasa. A un gallo rojo ke kanta. Sobre una estatua de. Moverse. Bakalao. ¡Clang! ¡Clang! ¡Oy! ¡Mákina! ¡Libertad! ¡Rebelión! ¡Redención!»

Fuerza
¡Fuerza! La fuerza como una zarpa, fuerza titánica,
desgarró la tierra y se abatió
contra su cuerpo encadenándolo
donde estaba. ¡Fuerza! ¡Increíble,
bárbara fuerza! Una explosión, una sirena de luz
dentro de él, que rasgaba, sacudía, fundía su
cerebro y su sangre en una fuente de llamas,
¡cohetes inmensos en aspersión agostada! ¡Fuerza!
El halcón del fulgor lo perforaba con
espolones de fuego, golpeando su cráneo con
pico de fuego, triturando su cuerpo con
alerones de luz intolerable. Y él
se retorcía inmóvil, presa de
una gloria fatal, y su cerebro se hinchaba
y dilataba hasta empequeñecer las galaxias
en una burbuja de esplendor… Espantado, el
último nervio aullador sobrevivía a zarpazos.
Pateó… una vez. Terroríficos arietes de oscuridad
colisionaron; con su choque, el espacio
se derrumbó en la destrucción. Un grito débil
ondeaba
por las espirales del olvido, cayó como
una marca al fuego en el agua, s-s-s-silbó…

«¿Ké?»
¿Ké pasa?
¿Kee-é?
¡Ke me kede ciego!
¿Pero k'okurre?»

La calle hizo una pausa. Ojos, una miríada de ojos, alegres o hundidos, catarrosos, amarillos o claros, almendrados, inyectados en sangre, duros, borrachos o brillantes se apartaron de sus tareas, su juego, de caras, periódicos, platos, naipes, jarros de cerveza, válvulas, máquinas de coser, se apartaron y convergieron. Mientras, al pie de la calle Décima, un fulgor estremecido disolvía los guijarros, las oscuras estructuras, los indistintos establos, el montón de desechos, el río y el cielo en un solo golpe de platillos de luz. Entre las lívidas mandíbulas del raíl, el cazo se retorcía y saltaba, consumido en un esplendor

rugiente, incandescente. ..

«¡Eh!

«¡Kristo!»

«¡Mirad! Es una lluvia...

«Kortocirkuito, Mack...»

«Mary, ké pasa...»

«Schloimee, un *blitz* komo...»

«¡Eh, kompanyero!»

En la avenida D, una larga lengua de fuego brotó del subsuelo y retumbó como si el velo de la tierra se rasgara. La gente se apresuraba ahora, y los niños los sobrepasaban corriendo, chillando. En la avenida C, las luces del trolebús disminuyeron y temblaron. El conductor maldijo, sintiendo la pérdida de corriente. En el Royal Warehouse, el parpadeante guardián tiró de aquella ventana encajada y testaruda. El arrugado descargador de carbón se apoyó inseguro entre los batientes de la puerta oscilante... parpadeó, bizqueó dolorosamente, y...

«¡Santa Madre de Dios! ¡Mirad! ¡Venid!»

«¿Ké?»

«¡Hay un chiko'n el suelo! ¡Ardiendo!»

«¡Nou! ¡Dónde!»

«¡Maldita sea'sta ventana!»

«¡En la kalle Décima! ¡Mirad!»

«¡O'Toole!»

La calle se llenó de hombres que corrían, rostros tallados y fantasmales a la luz violenta. Gritaban roncamente. El trolebús siguió su camino arrastrándose. Muy arriba, una ventana se abrió de golpe.

«¡Kristo, es un ninyo!»

«¡Sí!»

«¡Kién tien'un palo!»

«¡Un palo!»

«¡Un palo, por amor del cielo!»

«¡Mike! ¡La pala! ¡Dónd'está tu jodía pá...»

«Me la dejé en Cali...»

«Oy *sis a kind* [2] .

«¡La muleta de Pete! ¡Eh Pete!»

«¡Aaa! Kién t'a tokao la joroba, lisiao de mier...»

«¡Haced algo! ¡Senyor! ¡Senyor!»

«Tú, hijoputa miserable, t'e visto acerkarte...» El jorobado se dio la vuelta y se fue, balanceándose sobre las muletas. «¡Ke te folien!»

«Oy! Oy vai! ¡Oy vai!»[3]

«¡Lamad un poli!»

«Una'mpulancia... llamada... *Oy!*»

«¡No lo tokéis!»
«Bambino! Madre mía[4] .
«Mary. ¡No es más k'un ninyo!»
«Helftz! Helftz! Helftz Yeedirt! Rotivit!»[5] .

Un gentío cada vez más espeso se había reunido, confuso, paralizado, balbuceante. Miraban con ojos entornados la luz, la figura tendida en el corazón de la luz, agitaban los brazos, señalaban, se arañaban las mejillas, se empujaban, gritaban, gemían...

«¡Jai! ¡Jai ahí! ¡Jai!» Una voz gritó desde las alturas. «¡Kuidado abajo! ¡Kuidado!»

La multitud se apartó del almacén.

¡G-g-guack!
«Es una...»
«¡Kógela tú!»
«¡Agárrala!»
«¡Dam'esa jodía'skoba!»
«¡Ten kuidado, O'Toole!»
«¡Oy, k'ompre más faliente! Ke Tios te...»
«¡Oooo! ¡El pobre krío, Mimi!»
«¡Lo va'acer!»

«¡Kuitato!»

«¡No lo tokéis!»

El hombre de la camisa negra se dirigió de puntillas cautelosamente a los raíles. Con los ojos muy apretados para defenderse del horrible resplandor, miró bizqueando sobre su hombro levantado.

«¡Apártalo!»
«¡Despacio!»
«¡Kuidado!»
«¡Bravo!»
«Oy Gottinyoo!» [6]

La paja gastada y ennegrecida de la escoba se introdujo entre el hombro del niño y los guijarros. Un giro del mango. El niño rodó, quedando de bruces.

«¡Dal'otro empujón!»
«¡Eso's! ¡Apártalo!»
«¡Deprisa! ¡Deprisa!»

Una vez más, las pajas de la escoba empujaron la figura tendida. El niño resbaló por los guijarros, dejando libres las vías. Alguien, al otro lado, lo agarró del brazo, lo levantó y lo llevó hasta el bordillo. La multitud se arremolinó en un denso y apretado torbellino.

«O y! Givalt[7] .
«¡Dejadle aire!»
«¿Está kemao?»

«¡Benee, kédat'akí!»

«*¡Sí* k'está keamao! ¡Mira'l zapato!» «*¡Oy* su popre mamá! ¡Su popre mamá!»

«¿De kién es ese ninyo?»

«¡No lo sé, Mack!»

« ¿Kién'está'mpujando? »

«¡Kristó! Llevadl'al *drugstore.»*

«Naa, dejadl'akí. Y'e trabajao en una central eléktrika.»

«¡Haced algo! ¡Haced algo!»

El contorsionante cazo se había consumido casi. Ante aquella luz fulgurante, los extraños rostros de mirada fija y labios blancos del gentío arremolinado rodaban de la tiza al hollín y del hollín a la tiza... como máscaras de fuego que se carbonizaran y volvieran a encenderse y todos sus cuerpos frenéticos y retorcidos cortaban un agitado bisel de enorme sombra invasora en el montón de desechos, el almacén, el río y la calle...

¡Clang! El trolebús se detuvo.

«Oyeee! Ers toit! Ers to-it! Oye-e-e-e-!»[8] . Una mujer gritó, tuvo náuseas, se desmayó.

«¡Eh! ¡Agarradla!»

«Schleps aveck!»[9] .

«Ké diablos Pá dao...»

«¡Akua!»

Se la llevaron a un lado, arrastrándole los pies. «¡Mierda!» El conductor había bajado de un salto del coche y agarrado la escoba...

«¡Tatle aire kon el somprero!»

«¡Oye, no me pises!»

«¡Eso's! ¡Échate sobr'él, O'Toole! ¡Empuja fuerte! ¡Eso's! ¡Eso's! Y'e trabajao'n una central eléktrika...»

Y, con la paja de la escoba, el conductor hizo saltar el mutilado mango del raíl. ¡Una sacudida! Como si el Leviatán hubiera saltado para morder el anzuelo y caído debatiéndose. Y oscuridad.

¡Oscuridad!

Gruñeron, las masas, se quedaron súbitamente mudas un instante, por un instante silenciosas, impresionadas, amontonadas, aplastadas por el súbito peso de la noche decuplicada. Y una voz habló, tensa, encogida, titubeante...

«¡Eh, paisano! Ella'stá todavía blanka... ¡Komo si vieses sólo kal apagada! ¿Sabes?»

Alguien chilló. La mujer desmayada gimió. La multitud murmuró, susurró, hirviendo inquieta en la oscuridad y acogió con agrado a los ruidosos recién llegados que perforaban la densa periferia...

«¡Apártense! ¡Apártense!» Graznando con autoridad, el uniforme

de color gris piedra se abría camino a empujones. ¡Apártense!»

«¡Los polis!»

«¡No lo piséis!»

«¡Atrás vosotros! ¡Atrás! ¿M'as oído, Moses? ¡Atrás! ¡Váyanse! ¡Circulen!» Retrocedieron ante el arco peligroso de su porra. «¡Circulen antes de que les sakuda! ¡Atrás! ¡Vamos a ver ké pas'akí! ¡Váyanse! ¡Váyanse les digo!» Una ira artificial hacía aflorar saliva a sus labios. «¡Eh, George!» Se dirigió a uno corpulento. «¡Écham'una mano, ¿kieres?»

«¡Klaro! ¡Atrás, vosotros! ¡Pete! ¡Al otro lado!»

El policía se dio la vuelta y se agachó junto al de la camisa negra. «No parece kemado.»

«Sól'el zapato.»

«¿Kuánto tiemp'a'stad'ahí?»

«¡Kristo! no lo sé. Salí de Callahan y lo primero ke sé es k'alguien tir'un'skoba por una ventana, y la kojo y l'aparto d'ese jodio...»

«¡Sh! Debe de haber sido él... ¡Naaa! ¡Esa no's forma! Déjam'a mí.» Apartó al otro y puso al niño de bruces. «Los primeros ausilios hay k'acerlos akí.» Sus enormes manos casi abarcaban la estrecha cintura. «Kom'un ahogao, ¿komprendes?» Apretó,

¡Jir-r-r-r-f! S-s-s-s.

«¡Lo he oído!»

«¡Sí!»

«L'est'aciendo respirar!»

«¿Ves? L'ace tomar aire.»

¡Jir-r-r-r-f! S-s-s-s.

Pero parece muerto. ¿Tónte tiaplos está esa ampulanzia?»

«¡Ya l'emos llamao, agente!»

«¡Arh!»

«Péguele'n los pies, ahente, y'e trabajao'n una central eléktrika...»

¡Jir-r-r-r-f! S-s-s-s.

«¿Lo konoz'alguien? ¡Alguno konoz'al chiko?»

El semicírculo interior y de cuellos que se alargaban murmuró vagamente. El policía aplicó el oído a la espalda del niño.

«Parece como s'estuviera listo, pero nunka se sabe...

¡Jir-r-r-r-f! S-s-s-s.

«Dice k'está muerto, Mary.»

«¡Muerto!»

«Oy! Toit!»[10] .

«Gott sei dank[11] , no es mío, Elix...»

¡Jir-r-r-r-f! S-s-s-s.

«Sit im helfin vie a toitin bankis.» El achaparrado judío en mangas de camisa cuyo apretado cinturón le cortaba la redonda barriga formando una letra B se volvió hacia el italianini manchado de cal… bizqueó, y comprendió que la comunicación no se había establecido. «Le fa' serfir lo mismo k'unas kopas a un katáfer», tradujo… golpeándose el pecho con el as de picas.

Jir-r-r-r-f. S-s-s-s.
I-i-i-i. I-i-i-i-.
Un ascua se avivó… se apagó… incierta.

«Akí'stá'l maldito shisme ke tiró dentro, jefe.» El conductor se libró de la multitud y levantó en alto el metal adelgazado y retorcido.

«Sí! ¿Ké es?»

«Ke m'aspen si lo sé. ¡Kema! ¡Kristó!»

¡Jir-r-r-f! S-s-s.

1-i-i-i-i.

> *Como la pupila roja del ojo de las tinieblas, la brasa se dilató, giró como una rueda de fuegos artificiales, ensanchándose, ensanchándose, hasta que, en su centro mismo, una hendidura blanca desgarró el tejido escarlata y se extendió, absorbiendo el margen como una mancha…*

«Kinientos cincuenta voltios. ¡Ké golpazo!» «Está frito, ¿no kree?»

«S! ¡Kristó! ¡Ké se va'a'cer!»

«¡Anh!» El policía gruñía ahora por el esfuerzo. ¡J-i-r-r-r-rf! S-s-s-s.

«Eh, seenyor, kizá se kayó'ncima… El hierro…»

«¡Klaro, es verdá!»

«¡La kulpa's de la kompanyía!»

«Burro, ¡kóm'ib'a kaerse encima, por el amor de Dios!»

El conductor se volvió hacia ellos salvajemente. «¡Pudo! ¡Es fácil!»

«¡Estapa sopre… sopre… exhaliento!»

«¡Los demandará, seguro!»

«¡Atrás, vosotros!»

¡Jir-r-r-r-f! S-s-s.

(Iii-i-i-i

Y en la blanca, helada luz dentro
de la pupila roja, una figurita inclinada
por una calle desolada, pavimentada de grietas,
con calzada de baches, inclinada y pasando, y
encima los tensos cables helados gemían
en sus cruces…
I-i-i-i-i.
Gemían, conectando la tierra y el cielo.

—¡A-d-d! ¡A-a-a-a-ds! ¡A-a-a-s! ¡A'iós…)

«Un buen kaso par'un abogao. ¡Inmejorable!»

«¡Ja-a-ja! ¡Janh!»

«Voy kon retraso. Akí'stá.» El conductor dejó caer el retorcido y ennegrecido cazo junto al bordillo. *«An Irisher chuchim!»* 12 .

«¿N'es una verdaera vergüenza...?

«Noo 13 ¿el ké?»

«¿K'a pasao, jefe?»

«¡Ech'un'ojead'ahí!»

«¡Vámonos!»

«¡Anh!»

¡J-i-r-r-r-f! S-s-s-s.

(—A'i-o-ó-s. Se-ñ-ñ-ñ-o-l. S-ñ-or. M-a-a-de-ro. A-a-al-to.

Y un hombre en un remolcador, con pelos en las axilas, colgado de un palo entre los cables, con su camiseta blanca resplandeciente. Sonreía y silbaba y, a cada nota, pájaros amarillos volaban a los tejados.) «¿Kres k'un trago o alg'así serviría d'algoP» «¡Nah! Le sofokaría s'está vivo.»

«¡Síh! ¡S'está fifo!»

«¿Dónd'está kemao?»

«Ticen k'en los pies y las manos y toto.» «¡Anh!»

¡J-i-r-r-r-f! S-s-s-s.

(Ui-i-i-i-

El hombre de los cables se movió. Los cables resonaron vibrantes. La alegre y dorada nube de pájaros llenó el cielo.)

«¡Anh!»

(¡Clang!

La bandeja de leche tintineó. Saltando, él se acercaba. De un tejado a otro, sobre las calles, sobre los callejones, sobre terrenos y solares, su padre flotaba con ligereza de pluma. Dejó las bandejas se agachó como si buscara, se detuvo...)

«¡Anh!»

(¡Un martillo! ¡Un martillo! Refunfuñó, lo blandió, lo hizo restallar como un látigo.

Los pájaros desaparecieron. El horror se espesó en el aire.)

«¡Anh!»

«¡Kómo s'esfuerza!»

«Oy! Solí im Gott helfin!»14 .

«No se despierta.»

(Ahora, a su alrededor, los guijarros se extendían hasta perderse de vista. Se extendían en la oscuridad vertiginosa como los rostros de una multitud aterrada y helada.)

«¡Anh!»

¡L-a-a-á-tigo! ¡Látigo! Arriba, el martillo blandido zumbaba y silbaba.

Las puertas de un zaguán se abrieron despacio. Flotando en la oscuridad, un ataúd salió a la deriva, bajó por el porche y, mientras llovía sobre el confeti, se hinchó y onduló...) «¡Anh!»

¡Ji-r-r-r-rf! S-s-s-s.

(—¡Zuank! ¡Zuank! ¡Zuank!

El hombre de los cables se retorcía y gemía, y sus tripas de pollo, viscosas y purpúreas, se deslizaban entre sus dedos.

David se tocó los labios. La mano se le manchó de hollín. Impuro.

Chillando, se volvió para huir y cogió una rueda de carro para subir a ella. No tenía radios… sólo dientes como una rueda dentada. Chilló otra vez, golpeó aquel disco amarillo con los puños.)

«¡Anh!»

¡J-i-r-r-r-f! S-s-s-s.

«¿L'a visto usté?»

«¿Visto? ¡Desd'allí arrib'en la Décima!»

«Yo pute ferio inkluso desde la kasa… en los naipes.»

«¿Yo? Estaba en el sótano… ¡esa jodía kosa me
cegó.»

«Kinientos cinkuenta voltios.»

(Como sobre bisagras, enormes y vacíos espejos se alzaron y oscilaron lentamente quedando cara a cara. Dentro del vidrio delantero, enormes paneles se desplegaron, creando un guiño constante de páginas opacas hasta que un pasillo sin fin se perdió en la noche.)

«¡Anh! A mí me parece judío.»

«Sí, una auténtica jeta de Jerusalén.»

«¡Pobr'ijoputa! ¡Anh!»

«¡Al principio no lo veía!»

«¡Anh!»

¡J-i-r-r-rf! S-s-s-s.

(«¡Tú!» Sobre el gemido del remolineante martillo, tronó la voz de su padre. «¡Tú!»,

David lloró, se acercó al vidrio, miró adentro. No estaba él, allí, ni siquiera en el último y más mínimo de los infinitos espejos, sino la pared del heder, *el* heder.)

«¡Yanhiizis!»

¡J-i-r-r-rf! S-s-s-s.

(Pared soleada, encalada. «¡Hadgadiá!» *gimió el hombre de los cables. «Un chico no es más que un chico.» Y la pared se perdió y era un cuadrado de acera con una huella encima… medio verde y medio negra:*

«También yo he pisado ahí.» Y
se contrajo dentro del espejo, y la
costra de hielo se fundió en el panel de más
allá. «Años eternos», se lamentó
la voz. «Ni siquiera él».)

«¡Anh!»

«¿Te falt'el resuello? ¿Kies ke pruebe yo?»

«¡Nanh!»

«¡Mira kómo suda!»
«¿Kómo no? ¡Kon ese kapote ke lleva!»
«¿K'a pasao, hermano?»
«¡Cheh! ¡Y totafía pregunta!»
«¡Atrás, vosotros!»
«¡Anh!»
¡J-i-r-r-r-f! S-s-s-s.
(Y se desvaneció, revelando una caja de zapatos llena de hojas de calendario, «el día rojo tiene que llegar'».)
«¡Anh! ¿S'a movido o ké?»
«No l'e visto.»
(que se convirtió en una caja de madera con una tapa corredera como las cajas de tizas del colegio, en la que una figura flameante cabalgaba sobre un pez. «¡D-d-d-i-i-i-o-o-o-s-s-s!» Deletreó la voz. Y se contrajo y fue un terrón de azúcar cogido en-)
«¡Anh!»
¡J-i-r-r-r-f! S-s-s-s.
«*Shah!* ¿L'as oído?»
«¿Ké?»
«¡Sí! ¡Está volviend'en sí!»
«¡Está folfiend'en sí!»
«¡Lo veo!»
«Senyor kuartia, el...»
«¡Atrás, vosotros!»
Un débil campanilleo se filtró a través del rugido de la multitud.
«¡Anh!»

> *(tre las pinzas que brillaban suavemente. «Tan anchas que no podemos abrirlas más...» Pero cuando trató de mirar más lejos, de pronto los espejos se desplazaron y...*
>
> *«¡Baja!», tronó la voz de su padre, «¡Baja!» Los espejos estaban ahora debajo de él; lo que eran aristas sobresalían ahora en las escaleras, ojivas concéntricas, escalones sin fondo. «¡Baja!*
>
> *«¡Baja!» La voz inexorable le golpeaba en la espalda como una mano.*
>
> *Gritó, ba-)*

¡Tilín! ¡Ilín! ¡Ilín! ¡Ilín!
«¡Ya! ¡Está volviend'en sí!»
«¡Mira! ¡Mir'akí!»
«¡Agente!»
¡Ilín! ¡Tin!
«¡Kristo, y'era hora!»
La multitud se abrió como el agua ante una proa, volvió a formarse en la estela y se hinchó en torno a la ambulancia, parloteando, gri-

(jó. ¡Abajo! Abajo en la oscuridad,
oscuridad que horadaba el corazón de
la oscuridad, oscuridad insondable. A cada
paso que daba, se contraía, se hacía más pequeño
entre los paneles invisibles, mientras el tornillo
graduado descendía, pasaba de una etapa de contracción
a otra, se contraía. A
cada paso perdía las envolturas del ser,
y él mismo disminuía bajando
por el embudo de la noche. Y ahora
una astilla… un paso-una escala, un paso-un
fragmento.
Una mota. Una punta de alfiler. Y ahora la simiente
de nada, y un nebuloso nada, y nada. Y él no estaba…)

tando, apuñalando la oscuridad con las manos. «¡Ppprrr!» Los labios se movieron audiblemente cuando el del capote azul se levantó. Con un solo movimiento, la mano limpió la frente y se metió bajo el cuello manchado de sudor. Ligeramente calvo, el médico de cabeza descubierta y traje blanco saltó ágilmente del estribo de la ambulancia, con el maletín negro columpiándose en su mano, y abrió una cuña blanca en la multitud que se agitaba. Como una concha, la muchedumbre lo rodeó, se contrajo y lo siguió dentro del círculo, umbilifor…

«Sakudida eléktrika; doktor»

«¡El hospital!»

«¡Lo dejó seko!»

«¿Sakudida?»

«¿Está muerto?»

«Sí, jugando kon el…»

«¡Provokó un kontrocirkuito, doktor!» «¡Sí, kemao!»

«¡L’emos fisto, toktor!»

«¡Atrás, vosotros!» El agente se acurrucó y gruñó, pero no llegó a saltar. «¡Os voy a’skupir en un ojo!»

«¡Mmm! El médico se pellizcó la raya de los pantalones, se los subió y, arrodillándo-

«Kreo ke sería mejor ke se lo llevara, doktor. N’e podio hacer na con…»

«¡L’eskucha el korazón! ¡Lo ves?»

(Pero…)

se junto a la piedra desgastada del bordillo, aplicó el oído al delgado pecho.

«El zapato se kemó. ¿Lo ve, doktor?»

(la voz seguía azotando la nada que fue, negándole el olvido. «¡Ahora busca! ¡Ahora busca! ¡Ahora busca!» y la *nada gimoteaba al verse desalojada de la noche, y hubiera querido esconderse otra vez. Pero, saliendo de la oscuridad, una brasa)*

«Quitádsela, por favor, y vamos a echarle una ojeada.»

(floreció, una brasa en un espe-)

«¡Klaro!» Unos dedos bruscos y voluntariosos le *(jo, nadando sin moverse en el movimiento de su luz.)* abrieron los botones,

«Le va' mirar.»

(En un sótano hay)

le quitaron los zapatos,

(¡Carbón! En un sótano hay)

le bajaron las medias, de-

(¡Carbón! Y era más brillante que el corazón del relámpago y más delicado que la perla)

jando ver el cerco blanco e hinchado en torno a su tobillo, que

(Y hacía la oscuridad oscura porque la oscuridad había recogido su esplendor para aquella joya. ¡Zuank!)

«¿Está kemao?»

«No puedo ver, ¿puedes tú?» el médico miró mientras sacaba «¿Ké le parece, doktor?» de su maletín un frasco azul y chato, hizo una mueca, lo des-

(¡Zuank! ¡Zuank! La nada, feliz, tendió las manos. No era fría la brasa. Ni abrasadora. Sino como si todas las caricias de la eternidad se fundieran y prodigaran en un instante. El silencio)

tapó y lo inclinó hábilmente sobre

(golpeó aquella voz terrible en la altura, acalló el martillo remolineante.

El horror y la noche se desvanecieron. Exaltado, él levantó la cabeza y gritó entre los cables... «¡Silbe, señor! ¡Silbe!)

las inmóviles narices. La multitud se quedó silenciosa, mirando tensa.

«Amoníako.»

«¡Huele muy fuerte!»

«Apesta como el templo en *Yom Kippur.*» *(¡Señor! ¡Silbe! ¡Silbe! ¡Silbe!*

¡Silbe, señor! ¡Pájaros amarillos!)

En la oscura y rota acera, el cuerpo inerte boqueó,
tembló.

El médico lo levantó y dijo algo bruscamente al
agente.

«¡Agárrele los brazos! ¡Se va a debatir!»
«¡Eh mirad! ¡Eh mirad!»
«¡Está dando patadas!»
(¡Silbe, señor! ¡SILBE!)
«¿Ké dice?»
«¡Ya está! ¡Sosténgalo ahora!»

(Una estrella claveteada del dolor de la conciencia explotó en su interior.)

«¡Mimi! ¡Está bien! ¡Está bien!»
«¿Sí?»
«¡Sí!»
«¡De veraas! ¡De veraas!»
«¡Síh!»
«¡ Síi!»
«¡Síh!»
«Oi, Gott sei dank!»

1
En italiano en el original. [N. del T.]
2
«¡Ay, es un niño!» [N. del T.]
3
«¡Ay! ¡Ay pobre! ¡Ay pobre!» [N. del T.]
4
En italiano en el original. [N. del T.]
5
«¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro, judíos! ¡Ayuda!» [Nota del T.]
6
«¡Ay Señor!» [N. del T.]
7
«¡Ay! ¡Socorro!» [N. del T.l
8
«¡Ayyyy! ¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Ayyyy!» [Nota del T.]
9
«¡Llevéosla!» [N. del T.]
10
«¡Ay, muerto!» [N. del T.]
11
«Gracias a Dios.» [N. del T.]
12
«¡Astuto irlandés!» [N. del T.]
13

«Bueno.» [N. del T.]

14

«¡Ay! ¡Que Dios lo ayude!» [N. del T.]

XXII

«¡Ya está, hijo! ¡Ya está!» El tranquilizador acento arrastrado del médico le llegaba a través de una vorágine de imágenes fragmentadas. «No te ha pasado nada. No hay razón para asustarse.»

«¡Claro!», decía el policía a su lado.

David abrió los ojos. Entre ellos y alrededor de ellos, como un muro sólido, los cuerpos siempre invasores, voces, rostros a todas las alturas y gestos a todas las alturas, todos convergiendo sobre él, alargando el cuello, mirando curiosamente, exhortando, señalando, hablando de él. ¡Una pesadilla! La liberación estaba en pensar. Cerró los ojos tratando de recordar cómo despertarse.

«¿Qué tal va ese pie, hijo?» Preguntó otra vez la voz rutinaria, circunspecta. «¿No demasiado mal, eh?»

Por primera vez se dio cuenta del aire frío en su pierna desnuda y, por debajo, de un vago palpitar en el tobillo. Y una vez consciente, no podía liberarse de aquella realidad. Entonces no era un sueño. ¿Dónde había estado? ¿Qué había hecho? La luz. No había luz en las ventanas de arriba... Su padre. Su madre. La pelea. El látigo. La tía Bertha, Nathan, el rabino, el sótano, Leo, las cuentas del rosario... Todo se abalanzaba sobre él, luchaba por conseguir preeminencia en su cerebro. No. No era un sueño. Abrió de nuevo los ojos, esperando que la realidad refutase el convencimiento. No, no era un sueño. Las dos mismas caras se inclinaban sobre él, el mismo seto de humanidad fijaba sus ojos en su rostro.

«Parece estar aún demasiado débil», dijo el médico.

«¿Se lo va' yevar con usté?»

«¡No!» Haciendo una mueca enérgica, el médico cerró el maletín negro. «Bueno, podrá andar en menos de cinco minutos. En cuanto recupere el aliento. ¿Dónde vive?»

«No sé. Ninguno d'éstos lo sabe... Oye, ¿dónde vives? ¿Jah? ¿Quieres irt'a casa, no?»

«Caye N-novena.» Se estremeció. «S-siete kuarent'y nueve.»

«Calle Novena», repitió la multitud como un eco. «Oiga, ahente», un hombre sin abrigo se adelantó. «Es en el kruse kon l'avenía D.»

«¡Lo sé! ¡Lo sé!» El policía le hizo con mano malhumorada gesto de que retrocediera. «Oiga, doctor, ¿nos aserca?»

«Claro. Cójalo en brazos.»

«Sí, ¡uups! ¡Ahí vamos!» Unos brazos fornidos pasaron bajo sus rodillas y su espalda, lo levantaron con facilidad y lo llevaron a través de la boquiabierta multitud hasta la ambulancia. Su cabeza empezó a darle vueltas otra vez con el movimiento. Se quedó inerte en una larga

camilla de cuero entre paredes verdes, consciente de los rostros que pasaban rápidamente por la puerta abierta, mirando adentro. El médico se sentó en la parte trasera y dio una voz al conductor. La campanilla sonó y, mientras la furgoneta avanzaba traqueteando, el policía se subió al escalón bajo de la parte de atrás. Detrás de la ambulancia, que rodaba con ruedas de neumáticos sobre los guijarros, pudo oír voces que gritaban la dirección. «¡Caye Novena! ¡Caye Novena!» La palpitación de su tobillo estaba ganando en profundidad, en entorpecimiento dolorido, infiltrándose hacia arriba como una marea dolorosa por dentro de la médula. ¿Qué había hecho? ¿Qué había hecho? Qué dirían cuando lo llevaran arriba. Su padre, ¿qué...? Gimió.

«¿No te duele tanto, verdad?», le preguntó el médico alegremente. «Mañana andarás correteando por ahí.»

«T'as escapao musho mehor de lo que pensaba», dijo el policía a sus espaldas. «Cristo, doctor, creí qu'estaba frito.»

«No. La sacudida afectó a la parte inferior. Eso es lo que lo salvó. De todas formas, no comprendo por qué estuvo tanto tiempo sin conocimiento. Debilidad, supongo.»

Detrás de los cascos que golpeaban y la campanilla estrepitosa, se dio cuenta de que la ambulancia doblaba la esquina de la avenida D. El policía se volvió para mirar a sus espaldas y luego echó una mirada de soslayo al pie de David.

«El sapato se le quemó por delante. Y él tiene la quemáura en el tobiyo.»

«La parte más estrecha.»

«Comprendo. Eso te servirá de lecsión, shaval.» Soltó una mano de la pared de la ambulancia para agitar hacia David un dedo severo. «La prósima ves t'enserraré. ¿En qué piso vives?»

«En-n el último.»

«Tenía que ser», gruñó disgustado. «La prósima ves t'enserraré... haserme trabahar y sacar al doctor d'una bonita partía de pináculo. Qué no inventarán los malditos crios. ¡Caray!»

La ambulancia había doblado la segunda esquina y se había detenido. Sonriendo, el médico bajó de un salto. Agachándose y gruñendo mientras se agachaba, el policía levantó a David otra vez en brazos y lo llevó rápidamente a través del nuevo gentío que acudía en torrente por la esquina. En el porche, varios niños lo reconocieron y gritaron excitados. «¡Eh Davy! ¡Eh Davy!» Una mujer, en el pasillo iluminado por el gas, apoyó la mejilla en la palma de la mano, aterrorizada, y retrocedió. Subieron las escaleras, con el médico detrás, y detrás de él los restos de la multitud y niños de la casa, siguiéndolos ansiosos a una distancia prudente, parloteando y llamándolo, «¿Ké pasa? ¿Ké te pasa, Davy?» Se abrían puertas en los

descansillos. Rostros familiares se asomaban. Voces familiares gritaban a otras a través del zaguán. «¡Es él! ¡Del biso d'arriba! ¡Tonte fue la pelea!» Cuando se acercaban a la parte superior, el policía había empezado a respirar pesadamente, enviando un aliento espeso y caliente a la mejilla de David, gruñendo, y con las arrugas de su rostro ceñudo, recio y rojo haciéndose cada vez más profundas por el esfuerzo.

El último piso. Los ojos de David relampaguearon hacia el montante. Estaba iluminado. Estaban en casa. ¿Qué dirían? Gimió otra vez aterrorizado.

«¿Dónde es?», resopló ante él la cara roja.

«¡A-ayí!», tembló débilmente.

La puerta. El brazo que estaba bajo sus rodillas se deslizó hacia adelante. Unos nudillos fuertes golpearon, buscaron el pomo. Antes de que llegara una respuesta, la puerta, empujada por sus propios muslos, se abrió de golpe.

Ante él estaba de pie su madre, con expresión tensa y sobresaltada, con la mano descansando en la espalda de su padre, y debajo, sentado, su padre, con la mejilla apoyada en el puño, los ojos levantados, mirando con enojo, ofendido, interrogando con una mirada tensa como un látigo. Los otros se habían ido. Le pareció a David que pasaban siglos enteros en aquel instante en que se miraron mutuamente, congelados en sus actitudes. Y luego, precisamente cuando el policía empezó a hablar, su madre se llevó la mano al pecho, jadeó horrorizada, su rostro se volvió angustiosamente blanco, se contorsionó y dio un grito. Su padre echó la silla hacia atrás y se puso en pie de un salto. Sus ojos se le salieron de las órbitas, su mandíbula cayó y se puso pálido.

Por un momento brevísimo, David sintió una oleada aguda y salvaje de triunfo azotar en su interior, de triunfo porque su padre estaba allí con la boca caída, los dedos engarfiados y encorvados, y luego la habitación se volvió súbitamente oscura y le dio vueltas. David se derrumbó inerte en los brazos que lo acunaban.

«¡David! ¡David!» El grito de su madre perforó aquella mancha vertiginosa. «¡David! ¡David! ¡Cariño! ¿Qué te pasa? ¿Qué ha ocurrido?»

«¡Calma, senyora! ¡Calma!» David pudo sentir el codo del policía proyectado hacia adelante para mantenerla apartada. «¡Dénos tiempo, por favor! ¡No le pasa ná! ¡No le pasa absolutamente ná! ¡Eh, doctor!»

El médico se había colocado entre ellos, y David, mirando débilmente a través de la oscuridad nauseabunda que tenía ante los ojos, lo vio apartar a su madre decididamente. «¡Bueno! ¡Bueno! ¡No haga que se excite, señora!

¡Es malo! ¡Es malo para él! ¡Lo está usted asustando! ¿Me

entiende? *Nicht ver... Scblect! Verstehen sie?»* [1].

«¡David! ¡Hijo mío!» Sin escuchar, seguía gimiendo, frenética, histéricamente, con una mano tendida hacia él y la otra agarrada a su pelo. «¡Tu pie! ¡Qué es, hijo! ¿Qué te pasa, amor?»

«¡Déjelo en la cama!» El médico se movió con impaciencia hacia la alcoba. «Y oiga, señor, dígale que deje de dar gritos. ¡No hay razón para preocuparse! ¡El niño no corre peligro! ¡Sólo está débil!»

«¡Genya!», se sobresaltó su padre como si lo sacudieran. «¡Genya!» Exclamó en yídish. «¡Basta! ¡Basta! Dice que no le pasa nada. ¡Basta!»

Viniendo del otro lado de la puerta, los más audaces entre la multitud de vecinos que taponaba el pasillo se habían derramado hacia la cocina y se estaban situando silenciosa o parlanchinamente a lo largo de las paredes. Algunos, mientras parloteaban, señalaban acusadoramente al padre de David y movían la cabeza significativamente.

Y mientras lo llevaban a la alcoba, oyó a uno susurrar en yídish. «¡Una pelea! ¡Se han peleado a muerte!» En la se-mioscuridad inmensamente agradecida de la alcoba, lo extendieron en la cama. Su madre, sin dejar de gemir, los había seguido, y detrás de ella, con una mano en su espalda para contenerla, entró el médico. Detrás de ellos, los cuerpos derechos y serpenteantes y los rostros pálidos y contorsionados de los vecinos obstruían la entrada. Un acceso de furia lo hizo apretar las manos convulsivamente. ¿Por qué no se iban? ¿Por qué no dejaban de señalarlo?

«¡Estaba a punto de bajar en ese momento!», su madre se retorcía las manos llorando. «¡En ese preciso momento iba a bajar a buscarte! ¿Qué te pasa, cariño? ¿Te duele... Dime...?»

«¡Oú, senyora!», el policía agitó la mano disgustado. «Está bien. ¡Sea rasonable, por favor! Sólo un poco quemao, eso's to. Sólo un poco quemao. ¡No ve que no tiene na!»

Ella lo miró fijamente sin comprender.

«Schreckts ach nisht! Schreckts ach nisht!» [2] El coro de mujeres de la entrada tradujo irregularmente. *«Sis im goor nisht geshehen! S' goor nisht geferlich!»* [3]

«¡Eso es, díganselo!» El policía se abrió paso por la puerta.

El médico lo había desnudado, había quitado el cobertor y lo había arropado. Las suaves sábanas tenían un tacto fresco sobre su pie palpitante.

«¡Bueno!» Se enderezó y se volvió decidido hacia la madre de David. «Llorando no puede ayudarlo, señora. Si quiere ayudarlo, hágale té. Mucho té.»

«Kein gefahr?»[4], preguntó ella sorda, incrédulamente.

«¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es!», respondió con impaciencia. *«Kein gefahr!* Y ahora hágale té.»

«*Teh,* senyora Schearl», se adelantó una mujer de la puerta. *«Geh march eem teh!»* [5] .

«Teh?».

«¡Sí! *Teh!»,* repitió el médico. «¡Rápido! *Schnell!* [6]

¿Sí?»

Ella se volvió aturdida. La mujer se ofreció a ayudarla. Salieron.

«Bueno, ¿cómo está este chico?», el médico le sonrió desde arriba. «¿Te sientes bien?»

«S-sí.»

«¡Buen chico! Estarás bien dentro de un rato.»

Se volvió para irse. Una mujer gorda, de brazos desnudos, estaba a sus espaldas. David la reconoció. Vivía en el mismo piso.

«¡Toktor!», susurró ella apresuradamente. «¡Hupie-ra tenido ke ver la pelea ke hupo akí!» Se encogió, se balanceó de un lado a otro. «*Oy-yoy! Yoy-u-yoy!* ¡Él, ese hompre, su padre, le pegaba! ¡Terriple! ¡Un hompre temple! Y estapan akí sus primos... o los primos te eya...

¡No sé! Y se pelearon. *Oy-yoy-toy!* ¡Ké gritos! ¡Ké ala-ritos! *Pwwweeyoy!* Y esharon al shiko te kasa. ¡Y esharon a las otras tos personas! Y nosotros eskushamos y este hompre estapa yorando. ¡Estoy loko! ¡Estoy loko! ¡No sé lo ke hago! ¡No sé lo ke tigo! Tecía él. ¡Estoy loko! ¡Y yorapa! *Oy!»*

«¿De veras?», dijo el médico indiferente.

«¡Fue terriple! ¡Terriple! ¡Y doktor!», le dio una palmadita en el brazo. «¿Kizá pueta tesirme por ké mi pekenyo Elix no kome? Le toy huefos kon leshe kon *kulleb gedillehs* [7] . Y no kiere komer nata. ¿Ké pueto haser?»

«No sabría decirle.» Pasó por su lado. «Será mejor que vea a un médico.»

«Oy bist du chuchim!» [8] , le escupió ella por detrás en yídish. «¡Como si te costara algo el aliento de esa boca!»

Volvió su madre. Estaba desgreñada. Las lágrimas seguían manchándole las mejillas, aunque había dejado de llorar. «Tendrás el té en un minuto, cariño.» Un jadeo trémulo la sacudía, como consecuencia de haber llorado. «¿Te duele mucho el pie?»

«N-no», mintió.

«Me han dicho que estabas en las vías del tranvía», se estremeció ella. «¿Cómo llegaste allí? Ahora podrías estar... ¡Oh! ¡Dios no lo quiera! ¿Por qué fuiste allí? ¿Por qué lo hiciste?»

«No... no sé», respondió él. Y la respuesta era cierta. No podía decir por qué había ido, salvo que algo lo había obligado, algo que entonces era claro e inevitable, pero que con el paso de cada minuto se hacía más difícil de expresar. «No sé, mamá.»

Ella gimió suavemente y se sentó en la cama. La mujer gorda de brazos desnudos le tocó en la espalda inclinándose sobre ella.

«¡Popre senyora Schearl!», dijo con compasión irritante y provocativa. «¡Popre senyora Schearl! ¿Por ké le pregunta? ¿No lo sape? No les preokupa nata estruhar nuestros korasones sangrantes y fieles de matre. ¡Nata! ¡Popre de ustet! ¡Popre de mí! ¡Antes de ferlos kresidos, kuántas lágrimas hay ke terramar! *Oy-yoy-yoy!* Innumeraples. Y así nos hasen sufrir nuestros hihos. Y nuestros hompres. ¡Ay, ke testino más triste! ¿No?» Sus suspiros de columpio se hinchaban a ráfagas y eran expulsados audiblemente. Plegó las manos sobre su vientre flojo y fláccido, y se balanceó con tristeza.

Su madre no respondió, sino que miró fijamente a David a los ojos.

En la cocina, oía al policía interrogar a su padre, y a su padre responder con voz aturdida e insegura. Aquella sensación de triunfo que había sentido cuando lo trajeron creció de nuevo en su interior al oír balbucear a su padre y saber que estaba afectado.

«Sí. Sí», decía. «Hiho mío. Mío. Sí. Osh'anyos. Osho y… y un mes. Nazió en…»

«¡Un momento!» La voz del policía lo interrumpió. «Oiga, doctor, antes que se vaya, dígame si l'ise bien. Ya sabe… to eso de los primeros ausilios. ¿Qué dise? Para'l caso d'una mensión o algo así.»

«¡Claro! ¡Muy bien! Ni yo mismo hubiera podido hacerlo mejor.»

«Grasias, doctor. Y oiga, hágam'un informe médico, ¿quiere? ¿Shoque? Hugar con las vías del tranvía con… ¡Jeh! ¡Jeh!… intensión dorlosa.»

«Oh… eh… diga sólo, sacudida… causada por… cortocircuito… electricidad del tranvía… cómo se llama… raíl.»

«Sí.»

«Y luego… quemadura eléctrica… en el tobillo… pie derecho… segundo grado… ¿Entiende?»

«Segundo grado, sí.»

«Aplicada respiración artificial…»

«¡Oú, doctor, apiádese, eh!»

«¿Quiere una mención, no?», se rió el médico. «Bueno, lo que quiera… primeros auxilios. El niño fue reanimado… Le he dejado un papel, señor. En la mesa. Aceite Carrón. Úntenselo en el tobillo esta noche y mañana. La vejiga debería desaparecer en un día o dos.»

«Sí.»

«Y si no se siente bien mañana, llévelo al Holy Ñame Hospital… está en el papel. Pero estará bien. Bueno, teniente. Hasta la próxima.»

«Sí. Hasta la vista, doctor.»

La mujer que había salido con la madre de David entró llevando en equilibrio una taza de té. Silenciosamente, su madre lo levantó, apoyándolo en las almohadas, y empezó a darle el té con cucharilla. El té caliente y azucarado le aceleró la sangre. Suspiró, sintiendo volver la vitalidad, pero sólo lo suficiente para darse cuenta del cansancio de

su cuerpo. Ya no había más sitios frescos entre las sábanas para su pie palpitante. Las mujeres de la puerta les habían vuelto la espalda y escuchaban al policía que peroraba en la cocina.

«Y oiga», retumbaba su voz tranquilizadora. «¡Tuve que suar con él, señor, ¡no es broma! Y'a oío lo qu'a disho el doctor, ¿no? Si no fuera por mí, su hijo n'estaría 'quí. ¡Nósenyor! La gente no quier'a los guardias en este barrio. Pero cuand'están en apuros... Oiga, los he visto quemaos, señor! Se l'aseguro. He vist'un guardahuhas tan quemao que... ¡oiga! Debió de caer sobre el raíl. Y nadie se dio cuenta de na. Ayá en el depósito de tranvías de la siento sincuenta y sinco y l'Octava avenía. Debía de yevar ayí horas. Y lo primero que se vio fueron los'uesos en el elevao... ayí'n el suelo... ¡negros com'esa cosina, señor! Hubo que recoherlos con una sábana. ¡Sísenyor! De modo qu'a tenío suerte, es'iho suyo. Per'aún así, de n'aber sío por mí... Oiga, ¿quier'usté toa esta hent'akí?

«N-no sé...» Su padre parecía atontado. «N-no... sé...»

«Claro. Vamos shicas. El shico necesit'un poco de tranquiliá. ¿Qué les párese? Muy bien, señores.»

«Es ke lo konosemos», objetaron algunas voces. «Fifirnos akí.»

«No aquí», con indulgencia. «No tós. Vamos. Vuelvan más tarde... d'uno en uno...»

Hubo un arrastrar de pies general, y protestas murmuradas.

«Er fumfit shoin far a bissel geld», dijo despectivamente la mujer de los brazos desnudos al salir. *«Gitzeem a krenk!»* [9] .

«Tengo los zapatos y las medias de Davy, senyor», dijo una aflautada voz de muchacho. «Va a mi *heder.»*

«Buen shico. Déhalos ahí. Vamos, el resto. Y eso va también por ti, Salomón.»

Los pies atravesaron la puerta, las voces se apagaron. Cerraron la puerta.

«Bueno, y'e puesto un poco de silensio en la casa», dijo el policía. «Divertios, los problemas que nos dan estos hihos nuestros, ¿jah? También lo digo yo. Cristo, soy poli y no pueo haser carrera con el mío, que trae a casa notas que te ponen el pelo blanco. Bueno, mi sona's ésta, en caso de que quieran verm'alguna ves. Walsh me llamo.» Se irguió en la puerta. «¿Cóm'estás ahora, chico? Se pondrá bien. Seguro. Ya tiene el diablo dentro. T'aré probar mi porra si te veo enredar otra vez en las vías. ¿La ves? Noches.» Agitó la mano abierta, se volvió y salió.

David había terminado su té. La oleada súbita y rebosante de calor que llenaba los huecos de su cuerpo cansado le ponía puntitos de sudor en la frente y los labios. El calzoncillo se le pegaba, cortándole en la ingle. La depresión de la cama donde estaba se había vuelto húmedamente caliente e incómoda. Se retorció para acercarse más al

borde más fresco, donde su madre estaba sentada y se recostó lánguidamente.

«¿Más?» Le preguntó ella, dejando la taza en el alféizar de la ventana.

«No, mamá.»

«No has comido nada desde esta mañana, amor. Tienes hambre, ¿no?

Sacudió la cabeza. Y, para aliviar los latidos de su pie derecho, lo deslizó furtivamente, sacándolo del cobertor a espaldas de ella para refrescarlo.

Su padre estaba en la entrada, y sus rasgos se disolvían en la oscuridad. Sólo era claramente visible el brillo de sus ojos, fijos en el tobillo hinchado y gris. Su madre se volvió cuando él pasó, y miró también el pie inflamado Su aspirado aliento siseó entre sus labios fruncidos por el dolor.

«¡Pobre criatura! ¡Pobre hijo!»

La mano de su padre cayó pesadamente sobre el marco de lá puerta. «Ha escrito el nombre de una medicina que tenemos que comprar», dijo bruscamente. «Para untarle el pie.»

«¿Sí?» Ella se incorporó a medias. «Iré a comprarla.»

«¡Quédate ahí!» Su tono perentorio carecía de fuerza, como si hablase por costumbre, no por convicción. «Será más rápido que vaya yo. Tus vecinas de ahí afuera no me detendrán *a mi* con su lengua.» Pero, en lugar de ir, se quedó donde estaba. «Dijo que estaría mejor en uno o dos días.»

Ella guardó silencio.

«He dicho que estaría mejor en uno o dos días», repitió él.

«Sí. Claro.»

«¿Y?»

«Nada.»

Hubo una pausa. Su padre se aclaró la garganta. Al hablar, su voz tenía una extraña dureza, como si estuviera al mismo tiempo provocando y acorazándose contra un golpe.

«Ha... ha sido culpa mía. Dirás. ¿No es eso?»

Ella sacudió la cabeza cansadamente. «¿Para qué hablar de culpas, Albert? Nadie podía preverlo. Nadie ha sido el único en causarlo. Y si tenemos que hablar de culpas es también culpa mía. Nunca te lo he dicho. Dejé que me escuchara hace muchos meses. Incluso le hacía bajar para... para...»

«¿Protegerlo... de mí?»

«Sí.»

Sus dientes sonaron. Su pecho se alzó. La expulsión de su aliento pareció hacerlo vacilar ligeramente. «Iré a comprarla.» Se volvió pesadamente hacia la puerta.

David escuchó el paso sordo y poco elástico de su padre atravesar el suelo de lá cocina. La puerta se abrió, se cerró. Una compasión vaga, remota, se agitó dentro de su pecho como un humo que se retorciera y deshilachara, tenuemente disperso dentro de su ser, una especie de angustia abrumadora que había sentido a veces en invierno, al despertarse en medio de la noche y oír aquel paso sordo que bajaba las escaleras.

«Tal vez tengas hambre dentro de un rato», dijo su madre persuasivamente. «Cuando hayas descansado un poco y te hayamos puesto la medicina en el pie. Y luego un poco de leche y un huevo duro. ¿Te gustaría?» Su pregunta estaba suficientemente respaldada por su afirmación para no exigir respuesta. «Y luego te dormirás y te olvidarás de todo.» Hizo una pausa. Sus ojos oscuros e inmutables buscaron los suyos. «¿Tienes sueño, amor?»

«Sí, mamá.»

Hubiera podido también llamarlo sueño. Sólo yendo hacia el sueño cada pestañeo de sus párpados podría provocar una chispa en la nebulosa yesca de la oscuridad, encender en las esquinas sombrías de la alcoba tal miríada y tales vividos chorros de imágenes... del lustre de las barbas inclinadas, del centelleo desigual de los patines, de la seca luz en los escalones de piedra gris de un porche, del destello aceitoso de los ríos suaves en la noche, del resplandor del fino pelo rubio, los rostros rojos, del brillo de las palmas extendidas y abiertas de legiones y legiones de manos que se precipitaban hacia él. Hubiera podido también llamarlo sueño. Sólo hacia el sueño tenían fuerza los oídos para recoger de nuevo y reunir el alarido estridente, la voz ronca, el grito de miedo, las campanas, el pesado aliento, el rugido de las multitudes y todos los sonidos que yacían fermentándose en las tinas del silencio y del pasado. Sólo hacia el sueño sabía uno que seguía estando echado en los guijarros, sentía los guijarros bajo él y encima de él y deslizándose sin cesar rápidamente hacia él como una espuma negra, la borrosa mancha perpetua de pies calzados y que corrían, los zapatos rotos, zapatos nuevos, chatos, puntiagudos, manchados de barro, lustrados, con callos, torcidos por los pavimentos, deformes, bajo faldas, bajo pantalones, zapatos sobre uno y a través de uno, y sentirlos todos y sentir, no dolor, ni terror, sino el triunfo más extraño, la más extraña aquiescencia. Se hubiera podido también llamarlo sueño. Cerró los ojos.

1

«No lo... ¡Es malo! ¿Comprende?» *[N. del T.]*

2

«¡No se asuste! ¡No se asuste!» *[N. del T.]*

3

«¡No le ha pasado nada! ¡No tiene nada grave!» *[Nota del T.]*

4

«¿No hay peligro?» *[N. del T.]*

5

«¡Hágale té!» [N. del T.]

6

«¡Deprisa!» [N. del T]

7

«... toda clase de chucherías.» [N. del T.]

8

«¡Ay, qué taimado eres!» [N. del T.]

9

«Se toma mucho trabajo por un poco de dinero. ¡Mala enfermedad le dé!» [N. del T.]